



se

# Alan Furst

**SOLDADOS DE LA NOCHE**

Lectulandia

Bulgaria, 1934. Un joven es asesinado por los fascistas locales. Su hermano, Jristo Stoianev, es reclutado por los Servicios Secretos soviéticos y enviado a España para luchar en la guerra civil. Avisado de que está a punto de convertirse en una víctima de las purgas de Stalin, huye a París.

«Soldados de la noche» recrea con maestría el mundo europeo de 1932-1945: la lucha entre la Alemania nazi y la Rusia soviética por el control de la Europa del Este; el París de 1937, el último lugar que mantiene la alegría del «beau monde», y las operaciones de la Resistencia en la Francia de 1944.

**Lectulandia**

Alan Furst

# **Soldados de la noche**

ePub r1.0

Titivillus 04.07.2019

Título original: *Night Soldiers*  
Alan Furst, 1988  
Traducción: Pedro Donoso & Vicente Villacampa  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Acometed con una bayoneta. Si se clava en la grasa, hendedla más profundamente. Si tropieza con hierro, retiradla y esperad otra ocasión.

V. I. LENIN  
Mayo de 1922

*Orden ejecutiva 9621*

SUPRESIÓN DE LA OFICINA DE SERVICIOS  
ESTRATÉGICOS (OSS)

El secretario de la Guerra, siempre que lo considere compatible con el interés nacional, procederá a interrumpir cualquier actividad de la institución a la que se hace referencia en este apartado, y clausurará todo cuanto la concierne.

HARRY S. TRUMAN  
20 de septiembre de 1945



# **LOS GANSOS DE LEVITZKY**

En Bulgaria, en 1934, en una calle que era un barrizal, en la ciudad ribereña de Vidin, Jristo Stoianev presencié cómo la milicia fascista mataba a su hermano a patadas.

Su hermano tenía quince años, y no era más que un idiota inocente y un bocazas, y en días más tranquilos su idiotez hubiera sido tratada de la forma habitual: una bofetada para humillarlo, algunas palabras frías para helarle la sangre y un puntapié en el trasero para que siguiera su camino. Ésa era la tradición. Pero en aquellos tiempos *políticos* era muy importante pensar antes de hablar. Nikko Stoianev habló sin pensar y por eso murió.

En ambas orillas del río —Rumanía al norte y Bulgaria al sur— la pasión política estaba al rojo vivo. La gente apenas hablaba de otra cosa: en la plaza del mercado, en la iglesia e incluso —una señal de hasta qué extremo había llegado el asunto— en la cocina. Ha pasado algo en Bucarest. Ha pasado algo en Sofía.

Pronto pasará algo aquí.

Y acabó pasando.

Desfiles con antorchas, con cánticos y saludos brazo en alto. Y los más espléndidos uniformes. Los rumanos, que se consideraban los más elegantes y finos, llevaban camisas verdes y brazaletes rojos con esvásticas azules sobre fondo amarillo. Agitaban en el aire sus estandartes al compás del tambor: «Somos la Guardia del Arcángel san Miguel. Ved nuestras insignias: el crucifijo llameante y la pistola».

Sentían una gran piedad por ambos símbolos. En 1933, uno de sus afiliados asesinó a Ion Duca, el primer ministro, mientras aguardaba un tren en la estación de Sinaia. Un grupo disidente, encabezado por un rumano de ascendencia polaca, llamado Corneliu Codreanu, tomó el nombre de Guardia de Hierro. Para no verse superado por sus rivales, Codreanu había asesinado recientemente al prefecto de Jassi «porque favorecía a los judíos». La política del momento, al parecer, aportó al juego a los más entusiastas, y el apasionamiento ahondó en el ánimo de aquellos individuos, impulsándolos a acciones de gran magnitud.



Los hombres de Vidin no estaban tan a la moda, pero eso era de esperar. Al fin y al cabo eran eslavos, orgullosos de su simplicidad y honradez, mientras que sus hermanos al otro lado del río eran de ascendencia latina, los herederos de un rincón del Imperio romano, de imaginación desbordante, tipos indolentes que adoraban todo lo francés y se permitían apasionarse por ir al barbero y al sastre, y por las charlas de café. Así que los manifestantes búlgaros habían elegido un uniforme negro y verde olivo que, comparado con las galas rumanas, era sencillo y severo.

Aunque sencillos y severos, eran *uniformes*, y los hombres de Vidin ya se esforzaron, en 1934, en explicar a la población local hasta qué punto habían cambiado las cosas.

Era una suave noche otoñal, inmediatamente después del crepúsculo, cuando Nikko Stoianev llamó a Ornar Veiko «minga de perro». Una neblina blanca colgaba de las copas de los sauces y los álamos que se alineaban en la orilla del río, nubes de golondrinas daban bandazos sobre la plaza de la ciudad, y su aleteo era audible para quienes estaban debajo. Los hermanos Stoianev se dirigían de la panadería a su casa. Nikko, por ser el menor, tenía que llevar el pan.

Eran afortunados por disponer de él. El continente europeo yacía sobre las cenizas de la ruina económica. De las máquinas de imprimir de las tesorerías estatales salían resmas de papel moneda —mostrando reyes sabios y mártires muy dignos—, mientras los banqueros lloraban y los campesinos pasaban hambre. Claro que nunca se llegaba a las grandes hambrunas de Asia. En las calles no yacían cadáveres hinchados. La hambruna europea era más astuta y llevaba una serie de máscaras inteligentes: la muerte llegaba por la bebida, por la tuberculosis, por el cuchillo, por la desesperación en todas sus manifestaciones. En Hamburgo, un guardafrenos de los ferrocarriles, desempleado, se quitó la ropa, se subió a un barril de alquitrán y se mató prendiéndose fuego.

Los Stoianev tenían el río. Desde hacía generaciones pescaban carpas y lucios, esturiones y arenques del mar Negro. No eran ricos, pero ganaban unas pocas levas. Eso significaba que los Stoianev pasaban el tiempo remendando sedales y redes, y la familia podía pagar a los Braunshtein, tocados con sus kipás espolvoreadas de harina, por cocerles el pan. La verdad es que sentían debilidad por el pan de los Braunshtein, elaborado a la manera austríaca, con una corteza dura y marrón. La mayoría de sus vecinos preferían el pan turco,

pasado de moda, plano y redondo, según la tradición oriental, pero el clan Stoianev buscaba en Occidente su pan y su civilización. Formaba un grupo orgulloso, decidido —algunos decían que demasiado orgulloso—, de genio vivo. Los Stoianev eran ambiciosos. Se proponían ascender en el mundo.

Sí, demasiado ambiciosos, pensaban algunos.

Podía llegar un tiempo, y a no tardar mucho, en que los Stoianev tendrían que agachar la cabeza: ¿quiénes eran *ellos*, podía preguntarse uno, para llevar tan altas sus malditas cabezas? Después de todo, ¿acaso el hijo mayor del terrateniente Veiko no había pedido la mano de la hija mayor de los Stoianev? La de los ojos azul claro y cabello negro y espeso. ¿Y acaso no se le negó? Un desaire vergonzoso a los ojos vigilantes de Vidin. Los Veiko eran una familia con poder y de buena posición, propietarios, hombres con fundamento y de alto rango. Cualquier lerdo podía ver eso.

Lo que los lerdos podían y no podían ver se convirtió en tema de conversación en Vidin tras la muerte de Nikko Stoianev. Algunos miembros de las fuerzas vivas, hombres que se consideraban a sí mismos sabios, y los cerebros locales, que leían periódicos y frecuentaban el café, se preguntaban unos a otros discretamente si Nikko habría visto al Veiko equivocado. O sea, al coronel Veiko. Porque el terrateniente Veiko no estaba en la plaza de la ciudad aquella noche de otoño.

El que estaba era el coronel Veiko.

Con su uniforme negro y verde olivo, marchaba al frente de la Unión Nacional Búlgara. Aquella noche estaban presentes todos sus miembros, dieciocho. Tú verás, se decían los sabios unos a otros, llamarle «minga de perro» a un terrateniente era arriesgarse a una bofetada para humillarlo, algunas palabras frías para helarle la sangre y un puntapié en el trasero para que siguiera su camino. Ésa era la tradición. Había ocurrido antes. Volvería a ocurrir. Pero decirle aquello a un coronel... Eso ya era otra cosa, ¿no?

Ornar Veiko, en cualquiera de sus facetas, terrateniente o coronel, era un hombre con el que en Vidin había que contar. Un hombre cuyo estudiado afeminamiento era un tributo encubierto a su poder, pues sólo un hombre muy poderoso no alza ni la voz ni el puño. Sólo un hombre muy poderoso puede permitirse ser tan suave, delicado, regordete y maniático. Se decía que cenaba como un gato.

Este Veiko llevaba un bigote recortado, rígido, bien encerado, cuya negrura brillaba contra su piel blanca como la nata. Era un hombre bajo, que se ponía de puntillas, un hombre gordo que metía el estómago, un hombre de cabello rizado que se engominaba los rizos hasta que, al cepillárselos,

quedaban planos. Un hombre, obviamente, de considerable vanidad y que, al igual que muchos hombres vanos, llevaba la cuenta de los pequeños insultos. Un matiz de sarcasmo en la voz, una mirada de ira mal disimulada, el pago de una renta efectuado con brusquedad sobre el escritorio de madera. Todos esos pecados eran anotados de forma permanente en la memoria de Veiko —afilada como una navaja— igual que en los libros de un contable. En definitiva, era un turco: una superficie decadente y pulida que apenas escondía su terrible ira. Una táctica oriental, muy antigua, encaminada a asustar e intimidar, pues el deseo más urgente de Ornar Veiko en esta tierra era que la gente le tuviera miedo. Vivía del miedo. Eso lo colocaba por encima de sus semejantes, satisfechos de vivir su vida animados por ansias menos ambiciosas.

Unas semanas más tarde, Antipin, el ruso que pretendía ser búlgaro, asentía con gesto grave, lenta, comprensivamente.

—Sí, sí —dijo, haciendo una pausa para encender un cigarrillo—, el matón de la ciudad. Los conocemos —añadió, entrecerrando los ojos, asintiendo con un gesto que significaba *y sabemos qué hacer con los matones*.

El coronel Veiko, marchando con su tropa, entró desde el oeste en la plaza mayor. El cielo estaba tocado por las últimas vetas del sol poniente. Los veinticinco alminares, que daban su fama a la ciudad a lo largo del río, ahora no eran más que formas oscuras en el horizonte. Del agua llegaba una leve brisa crepuscular, y en el centro de la plaza las últimas hojas de la gran haya crepitaban al viento con un sonido áspero y seco.

La Unión Nacional Búlgara marchaba con las piernas rígidas, las barbillas metidas, los brazos bien extendidos, los dedos apuntando al suelo. Piernas y brazos se movían como trinquetes, como si los impulsara una maquinaria. Todos a una tras Josov el cartero, que marcaba el paso golpeando con un palillo de tambor de confección casera un trozo de madera. Tenían mucha necesidad de un tambor, pero no habría tambor en tanto alguien no viajara a Sofía. No importaba. El efecto deseado se consiguió. Una grande y moderna era estaba marchando sobre la vieja ciudad ribereña de Vidin.

El coronel Veiko y sus hombres no habían inventado aquella nueva modalidad de desfile. Había llegado, río abajo, desde Alemania, a dos mil kilómetros, traída por un extravagante hombrecillo con un abrigo verde menta. Llegó en el vapor de pasajeros, con latas de noticiarios alemanes y un proyector. Para la gente de Vidin aquéllos eran, sin duda, espectáculos

emocionantes. Nadie había visto nunca algo así. ¡Aquellas enormes banderas! Grandes hogueras, hileras de antorchas, canciones entonadas por millares de voces.

Los habitantes de Vidin trabajaban duramente, apuraban cada leva, contemplaban impotentes cómo sus niños morían de difteria. La vida era una lucha por respirar. Ahora venía un extravagante hombrecillo con un abrigo verde menta y les ofrecía *orgullo*, un nuevo espíritu, un nuevo destino. Ornar Veiko, que podía leer en el viento como un lobo, se dio cuenta de que aquel tiempo le pertenecía, que ahora era su oportunidad.

Primero se hizo capitán. Luego, coronel.

Los uniformes los confeccionaba un sastre llamado Levitzky, cuya familia llevaba generaciones en el negocio de las ropas marciales: los policías turcos destinados en la ciudad, la infantería austríaca que guerreó contra Napoleón, oficiales búlgaros de la Primera Guerra Mundial, cuando el país estuvo al lado de Alemania. El hecho de que el dinero fuera a parar a manos de Levitzky, un judío, era lamentable, pero se consideraba un mal necesario. Con el tiempo esas cosas se arreglarían.

Los uniformes pronto estuvieron listos. La camisa de algodón grueso era verde olivo, una preferencia oriental. Los pantalones y la guerrera, de un dril muy tupido, era de un negro profundo y amenazador. Una corbata negra resaltaba sobre la camisa. Cada guerrera llevaba un distintivo en el hombro, un crucifijo llameante con una flecha cruzada. Los uniformes fueron recibidos con deleite. La gruesa chaqueta cruzada hacía parecer a los miembros de la Unión Nacional en forma y corpulentos.

Pero las gorras... Ah, ahora eso era un problema. Las gorras militares no eran competencia del sastre, sino del sombrerero, y se precisaban materiales y conocimientos diferentes. Pero no había ningún sombrerero en los alrededores, de modo que la tarea recayó en Levitzky.

Un progresista. Un lector de folletos sobre la repatriación a Palestina. Un estudioso concienzudo del Talmud. Un hombre que llevaba gafas. Levitzky tenía un viejo libro con ilustraciones y lo hojeó a la luz de una lámpara de petróleo. Estaba representada toda Europa: había guardias suizos del Vaticano, húsares húngaros, legionarios de Francia, regimientos alpinos italianos de la Gran Guerra. De estos últimos eligió el estilo de la gorra, aunque carecía de los materiales adecuados. Pero Levitzky era hombre de recursos: dos capas de dril negro cosidas y luego curvadas para darles forma cónica. A la visera le dio forma cosiendo tela por ambas caras de una plantilla de cartón. Todo lo que faltaba entonces era la pluma, y este problema pronto

se resolvió con una visita al matarife judío, quien vendió al sastre un haz de largas plumas blancas de ganso.

El coronel Veiko y sus hombres consideraron que sus gorras eran magníficas, un poco llamativas, un toque audaz para compensar el tono sombrío de los uniformes, y las llevaron con orgullo. Los sabios locales, sin embargo, se rieron con disimulo. Era algo completamente ridículo, vaya si lo era. La pequeña burguesía de Vidin se adornaba con plumas de ganso, pavoneándose arriba y abajo por las calles de la ciudad. El tendero precedido por su monstruosa barriga. El cartero marcando el paso con un trozo de madera. Ridículo.

Nikko Stoianev pensaba lo mismo, con los brazos cargados de panes de Braunshtein un suave atardecer otoñal. Los hermanos Stoianev se habían detenido un momento para contemplar el desfile. Casi cualquier cosa fuera de lo ordinario que sucediera en Vidin merecía dedicarle un momento. Veiko marchaba al frente. A continuación iban los dos hombres más altos, cada uno sosteniendo el asta de una bandera: un crucifijo llameante con una flecha cruzándolo. Seguían tres filas de cinco en fondo, y el hombre del extremo de cada fila portaba una antorcha, un trapo empapado con brea, enrollado al final de una rama de encina. Ardían cinco antorchas. La sexta se había apagado, y tan sólo desprendía una columna de humo aceitoso y negro.

—Ah, mira, ahí va la gloria de la nación —dijo Jristo en voz baja.

—Los gansos de Levitzky —corroboró Nikko, un título conferido por los sabios locales.

—Cómo fardan...

Los hermanos Stoianev se apoyaban el uno en el otro. Eran buenos muchachos, y corpulentos. Nikko contaba quince años, había tenido a su primera mujer y se estaba trabajando con empeño a la segunda. Jristo, a sus diecinueve años, era introvertido como su padre. Lo asustaban las muchachas, pues conocía demasiado bien los rituales dominantes en materia de cortejo, los cuales prescribían el embarazo seguido de matrimonio seguido de otro embarazo para demostrar que el primero fue intencionado. Jristo se apartaba de eso, y en su lugar acariciaba un sueño muy personal: algo que hacer en Viena o, incluso, puesto que los caminos de Dios eran infinitos, en París. Pero raramente hablaba de ello. Sencillamente, no era sensato alejarse demasiado del lugar donde estaba uno.

Permanecían juntos en la calle embarrada y adoquinada, musculosos debido a la pesca, morenos y de tez clara. En el fondo, eran de natural bondadoso, tampoco se toleraba mucho más. Nikko tenía un labio superior

característico, dilatado, que se le curvaba separándose un poco de los dientes y que le confería una especie de permanente expresión desdeñosa: el rostro de un tipo inteligente. Eso lo había metido a menudo en líos.

En buen orden, la tropa marchaba frente a la antigua y monumental oficina de correos turca que se alzaba en la calle principal, y luego llegó al cruce.

—¡Alto, ar!

El coronel Veiko levantó enérgicamente el brazo, mantuvo la tensión por un momento y luego gritó:

—Izquierda, ¡ar!

La tropa dobló la esquina y salió a la plaza abierta, dirigiéndose hacia los Stoianev, con las plumas blancas agitándose. Veiko el terrateniente. El tendero. El cartero. Varios oficinistas, un maestro de escuela, un granjero, un pescador, incluso el casamentero. La sonrisa de Nikko se ensanchó.

—¡Uno, dos, uno, dos! —dijo.

Vieron que el desfile se dirigía hacia ellos.

—Va a haber lío —pronosticó Jristo.

En la calle había una gallina. Pertenece a una anciana ciega que vivía junto a las cabañas de pescadores, y vagaba libremente, protegida de la cazuela por la incertidumbre de los vecinos sobre qué tendrían reservado los hados a quien robara a una ciega. Trotaba por allí, picoteando en el fango de vez en cuando. Levantó la vista de repente, vio que se le aproximaba la Unión Nacional Búlgara y se quedó helada. O hipnotizada. O quizá deslumbrada por las antorchas chisporroteantes.

Veiko marchaba como un juguete enfurruñado, levantando enérgica y rígidamente las piernas y golpeando con fuerza los tacones en el suelo. La gallina se quedó quieta como una piedra. ¿Qué podía hacer Veiko? Los hombres sabios del lugar debatieron luego este punto. ¿Detener el desfile por una gallina? Jamás. La Unión Nacional Búlgara tenía que considerar su propia dignidad. De hecho tenía poco más que su dignidad, de modo que, sencillamente, no podía permitirse sacrificarla. Tenía que avanzar sobre la gallina, esto quedó claro inmediatamente para todo el mundo. Ninguna gallina podía detenerlos. Así que se decidió que aquella gallina no existía.

A decir verdad, la gallina no colaboró. Pero existía. Cuando la primera bota negra se alzó sobre su cabeza, se elevó por los aires como un ciclón, aleteando frenéticamente, con un estridente, horrísono cacareo. Claro que en realidad no podía volar, así que descendió con rapidez en medio de las piernas como tijeras de la segunda fila, que se detuvo en seco, con las piernas

levantadas, los brazos y las antorchas agitándose para guardar el equilibrio, entre grandes juramentos y gritos. La fila siguiente hizo su aportación chocando con las espaldas que tenía delante.

Esto sucedió delante mismo de Jristo y Nikko. Los cuales apretaron los dientes y los labios, y eso fue la causa de todo, porque al final rompieron a reír inconteniblemente, como en una explosión. Primero, a medida que perdían el control, emitieron una serie de bufidos ahogados. Al final, sin poder evitarlo, se derrumbaron el uno sobre el otro y se rieron a carcajadas.

Veiko pudo haberlo ignorado sin apenas perder la cara, pues todo el mundo sabe que las risitas tontas de los adolescentes deben ser ignoradas. Pero no lo hizo. Se volvió despacio, como un hombre investido de gran poder y dignidad, y se los quedó mirando fijamente.

Jristo, el mayor, comprendió la advertencia y se calló. Nikko siguió riéndose un poco, lo suficiente como para alterar sutilmente el motivo de su risa. De tal modo que por alguna fugaz alquimia de la comunicación, ahora estaba claro que Nikko se estaba riendo de Veiko y no de las desventuras de una gallina fuera de sitio.

Pero la gallina hizo su papel. Al final todo el mundo estuvo de acuerdo en este punto. Pues mientras el coronel Veiko mantenía aquella mirada, la gallina correteaba arriba y abajo, más allá del alcance de la arrolladora tropa, cacareando con furia y dignidad ultrajada. Estridente, crispada, absurda.

Así que allí hubo dos dignidades ultrajadas, y la relación entre ambas, un momento caricaturesco, se le hizo evidente a Nikko y él se rió aún más fuerte. Su hermano estuvo a punto de salvarle la vida atizándole un codazo en las costillas, un codazo memorable, antídoto contra la risa en clase o en los funerales. Nikko dejó de reírse, suspiró una o dos veces como consecuencia del golpe y se secó los ojos.

Detrás de Veiko, la tropa permaneció muy callada. Percibió su silencio. Lentamente, recorrió los pocos pasos que lo separaban de ambos hermanos, y luego se plantó lo bastante cerca como para que pudieran oler la *mastica* de su aliento, un olor áspero de regaliz y alcohol sin refinar. Siempre bebían antes de desfilar.

—Por Cristo y por el Rey —dijo.

Eso era lo que ellos decían. Era aquello en lo que creían. En aquella circunstancia, se trataba de un desafío.

—Por Cristo y por el Rey —se apresuró a replicar Jristo.

Había captado lo que había en aquella voz: algo punzante, algo en el interior de Veiko que, en cualquier momento, podía cobrar vida y correr

libremente por la calle.

—Por Cristo y por el Rey —repitió Nikko, como un eco de su hermano, quizá un poco entre dientes.

Estaba confuso. Sabía lo que era un desafío en las barcas, en el patio de la escuela, y conocía la respuesta apropiada, que no era otra cosa más que la sumisión.

No era otra cosa que la sumisión.

Pero aquí la provocación provenía de un adulto, un hombre de cierta categoría en la comunidad, independientemente de lo que uno pensara de sus malditas plumas y banderas. Entre Nikko y los demás chicos de su edad era una mera cuestión de gruñidos, fintas de cachorro, un sopapo rápido, quizá unos pocos puñetazos y se acabó. Pero aquello... aquello era dominar por dominar, una cosa repugnante, propia del mundo adulto, inicua, miserable, y a Nikko le produjo indignación.

Veiko advirtió lo que ocurría —la boca apretada, el ligero rubor de las mejillas— y eso le gustó. Y dejó que Nikko se diera cuenta de que le gustaba. Le mostraba un rostro que la mayoría de la gente nunca vio: una sonrisita de triunfo en una cara que decía: «Mira cómo he sacado lo mejor de ti, limitándome a pronunciar tres palabras».

La tropa volvió a formarse por sí misma. Veiko enderezó los hombros, inspiró profundamente y levantó con ímpetu la pierna para encabezar la marcha.

—¡De frente, ar!

—¡A sus órdenes, coronel Minga de Perro! —dijo Nikko.

En voz no muy alta.

Pero lo suficientemente alta.

Un murmullo audible muy propio de quinceañeros: «puedes escoger entre oírlo o no», eso es cosa tuya. Un insulto grave —*khuy sobachiy*—, pero ni de lejos lo peor que podía decir uno en una lengua que proporcionaba a quien la empleaba una amplia variedad de juramentos e invectivas. La expresión sugería que se trataba de un perro pequeño, pero excitado, bailando sobre sus patas traseras a la expectativa de afecto o de sobras arrojadas desde la mesa.

Veiko escogió oír. Detuvo la tropa. Retrocedió hasta ponerse a la altura de Nikko y, con el mismo movimiento hacia atrás, le cruzó la cara. No le hizo daño. Su propósito no era hacérselo. Era el golpe de un tenor a un camarero, y sencillamente quería decir: «Yo soy alguien que puede abofetearte».

Veiko apartó la mano a medio camino, y señaló con el índice la nariz de Nikko, y lo agitó dos veces con firmeza. Alzó las cejas y levantó la barbilla,



dando a entender: «Muchachito travieso, ¿ves lo que ocurre a uno cuando insulta a sus superiores?».

Nikko dejó que se lo creyera.

Podía cargarse al hombro un saco de pescado de cuarenta y cinco kilos. La bofetada fue con la mano abierta, sonora, y su fuerza sorprendió al propio Nikko. La gorra emplumada salió volando y Veiko dio un paso atrás tambaleándose. Permaneció un momento largo absolutamente inmóvil, con la marca roja y blanca de una mano que había brotado en su mejilla.

Ambos hermanos cayeron al suelo al primer embate.

No se dieron órdenes ni hubo gritos de batalla; fue una reacción instintiva, ciega y furiosa, que no tenía nada que ver con formaciones militares ni consignas políticas. Se había convertido en un asunto enteramente de Vidin, un asunto búlgaro, un asunto balcánico.

Sobre los Stoianev, sobre el suelo y sobre otros componentes de la tropa cayó una lluvia inicial de golpes y de puñetazos tan inefectivos como frenéticos. La mente de Jristo se despejó rápidamente: trató de hacerse un ovillo, de protegerse la cabeza y las ingles, pero apenas podía moverse. Tenía encima a cinco o seis hombres, y eso significaba mucho peso. Podía olerlos. *Mastica* de regaliz, ajo, col hervida, pescado malo, dentaduras en mal estado, uniformes impregnados de sudor seco y vueltos a empapar de sudor. Podía oírlos. Gruñendo, jadeando y, en seguida, respirando entrecortadamente. Jristo era un luchador con cierta experiencia —en Vidin eso resultaba inevitable— y sabía que las peleas callejeras se acababan pronto. Se abstuvo de pegar y de dar puñetazos. Dejémosles que se salgan con la suya.

Nikko sí luchaba. Jristo podía oírlo: su hermano juraba, alguien gritaba de dolor, otro chillaba: «¡Dale en la cabeza!». Maldito Nikko. Su loco temperamento. Le llovieron puños cuando enloqueció. Maldita su cara de chico listo y esa boca que no puede mantener callada. Y maldita sea, pensó Jristo volviendo su atención a su propia situación apremiante, esa muchedumbre sudorosa que se sentaba sobre su pecho, tratando de golpearle la cabeza contra los adoquines. En sólo un par de segundos iba a hacer algo al respecto: «Hunde un codo en el pescuezo de ese chico gordo, métele más, date ese gusto».

Entonces Nikko lanzó un grito. Alguien lo había herido, y aquel sonido desgarró el corazón de Jristo. La calle se congeló. De repente reinó un silencio mortal. Entonces, la voz de Veiko, alta y agitada a causa del esfuerzo, sin aliento hasta el punto de que casi sonaba como un susurro, dijo:

—Levantad a ése.

Por primera vez, se apoderó de él un auténtico miedo. Lo que debiera haber terminado no había terminado. En el mundo de Jristo, las peleas se desencadenaban y cesaban, una vez satisfecho el honor. Todo el mundo se iba y fanfarroneaba. Pero en la voz de Veiko no había nada de eso.

Lo levantaron hasta ponerlo de pie y le hicieron ver lo que vino a continuación. Para ellos era muy importante que las cosas se hicieran de aquel modo. Había cuatro o cinco hombres reunidos en torno a Nikko, que yacía hecho un ovillo a sus pies, y le estaban propinando patadas. Golpeaban con todas sus fuerzas y gruñían a causa de la tensión. Jristo se retorció y se revolvía, pero lo mantenían sujeto por brazos y piernas y no podía liberarse, aunque le rechinaban los dientes. Acabó por desistir de la lucha y les rogó que parasen. Al final trató de apartar el rostro, pero lo agarraron por la barbilla y forzaron su cabeza en dirección a lo que estaba sucediendo, y entonces sólo pudo limitarse a cerrar los ojos. Pero no había forma de evitar oírlo.

La luna estaba muy alta cuando Jristo llegó a su casa. Una chabola junto al río, con parras trepando por una valla de estacas y por encima del bajo tejado. Había pasado una larga noche caminando con Nikko al hombro. Se detuvo muchas veces. Hacía frío, y el viento secó las lágrimas de su rostro.

Los hombres uniformados se habían alejado, formando un grupo silencioso. Jristo permaneció de pie junto al cuerpo de su hermano. Le buscó el pulso porque se sintió obligado a ello, pero le constaba que era innecesario. Había presenciado muertes con anterioridad y sabía lo que significaba que un cuerpo yaciera en aquella postura. Se arrodilló y, lenta y cuidadosamente, con el faldón de la camisa, limpió el rostro de su hermano. Luego se lo llevó a casa.

Donde la calle sin pavimentar doblaba, empezaron a ladrar los perros. Se abrió la puerta de su casa y vio la silueta de su padre en el quicio.

\* \* \*

Antipin, el ruso, llegó unas semanas más tarde.

Como el extravagante hombrecillo de Alemania, con su abrigo verde menta, llegó por el río. Pero los hombres sabios del lugar observaron en voz baja que había interesantes diferencias en cómo habían llegado. El alemán viajaba en el vapor fluvial, con un proyector de cine y un baúl de acero lleno de latas de película y de folletos. El ruso llegó remando en un pequeño bote de pesca, que amarró a uno de los semihundidos muelles de estacas que se

alineaban en el río. El alemán era mayor, con pelo escaso, piel apergaminada y una nariz larga y fina. El ruso era joven, un eslavo, de cara cuadrada y pelo castaño abundante y cuidadosamente peinado. El alemán hubo de recurrir a los miembros de la Unión Nacional que hablaban su idioma para que le sirvieran de traductores. El ruso hablaba un búlgaro castizo —o al menos lo intentaba—, y su auditorio podía entender su ruso bastante bien. A lo largo del río, todos los eslavos podían hablar entre ellos sin grandes dificultades.

El alemán llegó como alemán, y a su llegada se le rindieron honores. La regordeta hija del cartero aguardaba en el muelle con un cesto de fruta. Se celebró un banquete, con discursos y mucho aguardiente. El ruso dijo al principio que era búlgaro. Nadie lo creyó. Luego corrió el rumor de que era checo. Como se trataba de un rumor, algunos lo creyeron. En cualquier caso, aquello no estaba claro, y al ruso-búlgaro-checo o lo que demonios fuera, no se lo vio mucho por la ciudad. Ante unas pocas personas, los Stoianev entre ellas, admitió que era ruso y que su apellido era Antipin. Vasili Dimíttrievich. Las falsedades eran un *gesto*, según explicó, *no serio*, impuesto por la *situación actual*.

El alemán fumaba un puro todas las noches después de cenar. El puro tenía un aspecto peculiar, desproporcionado, en su delgado rostro de comadreja. El ruso liaba y fumaba cigarrillos de *majorka*, tabaco negro ruso, con olor a tierra, unos hierbajos que crecían en los valles del Cáucaso. Era generoso con los cigarrillos, los ofrecía constantemente. Era poca cosa, en verdad. Pero lo que tenía lo compartía, y corrió la voz.

Sin embargo, de todas las diferencias que distinguían a los dos visitantes, había una que atrajo más que ninguna la atención de los filósofos de café:

El alemán provenía del Oeste.

El ruso provenía del Este.

El alemán llegó siguiendo la corriente del río desde Passau, en la frontera de Alemania con Austria. El ruso llegó remontando el río desde Izmaíl, en la Besarabia soviética, adonde llegó en vapor desde el puerto de Odessa, en el mar Negro.

Y realmente, dijeron los sabios locales, ahí estaba el quid de la cuestión. Ésa era la raíz del asunto, en efecto: el río, la gran puta sifilítica que discurría frente a todas las puertas de los Balcanes. Bueno, es una manera de hablar. El río les había traído dolor y furia, hierro y fuego, verdugos y recaudadores de impuestos. En alguna parte, sin duda, había hombres y mujeres que amaban su río, que eran felices y apacibles en sus orillas; quizá, incluso, oraban a sus dioses acuáticos y les daban las gracias todas las noches.

¿Quién podía saberlo? Seguro que era posible. Y estaba arraigado en su experiencia que lo posible tarde o temprano acababa por suceder. El destino tenía sus leyes, eso lo sabían demasiado bien, y ésa era una de ellas.

Y su destino era vivir en *ese* río. Era su destino que algunos ríos atrajeran a los conquistadores como los cadáveres a las moscas, y la metáfora venía muy a cuento. Así pues, su destino era ser conquistados, vivir como esclavos. Ésa era la verdad, ¿por qué llamarlo de otro modo? Y como esclavos, correr la peor suerte de los esclavos: cambiar de amos.

A lo largo de la historia, ¿quién no había intentado la conquista? Supongamos otra posibilidad: de no haberlo intentado un conquistador determinado, su lugar en la historia pronto lo habría ocupado el siguiente aspirante. Todos los escolares aprendían a deletrear los nombres de los conquistadores, pues la Historia Nacional estaba escrita con esos nombres. Los persas Darío y Jerjes, remotas figuras barbadas. Alejandro Magno, uno de los suyos, un macedonio, un tipo listo, un verdadero demonio por su amor al combate, como ellos, y procedente de un centenar de kilómetros al sur, de lo que ellos llamaban los Balcanes *oscuros*. Con razón. Carlomagno pasó por allí, como también Árpád el húngaro. (¡Los magiares! ¡Maldita sea su sangre!) Genghis Khan, con sus ejércitos tártaros, que creía que los niños se criaban para ser soldados y que las mujeres eran sus hacedoras. Y actuaba en consecuencia. Los romanos llegaron en almadías, detrás del oro dacio. Las legiones de Napoleón se detuvieron en algún lugar río arriba. (¿Qué? ¿Que se ha evitado un desastre? Oh, cómo pagaremos por *eso*). Y, por último, lo peor. Los turcos.

De la misma manera que el amor puede ser verdadero, o algo parecido, el odio tiene también sus sombras, y los turcos habían agitado las pasiones como ninguno. Los turcos se merecían la descripción consagrada por el tiempo: «Rezaban como hienas, luchaban como zorros y apestaban como lobos». El turco que decretó que ningún edificio del Imperio podía ser más alto que un turco a caballo. Los turcos que, cuando se hartaban de los gobernadores locales, se limitaban a enviarles una cuerda de seda, de las que se utilizan para estrangular, y dejaban que ellos resolvieran por sí mismos el asunto. Ahora la situación tenía cierto regusto trasnochado para los paladares acostumbrados. Parecía que, con el tiempo y a fuerza de repetición, incluso el asesinato acababa siendo algo aburrido.

En 1908, después de trescientos años de Imperio otomano, los turcos se retiraron, dejando tan sólo, mira por dónde, un mínimo legado cultural: el *bastinado* o azotes en los pies descalzos; la pederastia, dado que los jóvenes

pastores de ovejas de las montañas encendían incluso la apagada lujuria de los bajás; y el soborno de todas las altas personalidades como una ley natural. Los dos primeros legados se borraron rápidamente de la vida de Vidin, mientras que el tercero, claro está, persistió. Los sabios locales hubieran quedado atónitos de haber descubierto a personas que ignoraran que la codicia excedía con mucho al sadismo y a la lascivia en el repertorio de vicios humanos.

Las mezquitas se transformaron en iglesias ortodoxas, los alminares se pintaron de verde pálido y de amarillo mostaza, y las gentes de Vidin fueron libres. Más o menos. Para 1934 el pueblo búlgaro había disfrutado de veintiséis años de libertad después de tres siglos, dictaduras militares aparte. Un triste récord, preciso es admitirlo, pero Dios había colocado a los búlgaros en un paraíso con puertas abiertas por delante y por atrás: el gran río. Esas puertas abiertas estimulaban a los ladrones de la peor especie, la especie de los que vienen a vivir a tu casa. Y cuando los ladrones, después de haber robado, se iban a cualquier rincón adonde los hubiera enviado el diablo, siempre dejaban algo tras ellos.

Dada la costumbre histórica que dictaba que la conquista debía celebrarse entre las piernas de las mujeres locales, cada uno de los sucesivos conquistadores aportó una riada de genes frescos a la población. De ahí que en ocasiones, en el café, se preguntaran a sí mismos: ¿quiénes somos? Eran búlgaros, un pueblo turcotártaro de la estepa meridional, expulsado hasta aquí en el siglo VI por los invasores eslavos del norte. Pero también ellos eran eslavos y valacos, turcos, circasianos y gitanos. Griegos, romanos, mongoles, tártaros. Algunos tenían el pelo negro y liso, propio de la estepa asiática; otros, los ojos azules de los rusoeslavos. «Y pronto seremos rubios», comentó un gracioso, señalando con la mirada el vapor fluvial que había traído al alemán.

Algunos de los presentes observaron que eso lo dijo en voz muy baja.

Como lo hacía Antipin.

Al anochecer, en los melancólicos crepúsculos otoñales, cuando las lloviznas punteaban la superficie del río y las cigüeñas se acurrucaban en sus nidos en los bosquecillos de alisos, Antipin liaba sus cigarrillos de *majorka* y los repartía, de modo que nubes de humo azul cortaban el aire cargado de olor a pescado de los bares portuarios. Los vecinos descubrieron que sabía escuchar muy bien.

Antipin era hombre paciente: lo oía a uno, y cuando terminaba él continuaba escuchando. Al parecer, a la espera. A menudo resultaba que uno

pensaba que había acabado, pero había más que decir, y Antipin parecía saberlo antes que ese uno. Impresionante. Y su compasión parecía inagotable; algo en su comportamiento absorbía el dolor y la ira, y le devolvía a uno una leve chispa de esperanza. «Esto está sucediendo —parecían decir sus ojos— para que en el futuro se le ponga remedio».

A veces hablaba, unas noches más que otras. Decía cosas en voz alta que muchos no se atrevían ni a pensar, no fuera algún brujo de la policía secreta a adivinar a quiénes maldecían. Antipin no tenía miedo. Lo que para ellos eran oscuras y secretas pasiones, a él le parecían meras palabras que era preciso decir. Así pues, era él quien hablaba de los sufrimientos que ellos experimentaban durante toda su vida: los terratenientes, los prestamistas, los hombres que les compraban el pescado y les regateaban el precio. Parecía proponer un abierto desafío a los dioses, sin girar la cabeza para ver si lo fulminaba un rayo.

—Para ellos sois animales —dijo—. Cuando estáis cebados, ha llegado vuestra hora.

—Pero somos hombres —replicó un pescador—, no animales. Iguales a los ojos de Dios.

Era un anciano con un mostacho amarillento. Antipin aguardaba. El silencio de la estancia llena de humo lo rompía tan sólo el regular goteo del agua en los huecos encima de las ventanas. El café estaba instalado en casa de la viuda de un pescador. Después de que su marido se ahogara, la gente se detenía a tomar un aguardiente de frutas o una *mastica* en la mesa de la cocina. Por alguna razón, las visitas de pésame nunca cesaron por completo, y con el tiempo la casa de la viuda se convirtió en un lugar donde los hombres se reunían al atardecer para beber y conversar.

Finalmente, el pescador volvió a hablar:

—Nosotros tenemos nuestro orgullo, como sabe el mundo entero, y nadie nos lo puede arrebatarnos.

Antipin asintió con gesto lento, como un sabio que reconociera la verdad en las palabras ajenas.

—Todas las personas deben tener su orgullo —respondió al cabo de un momento—, pero ése es poco alimento. —Miró por encima del tablón que hacía de mesa—. Y ellos os lo pueden quitar. Pueden poner os de rodillas cuando se lo propongan. Vuestra casa pertenece al casero. El pescado que capturáis pertenece a los hombres que os lo compran. Y si dejan de comprarlo, os quedaréis sin nada. Esa gente hace con vosotros lo que quiere. Siempre lo ha hecho y continuará haciéndolo hasta que les paréis los pies.

—Eso es lo que tú dices —replicó de nuevo el pescador—. Pero no eres de aquí.

—No —reconoció Antipin—. No soy de esta ciudad, pero vengo de un sitio donde no nos jodían menos.

—Nos han enseñado —dijo el pescador tras una pausa— que esas cosas, esas cosas que han hecho en otros sitios, van contra Nuestro Señor Jesucristo.

—Quizá tengan razón. —El rostro de Antipin era el de un hombre que había accedido a una lógica superior—. Cuando vengan a quitaros lo vuestro, acordaos de llamar a un cura.

Al oír esto, los presentes chasquearon la lengua. Algunos, al fondo de la estancia, exclamaron en tono dramático:

—¡Padre Stepán, corra a ayudarnos!

Le respondió un coro de carcajadas. Otro hombre dijo:

—¡Qué gran día cuando el capón corra a salvar al gallo!

Antipin sonrió. Cuando se hizo de nuevo el silencio, el pescador dijo:

—Podéis reiros cuanto queráis. Cuando os hagáis viejos quizá veáis las cosas de otra manera.

El hombre que se sentaba junto a Antipin se encrespó.

—Yo iré al encuentro de Dios de pie, no de rodillas. Además —añadió en tono ligeramente conciliador—, no puede haber nada malo en unas risitas.

—Puede haberlo.

Lo dijo con toda sencillez. Jristo se sentaba en el borde de una mesa, frente a Antipin, al fondo de la estancia.

—Reírse de ellos —explicó Antipin— es un paso. Los santos padres, con sus costosas túnicas, el rey, los oficiales. Pero es sólo el primer paso. Tenemos un proverbio...

Pero no tuvieron ocasión de oír el proverbio. Lo que detuvo a Antipin a mitad de frase fue una serie de fuertes golpes contra la puerta, dados desde el exterior de la casa. Fue un sonido enigmático. Un disparo de pistola los hubiera puesto a todos de pie y en movimiento. Así que se limitaron a levantar la mirada y a permanecer quietos en sus asientos. Un momento después estaban de pie. El cristal de la única ventana del local saltó hecho pedazos: una reluciente lluvia de esquirlas seguida por una barra de hierro, que golpeó atrás y adelante para concluir el trabajo. Los hombres reunidos en el café siguieron paralizados, cada ojo fijo en la ventana. La barra de hierro se retiró. Sonó un grito en el exterior, algo airado pero indescifrable, y luego fue arrojado al interior un tarro de cristal. Estaba lleno de un líquido marrón amarillento que formó como un penacho mientras el tarro giraba sobre sí

mismo en el aire. Se rompió en tres pedazos al caer al suelo, y el líquido fluyó lentamente por las tablas del suelo formando un reguero. El olor de gasolina llenó la habitación. Los hombres recuperaron sus voces, airadas, tensas, pero contenidas, como para ocultar su presencia. Desde el exterior llegó un grito de triunfo, y una flameante antorcha fue lanzada a través de la ventana. El fuego prendió en dos etapas. En primer lugar, unas Ramitas fluctuaron en los bordes del reguero de petróleo. Luego, una bola ígnea de color naranja rugió en el aire con un susurro semejante a un sopro de viento.

Ahora, el golpe anterior empezó a cobrar sentido. Varios hombres descargaron su peso contra la puerta, pero no pudieron abrirla. Habían clavado tablas en el exterior, cerrándola. La intención era quemarlos vivos dentro del café de la viuda.

El hombre situado junto a Antipin, quien, momentos antes, había hecho inteligentes observaciones, dio un salto en el aire y lanzó un grito al tiempo que estallaba el fuego. Al ver la aglomeración de hombres empujando y maldiciendo en la puerta, corrió a la ventana y se dispuso a atravesarla, sin tener en cuenta los largos fragmentos de cristal que quedaban en el marco. La barra de hierro, blandida con todas las fuerzas, lo golpeó en la frente, y el hombre se derrumbó sobre el alféizar como un pelele.

Jristo Stoianev permaneció de pie, en silencio, conteniendo el pánico que sentía. Sus ojos recorrieron la habitación: la puerta y los cuerpos que se apretujaban frente a ella, y la ventana destrozada, tratando de escoger. Antes de que pudiera moverse en una u otra dirección, una mano lo tomó por encima del codo, una presa fuerte, que dolía. Era Antipin, con el rostro completamente desprovisto de expresión.

—La carbonera. Debe haber una —dijo con suavidad.

—Donde ella guisa —respondió Jristo asintiendo y señalando la zona de la cocina, separada de la habitación principal por una cortina que pendía flojamente de una cuerda.

—Vamos —decidió Antipin.

Apartaron la cortina. Había una vieja cocina de leña, una mesa desvencijada y, en la pared, un crucifijo de brazos torcidos. Un arcón donde se almacenaban patatas y cebollas. Para que circulara el aire y evitar que los alimentos se echaran a perder, se había abierto en la pared un respiradero cuadrado, cubierto con tela metálica para mantener fuera las ratas. En invierno, sobre el respiradero colgaba de un clavo un trozo de cartón, para protegerse de los rigores del frío.



La viuda, a gatas, estaba arrastrándose a través del estrecho boquete cuadrado. Desapareció de repente, con un grito, y ellos pudieron ver el cielo nocturno.

Antipin lo detuvo, poniéndole una mano en el pecho.

—Veamos si tienen preparada una sorpresa. Espera que yo pase, y luego da una voz para avisar a los demás.

Era un hombre de complexión maciza, pero se movía como un mono. Agarró con ambas manos el borde superior del marco y sacó primero los pies. Momentos después, reapareció su cara.

—Es seguro —informó.

Jristo se dirigió a la abertura y aferró el marco, como había hecho Antipin, el cual alzó una mano.

—Los demás —recordó.

Jristo lanzó un grito, oyó un tronar de pisadas tras él, y luego pasó por el boquete. Aterrizó en el lado de la casa que daba al río, lejos del camino de tierra.

Antipin dirigió una cauta mirada a aquel lado, y luego hizo una seña a Jristo, invitándolo a seguirlo. Camino adelante, un grupo de siluetas permanecía en pie junto al camión de un granjero. Las formas se mantenían silenciosas, moviéndose inquietas, paseando, volviéndose unas hacia otras. En la oscuridad, Jristo no podía ver: ni rostros ni indumentaria. Un hombre se apartó del grupo y caminó lentamente colina abajo, en dirección a la casa.

Antipin, mientras tanto, arrancó la tabla de la puerta, y un grupo de hombres salió tosiendo, entre remolinos de humo y carbonilla. No resultó difícil sacar los clavos de la madera, torciéndolos: un puntapié desde el interior hubiera bastado, pero la tabla se había colocado inteligentemente, encima del pomo, de modo que los puntapiés contra la puerta fueron ineficaces, y nadie había pensado en golpear el pomo, un objetivo engorroso.

Jristo observaba mientras la tabla era retirada de la puerta. Le costó un momento entender el dispositivo; era demasiado simple. Pero cuando lo hubo entendido, algo le revolvió el estómago. Alguien, en alguna parte, en apariencia un hombre como él mismo, había ideado aquello. Había estudiado el problema: cómo atrancar una puerta para incendiar una casa llena de gente, de tal manera que nadie pudiera escapar, y había hallado una solución y la había aplicado. En el mundo existían personas que estudiaban cosas que Jristo Stoianev nunca había comprendido. Ahora sí comprendía.

El hombre que descendía por la colina era Josov el policía, hermano de Josov el cartero, el que marcaba el ritmo en los desfiles de la Unión Nacional.

Era un hombre que nunca cerraba la boca, y siempre dirigía una mirada soñolienta en torno, al parecer sorprendido ante un mundo lleno de cosas corrientes. Era lento. Todo debía estudiarse. Pero cuando averiguaba algo —y siempre acababa haciéndolo, especialmente si había alguien alrededor para ayudarlo—, podía verse arrastrado por una ira ciega. En otra época lo habían perseguido mucho los niños, hasta que golpeó a un muchachito con el mango de una escoba y casi lo mata.

Los hombres seguían por allí y observaban cómo ardía la casa. Nada podía hacerse. Se vaciaron unos pocos cubos de agua en los tejados vecinos, a fin de proteger de las brasas que flotaban en el aire nocturno las cañas secas. La viuda se envolvía las manos con la cinta del delantal y las sostenía en la boca mientras lloraba, con las mejillas brillantes a la luz del incendio. Los hombres a su alrededor guardaban silencio. Ellos le habían acarreado el desastre, y nada podían hacer.

Josov descendió de la colina y se detuvo a tres metros de Antipin. Sus ojos inspeccionaron a los reunidos cuidadosamente, mientras uno de sus compañeros observaba desde el camino, arriba. Contaban con él, confiaban en él como para que hubiera ido solo. De no hacerlo —aunque no se quedara allí toda la noche—, los habría defraudado.

Los miró uno a uno, con expresión concentrada, con la frente sudorosa a causa del esfuerzo y la boca abierta como siempre. Pese a que uno podía ser el objetivo de la búsqueda, lo extremadamente doloroso del funcionamiento de los engranajes mentales de Josov lo movía a uno a colaborar.

Finalmente, descubrió a Antipin y abrió mucho los ojos, sorprendido él mismo por haber acertado. Lo señaló con el brazo extendido, como un orador.

—Tú —dijo—. Tú, comunista, ven conmigo.

La otra mano descansaba en la culata de un voluminoso revólver en su funda.

Antipin no hizo el menor movimiento. Hubo un gran silencio, aparte la crepitación y los estallidos producidos por el fuego, cuando alcanzaba las resacas maderas de la techumbre.

—¿Me has oído?

Antipin dio un paso al frente, inclinó la cabeza hacia Josov y preguntó:

—¿Qué dices?

—He dicho que vengas conmigo. Nada de problemas.

Antipin se adelantó otro paso. El fuego proyectaba sombras en su espalda. Habló muy despacio, como si se dirigiera a un niño:

—Vuelve a subir a esa colina, borrico, que no haces más que rebuznar, y diles a tus amigos que acabarán con las bocas llenas de polvo. ¿Podrás recordarlo?

Lo de las «bocas llenas de polvo» tenía algo que ver con la tumba.

Los demás observaban el rostro de Josov. Observaban el lento y doloroso proceso por el que asimilaba la información, la troceaba y la examinaba. Cuando la comprensión llegó, su mano aferró la culata del arma, pero era demasiado tarde.

Antipin recorrió con facilidad el espacio que mediaba entre ellos y le descargó a Josov un puñetazo en el corazón, con un movimiento hacia abajo, como si su puño cerrado fuera un martillo. La boca de Josov se quedó sin aliento, y lo hizo sentarse y abrazarse el pecho. Antipin se inclinó, le sacó el revólver de la funda y lo hizo pedazos contra una piedra. Josov gruñó y luego se encorvó, luchando por respirar. Antipin se le acercó, lo agarró con dos dedos por la nariz, y le levantó la cabeza. Josov emitió un gritito agudo, como el de un animal herido.

—Ahora sube allí y repíteles lo que te he dicho. Que comerán polvo.

Antipin le dejó marchar y Josov se las arregló para ponerse en pie, jadeando todavía. La sangre le manaba de la nariz, y trató de pararla con la mano. Lanzó a Antipin una mirada aterrorizada, como se mira algo que hace daño y de lo que es preciso alejarse, se volvió y gateó colina arriba, sujetándose la nariz, con la cabeza encogida entre los hombros, como un niño que escapa corriendo de una azotaina.

Jristo lo observó mientras se marchaba y luego se volvió a mirar a los hombres que lo rodeaban, iluminados por el resplandor de la casa en llamas. Tosían y escupían por culpa del humo. Algunos habían arrastrado al hombre que había caído en el alféizar de la ventana, y tendieron en el suelo su cuerpo humeante. El fuego lo había carbonizado, pero quienes oyeron el impacto de la barra de hierro sabían que ya había muerto antes de darse cuenta de nada. Colina arriba, el grupo de siluetas se movía nerviosamente mientras Josov el policía correteaba hacia ellos.

Jristo tuvo la clara sensación de que aquello no acabaría así, que continuaría, que cada acción daría lugar a una deuda que se pagaría con intereses. La muerte de Nikko le había parecido a él y a su familia una tragedia causada por la mala suerte, como un naufragio o una madre que sucumbe a un parto. Uno tiene que convivir con la muerte; Dios no te da a elegir. Hoy era tu turno, mañana le tocaría a tu vecino, y así la gente se congregaría a tu alrededor, te sostendría dándote ánimos, trataría de llenar el

vacío. Ahora comprendió que la muerte de Nikko había sido una tragedia de otra clase. Formaba parte de algo más: había una relación, un designio, al principio incierto, pero ahora mucho más claro. La inteligencia desconocida que había concebido un método para bloquear puertas también podía ver un propósito en el asesinato de un quinceañero por reírse de un desfile.

Mientras Josov trepaba por el camino, un hombre próximo a Jristo dijo:

—Sería mejor permanecer juntos aquí.

El anciano pescador dio un paso atrás.

—Yo no formo parte de esto.

—Pues vete a casa —dijo alguien—. Saben dónde vives.

—Yo no me opongo a ellos. Así se lo diré.

—Entonces no habrá ningún problema —replicó el otro, con una agria ironía en su voz.

En el camino, Josov y los demás subieron a la parte trasera del camión, que cobró vida y se alejó entre traqueteos por el polvo.

Jristo se encontró con que tenía a Antipin junto al hombro.

—Ven conmigo —dijo el ruso—. Demos un paseíto juntos.

Caminaron hasta el río, dejaron atrás los precarios embarcaderos hechos con estacas, y llegaron a la playa de arena, al pie de las murallas del antiguo fuerte llamado Baba Vida —Abuela Vida—, construido por los turcos trescientos años antes, aunque algunas de las murallas interiores constaban de bloques dispuestos por manos griegas y romanas.

Era medianoche pasada, soplaba sobre el río una fuerte brisa y apenas podían distinguir, al otro lado, la oscura mole de la orilla rumana. Antipin lió dos cigarrillos, le dio uno a Jristo y prendió una cerilla de madera con la uña del pulgar. Se inclinaron el uno hacia el otro para proteger del viento la llama. Sus cigarrillos brillaron en la oscuridad mientras caminaban a lo largo de la playa.

—Lo entiendas o no —dijo Antipin—, ellos se proponían que lo matara.

—¿A quién?

—Al policía.

—¿A Josov?

—Si ése es su nombre...

—¿Por qué?

—¿Por qué? Para crear un incidente, para hacer política, para que sus periódicos dijeran algo así como: «Sanguinario bolchevique asesina a un policía». ¿Lo ves?

Jristo pensó en ello unos momentos. Lo comprendió, pero le pareció muy extraño. Los sucesos se producían, se escribían reportajes en los periódicos. Que lo ocurrido pudiera ser una escenificación —sucesos provocados para que se escribieran reportajes—, sencillamente no le había pasado nunca por la cabeza.

—El asesinato era su alternativa. Un segundo plan por si fallaba el primero.

Jristo entrecerró los ojos, concentrado en sus pensamientos. El mundo que Antipin describía parecía oscuro y ajeno, un lugar para ser explicado por un astrólogo o un mago. Él conocía la violencia, pero aquello era una tela de araña.

—Mira —continuó—, se proponían matarnos a todos en aquella casa. Un accidente, hubieran dicho. Aquellos cerdos se habían puesto hasta aquí de aguardiente y algún borracho le arreó a una lámpara de petróleo y ¡bum!, ahí va eso. Como ves, Jristo Nikoláievich, me limito a repetir sus palabras. Y las palabras pueden pronunciarse de diversas maneras. Sus lindas caras contarían una historia muy diferente. El guiño, la mirada maliciosa, el movimiento rápido de un dedo que aparta una mosca, darían a esas palabras un significado completamente distinto. «Los quemamos», dirían, con el orgullo reflejado en sus ojos. Eso es lo que hay, muchachos. Aquí nos ocupamos de nuestros propios problemas, no vamos lloriqueando a la *politsia*. Vemos algo que está mal, echamos para adelante y lo arreglamos.

Jristo asintió en silencio. Veiko y los demás eran así.

—Entonces, ¿te percatas de cómo funciona? Tenían al policía a punto para el caso de que lográramos salir de la casa. Tenía que detenerme. Sabían muy bien que era demasiado estúpido para lograrlo. Una simple provocación. ¿No es así?

—Así es.

—Tú piensas, eso puedo afirmar. Le das la vuelta al mundo en tu mente para comprobar si de veras es redondo.

Jristo se sentía al mismo tiempo halagado y un poco incómodo porque se dirigieran a él de aquella manera. No había escuchado muchos cumplidos. Dio una calada a su cigarrillo, sintiéndose muy hombre. Había algo de veras admirable en Antipin. Los matones locales eran unos fanfarrones, peligrosos sólo en grupo. Antipin era fuerte en otro sentido enteramente distinto: tenía seguridad, se comportaba como un hombre que dominaba la situación allá donde estuviera. La idea de que él, el hijo de un pescador de un pueblo en el

confín del mundo, pudiera ganarse el respeto de un hombre así era algo sobre lo que valía la pena pensar.

—Trato de entender las cosas —respondió con cautela—. Es importante que la gente entienda... —Aquí se perdió— las cosas —concluyó, sintiéndose como un pájaro con una sola ala.

—Naturalmente —confirmó Antipin—. De esta manera ves cuáles son sus intenciones. Quítate de encima un problema, que todo el mundo se entere de que te lo has quitado de encima, y quizá otros no se darán tanta prisa en causar problemas. El valor es, como mucho, una argucia... ¿Conoces el dicho antiguo sobre los hombres valientes?

—¿Todos los hombres valientes están presos?

—Eso mismo. Nosotros lo expresamos de manera algo diferente: «Todos los hombres valientes han visto el cielo a través de unos barrotes...». Pero la idea es la misma. —Permaneció callado unos momentos. Desde algún lugar del río, en la distancia, llegaba el sonido de una sirena. Cuando volvió a hablar, su voz era triste y tranquila—: Nosotros, los eslavos, hemos sufrido. Dios sabe cuánto hemos sufrido. En Occidente dicen que no tenemos ni ganas de contar nuestros muertos. Pero hemos aprendido acerca de la naturaleza humana. Hemos pagado un precio terrible por aprender, porque debes ver la desesperación antes de poder entender cómo son realmente los humanos. Entonces lo sabes. Las lecciones aprendidas de este modo no se olvidan. ¿Lo ves así?

Hizo una pausa y continuó:

—Te contaré una historia. Cuando Catalina era emperatriz de Rusia —recordarás que era una que se tiraba incluso a los caballos—, se dio el caso que andaba un día por un bosque a cierta distancia de San Petersburgo, y encontró una hermosa flor silvestre. Quedó cautivada por ella, por algo tan pequeño y tan perfecto, y decretó que desde aquel momento se asignara un soldado para montar guardia en aquel sitio por si, en el futuro, florecía de nuevo. Dieciocho años más tarde, alguien encontró por casualidad aquella orden en un archivo, acudió al lugar y allí estaba el soldado haciendo guardia, en un punto del bosque, por si aparecía la flor silvestre y por si, en caso de aparecer, algún campesino imbécil pasaba por allí y la pisaba, como si no tuviera mejor cosa que hacer.

Jristo mantuvo por un momento un adecuado silencio. Pocas cosas le gustaban más y le inspiraban tanto respeto como una historia. Antipin se inclinó sobre la arena, apagó el cigarrillo y se echó al bolsillo la colilla.

—¿Había crecido la flor cuando acudieron allí por segunda vez?

—La historia no lo dice. Me gusta pensar que no. Pero el asunto tiene que ver con la manera en que nos gobiernan. Con que alguien sea propiedad de otro. Hace cincuenta años los terratenientes tenían sus siervos, cientos, para hacer con ellos lo que quisieran. Los casaban entre ellos para complacer las fantasías románticas de sus esposas. En Rusia nos gustan las muñecas, Jristo Nikoláievich. Eso nos ayuda a recordar nuestro pasado.

—Quizá aquí sucedía lo mismo —dijo Jristo—. Cuando nos gobernaban los turcos.

—El turco sigue gobernándoos, amigo mío, sólo que se ha quitado el fez y se ha puesto una corona. Zar Boris se hace llamar vuestro rey. ¡Zar! Y es el juguete del ejército y de la camarilla de oficiales fascistas que se llama a sí misma *Zveno*, el eslabón de la cadena. Eres joven y has vivido una vida natural en este río, y quizá no entiendes todavía cómo actúan esos bastardos. Ves a Veiko y su pequeño ejército, y los conoces por lo que son: matones, borrachos resentidos que salen a pasarlo bien. Pero si hay un suelo político fértil, tu Veiko no tardará en convertirse en un pez gordo. Tal como están ahora las cosas, él es el futuro de este país.

Hizo una pausa y se aclaró la garganta.

—Perdona. Tengo un demonio dentro que me empuja a pronunciar discursos. Déjame decirte, en todo caso, lo que va a suceder aquí. Tu hermano murió a manos de una gentuza y no se hizo nada. Y nada se hará.

A Jristo se le cayó el alma a los pies. Mil veces había deseado que aquella noche volviera a repetirse, para poder agarrar a Nikko por el pescuezo, como debía haber hecho un hermano mayor y sensato, y apartarlo del ridículo desfile. Quería mucho a su hermano, y su muerte supuso arrancarle un trozo de su propia vida, pero había algo más que eso. La pena de la familia se había instalado en su padre, y él sospechaba —no, sabía— que su padre lo culpaba de lo sucedido.

—No te avergüences —dijo en tono apacible Antipin, leyéndole el pensamiento—. No fue culpa tuya, aunque lo pienses. No puedes culparte. No te doy la absolución porque no soy un cura, pero esa historia la entiendo, y era algo que tenía que suceder. *Debía* suceder. Que te pasara a ti o a tu hermano es triste, pero algún día comprenderás que era inevitable. Lo importante es esto: ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé.

Su voz sonó débil. Habían llegado al final de la playa y permanecieron allí un rato, con la fortaleza turca alzándose sobre ellos, el río fluyendo mansamente a lo largo de la arena y la espuma blanca visible en la negrura.

—Imaginemos —dijo Antipin— que damos un paso adelante en la historia y yo te digo lo que has de hacer. No pierdas el tiempo lamentándote. Hacerlo es un grave defecto de nuestro carácter, de nuestra naturaleza eslava. Nos aflige una oscuridad del alma y nos enamoramos de nuestro dolor.

—Entonces, ¿qué?

—Ven conmigo. Al Este.

Antipin señaló con la cabeza río abajo. Los ojos de Jristo siguieron el gesto de Antipin hacia las tinieblas, hacia el Este. Su estómago se agitó ante la idea de aquel viaje, como si lo hubieran invitado a ir más allá del límite del mundo.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó, asombrado.

—Aquí, en este pueblo, la cosa seguirá. No sobrevivirás a ella. Mataron a tu hermano, y ahora imaginarán que tú eres su enemigo mortal, alguien muy problemático para mantenerlo controlado. Como hermano mayor, te corresponde la responsabilidad de ajustar cuentas. Conmigo o sin mí, Jristo Nikoláievich, debes irte. Es posible que salves la vida de tu familia, pero seguro que salvarás la tuya.

Jristo no había preguntado *por qué debía irse*, sino *por qué yo*. Pero Antipin había respondido a la pregunta equivocada de la manera correcta. Ocurriría como en las viejas disputas: uno de los míos, uno de los tuyos, hasta que quedara uno solo. Desde la muerte de Nikko se había ocultado eso a sí mismo, pero se enconaba en su interior. Ahora se lo acababan de decir en voz alta. Y se quitó un peso de encima.

—Ven conmigo dijo Antipin y te enseñaré algo. Te enseñaré cómo herirlos. Herirlos de formas que no son capaces de comprender, herirlos de manera que imploren piedad, y para entonces no creo que se la concedas. Tu país padece una enfermedad. Conocemos bien esa enfermedad porque en otro tiempo nosotros fuimos sus víctimas, y sabemos cómo curarla. Hemos enseñado a otros, y podemos enseñarte a ti. Anhelas ver mundo, moverte entre hombres, hacer cosas importantes. Yo fui como tú eres ahora. Un campesino. Deseaba ver mundo, porque la alternativa era pasar el resto de mi vida mirando el culo de un caballo mientras araba. Ven conmigo, amigo mío; es una oportunidad en tu vida. Este río conduce a muchos sitios, no se detiene en Vidin.

El corazón de Jristo se levantó como el sol. Aquéllas eran las palabras que había esperado oír toda su vida sin que, hasta aquel momento, se hubieran



hecho realidad. El río, como sabía por las horas de monótonas lecciones en la polvorienta escuela, no se detenía en Vidin. Nacía en Alemania, y su legendaria fuente era un estanque de piedra en el patio de un castillo de los príncipes de Fürstenberg, en la Selva Negra. Llamado Donau por todos los pueblos de habla alemana, atravesaba los bosques de Bohemia hacia Viena, penetraba en Checoslovaquia por Bratislava, donde lo llamaban Dunaj, giraba al sur y entraba en Hungría por los Cárpatos, dividiendo las ciudades gemelas de Buda y Pest, fluía hacia el sur, hacia la Serbia yugoslava, rebasaba Belgrado, discurría fragorosamente por las Puertas de Hierro —un angosto desfiladero en los Alpes de Transilvania— y se dirigía al este, sirviendo de frontera entre Rumanía y Bulgaria, donde recibía el nombre de Dunarea al norte y Dunav al sur. Finalmente, tomaba por un momento la dirección norte y se dividía en tres brazos al formar el delta rumano, serpeando entre pantanos hacia Izmaíl, Sulina y Sfântu Gheorghe, donde desembocaba en el mar Negro, bordeado por la Crimea rusa y por Turquía, donde las montañas del Cáucaso descendían hasta el mar, y donde terminaba Europa y comenzaba Asia.

—Bien —dijo Antipin—. ¿Qué vas a hacer?

—Yo... —No estaba seguro de cómo decirlo—. Yo no creo ser comunista.

Antipin rechazó sin palabras lo que acababa de decir Jristo, como arrojándolo al viento con un amplio ademán.

—¿Eso importa?

—Tú eres un patriota. Eso importa. Tú no eres nuestro enemigo. Eso también importa. Algún día podremos convencerte para que seas nuestro verdadero amigo. Todo lo que pedimos es una oportunidad.

Dieron media vuelta y caminaron de regreso por la arena, hacia el pueblo, donde reinaban el silencio y la oscuridad. «Veré ciudades», se dijo.

Jristo estaba hablando de su destino. Había discutido con él, le había rezado —para él era una presencia viva, que podía atender o no peticiones y maldiciones, pero uno debía intentarlo— y le había dedicado improperios o loas según lo que hiciera con su persona. Oh, pero qué embaucadora era aquella astuta anguila de destino que zarandeaba su vida. Había suspirado por Viena o —alguien tenía que encontrar el tesoro, si no, para qué buscarlo— París. Ahora pensaba que sería Moscú. Así pues, media vuelta y cara al Este. No había nada nuevo en aquel país. Otra ciudad. Cúpulas doradas en forma de cebolla, edificios elegantes, personas que leían libros y conversaban por la noche de cosas importantes. Como Antipin, esas personas lo comprenderían,

lo apreciarían y le darían ánimos. Su imaginación cenó con caviar e inhaló el perfume de alguien sentado al otro lado de la mesa, pero que se inclinaba hasta acercarse mucho a él.

—¿Cuándo?

—Mañana —respondió Antipin—. Esta noche ya no harán nada, excepto beber y cantar. Mañana aún es tiempo.

Jristo arrojó sus escasas pertenencias sobre una manta, formando un montoncito, y luego ató las puntas con un nudo apretado. Al amanecer empezó a llover con fuerza, y los reguerillos caían del tejado y se vertían sobre la parra que crecía encima de la ventana de la cocina. Bebieron té y comieron del pan que había quedado del día anterior. Su madre lo abrazó, lo besó en ambas mejillas y le dirigió una sonrisa amorosa para el viaje. Su padre se lo quedó mirando un rato, desde otro mundo, luego le palmeó el hombro —como si fuera a regresar al cabo de pocas horas— y echó a andar lentamente hacia los muelles, con la cabeza gacha bajo la lluvia. Su hermana, Helena, cuyo pelo negro y cuyos fieros ojos azules hacían de ella casi una gemela de Jristo, adelantó la mano por encima de la mesa y le tocó la cara. Él salió al patio y miró en derredor por última vez. Helena salió corriendo de la casa y lo tomó con fuerza por los brazos.

—Es lo mejor que puedes hacer —dijo, con la lluvia resbalándole por el rostro—, pero no debes olvidar que nosotros estamos aquí. —Jristo pudo darse cuenta de que estaba asustada—. Promételo.

Lo prometió. Ella regresó a la casa y él se fue.

El anciano pescador se presentó en el puesto de policía, un edificio amarillo, bajo, no más alto que un turco a caballo, y permaneció solemnemente en un rincón: uno no se sentaba para aguardar al capitán. Había permanecido despierto toda la noche, alternando las maldiciones contra su suerte y orando por su liberación. Estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado y con la gente equivocada. Había decidido confesarlo todo, y así las autoridades no se plantearían dónde estuvo *él*. Finalmente fue conducido al despacho del capitán. Un avergonzado Josov estaba sentado, boquiabierto, en una silla del rincón, como un niño malo en la escuela. Los restos de su pistola habían sido reunidos en el borde del escritorio del capitán. Se estaba tramando, anunció el anciano, una traición, y él no quería tener nada que ver con eso. Había un ruso

suelto en Vidin que predicaba la revolución y el ateísmo en los cafés. Y él estaba dispuesto a contarles todo cuanto sabía.

Su comprensión de la metodología oficial en casos semejantes era lamentablemente inadecuada: «todo cuanto sabía» no era suficiente. Ellos ya sabían del ruso desde hacía una semana —tales herejías llamaban rápidamente la atención de los dioses locales— y habían cableografiado a Sofía para saber qué debían hacer con él. Aunque el país estaba regido por el zar Boris y los oficiales de su ejército, y el futuro estaba claro para quienes tenían el estómago adecuado para verlo; la política exterior era efímera, y resultaba difícil saber dónde poner el pie. Rusia podía considerarse una mala bestia, pero era una bestia muy grande, y en ocasiones agitaba el rabo. Así que, hasta la fecha, la administración central de Sofía guardaba silencio. En cuanto al anciano pescador del bigote amarillento, fue conducido al sótano, a fin de comprobar si las cosas que allí se hacían podían refrescarle la memoria. Sus esfuerzos demostraron ser fructíferos, y a las pocas horas y con lo que le quedaba de voz, hizo toda clase de denuncias. De todo lo cual se tomó nota. Más tarde cundió la creencia de que fue él quien denunció a la familia Stoianev.

Navegaron río abajo en el esquife, llevados con suavidad por la corriente, remando o impulsándose con una pértiga de vez en cuando, principalmente para entrar en calor. Dispusieron una tela impermeable sujeta en cuatro palos improvisados para evitar que la lluvia les cayera directamente sobre la cabeza; pero el otoño, en el río, requería viajeros estoicos, pues la llovizna a menudo caía por los lados, a lo que se añadía aquella niebla meona. El río era ancho en aquel punto: a veces superaba el kilómetro y medio entre ambas orillas, mientras atravesaba la llanura de Valaquia. Allí se sucedían los trigales, y en los días soleados los campesinos quemaban el amarillo rastrojo, y delgadas columnas de humo colgaban en el horizonte. De vez en cuando los sobrepasaban remolcadores de vapor que arrastraban barcazas cargadas con arena, piedra triturada o madera.

En el lado rumano se elevaban ocasionales atalayas. Hacían la ronda soldados con fusiles en bandolera y equipados con prismáticos. En la orilla búlgara, formaciones de robles y hayas se alzaban oscuras y silenciosas. Antipin mantenía dos cañas de pescar a popa, y las patrulleras los tomaban por pescadores. Cuando aclaró el tiempo, el amanecer sobre el río se mostró en toda su belleza, como una pintura sin color al principio, con las formas en

negativo. Luego, se elevaron del agua filamentos de niebla perlácea, garzas grises rozaban la superficie, bandadas de pelícanos emprendían el vuelo desde los bancos de arena en medio de la corriente, y las colinas se tornaban azules, los abedules, blancos y los desnudos sauces, pardos. Era un mundo de una gran quietud, y ellos, instintivamente, hablaban en voz baja.

Antipin seguía siendo el oyente que siempre había sido, y Jristo habló durante horas. Mayormente acerca de Vidin y de cómo era la vida allí. Quién era rico y quién era pobre. Lujuria y borracheras, religión y trabajo duro, amor y odio. Realmente era como la mayor parte de lugares del mundo, pero Antipin, allí sentado, se empapaba de las historias con atención escrupulosa. Jristo tardó en comprender que estaba aprendiendo. Al oír la repetida narración de la mujer de Velchev y el orinal prestado, Antipin recordó que la mujer de Velchev era también la hija de Traicho. Extraordinario. Conocía el nombre de los fascistas, de los del Partido Agrario, de los intelectuales que los habían apoyado.

Y al parecer podía hacer bien cualquier cosa. Cortar virutas de madera para encender una hoguera, limpiar un pescado, disponer un lugar donde refugiarse, pilotar el bote para esquivar las islas de grava que punteaban el río. Si aquél era el mundo en el que se disponía a entrar, pensó Jristo, tendría que aprender muy rápidamente, pero este desafío no le desagradaba. Por vez primera en su vida le habían hecho destacar, y consideraba que su suerte había dado un brusco giro para mejorar.

Pasaron ante Kozlodui, Orejovo y Nikopol. Dejaron atrás Svishchov, donde el poeta y patriota búlgaro Aleko Konstantinov había muerto apuñalado, y donde su corazón atravesado se exhibía en un pequeño museo. Rebasaron la gran ciudad de Ruse y el puerto cerealista de Silistra. En la frontera, donde el río discurría hacia el norte, penetrando en Rumanía, atracaron y se detuvieron en una caseta de aduanas. Antipin sacó un pasaporte Nansen de refugiado a nombre de Jristo, con la fotografía borrosa de un joven que podía haber sido de cualquiera. El oficial de aduanas rumano aceptó un cigarrillo de *majorka* y les indicó que pasaran. Para Jristo aquello fue, simplemente, otro conejo más sacado de la chistera, un espécimen más de la colección de pequeños milagros de Antipin. Se preguntaba de vez en cuando qué lo hacía merecedor de semejantes atenciones, pero rechazó estos pensamientos. Había bastante de Oriente dentro de sí como para disfrutar del momento presente y dejar en blanco el futuro.

Moscú lo dejó anonadado.

Lo alojaron en una casa —en los tiempos prerrevolucionarios el nido de amor de un comerciante de vinos— en la calle Arbat. Pero su clase se estaba organizando y, realmente, ellos no querían tomarse molestias con él. No tenía dinero, pero eso no le impedía pasear ni experimentar, por primera vez en su vida, los secretos de una ciudad.

El invierno había llegado pronto. La nieve y la ciudad se arremolinaban en torno a Jristo y, al principio, abrumaban su mente. En el río, llevado por la corriente, había sentido el entumecimiento que produce un largo viaje, una paz propia del viajero, en la cual el movimiento constante hacía que el mundo se alejara, deslizándose, antes de ocasionar problemas. De modo que no estaba preparado para la ciudad, y las vistas y los sonidos golpeaban sus sentidos hasta que el cansancio lo dejó aturdido.

Aunque el Moscú de sus sueños —grandes bulevares, cúpulas doradas— era tal como lo imaginaba, compartía el escenario con un revoltijo de vida ordinaria. Por cada lustroso Zis o Gaz de los que descendían personas de aspecto importante ante edificios importantes, parecía haber diez carros tirados por caballos: en los carros se amontonaban altas pilas de carbón o de zanahorias, el aliento los caballos salía en forma de vapor de sus dilatados ollares, y los carreteros de rostros enrojecidos bebían y blasfemaban como maníacos. Las calles estaban atestadas de ancianas con vestidos y chales negros, de judíos barbados con sombreros negros de fieltro, de soldados mongoles con caras planas y frías. Vio a una mujer atropellada por un trolebús, una mala pelea entre dos hombres armados con botellas rotas de vodka. Imaginó que podía oler la violencia en el aire, mezclada con estiércol de caballo, humo de carbón y grasa frita. Un tipo alto y calvo orinaba en la base de una pensativa —barbilla sobre puño— estatua de Karl Marx. Acertaron a pasar por el lugar unos milicianos y le gritaron que parara. Como no lo hizo —gritó que no podía—, corrieron hacia él. Blandió un recio brazo y, extendiéndolo, golpeó a dos, pero los demás fueron por él y le pegaron con porras de madera hasta derribarlo; luego permaneció de pie, fumando, hasta que llegó un coche Stolipin para llevárselo. Jristo vio el interior cuando abrieron la portezuela: dos hileras de caras blancas en la oscuridad.

Pero un momento después, al doblar la esquina hacia la calle Arbat, vio, estaba casi seguro, a una bailarina. Le dio un vuelco el corazón; ¿semejante gloria podía existir en la tierra? Su rostro, su entera presencia, parecían haber sido dibujados por un lápiz fino como una aguja. Rasgos marcados: mandíbula, mejillas, ojos, y la sugerencia de una pierna firme bajo la suave

falda mientras caminaba con paso largo por la calle. Las mujeres de Vidin empezaban a trabajar a los doce años y tenían hijos a los dieciséis. La floración era breve, y luego desaparecía. Pero aquello era una ciudad, y en una ciudad, razonaba él, ciertas plantas florecían a perpetuidad. Conforme avanzaba por la acera, la rodeaba su público: las caras de la multitud que la observaban, el galgo ruso que la precedía sujeto por una delgada cadena de plata, y dos hombrecillos gordos con abrigos que la seguían de puntillas. Cruzó por un momento su mirada con la de Jristo y luego se alejó, pero su rostro permaneció totalmente inmóvil. Como un molusco, pensó él.

Semejantes tesoros eran para ser adorados sólo con los ojos. Estaban destinados a inspirar poemas, y con seguridad no lo estaban para satisfacer ansias por medios ordinarios, mortales. Pero, en Moscú, el camarada Jristo no descuidaba los medios ordinarios y mortales. El comunismo era la oportunidad de oro de las clases trabajadoras —todo se debía compartir—, y el invierno ruso era un interminable horror de hielo blanco y cielo blanco; algo demoníaco a lo que sólo se podía sobrevivir con las tres formas tradicionales de calentarse: el vodka, la estufa de azulejos y un cuerpo humano. Su nombre era Marike, pronunciado como si la *e* fuera una *a*.

Era una alemana morava, del este de Checoslovaquia, descendiente de una de las colonias teutónicas que se sucedían por toda Europa oriental, una iniciativa del siglo XIX, inspirada por la religión y por el Imperio, para aliviar el trágico sino del eslavo mediante el ejemplo del enérgico alemán. «¡Fíjate cuánto crecen mis repollos! Crecen en la tierra que perteneció a tu tío, pero eso no vamos a discutirlo ahora».

Al primer vistazo, ella lo dejó completamente de piedra. Sopló sobre él como un viento. Era una intelectual, una marxista. Era intensa, toda ella puro nervio. Cantaba como un estibador del puerto, corría como un soldado y discutía como una taladradora. Que Dios fuera en ayuda del hombre o la mujer que en sus palabras se permitiera un gramo de una grosería desviacionista. Marike no tardaría en ponerle las cosas claras, con un hierro al rojo. Había erradicado de su alma los amaneramientos de la burguesía complaciente: «Pase usted, señorita». Nada de *diplomacia*, nada de *cortesía*, nada de *sentimiento*.

Pero el aspecto más sorprendente de aquella tempestad humana era el envoltorio que la contenía. ¿Dónde estaba, se preguntaba uno, la típica alemana? El pelo como de color naranja, ensortijado, lo llevaba peinado hacia atrás, tirante y sujeto con una cinta roja. Tenía una frente despejada y un permanente arbol en las mejillas. El busto era prominente, las caderas,

anchas, y los antebrazos, blancos y pecosos, podían lanzar una bala de heno de un lado a otro de un granero.

Ella le golpeó el bíceps para atraer su atención. Jristo aguantó cuanto pudo para no frotárselo.

—Nosotros somos iguales —le dijo—. Esto no te da derechos. ¿Lo entiendes? Esto no te convierte en mi dueño. ¿Vale?

Vale. Habían robado una hora para pasarla sobre la basta manta de la cama de Marike, en la sección femenina de la residencia, adonde lo había arrastrado, haciendo honor a la pancarta colgada sobre la puerta interior del vestíbulo principal:

### БРАТСКИЙ ФРОНТ 34 г., ПРВЕТСТВУЕМ!

*Frente fraternal de 1934, ¡Bienvenido!* Ésa era la manera que tenía Marike de darle la bienvenida, del mismo modo que era idea suya propinarle puñetazos en el culo para imponerle un galope más acelerado. Lo escogió abiertamente. Lo estudió, consideró la genética, la dialéctica, la inevitabilidad de la historia, y luego dejó que sus pechos, recorridos por venas azules, le desbordaran de la blusa ante los ojos como platos de Jristo. Adiós, Vidin, eres agua pasada. Saludo al Nuevo Orden, y si este cinturón no se desabrocha rápidamente, lo partiré por la mitad. Al fin y al cabo él tenía diecinueve años, estaba solo y lejos de su casa por primera vez en su vida. Se agarraba al cálido cuerpo de Marike como a un salvavidas, y luego daba unos satisfechos jadeos. Una pareja proletaria, sencilla y directa, nada de fantasías y sin tomar precauciones. Si se daba el caso de que una artillera o un piloto de caza caía por allí algunos meses, él o ella acabaría siendo otra alma comprometida con la Revolución y encantada con la ración de sexo que ésta ofrecía. Marike no era una soñadora esclava del amor, y sólo cerraba los ojos al final, exhalaba un ruidoso ronroneo de satisfacción, y luego echaba a Jristo con indiferencia. Eso significaba que a trabajar, que ya bastaba de aquella frivolidad, y que se había llevado a cabo una higiénica relajación.

A medida que el invierno caía sobre la ciudad, cada vez más duro a lo largo de noviembre, el apetito de Marike creció. Lo hacían en el desván, donde permanecían doblados y almacenados los retratos de Lenin para el Primero de Mayo, unos objetos colosales coloreados con un vindicativo rojo soviético. Lo hacían en el sótano, detrás de los blancos de la galería de tiro. Lo hacían bajo la mesa, en la cocina, mientras el cocinero roncaba asmáticamente. La pauta y el espíritu de aquello nunca cambiaba: una carrera

alocada hacia la línea de meta, y el que la alcanzaba primero vencía, como si el Materialismo Revanchista aguardara detrás de la puerta para engullirlos. Él había oído, por encima de las tapias traseras de Vidin, que había otros caminos a través de los bosques, y que uno también podía hacer esto y aquello. Pero en una ocasión en que ella había agarrado una borrachera de aguardiente georgiano y él intentó llevar la teoría a la práctica, su recompensa fue un doble sopapo.

—¡No te pongas de rodillas —dijo—, es una postura de esclavos!

Ni esto ni aquello, así que vuelta a lo esencial. Y cuanto más lo hacían, más agresiva se volvía ella en los asuntos cotidianos. Un día, por encima del arenque en salazón, dispuesto en el largo tablero de la mesa del comedor, le dijo:

—¿Sabes que Dimítrov está en Moscú? Creo que lo vi salir del hotel Rossía.

—¿Dimítrov?

Jristo se la quedó mirando interrogativamente, por encima del tenedor.

—Oh, no. Me niego a creerlo. Gueorgui Dimítrov. El héroe búlgaro.

Él se encogió de hombros. Voluta, un polaco de cara flaca y pelo negro peinado hacia atrás, con una frente despejada, tosió cubriéndose la boca con la mano, cohibido.

—Tu compatriota.

Marike sacudió la cabeza y apretó los labios, resignada ante la irremediable inutilidad de Jristo. Goldman, un joven de Bucarest, acudió a salvarlo.

—Dimítrov tomó parte en el gran incendio patriótico del Reichstag. Su discurso durante el proceso es como para que se aprenda en las escuelas. Ahora está en Rusia.

—Oh —replicó Jristo—. Nuestros periódicos mienten sobre esas cosas o las omiten por completo.

Mientras luchaba por aprender todas las ideas nuevas, aprendía también a subsanar lo que Marike llamaba su *infantilismo político*. El discurso de Hitler en aquella ocasión fue uno de los muchos textos mecanografiados en hojas de papel fijadas en la pared de la residencia, a la espera de que algún iluso les echara la vista encima: «Es una señal divina. Si, como creo, lo han hecho los comunistas. Sois testigos del comienzo de una grande y nueva época en la Historia de Alemania». Para Jristo estaba claro que en Alemania y en Rusia estaban ansiosos por lanzarse a una guerra. Sólo era cuestión de tiempo y de una provocación.



Jristo se esforzaba en sus clases. Inglés y francés, un imposible galimatías de sonidos raros. La historia y el pensamiento políticos, un entresijo de conjuras y contraconjuras, imperialismo irredentista, paneslavismo, lo que decía Lenin, las revelaciones de Marx. No, el mundo no era como Jristo había pensado.

Le asaltaban oleadas de confusión, pero algo permanecía a flote. Ahora estaba firmemente establecido en la residencia de la calle Arbat, donde le habían entregado dos mantas y una toalla, y presentado una multitud pululante de serbios, polacos, croatas, judíos, eslovenos y cualquiera sabe qué más, cuarenta almas en total, incluidas ocho mujeres que tenían *habitaciones propias*. Por favor, tomad nota, camaradas. Le dieron un horario de clases y un montón de libros impresos en un papel granuloso y gris. «No marcarlos; otros pueden usarlos». Medidas para un uniforme caqui de basto algodón. Fue pinchado y estudiado descaradamente por una enfermera corpulenta y espantosa. Empapado con petróleo por si los piojos. Asignado a un estrecho catre entre Voluta y Goldman. Advertido de que debía aprender la letra de las canciones para mañana por la mañana, pero que las luces debían apagarse a las diez. En su fuero interno, Jristo estaba desolado. Para nada era lo que había esperado. Se había imaginado como ayudante de Antipin, un poquito importante. «Sí, que venga a nuestro baile».

Pero no iba a ser así. Una tarjeta blanca en la puerta del despacho decía V. I. OZUNOV. Un hombre calvo con una franja a los lados de pelo negro, un erizado bigote negro, delicadas gafas de montura de oro y un rostro oscuro, feroz, cuyo cuerpo vestía el uniforme de comandante del ejército. Jristo permaneció sentado, hipnotizado, mientras Ozunov recitaba una monótona enumeración de pecados. El mensaje subyacente era todo un mandato: «Te tenemos, muchacho. Ahora vas a bailar esta música. Y en cuanto a las amenazas, no tenemos ni que preocuparnos de hacerlas, ¿de acuerdo?».

—¿Qué se ha hecho del camarada Antipin? —preguntó Jristo, en un alarde de audacia.

Ozunov sonrió como una serpiente.

—Antipin es el ayer. El hoy es Ozunov.

Fin de la rebelión.

Luchaba a brazo partido y sudaba con los idiomas y con las tupidas redes de la teoría, pero había un campo en el que tuvo éxito. Resultó, para su propia sorpresa y la de todos los demás, que tenía una gran habilidad manual.

Aquello empezó con el asunto de las agujas de tricotar. Cinco estudiantes fueron llevados a una clase y se sentaron alrededor de una mesa de madera sin

barnizar. La estancia olía a ácido fénico. Gotas de condensación resbalaban lentamente por la ventana cubierta de niebla, teñida de un blanco enfermizo por el cielo que se extendía sobre la ciudad.

Ozunov paseaba arriba y abajo con las manos cruzadas a la espalda, y se dirigía a los cogotes de sus alumnos.

—En vuestra mesa hay unos sobres cerrados. No los toquéis. También un par de agujas de tricotar. Tampoco las toquéis. Suponemos que sabéis qué son, también suponemos que nunca las habéis usado.

Rieron cortésmente.

—Bien, bien. Después de todo, vosotros no sois viejas *babas*, aunque vuestra degenerada afición por la cháchara y el cotilleo podría llevarle a uno a pensar otra cosa. Me siento aliviado de que, en el fondo, no sea así.

Siguió paseando.

Ellos esperaban.

—¡Voluta!

El polaco dio un salto.

—Sí, comandante Ozunov.

—Vuelve del derecho la carta. ¿A quién va dirigida?

—Al embajador británico, comandante Ozunov.

—Un agudo análisis, Voluta. ¿Estamos todos de acuerdo?

Todos volvieron sus cartas. Todas decían lo mismo, así que se mostraron de acuerdo.

—¿Qué podría contener el sobre? ¡Stoianev!

—¿Una conspiración?

—¿Kerényi?

—Los informes de los espías.

—Ah, ¿sí? ¿Estás de acuerdo, Semmers?

—Uhh... Es posible, camarada comandante.

—¿Así, pues, Voluta?

—Una denuncia.

—Goldman. Tu opinión sobre este asunto.

—Quizá una falsa denuncia.

—Siempre sale el rumano, ¿eh, Goldman? Tú ves la complejidad, la sinuosidad y el retorcimiento en los asuntos políticos. Te lo concedo. Pero ¿podría no ser una falsa denuncia? ¿Hecha por espías? ¿De la conspiración de Stoianev? ¿Qué me dices de eso? O podría ser información, ¡y todo el mundo diría que los estudiantes de Ozunov son un alegre hatajo de asnos!

Acabó dando gritos. Siguió paseando en silencio, con las botas golpeando el restregado suelo de madera, resoplando furioso.

—La cuestión, camaradas, es que no sabéis. La solución no es difícil, ¿eh? Vosotros no sabéis lo que dice la carta porque está cerrada. Podría contener la felicitación de cumpleaños del cónsul belga. Podría tratarse de una nota de amor del mozo de cuadra. Podría ser cualquier cosa. Así pues, ¿cómo descubriremos esa verdad que se nos escapa?

Kerényi:

—Se coge la carta y se abre.

—¡Brillante! Ahora haréis exactamente eso. Cuando yo dé la orden, tenéis diez minutos. Oh, por cierto... —Se detuvo, se inclinó sobre Voluta y habló en tono conspiratorio—: No rompáis el sobre. No queremos que el caballero sepa que alguien ha leído su correo. Y aquí hay una pista que pocos de vosotros merecéis: usad las agujas de hacer calceta.

En los siguientes diez minutos, se desplegó un intenso y frenético esfuerzo. Ozunov, naturalmente, lo empeoró mucho al anunciar de vez en cuando «han pasado treinta segundos» mientras ellos trabajaban. En su favor hay que decir que persistieron aun después de que se apoderara de ellos una desesperanzada frustración. Curiosearon, pincharon, rasgaron y menearon los sobres. Voluta trató de forzar la solapa e hizo un corte en el papel. Goldman, tras unos momentos de intensa concentración, mirando fijamente el problemático objeto, decidió que las agujas de tricotar eran una tecnología falsa, ofrecida con la intención de desorientarlos, y emprendió la tarea con las uñas. Semmers, con manos temblorosas, se hirió en la palma y dejó manchas rojas sobre la dirección. Al término del plazo de los diez minutos, Kerényi, un muchacho rubio de la ciudad húngara de Esztergom, había hecho trizas carta y sobre, y dejado una de las agujas de tricotar doblada en uve.

Jristo Stoianev sostenía en una mano la carta y en la otra el sobre todavía cerrado. La carta decía: «Encuentro a mediodía junto a la torre Spásskaia».

Ozunov pudo sentir los latidos de su corazón. Era la vibración del buscador de oro que halla motas doradas en una roca ordinaria. ¿Qué era aquello? ¿Un magnífico descubrimiento, destinado a ser cuidadosamente envuelto y remitido, con toda humildad, a sus superiores? U otra cosa. Cerró los ojos y evocó las últimas semanas.

Jristo había descubierto el pequeño resquicio sin pegar a un lado del sobre, allá donde terminaba el engomado. Apretó el sobre, de tal modo que el resquicio se agrandó ligeramente. Miró el interior y vio dentro la carta doblada. Cuidadosamente, introdujo una aguja dentro, y luego insertó la

segunda aguja entre la parte superior del dobléz y la de la solapa del sobre, de tal modo que las agujas mantenían sujeta entre ellas la carta doblada. Con gran paciencia, empezó a hacer girar ambas agujas, y la carta no tardó en convertirse en un tubo de papel con las agujas en su interior. Cuando hubo enrollado toda la carta, la extrajo a través del resquicio.

Ozunov despidió a los demás.

Se quedó de pie ante la mesa. Cruzó las manos y empezó a golpearse los pulgares. Desde sus años escolares, Jristo conocía íntimamente aquella situación y le producía extrañeza. ¿Qué había hecho mal? Estaba claro que había hecho *algo*, pero ellos no se subían las gafas a la frente ni cerraban los ojos, ni se pellizcaban el puente de la nariz a menos que uno hubiera hecho un gran estropicio.

—Veamos, Stoianev, cuéntaselo al tío Vadim. Hablemos de hombre a hombre. ¿De acuerdo?

¿Tío Vadim? Jristo no dijo nada.

—¿Dónde aprendiste eso?

—Aquí mismo. Oh, la solución estaba clarísima.

—Mientes.

—No, camarada comandante. No estoy de acuerdo con usted.

—¿Me tomas por idiota?

—No, señor.

—No emplees esa fórmula.

—Le pido perdón, camarada comandante.

—¿Sabes, Stoianev, lo que hacen en la Lubianka? ¿En los sótanos? ¿Lo que hacen allí con los mentirosos? No les cuesta nada. Confesarás que tu madre es una loba, que tu padre es un dragón, que guardas la minga del zar dentro de una Biblia. Confesarás que vuelas por los aires y te juntas con brujas. Les dirás quién te enseñó estos trucos, y cuándo y dónde y qué cenaste. ¿Te enteras?

—Sí, camarada comandante. Lo aprendí aquí, ahora mismo.

—Te doy una última oportunidad. Dime la verdad.

—Desde el primer momento me pareció la manera obvia.

Ozunov inspiró profundamente y expulsó el aire, dejó caer las gafas y se las ajustó en la nariz.

—Muy bien. Te felicito. —Le tendió la mano, y Jristo se la estrechó ceremoniosamente—. Ahora, los dos somos hombres muertos —añadió estoicamente, e hizo un gesto a Jristo para que abandonara la estancia.

La noticia se difundió. Todos querían ser sus amigos. Se encontró con que recuperaba algo de lo que perdió cuando lo abandonó el admirado Antipin. Incluso Marike se volvió más transigente. Lo tomaba de la mano y se lo llevaba al cálido y polvoriento cuarto de calderas, donde, sobre una manta rasposa, él recibía la recompensa adecuada para un Héroe Soviético.

En las semanas siguientes, el propio comandante Ozunov empezó a mostrarse más cordial. Jristo y sus camaradas se perseguían por las calles de Moscú. Se seguían unos a otros y eran seguidos. Eludían a sus perseguidores, vigilando lo que había a sus espaldas en el reflejo de los escaparates, corriendo por los parques hasta caer rendidos, rozándose las manos al pasar en rápidos intercambios de mensajes en el parque de Krásnaia Presnia. En el puesto de la milicia próximo a la escuela, el teniente dijo:

—Veo que Ozunov está a lo suyo otra vez.

Llovían las denuncias de ciudadanos airados. «Los vi pasarse un sobre, camarada, sin disimulo. Yo diría que eran extranjeros. Y con el mayor descaros». Se dividían en equipos y competían en descubrir e infiltrarse en las operaciones de los otros. Semmers le dejó a Goldman la nariz ensangrentada cuando lo sorprendió robando la clave de un código. Un panadero informó de que un grupo de gamberros había raptado a un tipo alto, polaco, en su tienda.

Y Jristo venció. Y volvió a vencer. El equipo Estrella Roja, de Jristo, recibió como premio un ejemplar encuadernado de los discursos de Lenin. Uno podía escabullirse entre la multitud, deslizarse bajo un vagón, agacharse en medio de un pelotón de ciclistas; aquello parecía no tener importancia. Uno miraba en el reflejo del escaparate y allí estaba él —lo bastante cerca y lo bastante lejos— haciendo una cosa u otra que le hacía parecer como que había vivido en aquella calle toda su vida. Veinte de ellos lo persiguieron hasta la estación de ferrocarril de Bielorrusia, en la calle Tvérskaia. Tres horas más tarde, entraron en tropel en la residencia con las manos vacías, para encontrar a Jristo esperándolos en la sala, tocado con una gorra que le había quitado a un revisor del ferrocarril. Lo reconocieron como lo que era: el mejor de ellos. Ya se habían percatado antes en todas partes: el mejor de la clase, el mejor en el campo de fútbol, y admitieron su preeminencia.

Por su parte, aprendió a desempeñar su destacado papel y a hacer honor a sus responsabilidades. Animaba a los tardos en aprender, echaba una mano en secreto a los seleccionados para ser sus adversarios en las competiciones, y restaba importancia a sus éxitos atribuyéndolos a la pura suerte. El comandante Ozunov, para que lo oyeran los demás estudiantes, lo llamaba

Jristo Nikoláievich, lo que certificaba su ascendiente. Estimulado por toda la atención de que era objeto, incluso consiguió aprender un poco de francés.

El último día de diciembre cayó una nevada y fue convocado al despacho privado de Ozunov. Desde el amanecer, copos de nieve del tamaño de una copeca caían en medio de una atmósfera sin viento. A través de las ventanas emplomadas del despacho de Ozunov, que había sido antaño el dormitorio principal de una gran mansión, Jristo observaba la calle blanqueada y atestada.

Ozunov cargó su pipa y luego la encendió cuidadosamente con una larga cerilla de madera. Cuando el despacho estuvo lleno de un humo dulce y espeso, el comandante sacó un tablero de ajedrez y las piezas.

—¿Juegas, Jristo Nikoláievich?

—Realmente no, camarada comandante. En Vidin no había tiempo para aprender.

—Pero conoces los movimientos. Lo que hace cada pieza. —Eso lo sé, desde luego, camarada comandante.

—Bueno. Entonces vamos a echar una partida. ¿Qué me dices?

—Lo haré lo mejor que pueda, camarada comandante.

—Mmm —dijo sin quitarse la pipa de la boca—, ése es el espíritu.

Le ofreció sus puños cerrados. Jristo escogió la mano izquierda y jugó negras.

En Vidin, Levitzky, el sastre, le había enseñado los movimientos. Llamaba al ajedrez «el juego ruso». El anciano puntualizó que los débiles eran sacrificados. Las torres eran obvias y básicas; los alfiles se movían oblicuamente; los caballos —una especie de oficiales— buscaban el poder de formas tortuosas; la reina, segunda al mando, era pura agresión; y el rey, el corazón de todo, un objetivo indefenso que dependía totalmente de sus fuerzas para sobrevivir.

Jristo no tenía, prácticamente, ningún atisbo de estrategia, pero se empeñó en ser el mejor adversario posible. El objeto del juego, él lo sabía, no era matar al rey, sino colocar al contrario en una posición en la que no tuviera otra alternativa que someterse. Había oído a uno de los ingenios más audaces de Vidin describir el ajedrez como «esa cosa rusa para ver quién le besa los pies al otro». La noción que tenía Jristo de una táctica consistía en deslizar un peón por un lado del tablero —esperando que el adversario incurriera en una distracción o en una mortal desorientación— y acabar rápidamente con la reina. En el fondo, la estrategia del juego de damas podía aplicarse bien, y si fallaba prefería manejar sus torres con rapidez, atrás y adelante, arriba y

abajo, en incursiones obvias pero salvajes, con la esperanza de comerse una o dos piezas de su oponente. Los caballos los usaba raras veces: tenían un movimiento raro del que desconfiaba. Las cosas no debían ir primero directas y luego a un rincón.

Ozunov atacó la izquierda del tablero, renunciando a dos peones, pero inmovilizando la torre de Jristo con un alfil. Jristo empleó dos jugadas en hacer brincar la reina alrededor de los peones —dejando de comer los peones aparentemente suicidas de Ozunov—, pues prefería disponer de un campo de tiro sin obstrucciones. Ozunov reaccionó a esta provocación con aparente cautela, renunciando a su ataque a la torre con el alfil, haciendo retroceder la pieza por seguridad. La teoría de Jristo era que una sucesión de movimientos del todo aleatorios podía confundir al adversario, obligarle a hacer una pausa, inducirle a pensar que uno podía guardarse en la manga algún oscuro truco. Ozunov estudió el tablero, con el humo que ascendía caracoleando de su pipa, la barbilla apoyada en sus manos cruzadas, resuelto una vez más a emprender su ataque. Así pues, decidió que Jristo tuviera una pequeña racha de victorias, y su torre galopante se comió un peón y un alfil. Esto obligó a Ozunov a hacer un movimiento para defender su rey. Por alguna razón parecía haber tomado la iniciativa. Quizá realmente sabía jugar. Miró la blanca ventana, hipnotizado por la lenta caída de los copos, y luego forzó su atención a regresar al juego. No pudo evitar que Ozunov advirtiera que su mente vagaba. ¿Dónde estaba Marike? No la había visto durante el desayuno.

De repente, la tragedia. El alfil que le quedaba a Ozunov giró sobre sí mismo y salió de su escondite para dar cuenta de la reina. ¡Maldita sea! Jristo hizo un rápido examen de sus peones para comprobar cuál estaba más adelantado en el tablero. Ningún consuelo por ese lado. Finalmente, sin nada mejor que hacer, amenazó la torre de Ozunov con un peón. ¿Cómo demonios Ozunov le había birlado la reina? Su mirada se desplazó hasta la pieza, que yacía de costado entre las hileras de muertos en el borde del tablero. ¿Por qué no se había comido aquel alfil con su reina en el movimiento anterior, si el camino estaba expedito? ¿Cómo no se había dado cuenta?

El juego continuaba, la nieve se acumulaba abajo, en la calle, y las fuerzas de Jristo se iban haciendo añicos lentamente. Trató de concentrarse, de considerar las implicaciones, a la larga, de cada posible movimiento, pero la súbita captura de la reina lo obsesionaba. De ese golpe no se recobraría, pero quería ver por qué había ocurrido. Acabó por comprender lo que había hecho Ozunov. Al principio no podía creerlo, pero finalmente aceptó el hecho de que Ozunov lo había engañado a la descarada. ¿Por qué? No lo sabía. Incluso

el más fuerte caía en algún momento en una debilidad: le habían enseñado que incluso ellos mismos. Quizá Ozunov no podía soportar perder.

Hacia el final de la partida, mientras Ozunov movía implacablemente su reina por el tablero —deteniéndose sólo para matar a uno de los pocos y variados supervivientes—, el carácter de Stoianev se impuso. Jristo decidió que no lo manejarían con tanta facilidad, y en aquel preciso momento una distracción en forma de llamada telefónica acudió en su ayuda.

La partida no tardaría en acabar, y con un último y fiel caballo eliminado, sólo quedaban unos pocos peones inermes, semejantes a unos parientes pobres en un funeral. Ozunov alargó la mano y dejó en su lado el rey de Jristo.

—Jaque —dijo— y mate, creo. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —admitió Jristo.

—¿Te desagrada perder, Jristo Nikoláievich?

—Sí, camarada comandante.

—Entonces debes aprender a jugar mejor.

—Estoy de acuerdo, camarada comandante.

—Creo que la pérdida de la reina es lo que ha acabado contigo.

Jristo asintió.

—Una estrategia muy sencilla. Salta a la vista, ¿eh?

Jristo no estaba seguro de cómo contestar. Ozunov sonrió, como para sí, y hurgó indolentemente en la cazoleta de su pipa con un mondadientes.

Una vez, pocos años después de la Revolución, conocí a un inglés porque mi trabajo consistía en conocerlo. Pasamos muchas horas conversando. Realmente fue una misión de lo más agradable. Hablamos de todo: mujeres, política, religión. De todos esos temas sobre los que a los hombres les gusta especular cuando se sienten a gusto. De aquel hombre aprendí una cosa peculiar. Lo llamaba *juego limpio*. Quizá no sea una noción sencilla, cuando profundizas bien en ella. Una especie de código que todo caballero debe honrar individualmente a fin de beneficiar a todos. Con el tiempo llegué a entender que ése era un buen sistema para quienes tenían más de lo que necesitaban, para quienes podían permitirse regalar algo. Pero también me di cuenta de que nunca había conocido a alguien así. Nadie a quien conociera podía decir: «Ande, tómelo, para mí no merece la pena. No lo necesito hasta el punto de engañar o mentir para conseguirlo». Quizá algún día nos permitamos actuar de este modo; acaso tengamos tanta abundancia que podamos regalar una parte, pero no ahora. ¿Puedes comprenderlo?



Jristo adoptó una expresión dubitativa. Ozunov se echó a reír ante su incomodidad.

—Sí, muchacho, te he hecho trampa. He movido una pieza mientras soñabas despierto mirando la ventana, encantado con nuestra nieve rusa. ¡Lo reconozco!

—Pero ¿por qué, camarada comandante? Usted podía haberme ganado sin recurrir a eso.

—Sí, hubiera podido. Algunas cosas las haces bien, camarada estudiante, pero juegas al ajedrez como un bárbaro. Simplemente me proponía enseñarte algo. En eso consiste ahora mi trabajo.

—¿Enseñarme qué, camarada comandante?

Ozunov suspiró.

—Me dijeron que Lenin lo llamó Variación Bolchevique; simplemente, otra estrategia, como la Defensa Siciliana. Consta de dos partes. La primera es ésta: vencer a toda costa. Haz cualquier cosa que tengas que hacer, *cualquier cosa*, pero vence. No hay reglas.

Jristo dudaba. Tenía una respuesta para eso, pero era muy descarada, y no se sentía seguro. Finalmente, se atrevió.

—He aprendido lo que usted quería enseñarme, camarada comandante —dijo, abriendo la mano para mostrar a Ozunov el peón blanco que le había robado cuando sonó el teléfono.

—Eres un buen alumno —dijo Ozunov—. Ahora aprende la segunda parte de la variación: consigue que el adversario juegue tu juego. Y cuanto más desprecie tus métodos, más debes lograr que él los use. Cuanto más se revista de virtud, más debes hacer tú que juegue sucio. Entonces, lo tienes agarrado.

Señaló con la pipa el peón blanco que Jristo tenía en la palma de la mano.

—Quédatelo. Un premio de Ozunov a un estudiante. Has ganado un ejemplar de los discursos de Vladímir Ilich, y ahora tendrás algo que te recordará, en los tiempos venideros, cómo convertirlos en profecías.

\* \* \*

—Haga el favor de despabilarse *ahora mismo*.

La mano le sacudía el hombro. Su cuerpo se levantó, por sí mismo al parecer, y de repente se encontró sentado. Pugnó por abrir los ojos. ¿Qué hora era? El corazón le batía como un tambor. Lo habían arrancado de un sueño profundo.

—¿Se ha levantado? ¿No se cae hecho un ovillo?

Era Irina Ajíмова, una de las vigilantes de noche, una mujer inmensa, con ojos diminutos y voz de serrucho.

—Vístase, Jristo Nikoláievich. Rápido, rápido.

Por fin abrió los ojos. La residencia estaba a oscuras, las ventanas revelaban que se había acumulado nieve en el alféizar; encima, negra noche. Goldman se agitaba en la cama vecina. Alguien tosió, un retrete descargó agua. La partida de ajedrez lo había mantenido despierto mucho rato la noche anterior, y su mente daba bandazos como si estuviera en el mar.

—¿Qué pasa?

Su voz era espesa.

—¡Que en el tejado están bailando los ángeles! —La voz de la mujer sonó áspera y cortante—. ¿Cómo quiere que lo sepa? —Lo agarró por los pelos, y no con ánimo juguetón—. Y vístase con la ropa de más abrigo que tenga, pollo, o lo que tiene de hombre se le pondrá como un carámbano.

Lo soltó, con un gesto teatral. Él saltó de la cama y ella no le quitó ojo mientras se vestía. Cuando fue al retrete, ella se quedó esperando fuera. Se envolvió el cuello con una bufanda, se puso un suéter y su chaqueta de lana.

—Muy bien.

La mujer lo miró con expresión crítica. Agarró de un zarpazo la gorra de plato que tenía colgada de un clavo encima de la cama y se la encasquetó, empujando todo lo que pudo. Luego lo agarró por el codo y se lo llevó fuera del dormitorio. En la mesa de la sala había una taza de té para él, y en las sombras se dibujaba la silueta de un hombre.

—Aquí está —dijo Irina Ajíмова dirigiéndose a la sombra—, y que tenga usted buenos días.

Se marchó con gestos bruscos. El hombre se adelantó y se detuvo. Permaneció muy quieto. Se quedó mirando a Jristo y sus ojos no parpadearon.

Jristo nunca había visto a alguien como él. Procedía de un mundo desconocido, y ese mundo, cerrado, ajeno, pendía sobre él como una sombra. Su abrigo estaba bien confeccionado, con un cuello flexible subido.

En la cabeza llevaba un gorro de piel, ladeado. Estaba perfectamente afeitado y olía a colonia. El pelo, bastante largo, era lacio y negro; las mejillas, pronunciadas; los ojos oscuros, tan hundidos que parecían remotos y escondidos.

—Me llamo Sasha. Tómate el té rápidamente y ven conmigo.

Jristo se bebió el té de un trago. Aquella voz era la de un hombre culto y distinguido, pero cualquier cosa que mandara habría que ejecutarla sin discusión. Dejó la taza. El hombre señaló la puerta con un gesto.

En el exterior el aire era como hielo, de una quietud mortal, acre a causa del humo de leña y de carbón. Blancas columnas florecían lentamente en todas las chimeneas. La nieve había sido apartada para formar un camino en la calle, donde un coche bajo y negro permanecía estacionado de forma irregular frente al edificio. Sasha abrió la portezuela posterior para Jristo, y él rodeó el vehículo y se instaló en el asiento delantero. El conductor era corpulento, de cuello grueso, con un gorro como el de Sasha bien ajustado a la cabeza.

Avanzaron lentamente por la calle, sobre la abundante nieve. La luz de los faros permitía distinguir bultos oscuros, que Jristo sabía que eran mujeres trabajando con palas. Prosiguieron en silencio, y el conductor hacía girar el volante con cautela cuando doblaban las esquinas. En el horizonte, Jristo podía ver cómo se disipaba la oscuridad, una débil luz que había aprendido a reconocer como el amanecer invernal. La tapicería del coche despedía un penetrante olor a moho. Sasha se subió un poco la manga del abrigo. Llevaba reloj.

Jristo trató de calmar su respiración, de hacerla más lenta. No quería que aquellos hombres supieran lo que sentía. Las manillas interiores de las portezuelas traseras habían sido retiradas.

Recorrieron la Kutúzovski Prospekt, un gran bulevar, pasaron ante las torres del Kremlin y luego se internaron en una calle lateral, estrecha, limpia de nieve. Atravesaron una arcada, donde un soldado armado con un fusil los saludó, y luego se detuvieron en un patio lleno de coches negros. El conductor permaneció sentado. Sasha abrió la portezuela y le hizo a Jristo una seña para que se apeara. Cuando salió al áspero aire, los movimientos de Jristo se hicieron rígidos y se mantuvo encorvado. Había pensado que al enfrentarse a la muerte, al enfrentarse a cualquier cosa de las que ahora se le presentaban, el pánico se apoderaría de su mente, pero no sucedió así. En lugar de eso, se sintió como un hombre en el fondo de un pozo profundo, como una estatua, vacío de sensaciones.

Sasha lo condujo a través de una serie de puertas con guardias, hasta llegar a un gran vestíbulo de mármol, dominado por una magnífica escalinata y una cúpula que era una vasta pintura cóncava de ninfas y zagales en un bosque. Jristo fue llevado a una puerta pequeña, abierta en un panel a un lado de la rotonda. La puerta daba a una escalera de hierro por la que bajaron, con el ruido metálico de sus pasos resonando contra las paredes. Por lo demás, reinaba el silencio, había mucha humedad y la iluminación, mínima, la procuraban bombillas de escasa potencia protegidas por estructuras de

alambre. Después de descender tres tramos, avanzaron por unos pasillos vacíos que parecían interminables, como en un sueño. Finalmente se detuvieron frente a una puerta de madera sin indicación alguna.

—Escúchame con atención —dijo Sasha en voz baja y neutra. Hemos capturado a una espía alemana. Ha confesado de plano: nombres, detalles, lugares de reunión; todo. Tú no estás implicado en esto. Nosotros no *creemos* que lo estés, pero tampoco sabemos mucho sobre ti. Si vas a ser uno de los nuestros debemos asegurarnos de tu buena disposición, de modo que tendrás que pasar una prueba. Al otro lado de esta puerta. Las instrucciones que te doy son éstas: no pienses, no hables, no dudes. Límitate a actuar. Sigue las directrices. Haz lo que se necesite hacer. No debes desfallecer ni vacilar. Recuerda que eres un hombre hecho y derecho.

Sasha golpeó la puerta, que se abrió al instante. Al otro lado había un hombre alto, con camisa blanca y pantalones oscuros sujetos con tirantes. Tenía un rostro frío, poco agraciado, y se lo quedó mirando largo rato sin expresión.

En la habitación reinaba un penetrante olor dulzón a moho y a humedad. No había ventanas; sólo paredes empapeladas con un motivo floral, con manchas de agua, una tosca mesa, una silla y una alfombra enrollada contra una de las paredes, y que revelaba un pavimento de ladrillo con un desagüe en el centro.

La espía alemana estaba de rodillas, de cara a un rincón. Jristo vio sus manos atadas a la espalda con una cuerda parda, la cabeza inclinada hacia delante, los ojos cerrados, los labios moviéndose en silencio y la piel del color del yeso sucio.

El hombre de los tirantes avanzó. Cojeaba y calzaba unas zapatillas de fieltro que no producían el menor sonido en el pavimento. De pie junto a la figura arrodillada, se volvió para mirar a Sasha, quien hizo un gesto de asentimiento. Con suavidad, empujó la cabeza de la mujer hacia delante, hasta que la frente le quedó a pocos centímetros del suelo, luego agarró el pelo rojizo sujeto por detrás con una cinta roja, y lo dejó caer sobre uno de sus hombros, descubriendo una nuca blanca.

Jristo sintió que Sasha le tomaba la mano. Le puso la palma hacia arriba. Tenía los dedos huesudos, de tacto frío, y agarraban como si fueran de acero. Sacó del bolsillo un revólver Nagant y lo depositó con gesto enérgico en la mano de Jristo. Luego dio un paso atrás.

Otros dos hombres condujeron a Jristo Stoianev de vuelta a la calle Arbat y al Frente Fraternal de 1934. Ambos llevaban también reloj, que no dejaban de consultar ostentosamente. Pero avanzaban despacio y con cuidado, y el recorrido fue largo y como dando rodeos por la ciudad, que ahora había despertado a la vida en medio de grandes montones de nieve. Unos bultos negros —cuya edad o sexo no era posible precisar— caminaban arrastrando los pies, cabizbajos, en fila india, a lo largo de los caminos abiertos con pala. El cielo era oscuro y denso, y el aire estaba inmóvil. Hacía mucho que había dejado de nevar. Jristo miró por la ventanilla. Ellos lo observaban por el retrovisor —el mismo espejo en el que él podía verlos mover los ojos—, así que se refugió contemplando el exterior.

No sentía —había decidido no sentir— absolutamente nada. Se había cerrado una puerta en su interior. Marike se reunió con Nikko al otro lado de esa puerta. Pero recordaba la vieja historia del hombre que un día regresa a casa para encontrarla ocupada por los demonios. Se esconde en el sótano. Todos los días, los demonios colocan un ladrillo en la trampa, que es su único acceso a la libertad. ¿Cuántos días aguardará para enfrentarse a ellos? Jristo esperaba aguardar un día, muchos días. No la amaba. Ella nunca hubiera permitido que tal cosa sucediera. El sentimentalismo debía ser combatido a toda costa. Por parte de ella, hacer el amor era tan sólo un recurso para mantener la salud o, quizá, un gesto de aprecio hacia un compañero trabajador. La recordaba manifiestamente desprovista de afectos, como si la ternura entre los amantes traicionara la honrada esencia campesina de su deseo. Acaso, pensaba él ahora, ése había sido su método para engañarlo, y nada tenía que ver con representar el papel de trabajadora. Se dio cuenta de que había sido un ingenuo; que, sencillamente, no había considerado que en aquella clase de asuntos pudiera haber engaño. Muy bien. No volvería a ocurrir. Y si había ocurrido, ahora que conocía la existencia de Sasha y de otros como él, con toda seguridad iba a ser la última vez. Y si reincidía, eso equivaldría a cavar su propia tumba. En aquel lugar no se podía cometer un error. Ésa fue la lección que aprendió aquella mañana. Sólo Dios sabía lo que podría aprender por la tarde. Miraba las negras figuras de la calle, con sus blancos alientos colgando en el aire. ¿Cuál era aquel lugar? ¿Quién era aquella gente?

El vehículo desembocó en la calle Arbat. Frente a su edificio había un coche Stolipin, soltando humo negro sobre la nieve mientras permanecía estacionado. Ninguno de los dos hombres se movió para abrirle la portezuela; se limitaron a quedarse sentados, esperando. Otros dos hombres, con abrigo,

salieron apresuradamente del edificio, sosteniendo los brazos de un tercero que corría entre ellos. Era Ozunov. Iba descalzo y vestía un pijama de seda azul. Dio un leve traspié, los dos hombres lo zarandearon para enderezarlo, y sus gafas se le quedaron ladeadas. Se detuvo detrás del coche Stolipin, y uno de los hombres lo soltó para abrir la portezuela. Instintivamente, se ajustó las gafas. Volvió la cabeza. Dirigió una fugaz mirada a Jristo. Se diría que su rostro se había contraído, y sus ojos parecían enormes. Luego los dos hombres lo levantaron, lo introdujeron por la parte de atrás, y entonces Jristo tuvo una breve visión del interior del vehículo, semejante a un camión. Uno de los hombres dio un portazo e introdujo la barra de acero en sus soportes. Toda la calle pudo oír el ruido metálico.

En ese preciso momento, el hombre que ocupaba el asiento del pasajero abrió la portezuela del lado de Jristo. Con un gesto de la cabeza señaló la entrada del edificio. Al parecer, estaba prohibido hablar, pero la expresión de su rostro, una sonrisa sin alegría ni placer, dejaba claro que habían querido que fuera testigo de aquel acontecimiento. El camino a casa dando rodeos había tenido por objeto, simplemente, coincidir en el tiempo.

Jristo, con los brazos abiertos para guardar el equilibrio, con la gorra de plato aún en la cabeza, caminó cuidadosamente de puntillas por el hielo hasta entrar en el edificio. Irina Ajímovva lo aguardaba dentro. Lo condujo a la salita anexa al comedor, lo hizo sentar a la mesa y desapareció en dirección a la cocina. Él se quitó la gorra muy despacio y se despojó de la bufanda. Las colocó en una silla junto a él. Fijó la mirada vacía en la pared. En la estancia reinaba un desagradable silencio: podía oír su propia respiración. Sentía un deseo desesperado de quedarse dormido, y se balanceó en la silla y se mordió el labio cuando se le cerraron los párpados.

—Nada de eso —dijo Irina Ajímovva desde el quicio de la puerta. Él se recobró bruscamente—. Los soldados no deben dormirse en su puesto.

Pero las palabras tenían algo de ternura, y había amabilidad en sus ojillos. Le hizo una seña y lo condujo a la cocina.

En una olla de hierro, estaba haciendo *pelmeni*, carne de cerdo picada y cebollas envueltas en una masa y hervidas. La cocina se llenó con su fragancia. Había un vaso de nata agria, poco espesa, recién hecha, colocado junto a un plato. Podía percibir el olor a vinagre. La enorme espalda de Ajímovva se inclinaba atentamente sobre la olla mientras empujaba los flotantes *pelmeni* con una larga cuchara de palo.

Llenó un plato junto al fogón y luego lo inclinó sobre la olla para que soltara el agua, que desprendía vapor. Lo colocó ante Jristo. Le acercó la nata

agria y le llenó un vaso alto con té cargado.

—¿No me acompaña, camarada teniente? —preguntó Jristo.

Ella hizo con la boca un ruido que revelaba desdén, tal como hacían las mujeres más ancianas en la ciudad de Jristo, dando a entender que aquél era el momento de que él se diera un banquete, no ella.

Lo que estaban celebrando era su victoria.

Los *pelmeni* estaban deliciosos, para relamerse de gusto, con mucho ajo, como a él le gustaban. Resistió el impulso de engullir, y se tomó su tiempo. Se mostró espartano con la nata agria hasta que, sonriendo ampliamente, ella le hizo una seña para que no se privara. Sintió que el alimento le devolvía la vida a su alma. A pesar del mundo, a pesar de Marike y de Ozunov, a pesar de sí mismo. Su cuerpo, y también su corazón, tomaron para sí el alimento, y se tornaron cálidos y agradecidos.

Y puesto que el día se pretendía que fuera ejemplar, como una homilía sobre la vida tal como ellos querían que él la percibiera, aún quedaba una lección.

—Noticias de casa —dijo la mujer en tono solemne, una vez que él hubo comido cuanto pudo.

Dejó frente a él una hoja de papel barato y parduzco. Se la quedó mirando, perplejo. Nadie en Vidin podía tener la más leve idea de dónde estaba.

—Traída por amigos —añadió ella a modo de explicación.

Reconoció las letras de escolar de su padre, trazadas una por una con un trozo de lápiz:

Hijo mío:

Te saludo. Me hace feliz saber que te encuentras entre amigos. Mamá y yo estamos bien. El pasado domingo, en la iglesia de San Ignacio, tu hermana Helena se prometió en matrimonio con Teodor Veiko, el hijo de Omar Veiko, el terrateniente. Sé que te unirás a nosotros deseándoles prosperidad y larga vida. Ha sido una unión afortunada. Ahora la vida será aquí más llevadera.

Tengo la esperanza de que te dediques a estudiar tus lecciones y obedezcas a tus profesores, para que llegues a ser alguien, y que con el tiempo puedas regresar a casa con nosotros.

Que mis bendiciones te encuentren con buena salud.

Había firmado «Nikolai Stoianev», ceremoniosamente. Su padre había escrito muy pocas cartas en su vida. Para Jristo, el mensaje entre líneas quedaba meridianamente claro. El enfrentamiento de Nikko con la autoridad y su huida al Este había puesto al resto de su familia en grave peligro, y Helena había decidido sacrificar su felicidad en beneficio de las vidas de sus padres. Ninguna hija de Vidin a quien él conociera hubiese hecho menos. Conocía a

Teodor Veiko, un hombre mayor, hijo de juventud de Veiko. Un borracho, un hombre violento. Pero Helena era inteligente y él acabaría comiéndole en la mano. El resto del mensaje era éste: No puedes venir a casa. No era una coincidencia, y él lo sabía, que eso hubiera llegado el día en que podía esperarse que sus pensamientos fueran en esa dirección.

—¿Las noticias son buenas? —preguntó Ajímov.

—Sí, camarada teniente, todo lo buenas que cabe esperar.

Ella se inclinó sobre su hombro, y él sintió la proximidad de su recio cuerpo. Ajímov fingió leer la carta por primera vez. Le dio un apretón entre el hombro y el cuello.

—Sé valiente, Jristo Nikoláievich —dijo suavemente—. Sé un buen soldado.

Lo tenían cogido.

El primer paso era comprenderlo. El segundo, encontrar, en la intimidad de la mente, las palabras. Analizar la sentencia. Estaba atrapado en un sistema basado en el rastrillo, una táctica medieval de seguridad no menos efectiva para su época. Un sistema de dos puertas. Un visitante entraba por la primera puerta: no se le hacían preguntas. La primera puerta se cerraba tras él. Ahora estaba frente a la segunda puerta, convertido, en la práctica, en un prisionero en un espacio reducido. Sobre su cabeza, en los muros, se abrían aspilleras y troneras. De momento, de arriba sólo llegaban preguntas. Si las respuestas se consideraban aceptables, abrían la segunda puerta. Si las respuestas —o las estrellas, o los dados— no se consideraban aceptables, no abrían la segunda puerta. Después de esto, la suerte del prisionero era más una cuestión de capricho que de táctica. El rastrillo era un sistema basado en la creencia medieval de que el mal anida en todos los hombres —una noción no menos efectiva para su época— y en la certidumbre de que todo visitante llevaba en su mano tu propia destrucción, intencionadamente o no: el oro de un espía o la Muerte Negra.

Así es como lo tenían cogido, y él lo supo.

No podía ir a casa. Tan sólo moverse en la dirección que ellos señalaran, y Dios quisiera que uno entendiese adonde señalaban; y Dios quisiera que uno no diera un mal paso a lo largo del camino. La lección de El Error había sido nítidamente escenificada para él con Ozunov. El comandante había permitido que una espía operase en su casa. Quizá era un cómplice consciente o quizá no. Pero, decían ellos, no tenemos tiempo de averiguarlo. Tampoco tenemos



el menor deseo. La Nueva Ciencia es ingeniosa al respecto: el motivo carece de importancia. *El porqué* no importa; sólo el hecho. Y la Nueva Ciencia es ahorrativa. Una detención, si se lleva a cabo adecuadamente, es también una lección. Así hacemos durar lo que tenemos y lo administramos con tino.

Pero ellos —los amos, los invisibles— tenían un pequeño fallo en su estructura. Era endémico, y no podían hacer nada al respecto. Al igual que las alfombras orientales se tejen con un solo e imperfecto hilo —para que el tejedor no considere que compite con Alá, que es la única perfección—, su sistema tenía un defecto. No era absolutamente oscuro. Le llegaba alguna luz. Pues cuanto más instruían a Jristo en sus métodos, más comprendía él su lógica. Éste era un problema que no podían superar, pero sabían de su existencia y vigilaban de cerca, y la vigilancia era su gran habilidad.

Así que lo tenían cogido, pero él lo sabía.

El camino a casa estaba cerrado. Se lo habían hecho saber mediante la carta. También se dio cuenta de que Antipin había operado abiertamente en Vidin a propósito, que no se propuso actuar en secreto. Si los fascistas andaban detrás de uno, ¿hacia quién podía uno volverse? Hacia el Este, desde luego. Ahora, provoquemos a los fascistas. Ellos conducirán a los borregos, pero la lana será para nosotros.

Aquel invierno, Jristo Stoianev aprendió a sobrellevar una carga.

Comprendió el sistema de esta manera: una grande y pesada masa que presionaba contra uno, que lo mantenía luchando y jadeando para seguir en pie, en todos los sentidos. Aplastaba la mente porque exigía cada recurso, cada información guardada en la memoria y en el conocimiento, simplemente para permanecer a flote. La imaginación atrofiada, la fantasía colapsada; sólo sobrevivía algo de la fuerza propia. Había reglas especiales, interpretaciones especiales de las reglas, reglas para ser obedecidas ciegamente, reglas para ser ignoradas ciegamente, pruebas —pruebas obvias y pruebas sutiles y pruebas obvias que escondían pruebas sutiles—, provocaciones para ser soportadas en silencio, provocaciones de las que informar al instante, papeles para llevar consigo, papeles para escribir en ellos y presentarlos, papeles para marcarlos a intervalos regulares, papeles para ser devueltos en determinada fecha, pases especiales, permisos especiales, conversaciones «abiertas», conversaciones guiadas. Si hubiera una manera de clavar un clavo en un pensamiento, ellos la habrían encontrado y lo hubieran hecho.

A esta carga añádase el invierno, que todos soportaban, lo mismo el bolchevique que el sacerdote del sótano. Un cielo que se ennegrecía, luego se volvía gris, después pardo y otra vez negro.

—¿El sol? —dijo Goldman en un momento sin vigilancia—. He oído que lo han fusilado.

De haber sido así, la sangre sería la nieve. La monótona blancura cegaba al cabo de un rato y creaba un mundo sin referencias, un terrible vacío blanco, y en definitiva el concepto de *absoluta vacuidad* —ПОНАЯ НУСТОТА— se hizo brutalmente real. Y, finalmente, en el centro de todo ello, estaba el frío. Un frío que lo encogía a uno dentro de sí mismo, un frío que reducía cada rostro a un ceño fruncido o a un gruñido, un frío que soplaba en el viento como un látigo o pendía inmóvil en el aire como humo muerto. Incluso lavarse era un suplicio, y todos apestaban. El sexo se marchitaba dentro del cuerpo, y sólo el alcohol podía agitar la sangre y, con suficiente alcohol, el frío hallaba nuevas formas de alimentarse a sí mismo. Una anciana se sentaba en un banco para descansar un momento. Y se la encontraba a la mañana siguiente, cubierta con una delgada capa de hielo.

Jristo soportaba el frío invernal lo mejor que podía, y halló maneras de soportar también la otra clase de frío. ¿Querrían ellos —razonaba— enseñarle a uno francés e inglés a menos que se propusieran enviarlo a algún lugar donde se hablaran esos idiomas? No querrían. Así que le echó codos al asunto. No lo logró fácil ni rápidamente, pero perseveró hasta que halló un asidero para entender.

—Buenos días, señor Stoianev. ¿Qué tiempo hace hoy?

—Bueno es el tiempo. Quizá nieva poco.

—El tiempo es bueno. Quizá nieve un poco.

—El tiempo es bueno. Quizá nieve un poco.

—*Pooco* no; poco, po-ko.

—Po-ko.

—¡Más rápido!

—Poco.

Hora tras hora, día tras día, semana tras semana. En febrero cumplió veinte años. Goldman, Voluta y Summers le compraron un pastel de nata. La nata estaba en mal estado. De todos modos se comieron el pastel, relamiéndose con entusiasmo y emitiendo murmullos de placer. Más tarde, en la cama, tuvo retortijones, y se durmió, agotado, a pesar de los calambres.

Acabó por darse cuenta de que fue la camaradería lo que les permitió superar los rigores invernales de 1934 y 1935. Mientras las ventiscas de nieve y el sistema se arremolinaban alrededor de ellos y el rumor de las purgas golpeaba

como un tambor de fondo, se aferraron unos a otros y capearon los temporales. «Quizá —pensaba Jristo— somos los comunistas más auténticos de Moscú este invierno. Compartimos nuestro dolor. Compartimos nuestro alimento».

La idea había sido bastante simple: enviar un ejército de Antipines por las montañas y valles de Europa oriental y reclutar sin preocuparse de cómo a jóvenes vigorosos. «Busquen a sujetos con sigilo, valor animal, un don para la mentira o la seducción, ustedes ya saben lo que queremos. Tráiganlos aquí. Enséñenles lo que necesitan saber. Conviértanlos —no importa la manera— en nosotros mismos. Marxistas, patriotas, criminales, parias, aventureros. Mézclenlos, muchachos, nunca se sabe lo que van a necesitar. Serán nuestros. Polacos, checos, serbios, macedonios, búlgaros, croatas: nuestros hermanos y hermanas del Oeste. Se avecina con seguridad una guerra, y estas semillas proporcionarán una cosecha en futuras hambrunas».

Era igualmente lógico reunirlos en grandes grupos o mantenerlos en uno solo, pues lo que se pretendía era saber con seguridad *dónde estaba cada uno*. En un país de doscientos millones de almas que cubría once husos horarios, podían perderse las cosas más insólitas: trenes enteros, batallones. En ocasiones no se encontraban nunca. El país tenía una manera de engullir lo que la mayoría de las personas normales consideraría objetos enteramente indigeribles, y eso volvía locos a algunos técnicos.

De ahí resultaba una cosa que a los contables del sistema les convenía para cuadrar sus inventarios: la supervivencia sólo era posible si cuidaban unos de otros. Aprendieron que cada integrante del grupo tenía algo que ofrecer. Aprendieron quiénes eran los soplones y los alimentaban con pecadillos para mantener su credibilidad a fin de que no acudieran informadores nuevos y desconocidos.

Así pues, todos ellos aprendían juntos sus lecciones.

\* \* \*

En marzo, sin signos de deshielo y con el invierno dando muestras de que iba a prolongarse, les tocó ocupar el pueblo de Belovo, a orillas del río Oká.

¡Una excursión! Medio día de viaje en un traqueteante automotor de madera, que atravesaba renqueando bosquecillos de abedules desnudos y bosques de abetos, de color verde negruzco, con las ramas cargadas de nieve. El campo: cabañas de leñadores, las ocasionales tierras de labor, de una forma peculiar. Los rusos, para asombro de todo el mundo, cultivaban parcelas extrañamente configuradas, nada de cuadrados, quizá el resultado de

interminables divisiones de las verstas entre hijos a lo largo de los siglos. Pero todo cuanto ellos veían era nuevo, y eso era lo que importaba. La novedad hacía que su sangre circulara con rapidez tras los meses de reclusión invernal en el claustrofóbico Moscú. Chillaban, hacían cabriolas y se perseguían como chiquillos. Kerényi consiguió liberar la mitad superior de una de las ventanillas. Pintada de un horrible verde institucional soviético y cerrada durante años, chirrió al abrirse, vencida por la gran fuerza de Kerényi. Finalmente, un delicioso aire fresco sazonado con hollín ferroviario entró en tromba en el vagón. ¡Hurra! Kerényi se encaramó fuera de la ventanilla y volvió con un puñado de nieve recogida en el techo. Unas manos enrojecidas le dieron forma, y luego una gruesa bola salió despedida por la ventanilla en dirección a una cabaña. ¡Fallaron por poco! Se asomaron a las demás ventanillas y no tardaron en bombardear el paisaje entre gritos de triunfo y alegría. Bueno, ustedes ya saben de qué va.

Tuvo que ser a Iovescu, aquel terrible soplón, de cara gorda, un santurrón del Banato, a quien le acertaran en el cogote. Con ojo vengativo, buscó entre la multitud, que, como un solo hombre, se encogió de hombros aparentando una angélica inocencia. Por último —quién iba a decirlo— escogió a Ilia Goldman, uno de los más pequeños, y le lanzó un puñado de nieve. Para eso no había más que una respuesta. El subsiguiente lanzamiento alcanzó a Iovescu, y todos los demás fueron poseídos por secuelas de aquella furia a medida que la nieve penetraba por el extraño cuello de su atuendo. A Mayhem le tocó después. En medio del tumulto, Karina Olowa, una rubita de Vilnius, se desplazó furtivamente a la plataforma entre los vagones y regresó con una colosal bomba de nieve que, lanzada a lo alto, se estampó contra el techo y llovía sobre varias cabezas. Se elevó un grito estridente, y eso, al cabo, atrajo a toda prisa a la teniente Ajíмова y a otros oficiales. Se restableció el orden. Ya apenas quedaba la nieve acumulada en el techo.

En el pueblecito de Belovo se hicieron cargo de varias cabañas con techo de paja —nadie podría decir dónde se habían metido los habitantes— y camastros de madera cubiertos con mantas apolilladas. Encendieron un fuego de carbón en las estufas y se dirigieron en tropel a cenar a la iglesia, donde hervían recipientes de hierro con sopa, y estaban dispuestas en largas mesas unas deformes hogazas de pan de centeno. Después de un invierno de patatas, repollo y sopa de espinas de pescado, el olor de comida resultaba emocionante. Incluso pudieron dedicar algunos pensamientos al hogar. Aquella noche prendieron una hoguera, cantaron canciones, se dirigieron a

sus respectivas cabañas —como si fueran habitantes del lugar— y durmieron el sueño de las gentes de ciudad en su primera noche en el campo.

A la mañana siguiente, después del té con pan, fueron a trabajar.

Se los dividió en catorce cuadrillas de cuatro, cada una designada con un número, y se les proporcionaron unas tiras numeradas de tela para prendérselas en el cuello.

Jristo, Goldman y Voluta formaban una cuadrilla, a la que se añadió un yugoslavo de elevada estatura llamado Drazen Kulic, quien, avanzada la veintena, era un poco mayor que casi todos los demás. Kulic parecía haber vivido su vida alejado del sol: su pelo, sus ojos y su piel estaban casi desprovistos de color. Pero no se diluía en el conjunto, pues su presencia era física, dura, y había algo en sus facciones que desprendía un espíritu vigilante e implacable.

Los cuatro fueron agrupados en la Unidad Ocho.

En el primer ejercicio del día, la mitad de las unidades entró en Belovo como policía de seguridad; a la otra mitad se le entregaron pistolas Tókarev cargadas con balas de fogeo, cajas de madera que se suponía contenían explosivos, un cuaderno con la etiqueta LISTA DE UNIDADES GUERRILLERAS, y bengalas de señales. Tenían que ocultarlo todo en sus cabañas. Como estaba compuesta por oficiales de contrainsurgencia, a la Unidad Ocho se le asignó el registro de las casas en el extremo sur del pueblo.

En el límite del pueblo, a la espera del toque de silbato que señalaría el comienzo del ejercicio, la Unidad Ocho celebró una reunión. Jristo sería el capitán y tendría la última palabra, aunque todos participarían en la preparación y ejecución de las operaciones. Ilia Goldman fue nombrado oficial de inteligencia y eximido de todas las demás obligaciones. Inmediatamente emprendió la confección de listas de las unidades a las que se opondrían y de aquellas con las que cooperarían durante los ejercicios. Goldman, amante del detalle, se asignó a sí mismo la redacción de las listas —en su propio código—, con observaciones sobre personalidades, fuerzas y debilidades de cada unidad.

La primera disputa empezó precisamente ahí. Ahora que Goldman era oficial de inteligencia, quiso tener un ayudante. ¡Típico! ¡Dadle un dedo y se tomará un brazo! Goldman esperó a que los otros tres se calmaran, y entonces lo explicó pacientemente. Las listas requerían tiempo y observación. La eficacia operativa podría ser sacrificada un día o dos en favor de recopilar datos que a) resultaran útiles para derrotar a las unidades adversarias; y b) podrían intercambiarse por cooperación con otras unidades, lo cual

incrementaría los archivos de datos y harían aún más productivas las posibilidades de intercambio.

Jristo se sintió impresionado y se apresuró a encargar a Goldman que eligiera a su ayudante. Seleccionó a Kulic. Jristo observó en tono tranquilo que Kulic era muy fuerte, y que si sólo iban a quedar dos de ellos disponibles como policía de seguridad, aquella condición era importante, principalmente para fines de intimidación, pero cualquiera sabía lo que podía suceder. Las futuras misiones podían muy bien verse afectadas por el resultado de los juegos en Belovo, y todo el mundo quería hacerlo bien. Las peleas a puñetazos no estaban excluidas. Goldman aceptó a Voluta como ayudante, y ambos salieron inmediatamente y se pusieron a cuchichear en un rincón.

Así pues, cuando sonó el silbato y las unidades designadas como de contrainsurgencia se desplegaron por el pueblo, la Unidad Ocho sólo estaba representada por Jristo y Kulic. Belovo había sido una aldea razonablemente próspera: una iglesita con cúpula, una casa consistorial-puesto de policía y unas tiendecitas —bien mirado, tenderetes— en la calle principal, cubierta de barro helado. Había salido el sol, y gotas de rocío brillaban en la paja de las techumbres. Con la pistola cargada con balas de fogeo en su cintura, Jristo avanzó a zancadas por la calle principal y vio la vida de una manera nueva, desde la perspectiva de un policía. Era una sensación curiosa la de ir a donde quisiera y decir lo que le gustara a quien se le antojara. Aquel poder —odiaba admitirlo— era muy satisfactorio.

Mientras las otras unidades comenzaban el ejercicio, Jristo y Kulic pudieron ver que habían adoptado las formas consagradas por la costumbre. Golpear la puerta a puñetazos. Gritos de «¡Abran! ¡Registro de Seguridad!». Cuando se abrían las puertas, podían ver a personas que poco antes habían sido estudiantes seguros de sí mismos transformadas por las circunstancias en grupos arracimados de campesinos.

Hallaron su objetivo asignado, la cabaña de la Unidad Cinco, y debatieron brevemente la estrategia. Kulic desapareció por la parte de atrás, y Jristo golpeó con suavidad una tabla bajo la ventana. El capitán de la unidad apareció en la ventana e hizo un gesto señalando la puerta.

—No necesito entrar —dijo Jristo.

El capitán adoptó una expresión de sorpresa.

—Me han mandado que te diga que te has confundido de cabaña. Ésta se supone que es un almacén: la Unidad Cinco está en la puerta de al lado.

El capitán asintió y desapareció de la ventana. Jristo aguardó, complacido porque el calor del sol le daba en la espalda. Razonó que cuando ellos se

movieran, sus adversarios se moverían con ellos. El capitán reapareció en la ventana y se golpeó con el canto de la mano derecha el codo doblado del brazo izquierdo, añadiendo, para dar énfasis a su gesto, el dedo medio, tieso, de la mano izquierda. El lenguaje universal de signos informó a Jristo que su sugerencia había sido rechazada de plano, de modo que se acercó a la puerta y llamó.

El capitán abrió.

—Has elegido bien —dijo ácidamente.

—Cuando hables con nosotros, emplea el lenguaje de los civiles — advirtió Jristo— o te vas a pasar el día en la prevención.

El reglamento no contenía mención alguna a arrestos, pero uno nunca podía estar seguro. Por un momento, el hombre fijó en él la mirada, luego gruñó y retrocedió. Jristo dejó a Kulic en la puerta trasera.

—El capitán Kulic conducirá el registro —anunció Jristo, doblando los brazos y apoyándose en la pared.

—¿Dónde está el resto de vosotros? —preguntó uno de los «campesinos».

—Pronto lo averiguarás —respondió Jristo, dando a su voz el mayor tono de amenaza que supo.

—¡Todos en pie! —exclamó Kulic tan alto como pudo.

Cinco de ellos se levantaron, algo contrariados por haber sido tan brutalmente interpelados.

—¡A desnudarse!

Se quedaron boquiabiertos.

—Daos prisa. ¡En cueros! —gritó.

—Eso va contra el reglamento.

Su nombre era Malia. Era alta y cetrina, y había ganado todos los premios de códigos y cifras. Permanecía de pie, con los brazos cruzados y los miraba con el ceño fruncido.

—Vosotros sois la seguridad del Estado —añadió, no unos pandilleros de mente sucia.

Sus ojos centelleaban de desdén.

Mientras Kulic se acercaba a ella a toda prisa, la mano de Jristo salió disparada y lo agarró por el codo. Kulic se la quitó de encima pero permaneció donde estaba.

—Ahora vuelvo —dijo Jristo.

Salió corriendo y se encaminó a la casa consistorial, donde los oficiales se habían constituido en comisión para observar que se cumpliera el reglamento.

Se dirigió a Irina Ajímova.

—¡Camarada teniente!

Y se cuadró.

—¿Sí, camarada estudiante?

—Precisamos registrar a una persona del sexo femenino.

Los oficiales, cinco o seis de ellos fumando cigarrillos y bebiendo té, intercambiaron miradas y luego se quedaron observando el techo. «Otra vez —daba a entender aquella mirada—. Otro año en Belovo y otra vez lo mismo».

Ajímova se irguió sobre sus pies, exteriorizando cansancio, e hizo un gesto con las manos para apartar a Jristo.

—De acuerdo, camarada oficial de seguridad. Enséñeme el camino.

Llegaron a la cabaña, donde encontraron a Kulic y a la Unidad Cinco mirándose retadoramente. La mano de Kulic descansaba en la culata de su arma enfundada. Ajímova llevó a Malia desde la puerta trasera hacia el retrete situado tras la cabaña. Reaparecieron al cabo de un momento. El rostro de Malia reflejaba enfado, y tenía las mejillas arrojadas.

—Burro —le soltó al capitán de la unidad.

Ajímova alargó a Jristo una hoja de papel muy doblada.

—Un mapa actual de Ucrania, con seis ciudades asediadas —explicó—, atado con una cuerda a la parte superior de la pierna izquierda. —Sacó un cuaderno del bolsillo lateral de su guerrera—. Se le restan diez puntos a la Unidad Cinco. Continúen el ejercicio.

Cuando salió, sólo Jristo pudo verle la cara. Le dirigió un guiño. Él miró por la ventana. Goldman correteaba por allí como un hurón.

De este modo, todo fue bien durante una semana. Lucharon entre ellos, siguiéndose de cerca los unos a los otros a reuniones clandestinas, donde conspiraban para sobornar a sus oponentes, forzando todas las reglas hasta que la comisión calificadora irrumpía con los rostros rojos de furia. En su jardín de infancia para *shpiónets* pasaron por todas las operaciones clásicas del repertorio. Dada la preponderancia de varones, parecía haber una particular obsesión por «la trampa de miel» —la seducción con propósitos de sacar ventaja de aquella circunstancia, pues el aire campestre estimulaba más de un apetito—, pero no se registraron conquistas a mayor gloria del servicio de inteligencia. Esgrimieron pruebas comprometedoras unos contra otros: Jristo halló una especie de botellita en la manta liada que utilizaba como almohada. Incluso Goldman, su Maquiavelo, declinó ofrecer una teoría al respecto. La enterraron junto a la cabaña y esperaron. Aquella noche, la Unidad Cinco, encabezada por el capitán húngaro, que llevaba de remolque a



un oficial juez, dio un puntapié a la puerta y acusó a Jristo de esconder una ampolla de morfina. Al día siguiente, Voluta se deshizo de ella, pero Jristo volvió a descubrirla y la retiró antes de que al grupo se lo sometiera a registro.

Para irritación de todos, resultó que a menudo las operaciones clásicas daban resultados clásicos. Lo que significa que no había resultados. En todos sus juegos se acostumbraron a ganar y a perder, y la frecuencia de la calificación «sin decisión» los sorprendía al principio y luego los molestaba. Habían tropezado con la desmoralizadora verdad del espionaje, a saber, que pocas operaciones resultaban en victorias claras. «¡Me exprimí el cerebro para hacerlo bien!», gemía Goldman después de que alguna traición hubiera fracasado ante sus propios ojos. Su golpe del primer día había alimentado una opinión desmesurada sobre sus capacidades. Ahora se los trataba de acuerdo con la fría realidad del éxito inicial diluido en el fracaso subsiguiente. Sin que importara el empeño que pusieron, se les escapó un segundo Gran Triunfo. Ganaron puntos, perdieron puntos, pero la mayor parte de sus esfuerzos mereció la calificación «sin decisión».

Había un serio trasfondo en esta competición. Muchos llevaban en Moscú seis meses o más, y habían descubierto que en aquella sociedad igualitaria algunos eran, decididamente, más iguales que otros. Era escurridizo e impreciso, pero el privilegio existía. Yendo y viniendo por la ciudad podía uno percibir su perfume. Estaba claramente basado en el rango, en la posición de uno dentro de la organización de las cosas, y su éxito en la competición, y generalmente en la escuela, determinaría su posición. Pero, pese a hacer todo lo posible, los miembros de la Unidad Ocho no pudieron abrirse paso hasta el primer puesto en la lista expuesta diariamente en la puerta de la iglesia. Revoloteaban entre el segundo y el tercer puestos. Y parecía que así iban a quedar las posiciones. La Unidad Dos, una jauría de maestros de escuela capitaneados por el infame pelota de Iovescu, se asentó firmemente en lo alto del montón.

Del ejercicio final fue testigo el propio Petrenko en persona, conducido aquella mañana en un coche descubierto del estado mayor, con una cesta de picnic situada junto al oficial que hacía de chófer. El tal Petrenko era un personaje legendario —sus llamadas telefónicas inspiraban tal terror que a sus subordinados se les ponía la cara del color de la ceniza—, que ostentaba uno de esos títulos, como un ariete, en el que aparecían todas las palabras como *subjefe, ayudante, ministro, interior, estado y seguridad*. Parecía el tañido de una aterradora campana. La clase de trabajo altamente importante, pero no demasiado altamente importante, en el que el titular podía cortarle a uno los

huevos de un tijeretazo sin firmar un papel. Quizá no venga al caso que le quedaban siete meses de vida, o que alguno de sus antiguos *castrati* estaría esperándolo cuando fuera a la Lubianka. Aquel día él iba a ser el zar.

La misión: asesinar al general X cuando entre en la ciudad conquistada. Los habitantes se alinean en las calles. La seguridad es extrema. Se trata de una entrada triunfal. Los ciudadanos y los agentes de seguridad estaban compuestos por las otras trece unidades, una de las cuales debía realizar el trabajo. El general Petrenko se dignó representar el papel de general X. El personal de servicio estaba representado por tres miembros de la comisión calificadora. El papel del coche era interpretado por su propio coche.

La Unidad Ocho estuvo en pie hasta el amanecer, todos sus componentes envueltos en mantas. Los habían fastidiado al colocarlos en último lugar en el programa. Para entonces, las demás unidades habrían hecho sus intentos y habrían presenciado e identificado todas las variaciones posibles, todos los engaños, trucos, desviaciones y tretas. Se estrujaban el cerebro para dar con algo completamente nuevo. Lo que empeoraba las cosas era que sus oficiales, los de la comisión calificadora que ocupaban el coche y otros en la calle, estaban en su contra, junto con las demás unidades, y *ellos*, naturalmente, estaban deseando que llegara el momento de eliminar a sus estudiantes con andanadas de balas de fogeo del 7,62, cargándose así, de manera simbólica, a los incompetentes.

Por decimonovena vez, el capitán Jristo preguntó al oficial de inteligencia Goldman con qué contaban, y por decimonovena vez se le mostraron las dos pistolas que Kulic había conseguido sustraer de otras unidades mediante artimañas. Aquel bruto ancho de hombros era un ladrón sorprendentemente hábil. Además, Goldman podía hacer propuestas a ciertos contactos poco seguros en otras unidades, en busca de ayuda encubierta, pero —cualquiera sabía—, muy bien podían colaborar en algún plan de contrainteligencia urdido por alguien. Ellos mismos habían hecho de traidores demasiado a menudo como para discernir las intenciones ajenas y como para no saber que la broma podían gastársela a ellos con la misma facilidad.

—Esto se pone feo —dijo Voluta—. ¿Qué podemos hacer con dos pistolas extra y unos contactos poco seguros? O, en realidad, *cinco* pistolas extra, pues sólo necesitaremos una para pegarle un tiro al cabrón.

Jristo pronunció de forma automática el axioma:

—En los contactos poco seguros no se puede confiar.

Kulic se mostró de acuerdo, y asintió con tristeza. Completó el chiste:

—Y confía menos aún en los seguros.

Cuando, al cabo de mucho rato, llegó su turno de intentar el asesinato, «inseguro» era la palabra que definía su esfuerzo. Se acercaba el crepúsculo, y corrían rumores de una espléndida cena la última noche. Todos estaban cansados y tenían frío y hambre: trece asesinatos fallidos hacían el día muy largo. Algunas unidades se habían aproximado mucho y ganado unos pocos puntos, pero nadie había conseguido una muerte limpia.

El general X entró en la ciudad majestuosamente, haciendo gestos desde el asiento delantero del descapotable a la multitud congregada. Irina Ajíмова, con las manos aferradas al volante, conducía el coche despacio, con el rostro congelado en una rígida concentración. Su expresión parecía decir: No rayes la carrocería. Al pobre Goldman lo pillaron en el tejado de la iglesia (¡los guardias de la Unidad Dos, naturalmente! Más puntos para ellos): su «bomba» era un calcetín lleno de harina, que aún le colgaba de la pechera de la camisa. Un momento después saltaron sobre Kulic, absurdamente disfrazado con un parche en el ojo, de confección casera. Intentaba esconderse en una entrada, y se limitó a levantar las manos. «¿Por qué te has rasgado la camisa el último día?». Al final de la calle, dos guardias de seguridad salieron de la multitud con Jristo sujeto entre ambos. Verdaderamente, una opción decepcionante, en especial tratándose de la siempre ingeniosa Unidad Ocho. La bomba desde el tejado de la iglesia ya había fallado, y de una manera lamentable, por segunda vez aquel día.

El general X se levantó del asiento delantero, se convirtió en el general Petrenko y alzó la mano pidiendo silencio. La muchedumbre se congregó a su alrededor para recibir la bendición.

—En nombre de los trabajadores de la seguridad de esta nación progresista —bramó—, deseo transmitir a ustedes y a sus esforzados instructores mis saludos y mis felicitaciones. Lo que he visto hoy aquí es una inspiración para mí y para el proletariado de todo el mundo. Quizá no una inspiración en cuanto a oficio, pues son ustedes principiantes y aún tienen un gran esfuerzo por delante, pero sí una inspiración en cuanto a esfuerzo, seriedad y...

La inspiración se esfumó.

Petrenko se quedó con la boca abierta.

Se hizo atrás cuando la descarga del miedo hizo que le diera un vuelco el corazón. Cruzó las manos sobre sus ojos, los cerró y ladeó la cabeza. La perfecta estatua de un hombre en el último instante de su vida.

No era una muerte real.

No había balas reales.

Pero el movimiento fue tan brusco, tan confuso, que no tuvo tiempo de controlarse. Había alguien sobre el capó. Había saltado como un animal, sin precaución ni duda, y había aterrizado como un animal, encogido sobre sí mismo para saltar de nuevo. Luego sus puños vomitaron fuego.

Para Jristo, la comprensión de lo sucedido fue una conmoción. «Él cree realmente que lo han tiroteado». Podía ver a Petrenko perfectamente enfocado —brillante la mandíbula, barbilla colgante—, y el terror de aquel hombre abrió una ventana en su mente. Y de ella brotó rabia. Un saco ruso de meados y vodka. Jristo apretó los dientes, gimió y luego oyó como unos martillos golpeando.

Siguió un intervalo más bien prolongado.

Ajímova, cuyo rostro era una máscara, estaba de pie en el asiento del conductor, sin ninguna razón aparente. Petrenko bajó los brazos y abandonó su cobarde postura. Su voz era alta y aguda la primera vez que gritó:

—¡Teniente!

Al segundo intento descendió una octava.

—¡Teniente!

Jristo oyó que Ajímova exhalaba aire de forma prolongada.

—Sí, camarada general.

—Este hombre... —dijo señalándolo.

Jristo podía ver agitarse el dedo. Petrenko pestañeó y bajó la mano lentamente. A aquel hombre no podía obligársele a arrodillarse. No se le podía matar. Aquel hombre era un estudiante recitando su lección.

Petrenko carraspeó. Los estudiantes, en la calle, murmuraban entre ellos. La urgente necesidad de volver a la normalidad se dejaba sentir por doquier. Jristo, cuidadoso con la pintura, se deslizó con cuidado hacia atrás, hasta quedar de pie delante del automóvil.

Petrenko ladeó la cabeza.

—¿Cómo se llama, joven?

—Jristo Stoianev, camarada general.

—¿Es usted búlgaro?

—Sí, camarada general.

—Los búlgaros son un pueblo orgulloso —dijo Petrenko.

Había verdadera admiración en su voz. Las clases trabajadoras no necesitaban fronteras nacionales; formaban una sola raza. El concepto había quedado claramente sentado.

Sus ojos, por supuesto, contaban una historia muy diferente, pero sólo Jristo podía ver lo que ardía en ellos, quería verlo bien.

\* \* \*

Un tipo de tren distinto los condujo de regreso a Moscú. Los bancos de madera de los que apenas se habían percatado a la ida ahora eran de una dureza diabólica. Inclinaron las cabezas. Se oían toses y resuellos. Estaban agotados, fatigados por la intensidad de la competición, la falta de sueño, el aire del campo y el vodka barato que abrasaba la garganta, trasegando brindis tras brindis durante la fiesta de despedida. Uno de los oficiales compareció con un maltrecho violín —lo hacía todos los años— y todos bailaron y cantaron. Los que los oficiales de la calle Arbat llamaban «Bajos asuntos amorosos» se consumaron por última vez detrás, debajo y, en los casos de los verdaderamente valientes, dentro de las diversas cabañas. Adiós, hermosa. La vida, de regreso en Moscú, no era tan libre. Oh, uno podía arreglárselas —el entrenamiento para la clandestinidad servía para otros propósitos, aparte de los políticos—, pero no era lo mismo esconderse en el cuarto de calderas. Mejor no ser tan directo. Marike había procedido más bien abiertamente, y desde entonces no se la había vuelto a ver. La mayoría pensaba que la habían enviado a casa.

Jristo trataba de dormir, pero le resultaba imposible. Con las ventanillas herméticamente cerradas, faltaba ventilación, por lo que fue a situarse entre dos vagones, en busca de aire fresco, y allí encontró a Kulic, hecho un ovillo contra el viento en un rincón de la plataforma. Kulic lo invitó a sentarse, y Jristo apoyó la espalda contra las tablas de madera. A pleno aire, el traqueteo del tren se amplificaba, y el humo blanco de la locomotora fluía sobre sus cabezas. Había un cielo extraño, común en la primavera rusa, con nubes y estrellas, y con un vientecillo del sur que agitaba los bosquecillos de abedules.

—Bien, camarada capitán —dijo Kulic una vez que Jristo se hubo instalado—, por intentarlo no quedó.

—Debimos haber ganado.

Kulic se encogió de hombros.

—Aquí es diferente.

Su voz carecía de inflexiones. La decisión de la comisión calificadora se anunció durante la fiesta de despedida. La Unidad Dos y el petulante Iovescu se clasificaron los primeros. Ellos fueron los segundos, delante de Malia y del capitán húngaro de la Unidad Cinco. La unidad de Jristo había sido premiada con una puntuación alta por el asesinato del general X. No había forma de negarles el éxito. Pero la comisión otorgó la máxima nota a la Unidad Dos por capturar a Goldman en el tejado. Goldman impugnó la decisión: todo era un montaje, hasta el punto de que los dos guardias de seguridad, sobornados,

dejaron las armas de Jristo. Pero la impugnación fue desoída. Se había tomado una decisión política.

Los lameculos ganaron. Siempre funcionaba así, pensó Jristo, y ahí había una lección si uno quería verla. Kulic tenía razón: aquí las cosas eran diferentes. Contemplando el cielo nuboso y estrellado, sintió el cautiverio como una ligera presión en la base del cuello, y tragó saliva unas pocas veces, pero no se le quitaba. Veinte años. La vida ya se torcía de una manera extraña, crispada, como un árbol que crecía en la arena. Cuando tenía la edad de Nikko, abrigaba un secreto desprecio por su padre. Esclavo de los compradores de pescado, de los terratenientes, de los Santos Padres, parecía uncido a su vida como un buey paciente. De vez en cuando un suspiro, pero nunca una protesta, nunca una maldición. Jristo creía que uno podía sacudirse el yugo del cuello, arrojarlo al Dunav, ser libre del peso que debía soportar desde el alba al anochecer, todos los días del año. Creía que su padre carecía de sangre, del fuego humano para sacudirse la carga, y se sentía avergonzado por ser el hijo de semejante bestia de carga. Ahora pensaba de manera diferente, claro está. Había aprendido algo sobre yugos.

—¿Los odias? —preguntó Kulic interrumpiendo sus tristes cavilaciones.

Casi parecía saber en qué había estado pensando. Jristo se encogió de hombros, sin fiarse de su propia voz. Kulic le golpeó ligeramente dos veces en el brazo.

—No vale la pena pensar en ello.

No los odiaba. No creía odiarlos. Aunque la furia que lo poseyó cuando «disparó» sobre Petrenko llevaría a algunos a pensar sobre lo que haría cuando pudiera arreglárselas solo. Pero no los odiaba. Les tenía miedo. Les tenía miedo porque en cierto sentido estaban locos. Un carpintero de ribera de Vidin se volvió loco de pesar tras la muerte de su esposa, y se pasó el resto de sus días junto al río, levantando sin parar montones de piedras, corrigiendo constantemente la altura para dejarlos perfectamente uniformes. Ellos eran así. Practicaban una especie de brujería y a eso lo llamaban ciencia. Cuando uno iba a que le sellaran sus papeles, los deslizaba detrás de una cortina donde aguardaba un funcionario: no debía ver las caras de aquellos que controlaban su destino. Como Veiko, administraban el miedo. Como Veiko, pensó Jristo, apesadumbrado.

Kulic prosiguió, al interpretar el silencio de Jristo como asentimiento:

—Si no puedes retroceder, es mejor seguir adelante. ¿Qué otra opción queda?

—¿Tú también? —preguntó Jristo.

Kulic asintió con tristeza.

—Todos nosotros. Es lo que supongo. —Se dejó caer hacia atrás y levantó la vista al cielo—. Yo era uno de los Komitaji. ¿Sabes lo que es eso?

—¿La comisión?

—Eso es lo que significa la palabra. En Macedonia se llamaba la Mano Negra, y otra cosa en Croacia. Ya sabes que de ahí es de donde vengo. En noviembre mataron al rey de Yugoslavia en Marsella, el rey Alejandro. El asesinato fue organizado por un hombre llamado Viada el Chófer. La acción la llevaron a cabo unos Komitaji. Algunos nos llaman bandidos; otros, partisanos.

Se encogió de hombros y abrió los brazos.

—¿Conocías a la gente que lo hizo?

—Personalmente no. Pero sabía quiénes eran. Mi grupo actuaba en el río. Desde las Puertas de Hierro, río arriba hasta la frontera húngara, incluida la ciudad, Belgrado. Y la verdad sobre nosotros era que algunos días éramos bandidos y otros, partisanos. Pero siempre Komitaji. Unidos por un juramento de sangre. Una tradición de siglos y todo eso. Cuando enterramos a nuestros muertos, no cerramos el ataúd hasta que está en la tumba. ¿Cómo es eso?, preguntan los visitantes. Oh, respondemos, es demasiado cruel privarlo de la última mirada al cielo antes del final. Les gusta esa idea. Pero la verdad es diferente. Los Komitaji siempre han ocultado armas de fuego en los ataúdes, de modo que el rey promulgó una ley, y ahora aquél es un buen país para visitar si a uno le gusta ver aquí y allá un cadáver transportado por las calles.

Se echó a reír un momento, recordando una peculiar locura nacional que, a distancia, parecía atractiva.

—Río arriba, la mayoría somos serbios, aunque parte de mi familia es macedonia. Marchamos con Alejandro Magno, desde luego, y eso todos los macedonios lo dirán. Del mismo modo que todos los macedonios son revolucionarios.

—Como los rusos.

Kulic miró a su alrededor, allí podía haber alguien más. —¡Chist! —susurró. Se aproximó más a Jristo y habló en voz baja—: Somos revolucionarios porque no podemos soportar que un hombre nos diga lo que hemos de hacer. Los turcos mandaban a sus recaudadores de impuestos, y nosotros les devolvíamos un pedazo de recaudador cada vez. Esa gente ansia que le digan qué debe hacer. Tuvo una revolución sangrienta, pero nunca dejó de ir a la iglesia. Realmente no. Aspiran a ser curas. Haz esto, haz aquello.

Hoy es martes, toca hacer tal cosa. Alguien pregunta por qué. Le contestan: «Porque Dios me dijo que esto es así», y entonces le dan nueve gramos.

—¿Nueve gramos?

—El peso de una bala, capitán Jristo. Eso que se mete por el cogote. Adoran a su Stalin como a un dios, pero él no es más que un cerdo aldeano, el gran macho que mete el hocico en el pesebre de todo el mundo. Estos rusos vendrán por nosotros algún día, eso está cantado, y les arreamos una patada en el culo con todas las de la ley.

Permanecieron en silencio un momento, dejando que la dulce humareda de la traición envolviera sus cabezas.

—Pero estás aquí —dijo Jristo.

—No merezco algo mejor. El rey mandó a la policía especial a nuestra ciudad —que se llama Osijek; hay fortines en las colinas, sobre el río— y un imbécil se cargó a tiros a los agentes. Ese imbécil se escondió en los pajares cuando llegó la policía —la policía militar, con ametralladoras, no los idiotas locales—, pero empezaron a clavar bayonetas en el heno. Así que el imbécil se fue a las montañas. Pero ellos lo siguieron. Un día llegó un ruso. «A nosotros nos gustan los imbéciles como tú», dijo. Y le dio documentos falsos, un pasaporte soviético, un billete de tren a Varna, Bulgaria, y otro billete para un vapor que cruzaba el mar Negro hasta Sebastopol. Así que ese imbécil — que como todos los imbéciles se consideraba inteligente— se creyó las promesas del ruso y abandonó las montañas. Ahora está jugando a juegos infantiles con pistolas de fogueo, y siente que le han robado su victoria, incluso en unos juegos infantiles. Pero lo acepta. Toma cuanto le dan porque no tiene elección. Es como un toro con una argolla de hierro en el hocico. Todos los días encuentran una nueva manera de tirar de él.

Levantó las manos y las dejó caer sobre los muslos con una fuerte palmada.

Durante un rato contemplaron las estrellas, arrullados por el golpeteo rítmico sobre los raíles. Kulic sacó un cortaplumas del bolsillo y empezó a cortarse la uña de uno de los pulgares.

Jristo suspiró. La noche lo entristecía. La historia de la nación de Kulic era como la de la suya. La lucha nunca cesaba. Los conquistadores seguían llegando. Otros Kulic, otros Jristos, siempre lo mismo a través del tiempo, vagando por el mundo. Apartados del amor, apartados del hogar. Estaban destinados a ser los eternos extraños. Aventureros por la melancolía, huéspedes en casas ajenas. En lo sucesivo, y para siempre, no podría haber paz para él, ni reposo, ni ninguna de las pequeñas armonías domésticas que



eran el consuelo de la gente común en todas partes. Sus placeres iban a ser los del soldado destacado en un puesto lejano: una mujer, una botella, una muerte rápida sin dolor. Eso era lo que podía prever. Y aunque su corazón pudiera henchirse con la poesía del incendio de una puesta de sol perfecta, nunca habría alguien especial junto a él para compartir aquellos goces.

Distraído por un ruido semejante a un arañazo, se volvió y vio a Kulic tendido de costado, grabando en la pared de madera del vagón con su cortaplumas. Kulic se puso en pie, dejó sitio a Jristo y señaló con la navaja la pared. Jristo se deslizó hasta allí. El grabado era diminuto, escondido en el rincón más alejado, sólo a un par de centímetros del suelo: BF 825.

—¿Qué es eso?

—B de Hermandad,<sup>[1]</sup> F de frente. Ocho, dos y cinco por el verdadero orden en que acabaron los ejercicios en Belovo en marzo de 1935. Nuestro grupo, la Unidad Ocho, ganó. La Unidad Dos debió haber sido la segunda, y la Unidad Cinco, la tercera. Así, en algún lugar del mundo, nuestra victoria se celebrará dondequiera que viaje este vagón.

Tendió la mano. Jristo se puso de pie y se la estrechó con firmeza. La mano era dura y estaba cubierta de gruesos callos. Kulic blandía el cortaplumas en la otra mano.

—Podríamos hacer un juramento de sangre, pero los dedos con pinchazos son precisamente las cosas de las que esos sabuesos toman nota.

Volvieron a sentarse. Jristo podía ver con los ojos de la mente las letras y los números grabados. Había leído en un libro de historia que los primeros reyes de Grecia no podían confiar en que sus propios súbditos no los asesinaran, de modo que importaron, como guardias, a hombres del norte, rubios y pelirrojos, de países lejanos, donde escribían con runas, una escritura grabada. Estos guardias, al disponer de mucho tiempo, inscribieron sus iniciales en los leones de piedra que, en aquellos tiempos, vigilaban el puerto del Pireo. Él comprendía ahora a aquellos hombres. Incluso el eterno extraño necesita dejar una señal de su existencia: «Estuve *aquí*; por tanto, *fui*». Aun así, al cabo de mucho tiempo no queda nadie que se preocupe mucho de si fue o no.

Kulic apoyó una mano en el hombro de Jristo.

—No estés tan triste. Recuerda lo que dije: Si no puedes volver atrás, sigue adelante. Mientras hay vida hay esperanza. Siempre.

—BF ocho, dos, cinco —dijo Jristo.

Se sentía mejor por lo que había hecho Kulic, y eso le sorprendió.

—No se lo diremos a nadie, por supuesto.

—Por supuesto.

Volvieron a sentarse en silencio. Mirando el cielo ruso, a Jristo se le ocurrió que si uno no tiene nada más en el mundo, al menos puede tener un secreto.

\* \* \*

Abril. Las tormentas de aguanieve tamborileaban en las ventanas. Fuera, en la calle Arbat, se descubrió una grieta en un bajante cuando llegó el deshielo primaveral, y una cuadrilla de obreros estaba rompiendo el pavimento con unos mazos. Habían apagado la caldera, y en la clase de Jristo llevaban guantes de lana, bufanda y gorra. Podía ver su aliento al hablar.

—Buenos días, señor Stoianev.

—Buenos días, señor Smiss.

—Smith.

—Buenos días, señor *Smith*.

—¿Cómo pasó usted la velada?

—Leí un libro interesantísimo del escritor inglés Arthur Grahame.

—¿Cómo se titulaba?

—Se titulaba *Lo que algunos sabrán*.

—¿De qué trataba el libro?

—Es una novela acerca de las condiciones de los agricultores pobres en Gran Bretaña.

—¿Y cuál consideró que era la escena más significativa de ese libro?

—La escena en la que el duque golpea en la cara al campesino con una fusta.

—¿Por qué le interesó eso?

—Mostraba el desprecio de las clases dirigentes hacia sus siervos, y que la servidumbre sigue existiendo hoy día en Gran Bretaña, una nación que muchos en el mundo consideran, equivocadamente, progresista.

—Gracias, señor Stoianev.

—De nada, señor *Smith*.

En la calle, los mazos golpeaban el cemento con un ritmo lento y regular.

\* \* \*

Fue Kerényi, el muchacho húngaro de Esztergom, quien encontró el perro escondido en el sótano. Era una cosa húmeda y parda con ojos tristes, medio muerto de hambre, con su ancha cola barriendo la carbonilla del suelo de cemento, lleno de esperanzada alegría.

Aunque su padre enseñaba matemáticas en una escuela para hijos de aristócratas, Kerényi tenía aspecto de labrador —incluso después de que la dirección médica le hubiera provisto de un delicado par de gafas con montura de alambre—, era ancho de hombros y arrastraba los pies, tenía manos gruesas y el hablar lento. Fueron las convicciones políticas del viejo Kerényi las que habían enviado a su hijo al Este, convicciones que se convirtieron en acciones por efecto de los discursos incendiarios de Béla Kun, el dirigente comunista húngaro. Incluso después de que los estudiantes se enterasen de su distinguido origen, siguieron llamándolo El Labrador. Había en él una gentileza, una amabilidad servicial que les recordaba a quienes trabajaban la tierra, a aquellos que nunca se quejaban cuando tenían que empujar el carro.

Kerényi se dirigió a Ilia Goldman tras descubrir el perro. Goldman, hijo de un abogado de Bucarest, llegó a Moscú por lo mismo que Kerényi: por razones ideológicas. Kerényi idolatraba al judío Goldman, que, pequeño, corto de vista y excepcionalmente inteligente, personificaba para él al intelectual ideal que conduciría el mundo a la nueva era.

En el sótano, avanzada la noche, Goldman arrojó su gorra contra la pared más alejada y el perro corrió por la estancia y se la devolvió, con los ojos brillantes por su logro.

A Kulic lo metieron en el asunto porque tenía una amiga en la cocina, una flacucha que fregaba los pucheros de sopa y le pasaba algunas sobras cuando podía.

Nunca se pusieron de acuerdo en el nombre. Ni en la raza. Kerényi aseguraba que tenía algo de Vizsla, el pointer de Hungría. Goldman, muchacho de ciudad, no tenía opinión sobre el particular, pero Jristo, después de que Kulic lo llevara abajo para mostrarle «al nuevo estudiante», pensó que tenía más de retriever que de pointer. Con la mayor parte de la Unidad Ocho reunida, no podían dejar a Voluta fuera, y fue Voluta quien robó el cuenco de sopa que usaron como comedero.

Para coordinar las necesidades operativas —alimento, agua, retirada de desechos, juego—, necesitaban un nombre de código operativo. Fue Kulic quien sugirió BF 825, el criptograma que había grabado en la pared de un vagón de tren. De esta manera, en un papelito aparentemente en blanco que Jristo encontraba en su bolsillo, se leía, cuando se apretaba contra una tubería caliente: «BF 825 necesita un trozo de pan de la comida de la noche». Su instructora de Códigos y Cifras les enseñó que la orina canina serviría, en caso extremo, como tinta invisible. Pensaron que a ella le divertiría saber cómo se empleaban sus enseñanzas. Pero, por supuesto, no podían contárselo.

Tuvieron el perro diez días, y siempre lo asociaron con Kerényi. Al igual que el perro quería a todos los que le demostraban amistad, Kerényi estaba siempre dispuesto a ser amable, a echar una mano cuando podía. Todo el mundo en la calle Arbat, lo mismo estudiantes que instructores, sabía que Kerényi no tenía nada que hacer allí —tarde o temprano, aquella disposición afectuosa sólo lo metería en líos—, pero los instructores se resistían a suspenderlo, y sus compañeros pasaban largas horas para asegurarse de que aprobara sus exámenes.

Un viernes, todo el grupo fue conducido a un gran teatro del centro de Moscú para escuchar un discurso de cuatro horas de Ordzhonikidze, el apasionado georgiano, un destacado dirigente bolchevique, y cuando regresaron el perro se había ido. Su plato, su juguete y un trozo de manta habían desaparecido también, y el suelo había sido limpiado de carbonilla y fregado con ácido fénico.

\* \* \*

Una semana más tarde el tiempo se estropeó.

Las lluvias primaverales descargaron procedentes del Oeste, cálidas y regulares. Los grandes montículos de nieve, ennegrecidos por meses de hollín y cenizas, se volvieron cristalinos, luego esponjosos, y el agua fluía por las calles adoquinadas como torrentes. El Moscova creció, y las personas que cruzaban los puentes se detenían para observar los grandes fragmentos de hielo sucio que, girando, pasaban bajo ellas. La lluvia tamborileaba en los tejados, resbalaba por las ventanas formando goterones y manaba de los canalones, de los bajantes y de las alas de los sombreros. Lo abatía a uno, y no paraba noche y día, como un funeral acuoso por el invierno que moría.

A última hora de la tarde fueron a buscarlo.

Dos miembros de la seguridad de la escuela lo llevaron a la sala, donde permanecieron a un lado. La central eléctrica había vuelto a estropearse, de modo que las lámparas parpadeaban, perdían intensidad y dejaban los rincones de la estancia en sombras.

Sasha estaba recostado en el respaldo de un sofá, con una bufanda blanca anudada descuidadamente en torno al cuello, las manos hundidas en los bolsillos de un abrigo de cuero marrón que relucía a causa de la lluvia. Un cigarrillo pendía de una comisura de su boca, y el humo, dispersándose por el suave atardecer que iluminaba la sala, volvía su presencia nubosa y oscura. Alzó una mano, movió los dedos, y a esta señal los dos oficiales de seguridad abandonaron la estancia.

—Me han dicho que lo hiciste muy bien allí.

—Gracias, camarada Sasha.

—Llámame Sasha a secas. Guarda tus «camaradas» para quienes los necesiten.

Se paseó por la habitación, despacio y pensativamente. La punta del cigarrillo brilló, y dos largas volutas de humo fluyeron de sus fosas nasales.

—Dime, Jristo. Dime la verdad. Te prometo que tu respuesta no te perjudicará. ¿Sueñas? En concreto, ¿sueñas con ella? ¿Con la chica pelirroja? ¿Se te presenta por las noches? ¿O, quizá, está bajo el agua, con sus largos cabellos flotando? Podría llamarte por tu nombre. ¿Lo hace? Posiblemente por un nombre íntimo, un nombre dulce, que compartáis.

Llegó hasta el rincón más apartado, se volvió despacio y se dirigió de nuevo a la ventana.

—Puedes decírmelo, Jristo Nikoláievich. Soy, entre otras cosas, tu confesor.

Jristo se tomó un tiempo para pensar.

—No sueño con ella —dijo.

—¿Con qué, entonces?

—Sueño con la libertad para mi pueblo.

Dejó de pasear y se lo quedó mirando, ladeando la cabeza.

—Eso es lo que sueñas.

De nuevo empezó a pasear, se sacó las manos de los bolsillos y le palmeó la espalda.

—Bien, quizá, después de todo, sueñes con eso. Quizá. Estamos hablando de esas cosas. En realidad hablamos de poco más. Pero lo que realmente ocurriría...

Se detuvo. Por un momento pareció abstraerse.

—Quizá te hayan enseñado eso tus fieles instructores. Quizá te hayan enseñado a soñar de la manera prescrita. Imagina. Domar los sueños.

—No es eso, Sasha.

—Humm. Bueno, no desistas. Sigue intentándolo. Ya sabes que debes seguir intentándolo. El proletariado lo demanda. Dime qué piensas de esto:

*Diez mil estandartes marchan  
bajo el sol enrojecido.  
Cantan, oh, escuchadlos,  
el nombre glorioso de un jefe.*

Aguardó. Miraba de frente a Jristo, a través del humo que se dispersaba.

—Es un poema inspirado —dijo Jristo.

—Sí. Oh, sí, estudiante Jristo, aprendes bien. Tienen razón cuando lo dicen. Pero no digas que es *inspirador*, no sabes quién lo escribió, ni cuándo, ni por qué, y podrías estar equivocado. Muy equivocado, desde luego, por haber sido inspirado por un sentimiento inapropiado. A menudo tales errores no pueden perdonarse, ¿y qué sería de ti entonces? ¿Eh? ¿Acabarías de rodillas en un sótano?

Sasha esperó. Jristo tuvo que contestar:

—¿Puedo preguntar quién escribió el poema?

—Lo escribí yo. Soy poeta. ¿No puedes mirarme y verlo? Cuando era muy joven, estaba obsesionado por tonterías, disparates románticos. Mis poemas estaban llenos de garzas, abedules, cielos interminables y muchachas con manos bonitas. Bueno, ahora ya lo sabes. La verdad fue a mi encuentro. Me buscó y perfeccionó mi corazón. «El arado —dijo, suspirando—; tu alma ha perdido su arado».

Estaba muy cerca de Jristo y lo tomó por los hombros. El olor a alcohol era abrumador, como si lo sudara por los poros. Jristo bizqueó cuando el humo del cigarrillo le dio en los ojos. De pronto, la habitación estaba muy silenciosa.

—«El arado de acero —prosiguió, con voz persuasiva y lógica— convierte nuestra tierra negra en plata, / y así la sabiduría de nuestro Jefe / abre nuestros corazones al conocimiento». —Retrocedió y aguardó un momento, volvió a meterse las manos en los bolsillos, a la espera de una reacción—. Jristo Nikoláievich, ¿cómo es que no lloras al escuchar esos pensamientos?

Como no hubo respuesta, se quitó el cigarrillo de la boca y lo dejó caer a sus pies, donde ardió en la alfombra. Luego caminó hasta la ventana y miró fuera.

—Esta jodida lluvia... —dijo.

Se arrebujó en el abrigo de cuero, como si de repente tuviera frío, se volvió hacia Jristo y lo miró a los ojos.

—Bien. Tú y yo nos vamos a casar.

Jristo no respondió.

—Sí —confirmó Sasha—. Ya es hora de que abandones este convento.

—Entiendo.

—Pero el matrimonio, como lo sabes, es un asunto serio. Tú debes ser la mejor de las esposas. Obediente y buena, dispuesta siempre a proteger el

honor de la familia. Nunca debes flirtear con extraños ni contar nuestros secretos en la fuente de la aldea. Y, desde luego, debes ser eternamente fiel. Eso por encima de todo. ¿Comprendes?

—Sí.

Sasha sonrió torciendo la boca al oírlo, y asintió como para sí mismo.

—Sí. Casi te creo. Lo entregarás todo salvo un rinconcito de tu corazón, un lugar privado, ¿sabes?

Jristo estuvo a punto de responder, pero se detuvo. Sasha se echó a reír.

—El conocimiento es perdón, muchacho, ¿y quién de entre nosotros no ha cruzado los dedos a la espalda? Vamos, *bratets* —la palabra significaba «hermanito»—, vamos a ver al cura.

Retrocedió y le hizo un gesto a Jristo para que lo precediera a través del breve pasillo que conducía desde la sala a la puerta del edificio. Sasha lo siguió y su mano cayó afectuosamente sobre el hombro de Jristo. Sasha era delgado, de osamenta pequeña, un aristócrata, un hombre hecho para los salones, pero la fuerza del golpe estuvo a punto de hacer caer de rodillas a Jristo.

Era el mismo Gaz negro de antes, estacionado junto al bordillo, brillante a causa de la lluvia. Y el mismo conductor, con un cuello de toro sobre la camisa. Esta vez, Sasha se sentó junto a Jristo en la parte de atrás. Se acurrucó en el asiento tapizado de gris, hundido en el rincón, y cerró los ojos. Atravesaron la ciudad a gran velocidad, con el conductor golpeando el claxon con un puño enrojecido. El limpiaparabrisas chirriaba en su ir y venir sobre el cristal. El coche coleaba cuando el conductor giraba en las esquinas. Rebotaban en los charcos, levantando grandes salpicaduras de agua parduzca, y las personas se dispersaban ante ellos, resbalando en el pavimento mojado. Un anciano, encorvado hasta casi doblarse sobre sí mismo, fue arrancado con un sobresalto de sus ensoñaciones mientras cruzaba la calle. Dejó caer un saco grande, al tiempo que se ponía a salvo renqueando. Las patatas salieron rodando cada una por su lado, y el coche dio sacudidas cuando les pasaba por encima. Jristo se volvió y miró atrás. El hombre estaba recogéndolas de la calzada lo mejor que podía. El conductor, observándolo por el retrovisor exterior, resopló:

—Buenas boñigas para la sopa de esta noche, padrecito.

La lluvia arreciaba, caía a ráfagas, y los haces de color ámbar del Gaz parecían inútiles e insignificantes en medio de la luz azul oscuro del

atardecer. Después de abrirse paso por un laberinto de calles, giraron y tomaron una vía de circunvalación, donde se cruzaban ocasionalmente con algún camión. Los conductores de los camiones, conocedores del significado de los Gazos negros y brillantes, se echaban a un lado de la calzada para cederles el paso.

Unos veinte minutos más tarde, el coche disminuyó la marcha, el conductor escrutó la oscuridad, gruñó con satisfacción y viró bruscamente para situarse entre dos automóviles blindados aparcados en batería a la entrada de una amplia avenida. Jristo dirigió una mirada a un rostro blanco y horrorizado en la parte delantera del coche blindado cuando el conductor pisó el acelerador y se colocó a su lado en el estrecho hueco. La brusquedad del giro despertó a Sasha.

—Mitia, conduces como un campesino.

—Es que soy un campesino.

Una avenida magnífica y recta llevaba a campo abierto, flanqueada por altísimos álamos que el viento balanceaba. La escena sugería correos a caballo y carruajes con lacayos. Jristo miró por la ventanilla. Había policías por todas partes, con capotes para la lluvia y armados con subfusiles. Cientos y cientos de agentes permanecían de pie por la avenida, alertas a su paso. Un coche Stolipin estaba aparcado en cada cruce. Por lo demás, nada.

—¿Estás echando un vistazo? —preguntó Sasha.

Jristo se volvió. No era inteligente mirar demasiado alrededor: se decía que los espías se grababan en la memoria detalles de puentes, ferrocarriles y puestos de policía. Nadie en Moscú, a pesar del brillo del sol veraniego, llevaba gafas de sol. No estaba explícitamente prohibido, pero hacía que la gente se preguntara por qué se ocultaban los ojos.

—Este camino lleva a la dacha de Kobá —explicó Sasha, utilizando el apodo cariñoso de Stalin—. Estamos a treinta kilómetros. Tres batallones especiales lo guardan día y noche; ni siquiera los zorros vienen por aquí.

Tres batallones significaban tres mil seiscientos hombres. Día y noche. ¿Qué hubiera dicho Antipin del soldado que se mantenía en su puesto allá donde una vez creció una flor?

—No olvides a los escoltas —dijo Mitia.

—Exacto —confirmó Sasha—. Allá donde esté, el querido Kobá está acompañado por cuatrocientos dos escoltas. No cuatrocientos tres o cuatrocientos uno. El número debe tener un significado especial; tan especial que ninguno de nosotros ha averiguado nunca la razón. De todos modos, ya ves que amamos tanto a nuestro jefe que lo protegemos así.



Mitia se echó a reír.

—País grande, números grandes, todo grande. Cuando los malos espíritus se apoderan de nuestros corazones y la sangre se nos enciende, nos liamos a hachazos, como si segáramos trigo, camarada estudiante. ¿Lo ves? Kobá nos conoce. Mejor que nosotros mismos. Todos somos campesinos —incluida la delicada flor que ocupa el asiento trasero con usted—, y todo campesino anhela tener en la mano la guadaña. ¡Zas! —Hizo como que cortaba el salpicadero con el canto de la mano—. ¡Y hay ochocientos cuatro cuya única tarea consiste en vigilar a los cuatrocientos dos!

—Mitia se despacha a gusto —dijo Sasha—. Hoy, por desgracia, no vas a reunirme con el Número Uno en persona. Yo en tu lugar no lo lamentaría. Cuando Kobá conoce a alguien, piensa en él, y tú eres demasiado joven para que piense en ti. No, hoy es el día de nuestra boda, como te he dicho, y la ceremonia va a oficiarla Yágoda en persona. ¿Sabes quién es?

—Yágoda es quien dirige el NKVD —respondió Jristo.

—Muy bien. Él es mi jefe y tu jefe, así que compórtate lo mejor que sepas. Obsérvame y haz lo que yo haga. Recuerda que eres uno de nosotros.

Jristo había oído a los instructores hablar de Yágoda. Era obvio que lo temían. Guenrij Yágoda nació, creció y se educó en la ciudad polaca de Lódz. Como su padre antes que él, recibió formación de químico, y por eso era conocido como Yágoda el Químico. Fue el puño de Stalin tras la Revolución, así como un eminente chekista, para ser polaco. El gran Dzerzhinski, fundador de los servicios de inteligencia soviéticos, también era polaco, y dos de sus notables ayudantes —M. Y. Latsis e Y. K. Peters— eran letones de nacimiento. En 1918, Yágoda organizó y dirigió el nuevo sistema de campos de trabajo. Desapareció por un tiempo, y en 1934 fue nombrado jefe del NKVD. Se rumoreaba que había urdido la muerte de Kírov, y se sugería que el asesinato se utilizó como pretexto para quitarse de encima a los viejos bolcheviques. Aún circulaban rumores más tenebrosos: su coetáneo Baionov escribió que los bacilos de Koch, introducidos en los alimentos del sujeto, producirían una tuberculosis galopante y una rápida muerte por causas aparentemente naturales. De ahí que algunos lo implicaran en las muertes de Lenin y de Kírov.

Para Jristo, el recuerdo de aquella noche nunca lo tuvo del todo claro. Sólo se acordaba de ciertos momentos; evocaba vividamente cada detalle, cada inflexión de voz. Otras veces todo se perdía en la niebla. Hubo brindis con

diferentes vodkas: Zubrovka, la polaca Ostrova, la ardiente Pertsovka. Por Stalin. Por la Revolución. Por las tetas y los coños. Por los amigos que se fueron. Por la gran ciudad de Lódz. Por Kiev. Por Bakú, en Transcaucasia. Por Lenin. Por la risa. Por la amistad. Poco a poco los extremos del gran salón de baile, todo él parqué y cristal para agradar a la querida de un príncipe entrado en años, se atenuaban y se desvanecían ante sus ojos. Empezó a sentirse como si se estuviera hundiendo —un mareante descenso de mente y cuerpo— en algún valle desierto en las profundidades de su alma. Un lugar triste y desesperado, árido, cruel, con los huesos desparramados de viejos amigos, y de sueños, de amor perdido, y de los tiempos de la infancia. Se hundía y se hundía, la barbilla buscaba el pecho una y otra vez, y él tenía que levantarla con el mayor esfuerzo mientras proseguían los brindis. La estancia parecía agitarse como un mar un tanto embravecido, y los rostros flotaban ante su vista como buques fantasma.

Cuando se empezó a beber menos, llegó la comida. Sopa de cerdo ucraniana con col lombarda y ajo picados, guisantes fríos con vinagre y sal, pollo estofado con crema de leche. Probó todo eso y luego extendió mantequilla en rebanadas de pan negro, no sin antes haber olido el pan: un remedio consagrado por la tradición para la ingesta excesiva de vodka. Los aromas de la comida le despertaron un enorme apetito, pero él sabía que eso no debía mezclarse con el vodka. «Que se quede ahí y humee, no hay que contrariarse por desechar una buena ración de pollo estofado con crema de leche». Podría no gustarle. Los hombres que lo acompañaban en la estancia —debía de haber cuarenta— comían prodigiosamente. En cuanto al físico, los había de todos los tipos, si bien Sasha sobresalía entre ellos por su clase y distinción. Había georgianos de tez oscura, con mostachos y cabellos rizados y engominados; ellos, como Stalin, hablaban un ruso bárbaro, vacilante, una lengua que no habían aprendido en la escuela. Algunos eran pálidos y fornidos, como Mitia, aunque otros aún eran más pálidos y otros, de tez enrojecida conforme avanzaba la velada. Había un grupo que se levantó para aceptar el brindis por Kiev, y éstos sorbieron ruidosamente la sopa ucraniana. Sasha, según se dedujo de los brindis, era de Leningrado, o sea, San Petersburgo. La ciudad intelectual, comparada con Moscú, dedicada a la política. Kírov era de Leningrado. Durante la cena, los asistentes iban de acá para allá, hablando unos con otros, y Jristo recordaba extraños fragmentos de conversación. Había un hombre de ojos almendrados, con el cráneo rasurado y la tez olivácea, que hacía algo con la remolacha del Kazajstán. Pero la mayoría eran chekistas, oficiales de inteligencia, y cuando hablaban entre

ellos lo hacían según un código privado de apodos y rodeos. Se reían y se golpeaban en los hombros unos a otros. Y, finalmente, estaba el propio Yágoda.

Tomó a Jristo por el codo, camino de la sauna, después de cenar, y los acompañaron Sasha, Mitia y varios otros. Para entonces todos estaban como cubas. Se desvistieron en la antecámara, de cedro amarillo, una vasta estancia decorada con iconos ortodoxos, tablas procedentes de iglesias rurales. Estaba san Procopio, con su puñado de carbones encendidos. La Virgen de Vladimir. La Anástasis, Cristo descendiendo a los infiernos. San Simeón en su columna. San Lorenzo asado a la parrilla. San Basilio. San Teodoro. San Menas y el patriarca Focio. Tenían los rostros alargados y los ojos tristes de los santos bizantinos, y acusaban las señales del tiempo: tablas desgastadas por roces, aureolas doradas ennegrecidas. También eran visibles desperfectos más recientes: astillas y cortes.

Jristo colgó su ropa en una percha. Cuando todos estuvieron desnudos, Yágoda propuso un brindis blasfemo. Alzó su vaso y llamó a los santos «maricones y putas», propuso una lista de indecencias sexuales y bebió por cada una de ellas. Luego, inspirado, corrió a la pared donde tenía colgada la ropa, y regresó con un par de revólveres. El grupo gritó y aplaudió, entre risotadas, y lo animó a continuar. Yágoda el Químico, con las gafas empañadas, con el espeso cabello gris cayéndole en rizados hasta los hombros, empezó a disparar contra los iconos. Los disparos eran dolorosamente estridentes en la habitación, y todo cuanto pudo hacer Jristo fue taparse los oídos. Aparecieron otros revólveres. A Jristo le ofrecieron uno, y abrió un boquete en un tríptico del martirio de san Efraín. Su puntería mereció un rugido de aprobación.

En la sauna, se sentaron en bancos de cedro, y Mitia vertió un balde de agua sobre los carbones, y la sauna se llenó de vapor blanco. Yágoda observó a Jristo en el banco frente al suyo.

—Éste te pertenece, Sasha, ¿no?

Una voz surgió del vapor:

—Es mío y muy mío.

—¿Y hará el trabajo?

—Sí. Y en silencio. Los ratones no sabrán que lo tienen entre ellos hasta que sea demasiado tarde.

—¿Lo consideras un ratonero?

—Y de los buenos, si se dedica a ello.

—Estoy de acuerdo. Tiene el aspecto. Pero ¿tiene el corazón dispuesto para eso? Eso es lo que me preocupa en un buen ratonero.

De entre el vapor, una voz diferente:

—Es el que se cargó a Petrenko en Belovo.

—¡Oh! ¿Es él? ¿El búlgaro?

—El mismo, Stoianev.

—Stoianev. Bien, me gusta Bulgaria. Creo que es un lugar estimulante. Dicen que allí las mujeres lo hacen colgadas de los árboles. Dime, Stoianev, ¿es así?

—Oh, sí —confirmó Jristo—, y mientras lo hacen aúllan a la luna.

El comentario produjo una salva de carcajadas y de aullidos lobunos.

Yágoda asintió con satisfacción.

—Sasha es un tipo listo. Siempre encuentra a los más inteligentes. —Se inclinó para acercarse un poco más. Tenía la cara larga y un bigotillo de intelectual, gris, ojos escrutadores y facciones delicadas—. No demasiado inteligentes, claro está. Eso hace desconfiada a la gente. Ahora contéstame a esto y veremos lo inteligente que eres en realidad. ¿Quién es esa persona que tiene ojos como prismáticos, orejas como teléfonos, dedos como pegamento y una boca que susurra?

Jristo negó con la cabeza.

—No lo sé.

Yágoda levantó sus delgadas manos y sus ojos chispearon maliciosamente.

—¡Tampoco yo lo sé! —exclamó—. ¡Desenterradlo y averigúadlo!

De eso se acordaba perfectamente.

Por lo demás, salvo dos momentos cuyo recuerdo conservaría mucho tiempo, todo era oscuridad. Gritos de borrachos, vasos rotos, comida tirada, la lluvia golpeando las ventanas.

En un primer momento, un hombre fornido, con uniforme de general, se sentó apoyándose en la pared con las piernas extendidas. Mantenía la mano derecha apretada sobre el ojo derecho, mientras la sangre manaba por debajo de la mano y le corría por la mejilla. Mientras tanto cantaba, con voz de falso barítono, una vieja canción rusa de amor.

En un segundo momento, el coche avanzaba por la calle Arbat, y Mitia hizo apearse a Jristo. Era un amanecer frío y lloviznaba. Sasha se instaló en el asiento posterior y Jristo se volvió para mirarlo a través de la ventanilla

empañada. Dormido, presentaba un rostro de joven viejo, finos rasgos desdibujados y una barba mañanera como una sombra azul. Jristo permaneció vacilante en la acera. Había estado borracho, después sobrio, luego borracho otra vez y ahora sentía como un clavo entre las sienes.

—¿Estás bien para entrar? —preguntó Mitia desde el asiento del conductor.

Asintió. El automóvil arrancó despacio apartándose del bordillo.

Una mujer, que probablemente se dirigía al trabajo, se acercaba a él por la calle. Al principio pensó que era una anciana porque iba encorvada y caminaba con dificultad, pero cuando la observó a través de la oscuridad pudo ver que no era vieja en absoluto; quizá treintañera, y más bien agraciada en su fragilidad. Quizá, pensó, trabajaba en la Tienda de Alimentación 6, que estaba nada más volver la esquina. O tal vez era una oficinista que acudía a su puesto al amanecer para supervisar el producto que se descargaba de carros y camiones procedentes del campo. Ella había visto el Gaz negro, a Mitia al volante, a Sasha con su abrigo de cuero repantigado en el asiento posterior y a Jristo tambaleándose por un momento en la acera. Se detuvo y lo rodeó describiendo un amplio círculo. Mantuvo la mirada en el pavimento frente a ella, pero por un breve instante lo miró, y luego bajó de nuevo la vista. Jristo se dio cuenta de que la mujer sabía quiénes eran ellos. Sabía lo que era, lo que él era, y que le tenía miedo.

Del *New York Sun* del 23 de agosto de 1936:

MOSCÚ, 20 de agosto.— El presidente V. M. Mólotov ha anunciado que la Unión Soviética se dispone a enviar a trescientos voluntarios para ayudar a las fuerzas del legítimo gobierno en el actual conflicto que se desarrolla en España. «Se trata —declaró Mólotov en un discurso pronunciado ante el Presidium— de ayudar a la República de los trabajadores y del pueblo, al gobierno democráticamente elegido. La URSS debe tomar todas las medidas para asegurarse de que las unidades militares sublevadas no derribarán el régimen del presidente Manuel Azaña, que cuenta con el apoyo popular». La unidad de voluntarios, con el nombre de Frente Fraternal para la Protección de la Democracia Española, está constituida por ingenieros civiles y trabajadores de la sanidad pública, los cuales aportarán asistencia técnica. Un portavoz soviético informó a *The Sun* que muchos de los voluntarios proceden de varias naciones de Europa oriental.

## **UN FAROL AZUL**

En Cataluña, en algún lugar tierra adentro de Tarragona, ciudad con sabor antiguo, se halla el pueblo de San Genis. Era cualquiera y todos los pueblos de España: una serie de cubos blancos amontonados en la vertiente de una colina parda, perfilada nítidamente por un cálido cielo azul. A los ojos del viajero, se alzaba por encima de la carretera, en cierto modo remoto, y muy silencioso y tranquilo. «Vaya al próximo pueblo —parecía decir—, a Calaguer o a Santoval, y aquello le gustará más».

San Genis y todo el terreno alrededor —los olivares y los limoneros, los viñedos, los campos donde las ovejas pastaban en los rastros después de la siega— pertenecían a don Teodosio, de la noble familia Aguilar.

Siempre había sido así. Como el sol abrasador que secaba el suelo hasta convertirlo en polvo y el viento frío que se lo llevaba, era una ley de la naturaleza. Según una conseja de la comarca, el tercer día de la creación, cuando Dios separó las aguas y puso al descubierto la tierra, se descubrió allí al primer Aguilar, chorreando agua y esperando a su hacedor con una cesta de higos.

Lo más que podía decirse de don Teodosio o de doña Flora era que, como su remoto antepasado, eran diligentes en la provisión de higos. En cestos de mimbre trenzados por criadas de la casa, los higos llegaban puntualmente en Navidad y en Pascua. Si uno era un campesino de la comarca, poco antes de los días santos, contemplaba el automóvil De Bouton color crema, con la carrocería con paneles de madera, efectuando una ceremoniosa parada frente a la casa de adobes. Miguelito, el chófer, tocaba dos veces la bocina —un sonido tan puro como una trompeta celestial— y uno, su buena mujer, su tímida prole y sus estimados padres se congregaban, con la cabeza descubierta, ante el acceso enalado para recibir el obsequio. Doña Flora —don Teodosio estaba demasiado ocupado en graves asuntos como para disponer de tiempo para tales cosas— se apeaba del elegante automóvil, vistiendo un traje de lana blanco y una estola de zorro, y se acercaba a la familia, seguida por el chófer que transportaba el cesto. Lo saludaba a uno llamándolo por su nombre, preguntaba por la salud de todos, hacía una breve observación sobre las devociones de la estación, y repartía sus bendiciones.

Miguelito alargaba el cesto a doña Flora, y ella a su vez se lo entregaba al cabeza de familia, que le agradecía el presente. La buena esposa, las tímidas hijas y la estimada madre hacían una reverencia.

Lo de regalar los higos, en cierto sentido, era una sabia medida. Si por alguna razón, milagrosamente, uno había conseguido cenar y en cantidad, como se acostumbraba en la casa grande, los higos habrían asegurado una fácil digestión, pues tenían la triste fama de ser purgantes. Quizá allí dominaba la creencia de que todo el mundo se alimentaba sin tasa con jamón serrano y pasteles rosados y glaseados, y que por ello sufría del correspondiente estreñimiento: un trastorno, como la gota o la melancolía, reservado exclusivamente a los ricos. Con independencia del motivo de su distribución, los higos de los Aguilar crecían y habían crecido allí durante mil años, y algo había que hacer con ellos. Nadie, ciertamente, los compró jamás. Así que le iban a parar a uno: de piel dura, como todos los dones de España. Siempre era bonito tener un cesto de mimbre. Siempre se podía aprovechar para algo.

Aquel año de 1936, no hubo higos.

No es que dejaran de crecer; el nudoso y retorcido *Ficus carica* no tenía elección. El violento sol cobrizo incendiaba los cielos durante meses, como siempre había hecho, las viejas raíces buscaban la humedad que pudiera quedar en el suelo pedregoso, y ni en plena guerra civil, la fotosíntesis no se detendría. O sea, hasta que el fuego de los obuses alcanzara el lugar y lo mandara todo al infierno. Pero en octubre de 1936 el fuego de obús aún se encontraba a una cómoda distancia: a más de trescientos kilómetros, donde las tropas sublevadas habían sitiado Madrid. Pero no se apoderarían de una pulgada más de tierra republicana. No pasarán.

Así que hubo higos. También limones. Cosas duras y verdes, capaces de producir una mueca propia de una gárgola en el rostro de cualquiera que fuese lo bastante estúpido como para probarlos. Para dar con el verdadero limón, un fruto hermoso, grueso, soleado, casi dulce al paladar, era preciso ir a Valencia. En San Genis, por desgracia, no habían recibido semejante bendición, pues la fertilidad de su tierra, descrita caritativamente, era mala. El vino tinto producido en los viñedos de Aguilar tenía reputación de curativo, aunque lo que curaba nadie podía decirlo con exactitud, como no fuera la propia vida.



Llegado el tiempo, hubo higos, pero ya no dispuestos en cestos de mimbre. No fueron entregados por doña Flora, con su estola de zorro. El lustroso De Bouton nunca más hizo sonar su aterciopelada bocina ante las entradas encaladas de las casas de San Genis. Esa época había pasado para siempre. Los higos de los Aguilar iban a tener otro destino.

El treinta y dos por ciento de la cosecha total se lo reservaron los trabajadores y los campesinos del municipio de San Genis. El veintiuno por ciento se donó a los almacenes de víveres de las brigadas de mineros asturianos que luchaban en el norte. El veinticuatro por ciento se envió para aliviar el hambre de Madrid, dado que el dogal fascista se estrechaba en torno a la ciudad, amenazando con silenciar su apasionado canto de libertad. El veintidós por ciento de la cosecha viajó al este: once por ciento a los hospitales de la costa y otro once por ciento para las Brigadas Internacionales, que ahora afluían al país desde todo lo ancho de Europa. Un veinte por ciento adicional se consideró que debía dedicarse al comercio con otros pueblos, a fin de obtener herramientas, semillas, medicinas y munición. Que el mundo tomara nota y alzara el puño: ¡los higos de San Genis iban a la guerra!

Pero no iba a ser fácil. Hubo lamentos derrotistas por el compromiso de San Genis de distribuir el diecinueve por ciento de su cosecha de higos. ¿Cómo podía hacerse eso?

¡Trabajando más! Así se expresaban los fogosos idealistas del pueblo. Pero un anciano, con las manos nudosas como garras tras una vida de tortura para obtener alimento del mísero suelo, rompió a reír ante tal sugerencia.

—Trabajad vosotros hasta morir, si queréis, pero no conseguiréis que una higuera dé más frutos.

Un joven agricultor discrepó. ¿Acaso cada primavera no se cortaban de los árboles frutos en agraz? Todo el mundo hubo de admitir que ésa era la práctica habitual. «Bueno, pues permitamos que crezcan». Ante esto, el anciano dejó de reírse.

—Si no cortáis algunos frutos en agraz, las ramas se quebrarán en otoño. Tendréis vuestro diecinueve por ciento, es cierto, pero el año que viene no tendréis nada.

El joven agricultor asintió tristemente. Pero señaló que si Franco y sus fascistas engullían a España en 1936, ¿quién iba a ser lo bastante estúpido o codicioso para preocuparse por la cosecha de 1937? Las cabezas giraban atrás y adelante mientras discutían. ¿Quién tenía razón? ¿Quién no la tenía?

Un alma tímida —antes lavandera en casa de los Aguilar— preguntó si tal vez no fuera más seguro bajar las previsiones de producción. Pero ante esto,

*todos* se quedaron aterrorizados, de modo que ella hizo un gesto con la mano y se apresuró a retroceder, con lo que su carrera en el debate político acabó antes de empezar, lo que también fue una buena cosa. Porque los porcentajes de producción son como las rocas o las montañas: inamovibles.

Después de todo, aquellos números eran fruto de semanas pasadas en fervorosas disputas: sesiones intensas, de especulaciones profundas, mantenidas en la trastienda del bar Serreño, que había acogido a las mejores mentes de San Genis empeñadas en la lucha, y uno no iba a tirar por la tapia, sin más, semejante tesoro. Los porcentajes eran *símbolos*, un tratado *de facto* entre fuerzas que se compensaban. Además, que aquellos hombres fueran capaces de ponerse de acuerdo en algo, resultaba sencillamente asombroso.

Considérense las posturas de entrada: el PSUC, Partido Socialista Unificado de Cataluña, quería repartir en lotes hasta el último higo. Desde un punto de vista técnico, los números danzaban dependiendo de cuáles eran las mejores contribuciones a la causa. ¿Cuál era el valor de un soldado? ¿Menor que el de una enfermera de hospital? ¿Mayor que un ferroviario? ¿Cuántos higos corresponderían a cada cual? Si uno aplicaba la dialéctica marxista con buena voluntad, eso podría determinarse. Es más, debía determinarse. La guerra proseguía, y los árboles dejarían de producir al cabo de pocos meses. O sea, que era preciso determinarlo. ¡Serreño, haz café!

Por otro lado, el Partido Obrero de Unificación Marxista, POUM, pensaba de muy diferente manera al respecto. Ésos eran los trotskistas. Para ellos, la Revolución debía ser permanente, y al infierno con vuestros números y vuestros rodeos. No había que planificar nada. Había que actuar. Ése era su grito de guerra. La acción irreflexiva que lleva a la inacción. Sencillamente, había que dejar los huertos sin vigilancia, y quien necesitara higos que pudiera ir y cogerlos. ¿Era o no ésa la gran batalla en la que estaban empeñados, cuando sobre la libertad misma ya se había dicho y hecho todo? ¿Podía el pasado —la tiranía de los curas, los despóticos Aguilar, la brutal Guardia Civil— olvidarse tan aprisa? Abrid los huertos, abrid la ciudad, abrid el mundo, que llegue eso y que cada individuo alcance la plena floración de su conciencia. ¡El gobierno de yo y mi acción, ése era el gobierno!

Estuvo claro desde el principio que las fuerzas contendientes tenían un largo camino que seguir.

Y si, cuando adoptaron una solución en común, acordaron distribuir más higos de los que cabía esperar que crecieran en las higueras, bueno, eso se consideraba un precio pequeño que había que pagar.

\* \* \*

No tardaron en organizarse comités para todo. Uno no hubiera encontrado un alma bajo la capa del cielo —una en su sano juicio— que no pensara que españoles y organización eran conceptos que se excluían mutuamente. Pero algo había que hacer. Demos gracias, se decían unos a otros, de que los comités los formen el PSUC y el POUM, y que al carecer San Genis de fábricas y talleres, la CNT —sindicato anarcosindicalista— no tenga que incluirse. Los de ese sindicato hubieran cortado las higueras, hecho tableros con ellas y se hubieran construido un Hogar Escuela del Trabajador.

Había comités de distribución de alimentos, de sanidad, de educación, de quejas, de justicia, de fomento de la moral de la juventud. Había un comité encargado de la supervisión de don Teodosio y doña Flora, a los que se mantenía en un virtual arresto domiciliario desde la sublevación de los fascistas en julio. Este comité dio inmediatamente nacimiento a un subcomité —conocido como Comité para las Mulas Carlistas— compuesto por un campesino comunista y un raro campesino anarquista, que, responsables de las veintiséis caballerías pertenecientes a las propiedades de los Aguilar, discutían de política a cada momento mientras arrojaban el estiércol a paladas por las ventanas del establo. Había una leve ironía en motejar de «carlistas» a las mulas, pues ellas, a diferencia de sus antiguos amos, apenas se preocupaban de si la monarquía borbónica iba a ser restaurada en el trono español. Pero las leves ironías estaban permitidas entre los hombres que debían manejar cubos de agua y palas con estiércol en aras del bien superior, y que iban a sacar bien poco de su trabajo.

Había incluso un comité y una unidad *ad hoc* que incluía a los dos alcaldes, Avena del PSUC y Quinto del POUM, que se ocupaban de las necesidades del «delineante convaleciente». Éste resultó que necesitaba muy poco: alquilar una casita de campo en el extremo del pueblo, una mujer que hiciera la limpieza una vez por semana, y algunas alubias y verduras que cocinaría él mismo.

El señor Cardona era un hombre bajo, desastrado y penosamente cortés. Cuarentón, sufría una enfermedad pulmonar y viajaba de vez en cuando a San Genis durante el verano para escapar del humo y el polvo de Tarragona, donde tenía un pequeño negocio de planos y diseños de ingeniería. A menudo podía vérselo por la ventana, inclinado sobre un tablero, trazando líneas perfectas sobre papel milimetrado, con infinito cuidado. «Deben llamarme *camarada*», advirtió con una sonrisa tímida, pero nadie lo hizo. Los instintos ancestrales de San Genis reconocían la auténtica cortesía cuando daban con ella, y se le mantuvo el tratamiento de *señor*. Hubo algunos —siempre los hay

— que hubieran querido que se dedicara a labores menores en pro de la causa, pero su inquietud era una paja en el viento contra sus protectoras, las ancianas del pueblo. Así que los alcaldes, Avena y Quinto, se limitaban a encogerse de hombros cuando alguien se quejó. Si el aire de San Genis, que soplaba fuerte y seco, ayudaba a recuperarse al señor Cardona, tendría todo el que pudiera inhalar. Además, pagaba por todo —las pesetas no eran mal recibidas—, y pagaba, y de hecho insistía en pagar, incluso un poco más del precio habitual.

Y por encima de todo, era un hombre amable.

De tez oscura, con labios gruesos y sensuales y una nariz ligeramente curva, los ojos castaños —suaves y profundos— de un spaniel bien cuidado, y unos pocos mechones de cabello peinados a través de una cabeza que raleaba. Vestía siempre un suéter tejido a mano bajo su chaqueta color marrón —el aire nocturno era fresco— y calzaba los zapatos de un hombre de posición holgada. Era cierto que hablaba un español extraño, más bien formal y rígido, pero se debía sin duda a una infancia pasada en Ceuta, ciudad española en el norte de África. ¿Había algún un toque moro en su persona? Así se sugirió, pero aquello no importaba. Era sencillamente imposible que aquel hombre no gustara, y no tardó en convertirse en un elemento agradable de la vida de San Genis, donde aparecía un día o dos a la semana y luego regresaba a Tarragona en su ruidoso Fiat Topolino.

Aunque humilde y discreto, no podía carecer por completo de importancia, pues ocasionalmente iban a buscarlo dos empleados suyos. En San Genis se tenía la curiosa idea de que nada era tan importante que no pudiera esperar uno o dos días, pero el señor Cardona era un caballero de la capital, y ni que decir tiene que un caballero de la capital estaba ocupado en asuntos de mucha importancia.

El señor Cardona y sus escribientes...

San Genis honraba en cierto modo a su residente temporal con esta frase: El señor Cardona y sus escribientes. No sonaba mal. Claro que el país estaba en guerra y parecía que nada era ya como antes. Los hombres que visitaban al señor Cardona eran una prueba de ello. Estaba claro que no eran los escribientes usuales. Se hubiera esperado a unos tipos pálidos y lúgubres, cuyo espíritu se habría vuelto gris después de pasar años sentados a sus escritorios haciendo anotaciones en libros de contabilidad. O tiranuelos, culos gordos, de la variedad acicalada, señoritos que amargaban la vida a la pobre gente con sus antipáticas reglas y sus educadas mezquindades.

Aquellos escribientes eran de muy otra pasta. Pero con tantos hombres combatiendo en el frente, se suponía que un negociante tenía una tarea que hacer y se veía obligado a agarrar lo que pudiera. El más joven, de cutis pálido, pelo negro y ojos azules, se comportaba reservada y cortésmente. A algunas muchachas del pueblo les gustaba mucho mirarlo, y ciertas brasas muy femeninas avivaban su curiosidad. No, era el mayor el que daba que pensar. El mayor era el que alimentaba las habladurías locales.

Entre las mujeres de negro que se reunían junto al pozo al atardecer había una, llamada Anabel, que tenía el aspecto de un cruce entre un mono y un gorrión, y llevaba la voz cantante en las diarias sesiones de chismorreo. Lo llamaba el Malsano, y se golpeaba la sien con el índice.

—Tiene serpientes en el cerebro y le muerden.

Una de las mujeres más jóvenes se santiguaba cuando la otra se expresaba así, aunque, desde luego, ese gesto en aquellos momentos resultaba imprudente.

Otras eran menos expresivas en sus descripciones, pero se apartaban de él. ¿Qué clase de escribiente era aquél, que andaba siempre borracho?

Sus dedos índice y medio estaban teñidos de manchas de nicotina de un amarillo parduzco, el cabello lacio le colgaba con descuido sobre la frente, y las arrugas del rostro eran demasiado profundas para su edad, como en una estrella de cine cuya carrera un día hubiera decaído y acabado.

Era un francés, probablemente sólo eso. Serreño había oído, al pasar, a los oficinistas hablar francés mientras sacaban un montón de planos del maletero de su Citroen negro, de largo capó. Sin embargo no era de la misma clase de franceses que se prodigaban los veranos anteriores en casa de los Aguilar. No participaban ni remotamente de aquella ingenuidad particular que los distinguía.

Así, como sucede en un lugar pequeño donde las gentes conocen las vidas ajenas, el dibujante convaleciente y sus dos oficinistas franceses daban una y otra vez tema del que hablar.

En medio de esa marea de opinión aldeana había un disidente, el cual dio a conocer sus puntos de vista una sola vez y se mantuvo en silencio en lo sucesivo. Era Diego, el representante del POUM en el Comité para las Mulas Carlistas. Una cálida tarde de septiembre, en la que el tiempo transcurría con lentitud, vio avanzar despacio el Citroen en dirección a la casa del señor Cardona. Cuando hubo pasado, escupió por la ventana del establo y asintió para sí, confirmando una teoría personal:

—Son rusos —dijo.

Su compañero de comité, el comunista Abel, alzó las cejas y se quedó inmóvil, con su bien cargada pala detenida en el aire.

—¿Cómo lo sabes?

Diego se encogió de hombros. Ignoraba cómo lo sabía. Simplemente, lo sabía. Su amigo volvió a bajar la pala, se irguió y se buscó la región lumbar con la mano libre.

—Si es así, tenemos mucha suerte.

Diego no estaba tan seguro.

—Quizá sí. O quizá no.

—Nos ayudarán contra los fascistas —dijo Abel—. Traerán tanques y aviones.

—Si les conviene.

Abel agachó ligeramente la cabeza. Diego sabía lo que eso significaba.

—Eres terco, Diego. Rusia es una nación poderosa, un gran pueblo, y nuestro único aliado en esta guerra. Si es verdad que están aquí, deberías alegrarte de verlos.

Abel estaba disponiendo sus cañones, pensó Diego, para bombardearlo con sus ideas políticas toda la tarde.

—Sí, una nación poderosa... —reflexionó Diego.

Guardó silencio un rato mientras su mente buscaba la adecuada reflexión sabia. Finalmente, dio con ella. «Con paciencia y salivita, se la metió el mulo a la hormiguita».

Era un viejo refrán, bien probado y demostrado con los años. Pero optó por no decirlo. Aquellos dos eran rusos, estaba seguro, y si había dos habría más. Tenía oído que la Unión Soviética enviaba *trabajadores sanitarios* a España. No estaba seguro de cómo serían los trabajadores sanitarios, pero sí estaba completamente seguro de que no se parecerían en absoluto a aquellos dos. Por un instante, lo sopesó todo en su mente y luego decidió que era mejor no tener opiniones. Quizá más adelante. De momento, lo mejor era limpiar los establos y callar.

\* \* \*

El 9 de octubre, poco después de medianoche, empezó a llover en Madrid.

Por encima de la sierra de Guadarrama, al oeste, prendían en el cielo blancos relámpagos. Al cabo de un momento llegaba el prolongado y ondulante trueno. Faye Berns despertó con una sacudida, recuperó sus cinco sentidos al sentarse, tiesa, en la estrecha cama, buscando con la mano derecha a Andrés —que no estaba—, y descansando la izquierda en un gran revólver

sobre la mesita de noche. «Las botas —se dijo en silencio—. En seguida. Ahora».

Llevó los pies sobre el borde de la cama y descubrió que durante la noche había tirado al suelo de un puntapié la manta, la cogió, la echó a un lado y encontró la bota del pie derecho. Se arrodilló y trató de mirar bajo la cama, pero todo estaba negro como boca de lobo. El suelo de piedra era como hielo. No había calefacción en el edificio. Cuando alcanzó los pies de la cama, apartó la manta y encontró la otra bota, que había quedado envuelta en él.

La pequeña ventana de la habitación se iluminó por un instante. Faye contó hasta cuatro antes de que le llegara el retumbo de un trueno. Era una tormenta en las montañas; nada más. No sonaban las sirenas, ni los gritos, ni las ametralladoras disparando desde el tejado. Aspiró profundamente y espiró. Los latidos del corazón se le calmaron. Volvió a tenderse en la cama, sosteniendo todavía una bota en cada mano. Truenos y relámpagos, ninguna otra cosa. A ella solían gustarle las tormentas. En casa, significaban una interrupción del sofocante y húmedo verano; la lluvia lavaba las calles de Brooklyn y, por un momento, el aire adquiriría realmente una dulce fragancia, como si estuvieran en el campo.

Andrés decía que en tiempo de guerra uno duerme con las botas puestas. Ella replicaba que le impedían dormir. Y él, que los soldados aprendían a dormir como fuera. Tenía a Andrés. Suave como un peluche, pero una fuente de rectitud: la vivía y la respiraba, la llevaba como una armadura moral. «Oh, ¿no puedes hacerlo? Estupendo. Pero debes esforzarte, pues nadie hizo nunca menos». Él también haría más. Haría su trabajo y también el suyo. En cualquier lugar menos aquí, ella lo hubiera considerado un mojigato insufrible, y lo habría odiado con todas sus fuerzas. Pero no estaba en cualquier lugar, sino aquí, y aquí, donde todo estaba patas arriba. Y alguien tenía que ser Andrés, alguien tenía que dar ejemplo.

Tardó diez segundos en ponerse las botas, y diez segundos podían significar vivir en lugar de morir. Según Andrés, que entendía de guerras. Pero ella no pensaba que esos diez segundos importaran tanto. Desde el último piso de la calle de la Victoria, 9, en otro tiempo el alojamiento de las criadas, se necesitaban unos cuarenta segundos para bajar apresuradamente cinco tramos de escaleras de mármol hasta el largo corredor abovedado que conducía a la calle. Había una oquedad en la pared, a unos tres metros de la puerta —en otro tiempo allí se alojaba una lustrosa mesa de caoba, pero había acabado en las barricadas durante los combates callejeros del 19 de julio—, y le iba a servir a Faye Bern como refugio de las bombas. Algunos inquilinos

del edificio hallaban cobijo en el sótano, y allí charlaban y bebían vino hasta el amanecer. Ella no se sumaba a ellos. Que la aviación de los fascistas la hiciera pedazos, pero a ella no la enterrarían viva.

Además, prevalecía la opinión de que los alemanes no efectuarían bombardeos nocturnos, pues estaban demasiado enamorados de sus flamantes Messerschmitt para destrozarnos en los alrededores montañosos de Madrid. Pero los pilotos italianos eran otra historia. Faye había visto a uno de ellos cuando su avión se estrelló en un campo de remolachas en las afueras de la ciudad. Algunos milicianos, con sus monos azules —esa indumentaria de mecánico se había convertido en el uniforme de las brigadas republicanas— lo condujeron a la ciudad colgando, atado de pies y manos a un palo, como un jabalí cobrado en una cacería medieval. Aun así se mostraba arrogante. Llevaba un mostacho tieso, con las puntas hacia arriba, y no dejaba de maldecir a sus captores. Cuando quedó de pie contra la pared de una escuela primaria, se negó a que le vendaran los ojos, y manifestó su desprecio por los milicianos. Pero cuando cayó tenía el aspecto de un montón de andrajos. Trajeron un caballo para llevarse el cadáver a rastras, uno de los caballos que solían hacer el mismo trabajo con los toros las tardes de los domingos.

El sargento del pelotón de fusilamiento la había visto allí, de pie. Alzó el puño y dijo, en tono triste y solemne: «No pasarán, señorita. No pasarán». Había llegado para conocer España y a los españoles, y comprendió perfectamente la ironía del sargento. «Observe este trabajo sucio. Así es como se hacen realidad nuestras consignas». Y la estaba elogiando según su peculiar estilo, por no apartarse de lo que debía hacerse.

Frances Bernstein sí se hubiera apartado. Faye no lo hizo. Frances Bernstein era hija de Abel Bernstein, el feroz propietario de los grandes almacenes Bernstein, fundados en 1921. Los segundos en importancia, después de los poderosos Abraham & Strauss, en Flatbush.

Faye Burns nació a la vida a media travesía entre Pembroke y París, a bordo del *Normandie*, cuando la desgastada tarjeta de Frances Bernstein de la Biblioteca Pública de Brooklyn se elevó por un momento a causa del viento y luego revoloteó hasta precipitarse en el Atlántico, con el aplauso de un pintor danés llamado Lars. Frances Bernstein había pasado veintitrés años esperando convertirse en Faye Berns. Aunque estuvieron a punto de aplastarla unas tías de busto prominente que llenaban un salón y lucían enormes sortijas de diamantes; un piso atestado con un canario gorjeante y un hombre de veras muy dulce, de Cornell, llamado Jacob, ella consiguió la transmigración de las almas. Escapó.



El canario era el rabino Cohen. Para los demás, Abel Bernstein, un socialista anticlerical. Era rico, sí, pero vendía artículos de calidad razonable a buenos precios a los trabajadores. Ése era su destino —*la tienda*, como la llamaba su familia— y él lo aceptaba. Sacaba el talonario de cheques, tomaba la estilográfica, y la Asociación Nacional por la Paz y el Comité de Brooklyn por la Justicia Social se enteraban de cuál era la postura de Abel Bernstein. Cuando ella le escribió desde París que se iba a España, ya había visitado las oficinas del Komintern, en la rue de Lafayette, y la carta de respuesta fue la clásica. Estaba de acuerdo con su postura. La razón estaba de su lado. Ahora era el momento. «Pero, por Dios, por tu madre, ¡no vayas a España!».

En la oscuridad de la reducida habitación, bajo el alero, Faye Berns cobró conciencia del tictac del reloj. El ritmo, semejante al latido del corazón, del insomnio. «Oh, Dios mío, ahora no puedo dormir». Abrió los ojos. La habitación estaba sumida en la oscuridad, y el aire parecía lleno de partículas grises danzando. El insomnio era un viejo enemigo, vencido por el duro trabajo diario y por el agotamiento que suponía la mera supervivencia en una ciudad sitiada. Pero ahora volvía, especialmente las noches en que Andrés sacaba sus efectos militares del armario, se iba y, por lo general, estaba ausente casi una semana.

Muy bien. Se había enfrentado a ejecuciones y a la aviación fascista, y ahora se enfrentaría al insomnio. Trató de encender la luz, pero la electricidad estaba cortada. Se acercó al lavabo que había en el rincón y quiso remojarse la cara, pero no había agua. Miró el reloj: eran las 12.05. No tenía que subir al tejado hasta las 3.30, pero Renata estaba ya arriba, de modo que podía hacerle una visita. Un visitante, ella lo sabía —a veces Andrés le llevaba una taza de té—, ayudaba a que pasaran las horas.

Se ató las botas, después de tirar fuerte de los dos pares de calcetines de algodón, para estar segura de que no quedaba ninguna arruga. Comprobó el seguro de la pistola Llama y la introdujo en el cinturón de su gruesa falda de pana. «Maldito Andrés», pensó. La ropa que no había regalado se estaba estropeando por culpa del arma. ¿Por qué no llevaba una funda como los demás? Había guardado cola un día entero en la armería para conseguir su pistola, pero en ningún lugar de la ciudad pudo encontrar una funda para ella. Finalmente, se la pidió a Andrés. Por supuesto que podía procurarle una funda. Eso significaría tan sólo que un soldado en el frente se quedaría sin ella. Bien; ¿la quería? La atormentó con ese privilegio. Que hiciera lo que quisiera; que se dejara llevar de la mano del destino y que acabara convirtiéndose en la ovejita regordeta, que era para lo que había nacido. Bien

—sus dedos notaron sus costillas—; ahora no estaba llenita. Su cinturón dejaba espacio más que suficiente para el arma. Tenía un largo cabello castaño, una nariz pronunciada y una boca ancha, generosa e impertinente. Su único rasgo bueno, tal como ella lo veía, eran sus ojos, del color del jade pálido, que tenían mucho de infernales. La belleza de Faye, como siempre insistieron sus tías, era interior, y había necesitado varios años, y varios chicos, para que el mundo se la reconociera.

Sobre la camisa de trabajo se puso un grueso suéter gris que le había tejido su tía Minna como regalo de graduación —a ella le gustaba porque era lo bastante largo y voluminoso como para esconder la pistola—, y luego se anudó flojamente al cuello un pañuelo. En una ciudad en la que faltaba de todo, aquello se parecía a un uniforme como no lo tenía nadie. Cerró la puerta tras ella y subió al tejado por la escalera de peldaños de hierro.

—¿Todavía?

—¡Siempre!

Santo y seña y contraseña pronunciados quedamente de un lado a otro del tejado eran característicos del 9 de la calle de la Victoria. Cada edificio tenía sus propias consignas. La ciudad estaba inundada de señales secretas, códigos, carteles, estandartes, afirmaciones pintadas febrilmente en las paredes, hoces y martillos con goterones que se escurrían hasta la acera. La Pasionaria, exaltada oradora vasca, a diario dirigía discursos a la ciudad a través de una red de megafonía pública conectada a través de las calles. Sus palabras —«Más vale morir de pie que vivir de rodillas»— se repetían por doquier. Recordaba constantemente a las mujeres de Madrid que su arma tradicional, aceite hirviendo lanzado con una olla, no debía ser desdeñada cuando llegara el enemigo.

Faye Berns se detuvo un momento en lo alto de la trampilla de acceso al tejado y dirigió una mirada sobre la ciudad. Estaba oscuro y hacía frío, y las desdibujadas torres del edificio de Correos y Telégrafos se recortaban en el cielo, a lo lejos.

—¿Faye?

Envuelta en un capote militar ancho y sin forma, Renata se le acercó en medio de la oscuridad.

—Soy yo.

—¿Ya es la hora?

—No. He venido para hacerte compañía.

Estudiada de cerca, rasgo por rasgo, Renata Braun tenía algo de belleza encubierta, sutil y finamente formada, aunque la impresión que dejaba en la mayoría era la de una mujer cuya superficie estaba configurada por las exigencias de una vida vivida en tiempos y lugares difíciles. Cuarentona, con el cabello entrecano, cortado a trasquilones, una nariz delicada enrojecida por el frío, y unas gafas de montura de oro que le conferían una expresión severa, las cuales se quitaba continuamente para frotarse las marcas que le dejaban. Berlinesa, arrastraba la refinada aura de esa ciudad y tenía el ingenio y la lengua afilados, a menudo hasta bordear la crueldad. Renata era la amiga de Andrés. Faye era la amante. En unos pocos meses intimaron más que si fueran hermanas. Las unió una amistad de tiempos de guerra.

Renata le tomó las manos.

—*Ach*, frías.

Faye se encogió de hombros y sonrió. Había regalado sus guantes y Renata lo sabía. Le devolvió el apretón por un momento, y luego metió las manos en los hondos bolsillos de la falda.

—¿Cómo va la noche?

Renata hizo un leve gesto irónico con la boca.

—Muy despacio. Con *der Sphinx* a un lado.

Faye miró más allá de Renata y vio la oscura forma de Félix, el periodista belga que nunca hablaba si podía evitarlo, sentado en un cajón puesto boca abajo, junto a la ametralladora. Detrás de la posición se levantaba la pared de un cobertizo que resguardaba de la lluvia a los servidores de la ametralladora y estaba «protegida» por un semicírculo de sacos terreros poco llenos. El arma estaba echada hacia atrás en su trípode, con la boca apuntando al cielo.

—Hoooola, Félix —lo saludó en voz baja.

Lo pinchaba, sabiendo que él la consideraba una atroz mocosa americana y sabiendo que estaba de acuerdo con aquellos severos mandos españoles que, repitiendo las palabras de Winston Churchill, llamaban a los extranjeros en Madrid «turistas armados».

—El pobre —dijo Renata, sacudiendo la cabeza.

Faye no podía ver la cara de Félix, pero sí podía imaginarla. Una mueca desdeñosa combinada con repugnancia y mal humor, una característica circunstancial, y otra permanente. Félix estaba obsesionado con la fatalidad. Había ido a Madrid como corresponsal de un periódico socialcristiano de Amberes, y luego dejó de hacer reportajes y dejó de hacer casi todo. Quería abandonar la ciudad, pero por alguna razón no podía, y parecía detestar todo lo relacionado con ella.

Principalmente la frenética tensión de la capital, que inducía a las personas a la diversión y a un compañerismo un tanto alocado. Vivamos hoy porque mañana moriremos. Se podía uno casar en cualquier oficina de la milicia en cinco minutos. Y divorciarse con igual rapidez, aunque muchos optaban por no complicarse con aprobaciones oficiales de ninguna clase. Había un ejército, un verdadero ejército, con tanques, aviones y artillería a pocos kilómetros al oeste. Cuando se iniciaba la batalla, todo el mundo en Madrid se limitaba a tomar un arma y caminar a su encuentro. Semejante valor convertía a los combatientes en santos en un sentido moderno, y ellos lo sabían. Se tomaban la molestia de morir por algo, y una dulce y deliciosa locura soplaba sobre la ciudad como un viento. Ser madrileño constituía un privilegio, un honor. Sólo unos pocos, como Félix, podían no encontrar gozo en ello.

Aunque, de hecho, había algunos más.

Las tropas sublevadas se dirigían a la ciudad en cuatro columnas. Un reportero extranjero que cubría el bando franquista le preguntó a Varela a qué columna le correspondería la gloria de tomar Madrid.

—Tengo una quinta columna —alardeó Varela— dentro de la ciudad, y serán sus integrantes los que tomen Madrid.

Eso podía ser un señuelo encaminado a levantar sospechas entre unos aliados animados por pasiones encarnizadamente contrapuestas: vascos y catalanes que trataban de constituir sus propias naciones, comunistas de diversas confesiones, anarquistas, demócratas, idealistas, poetas, mercenarios y suicidas que siempre andaban buscando la hora de inmolarsse.

O Mola dijo eso, sencillamente, para atormentar un poco a los habitantes. Una guerra civil no es distinta de una riña de amantes: cada parte sabe con precisión cómo poner furiosa a la otra. Durante el asedio a Gijón, se interrumpió el suministro de agua a los defensores republicanos, y sufrieron terriblemente a causa de la sed. Queipo de Llano, general del bando nacional, hablaba por Radio Sevilla todas las noches, bebiendo vino y soltando bilis y arengas ante el micrófono. Después, alardeaba de las habilidades sexuales de sus soldados: ¡las mujeres de los rojos debían prepararse! Era una emisora potente, y en toda Europa la gente sintonizaba aquella función nocturna.

Faye y Renata pasearon un rato, hablando en voz baja, paseando por la azotea. La lluvia había parado, aunque los relámpagos aún parpadeaban sobre la sierra de Guadarrama. Hablaban acerca de la vida, riendo a veces. En

momentos como aquéllos, Faye sentía que contemplaba el mundo entero, que se extendía para ella. Su ansia por aquellos sueños tuvo que ver con su breve estancia en Pembroke: aquellos profesores en los que encontró comprensión la escuchaban estoicamente durante una hora, y luego devolvían decididamente su cabeza al aprendizaje, el estudio y las obligaciones de su condición de mujer. Todo ello positivo, duro y exigente. Había observado a una nutrida cola de muchachas románticas, como ella misma, a la puerta de las casitas donde estaban las oficinas de la facultad; eran enviadas a casa a estudiar, casarse, rezar, bañarse con agua caliente; todo, menos la *vida* en sus más puros y más abstractos giros, que era aquello en lo que a ella le gustaba pensar. Renata estaba bien dispuesta a hablar con ella de cualquier tema que eligiera, y Faye se mostraba más que agradecida por ser merecedora de semejante atención. Necesitaba que la tomaran en serio, y lo sabía.

—Sólo cuando has vivido para ti aprendes que el privilegio consiste en vivir para los demás —dijo Renata en un momento dado.

Doblaron una esquina.

—Me parece que eso es en lo que creo —replicó Faye—. Me parece. Pero quizá no. A veces siento que soy como...

Se detuvo. Se dirigió al pretil con el revoque agrietado que rodeaba el tejado. Se quedó mirando la ciudad. Renata se reunió con ella y se situó a su lado.

—¿No es eso extraño? —preguntó Faye.

—¿El qué?

—El resplandor azul. Allí. Al otro lado de la calle, y luego una, dos, tres manzanas; no, dos manzanas, tres calles.

—No veo nada.

—Allí. Mira, fija la vista y sigue mi dedo.

—¡Dios del cielo! —exclamó Renata, respirando hondo; luego se volvió rápidamente y llamó—: ¡Félix! —en un susurro alto y perentorio.

Félix llegó al trote, con sus ojos tristes asomando bajo una bufanda anudada en torno a la cabeza. Renata le habló apresuradamente en francés, y luego señaló el punto. Félix pronunció unas palabras como respuesta. Ella le dio lo que sonó como una orden, él dio media vuelta y se fue corriendo.

—Lo he mandado por el plano —explicó Renata.

La luz azul se movió de repente, y luego se detuvo en una posición nueva y más visible. Desapareció por un instante, al pasar ante ella una forma, y brilló otra vez.

—Ahí hay alguien —dijo Faye.

—Sí, lo hay. ¿Llevas la pistola?

—Sí.

—Dámela.

Alargó una mano.

—Iremos juntas.

—¡No! El puesto no puede abandonarse. Se necesitan dos para manejar la ametralladora. Escucha, por favor. Cuando vuelva Félix, debes quedarte aquí. Yo iré y observaré esa luz. Ahora, por favor, la pistola.

Su mirada era intensa tras las gafas de oro, y movía los dedos con impaciencia. Faye se enfadó y dijo, levantando la voz:

—Eres tú la que está de guardia. —Miró el reloj, pequeño, que su abuela se había traído de Rusia—. Son las dos y veinte —anunció en tono triunfal—. Y yo soy la que va a ir.

—¡No, Faye! —exclamó Renata, y echó a correr tras ella.

Faye abrió la trampilla y empezó a bajar. Renata sujetó la compuerta y la miró descender.

—De acuerdo. Ten cuidado.

La trampilla se cerró con un chasquido y Faye se quedó a oscuras. Sintió una punzada en el corazón. Había esperado que Renata siguiera discutiendo, y que acabara yendo ella. Sujetó la pistola para que no le resbalara por el cinturón, y bajó a toda prisa por la escalera de mármol. Cuando llegó a la puerta, oyó a Félix correr por el vestíbulo, en algún lugar por encima de ella.

\* \* \*

El capitán Drazen Kulic, Segunda Sección, Cuarto Directorio (Operaciones Especiales), NKVD, había esperado tres días la tormenta en la sierra de Guadarrama. Con los relámpagos como cobertura, Kulic también quería un momento deslumbrante. Sin la tormenta, el gran destello atraería desde todas partes a las unidades del bando fascista; se produciría un *ratissage* —literalmente, una «caza de ratas», un barrido de la contrainsurgencia—, y él tenía poca confianza en la capacidad de su grupo guerrillero para eludirlo. No era gente de la montaña, sino ferroviarios, caldereros y mecánicos, comunistas de la UGT dispuestos a luchar hasta el último hombre y muy valientes, pero no conocían aquel terreno. Si tenían que moverse demasiado aprisa por los bosques se perderían armas, y habría excesivo ruido y esguinces en los tobillos. Los que no pudieran continuar deberían ser sacrificados y, lo que era peor, habría que hacerlo con las manos desnudas, pues un disparo resultaba impensable. Él había presenciado cómo gentes de ciudad trataban de

luchar en las montañas de Yugoslavia, y maldita fuera su estampa si añadía una escena más de horror a la tragicomedia de la guerra de España.

A primera hora de aquel día mandó a su último hombre valioso a la carretera. Disfrazado de cojo —le hicieron una tosca muleta con una rama de árbol—, caminó hasta el puesto de control llevando unas alubias envueltas en un periódico. Habían hecho las cosas bien —incluso el periódico era del bando adecuado, el *ABC*, monárquico—, pero en vano. Los centinelas del control de carretera querían una contraseña. Lo sentían mucho, sabían lo mal que estaban las cosas en el pueblo, admitían que su pobre hermana necesitaba las judías, pero sin contraseña no era posible pasar. Se quedaron las alubias, y dijeron que ellos se las entregarían a la hermana, pero ni siquiera preguntaron su nombre.

El colegio religioso del pueblo se empleaba como arsenal para las columnas fascistas en su avance sobre Madrid. El radiomensaje enviado al grupo de Kulic en Guadarrama por la estación soviética en Madrid había sido concluyente: «Tomad el arsenal». Bien, no podía hacerlo con veinte mecánicos, pero podía volarlo.

Disponía de catorce detonadores. Prácticamente eran del mismo tipo que el que mató accidentalmente a Dahoud, el amante y guardaespaldas de T. E. Lawrence, cuando trataba de volar un tren. Después de la calle Arbat, Kulic asistió a una escuela especial en los Urales, y tuvo que leer muy a conciencia *Los siete pilares de la sabiduría*. Lo que Lawrence les hizo a las columnas de suministros turcas en la Primera Guerra Mundial, él trataba de hacérselo ahora a los fascistas de Franco. Con detonadores fabricados en 1914. No importaba. Encontraría una manera una vez que hubieran entrado en el arsenal. Teóricamente, se podía hundir un buque de guerra con una vela. Teóricamente.

Pero primero tenía que hacer avanzar a su gente por la carretera. Para eso necesitaba averiguar la contraseña. Así, cuando el cielo sobre la montaña se ennegrecía y el viento del oeste soplaba fuerte, montaron su propio control de carretera a unos tres kilómetros al este de los centinelas franquistas. Llegaron dos soldados en un camión pequeño. Los hombres de Kulic, actuando como centinelas de un control franquista, les pidieron la contraseña. «Rosas blancas» fue la respuesta. Un símbolo carlista de pureza.

A las 10.30 de la noche, con la tormenta muy cerca y una ligera lluvia tamborileando sobre la carretera, marcharon hacia el control, dieron la contraseña y se dirigieron al pueblo. Se había destinado una compañía navarra para cubrir la zona y para proteger el arsenal, pero la lluvia hacía rato que

había hecho regresar a los hombres al Convento del Sagrado Corazón, donde se alojaban. Kulic dispuso su ametralladora apuntando a las puertas del convento y envió a un reducido contingente de vuelta a la carretera, para tender a los soldados del control una emboscada, en caso de que regresaran en cuanto empezara el fuego. Uno que trabajaba en un astillero, un hombre ágil como una araña, acostumbrado a poner remaches en el casco de buques mercantes, se encaramó al techo por una tubería y pegó fuego al convento vertiendo gasolina por la chimenea. Cuando los soldados salieron corriendo —el abad que en el siglo XVI diseñó el edificio sabía que la mayor seguridad radicaba en un solo punto de acceso—, cayeron muertos. Los que permanecieron en el interior perecieron a causa del incendio.

El colegio del convento —un edificio separado— estaba atestado hasta las vigas de munición de fusil y de ametralladora, pero lo que más alegró el corazón de Kulic fueron ochenta cajas de obuses para los cañones de 105 mm de los fascistas. Ahora podía provocar la explosión, pero no había relámpagos. Pocos minutos después de las once de la noche, se efectuaron disparos en la carretera, y regresó el pelotón enviado para la emboscada, tras haber perseguido a los centinelas por el bosque. A las 11.30, finalmente, se desencadenaron el trueno y el relámpago. A las 12.05, después de cuatro fallos con los detonadores, el capitán Drazen Kulic tuvo su momento deslumbrante. Un pupitre ardiendo giró, brillante, en medio de la atmósfera lluviosa, muy por encima del pueblo, arrastrando humo y chispas antes de caer a tierra y desaparecer de la vista. Kulic y sus hombres desaparecieron en las montañas. Muchos habitantes del pueblo murieron a causa de la explosión. Era inevitable.

\* \* \*

Faye Berns avanzaba por las oscuras calles de la ciudad, flanqueada por los edificios que se alzaban sobre ella, como en un pasillo visto en un sueño. Le dio en la cara un vientecillo repentinamente cálido. Un perro ladraba a cierta distancia. Faye creyó que llevaba ladrando mucho rato. Su ladrido casi se desvaneció. Pero comprendió que los perros apenas saben hacer otra cosa que ladrar. Una sensación de infinita e indescriptible pérdida llovió sobre ella, procedente de la noche, y llenó su corazón.

«Si fuera católica me persignaría».

Lo hizo de todas maneras, rápidamente, un apresurado gesto en cuatro tiempos, al estilo de las españolas. Había algo maléfico en España, según le constaba a ella, y aquella noche se manifestaba. De los pisos situados por



encima llegaba una sensación de sueño intranquilo, de alteración, de inquietud, como si cada hombre y cada mujer soñara que oía un chasquido al abrirse la puerta. «Rondan los espíritus —pensó— que no pueden dar con su camino a casa. Quizá sus propios antepasados, quemados vivos por la Inquisición». La sangre contaba más que el oxígeno, más que nada conocido y, una vez las calles quedaban a oscuras y desiertas, retornaban los malos recuerdos de aquel lugar. Allí habían ocurrido demasiadas cosas terribles. Caminando por el centro de la estrecha calle, podía oír correr el agua por las alcantarillas, y con cada respiración llegaba el olor frío de la obra de albañilería deteriorada desde hacía mucho tiempo.

Tres calles. Dos manzanas.

Desde allí abajo nunca encontraría la luz azul. Era como estar en un profundo desfiladero. Pero la encontró. Oía sus propios pasos y trató de caminar con pisadas más suaves. Sus dedos se arrastraron bajo el suéter y tocaron la culata de la pistola. Parecía estar sola en el mundo, pero eso quizá no fuera tan malo. La Checa republicana —copiada hasta en el nombre de la inteligencia soviética, la Cheka— a menudo rondaba de noche por los barrios. Era mejor no encontrarse con ellos.

Calle Platería.

Allí tenían sus talleres los plateros antiguos. Su primo Eric, que se graduó tercero en su curso en Erasmus High, escogió orfebrería en la Liga de Estudiantes de Arte. Ahora era comunista. Como Renata y Andrés. ¿También lo era ella? No, creía que no. Era una apasionada idealista, enamorada de la idea de democracia. Cierta que soñaba, como Andrés, en un mundo sin opresión ni crueldad. Había ido a España para aportar un esfuerzo más a la rueda que giraba hacia la justicia. ¿Eran comunistas todos los judíos? Así lo decía Hitler. Su padre hacía muecas al oír el nombre de Hitler. «¿Por qué no vas y lo matas?», preguntaba mirando al cielo. Los judíos odiaban la injusticia, así eran las cosas. Fania Kaplan, una chica judía no mucho mayor que ella, con familia en Brooklyn, le pegó un tiro en el cuello a Lenin porque había traicionado la Revolución. Pero Lenin sobrevivió. A ella le gustaría dispararle al cuello a Hitler. Si lo hacía, sabía que la pasearían en triunfo por la avenida Flatbush. Incluso se sumaría el señor Glass, de la Papelería Glass, pese a que era del Partido Republicano.

Avenida Saldaña.

Se celebraba allí un gran mercado los jueves. Una anciana con bigote le daba algo cada vez: rábanos, perejil. El hombre del puesto de pescado cogió una vez un pargo colorado y lo movió arriba y abajo como si nadara hacia

ella, y todo el mundo rió e hizo bromas españolas. Ahora la calle estaba desierta. En el tejado de uno de los edificios al otro lado de la calle había visto una luz azul. Había ido hasta allí para encontrarla. Desde luego, podía dar media vuelta, regresar y decirle a Renata que no había podido dar con ella. Nadie sería más listo. Con toda probabilidad la luz no significaba nada en absoluto. No pasaría de ser un hecho inexplicable más en aquel país inexplicable. «Así que vayámonos a casa».

No.

«Bueno. Al menos —se dijo—, examinemos los edificios».

Los números se sucedían aquí de manera diferente, pero el tercero desde la esquina, el 52 de la avenida Saldaña, correspondía aproximadamente al 9 de la calle de la Victoria. Eso significaba que podía haber tomado la calle equivocada, porque el 52 de la avenida Saldaña era una fábrica de dos pisos, donde hacían sillas de madera.

Avenida Saldaña, 54. Era una posibilidad. Contó seis pisos.

El número 56 quedaba descartado. Se trataba de un viejo hotel de viajantes de comercio, y tenía un tejado empinado con cubierta de cobre verde. El número 58 era una casa particular más bien elegante, con balconillos, ventanales y cinco plantas.

Tenía que ser el 54.

«Está bien, Faye, lo has averiguado. Ahora vámonos a casa. Informa de la incidencia a la Checa y deja que ellos se ocupen».

Cruzó la calle. La avenida Saldaña era un poco más lujosa que la calle de la Victoria, y contaba con estrechas aceras a ambos lados. Permaneció al pie del edificio y dirigió la mirada a lo alto. Ninguna luz azul. Pero en el último piso, inmediatamente debajo del tejado, había una ventana abierta unos pocos centímetros y, muy débilmente, pudo oír cantar a una mujer. Había oído antes la canción: las madres se la cantaban a los bebés para que se durmieran.

\* \* \*

«Bien, bonita, muy bien —se dijo. Su exigente educación se abrió paso. ¿Iba a ser valiente? En medio de la noche. En Madrid. Sola. Sin más que el reloj de Nana y una pistola grande española. Vaya arma—. Me da miedo hasta tocarla».

Probablemente por eso, más o menos, penetró sin más en el edificio y subió al tejado. Porque la sangre pesa más que el oxígeno. Porque allí había algo —cuando estaba claro como el cristal que marcharse era el único camino sensato—, y subió el primer peldaño, y el segundo y el resto de peldaños.

Tuvo alguna ayuda del tenor de *Yo soy americana y puedo ir adonde quiera*, pero también hubo otra, algo más antigua que ésta. No tenía un nombre preciso, o quizá tenía demasiados, pero la llevó hasta la azotea. Y, sorpresa de las sorpresas, en un tiempo en que tanto valor se disolvía en la nada, resultó ser de la mayor importancia que ella estuviera allí. Salvó vidas.

Primero, se quitó las botas. Apoyada en una fría pared, en el oscuro acceso, se despojó de ellas y ató los cordones de una a los de la otra y se las colgó del cuello. Sacó la pistola del cinto, la montó y la sostuvo ante ella, con un dedo agarrando, por seguridad, la parte anterior del guardamonte. Puso la mano izquierda en la pared y subió escaleras arriba despacio, en calcetines, hasta la azotea. A medida que ascendía, el sonido de la nana se oía más cercano.

La puerta de la azotea se cerraba con una cadena provista de un candado.

Respirando con dificultad a causa del esfuerzo de subir, permaneció inmóvil, tan furiosa que le ardían las mejillas. ¡Después de todo aquello!

Había visto a su amiga de Pembroke, Penelope Hastings, de Hyde Park, Nueva York, forzar una cerradura con una horquilla. Dos problemas. No tenía horquilla. Y no era aquella clase de cerradura. Era como el cierre de seguridad de una bicicleta, con una combinación. Verde olivo. Rayado y gastado como si hubiera sido muy utilizado: primero para sujetar una bicicleta, quizá en un lugar como una universidad, donde con frecuencia las bicicletas sin asegurar se tomaban «prestadas»; luego para cerrar un baúl, que debía viajar en un trasatlántico rumbo a Europa. Esa clase de cierre.

La clase de cierre que se suelta de golpe si das cuatro giros a la derecha, dieciséis a la izquierda y veintisiete otra vez a la derecha, aunque, para que se abra del todo, se necesita un último y leve movimiento que requiere práctica en el juego de la muñeca.

Estaba segura de que era su propio cierre, que había dejado en el fondo de un cajón unos meses antes, creyendo que era algo que no necesitaba entonces, pero quiso recuperarlo desesperadamente nada más desecharlo. Le sorprendió encontrarlo, pero daba demasiado miedo ponerse a considerar aquella coincidencia, y ella no tenía tiempo de pensar en esa cuestión. Las explicaciones deberían esperar.

En el silencio que reinaba en lo alto de la escalera, oyó a la mujer que cantaba un piso más abajo. Un niño tosió. La mujer murmuró en español. A continuación empezó a tararear suavemente una canción sin letra, compuesta conforme la entonaba.

Faye colocó el cierre y el arma entre sus pies. Deslizó una mano bajo la cadena y la recorrió lentamente, eslabón por eslabón, hasta que la sacó del pomo de la puerta, y luego la depositó sin hacer ruido en el suelo, arrodillándose despacio. Tomó aire y empujó con suavidad la puerta con la mano izquierda.

La puerta emitió un leve crujido al abrirse. El tarareo cesó. Faye dio un paso y salió a la azotea.

Estaba tensa como un muelle, pero no tenía miedo. No se detuvo a pensar, pero alguna parte de su mente trataba de hacerle saber que cuando una puerta está cerrada con una cadena y un candado por una parte, es raro que haya alguien al otro lado. Al menos alguien que quiera estar allí.

La azotea estaba desierta.

En una pared había un farol azul. Un dispositivo utilizado, tal vez, en un barco o en una instalación ferroviaria. Podía ver la llama arder detrás del cristal azul. Se acercó, abrió la ventanilla y apagó la llama de un soplo.

Forzando la vista en medio de la oscuridad, miró sobre los tejados de los edificios, pero no pudo identificar el suyo. Luego, cerca del lugar donde pensó que podía estar, llameó una cerilla. La llama persistió un instante y al cabo desapareció.

¡Renata!

No se había convenido ninguna señal, pero tuvo la absoluta seguridad de que Renata había estado observando la luz azul. Vio que se apagaba y se las arregló para dejar claro que se daba por enterada.

Y se marchó a todo correr.

El farol oscilando en su mano izquierda, el arma aferrada con la derecha, las botas golpeándole en los pechos, corrió escaleras abajo y salió a la calle. Se le empaparon los calcetines y se hirió los pies, pero por nada del mundo se hubiera detenido. Braceando, con el cabello al viento, tomó por la calle lateral, pasó la calle Platería, desembocó en la calle de la Victoria, casi resbalando cuando torció la esquina, entró en el edificio, dejó atrás la oquedad que servía de refugio en los bombardeos, subió las escaleras y luego la escalerilla y salió a la azotea, corrió a los brazos de Renata y gritó con todas sus fuerzas. Gritó triunfalmente.

\* \* \*

En Sevilla, el capitán Bernhard Luders, de la Legión Cóndor de la Luftwaffe, tenía la costumbre de acostarse con una mujer la noche anterior a una misión. Ese deporte mantenía la tradición de aquella ciudad, donde había nacido y

crecido don Juan, y donde, de joven, había observado con horror que el cadáver que desfilaba en un entierro era el suyo, por lo que resolvió luchar en adelante contra la muerte entregándose a la lujuria.

Aquello lo relajaba, decía Luders. Lo dejaba en calma y con la cabeza equilibrada para la tarea del día siguiente. También le procuraba una reputación, con la cual disfrutaba inmensamente. Tenía veintiún años, una carita de expresión enojada y un bigotito transparente. Siguiendo sus instrucciones, el sargento Kunkel, su asistente, permanecía sentado en una silla dorada, de terciopelo rojo, fuera de la habitación del Hotel Alfonso XIII, en apariencia como guardián de la intimidad de unos amantes, pero en realidad un anuncio del ardoroso juego del *Wurstverstecken* (esconder la salchicha) que se jugaba al otro lado de la puerta.

Pasada la medianoche, cuando los oficiales subían después de haber bebido en el bar del hotel, no dirigían ningún saludo a Kunkel. Él sí se levantaba y saludaba. «¿Está ahí esta noche?», preguntaba siempre alguien. «Sí, señor —respondía Kunkel—, pero vuela mañana». Ahh, decían, asintiendo, concedores de su costumbre, y añadían la ocurrencia obligada: «Disparamos de noche y bombardeamos de día».

Como respuesta a la ocurrencia, Kunkel, un hombre leal a machamartillo, ofrecía la obligada respuesta: alzar las manos y los ojos lentamente al cielo. «¡Cómo fornican estos pilotos!».

La última de Luders tenía dieciséis años.

Evangelina. Evangelina. Para Luders, incluso su nombre apestaba a España, a catolicismo, a oscuridad, a ignorancia, a superstición tan negra y salvaje como la rebelde mata de pelo que crecía entre sus piernas de mármol.

Esa chica lo volvía loco.

Había retozado un poco en la universidad, en Heidelberg, entre las bien educadas y remilgadas señoritas de la aristocracia local, pero nada lo había preparado para lo que resultó ser la verdadera pasión española. Para empezar, el *Süden* mediterráneo, el Sur, alentaba sus fantasías de europeo del Norte. Era tan caluroso, sucio y pobre, que uno podía hacerlo todo. Todo. Esa guarrilla se arrastraba por la alfombra del hotel sin nada encima, le agarraba la bota y le suplicaba. La súplica era española, pero de algún modo el significado quedaba muy claro. Estaba profanada, era despreciable. Él la había conducido al Templo del Pecado y ahora estaba perdida en sus vastos rincones, sujeta a una disciplina enloquecida. Ella no podía pensar en nada más. En nada. Durante todo el día, los diablos le susurraron al oído prácticas tan demoníacas de las que no se atrevía a hablar en voz alta. Por tales

pensamientos él debía castigarla. Ahora. Porque si no saciaba aquella aterradora sed, ella se arrancaría el cabello, presa del frenesí. Sollozaba y gemía, y se retorcía como una anguila, rogándole que apagase el fuego que la quemaba viva.

Pobre Kunkel.

Tenía que permanecer allí sentado y escuchar noche tras noche, preguntándose para sus adentros cuándo descansaba aquel hombre. También le correspondía a él acarrear un flujo constante de regalos para la familia de la chica, que vivía en un barrio que le daba miedo, en una casa que lo ponía enfermo. No se había alistado en las fuerzas aéreas con semejantes aventuras en la mente, pero qué iba uno a hacer. El capitán Luders no estaba mal. Era un tipo listo, un renano con una espalda cuadrada, gusto por el combate y amante de sus apestosos cigarrillos. Pero se había sumergido hasta el cuello en los misterios españoles. Bueno, aquellos pilotos de la Legión Cóndor creían pertenecer a un orden superior. Quizá era así.

A la 1.30 de la madrugada, Kunkel llamó discretamente a la puerta. Era la hora. Luders se desenredó de la chica, se lavó a toda prisa y, media hora más tarde, llegó al aeródromo, al noroeste de la ciudad. Había un café excelente en el cobertizo de información, y Von Emel procedió a las instrucciones habituales: tiempo atmosférico, situación en tierra —donde no había ocurrido gran cosa, aunque alguien había volado un arsenal en Guadarrama— y misión. Aguardaban dos tipos del SD, el servicio de inteligencia exterior del Partido Nazi. Unos hombrecillos con trajes caros, de ojos penetrantes, y silenciosos. Luders no se preocupaba por la Abwehr —eran militares y tenían vinculaciones con los aviadores—, pero aquellos dos lo ponían nervioso. Se lo quedaron mirando. La otra variación afectaba a la misión misma. Von Emel le alargó un plano de Madrid con un círculo y le dio una larga explicación.

Apresuró algo el despegue porque debía llegar a Madrid todavía de noche. Eso requeriría un vuelo rápido, pero Luders era un excelente piloto, y su Messerschmitt aprovechaba la velocidad del viento acá y allá de forma que sólo él conocía. Willy Messerschmitt en persona había viajado a España en agosto para efectuar un recorrido tras las líneas de Franco y visitar los lugares donde sus aviones iban a probarse. De hecho, el 109 era apropiado para lo que Luders iba a exigirle. La bomba de 225 kilos que colgada bajo el vientre del avión no lo frenaba, aunque consumiría algo de combustible extra.

Inmediatamente antes de la salida del sol, el alba no era más que una leve claridad detrás de él, y sobrevolaba la ciudad, procedente del este. No podía

oír el tableteo a causa del ruido del motor, pero algunos alfilerazos de fuego antiaéreo se hicieron evidentes cuando pasaba por encima del Paseo del Prado. Sin embargo, iba demasiado bajo y demasiado rápido para que los artilleros españoles ejercitaran su paciencia con él. Accionó el pedal con el que se soltaba la bomba, y colocó el pulgar sobre el extremo de la palanca donde estaba el botón de la ametralladora. Uno nunca sabía lo que lo aguardaba en las azoteas, de modo que era más sensato efectuar un barrido conforme se avanzaba.

Se acercó a la ventanilla, para lo que tuvo que tensar el cuerpo. Había nacido con una vista de halcón, y ahora recorría las oscuras manzanas de casas, abajo, hasta encontrar lo que buscaba. Una localización consistente en una luz azul. A partir de ahí, todo fue instinto. Se ladeó, giró inclinado, con el avión cortando limpiamente el aire sobre la ciudad, y se lanzó en picado, con el morro del aparato en perfecta alineación con la luz.

Luego, sucedieron varias cosas muy aprisa. Un parpadeo que casi parecía proceder de la señal. Presionó con el pulgar, pero la palanca estaba alta, y también el ángulo en el que convergían sus balas trazadoras. Corrigió la posición. Los parpadeos rojos se intensificaron. Había tres figuras en el tejado, una de ellas, tal vez, una mujer. Pisó a fondo y sintió que el avión se liberaba de su peso muerto con una sacudida, luego viró bruscamente hacia el sur y apuró toda la potencia del motor.

Le costó algo de tiempo comprender que había surgido un inconveniente. Nada como un bombardeo de seis segundos para embotar el sistema nervioso. Pero mientras sobrevolaba un bosquecillo de pinos y alcornoques, descubrió que su pie derecho le latía como un reloj gigantesco. Miró abajo, movió el pie y vio una media luna, del tamaño de un pfennig, de copas de árboles que desfilaban a toda prisa, flanqueada por dos brillantes gotitas rojas. Mientras el sudor brotaba de pronto en su frente, se palpó frenéticamente el cuerpo, empezando por los testículos. El latido se convirtió en un martilleo. Pero suspiró aliviado. A Dios gracias, una honrosa herida y nada más. Subió para asegurarse de que las tripas del 109 no se habían dañado, hizo oscilar las alas y puso rumbo a Sevilla.

Algo más iba mal, pero no se dio cuenta durante un tiempo, y para entonces el aeródromo cerca de Sevilla quedaba descartado. Dio unos golpecitos al indicador del combustible, pero éste se negó a cambiar de idea. Realmente había sido muy afortunado. Una bala había perforado el depósito de gasolina, y en rigor debió haber estallado encima de Madrid. Pero en realidad se limitó a rociar los tejados con queroseno.

Dedicó sólo un momento a odiarse a sí mismo por no haber consultado el indicador, y luego se concentró en sobrevivir al error. Necesitaba un campo. No un patatal. Demasiados baches. El 109 daría tumbos hasta deshacerse en piezas antes de que él pudiera detenerlo. La opinión dominante en el comedor de pilotos era que los aterrizajes de emergencia más suaves se hacían en los trigales. Las manchas de color ocre eran identificables desde el aire, y a fines de septiembre el trigo estaba segado y el terreno tendía a ser suave, sin obstáculos que, por sorpresa, destrozaban el aparato cuando uno ya rodaba hacia una parada segura. Miró abajo. Estaba de suerte. Al final todo iba a salir bien. El sol de primera hora iluminó unos cuadrados amarillos debajo de él, escogió uno y esperó que la fortuna lo acompañara. Tenía que mantener concentrada la atención, empezaba a sentir un mordisco en el pie y no quería perder la consciencia al descender. Sería un excelente aterrizaje de emergencia. Volvería a volar en cuanto se le curase el pie, y el avión podría ser devuelto a Sevilla en camión. Como apenas quedaba, el peligro de incendio a causa del impacto era mínimo. En cierto modo, seguía teniendo suerte.

Aguantó el impacto sobre el campo. Aguantó mientras daba tumbos. Aguantó mientras frenaba con los alerones. Aguantó mientras el 109 rodaba hasta detenerse. En aquel momento todo pareció desbordarse fuera de él, cayó hacia atrás en el asiento, dejó las manos colgando y cerró los ojos. El motor se había calado. Accionó el interruptor para desconectarlo. Oyó que los pájaros volvían a cantar. Había una mujer manejando la ametralladora, ahora estaba seguro. El largo cabello quedó impreso en su memoria. «Esas españolas», pensó. Uno teñía que admirarlas. Pero sería más inteligente omitir ese hecho en su informe. Era la clase de historia que va corriendo y que uno ya nunca se quita de encima.

Volvió en sí. ¿Había sufrido un desvanecimiento momentáneo? Tenía que encontrar un teléfono como fuera. Al evocar su error, se preguntó ociosamente si no le faltaba algo de preparación para la misión. Demasiada Evangelina, quizá. Un combatiente no podía dejarse la inteligencia en la cama. Movié el pie y gruñó a causa del dolor. Necesitaba un médico. Este pensamiento lo impulsó a moverse, descorrió la cubierta, se aferró a los costados de la cabina y se izó hasta sentarse directamente en el ala. Y seguía su buena suerte. Algunas personas se acercaban a ayudarlo. Campesinos, sin duda, con sus camisas de algodón y sus pantalones azul marino. «Deben de ser los campesinos que siegan el trigo —razonó—, porque llevan hoces». Pero miró en derredor para asegurarse. El trigo ya se había segado.



Por un momento tanteó la lengüeta de la funda del arma que llevaba al cinto, pero había al menos veinte hombres, de modo que levantó las manos y gritó: «Me rindo, me rindo». Pero ante esto, ellos se echaron a reír.

\* \* \*

Faye cerró los ojos cuando la señora Tovar, la esposa del portero, le enjabonaba los pechos. A su pesar, se sentía muy cohibida porque la manosearan de aquella manera. La mujer se dio cuenta y dijo «¡Bah!», sorprendida por las ideas americanas de intimidad. ¿Es que no sabía aquella chica que el destino de una mujer consistía en poner las manos en cuanto no era sagrado, desde la placenta hasta el estiércol de caballo y todo lo que salía de los bebés, de las heridas y de los viejos? ¿Que para cuando una mujer había cumplido veinte años no había nada en el mundo que no hubiera tocado? Se encogió de hombros, sonrió y le enjabonó los hombros. Abajo, en la calle, en el 14 de la calle de la Victoria, tres mujeres se esforzaban con sus ropas, frotándolas furiosamente en las tablas de lavar mientras los efluvios de gasolina les llegaban a la cara.

Mientras la gloriosa agua caliente se vertía sobre ella, Faye estaba rebosante. Había sido el día más emocionante de su vida. ¡Tenía que compartirlo! Pero ¿con quién? Sus padres se hubieran asustado, se hubieran horrorizado. ¿Penelope Hastings? Penny se pondría deliciosamente envidiosa, pero Faye sabía que le enseñaría la carta a su madre, una atractiva y atribulada dama de sociedad que siempre le preguntaba a Faye: «¿Hay algo, querida, hum, que no, hum, comas?». Pobre señora Hastings, completamente turbada por el temor de servir un alimento equivocado a la discípula judía de Penelope. Y la pobre señora Hastings era precisamente la clase de persona, estaba segura, que no tendría más remedio que telefonar a la madre de esa pobre criatura.

¿Y qué diría la revista de las alumnas de Pembroke?

*Fran Bernstein (promoción del 33) nos ha enviado una nota sobre la soleada España contándonos que está disfrutando de su visita, en compañía de elementos bolcheviques de las fuerzas republicanas que defienden Madrid. Recientemente, nuestra Franny abrió fuego sobre un caza nazi ¡y acabó empapada con combustible de aviación durante el episodio! Tras la celebración de aquella victoria, las damas de la vecindad obligaron al conserje a restablecer el suministro de agua, y para entonces la tímida Fran fue desnudada sin más ceremonias y lavada.*

Obedientemente, dejó que la señora Tovar le restregara la espalda. Aún le ardían los ojos. Sabía que continuarían enrojecidos durante días. Andrés, por supuesto, sugeriría acudir a los médicos. Insistiría.

No era una buena idea. Tendría que hablarle de su cierre de seguridad, y sabía que eso iba a crear agitación y confusión. Estaba claro que alguien de la casa era un traidor, un quintacolumnista. Y un ratero.

Les dijo a los excitados hombres de la Checa del barrio que había encontrado la cerradura abierta. Uno de ellos, como supo por su fría mirada, no la creyó. Pero no dijo nada. Ella era la heroína del momento. No sólo había descubierto el farol, sino que contribuyó a abrir fuego contra un avión — aunque el maldito aparato se alejó sin daños— y, ciertamente, como todo el mundo comentaba, desbarató el propósito del nazi. La bomba cayó en la calle, rompió las ventanas en cien metros a la redonda, pero no afectó a las conducciones de gas y agua, lo que permitió, cuando los hombres de la Checa hubieron sido ahuyentados, la procesión triunfal hasta la portería del señor Tovar, y luego al baño de azulejos del tercer piso.

El número 54 de la avenida Saldaña resultó ser un arsenal republicano secreto. Si se hubiera dejado en su lugar el farol azul, medio barrio habría saltado por los aires, y las personas que estaban en el edificio —incluidos la madre que tarareaba y su pequeño— habrían saltado con él. Cuando Faye, extática, regresó a la azotea, Renata había encendido el farol y lo había colocado sobre el pretil.

—Descubramos quién busca una luz como ésta —dijo en tono adusto, mientras accionaba el cerrojo de la ametralladora Hotchkiss y la emplazaba sobre la trampilla.

Pero cuando llegó el aparato, fue Faye quien empuñó el arma y Renata quien sujetó la cinta de balas. Curiosamente no había oído nada. Había visto el brillo de las alas del 109, pero nunca, admitía, comprendió lo que eso significaba. Momentos después, sin embargo, se quemó los dedos con un fragmento plateado medio hundido en el suelo de la azotea, y sólo entonces su mente estableció la relación y el fragmento le provocó un estremecimiento desde los hombros hasta las rodillas. También Renata había quedado empapada de combustible, pero, genio y figura, insistió en asearse por su cuenta.

—Creo que está limpia —dijo la señora Tovar, retrocediendo para admirar su trabajo.

—Gracias, mil gracias, señora —respondió Faye, cerrando el grifo. Y tomó una toalla áspera y limpia que había aparecido en la puerta, tendida por una mano.

La mujer hizo un gesto rechazando las gracias y canturreando: «De nada, de nada», mientras abandonaba el cuarto y se dejaba oír un tumulto de voces

en español de amigos que aguardaban fuera.

Los pies descalzos de Faye golpearon el suelo de mármol del vestíbulo en dirección a la escalera que conducía a su habitación bajo el alero. La vida era mejor que una narración breve, con un giro propio de O. Henry en cada esquina, que sorprendía a la heroína, inconsciente de la peculiaridad de la suerte y asombrada por ella. ¿Pudo alguien haber predicho que en el otoño de 1936 una ametralladora iba a vibrar en sus manos mientras un avión alemán se lanzaba en picado sobre ella? Ni con una tabla ouija lo habría adivinado. ¿Que su mejor amiga iba a ser una comunista alemana llamada Renata? No, no, no. ¿Que su amante iba a ser un dibujante español de cuarenta y dos años, natural de Ceuta, llamado Andrés Cardona? ¡Mil veces no!

Oh, si ellos pudieran verla ahora.

\* \* \*

Era un camino estrecho, que apenas dejaba pasar un coche y que serpenteaba hasta San Genis. Jristo conducía despacio, consciente de la vegetación de los márgenes —maleza en todos los tonos del oro y el marrón— que susurraba al rozar las portezuelas del Citroen.

A aquella velocidad podía oír el zumbido de los insectos, observar los espacios abiertos, delimitados con ramas, que aparecían de vez en cuando. Una vez por semana se dirigían a San Genis, y él empezaba a reconocer cada una de las cercas de aquellos espacios abiertos. Estaban hechas con ramas retorcidas, cruzadas y apuntaladas en todos los estilos concebibles. Una vez por semana era, probablemente, demasiado a menudo para visitar una casa segura, pero Yáshcheritsa así lo había ordenado, y su palabra era ley. Sasha, después de una semana atroz, al fin había descubierto que el vodka podía ser reemplazado por el coñac español, y volvía a ser el de antes. «¡Marchando una de moscas para Yáshcheritsa!», exclamó en voz alta cuando arrancaron. «No tan alto», pensó Jristo, pero no dijo nada. Sasha era como un río en primavera, que, desbordado, no se sabe hasta dónde va a llegar.

A Jristo le gustaba aquel coche. Un Citroen 11 CV Normale de 1936. Su largo capó sugería lujo, y su caja corta, cuadrada, frugalidad, y el maletero curvo sugería un gusto muy francés. La sobriedad de la carrocería negra la acentuaban los gruesos neumáticos de banda blanca, sin tapacubos, y faros brillantes. El espacioso parabrisas parecía atraer todos los bichos de España, pero Jristo mantenía el cristal inmaculado con ejemplares húmedos y estrujados de *La Causa*. Los periódicos empapados eran lo apropiado para limpiar ventanillas de coche. Eso lo había aprendido de un antiguo taxista de

Riga que falsificaba documentos para la oficina del Komintern en Tarragona. El coche, pensó con tristeza, también tenía su historia. El Citroen fue donado al Komintern por un fabricante de muebles de Rouen. Realmente sorprendía cómo los ricos de esta parte del mundo se entusiasmaban con la revolución de las clases trabajadoras.

Le gustaba conducir. Era el primer Stoianev que manejaba un vehículo de motor. Aprendió aprisa, dominó la palanca de cambio tras unas pocas paradas, con cabeceos vacilantes, debidas a tirones del embrague. Tuvo suerte de que le gustara el coche, porque pasaba mucho tiempo al volante. Había descubierto que las operaciones de inteligencia consistían principalmente en conducir un coche cientos de kilómetros, revisar una infinidad de informes y memorandos, cerrar y abrir interminablemente las cajas metálicas de seguridad asignadas a cada oficial, y escribir volúmenes enteros de hojas de agentes de contacto. En última instancia, debía agradecerse a Sasha. Cuanto más borracho, mejor escribía. Y tenía tal maestría en el uso del lenguaje burocrático soviético —una poética consistente en quedarse corto y usar muchos eufemismos para describir la realidad—, que Yáshcheritsa solía dejarlos solos. Eso le iba bien a Jristo.

Al coronel general Yadorir Ivánovich Bloch, el *rezident* de los espías del NKVD en Cataluña —en oposición a los agregados militares y diplomáticos «espías legales», bajo el mando de Berzin y del GRU— lo llamaban en secreto Yáshcheritsa, el Lagarto, porque tenía ese aspecto. Su cabeza era ligeramente triangular, y la sensación de que era plana en la parte superior la reforzaba el cabello rígido, peinado hacia atrás. Tenía unas delgadas cejas en pronunciado ángulo hacia abajo, en dirección a las comisuras interiores de los ojos, los cuales, largos y estrechos, se situaban sobre unos pómulos salientes. Esos ojos le devolvían a uno una mirada vacía, sin expresión, únicamente atenta a dilucidar si eras una presa fácil o difícil. A veces se lamía nerviosamente el labio superior: el gesto, según Sasha, era una inconsciente regresión a la época en que los reptiles dominaban la tierra.

—¡Moscas para Yáshcheritsa!

Sasha estaba despierto. Allá donde el pueblo de San Genis se alzaba sobre ellos, Jristo detuvo lentamente el coche. Sasha se apartó el pelo de los ojos y parpadeó un momento, luego sacó la botella de coñac de la guantera y echó unos tragos. Volvió a colocar lentamente el corcho en su sitio y lo golpeó ostentosamente con la palma de la mano.

—Ahora el coronel está listo para los agentes y los partes —anunció—. Pueden recomendarse las seis medidas siguientes a fin de apoyar la

continuidad de dicha operación. Primera medida: son gansos los que vuelan en las noches de verano hasta el corazón de Sonia. ¿De acuerdo, Stoianev? ¿Vamos a atrapar buenas moscas? ¿Las mejores moscas?

—Sólo las mejores. Servidas por las cocinas más selectas.

—Entonces, adelante.

El Citroen ascendió por el denso laberinto de calles en dirección al extremo septentrional del pueblo. Las puertas estaban cubiertas con cortinas de chapas dobladas. Cada una, sospechaba Jristo, con su correspondiente par de ojos vigilantes. Conocía aquella clase de pueblecitos en Bulgaria. Le aceleraban a uno el corazón. Quizá en el próximo pueblucho todavía se bebieran la sangre de los extraños en un brindis a dioses olvidados.

Pero uno debía disponer de casas de seguridad, y era mejor tenerlas en medio de las ciudades, ocultas por las multitudes, o en lugares desolados, fuera de las rutas habituales, como San Genis. El agente al que llamaban Andrés estaba llevando a cabo una tarea peligrosa: infiltrarse en la Falange. La *rezidentura* en Tarragona contaba con una larga lista de la compra: nombres, direcciones, planes de operaciones, sistemas logísticos y, en última instancia, las identidades de los oficiales de la inteligencia alemana asignados como enlaces con la quinta columna de Franco en Madrid.

Para demostrar que era digno de confianza, Andrés tuvo que cometer un acto de sabotaje contra las fuerzas republicanas, su propio bando. De este modo era vulnerable tanto para el amigo como para el enemigo, y en cualquier momento podía ser ejecutado como espía o como traidor, dependiendo de quién lo capturase. Y esto, pensaba Jristo, era lo único que él sabía. Podía haber más. A los rusos se les daban bien esos juegos, gustaban de la oscuridad y reverenciaban las duplicidades que escondían estrategias más profundas.

Llegaron a una casita enjalbegada, con techumbre de tejas, al final de una calle polvorienta. Un gato dormía en el alféizar de una ventana. En un campo al otro lado, unos niños con pantalones cortos jugaban con una maltrecha pelota de fútbol. El aire olía a sofrito y a revoque recalentado por el sol, y en algún lugar cercano una radio difundía música. El hombre conocido como Andrés Cardona estaba arrodillado en medio de una especie de jardín de margaritas y geranios que rodeaban un viejo y retorcido limonero. Mientras ellos se acercaban, Andrés arrancaba malas hierbas y las arrojaba por encima del murete. Se puso de pie, se limpió las manos en los pantalones y saludó, con la voz de un hombre complacido de ver a sus empleados:

Buenos días, buenos días. Ah, sí, ya estáis aquí, compañeros. Me alegro de veros. En vuestra ausencia he pensado en mil cosas que tenemos que hacer.

Todo eso en el tono de un simple saludo, en pie, tal como estaba, y con expectación en la mirada. Jristo se dio cuenta una vez más de que era muy muy, bueno en lo que hacía.

—¿Y el nombre?

—Farmacia Cortes.

—¿A qué se refiere «Cortes»?

—Supongo que se debe a que está cerca de las Cortes.

—¿Las...?

—Las Cortes. El parlamento español.

—Ah. O sea, que no es propiedad de un hombre llamado Cortes.

—No.

—Humm —dijo Sasha, golpeándose los dientes con el extremo de la estilográfica—. Me la localizarás luego, ¿eh?

—La calle de las Cortes es elegante, está de moda. Hay un hotel, el Palace...

—¿En inglés? ¿No es «Palacio»?

—No. Palace, como en inglés. Un bonito hotel, muy lujoso.

—¿Quién se aloja allí?

—Diplomáticos. Periodistas. Los que tratan de estar cerca de las Cortes.

—Ahí hay oro. *Zólot!*

—Quizá.

—Nada de quizá. Es cierto. Trabájate a ese farmacéutico, y habrá tesoro. Habrá uno que tenga una receta de una medicina para el corazón. Uno que tenga gonorrea. Es el que debe tener el jarabe de láudano cada semana. ¡Hay más secretos en una farmacia que en el corazón de una mujer! Mejor que un banco, amigo. Muy específico.

—Sí. Pero no hay forma de trabajárselo.

Sasha chasqueó la lengua y agitó un dedo en un gesto obsceno.

—Bueno, sí. Si lo atas a una silla y todo eso, claro. Pero no hay otra manera.

—¿Nada de dinero?

—Ni hablar.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

—¿Le gustan las mujeres? ¿Las chicas? ¿Los chicos? ¿Los gatos?

—No. Es la pureza misma.

—Será cerdo.

Cardona se encogió de hombros y sonrió, un gesto con el que perdonaba al mundo entero.

—¿Queréis tomaros la molestia de escuchar cuál es el procedimiento?

—Oh, sí. Nos gustan mucho los procedimientos. Jristo, ¿te estás enterando de todo esto?

—Sí. De la mayor parte.

Se secó el sudor de la cara. Como hablaban en ruso, las ventanas estaban completamente cerradas. El sol daba de lleno en el tejado y el aire era húmedo y cálido, inmóvil. El rollo de planos que habían sacado del maletero del coche estaba desplegado sobre la mesa, cubierto con tazas de café sucias, empleadas como ceniceros, vasos medio llenos de vino tinto y hojas de papel garabateadas en alfabeto cirílico. Corrían rumores sobre una máquina que grababa la voz humana en un carrete de alambre, pero no se podía disponer de ella fuera de Moscú.

Cardona encendió un cigarrillo y lanzó el humo al techo.

—El procedimiento consiste en entrar en la Farmacia Cortes, entre cuatro y cuatro treinta de la tarde. Ir a la rebotica, preguntar a la empleada —una joven con una bata gris— si se puede ver al patrón.

—El patrón. ¿El dueño?

—Sí, más o menos. Pero es un término de más alcance en español. El mandamás.

—Ah.

—Ella va al despacho, y entonces aparece él.

—¿Qué va a creer ella que quieres?

—Algo personal, que no debe mencionarse ante una joven. Condones, tal vez.

—¿Y comprarás algo?

—No.

—¿No se notará demasiado?

Cardona lo consideró por un momento.

—Cosas así suceden en las farmacias españolas. No es tan insólito. Los hombres y sus problemas íntimos...

Sasha alzó una ceja y resopló.

—Complicaciones íntimas...

—Exacto. En cualquier caso, me facilita el encuentro.

—¿Su nombre?

—Según la licencia fiscal, el titular de la Farmacia Cortes es Emilio Quesada.

—El patrón.

—Supongo.

Sasha suspiró. Cuanto más conocían el oficio más liaban las cosas. Cardona tenía toda la razón, pero eran precisamente aquellas naderías las que, a largo plazo, empujaban al personal de inteligencia a la locura.

—Muy bien. Toma nota, Jristo. —Y volviéndose a Cardona—: No creo que vayas a preguntarle a la empleada una sola vez si puedes ver al señor Quesada.

Cardona se limitó a sonreír.

—Hummm —dijo Sasha—. Más bien creo que no. ¿Acude a las reuniones ese farmacéutico?

—Desde luego. Pero no puedo decirlo. Todos vamos encapuchados.

—Describe las capuchas.

—Fundas de almohada de seda, de un color marrón claro, con agujeros para los ojos.

—¿Color bronce?

—No, realmente no. Algunos lo llaman beige Renaissance.

—¡Santo Dios! —Sasha se sujetó la cabeza y la meneó—. Jristo, pon «marrón claro». Y también «beige Renaissance». Eso les va a gustar en Moscú.

—Cada reunión se celebra en un piso diferente, nunca en el mismo dos veces.

—Supongo que no salís encapuchados a la calle.

—No. Nos ponemos las capuchas inmediatamente después de atravesar la puerta principal, pero los tiempos de llegada son escalonados, y nos marchamos de uno en uno.

—Precavidos.

—Sí.

—¿Y las reuniones?

—Palabrería fascista. Una vela roja prendida en medio de la mesa. Una oración para empezar, un discursito feroz. Ya sabéis cómo son: Cristo y sangre, Cristo y sangre, una y otra vez. Luego, noticias de la Falange, victorias militares, montones de mineros muertos. Nada que no encontraríais en sus periódicos.

—¿Cómo dirías que andan de moral?



Cardona hizo una pausa.

—Bien, es difícil precisarlo, con las capuchas puestas, pero yo diría que bastante asustados. La postura política de la mayoría de ellos era bien conocida antes de que los republicanos asumieran el poder. Temen a sus vecinos, compañeros de trabajo, comerciantes.

—¿Sólo habla el jefe?

—No. Después de largar su perorata, pasa de mano en mano una bayoneta desenfundada. Cada uno de nosotros la toma y hace una declaración.

—¿Por ejemplo?

—Una pandilla de republicanos marchó a un monasterio, cerca de Albacete. El monje responsable fue atado al altar y le metieron un crucifijo por la garganta.

—¿Otras cosas?

—Monjas violadas y asesinadas, curas ahorcados en los árboles.

—Propaganda falangista, por supuesto.

Un músculo se contrajo brevemente bajo el ojo de Sasha, y parpadeó para detenerlo.

—Naturalmente.

—Pero son conscientes de que hay detenciones de grupos paramilitares.

—Oh, sí. Las temen con el temor de los niños, y recitan sus nombres. Lince de la República, Leones Rojos, Espartaco, las Furias, Fuerza y Libertad. Es como si una constante enumeración de esos terrores los mantuvieran alejados por la noche.

—El propósito del terrorismo...

Sasha citó la mitad del axioma de Lenin, con un matiz de desdén en la voz. Jristo completó la frase para sus adentros: «... *es causar terror*». Se dio cuenta de que entre aquellos dos había algo mucho más allá de la relación agente-oficial encargado de agentes y redes. No eran como Mitia: campesinos obtusos, con un catecismo rojo en la boca y un fusil en la mano. Eran intelectuales: recitarían el catecismo y usarían el fusil, pero no se engañaban a sí mismos. Su rango exigía el conocimiento de la verdad, y su aceptación, sin que importara cómo la dedujeran.

—Ahora —dijo Sasha, moviéndose en su silla— vamos a lo del farol azul. Cardona inspiró hondo y espiró despacio.

—Todavía estoy juntando las piezas.

—El general Bloch fue muy directo en sus observaciones sobre el tema.

—Puedo imaginarlo. Bien, puedes decirle que no creo que importe el hecho de que la acción saliera mal. Ellos aceptan la mano del destino, aunque

el general Bloch no haga lo mismo. Lo que les importa a ellos, a la Falange, es que yo ejecuté el plan. Su fracaso creo que no dañará su confianza en mí.

—Pero no te has reunido con ellos desde que sucedió.

—Ni fui convocado. Mañana voy a la farmacia.

—¿Tienes alguna idea de qué salió mal?

—Realmente no. Yo subí al tejado y encendí el farol. Por alguna razón el farol fue trasladado. Se lo llevaron a otro edificio y el ataque fracasó.

—¿A otro edificio?

—Sí.

—Nos dijeron que intervino una americana. Una mujer.

—Habladurías de vecindario.

—Averigüame quién es: su nombre y cuanto puedas saber. Ahora hay muchos americanos que vienen a España, Moscú lo percibe como una oportunidad extraordinariamente importante. Así que si quieres que tu estrella brille...

—Haré lo que pueda.

—Dime, ¿no había nadie de guardia en la avenida Saldaña? ¿Se limitaron a llenar un edificio con armas y municiones y las dejaron allí?

—Ésta es una guerra española.

Ambos guardaron silencio un momento, y luego Cardona continuó, inclinándose sobre la mesa:

—Os voy a contar una historia para que lo entendáis. En un cine estaban proyectando *Sopa de ganso*, una película de los Hermanos Marx. Fui la semana pasada, y la sala estaba atestada. En la fila de delante de la mía había tres oficiales de artillería, de permiso. La mayor parte del tiempo permanecieron silenciosos. Pero hay una escena en la que Groucho Marx dice: «Un niño de tres años podría entender estos papeles». Hace una pausa y añade: «Tráiganme a un niño de tres años». Ante esto, los oficiales rieron — con amargura, podría decirse— y se dieron codazos entre ellos.

Jristo y Sasha sonrieron.

—Gracioso —prosiguió Cardona—, pero quizá no lo sea tanto cuando reflexionas sobre lo que eso implica. Para responder a tu pregunta de forma directa, te diré que el arsenal de la avenida Saldaña estaba protegido por milicianos y, con toda probabilidad, el que estaba de guardia tenía algo más importante que hacer, y fue y lo hizo. Yo transporté el farol allí arriba con un cuchillo en la mano, pero no había un alma.

Consciente de su obligación, Jristo trataba de escribir todo aquello tan rápidamente como podía. Sasha suspiró y se reclinó en su asiento.

—Bloch y los demás —dijo— se están hartando de los anarquistas. Están pero que muy hartos. Y dada la actitud del Gran Stalin hacia Trotski, que desde el exilio maneja los hilos de sus marionetas, esta falta de disciplina va a recibir una cuidada atención. Te prevengo que te apartes de ellos, Andrés, si no quieres acabar de rodillas.

—Es natural que en Moscú estén preocupados. La obediencia lo es todo para ellos, pero aquí las cosas las hacen a su manera y tú no vas a cambiar a los españoles. Ellos se han esforzado toda la vida por dejar de soñar, por actuar, después de muchos años de hablar. Y lo que aman por encima de todo es su libertad, porque está vinculada a su hombría. Mete las narices en eso y allá tú con las consecuencias.

Sasha alzó la mano, como un guardia de tráfico.

—Nada de traiciones, camarada. Hoy hace demasiado calor.

—No me propongo traicionar a nadie. Pero encuentra una manera de decirles la verdad.

El final implícito de la frase, «para variar», quedó colgando en el aire lleno de humo.

Sasha compuso una sonrisa con la boca torcida, en la cual danzaban y jugaban todas las ironías de su vida.

—Muy bien —dijo—. Desde luego que empezaré mañana. Pero hoy déjame indicarte cuál es el camino adecuado. Tenemos un plan alternativo. No es tan bueno como el del arsenal, pero tendrá que servir.

—Por supuesto, camarada —replicó Cardona, sonriendo.

—¿Tienes una cámara?

—Sé dónde conseguir una.

—Bien. Asegúrate de que la película es de alta sensibilidad. El jueves por la mañana, llegará a Madrid la primera columna de tanques soviéticos, un momento histórico. Avanza desde el puerto de Alicante y entrará en la ciudad por el paseo de la Infanta Isabel. Tenemos prevista la llegada para el amanecer, y estamos tomando otras medidas para asegurar que, en lo posible, se mantenga en secreto la entrada. Queremos que impresiones un rollo con esos tanques. No el rollo entero, claro está; haz primero unas fotos con algo mundano, como si la cámara se hubiera encontrado con los tanques por casualidad. Inventa una buena historia para estar allí, en caso de que te pregunten. Entrega el rollo sin revelar a tu contacto en la Farmacia Cortes. Las fotos deben parecer clandestinas, por supuesto, torcidas, desenfocadas... Que se enteren de que eres un valiente. De todos modos debes ser discreto, pues los comandantes de los tanques te quitarían de en medio a ti como a

cualquier otro. Asegúrate de que fotografías lo que importa: números de los tanques, insignias de los oficiales; lo de siempre. Nuestra intención es que las fotos amortigüen el golpe si tus nuevos amigos están consternados por el fracaso en la avenida Saldaña; pero, lo más importante, queremos que te conviertas en la espada más afilada de la quinta columna. Queremos que brilles ante sus ojos de tal manera que te presenten a sus superiores. Creo que acabarás viendo a un alemán. Bueno, ¿tengo que volver a explicártelo?

—No. Ya comprendo. Y será un placer —dijo Cardona—, un gran placer, ver a un alemán.

—Pobre Andrés. ¿Estás cansado de ser español?

—La verdad es que sí.

—No desesperes, Andriusha. Aguanta un poquito más.

Caía el crepúsculo —los campos estaban sombreados bajo una luz violácea, mientras el atardecer se apagaba en unas vetas rojas en el cielo occidental— cuando emprendieron el camino colina abajo desde San Genis. Sasha parecía agotado. Se derrumbó sobre la portezuela del pasajero y se empleó a fondo con el coñac hasta apurarlo. Una nueva botella cada mañana. Ese papel, pensó Jristo, le sorbía la vida. El papel de oficial encargado de agentes y redes exigía un actor de una extraordinaria variedad de registros: calidez maternal, disciplina paterna, agudeza de profesor comprensivo, fortaleza de héroe del terreno de juego. Cardona apostaría su vida a que Sasha era bueno en su trabajo. Así de simple. Durante meses, Jristo lo había observado disponerse para la representación, una y otra vez.

—¿No deberías encender los faros? —preguntó Sasha.

—Dentro de poco. Los bichos que se estrellan contra el parabrisas son terribles aquí.

—¿Cómo ves para conducir?

—La carretera es recta.

—Oh.

—Pararé si quieres ponerte atrás.

—No, estoy mejor aquí.

Rodaron en silencio. Cuando finalmente se hizo oscuro, Jristo encendió los faros y observó las polillas danzar en los haces de luz. Cuando Sasha volvió a hablar, su voz era espesa a causa del cansancio.

—Sálvalo —dijo—. Quiero que me prometas eso.

—¿A quién? ¿A Andrés?

—Sí. ¿Me lo prometes?

—Desde luego. Tú estarás a mi lado para asegurarte.

—No lo creo.

Era inútil, pensó Jristo, seguir con eso. Sasha echaba esos anzuelos hasta que uno picaba. Estaba, como otros oficiales de inteligencia, urgido por el impulso de confiar en alguien. Ese impulso era demasiado fuerte, como un diablo que te golpea la cabeza con tus propios secretos hasta que tienes que dar salida a uno. Para aliviar la presión revelarías medio secreto, o un secreto viejo y gastado, o alardearías de los secretos que conoces. Esas malditas cosas tenían vida propia, como los hierbajos que amenazaban con crecer en tu propia cabeza.

—¿Has leído su expediente?

La voz se alzó un poco.

—No está permitido.

—Mierda.

—El oficial subalterno se limita al conocimiento de la inteligencia táctica. La inteligencia estratégica es responsabilidad exclusiva del personal de rango superior. Sección tercera. Párrafo octavo.

—Más mierda.

—Te cito a ti como si fueras el Evangelio.

—Eres como un vendedor de mercado, Jristo. Cuentas las copecas como un judío. Inteligencia *táctica*. Inteligencia *estratégica*. La diferencia entre chismes de camareros y chismes de embajadores. Vaya conceptos. Son ideas de hombres cuyos culos nunca se han movido de una silla.

Jristo se echó a reír.

—Soy gracioso. Este Sasha te hará reír.

—Gracias a Dios.

—Te echaré de menos.

Durante un rato, Jristo creyó que se había dormido, pero luego su voz volvió a oírse en la oscuridad.

—Roubenis. Ése es el verdadero nombre de Andrés, Roubenis. Avram Roubenis.

—¿Griego?

—Armenio —al menos su padre era armenio— con nombre griego. Su madre era el infeliz resultado de un *amour* entre un viajante de comercio alemán y una criada de hotel turca.

—En una palabra, un poco de todo.

—Eso mismo. O sea, que habla turco, armenio y griego demótico. También ruso, como has comprobado. Español e inglés, y puede jurar maravillosamente en árabe. Empezó como espía a los catorce años, en 1908. Se infiltraba en los campamentos turcos, escuchaba la charla de los guardias, e informaba a los aldeanos. Esconderse o no esconderse. Así es como luchaban.

—Entonces, un superviviente.

—La palabra no le hace justicia. Quizá un objeto duro y hecho de muchas piezas que atraviesa el fuego y continúa con vida. Nació bajo el Imperio Otomano en una aldehuela cerca de Yereván, Armenia, al borde de la cordillera del Cáucaso. Inmediatamente al norte del punto de la frontera donde Turquía oriental se junta con el norte del Irán. En el año 1909, los turcos asesinaron a doscientos mil armenios, incluido el padre de Avram. Lo decapitaron con una espada. Avram y su madre lo presenciaron desde su escondite, en un aljibe en un tejado.

»La madre era una gran belleza: pelo rubio como una *Fräulein*, ojos negros como una turca de la Anatolia. Los soldados hubieran dado rápida cuenta de ella. La crueldad sobrepasaba la imaginación: en represalia por el ataque a un oficial, se cegó a las personas por centenares, y las dejaron vagar como recordatorios vivientes. Pero Avram y su madre escaparon. Ella se vendió a un mercader que los llevó hacia el Oeste, atravesando Turquía en un carro tirado por un caballo. Creo que una hermana, un bebé, murió de cólera durante el camino. Finalmente llegaron a Esmirna. ¿La conoces? Una ciudad disputada, primero griega, luego turca, en la costa egea de Turquía. Allí el mercader decidió que deseaba gozar en su cama tanto de la madre como del hijo. La madre era ingeniosa. Mientras el mercader se desnudaba, le tapó la cabeza con la camisa y Avram lo mató con un ladrillo que había escondido en el carro. Arrojaron el cuerpo a un pantano y se apoderaron de su oro.

»No tardaron en meterse en negocios. Encontraron una familia que confeccionaba guantes resistentes, de cuero sin curtir, para vendérselos a los obreros portuarios griegos, y le compraron el negocio. Prosperaron. Avram fue a la escuela, luego a la universidad de Estambul y después a la de Atenas. Se convirtió en delineante e ingeniero. En 1922 volvió a suceder. La guerra greco-turca. Esmirna fue incendiada hasta arrasarla. Casi toda la población griega fue aniquilada. Avram corrió a casa desde Atenas, donde estaba colocado en el despacho de un ingeniero civil. Pero no pudo encontrar a su madre. Había desaparecido. La casa había desaparecido. No quedaba nada. Desesperado, regresó a Atenas.

»Era un joven solitario. Trabajaba y vivía en una habitación. Un día asistió a un mitin del Partido Comunista. Una manera de conocer gente. Con el tiempo, descubrió que tenía una nueva familia, una familia que lo quería y lo acogía pero, lo más importante, una familia que no sufría la injusticia de manera sumisa. En la dirección del partido encontró un nuevo trabajo, contratado por una empresa británica para mejorar el suministro de aguas en Bakú. Por entonces Bakú era un enclave británico, protegido por mercenarios checos y rusos blancos; una isla imperialista en un mar revolucionario. Los británicos no podían resistirse a Avram: sus suaves maneras, sus aparentes suaves maneras, excitaban el lado intimidatorio de su naturaleza. Ascendió dentro de la firma, y pasaba informes a la NKVD. Nunca tuvo un momento de duda. El espionaje le llegó como hacer el amor les llega a los demás hombres. De hecho, creía que su padre pudo haber mantenido relaciones con la Ojrana, el servicio de inteligencia del zar, aunque su asesinato por los turcos fue un azar. Sencillamente, un hecho más durante una carnicería en una aldea. Pero Avram los conocía, tanto si eran agas turcos como oficiales británicos. Siempre comprendió cómo trabajaban, dónde radicaban sus vulnerabilidades. De este modo fue capaz de penetrar en la Falange. Simplemente diciendo las cosas adecuadas a las personas adecuadas, mostrándose paciente, aguardando a que ellas acudieran a él. Y así se abrirá camino entre los alemanes. Si nosotros no lo matamos antes, claro.

Al principio, Jristo no confiaba enteramente en su voz. En la historia de Roubenis había rebordes que producían nítidos cortes en su propia vida. Se sintió como si le hubieran tendido una emboscada, como si la historia hubiera surgido de la noche y lo atacara. Había personas en Vidin que habían vivido bajo los turcos, y eso era algo de lo que, sencillamente, no hablaban. Y él había visto morir a su hermano bajo las botas de los fascistas. Pobre Nikko. Pobre triste y estúpido Nikko y su labio prominente que retaba al mundo. Y cuando el trabajo sucio estuvo hecho, y la sangre hacía tiempo que la había absorbido la tierra, tanto él como Roubenis se encontraban al servicio de Rusia, y aquello era una habitación cerrada una vez que estabas dentro. En Moscú ambos le cogieron gusto al sufrimiento. Qué bien lo comprendían, lo utilizaban y extraían provecho de él. Inconscientemente, su mano izquierda se apartó del volante y resiguió el contorno del peón blanco que llevaba en el bolsillo. Pobre Ozunov, pensó. Aquella pieza de madera pintada, quizá la única posesión de Jristo, era cuanto quedaba de la existencia de Ozunov.

Finalmente, Jristo ascendió hasta los cebos que Sasha le había echado a lo largo del día.

—¿Y a santo de qué íbamos a querer nosotros matar a Andrés?

Sasha emitió una aguda y violenta carcajada.

—¡Que el Dios de los cielos te tape las orejas y no oigas más sobre eso!  
—exclamó—. Este búlgaro estúpido lleva con nosotros más de dos años, pero ni ha visto nada, ni ha oído nada, ni ha aprendido nada. El niño confiado sigue pensando que debe haber razones.

«Pues al diablo contigo», pensó Jristo, y se mordió el labio para no decir en voz alta lo que pensaba. Estaba cansado de Sasha, de redes, rollos y conspiraciones, de mentiras que sonaban como verdades y verdades utilizadas para apoyar mentiras. Estaba cansado de tener miedo. Sentía un terrible dolor en el corazón y deseaba irse a casa.

Llegaron a la carretera general, de dos carriles, que discurría por el fondo de un valle entre la vía férrea y el río, y giraron al este, en dirección a Tarragona. Jristo conducía deprisa. El Citroen, de suspensión dura, saltaba sobre los baches y las grietas, en ocasiones arrimándose al borde derecho cuando venía en dirección contraria un coche o un camión. Los pueblos del recorrido estaban a oscuras, aunque a veces permanecía abierto un bar, y de sus ventanas se derramaba luz sobre las calles. La carretera describía curvas y doblaba esquinas en los pueblos, y Jristo reducía las marchas agresivamente, haciendo que el motor acelerara y cantara, y arrancando al coche su música en medio de la noche. Pasado Ribarroja de Ebro, se dejaron ver luces dispersas danzando ante ellos y el resplandor rojo de un incendio. Jristo redujo la velocidad. Luego, en medio de una larga curva un hombre apareció en la carretera, y Jristo se detuvo cuando los faros lo iluminaron plenamente.

Del lado del coche ocupado por Sasha llegó el leve chasquido que producía, al soltarse, el cierre que mantenía fija la lengüeta de la funda del arma.

—Déjalo que se acerque —dijo Sasha, completamente despejado y sin rastro de borrachera.

Pero el hombre permanecía donde estaba, bamboleándose atrás y adelante, con las palmas de las manos en dirección a ellos, haciendo la señal universal de detenerse. Cuanto más lo miraba Jristo, menos sentido encontraba a aquello. Vestía uniforme caqui, del estilo del de los oficiales republicanos, pero no el mismo, y no llevaba insignia alguna. Llevaba los pies y la parte inferior de las piernas envueltos en vendas blancas y sucias, que amenazaban



con desenrollarse, y su cara la recorrían regueros secos de sangre que parecían proceder de una herida situada encima de donde empezaba el cabello.

—¡Ustedes perdonen, señores —dijo a gritos—, no se puede continuar!

Jristo sacó la cabeza por la ventanilla para ver mejor.

—¿Inglés? —preguntó.

—Americano —respondió el hombre, bizqueando a causa de la luz.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jristo.

Las frases del maltrecho manual volvieron a su memoria.

—Hay un infierno ahí de cadáveres y vagones de ferrocarril. Inmediatamente antes del anochecer los fascistas bombardearon un tren. Le dieron a la máquina y descarrilamos. —Se señaló sus pies vendados—. Era un tren hospital.

—¿Qué pasa? —dijo Sasha en ruso—. ¿Ha dicho que ha sido una bomba?

—Han hecho saltar por los aires un tren hospital.

—Ah. Eso explica las vendas. ¿Es americano?

—Sí. Debe pertenecer a las Brigadas Internacionales. ¿Tenemos que hablar con él?

—No, pero estamos aquí.

El hombre renqueó hasta la ventanilla de Jristo.

—¿Son ustedes rusos?

—Sí —respondió Jristo.

—¿Y hablan inglés?

—Sí, un poco.

Sonrió. A la luz de los faros, Jristo pudo ver que sus ojos eran grises y su rostro, joven y agradable.

—Me llamo Robert King —dijo, y alargó una mano.

Jristo se la estrechó, por encima del borde del cristal de la ventanilla bajado.

—¿Qué tal? Yo soy el capitán Márkov.

Como todos los oficiales del NKVD en España, disponía de un nombre tapadera apoyado en uno o dos documentos, un *nom de guerre* sólo para engaños superficiales.

—Rusos. He conocido a italianos y alemanes, a daneses y a húngaros, pero ustedes son mis primeros rusos.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Jristo señalando la frente de King.

El hombre se tocó el lugar señalado, hizo un gesto de dolor y se miró los dedos.

—No. Parece haberse coagulado. Pero si quieren ayudar, continúen adelante. Vayan despacio. Eso está bastante mal.

—¿Qué quiere? —preguntó Sasha.

—Necesitan ayuda.

—Conduce despacio.

Cuando arrancaron, King se apartó a un lado y los saludó con un puño cerrado y una sonrisa. Jristo le devolvió ambos gestos.

Sasha sacó un cuadernito y un trozo de lápiz de la guantera.

—¿Ha dicho que se llamaba King?

—Sí. K-i-n-g, como el jefe del Estado de Gran Bretaña.

—Ah, claro. Ya recuerdo. ¿Y su nombre de pila?

—Richard.

Sasha dejó de escribir.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro.

Trabajaron hasta el amanecer. Fue un trabajo arduo y sucio, iluminado con linternas y faroles, en medio del humo empujado por el viento procedente de pequeños fuegos en el campo ocasionados por el bombardeo, y por una bruma a ras de suelo que ascendía desde el río y sus márgenes como si fuera vapor, para dispersarse suavemente por la carretera donde ellos se afanaban.

A fin de evitar las consecuencias de las periódicas crecidas del Ebro, los constructores del ferrocarril habían diseñado un talud de tierra para el trazado. No era muy elevado, quizá unos dos metros y medio, pero ese desnivel se había sumado a la velocidad del tren al precipitarse, y envió la máquina y la mitad de los vagones a la carretera, situada abajo, en una maraña de maderas rotas y hierros retorcidos.

Al comienzo del bombardeo, el maquinista tenía dos opciones: detener el tren y hacer que todos echaran a correr por los campos o, dando por buena la teoría de que es más difícil acertar un blanco en movimiento, acelerar al máximo. El maquinista se había decidido por la segunda opción —puro instinto de huida, sin duda— y se equivocó. No tenía forma de saber que el movimiento de un tren es completamente predecible, y menos aún de hasta qué punto los trenes en movimiento excitan a los pilotos de los bombarderos, que por lo general pueden ver poco para llevar a cabo su tarea, salvo una columna de humo.

Pero aquello, pensó Jristo mientras empujaba el extremo de una traviesa para utilizarla como palanca, fue un fallo de la inteligencia. Alguien que ignoraba el alcance de los bombarderos alemanes dispuso que los trenes podían funcionar a la luz del día. Y he aquí el resultado de aquella ignorancia. Despejando los restos, apartando tablas, levantando a pulso ruedas y ejes de vagones, llegaron a los cadáveres. La mayoría de ellos, como el americano de la carretera, estaban ya heridos y vendados. Acá y allá encontraron alguno todavía vivo, y lo llevaban hasta la carretera, a fin de trasladarlo a Tarragona en una flota de coches particulares. Pero la mayoría de aquellos heridos, que habían esperado vivir, que habían tenido la suerte de sobrevivir a los disparos o a las explosiones de la artillería, estaban muertos, retorcidos en posturas imposibles a causa del impacto del descarrilamiento.

Por los supervivientes, Jristo supo que habían estado luchando contra la columna Asensio, al oeste de Madrid, y que aquello fue una pesadilla. Se retiraron desde Navalcarnero, atravesando el río Guadarrama, de regreso a Alcorcón. Como todas las fuerzas republicanas en España, habían sido muy valientes pero estaban pobremente armadas. La artillería de campaña de los fascistas los había machacado, y las incursiones contra los emplazamientos de los cañones los pusieron en la línea de tiro de sus ametralladoras, que barrieron largas líneas de hombres. Una compañía de mineros de Asturias llegó para luchar a su lado, pero carecían de armas y emplearon dinamita. Jristo se dio cuenta de que cuando los civiles se enfrentaban a fuerzas organizadas, aprendían las verdades tácticas más simples a un precio brutal. Y perdieron. Vidas, armamento, apoyo estratégico, posiciones y territorio. Todo. Como los cruzados de antaño, creían que la justicia de su causa de algún modo los protegería, y en eso estaban igualmente equivocados.

Las tareas de rescate fueron conducidas —con brillantez, pensó Jristo— por el jefe de policía de Ribarroja de Ebro, que se había presentado en el escenario con pantalones, botas y chaqueta de pijama. Era un hombre alto, con el rostro picado de viruelas, y parecía estar en todas partes a la vez. Dirigía, animaba, ordenaba con toda calma y con total autoridad. Cuando Sasha trató de explicar, empleando su confuso español, que su misión excluía toda posibilidad de ayudar en las tareas, el hombre asintió comprensivamente, y diciendo «Sí, sí, sí, sí, sí», lo tomó por el brazo y lo condujo alrededor del Citroen hasta el maletero. «Cómo son esos de Moscú —pensó Jristo—, que te enseñan francés e inglés y luego te mandan a España». Cuando Sasha se negó a abrir el maletero, el policía le dio unos golpecitos en el hombro y, con expresión de disculpa en el rostro, le pidió «una barra» para hacer de palanca.

En ese momento Jristo se adelantó y abrió el maletero. El policía, que sabía lo que quería, se abrió paso entre las botellas de coñac, las pistolas Degtiariov y los cuadernos de partes, sacó el gato y su manivela y se los tendió a Sasha:

—Es hora de salvar vidas —dijo—. Los trámites deben esperar. —A continuación, invocando cuidadosamente las palabras de un repertorio muy limitado de inglés, añadió—: Usted mire o ayude. A mí me da lo mismo.

Sasha se lo quedó mirando. El policía subrayó sus palabras tomando un cuaderno entre el pulgar y el índice, y dejándolo caer en el montón de botellas y armas. Sasha palideció. Jristo, como respuesta, se quitó la chaqueta y se subió las mangas. El policía lo recompensó con una sonrisa.

En el tren iban tres vagones con terneros que se enviaban a Tarragona, y varios animales habían resultado heridos en el descarrilamiento. Algunos de ellos habían conseguido abrirse camino hasta los campos, donde mugían sin cesar a causa del dolor y el terror, unos lamentos que surgían de la oscuridad. El policía trató de ignorarlos, pero no pudo, y finalmente, para alivio silencioso de todos, a un destacamento de supervivientes se le entregaron pistolas y se los envió, cojeando y arrastrando los pies, a recorrer el terreno entre la niebla y el humo, para dar con los animales y poner fin a su sufrimiento. Por esta razón hubo gritos y disparos durante toda la noche.

Hacia el amanecer, un tren procedente del Este pasó despacio por la otra línea del tendido: refuerzos para el frente de Madrid. Todos llevaban bufandas rojas. Asomaron las cabezas por las ventanillas y dirigieron saludos con el puño cerrado a los trabajadores que estaban en la carretera, gritando «No pasarán» y otras consignas. En un vagón iban cantando el himno de Riego. Jristo había presenciado aquello con anterioridad —un tren de heridos rebasando un tren con nuevos voluntarios—, e hizo lo que pudo, con gritos, saludos y sonrisas, para procurar que no vieran lo que había en la carretera.

Al romper el alba fueron relevados por una compañía de infantería acuartelada en las inmediaciones, y los dos se derrumbaron en un lateral del coche, sentados en la hierba del borde de la carretera. Jristo observó tristemente sus manos, negras de grasa, hollín y sangre seca, dos uñas partidas en toda su longitud hasta la base, y un corte en la palma cuya sangre se había secado. Hacía mucho tiempo que no trabajaba de verdad; cada músculo de su espalda se lo recordaba. Permanecía sentado en silencio, en una especie de estupor, hipnotizado por la luz mientras el sol primerizo encontraba el río. Vio disiparse la bruma, el agua verde claro discurriendo perezosamente en un flujo otoñal. Le pareció muy limpia, cambiante de un instante a otro, rozando las orillas y corriendo hacia el mar. Hubiera querido acercarse e introducir en

el agua sus manos doloridas todo el tiempo que pudiera soportar el frío, pero estaba demasiado agotado para moverse. A su lado, Sasha retiraba con gran dificultad el precinto de una botella de coñac.

—Seguro que va a haber lío por esto —dijo Jristo.

—Oh, sí. Nuestras órdenes son claras. No mezclarse, no intervenir, los asuntos del NKVD tienen prioridad absoluta. A mí, por supuesto, ya no me importa, así que sufriré los rigores de Yáshcheritsa.

—Sasha, haz el favor de ser realista por una vez. ¿De veras te marchas?

—Reclamado. —La palabra quedó suspendida en el aire largo rato—. «Reclamado a Moscú». Ésa es la frase.

Apoyó la botella, alargó la mano y arrancó un puñado de hierba.

—Déjame ver. Tenemos aquí cicuta y jaramago, achicoria, ajo silvestre, y el legendario asfódelo. Estudié un curso de horticultura en la universidad. Con el famoso académico Boretz. Veamos ahí. Ésas son coronarias, hay hinojo, creo, y caléndulas campestres. El bueno y viejo Boretz. Nunca mató una mosca y no podía andar sin tropezar. Pero era un trotskista o algo peor. Ése era Boretz. Me van a matar, Jristo.

Volvió a ocuparse de la botella, consiguiendo finalmente abrirla, y sorbió unos breves tragos. Luego se la ofreció a Jristo. El coñac sabía a fuego, pero la amarga fuerza que desprendía impulsaba cierta vida en Jristo, que preguntó:

—¿Y por qué no huyes?

—Sí, a uno se le ocurre. Pero sería inútil intentarlo. Te cazan, amigo mío. Siempre te cazan. Y antes de despacharte, te hacen lamentar la huida. Mandaron a un tipo de vuelta a Moscú y nos lo hicieron ver en el depósito. Sólo la cabeza, imagínate. Uno no creería que fuera físicamente posible abrir tanto la boca.

Jristo lo observó cuidadosamente, pero su rostro, cubierto de una suciedad oleosa, carecía de expresión.

—Lo que ha sucedido —explicó— es que Yágoda se acabó. Ahora es Yezhov, el Enano, quien dirige el servicio. Yágoda ha sido acusado de asesinar al escritor Maxim Gorki impregnando de veneno sus paredes. También está acusado de complicidad en el caso Kírov. Corre el rumor de que la guadaña está dispuesta en Moscú, y que, comparado con lo de ahora, lo del 34 parecerá una guardería infantil. Así pues, mi buen compañero, lo que has visto hasta aquí de la vida inútil de Sasha es todo lo que será.

Jristo trató de asimilar aquello. La total ausencia de dramatismo en la actitud de Sasha de algún modo servía para dificultar la comprensión del

asunto.

—Un enano —dijo Jristo.

—Sí. El Gran Dirigente se acusa cierta elevada tendencia a la falta de seriedad.

—Dios mío.

—Lo curioso del caso es que no me preocupa. Oh, más tarde, en la Lubianka, patalearé y chillaré e imploraré compasión, me abrazaré a sus botas y todo eso.

—Sasha, eso no puede ser.

—No te preocupes, te esperaré en el infierno. Allí seguiré la pista de los demonios. Quién trabaja, quién no, quién organiza conspiraciones secretas con los ángeles. Ya lo verás, no será tan malo como crees.

Al fin, el Sasha de siempre sintió alivio.

—A esos demonios hay que vigilarlos. ¡Apuñalan la Revolución por la espalda! Quizá yo debiera acompañarte.

Sasha sonrió dulcemente ante los esfuerzos de Jristo por seguirle el juego con humor.

—Solicitud rechazada. Vuélvala a cursar dentro de treinta días. —Se quedó pensativo un momento—. Treinta días, de verdad, Jristo Nikoláievich. Sólo voy a ser el primero en ir. Seguirán otros. Muchos más.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. A sus ojos estamos echados a perder, debes entenderlo. Hemos visto el mundo, y no debe permitírse nos que les contemos a otros lo que hemos visto. O quizá nos hemos confabulado con el enemigo. ¿Quién de nosotros se ha mantenido puro? Imposible saberlo, de modo que lo seguro es prescindir de todo el grupo y empezar de nuevo.

Jristo sintió que el pulso se le aceleraba. No era Sasha, el poeta loco tejiendo sueños. Era el Sasha que decía la verdad. Volvió a mirar hacia el río un momento, pero oyó un ruido extraño y vio que Sasha lloraba, ocultando el rostro entre las manos. Más allá, en la carretera, el policía los observaba. Sus ojos se encontraron con los de Jristo y meneó la cabeza despacio, atrás y adelante. No los comprendía a ellos, ni al mundo, ni la carnicería del tren. Nada.

\* \* \*

—No ha logrado prácticamente nada, teniente Stoianev.

El coronel general Yadorir Bloch —Yáshcheritsa— se pasó la yema del índice por la punta de la lengua y pasó la página. Era un papel quebradizo,

transparente, que crujía cuando lo alisaba sobre la parte izquierda de la carpeta de archivo.

—Aquí no —dijo, recorriendo con la vista el impreso. Se mojó otra vez el dedo—. Ni aquí.

La *rezidentura* era un viejo hotel, cerca del puerto, y aunque la cortina estaba corrida, Jristo podía oír las campanas y los silbatos mientras los estibadores del turno de noche descargaban un mercante. El barco llevaba allí dos días, un buque herrumbroso del mar Negro cuyo nombre había sido borrado con pintura gris.

—Como sin duda habrá oído, el coronel Alexandr Vonets ha regresado a Moscú requerido por la dirección, de modo que usted asumirá... —Dedo a la lengua, una nueva página—. Mmm... Sí.

El despacho estaba oscuro, iluminado sólo por la pequeña bombilla de una lámpara de escritorio. Las sombras endurecían sus rasgos, afilaban los ángulos, velaban los ojos rasgados, hundidos en el cráneo.

—Estos elogios. «Atento». «Meticuloso». «Inteligente».

Una nueva página, atrás por un momento, luego adelante otra vez.

—No me lo creo.

Cerró el expediente, apoyó la barbilla en las manos dobladas y miró a Jristo a los ojos. Durante un buen rato sólo hubo silencio, intensificado por el ruido sordo procedente del puerto.

—Tenemos problemas, teniente —concluyó—. ¿Está de acuerdo?

—No tengo conocimiento del problema, camarada coronel general.

—Problemas, teniente, en plural. No enrede conmigo.

—Yo no tengo conocimiento de problema alguno, camarada coronel general.

—¿Se considera un oficial capaz?

—Lo hago lo mejor que puedo, camarada coronel general.

El coronel general Bloch parecía tranquilo en su asiento, pero Jristo se percató de que meneaba ligeramente el cuerpo, atrás y adelante, mientras la última respuesta permanecía suspendida en el aire. Cuantos más balanceos, menos veraz parecía la respuesta, como si la credibilidad de la afirmación se derritiera con el movimiento.

—Muy bien. Opto por creerle, y hemos visto que actúa lo mejor que sabe. El aire se ha aclarado, el misterio queda resuelto, y este atento, meticuloso, inteligente y capaz oficial nos ha entregado lo mejor de su esfuerzo. No se puede pedir más. —Consultó su reloj—. Son las dos y catorce. El *Nevá* estará listo para zarpar a las seis y media de la mañana. Recoja sus cosas y

embarque. Mi asistente le asignará un camarote. Buenas noches, teniente. Aprecio su franqueza.

Ordenó el expediente con sus largas y delgadas manos, abrió el cajón inferior del escritorio y lo colocó cuidadosamente con los otros. Levantó la mirada, se encontró con Jristo observándolo con aparente incredulidad y pareció sorprendido.

—Puede retirarse, teniente —dijo, y cerró el cajón empujándolo con la bota.

—Camarada coronel general. —Jristo se aclaró la garganta—. Creo que su crítica me permitirá mejorar mi rendimiento.

—¿Qué rendimiento? Usted es un jodido parásito. ¡Lárguese de mi despacho antes de que tenga que echarlo!

«Arrástrate —le dijo a Jristo su propia mente—. Arrástrate para sobrevivir». Se puso de pie, en posición de firmes.

—Coronel general Bloch, yo le ruego que me ayude a cumplir con mi deber lo mejor posible, a fin de que pueda servir de la manera más satisfactoria los objetivos de mi servicio. Se lo ruego, camarada coronel general.

Bloch se levantó y se inclinó sobre el escritorio.

—Lloriquea usted como su amigo Sasha Vonets, de la *prominente* familia Vonets. Todos ustedes son unos tiralevitas hasta el final, ¿no es así? Reyezuelos satisfechos de sí mismos, que usan buena ropa y se folian a las putas españolas mientras en Moscú el pueblo come mondas de patatas y da las gracias por un día más de existencia. Oh, debería haberlo oído. El *intelectual*. Qué promesas hizo. La luna y las estrellas. Pero era demasiado tarde. Demasiado tarde. Su espía armenio, Roubenis, está en Madrid con su novia americana y manda informes sobre moral. ¿Moral? ¿Qué moral? Esos odiosos españolitos han perdido su guerra. Están acabados, listos. Porque nunca han hecho otra cosa que echarse mano a la polla y soñar con la *libertad*. El generalísimo Franco ya les dará libertad, vaya si se la dará. Los liberará de sus almas mortales y se irán a soñar a su cielo español. Así que moral. ¿Es para eso para lo que cree usted que estamos aquí? ¿Es para eso para lo que Rusia lo alimenta y lo viste con los rublos de los que carece? Usted, muchacho estúpido, cree que no conocemos esos trucos. A los diecisiete años yo capitaneé un motín a bordo del buque de guerra *Sevastopol*. Encadenamos a los oficiales a sus baúles llenos de uniformes y los tiramos al mar. Ellos también suplicaban. Hubo gran abundancia de súplicas en 1917, uno acababa aburrido de ellas.



Se sentó con gesto brusco. Hizo girar la silla, apartándose de Jristo, y recorrió la cortina. El *Nevá*, con reflectores de trabajo fijados en las grúas y en la superestructura, permanecía amarrado por proa y popa al muelle. Una plataforma de madera sujeta con cables descargaba lentamente un tanque.

—Siéntese, teniente. ¿No quiere usted embarcar en el *Nevá*? No es incómodo. Puede pasar un día o dos en Odessa antes de trasladarse a Moscú. ¿No? ¿No le resulta atractivo?

—Camarada coronel general, a mi hermano lo mataron los fascistas.

—Eso ya consta en su expediente. Pero si a eso vamos, a mis padres los mató a latigazos la Guardia Blanca. Los suyos, en cambio, han considerado conveniente relacionarse con los fascistas por medio del matrimonio de su hermana. Esto también consta en su expediente. Piense en eso: la conveniencia es lo que lo define a usted, ¿no es así? A usted le convino abandonar la atormentada Bulgaria. Le convino hacer bien las cosas en la calle Arbat. Le convino servir a Sasha Vonets en su autocompasión de borracho. Muy bien. Mire por la ventana. Vea adonde conduce la conveniencia.

—¿Qué puedo hacer, camarada coronel general, para mejorar mi rendimiento?

—Vaya a Madrid. Se acabó el tiempo de las casas de seguridad. Busque a ese Roubenis y póngale la bota en el culo. Asiste a esas reuniones de encapuchados de la Falange. Bien, ya basta de eso. Ponga a algunos hombres en la calle. Averigüe dónde está esa gente, dónde vive, consiga sus nombres. Cablegráfieme esos nombres: debe haber al menos diez. Utilice la radio de nuestro consulado, en el Hotel Gaylord, cerca del parque del Retiro. Nos ocuparemos del asunto desde aquí, créame. La chica americana. Quiero saber quién es, cuál es su relación con Roubenis. Si tiene que hacerlo, llévesela a la cama, y si Roubenis pone objeciones dígale que se aparte de su camino. Ella debe tener amigos americanos o ingleses. Proporcióname algo que yo pueda utilizar. No quiero volver a oír más monsergas sobre la moral. ¿Lo ha comprendido?

—Lo comprendo, camarada coronel general. Lo haré.

—¿Cuándo? ¿En cuántos días?

—Veinte días. Una quincena.

—Le tomo la palabra.

—Se hará, camarada coronel general.

—Saldrá de aquí a las cinco en punto de la mañana. Le asignaré un subteniente. Observe su celo, puede aprender algo de él. Ahora, antes de irse,

un asuntillo. Dígame, Stoianev, ¿ha oído referirse a mí con cierto mote?

—No, camarada coronel general.

—Una mentira estúpida, pero dejémoslo. El nombre en cuestión se refiere a un determinado reptil. Permítame señalar que ese animal depende para su supervivencia de un peculiar principio, que consiste en que su presa siempre se cree fuera de su alcance. Lo tendrá en cuenta, ¿verdad?

—Sí, camarada coronel general.

—Ahora váyase.

En el momento en que Jristo llegaba a su reducida habitación, en otro hotel junto al puerto, las manos le temblaban. Al mirarse en el espejo, vio que tenía la cara gris a causa del miedo. Se sentó en el borde de la cama, sacó su Tókarev de la funda y se la quedó mirando un rato, no del todo seguro de lo que se proponía hacer con ella. Finalmente advirtió una insólita ligereza en el arma, y soltó el cargador. En algún momento de las últimas veinticuatro horas alguien lo había vaciado. Descorrió el cerrojo e inspeccionó la recámara. También estaba vacía.

\* \* \*

En Guadarrama, los jueves eran conocidos como el Día de las Esposas, en cuyo transcurso el grupo guerrillero del capitán Kulic efectuaba aquellas tareas que, en tiempos normales, hubieran sido de la competencia de sus mujeres, excepto, claro está, la tarea más feliz de todas, que debería esperar a su regreso a casa y al lecho conyugal. Sacudieron y airearon sus mantas, frotaron con arena los utensilios de cocina, lavaron la ropa y la tendieron en los árboles para que se secase, y como gran final se lavaban ellos, soltando obscenidades bajo el agua helada de la montaña y salpicándose unos a otros con regocijo infantil. La época de Kulic en las montañas serbias le había enseñado la importancia crítica de lo doméstico en las operaciones partisanas. Si se mantenían sucios y no se cuidaban, los hombres no tardaban en perder respeto a la disciplina, y las operaciones sufrían las consecuencias. Como Kulic se decía a sí mismo al respecto, cuanto más tiempo vivieras en una cueva, menos podría tolerarse una conducta cavernaria.

Habían dado con el pueblo deshabitado por pura casualidad, pero era perfecto para una base guerrillera: ninguna carretera llevaba a él, los alrededores estaban bien cubiertos por marañas de monte bajo, y estaba lo

bastante alto en las montañas para que la comunicación por radio con la estación de Madrid pudiera mantenerse con más o menos regularidad.

No quedaba mucho del pueblo: unas pocas chozas —todas menos tres abiertas a las estrellas— construidas con piedra y sin argamasa. A menudo hacían suposiciones sobre el lugar: quizá lo habitaron los visigodos, los godos occidentales que poblaron España en tiempos antiguos. No era difícil imaginarlo. Habrían cazado osos y jabalíes en los bosques de las montañas, con lanzas y perros, y combatirían el mal tiempo cubriéndose con pieles de lobo. O quizá otra raza, no documentada y olvidada, se había extinguido en la aldea, y los últimos supervivientes descendieron a las llanuras para integrarse en otras tribus. En cualquier caso, con el tiempo, los muros de piedra, hechos con bloques apilados, y las parras silvestres habían establecido una armoniosa tregua, convirtiendo el lugar en una especie de jardín salvaje y en un excelente escondrijo.

El jueves siguiente a la destrucción del arsenal de los fascistas, mientras la mayor parte de la partida estaba ocupada en las tareas domésticas, se produjo una pequeña conmoción en el perímetro del campamento. Kulic descendió por la colina para averiguar a qué se debía el griterío, y encontró a sus dos centinelas apuntando con sus fusiles a Maltsaev, el oficial político de la embajada en Madrid.

Era un joven moreno, medio calvo, con un cutis de mal aspecto y un temperamento agrio, un hombre dado a siniestros amaneramientos. Llevaba gafas oscuras y un sombrero de paja con la copa arrugada y el ala bajada, y hablaba siempre como si sólo estuviera diciendo una fracción de lo que realmente sabía. Había llegado solo, a caballo, después de dejar su coche en el último pueblo antes de las montañas, a unos veinte kilómetros. Así que Kulic comprendió de inmediato que no se trataba de una visita ocasional. Para proteger su atuendo de ciudad durante el viaje, Maltsaev se había puesto un inmenso guardapolvo gris, el cual, con el sombrero y las gafas, le conferían el aspecto de un *artiste* parisiense de la década de 1890. Una apariencia tan extraña, que Kulic quedó un tanto sorprendido que sus vigías no se lo hubieran cargado allí mismo.

Se sentaron juntos en un tronco de pino caído, al borde de un pequeño afloramiento rocoso encima del pueblo. Desde allí, podían observar la partida guerrillera sacudiendo mantas y brincando en el riachuelo, y las voces estridentes —soltando palabrotas, riendo y bromeando— ascendían hasta ellos. Aquél era el lugar de meditación de Kulic. Cuando se ponía el sol, el

olor a resina de pino llenaba el aire, y los martines azules cantaban en los árboles.

—No te va tan mal —dijo Maltsaev mirando en derredor.

—Hoy es el Día de las Esposas —explicó Kulic, quitándose la gorra y alisándose el cabello—. Descansamos y reponemos fuerzas. Cuando luchamos es un poco diferente.

—Cabe suponerlo. Ahora mira, Kulic. Contigo no me voy a andar con rodeos. Mi misión no es agradable.

—Llegar hasta aquí requiere cabalgar mucho rato.

—Demasiado rato —precisó Maltsaev, contrariado—. Y yo soy un chico de ciudad, moscovita, lo admito.

Se descalzó el pie izquierdo y quitó los cordones del zapato. Del bolsillo del guardapolvo extrajo una navaja y empezó a cortar, hasta abrirla, la lengüeta de cuero, para revelar un papelito amarillo.

—Y he tenido que atravesar las líneas fascistas —añadió, a modo de explicación.

—Habrás pasado nervios.

—Sí. Y no se me agradece. Mi pobre trasero no se lleva bien con los caballos.

Alargó el papel a Kulic y luego presionó las capas de la lengüeta para juntarlas de nuevo lo mejor que pudo.

—Ni que decir tiene que —dijo, casi para sí mismo—, no podía traer pegamento.

Maltsaev llevaba calcetines de seda.

—¿Qué es esto? —preguntó Kulic, estudiando el papel.

Había cuatro nombres, los cuatro de su partida.

—Hemos descubierto una conspiración —dijo Maltsaev.

—¿Otra conspiración? Joder con vuestras conspiraciones, Maltsaev. Esos hombres no son falangistas.

Tendió el papel a Maltsaev, ocupado en calzarse, y éste lo rechazó.

—Nadie ha dicho que lo sean, y por favor no te metas conmigo. Dame una oportunidad, ¿eh? Vosotros los oficiales de campo tenéis poca paciencia. Unas pocas malas noticias, ¡y bang!

—Bang es lo que habrá.

—Pues pégame un tiro, camarada. Mañana vendrán diez más, tipos del Spetsburó, ucranianos, y trata de razonar con ellos.

—Muy bien, Maltsaev. Suelta tu discurso y lárgate.

—Si eso es lo que quieres... Esos cuatro son miembros de la CNT. Sobre eso no hay dudas, tenemos copias de las listas, de Durruti en persona.

—¿Durruti? ¿El mítico dirigente anarquista? ¿Reconoce como suyos a esos hombres?

—Bien, su oficina.

—Y entonces, ¿qué?

Maltsaev puso la mano como si fuera una pistola —con el pulgar doblado como si fuera el percutor y con el índice extendido como si fuera el cañón— e hizo como si accionara el gatillo con el dedo medio.

—¿Estás loco? ¿La orden viene de Madrid? ¿De Moscú? Esos hombres son luchadores, soldados. Uno no ejecuta a sus propios soldados. Sólo lo hace en caso de cobardía. Y éstos no son unos cobardes. Han aguantado el fuego, que es más de lo que puedo decir de algunas personas.

—Sí, sí. Yo soy un cobarde. Por favor, insúltame. No me importa. Pero debes hacerte cargo del problema. Es una orden de Madrid.

—Marquín, el segundo nombre de esta lista, se encaramó al tejado de un convento y vertió gasolina por la chimenea, lo que nos permitió volar un polvorín fascista. ¿Es ésa la conducta de un traidor? Además, todos esos hombres son de la UGT, no de la CNT.

—Kulic... No. Capitán Kulic, a usted se le ha dado una orden. Que los procesen, si eso es lo que quiere, pero asegúrese de que la cosa sale bien. La triste realidad es que la CNT y el POUM —anarquistas y trotskistas— están haciendo labores de obstrucción en esta guerra. En ocasiones se niegan a combatir. No quieren obedecer órdenes. El generalísimo Stalin ha decidido purificar el esfuerzo español, y el director Yezhov ha ordenado que el POUM y la CNT sean purgados. Esos cuatro hombres dicen ser de la UGT, pero sus nombres aparecen en listas de afiliados a la CNT, obtenidas por nuestros agentes operativos en Barcelona.

—Me estás hundiendo. Lo sabes, ¿verdad?

—Cuatro hombres no significan nada.

—¿Tú crees que los otros dieciséis, testigos de las ejecuciones injustas de sus camaradas, seguirán combatiendo?

Maltsaev se quedó pensativo un rato, estudiando el terreno, empujando un guijarro con la puntera del zapato.

—Tu punto de vista merece considerarse —dijo. Luego su rostro se iluminó—. Podría informarse, ahhh, sí. Bien, podría informarse de que se ha propagado esa enfermedad entre el grupo, y que se decidió no hacer más uso operativo de él. Podría intentarlo, Kulic, si eso te ayudara. Te trasladarían a

cualquier parte, pero al final tu expediente permanecería limpio. Mejor que limpio, ahora que lo pienso. Fervor. Eso es lo que mostraría. Es precisamente la clase de cosas que le gustan a Yezhov, ya sabes.

Kulic miró a sus hombres, colina abajo. Una palabra a Maltsaev y todos estarían muertos. Julio Marquín, el pequeño trabajador de astillero, ágil como una araña, que había trepado por la tubería del convento, estaba atizando el fuego de unas brasas sobre las que había un puchero de arroz. Cocinaban de día, pues no podía encenderse fuego de noche. ¡El estúpido! ¿Por qué añadieron su nombre a la lista equivocada? Los españoles lo desesperaban: su instinto de supervivencia había sido devorado por sus pasiones políticas. La Legión, mandada por Yagüe, tenía un himno que anunciaba que la muerte era su novia, y el bando republicano no era mejor. Así que se aniquilaban unos a otros. ¿Qué importaba si cuatro de ellos se iban pronto al cielo? Su propio orgullo era de aquel modo, sin duda. Cómo protegía a sus hombres. Cuidaba al máximo su protección, para evitar que los hirieran.

De pronto recordó que había matado a su primer hombre a los quince años, en una riña de taberna en Zvornik. Aquella fuerza y aquella decisión que lo habían empujado a hacerlo ¿dónde estaban ahora?

—Bien —dijo Maltsaev—. ¿Cómo será?

—El mejor momento —e inspiró profundamente— es durante la batalla. Pasan toda clase de cosas. No se puede arreglar para los cuatro a la vez, claro está, pero con tiempo, digamos a lo largo de unas pocas semanas, serán honorablemente eliminados en acción contra el enemigo.

—Lo siento. Aprecio tu modo de pensar, pero eso no servirá.

—¿Quién dio esa orden, Maltsaev?

—No puedo decírtelo y tú lo sabes.

—Entonces hazlo tú.

—¿Yo? Yo soy un oficial político. Yo no tiro a nadie.

Se quitó el sombrero de paja y examinó el interior de la copa. La tira de cuero estaba manchada de sudor y sopló en ella para secarla.

Kulic sabía que estaba atrapado. Hubiera querido cortarle el cuello a Maltsaev. Pero luego morirían todos. Llegarían los ucranianos y se acabaría toda conversación. Así que eran cuatro hoy o veintiuno mañana. Se puso en pie y llamó:

—Sargento Delgado.

Delgado se levantó, desnudo, del riachuelo. Era un cuarentón de oficio calderero. Tenía los brazos y el cuello quemados por el sol, y el resto del cuerpo blanco.

—¿Sí, camarada? —respondió el sargento, dirigiendo la voz a lo alto de la colina.

—Necesito una patrulla de cuatro hombres —dijo en su tosco español, y dijo sus nombres—. Para que recojan leña —añadió.

—Tenemos mucha leña —respondió el sargento.

—¡Sargento! —gritó Kulic.

Asintiendo para sí y pensando que los oficiales estaban locos, Delgado echó a andar con precaución entre las rocas del lecho del torrente, y fue a reunir la patrulla.

Maltsaev acabó de soplar en su sombrero.

—Ya verás cómo todo será para mejor.

Volvió a ponerse el sombrero, se ajustó cuidadosamente la inclinación del ala, a fin de que los ojos quedaran protegidos del sol.

Fueron montaña arriba a recoger leña. Kulic iba armado con su pistola y llevaba al hombro un Mauser español, el arma básica de aquella guerra. Ninguno de los cuatro hombres iba armado, para transportar mejor la leña. Charlaban entre ellos, disfrutando de su día de fiesta, complaciéndose en el trabajo que debían hacer. De vez en cuando miraban por encima del hombro a Kulic, pero él les hacía seña de que continuaran. Finalmente halló lo que andaba buscando. Un pequeño claro, un lugar sumamente apacible donde nadie había estado desde hacía mucho tiempo.

Empezaron a reunir leña, cortando ramas muertas de árboles caídos, formando haces con ramas y palos para hacer fuego. Trabajaron durante una hora, ataron la leña con cuerdas de cáñamo, de modo que pudieran transportarla sobre los hombros, dejando las manos libres. Era la manera que él les había enseñado. También sabía que una vez así cargados sería casi imposible escapar de él.

Cuando estaban listos para irse, levantó una mano y se descolgó el fusil, y se lo puso terciado, sin apretar. Permanecieron allí lo que pareció mucho rato, mirándolo, con sus rostros paulatinamente más confusos. Uno de ellos dijo finalmente.

—¿Capitán? —Un grado honorífico que ellos le habían conferido.

—Lo siento, pero debo pedirlos que os sentéis un momento.

Se arrodillaron con cuidado, equilibrando sus cargas, y luego se sentaron, apoyando la espalda en los haces de leña.

—El ruso que ha venido al campamento esta tarde me ha dicho que sois miembros de la CNT. ¿Es verdad?

—La cosa es complicada —respondió Marquín, erigiéndose en portavoz del grupo—. Somos miembros de la UGT, del Partido Comunista, pero todos hemos asistido a mítines de la CNT para conocer el pensamiento del camarada Durruti, que es un hombre de grandes dotes y un excelente orador. «Si salís victoriosos —nos dijo— os sentaréis sobre un montón de ruinas. Pero siempre hemos vivido en barrios de chabolas y en agujeros de la pared... Y somos nosotros quienes hemos construido los palacios y las ciudades, y en definitiva no nos asustan las ruinas. Vamos a heredar la tierra. La burguesía puede hacer volar y arruinar su mundo antes de abandonar el escenario de la historia. Pero nosotros llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones».

Kulic estaba impresionado por el discurso.

—¿Puedes recordar todo eso?

—Todo eso y más. Muchos de los nuestros no saben leer ni escribir, ya ve, así que la memoria tiene que servirnos.

—Pero no sois miembros.

—No, pero no los repudiamos. Ellos también son nuestros hermanos en esta lucha. Íbamos a sus mítines antes de venir aquí, a luchar contra los fascistas, les dábamos una perra para el café, firmábamos peticiones en favor de la libertad de la clase trabajadora. ¿Está mal eso?

—Me temo que sí.

Sentado junto a Marquín había un hombre gordo. Cómo había podido mantenerse así, a pesar de las marchas forzadas y los interminables esfuerzos físicos de la vida partisana, era algo que Kulic nunca pudo averiguar. Cuando hablaba, tenía la típica voz aguda de los gordos.

—Ahora nos van a pegar un tiro —dijo.

Kulic asintió.

Dos de los hombres se santiguaron. Marquín dijo:

—Estamos dispuestos a morir, está en la naturaleza de esto que hacemos. Pero morir deshonrados, a manos de nuestro jefe...

La pausa se convirtió en un silencio, mientras Kulic se daba cuenta de que era incapaz de seguir un pensamiento hasta el final.

—No estáis deshonrados, y yo mismo no entiendo esto ni estoy de acuerdo. Soy, como vosotros, un soldado, y me han dado una orden, y como soy un buen soldado, cumpliré esa orden aunque crea que es equivocada. Todo lo que sé es que estamos inmersos en una gran revolución. Empezó hace largo tiempo, lejos de aquí, y continuará mucho después de que nosotros



hayamos muerto. Al parecer la CNT está obstruyendo la victoria en España. Tendrá que hacerse un sacrificio. Esto es todo cuanto puedo deciros.

Uno de los hombres pugnó de repente por levantarse, pero la leña que llevaba sobre los hombros lo hizo caer hacia atrás, impidiéndole moverse.

—No, no —dijo el gordo—. Déjalo. Nuestro enemigo no está en este lugar.

Marquín habló con voz absolutamente tranquila:

—Quiero ser el primero, pero quiero estar de pie.

Forcejeó con la carga de leña que pesaba sobre sus hombros y se levantó. Se alisó el mono y se peinó con los dedos, como si estuvieran a punto de tomarle una fotografía. Sus ojos miraban directamente a los de Kulic. Éste accionó el cerrojo del fusil y se lo echó al hombro, apuntando al corazón de Marquín. Nunca supo cómo se llamaba el hombre de la taberna de Zvornik: aquello sucedió con demasiada rapidez para cualquier cosa que no fuera una reacción perfectamente instintiva. El hombre fue hacia él corriendo, con un trozo de madera, Kulic hundió un cuchillo en el mismo centro del hombre, el cual pareció cobrar súbitamente la estatura de un gigante, luego se apartó retorciéndose, arrancó el cuchillo de la mano de Kulic y cayó sobre el arma, de modo que el mango de acero golpeó el suelo de cemento. Después sólo se oyó el rumor del último aliento que escapaba de los pulmones. Kulic tensó el dedo sobre el gatillo. El Mauser era un arma sencilla, hecha para durar mucho, y en su mecanismo no había nada delicado. El gatillo descansaba en un muelle duro, y por tanto había que oprimirlo con fuerza.

Lentamente, Kulic bajó el fusil. Descorrió el cerrojo, que hizo saltar la munición, la cual giró en el aire y él la agarró hábilmente con la mano derecha. Luego se la guardó en el bolsillo.

Despacio primero y luego más deprisa, a medida que comprendieron lo que sucedía, los otros tres hombres se desprendieron de su carga y se pusieron de pie. Kulic señaló con un gesto de la cabeza hacia el oeste.

—Creo que a Portugal se va por ahí.

—Pero no tenemos armas —dijo uno de los hombres.

—Atraeréis menos la atención sin ellas.

No quería oír hablar otra vez a Marquín. El hombre lo estudió mientras sus amigos caminaban despacio por la curva que formaba la pendiente de la montaña. No había gratitud en sus ojos. Quizá una sonrisa velada, quizá un indicio de menosprecio. Se le ocurrió entonces a Kulic que Maltsaev podía haber tenido razón en un sentido que él no había comprendido, pero era

demasiado tarde para tener pensamientos como aquéllos, de modo que dirigió su atención a otros asuntos.

Esperó hasta que ya no pudo oír a aquellos hombres, y cuando el bosque volvió a estar silencioso, esperó otros veinte minutos, sentado, con la espalda apoyada en un árbol y fumando un cigarrillo. Disfrutó inmensamente del cigarrillo. Cuando hubo terminado, tomó la navaja de resorte que llevaba en el bolsillo y la abrió. Luego devolvió el cartucho al fusil, se puso en pie y disparó al aire. Repitió la operación tres veces. Los hombres restantes podían captar una pequeña pero importante diferencia tras las líneas de aquella guerra, pero no podían guardar un secreto. Cuando el eco del disparo final descendió por la ladera de la montaña, se puso el arma al hombro y se encaminó al campamento. Miró atrás por un momento y vio los cuatro haces de leña bien cortada, alineados en medio de un claro. Quien por azar pasara por allí los encontraría y se consideraría afortunado aquel día. Con toda probabilidad no hallaría sentido alguno a las letras cirílicas y los números grabados en el tronco de un pino. BF 825.

\* \* \*

A las cinco de la mañana, Jristo se dirigió al Citroen, aparcado frente al hotel. Al otro lado de la calle, las chimeneas del *Nevá* emitían rizados de humo mientras en la sala de máquinas hacían los preparativos para zarpar a las 6.30. Realmente no había dormido —el rostro y la voz de Yáshcheritsa martillearon su conciencia toda la noche—, y saltó de la cama en la última hora de oscuridad, con el estómago revuelto y los ojos febriles y enrojecidos. El nuevo subteniente lo aguardaba en el coche, firme tras el volante.

—Buenos días, teniente Stoianev. Permítame que me presente. Soy el subteniente Lubin, encargado de informar sobre el servicio.

Lo tenía ensayado, se atenía a las formalidades y empleaba una vocecita chillona y suplicante. Jristo dio un paso atrás y miró al muchacho del automóvil. Tenía el rostro de un bebé malévolamente sobrealimentado —un bebé terriblemente sobrealimentado—, con un pelo de color de rata y fijado a un rígido tupé que surgía por encima de su lustrosa frente y sus ojillos de porcelana azul. Un niño de mamá, pensó Jristo, quizá de diecisiete años, que se sentaría en las rodillas de Yáshcheritsa y le contaría chismes en cada ocasión.

—Sí, hola. Suelo conducir yo.

—Usted perdone, teniente Stoianev, pero tengo órdenes del coronel general Bloch de que, como oficial de menor rango, es mi deber conducir el

coche. Permítame asegurarle que he sido ampliamente instruido en la adecuada conducción de automóviles.

A una velocidad regular de cuarenta kilómetros por hora, abandonaron Tarragona al amanecer, con Lubin agarrando el volante con ambas manos y conduciendo como una marioneta, cambiando de marcha —Jristo, contrariado, llevó la cuenta— ocho veces en cada curva. Necesitarían todo el día para llegar a Madrid.

—Creo que Stoianev es un apellido búlgaro —dijo Lubin.

—Sí, soy búlgaro.

—Entonces quizá haya oído hablar de mi familia. Mi padre es director asociado del Instituto Pansoviético de Agronomía. Su nombre es Leonid Trofimovich Lubin. ¿Lo conoce?

—No, no lo conozco.

—No importa.

Mientras Jristo contemplaba con la mirada perdida la carretera interminable, sí recordó algo del Instituto Pansoviético de Agronomía. Sasha le contó una noche la historia de uno de sus más prominentes miembros, O. A. Yamata, el botánico ucraniano que había ocupado la primera cátedra de su especialidad en la Academia de Ciencias. Había propuesto a esta institución el uso de ciertas sustancias químicas para destruir las malas hierbas. Se trataba de un concepto enteramente nuevo, puesto que el único método conocido hasta el momento era el uso continuo de la azada. Se emprendió una prolija investigación política sobre Yamata, al término de la cual fue acusado de intentar destruir todas las cosechas de la Unión Soviética mediante el uso de sustancias químicas, por lo que fue procesado y fusilado.

Al cabo de una hora, Lubin se arrimó a la cuneta y paró. Se apeó del coche, dio tres vueltas alrededor del vehículo, volvió a montar y arrancó.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Jristo.

—Una regla de la conducción, teniente —respondió Lubin orgullosamente—. Para mantener la concentración, uno debe apearse del vehículo cada hora y efectuar un ligero ejercicio.

Jristo se llevó las manos a la cabeza.

*Buenas noches, amigos. Buenas noches a todos los bravos luchadores que puedan oír mi voz. Y buenas noches, Madrid. Son las veinte horas, la hora del jazz hot. La primera selección de esta noche es una canción del norteamericano Duke Ellington, titulada «In a Sentimental Mood», con Louis Vola al contrabajo, trum-trum-trum, Marcel Bianchi y Pierre Ferret a la guitarra, Django Reinhardt guitarra*

*solista, y el gran Stéphane Grappelli al violín. Que disfruten mucho, que disfruten mucho.*

La Emerson, con una caja de madera de color tostado, con diales blancos y una lucecita de color verde para sintonizar la banda de la emisora, sonaba mejor en una mesa bajo la ventana. Faye la volvió ligeramente hacia la izquierda, y luego jugueteó con el mando de sintonía hasta que la señal llegó clara. Andrés había salido para asistir a otra reunión, ella estaba rendida, y se iba a envolver en un edredón a escuchar la radio y a leer una novela de Djuna Barnes que Renata había descubierto en algún lugar. Después de trabajar todo el día enviando cartas para recabar fondos a varios comités de defensa, se había propuesto pasar la velada de aquel modo. Realmente le gustaba esa canción de Ellington. Era un buen comienzo para el programa de radio y para su velada particular. Más tarde, demasiada gente, demasiados rumores, demasiadas bravuconadas nerviosas. El antídoto: pasar algún tiempo sola, haciendo cosas que a una le gustaban, cuantas más, mejor y todas a la vez. Se habría preparado una taza de té pero, inexplicablemente, no pudo encontrar té. Se iría a la cama temprano y no tendría que hacerse cargo de la ametralladora hasta las 5.30 de la mañana siguiente, para lo que aún quedaban horas.

«In a Sentimental Mood».

La música de Django Reinhardt y Stéphane Grappelli era muy libre; y comparada con el exuberante canturreo de las grandes bandas era delgada y plana, apenas nada. Las guitarras y el contrabajo que marcaban el ritmo se plantaban en la misma nota: uno-dos, uno-dos en la cuerda, que raramente cambiaba, y su tempo era peculiar. Si se tenía que bailar en pareja, había que moverse con rapidez, un foxtrot a toda prisa. Pero si uno bailaba suelto, como en el charleston, las gracias que hicieran los danzantes resultarían demasiado lentas.

El primero en ejecutar un solo por encima del ritmo fue Reinhardt, un guitarrista gitano con tres dedos quemados en el incendio de un carro; y luego Grappelli, un músico de formación clásica que tocaba el violín —si se prescindía de los demás instrumentos, sonaba como un violinista en una boda—, todo sentimiento. La interpretación de Reinhardt era jazzista: recorridos largos y rítmicos, el perfecto contrapunto al violín demasiado dulce. Ambos hombres eran, según pensaba Faye, opuestos y unidos, ternura y fría pasión. Se preguntaba si se caían bien.

El disco fue grabado en un *bistrot* de París llamado Le Hot Club. Oyendo la canción, ella podía verlo. Oscuro, lleno de humo y cerrado, una pequeña pista de baile, una mujer delgada, con perlas y mirada ausente, bailando

apenas. Faye levantó la vista de su libro, la cabeza apoyada en el codo, y en aquel momento tuvo una premonición: llegaría un día en que esa canción le devolvería todo el tiempo pasado en Madrid. Le trajo —en una extraña jugarreta— un pasado que aún estaba en el futuro. Se arrebujo más en el edredón y volvió a su libro.

En algún momento durante las últimas florituras del violín —Grappelli tocaba notas que sonaban como lágrimas musicales, un alocado tipo de tristeza que no era en absoluto serio pero que hería de una manera especial—, se abrió la puerta.

Entró Andrés, pero ella no lo vio. Realmente no. Vio al hombre que estaba en pie a su lado. Inmediatamente empezó a escribir narraciones breves acerca de él, porque su presencia le llegaba en metáforas. «Ojos como aberturas de tanque». Tenía los ojos azules escondidos de tan hundidos, pelo negro, tez pálida y manos cuadradas. Llevaba una camisa azul oscuro abotonada hasta el cuello y un traje gris. Cuando se inclinó ceremoniosamente, como un esclavo, para estrechar su mano, ella pudo ver en su cintura una pistola automática enfundada.

Andrés se mostró encantador con ella. Se le acercaba siempre como un hombre torpe al que le hubiesen pedido que sostuviera —sólo uno o dos instantes, mientras su dueño estaba ocupado— un valiosísimo vaso de cristal. Ella vivía en ese cuerpo cada minuto de cada día; era el suyo. Pero para él era un tesoro. Recorría con su mano suave el cuerpo de ella y decía «seda». Ser cristal, oro y seda constituía un gran honor, ella lo sabía, pero también sabía que debía estar a la altura.

Lo curioso de Andrés consistía en que era dos personas. Dos personas completamente distintas. A distancia, Andrés era un hombre maleable y dubitativo que pasaba inadvertido entre la multitud. Pero cuando hablaba, cambiaba. Era entonces lo opuesto de maleable y dubitativo. Si pasabas un tiempo a solas con él en una habitación, llegabas a conocer la extraña cosa que vivía dentro de él: un animal fiero e inteligente, una bestia que podía cazarte si decidía que la habías herido.

Por la razón que fuera, Andrés no esperaba que ella estuviera allí. Quedó desagradablemente sorprendido, y sus ojos se movieron demasiado. Por mor de las apariencias presentó al otro hombre, pero pronunció su nombre, de tal modo que se quedó simplemente en una o dos sílabas. El hombre estrechó brevemente la mano de Faye. Su rostro parecía presa de la tensión. Los dos, Andrés y su amigo, creaban entre ambos un campo magnético de tal fuerza

excluyente que a Faye le sorprendió que su cuerpo no saliera volando por la ventana.

Pero podían irse al infierno.

También ella luchaba en aquella guerra, y lo que había aprendido de la guerra era que, lenta pero implacablemente, le sorbía a uno la fuerza hasta la misma médula. Se mantuvo en su terreno. Y concentró sus propias fuerzas. El jazz en la radio, el edredón, el libro, la cama. Los dos hombres atacarían. Que se enfrentaran a las consecuencias.

Así que se marcharon. Andrés murmurándole algo al otro. El eslavo distinguió a Faye con una ligera inclinación. Se percató de que sus ojos eran curiosos, y recorrían todo lo que había en la habitación, tomando nota, y recorriéndola también a ella.

\* \* \*

Hacia finales de octubre, el tiempo se volvió soleado y suave, como un último período antes de que cayeran las lluvias otoñales, y durante ese lapso la ciudad de Madrid empezó a morir.

La gente del consulado, en el Hotel Gaylord, consiguió encontrar un catre para Jristo y lo dispuso en un corredor. Allí robaba unas pocas horas para el sueño cuando podía, y a todas horas del día y de la noche pasaban junto a él a toda prisa correos, oficinistas encargados de los códigos y agregados militares.

Lubin, pese a invocar constantemente en sus quejas las influencias de su familia, fue despachado a un cercano edificio de apartamentos en el que un dormitorio para oficiales subalternos ocupaba los pisos superiores. Llenó sus días con investigaciones sobre las cifras de nacimientos y matrimonios en Madrid, escrituras de propiedades inmobiliarias y listas de contribuyentes. Con todo ello elaboraba informes sobre una larga relación de ciudadanos españoles compilada para él por Jristo y por Andrés.

—Estos individuos representan la amenaza más grave para el socialismo mundial —le dijo Jristo—. Debe conseguirme todo cuanto pueda. Y no le diga a nadie lo que está haciendo.

Los nombres habían sido tomados al azar de las guías telefónicas de Madrid. Lubin, naturalmente, quería seguirles de casa al despacho y allá donde fueran, pero Jristo le advirtió que aquellas personas peligrosas no debían ser alertadas, en interés del NKVD.

En el consulado, Jristo tenía una visión de la guerra día a día, y los visitantes representaban un corte vertical de la inteligencia soviética y de la

élite militar. Pasaba por allí Walter Ulbricht, jefe de la división alemana del NKVD, al igual que no menos de tres mariscales rusos —Kóniev, Malinovski y Rokosovski—, los cuales habían ido a España para aprender todo lo posible de las tácticas alemanas y, más especialmente, de las posibilidades de la aviación y las armas alemanas. La gente del consultado también seguía el rastro del otro bando. El almirante Canaris, de la Abwehr, era conocido por tener una estación cerca de Madrid. Había sido enviado a España por Hitler para estudiar los efectos de los bombardeos aéreos sobre la población civil. Eso nunca se había probado antes en Europa —Mussolini utilizó esa táctica en Abisinia, pero no demostró nada—, y los alemanes querían urgentemente buena información al respecto. Así, a partir de fines de octubre, empezó en serio el bombardeo de Madrid. ¿Qué ocurría cuando se bombardeaba un hospital? ¿Y una escuela? ¿Y una columna de refugiados en una carretera? Con ayuda de los pilotos de la Legión Cóndor, a los mandos de bombarderos Junkers-52 y Heinkel-51, esas preguntas no tardaron en ser respondidas.

Hacia el 20 de octubre, en un intento de aliviar la presión ejercida por las cuatro columnas franquistas, las fuerzas republicanas atacaron la localidad de Illescas, al suroeste de Madrid. Cantando y recitando consignas, unos quince mil combatientes salieron de los lugares donde estaban acantonados, en autobuses urbanos de dos pisos, para atacar a los legionarios y regulares de Franco. Los republicanos lucharon con valor durante tres días y no cedieron un palmo hasta que, el 23 de octubre, sus líneas fueron desbordadas por una columna de refresco de caballería, al mando de Tella Cantos, que procedía de Toledo, y tuvieron que retirarse del pueblo. A la vista de los combatientes ensangrentados y agotados que regresaban, la población empezó a sentir que el final podía estar más próximo de lo que nadie estaba dispuesto a admitir.

Esa misma columna de caballería de los fascistas se enfrentó luego, en las calles de Esquivias, a los tanques de Pávlov. Se necesitaba urgentemente una victoria republicana, y aquélla era una manera de obtenerla. Pero los tanques —imposibles de maniobrar en las calles estrechas— no podían con la caballería, y los jinetes no podían con los tanques, de modo que el enfrentamiento quedó, en el mejor de los casos, en tablas.

Pero para quienes eran capaces de leer las señales, dos sucesos en concreto señalaron el principio del fin: las reservas de oro del Banco de España salieron del país y los refugiados empezaron a llegar a Madrid.

El oro, por valor de unos sesenta y tres millones de libras esterlinas, fue transportado primero por ferrocarril hasta Alicante, y luego a Odessa en un carguero ruso. Los responsables de custodiar y contar el oro no tardaron en

desaparecer. Algún tiempo después, la Unión Soviética anunció grandes descubrimientos de oro en los Urales, y por vez primera empezó a vender oro en los mercados mundiales.

Los refugiados instalaron sus hogares en las calles de Madrid, entre cerdos y cabras, tocadores y espejos, encendiendo pequeñas hogueras para cocinar cualquier alimento del que pudieran echar mano. La comida era menos asequible de día en día.

La batalla de Illescas era perfectamente audible desde las calles de la ciudad, y el 23 de octubre, Azaña, el presidente de la República, abandonó Madrid en secreto. El gobierno no fue informado de su partida. Viajó a Barcelona, tan cerca de la seguridad de la frontera francesa como fue posible, y declaró que el gobierno del país estaba oficialmente trasladado. La salida de Castelló, ministro de la Guerra, fue aún menos digna. Se volvió loco y hubo que sacarlo de su despacho echando espuma por la boca. El resto del gobierno se mantuvo en la capital dos semanas, y luego también marchó al este. Abandonó Madrid en una caravana de coches, cargados de ministros, burócratas, archivos, esposas, niños y animales domésticos. A poca distancia de Madrid, la caravana fue detenida por un grupo de encapuchados armados con fusiles. «Regresen, les dijeron, y pónganse al frente del pueblo de Madrid en sus horas críticas». La caravana dio media vuelta, recorrió unos kilómetros, volvió a dar media vuelta y, a toda velocidad, se lanzó carretera adelante.

La ciudad seguiría luchando, asediada, hasta marzo de 1939, cuando Madrid cayó y terminó la guerra de España.

\* \* \*

Sasha llegó a Moscú el 9 de noviembre. Mitia lo estaba esperando, bajo una ligera nevada, en la estación de Paveletski. Durante el trayecto hacia el norte, desde Odessa, se había despedido de sí mismo y de un triste y miserable trabajo, mientras el tren recorría la estepa meridional. Con su uniforme de coronel, permaneció en la portezuela del vagón mientras entraba en la estación, flotando sobre el mar de ansiosos rostros blancos de la multitud que aguardaba. Luego el tren chirrió y se detuvo con un gran silbido al soltar vapor, y el gentío que tenía detrás empezó a empujarlo para salir, educadamente, pues no debían darse empujones a un uniformado. Se puso en posición de firmes y luego bajó al andén. En algún lugar de su imaginación había esperado que le pegaran un tiro allí mismo, antes de que sus pies tocaran el suelo de Moscú. Pero la realidad fue un súbito abrazo de oso de



Mitia y las afectuosas obscenidades susurradas con una bocanada de aliento que olía a ajo.

Mitia lo acompañó a su casa. Su apartamento, en una callecita tranquila detrás de la Kutúzovski Prospekt, estaba intacto. En el coche, se refirió indirectamente a Yezhov y a la nueva purga, pero Mitia hizo un gesto de rechazo. Cotilleos, cotilleos, cuentos de viejas. Sí, había habido cambios, a algunos tontos los fusilaron o los enviaron a campos en Siberia, pero *ellos robaron demasiado*, conspiraron para ascender *más allá de lo que les convenía*, o *se tiraron a las esposas equivocadas del pueblo*. No había por qué preocuparse. Lo habían propuesto para la Orden de Lenin de segunda clase por sus servicios en España, y estaba seguro de que iba a conseguirla. Todo el mundo sabía que Yáshcheritsa era un cabrón. Que se quedara en España para siempre. Nadie quería que regresara. No había por qué preocuparse, no había por qué preocuparse.

El lunes fue a trabajar al complejo del NKVD, en la plaza Dzerzhinski. Todos estuvieron encantados de verlo. Había seis margaritas en un vaso, en su escritorio. Su jefe, el general Grechko —un desmañado campesino con una prominente peca en la nariz— le aporreó los hombros y lo llamó por sus viejos y afectuosos nombres: «¡Sasha, mi poeta! ¡Mi soñador! ¡Mi Chéjov!». Se lo llevó a su abarrotado despacho y cerró la puerta, se tomó unos tragos acompañados de cordiales brindis y le dijo que: «Sí, la medalla llegará, ¡y esos maricas de la Sección Nueve no se atreverán a evitarlo!». Sasha debía aprender a agacharse, para que Yezhov, veinticinco centímetros más bajo que él, pudiera darle el abrazo de rigor y lo besara cuando le impusiera la condecoración.

Faltaba una semana para eso.

Y se tranquilizó.

Y entonces lo detuvieron.

Según las reglas, eso tenía que hacerse de cierta manera. Cada paso del proceso había sido resuelto laboriosamente a lo largo del tiempo, y miles y miles de detenciones habían perfeccionado el sistema hasta alcanzar la perfección de una joya. Ejemplo: en el momento de la detención, el delincuente debe ser golpeado. En el momento. Abrió la puerta de su apartamento y lo estaban esperando al otro lado. Lo golpearon en los riñones, tan fuerte que vio un sol negro bordeado de luces blancas, y recuperó el sentido en el suelo de parqué de su sala de estar. Lo levantaron para darle puntapiés en las corvas. Desplegaron con él una furia que no hubiera creído posible, y sabían todos los lugares donde golpear, sin desperdiciar un solo

puñetazo. Era la ferocidad de Rusia, pues era eso lo que él había traicionado, y sobre él llovieron mil puños. La intención era que comprendiera esta lección desde el principio. Lo llevaron al coche como a un muñeco que no pesara nada, y allí empezaron a pegarle de nuevo. El coche era un Gaz M-1, cuyo asiento trasero olía a aquello para lo que había sido usado en los últimos meses. Empujado boca abajo en el asiento, se ofreció a confesar allí mismo. «¿Confesar qué? —preguntó una voz—. Ya lo sabemos todo». Y le siguieron golpeando todo el trayecto hasta la Lubianka. Conforme a las reglas. Deseaban que se diera por enterado de que había cruzado una línea, que había dejado de ser una persona. Todos sus amigos especiales, parientes, jefes, sin que importara quién lo había protegido a lo largo de su vida y de su carrera, ya no contaban. Ahora no era nadie. Se integraría en una oscuridad interminable poblada por otros nadie a quienes nadie podría ayudar.

Lo golpearon con furia porque el ideal alemán, el método lento, desagradable, de pantalones bajados, tan querido por la Gestapo en su frontera occidental, les repugnaba. El sadismo era despreciado como un aspecto integral del fascismo. Aquello era la ira justa y justificada de los trabajadores. Así que, tras una serie interminable de noches en una celda húmeda, cuando el interrogador lo golpeaba, lo hacía con la pata arrancada de una silla. El libro de instrucciones así lo precisaba.

De modo que el día en que, finalmente, se le permitió hablar, cuando les convino escucharlo, habló. Lo guiaron. Estaba claro que deseaban peces gordos; esta vez barrían con la escoba grande. Bajo el mando de Yágoda hubo una cosilla por aquí y otra por allá, enemigos concretos, conjuras definidas. La *Yezhóvshchina* —el terror de Yezhov— no era así. «Echen una red grande, que caigan muchos peces, hagan limpieza general, muchachos, y dispónganse para la siguiente hornada».

Trató de entregarles a Yáshcheritsa, pero se limitaron a reír. Así que les entregó a Stoianev, el búlgaro. No mucho, pero algo. Esos búlgaros tenían demasiada sangre turca para su propio bien, y eso los empujaba a urdir conjuras y a maquinarse como bajás. ¿Qué más? Le saltaron un diente al oír el nombre de Mitia. Era de los suyos, y lo conocían muy bien. Lo devolvieron a la celda húmeda y le cortaron el suministro de sopa de cabezas de pescado durante dos días, de modo que, al carecer de alimento, empezó a oír zumbidos de moscas que no existían. Cuando lo hicieron comparecer de nuevo, les ofreció Roubenis, el armenio que ahora se presentaba como Andrés Cardona. El cual no había facilitado nombres de la quinta columna porque se había unido secretamente a ella, con la astuta ayuda de Stoianev como enlace

directo con los nazis. «¡Bien! ¡Bien! Más de eso». Pero los nombres de algunos condiscípulos de la academia militar Frunze no los emocionaron. Al parecer ya habían explotado esa veta. Finalmente, en el límite de sus fuerzas, cuando daban por sentado que había comenzado su agonía, les entregó al general Grechko, su jefe, que había maniobrado para enviar a Stoianev a una misión en España con la concreta finalidad de colaborar con elementos hitlerianos.

De pronto, el interrogatorio terminó. Lo dejaron solo en su celda, en una zona donde los guardianes llevaban zapatillas para que los prisioneros no pudieran oírlos acercarse. Tenían lo que deseaban, lo que habían deseado todo el tiempo: a Grechko. Los demás eran, simplemente, el condimento de la sopa.

\* \* \*

En el sótano del Hotel Gaylord, en el centro de Madrid, en la sala de códigos, Jristo Stoianev cerró los ojos, aliviado. Inspiró profundamente y espiró despacio. Leyó de nuevo el cablegrama. Sí, era cierto. Un día antes de la fecha límite, Yáshcheritsa lo había soltado. Formaría parte de la operación conocida como SANTUARIO. Recibió instrucciones de trabajar con Roubenis en aquella nueva tarea. Al día siguiente se esperaba al jefe de la operación, el capitán Ilia Goldman. Buena suerte. Buena cacería.

Utilizaban dos coches. En el Citroen, Lubin se puso al volante, con Andrés en el asiento del pasajero. Jristo e Ilia Goldman iban atrás. Habían sacado las ametralladoras Degtiariov del maletero y las llevaban sobre las rodillas. En el segundo coche, un Opel Kapitän verde oscuro, iban cuatro españoles vestidos de negro. Eran miembros del SIM, el Servicio de Investigación Militar, la inteligencia republicana, estrechamente controlada por el NKVD.

El edificio era una casa blanca de cuatro plantas, con un pórtico de mármol, en una elegante zona diplomática próxima al parlamento. La bandera fina, una cruz azul sobre campo blanco, pendía flojamente bajo la llovizna de primera hora de la mañana. Una deslustrada placa de latón junto a la puerta principal llevaba la inscripción EMBAJADA DE FINLANDIA. El último miembro de la representación diplomática fina se había marchado unos días antes, cuando el gobierno republicano abandonó la ciudad.

—Se ha movido —dijo Lubin—. Estoy seguro.

Todos dirigieron la mirada a la cortina de una ventana del segundo piso.

—Opino lo mismo —dijo Jristo.

—Les ruego que lo aplacemos...

—Cállese, subteniente —le atajó Ilia—. No importa que nos vean. La línea telefónica está desconectada.

Lubin abrió la boca para discrepar, pero lo pensó mejor. Jristo estaba sorprendido por los cambios que había experimentado Ilia Goldman. Había llegado a capitán, lo cual significaba que había demostrado su valía a alguien poderoso, y se sentía cómodo ejerciendo la autoridad. Seguía siendo el mismo Ilia, corto de vista, de complexión débil, con rasgos acusados y las orejas prominentes de un roedor. No de una rata, sino de un ratoncito que fuera la mascota de un niño. Las mujeres se sentían irresistiblemente atraídas hacia él, como Jristo sabía, porque encontraban fácil acariciarlo, era perfecto para cubrirlo de besos, adorable. Pero Jristo estaba seguro de que, de los componentes del Frente de Hermandad de 1934, la suya era la mente que con más facilidad se movía en los sinuosos caminos del servicio de inteligencia. Jristo se consideraba torpe y previsible en comparación con él. «Soy judío —le había explicado a Jristo, durante los ejercicios en Belovo—. La supervivencia en las sombras no es nada nuevo para nosotros».

—Ahí. Se mueve otra vez.

Lubin tenía razón. Maldito niño ambicioso. La cortina se descorrió levemente, y luego se corrió con rapidez.

—Por fin —dijo Ilia—. Hemos conseguido que se inquieten.

Andrés encendió un cigarrillo.

—Quizá alguien podría remover el caldero.

—Exactamente —aprobó Ilia—. Jristo, tú tienes aires de cabrón sediento de sangre. Ve y da los buenos días a nuestros hermanos españoles.

Jristo dejó la ametralladora en el suelo. Caminó en diagonal por la calzada hasta el Opel, sin apartar los ojos de la ventana del segundo piso. Pero tenía la sensación de ser vigilado, de estar en el escenario. Sólo esperaba que no cundiera el pánico y abrieran fuego contra él. Ilia había insistido, claro está, en que se aseguraran por partida doble de que «tenían una razón de peso para sospechar», y que por error no echaran el guante a un montón de fineses. Ilia había asimilado los procedimientos soviéticos: se necesitaba un incidente para armarla, y una cortina que se movía no iba a servir.

El hombre que ocupaba el asiento del conductor bajó el cristal de la ventanilla cuando él se aproximó. Tenía el rostro picado de viruelas, y lucía un espeso bigote negro y gafas de sol que le ocultaban los ojos. Los tipos del SIM eran brutales y estaban orgullosos de serlo. Para sus ejecuciones usaban el garrote vil, un artilugio para estrangular lentamente, un invento medieval.

La víctima se sentaba junto a un poste, y se le apretaba despacio un collar de metal hasta que sobrevinía la muerte al cabo de un rato más o menos largo. Jristo saludó al hombre.

—Buenos días.

—Lo van a ver, ¿sabe? —replicó el hombre fríamente, con sus ojos invisibles tras las gafas oscuras.

—De eso se trata. Queremos inquietarlos.

Una voz desde el asiento posterior:

—Nos gustaría entrar para inquietarlos.

—Dentro de un momento. Déjenme buscar primero algunas pruebas.

—Como guste —dijo el conductor, con voz pesada a causa del aburrimiento.

Estaban allí para entrar en acción, echarían abajo la puerta y las víctimas estarían tendidas y desmadejadas antes de la primera luz.

Jristo regresó al Citroen. Su rostro, oculto para los del coche del SIM, tenía una expresión agria, de desagrado. Diez minutos después, la puerta de la embajada se abrió cautelosamente y salió un hombre.

—¡Ahí lo tienen! —exclamó Lubin—. Un quintacolumnista, seguro.

Caminando por la calle, el hombre era una caricatura de la naturalidad forzada. A su pesar, sus ojos se fijaron en el Opel verde. En otro tiempo había sido gordo y pulcro, un matón arrogante, bañado en colonia y piadoso como un sacerdote. Ahora iba sin afeitarse, estaba soñoliento, y la goma de los tirantes se le doblaba bajo la cintura.

Ilia bajó el cristal de la ventanilla un centímetro, una señal para la otra unidad. Cuando el hombre doblaba la esquina, un agente del SIM se deslizó ágilmente fuera del Opel y lo siguió. La cortina volvió a moverse.

—Ahora —dijo Ilia.

Formando un apretado grupo, los cuatro se acercaron rápidamente a la puerta de la embajada. Jristo sostenía junto al costado, sin aferrarla, la Degtiariov. Simultáneamente, los hombres del SIM rodearon a la carrera el edificio, en dirección a la puerta trasera. Desde la parte posterior de la casa llegaron golpes en la puerta y gritos en español. Andrés y Jristo se colocaron a un lado de la puerta principal, e Ilia y Lubin al otro.

Ilia se adelantó y llamó educadamente, diciendo en español:

—Abran, por favor.

Durante treinta segundos no ocurrió nada. Montó la Degtiariov. Volvió a llamar, repitió el por favor y esta vez la puerta se abrió en seguida. Un

anciano de pelo blanco estaba de pie con los brazos en jarras, y apareció un montón de gente gimiendo y rezando detrás de él.

—Con cuidado, padre, con cuidado —dijo Andrés, que estaba junto a Jristo.

—Por favor —dijo el hombre—. No nos hagan daño.

Obligaron a los reunidos a apartarse de la puerta, la cerraron y dejaron a Lubin ante ella, sujetando su Tókarev. El rostro de Lubin estaba rojo de emoción, y en sus ojos había una mirada salvaje. Un mechón se había desprendido de su tupé y le caía sobre la frente.

—Atrás, atrás —dijo en ruso—, apártense de la puerta.

—¡Los rusos! —chilló una mujer.

Lubin se dispuso a apuntar con la pistola a la mujer. El anciano adelantó la mano con cautela y lo tomó de la muñeca, para bajar el arma. Lubin disparó sobre él dos veces, y el hombre se dobló y cayó al suelo de costado. Lubin relinchó en un estallido de risa nerviosa, y luego se llevó la mano a la boca para acallarla. La aterrorizada muchedumbre echó a correr hasta la pared opuesta, varias mujeres se quitaron los crucifijos del cuello y se los pusieron delante del rostro.

Ilia se dirigió a Jristo en un tono de ira apenas controlada:

—¿Quieres quitarle esa cosa?

Jristo agarró a Lubin por la muñeca y le obligó a bajar el arma. Lubin se volvió y pareció mirarlo, pero su mirada estaba perdida a causa de la emoción.

—Subteniente Lubin —dijo Jristo, poniendo énfasis en la graduación, y poniendo el énfasis propio de una orden, incluso allí—. Haga el favor de entregarme su arma.

Lubin abrió la boca para hablar, y la risa volvió a brotar de él. Se controló con dificultad, cerrando los ojos.

—Ahora —insistió Jristo.

—No puedo, teniente.

Ambos bajaron la mirada a la mano, que estaba inmóvil, cerrada sobre la pistola. Jristo sujetó los dedos gordos de Lubin y le obligó a abrirlos, uno por uno. Desde la parte posterior de la casa llegó un ruido como de madera al partirse. Los del SIM habían derribado la puerta. El hombre que yacía en el suelo señalaba a Lubin. De sus labios manaba una espuma roja.

—Caminarás en la oscuridad —susurró— para siempre, para siempre. Te maldigo. Te maldigo.

Lubin emitió una risita tonta, y Jristo lo abofeteó. La oreja le quedó roja brillante. El hombre del SIM de la cara picada de viruelas bajó por la escalera sujetando un bebé bajo el brazo. Con la otra mano arrastraba a una mujer por los pelos.

—Ésta estaba arriba —explicó—, tratando de tirar a su niño por la ventana.

Después de cierta confusión, hicieron sentar a todo el mundo en el suelo de la que había sido la zona de recepción de la embajada. Ilia hizo un recuento. Los hombres del SIM dijeron cosas en español que ninguno de los cuatro del NKVD pudo entender, pero la gente sentada en el suelo se puso de una palidez mortal. Mandaron a Lubin de regreso al Citroen, con uno de sus dedos hinchado hasta el doble de su tamaño, al parecer fracturado por Jristo. Finalmente, un camión de mudanzas se situó ante la puerta trasera y los del SIM se hicieron cargo de sus prisioneros.

De regreso hacia el Hotel Gaylord, Ilia los informó de que la operación SANTUARIO continuaría, aunque sería más eficaz de lo que había sido aquella mañana. En todo Madrid, los partidarios de los fascistas se ocultaban en las embajadas, bajo protección diplomática. Así pues, ahora que se había limpiado el primer grupo de refugiados en una embajada abandonada, iban a ocuparla con oficiales de la inteligencia soviética que se harían pasar por diplomáticos finlandeses. Mantener bajo custodia al enemigo sería así más limpio y sencillo. El SIM, continuó, estaba llevando a cabo una operación similar en el extremo sur de la ciudad: un túnel, que al parecer llegaba hasta las líneas enemigas, en realidad sólo tenía unos cientos de metros, y luego salía a la superficie en medio de un patio donde estaba aguardando un grupo de agentes del SIM. La consigna era ahora extender entre las células quintacolumnistas el rumor de que sus miembros habían sido traicionados, y que debían correr a la embajada finlandesa, donde serían protegidos, o utilizar el túnel que llegaba a las líneas de los suyos.

Este cambio de política tenía sentido para Jristo. Utilizar a Andrés contra la Falange era una operación a largo plazo. El nuevo planteamiento estaba dirigido a acelerar e intensificar la limpieza encubierta del enemigo en el interior de la ciudad. Las cuatro columnas de Franco aumentaban la presión sobre Madrid. SANTUARIO era, claramente, una respuesta del NKVD. Cuando Yáshcheritsa aplazó la fecha límite para el trabajo en contra del grupo de la farmacia Cortes, el alivio de Jristo se vio atemperado por una persistente ansiedad. Quizá tenían sus razones para manejarlo a él. Ahora sintió que podía relajarse. Esperaba en silencio que no le pidieran que hiciera de

diplomático finés. No creía tener estómago para eso. No tenía aspecto de finés, se dijo. Era moreno, no rubio.

\* \* \*

*Buenas noches, amigos. Buenas noches a todos los bravos luchadores que puedan oír mi voz. Y buenas noches, Madrid. Son las veinte horas, la hora del jazz hot...*

La joven toqueteó la radio hasta que la música fluyó en la reducida habitación bajo el alero. Andrés dijo:

—Es Bessie Smith. Te gustará.

A Jristo no le gustaba. Lo ponía triste. La voz de una cantante de *blues*, austera, con el único acompañamiento de piano, contrabajo y batería para llenar los espacios, penetraba por la noche estática y le tocaba el corazón. No podía entender la letra, pero la pena que contenía resultaba demasiado clara. «Suficiente pena por un día», pensó. La horrible escena en la embajada finlandesa se negaba a apartarse de su mente, y él y Andrés decidieron ahogar su guerra en una botella de ginebra española.

Pagaron a medias la botella y regresaron a la buhardilla de Andrés en el 9 de la calle de la Victoria. Estar allí, con Andrés y su novia americana, y con la alemana llamada Renata, iba muy en contra de las reglas. Pero estaba cansado de las reglas. Estaba cansado de un montón de cosas. Miró la botella, que tenía un torero en la etiqueta, de expresión rígida, orgulloso de su virilidad, indiferente ante la muerte. Cuanto más borracho estaba de ginebra, a Jristo menos le gustaba el torero.

La novia de Andrés se llamaba Faye, y fue idea suya jugar a un juego de cartas llamado *cribbage*. Los cuatro se sentaron alrededor de una mesita con un tablero que tenía como unas clavijas, y trataron de que sus cartas sumaran treinta y uno. Tales logros eran recompensados con el avance de un palito en el tablero. Él no tenía idea de si estaba ganando o perdiendo; sólo sabía que aquel torero cursi de la botella de ginebra casi había destruido la pequeña capacidad matemática que poseía. Renata, su pareja, lo miraba con desesperación de vez en cuando.

Los cuatro hablaban inglés, porque resultó que era el único idioma que tenían en común fuera del español, que debían utilizar durante todo el día. La chica americana ya había soltado una risita por la peculiar dicción de Jristo, y él le lanzó una mirada torva, por lo que Andrés tuvo que precisar que la intención no era descortés. Ella era ciertamente distinta. Lo sorprendió en un momento mirándola, y le devolvió la mirada. «Que la libre Dios —pensó—



de visitar alguna vez Bulgaria», donde tales miradas tenían significados que estaba seguro de que no eran su intención. ¿O sí lo eran? No.

—Hoy he ido a la Ciudad Universitaria —dijo ella de pasada.

Por un momento, el juego se detuvo. Se libraba una dura lucha en la zona universitaria, donde una de las columnas fascistas había abierto brecha en las defensas de la ciudad. El ejército de África, la fuerza de choque de Franco, ya había capturado las terminales de autobuses y las cocheras de los tranvías, en las afueras.

—¿Qué?

Andrés la miró horrorizada.

—Ya me has oído.

—Quizá estás buscando que te maten. La Pasionaria lo anunciará por las calles: La muerte de una valiente, de nuestra hermana americana. No pasarán.

—Bien, me pidieron que fuera allí a trabajar. Así que fui.

—¿Por qué? ¿Quién te lo pidió?

—Una mujer, en el trabajo, estaba embarazada, con el niño a punto de llegar. Así que me mandaron en busca del marido, que estaba defendiendo la Escuela de Agrónomos.

—Vaya guerra —comentó Renata.

—Conocí a un grupo de ametralladores ingleses —estoy jugando el diez de tréboles— y me dijeron que los fascistas se habían apoderado de la facultad de Medicina durante varios días.

—¿De veras? —dijo Renata—. Eso no lo había oído yo.

—Pues es verdad.

Renata puso un cinco encima del diez de tréboles y movió su clavija.

—Aquel tipo, uno de Oxford, por cierto, me dijo que los polacos de la Brigada Dabrowsky la recuperaron durante una tarde. Un desastre. Los fascistas encendieron hogueras en los pasillos y asaron los animales del laboratorio en sus bayonetas y se los comieron. Ahora todos padecen enfermedades raras. Los polacos los expulsaron colocando granadas de mano en los ascensores y enviándolos arriba, al piso que tenían cogido.

Jristo sacudió la cabeza con incredulidad.

—Vaya guerra —dijo, repitiendo las palabras de Renata, pues sabía que la frase sería correcta.

Faye sonrió sombríamente.

—Quinto piso. Artículos de viaje, baterías de cocina, granadas de mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Jristo.

—Oh, ya sabes. Ascensores de grandes almacenes.

—Ah —replicó, fingiendo entender.

Le tocaba a él jugar. Trató de concentrarse, pero las cartas no tenían un sentido especial en su mano, eran una aleatoria colección de números e imágenes. Desde el otro lado de la mesa, Renata dijo:

—Adelante, camarada, y obtendremos la victoria final.

Él levantó la vista de sus cartas, pero la sonrisa de Renata era amable y estimulante. Sonó el teléfono, el tintineo de una campanilla en dos períodos breves. Los cuatro reaccionaron. Volvieron a llamar. Andrés se encaminó al rincón, donde estaba el teléfono de pared. Descolgó y dijo:

—¿Sí? —Escuchó unos segundos y volvió a hablar—: Un momentito, por favor.

Dejó el auricular colgando de su cordón, se dirigió a Jristo y dijo en tono tranquilo, en ruso:

—Alguien quiere hablar contigo.

Jristo depositó cuidadosamente sus cartas boca abajo en la mesa. Un pequeño músculo bajo el ojo empezó a temblar. Nadie, *nadie*, sabía que estaba allí. Buscó en el rostro de Andrés una señal, pero su expresión se había vuelto fría. En aquel momento, se acusaron mutuamente, en silencio, de traición. Jristo se apartó de la mesa y recorrió los pocos pasos que lo separaban del teléfono. Cobró aguda conciencia de lo que le rodeaba: las personas calladas en la habitación, la música en la radio, el eco rítmico de la artillería distante. Tomó el auricular cuidadosamente, escuchó el rumor de la línea abierta y finalmente dijo:

—¿Sí?

—Nada de nombres, por favor —respondió una voz en ruso.

Conocía el acento, el tono marcadamente nasal. Era Ilia Goldman.

—Muy bien —respondió a su vez en ruso.

—Acabo de calcular tu horóscopo. Dice que esta noche es un buen momento para viajar. Dice que hay que partir lo antes posible. Eso significa ahora mismo.

—Muy bien. Gracias por informarme.

—Tu amigo nació con la luna en la misma posición.

—Comprendo.

—Puede que llegue el día en que volvamos a encontrarnos. ¿Es posible?

—Sí. Sí, es posible. Creo que en el norte.

—Una buena elección. ¿Cómo podremos arreglarnos?

—Nuestro viejo signo. El que usamos con el perro. Iniciales y números. ¿Recuerdas?

—Ah, sí, muy bien. ¿Dónde podrían aparecer esas señales?

—En los anuncios de matrimonios. En el periódico.

—Lamento que te vayas, amigo mío.

—Reúnete con nosotros.

—Puede que pronto. Por ahora no.

—Entonces, adiós.

—Buena suerte.

Se interrumpió la conexión. Colgó el aparato cuidadosamente y se volvió a los demás. Faye le vio la cara y dijo:

—Dios mío, ¿qué pasa?

—Vienen a detenernos —dijo en inglés—. A mí y a Andrés. Pero también te cogerán a ti. —Se volvió a Renata—. Y a ti.

—¿Los quintacolumnistas? —preguntó Faye, incrédula.

—No —respondió Andrés—. No son los quintacolumnistas.

\* \* \*

Dieron patadas en la puerta unos veinte minutos más tarde: más o menos el tiempo que tardaron en ir en coche desde el Gaylord hasta la calle de la Victoria. Maltsaev y tres ayudantes, con varios coches esperando abajo. La radio emitía jazz y había cartas desparramadas sobre una mesita, media botella de ginebra española y ceniceros llenos. Uno de los hombres desenchufó en silencio la radio y se la llevó al coche. Otro encontró algunas prendas femeninas americanas y también se las llevó. Cuando el camarada que había quedado en el automóvil también subió, no quedaba gran cosa: un cierre con combinación, pero él no conocía la combinación. Lo cogió de todos modos, porque quizá podría cambiarlo por algo. Maltsaev se acercó al teléfono, pero el cable había sido cortado. A la señora Tovar, la esposa del portero, la hicieron subir por la escalera de mármol, sujetándola por el brazo a la espalda, casi doblado. Los estuvo maldiciendo todo el camino. Aquellos inquilinos eran quintacolumnistas, le dijeron. Pero ella sabía más cosas. Ella le dijo a Maltsaev que o la dejaba ir o las mujeres de Madrid le darían caza hasta su misma tumba. Asintió brevemente y sus hombres la soltaron. Subieron a la azotea, encontraron a Félix y lo golpearon un poco, pero no parecía saber mucho sobre nada. Finalmente, cuando se hubieron llevado todo lo que quisieron, destrozaron el apartamento pero no encontraron nada. Maltsaev y uno de sus hombres fueron los últimos en irse.

—Muy mal —comentó. El hombre se mostró de acuerdo, asintiendo—. Hay que averiguar quién los previno. El general Bloch querrá el nombre de

alguien.

—Quizá su subteniente, Lubin —sugirió el hombre.

—Una elección lógica —convino Maltsaev—. Moscas para Yáshcheritsa.

—¿Qué?

Maltsaev lo despidió con un gesto de la mano. Con qué idiotas tenía uno que trabajar en aquella profesión. Al menos el otro, Kulic, el de las montañas, estaba en un aprieto. De eso estaba bien seguro. El trabajo de aquella noche no había sido del todo en vano. Ahora, a por Lubin. Su familia era poderosa, pero eso podía superarse con una confesión. La conseguiría en un momento, estaba seguro.

\* \* \*

Podían ir, por el oeste, a Portugal. Los rusos no esperarían que lo hicieran, porque eso significaba cruzar frentes de batalla y luego abrirse paso, con engaños o robos, a través de cientos de kilómetros de territorio en poder de los fascistas. Podían ir hacia el sur, por zona republicana, y comprar un pasaje en un barco que cruzara el estrecho hasta Tánger. Podían ir al noreste, a Port Bou, el punto por el que se cruzaban los Pirineos en dirección al suroeste de Francia. Pero este paso de montaña era el único acceso fronterizo de la España republicana al continente, y estaría sometido a una vigilancia excepcional. Cruzar los Pirineos siguiendo las rutas de los contrabandistas no resultaba atractivo: de demasiados viajeros no volvió a oírse hablar cuando intentaron utilizar esa ruta.

Los rusos emplearían el teléfono —la red la manejaba personal americano de la American Telephone and Telegraph, y funcionaba bien en ambos bandos— a fin de alertar a las unidades del NKVD en todo el país, pero tanto Jristo como Andrés dudaban de que tuvieran suficiente tiempo para alertar a nadie. También dudaban de que los rusos comunicaran a sus aliados que unos espías rusos estaban desaparecidos.

Decidieron viajar hacia el norte. Jristo había oído en el Gaylord que los españoles utilizaban barcos pesqueros en Bilbao para llevar alimentos a España desde los puertos franceses. Bilbao estaba a más de trescientos kilómetros. Necesitarían toda la noche, pero era la vía más rápida para salir de España y era la mejor.

El amanecer los sorprendió tratando de salir de Madrid. Edificios inexplicablemente incendiados, camiones de bomberos patinando en las calles mojadas por una lenta y persistente lluvia que había comenzado al anochecer. Trataron de tomar la Gran Vía, pero la encontraron bloqueada por tanques

rusos dispuestos en batería, con sus costados de acero brillantes por la lluvia, los motores dejando oír su murmullo y con los tubos de escape echando humo. Algunas calles estaban también bloqueadas por refugiados acampados en ellas bajo lonas o capas impermeables sostenidas con escobas para protegerse de la lluvia. Jristo vio una pareja haciendo el amor bajo una manta, en una cama de latón en una chabola hecha con maderas de embalaje. En una de esas calles atropellaron a un gato. Jristo disminuyó instintivamente la velocidad, y luego comprendió que no se lo podía permitir, así que pisó el acelerador. Cuando casi amanecía, se vieron obligados a detenerse en un cruce para dejar paso a unos coches particulares que eran usados como ambulancias, y que procedían de la Ciudad Universitaria. Los conductores agitaban cencerros montados en el techo, tirando de una cuerda. Mientras permanecían parados, un anciano se aproximó al coche. Llevaba un traje, con el chaleco debidamente abotonado, y un paraguas al brazo. Su barba estaba cortada formando un preciso triángulo y un par de gafas de pinza estaban bien equilibradas en el puente de su nariz. Jristo pensó que parecía un profesor de griego y latín.

Miró por la ventanilla y los saludó como hermanos y hermanas en la libertad.

—He ido a la guerra esta noche —dijo— y me han herido.

Se volvió a medias, y Jristo vio que la sangre le manaba de una pequeña herida en la nuca.

—Así que —dijo alegremente— ¡me voy al hospital!

Los saludó con la mano libre y desapareció por una esquina. Poco después creyeron ver uno de los tristemente célebres Coches Fantasma, atestados de milicianos, que por las noches detenían y ejecutaban a sospechosos de quintacolumnismo. De una de las ventanillas traseras sobresalía el cañón de un fusil. Luego, cuando ya estaban casi fuera de la ciudad, una unidad de la Checa en bicicleta los detuvo.

Jristo charló con el jefe, manteniendo la Tórkarev bajo la ventanilla del conductor. Ahora era libre. Le había costado, pero cuando acabó por comprenderlo, su espíritu se elevó a causa de la emoción. Era como si una mano se hubiera apartado de su cuello, y por vez primera en años pudiera levantar la cabeza y ver el horizonte. No volverían a agarrarlo.

El hombre de la Checa, junto a la ventanilla, era muy lento; tenía todo el tiempo del mundo. Pero Jristo trazó para él una línea invisible, y esperó que la cruzara y muriera. Yáshcheritsa ya no obtendría de él otra satisfacción, salvo bailar sobre su tumba. El hombre no paraba de hablar. Lo interesante de su

trabajo era que podía conocer a las muchas y variadas gentes que andaban por este mundo. Quién hubiera imaginado que aquella lluviosa noche de noviembre entablaría conversación con un ciudadano de la Rusia soviética. Por eso encontraba su trabajo tan interesante. Finalmente Andrés se inclinó desde el asiento del pasajero y susurró que sólo disponían de una hora para pasarla con aquellas chicas antes de regresar a la lucha. El rostro del hombre adquirió gradualmente una expresión sumamente lasciva. Guiñó un ojo, se apartó del coche y les hizo una seña para que continuaran. Calle adelante, los siguieron unos gritos de «¡Viva Rusia!» con un deje lascivo.

Durante un rato viajaron por la carretera general hacia Burgos. Pero empezaron a ver a hombres trajeados junto a coches aparcados al lado de la carretera, así que tomaron por carreteras secundarias que atravesaban los pueblos. En algún lugar sin nombre, en el vasto terreno de trigales al norte de Madrid, el coche se paró. Abrieron el capó y miraron dentro, pero ninguno de ellos sabía nada de coches. El motor despedía una ráfaga de calor que hacía temblar el aire por encima de él. Hacía ruidos y olía a aceite quemado. Un hombre bajo apareció de la nada, montando una bicicleta y con un niño en el portaequipajes. Le hablaron en español, pero no entendía español o, tal vez, era sordo. Se señalaba los oídos una y otra vez. Les sonrió. Les enseñó el niño. Luego, casi como si lo pensara de pronto, se acercó al motor, hizo algo a alguna pieza y dijo por señas a Jristo que pusiera en marcha el coche. Se puso en marcha. El hombre se negó a aceptar dinero y se despidió de ellos con gestos. En el coche trazaron planes sobre lo que harían en París. Qué comerían. Adónde irían. Madrid, una vez lejos de ella, estaba claro que había sido una prisión. Pronto llegarían a Burgos, que no estaba muy lejos de Bilbao. Embarcarían en un pesquero y zarparían hacia la libertad. El coche se paró de nuevo en una carreterita rodeada de trigo sin segar que se pudría en los campos.

No había nada en kilómetros. Jristo sacudió la mano cuando levantó el capó. Hubiera querido estrangular los manguitos del coche hasta que el Citroen se plegara a su voluntad. Aquello no le había sucedido nunca; el coche siempre había funcionado perfectamente. Decidieron caminar, marchar campo a través llevando sólo las pistolas y cuanto pudiera caber en sus bolsillos. Empezaron la marcha, y Andrés cantó una canción para mantenerlos en movimiento. De pronto, un avión alemán apareció e hizo un vuelo rasante para tenerlos a la vista. Faye agitó los brazos y sonrió. Desapareció en el horizonte y corrieron de regreso al coche: algo donde ponerse a cubierto era mejor que ser sorprendidos en campo abierto. El avión

volvió y zumbó sobre el coche. Luego se fue. Sin un motivo concreto, Jristo accionó la llave de contacto por última vez, para probar suerte. El Citroen rugió y cobró vida, y él casi lloró de alivio.

Al anochecer rodearon las afueras de Burgos. Encontraron una caseta con un antiguo surtidor de gasolina, y compraron combustible a una campesina recelosa, vestida de negro, que les cobró un precio abusivo. Cada cual tuvo que aportar las pesetas que le quedaban para pagarle. Jristo conservaba una pequeña parte de su paga del NKVD; el resto estaba «ingresado con todas las garantías en el banco, a la espera de su regreso a Moscú». La mujer miraba con ojo de halcón dispuesto a la caza. Volvió a la caseta en busca de calderilla para el cambio, y Jristo y Andrés susurraron brevemente sobre si eliminarla. La vieron observarlos por una ventana. Andrés miró en derredor y vio que no había líneas telefónicas que condujeran a la caseta, y de repente comprendió que todo lo que se proponía era quedarse el cambio. Se fueron sin él. La carretera empezó a ascender entre bosques, y el Citroen empezó a fallar y amenazó con calarse. Jristo dio gas a fondo, el coche flaqueó, luego rugió el motor y siguió adelante. La gasolina estaba aguada, dedujeron. Avanzada la noche llegaron al río Nervión, que algo más de diez kilómetros más abajo desembocaba en el Cantábrico. Hallaron con facilidad unos pesqueros que llevaban montadas, a proa y a popa, piezas de artillería de 101 mm. Andrés se apeó del coche y recorrió los bares de la calle, guaridas de marinos, con anclas, sextantes y olas rizadas pintadas en las enseñas. Jristo, Faye y Renata permanecían en el coche, demasiado cansados para hablar. La energía que los había animado durante la larga noche había remitido de repente, sustituido por la depresión y el agotamiento. Jristo se sentía desvanecer una y otra vez.

—¿Dónde crees que se ha metido? —preguntó Faye en un momento dado.

Jristo se encogió de hombros. Se decía a sí mismo que no dejara de vigilar, sabiendo lo vulnerables que eran. La chica americana se durmió, y su cabeza resbaló por la tapicería hasta que Jristo sintió su peso en el brazo. Dormida, se volvió ligeramente hacia él, hasta que el lugar donde descansaba su boca se volvió cálido con su aliento. Él permaneció muy tranquilo y le resultó agradable oír, con los altibajos de su respiración, el ritmo del sueño de Faye.

Todos estaban dormidos cuando una mano golpeó con fuerza la ventana. Jristo volvió en sí aterrorizado, pero era Andrés, con un capitán de barco. No parecía serlo: vestía traje y corbata. Se había casado aquella mañana, según explicó Andrés. Jristo se apeó del coche y los acompañó a un bar situado en un callejón entre tinglados. Se puso la Tókarev en un bolsillo de la chaqueta y

mantuvo la mano sobre el arma. El bar sólo tenía tres metros y medio de largo, con cinco taburetes. Bebieron un vaso de vino e hicieron su oferta: el Citroen y dos ametralladoras Degtiariov a cambio de un pasaje para Francia. Sí, bien, dijo el hombre. Podía llevar a dos. ¿Quiénes serían? Pedía demasiado, protestaron ellos. Él creía que no. Los rusos habían andado por allí, buscándolos. La matrícula y el coche coincidían con los que describieron. Aquel mismo día se había convertido en un hombre casado. Ahora tenía responsabilidades. Y era su noche de bodas. La iba a pasar en una larga travesía por el golfo de Vizcaya, y no en una travesía en el lecho matrimonial, así que tenían que pagarle bien. Los tres regresaron al coche, y Andrés sugirió que las mujeres llevaran pesetas extra. Jristo adivinó su juego y no intervino. Le pondrían un arma en la oreja y resolverían el problema. De nuevo en el coche, explicaron a Renata y a Faye la petición del capitán. Andrés sugirió que ambas mujeres embarcaran en el pesquero, y que él y Jristo ya encontrarían un guía que los llevara por los pasos pirenaicos de los contrabandistas. Faye se quitó el relojito de la muñeca y se lo alargó al capitán. Él lo tomó. Era ruso, explicó Faye, y lo había llevado su abuela a Norteamérica. Desde entonces funcionó perfectamente. El capitán estuvo de acuerdo en embarcarlas y se echó el reloj al bolsillo.

Al día siguiente llegaron a Francia, y atracaron en el puerto pesquero de San Juan de Luz. Con los zapatos en la mano, caminaron por una estrecha playa de guijarros hasta un rompeolas bajo. Allí había un policía sentado en el muro. Se había quitado el gorro y lo había colocado sobre una hoja de periódico, para que no se manchara de alquitrán. Estaba comiéndose una manzana con ayuda de una navaja, y procedió a su arresto.

\* \* \*

Marquín y sus tres compatriotas alcanzaron Portugal muy pronto. Su método fue bastante simple. Sólo caminaban de noche. Lo hacían cerca de la carretera —para no extraviarse—, pero nunca iban por ella. Sólo robaban verdura, nunca gallinas, para que la indignación de los lugareños fuera mínima. Sabían que la falta de unas pocas verduras no merecía acudir a las autoridades. El ejército de Franco era el que mandaba en la región, y fueron descubiertos durmiendo bajo un puente. El primer interrogatorio fue superficial, pero más tarde los llevaron en un camión a una unidad de inteligencia de los franquistas, y allí se hizo cargo de ellos un cabo marroquí llamado Bahadi, especialista en obtener respuestas a todas y cada una de sus preguntas. Marquín fue el que duró más, alrededor de una hora. Cuando el oficial al



mando estuvo satisfecho por haberles sacado todo lo pudo, los sacaron y los fusilaron en un patio. Nunca, después de la sesión con Bahadi, hubo cuatro hombres más felices por ir a la muerte.

De este modo la historia de la generosidad de Kulic llegó hasta el cuartel general de los servicios de inteligencia de Franco en Toledo, y desde allí se sometió para su análisis al teniente coronel Otto Eberlein, uno de los consejeros de la unidad de la Abwehr. Eberlein, reclutado por el NKVD en 1934 por motivos de idealismo político, pasó la información a su contacto en Toledo, una enfermera empleada en el consultorio de un pedicuro —quien hacia 1938 se encargaba con toda seguridad de los pies más mimados de España—, y desde allí no tardó mucho en llegar hasta el coronel general Yadamir Bloch, quien llamó a Maltsaev y le dijo que se encargara del asunto. Maltsaev se limitó a mover la información apropiada, la devolvió a la inteligencia franquista: una hora, una fecha, el nombre del pueblo —Estillas—, y luego la radio de la estación de Madrid se puso en contacto con Kulic y le asignó la misión.

Desde el principio, el ataque al puesto de policía de Estillas fue mal. Kulic tenía a dos hombres enfermos, con fiebre alta y disentería, y hubo de dejarlos en la aldea deshabitada. Lo cual significaba que se había quedado con catorce. Además, la munición estaba empezando a escasear. La estación de Madrid había sido informada por radio de las ejecuciones y de las bajas por enfermedad, y también de la necesidad de suministros, pero confirmó la orden inicial. Alguien, en algún lugar, consideraba que el puesto de policía de Estillas era un objetivo esencial, y a él no le correspondía razonar sobre el porqué. Además, un ataque a plena luz del día. Y con fuerzas reducidas. Y con la moral que cabía esperar tras la «justicia» administrada a los cuatro traidores del POUM. En un momento dado Kulic estuvo a punto de cancelar la misión y aceptar lo que Madrid decidiera hacer con él. Sólo un factor lo apartó de esa idea. Un reconocimiento inicial lo convenció de que Estillas era un lugar más bien fácil de atacar. Inmediatamente detrás del puesto de policía estaba el cementerio, un lugar frecuentado sólo los domingos, cuando la población acudía a colocar ramos de flores en las tumbas. El ataque estaba previsto para un miércoles por la tarde, de modo que los atacantes podrían acercarse sin ser descubiertos.

Llegaron pues al cementerio, y entonces se desencadenó el infierno. Los esperaban. Una vez que la unidad estuvo en el lugar, bien desplegada y

aguardando la señal, los morteros y las ametralladoras abrieron fuego. Y los morteros habían calculado bien la zona de impacto. Cuidadosamente. «Traición», pensó Kulic. Los primeros proyectiles levantaron explosiones de tierra en el cementerio, haciendo pedazos las lápidas y levantando por los aires a los muertos: un surtidor de huesos blanqueados se alzó y luego llovió sobre las cabezas de los guerrilleros. El sargento, un hombre valiente, se puso en pie e hizo señas a los hombres para que retrocedieran. El fuego de ametralladora le cosió el vientre y murió aullando. Kulic disparó dos veces a nada en particular, y luego una gran explosión lo levantó y lo estampó contra la tierra. Su mente se meció atrás y adelante, arriba y abajo, de una forma vertiginosa que lo llevaba de una parte a otra de su conciencia, y se encontró arrastrándose. No quería que lo cogieran vivo, así que buscó en torno suyo el fusil, pero había desaparecido. Oyó llorar a alguno de sus hombres y logró hincar en el suelo una rodilla, antes de que llegara el siguiente proyectil, sintió la metralla a lo largo del costado izquierdo, supo que no veía por el ojo izquierdo, y después de eso ya no supo nada más.

\* \* \*

En Cataluña, en algún lugar tierra adentro de Tarragona, antigua provincia romana, estaba el pueblo de San Genis. A finales del verano de 1938, una compañía de infantería de los nacionales llegó al lugar y lo tomó sin disparar un tiro. Para entonces, la conquista de la provincia ya no se discutía, y todo el mundo quería ser el último en morir. Mientras las tropas avanzaban, soplaba un vientecillo de montaña. Algunas personas se alineaban ante los soldados, ondeando banderitas monárquicas y pronunciando la frase que se oía ahora por todo el país. «¡Hemos pasado! —gritaban—. ¡Hemos pasado!». Don Teodosio, doña María y Miguelito, el chófer, fueron liberados de su cautiverio ceremoniosamente. Ambos alcaldes, Avena, del PSUC y Quinto, del POUM, fueron ceremoniosamente fusilados. No quedaba mucho más que hacer, de modo que el capitán ordenó a sus hombres seguir adelante. Habían liberado San Genis, y él consideró que debía continuar, hacia Mora la Nueva o Mora de Ebro, antes de que cayera la noche. Abandonaron el pueblo marchando en buen orden, y atravesaron un huerto con higueras. Un sargento fue enviado a reconocer el terreno, pero no había fruta que coger. El sargento era un hombre de campo, y le dijo al capitán que los árboles no habían sido podados. Las ramas se habían quebrado bajo el peso de los frutos, se había propagado la enfermedad a los troncos a partir de la madera abierta, y ése fue el final de los higos de San Genis.

## **PARÍS 1937**

—¡Cuidado!

—Vaya, querido, parece que te he pisado un pie.

—Le ha faltado poco.

—Lo siento. No veo nada con las luces apagadas. Para un baile las velas son magníficas, pero te dejan a oscuras.

—Malditos franchutes. A menos que se trate de algún asunto relacionado con la buena mesa, ni se enteran.

—Está visto que saben poco de iluminación. Uno de los efectos de Winnie, me imagino. Le da un toque funerario.

—Mmm.

—Soy Roger Fitzware.

—Jimmy Grey. De los Fitzware de West Sussex, ¿no?

—*C'est moi.*

—Mmm. ¿Llevas mucho en París?

—Vivo aquí la mayor parte del tiempo, la verdad.

—¿Sí? Yo acabo de llegar de El Cairo. Estoy alojado en el Bristol.

—¿Y qué te parece?

—El servicio, un asco, por supuesto, y repleto de americanos.

—¿En El Cairo te dedicas a los negocios?

—De todo un poco.

—Caluroso, me imagino.

—Sí. Y mugriento también.

—Lo mismo de siempre.

—No es el lugar ideal para mí, con todos esos hombres morenos yendo de un sitio para otro, apuñalándose entre ellos.

—Pero bueno, se los puede aguantar. Aunque sea por disfrutar de los jóvenes morenos, digo.

—Mmm. No sé mucho de eso.

—Mira, aquí llega nuestra querida Ginger.

—¡Roddy Fitzware! Prometiste llamarme... ¿Quién es?

—Ginger Pudakis, te presento a Jimmy Grey.

—Encantado. Mmm. Bueno, creo que acabo de ver a un conocido. Un placer, Fitzware.

—Ya nos veremos.

—¡Roddy! Eres lo peor. Acabas de aterrorizar a ese pobre hombre.

—Bueno, qué se le va a hacer, así es París.

—Aquí no, pichón. Éste es un pequeño pedazo de territorio extranjero, y ese tipo, si no me equivoco, es algo del vizconde Grey.

—¿Del señor ese de 1914? «Las lámparas se apagan en toda Europa, no volveremos a verlas encendidas en el curso de nuestra vida». ¿A ése te refieres?

—Sí.

—Bueno, pues aquí sí que se han apagado las luces.

—¿Dónde está Mützi?

—En casa. Está de rabieta.

—¡Roddy, por favor! ¿Por qué eres tan cruel?

—¿Yo? Ginger, querida, he sido un auténtico ángel, de verdad. Fue él quien se escabulló cuando dormía mi siesta, se fue en un taxi a Gabouchard y se compró un espanto de corbata. No podía dejar que se la pusiera. Y menos para venir a casa de Winnie y Dicky. Está en las últimas, la verdad. Le vendieron una cosa horrible de color entre rosa y malva. Pobre Mützi, tiene el pésimo gusto de un soldadote alemán. No puede evitarlo. Cuando me fui de casa estaba escuchando a Mendelssohn en la vitrola mientras farfullaba algo de *Selbstmord* o alguna cosa por el estilo. En fin.

—Muy mal. Y todo por una corbata.

—Le dije que no manchara el cubrecamas con sangre.

—Eres una persona horrible, de verdad.

—*C'est moi*. ¿Te importa si nos asomamos al balcón?

—¿Y qué quieres hacer en el balcón?

—Ya pensaré en algo, nena.

—Me da que sí.

—A propósito, ¿dónde estarán nuestra vieja amiga Winnie y Dicky?

—Por lo que sé, harán una entrada grandiosa a medianoche. Aparecerán por el ascensor del salón de baile.

—Es una pena que Mützi no esté aquí, con lo que le gusta el estilo teutónico. Las velas decoradas, arcones con cipreses, rosas pintadas de negro. No se habrá muerto alguien, ¿no?

—Por Dios, no. Al dar las doce Winnie cumplirá treinta y nueve años. Es un funeral por su juventud.

—Ah.

—¿De verdad tenemos que querer a los americanos?

—Tú te casaste con uno de ellos, querida, así que más te vale. ¿Qué se hizo del señor Pudakis?

—En Chicago, como siempre. Donde se dedica a algo relacionado con la carne. La vieja Europa no parece muy del gusto del pobre Harry.

—¡Atención! Parece que va a suceder algo. La música se ha puesto un poco rara.

—Es la marcha fúnebre, ¿no? Sí, creo que sí. Suena rara tocada por una banda de jazz.

—Hablando de cosas raras, *regarde* el ascensor.

—Dios del cielo. Eso sí que es ser valiente.

—¿Qué te parece? Montar la gran fiesta de cumpleaños y aparecer completamente en bolas. ¡Bravo Winnie! ¡Hurra!

—Bueno, no completamente en bolas. El sombrero es de Schiaparelli, cariño, las perlas de Bulgari y esos zapatitos de ven-y-fóllame-ya los hace un pequeño zapatero de la rue des Moulins.

—En cualquier caso, menudo par de agarraderas...

—Vamos, Roddy, no te pongas pesado.

—Dime una cosa, bonita, ¿quién es ese hombre con aspecto de duro que está acomodado junto al salmón?

—¿Aquél? Ya lo conoces. Es Mario Thoeni, el tenor, aunque yo no diría que tenga aspecto de duro precisamente...

—Por Dios, no me refiero a él. Hablo del camarero.

—¡Ah! ¿Quién sabe? Alguno de esos espantosos eslavos de Heininger. Winnie lo encuentra decorativo.

—Pues tiene toda la razón, sabes. Es rigurosamente decorativo.

—¡Roddy Fitzware, no andarás de cacería!

—Mi niña, ni se me había pasado por la cabeza.

\* \* \*

Aunque había manejado herramientas durante toda su vida, ésta incluía una serie de detalles especiales: era de plata, con el peso adecuado para la mano, una amplia superficie con filigranas terminada en una punta roma y un delicado borde con el filo justo. La hundió en la carne rosa del salmón siguiendo una veta natural para hacer el corte, colocó la porción con habilidad sobre la espátula para servir y la depositó entera sobre el plato de color maíz. Siguiendo con la ceremonia, dejó la espátula sobre una bandeja de plata y

cogió un pequeño cucharón. Después de revolver dos veces la espesa *sauce diplomat*, como si quisiera hacer desaparecer cualquier impureza de orden espiritual, vertió, partiendo por la izquierda, un fino riachuelo sobre la tajada de salmón, se detuvo lo suficiente como para dejar que se formara un estanque decorativo en la parte superior, al igual que en un jardín, y luego guió el chorro hasta el delta perfecto que desembocaba al otro lado, deteniéndose justo antes de alcanzar la cenefa dorada del plato. Con un pequeño tridente plateado colocó un arreglo de alcaparras en la superficie seca, al norte del chorro. Y como colofón, añadió dos «rocas» de trufa negra junto al estanque del jardín. Con los guantes blancos tomó el plato por debajo para evitar la intrusión de su pulgar más allá del borde y ofreció esa obra de arte con la vista baja sin dejar de pronunciar las palabras «*Merci, madame*» con toda suavidad.

Aquella tarde, al subir a la cocina las bandejas de plata cubiertas con los entremeses, había observado al chef de los Beale mientras preparaba la *sauce diplomat*. Caldo de pescado, nata (al ser demasiado espesa había que añadirla a cucharadas), mantequilla de langosta, coñac y pimienta de Cayena. Ahora que la salsa se hallaba en un recipiente de cristal, a su derecha, el aroma que dejaba escapar lo estaba atormentando. Por lo general, cuando trabajaba en la Brasserie Heininger se las arreglaba para meter el dedo entre la cocina y la sala del comedor. Aquí, en cambio, uno estaba a la vista del público.

Pasó un rato sin tener que servir a nadie —los señores de mejillas rojizas estaban más interesados en la carne asada— así que se dedicó a contemplar a la multitud con mirada inerte, gracias a esa forma invisible de observación propia de un sirviente bien enseñado, y que hacía pensar que sólo el ritual del salmón podía devolverlo a la vida. Pero no, no estaba muerto; estudiaba la situación al detalle.

Todo era una pieza de vodevil cuyas partes eran escritas por los invitados según deambulaban por el impoluto linóleo negro a la luz de las velas. Cada uno de ellos, pensó, adquiriría una especie de aura de santidad a su manera. Esas manos temblorosas, los ojos saltones, los pronunciados escotes y las frentes brillantes. No había ninguna diferencia con Vidin, de hecho. Sin embargo, gracias a algún proceso mágico, toda esa gente se tomaba las cosas con filosofía, sin preocuparse demasiado por las bromas que la vida había infligido sobre sus cuerpos. Las viejas damas lucían grandes anillos y una mirada socarrona. Los hombres, con sus grandes barrigas, iban de punta en blanco sin dejar de soltar bromas. Las chicas de barbilla hundida agitaban sus discretos pechos al reír. Los delicados jóvenes con sus delicados bigotillos se

inclinaban con discreción y parecían atentos e inteligentes. «Dios bendiga a Omaraeff», pensó. A él le debía poder presenciar estos espectáculos.

Atendió a un hombre rechoncho de pelo claro que parecía perdido y sin amigos, y que iba camino de una profunda y deprimente borrachera. A continuación le sirvió a una alta dama de mejillas recargadas de colorete que le dirigió una mirada despectiva y exasperada. Mira que atreverse a servirle a ella. Vaya. Buena parte de los invitados eran ingleses, esa tribu que rodea sus rituales de misterio y que por algún motivo parece perpetuamente molesta con el mundo, ofendida, tal vez, por los insistentes intentos de la humanidad por descubrir qué diablos se les apetecía.

A él no le importaba. Sólo estaba para ofrecer salmón y *sauce diplomat*. La americana, Winnie Beale, flotaba por la sala prácticamente desnuda y sin asomo de vergüenza. Su único vestido era su posición social. Y parecía ser más que suficiente. Durante muchas noches seguidas le había tocado atenderla en el Heininger (durante la temporada de ópera era casi obligatorio acabar cenando tarde en el Heininger) y Omaraeff lo había informado de que a partir de entonces trabajaría en las fiestas privadas en la mansión de los Beale, en la rue Varenne.

También lo había informado de otras cosas. Le había dicho, por ejemplo, que Winifred Beale vino al mundo con el nombre de Ethel Glebb, la hija de un conductor de tranvía en una humeante ciudad de Ohio, junto al lago. Allí trabajaba como telefonista. De alguna forma se las había arreglado para llegar a conocer y finalmente casarse con Dicky Beale, de Syracuse, heredero de una inmensa fortuna que su abuelo había adquirido gracias a la fabricación de conductos para chimeneas.

Omaraeff lo sabía todo.

Así que lo había preparado para el inevitable enfrentamiento, anticipándose con una precisa descripción: la llamada para que se presentase en casa; el viaje en taxi por París en una tarde lluviosa cargando una bandeja de *langoustines*; las instrucciones del ama de llaves de «subirla al piso de arriba»; la pequeña biblioteca que miraba a los jardines del museo de Rodin; el ligero vestido de algodón estampado accidentalmente entreabierto; la mirada traviesa, las risitas, las palabras burlonas de adolescente; la caída en sus brazos como un paso de ballet; las vueltas abrazados sobre la alfombra oriental. «Responde a sus insinuaciones —le había dicho Omaraeff—, responde a cada una de sus acometidas, pero nunca tomes la iniciativa. Si ella quiere sacar el armamento pesado y disparar, es cosa suya. Pero no dejes que te excite. La más mínima señal de pasión por tu parte, querido Jristo, y no



volverás a trabajar aquí en tu vida». Había seguido esas instrucciones al pie de la letra. De cerca, era una mujer atterradoramente anodina. Con un rostro curtido por los años hasta alcanzar la neutralidad, tras tantos aceites, retoques, pinturas, preparados, arreglos y cremas que al final carecía de expresión o rasgos destacados: se había convertido en una tela vacía, que podía transformarse en lo que ella quisiera. El acto no fue consumado. Ella lo dejó, después de besarlo como si fuese una vieja tía cariñosa. Volvía a ser el camarero. Así que se arregló el pelo con la mano y se preocupó de dejar la bandeja de *langoustines* en su sitio, antes de regresar al restaurante en metro, guardándose el dinero del taxi.

Algunos de los invitados daban unos pasos de foxtrot al ritmo de la banda, formada por cuatro negros americanos que tocaban casi todas las noches en Le Hot Club. El líder, percutiendo con sus gruesos dedos sobre el teclado blanco, era Toledo Red, con su característico cigarrillo apretado entre los dientes. Los bailarines inclinaban los cuerpos al unísono, los ojos perdidos, sin dejar de saltar como marionetas sin hilos. Jristo mantuvo la vista sobre la escena un momento, como si estuviese viendo a través de todos ellos, analizando sus movimientos de baile a través de los espejos ahumados que recubrían las paredes. Se percató de que una de las cortinas, negras en este caso, aunque normalmente eran de color violeta, había quedado abierta en uno de los altos ventanales y creyó ver copos de nieve cayendo con lentitud al otro lado del cristal. Era la última semana del mes de marzo.

—Hola, qué tal, Nick.

De golpe, volvió a tener los pies en el suelo.

—*Madame* —respondió con una ligera reverencia.

—Sírvame un poco de salmón.

—*Bien sôr, madame.*

Cogió el cuchillo plateado para cortar el salmón. Era tan pálida y hermosa como una estrella de cine, una delicada flor en su último destello de esplendor antes de morir en la secuencia final. Solía encontrársela en su mesa en el Heininger y, a medida que las botellas de champán se iban quedando vacías («¡más champú, Nick!», le ordenaba), sus mejillas se coloreaban de rojo y se mostraba más excitada, batiendo las palmas y riéndose de cualquier comentario.

—*Merci, madame.*

—Muchas gracias, Nick.

Nick.

En el campo de internamiento en las inmediaciones de Perpignan donde los franceses lo habían encerrado mientras el gobierno socialista debatía sobre qué hacer con la guerra en España, Jristo había decidido convertirse en ruso. Estaba solo en el campo: sus tres compañeros de fuga habían desaparecido en medio de la noche tras decidir que la seguridad sólo era posible si ignoraban mutuamente sus intenciones. Renata y Faye Berns habían sido liberadas casi de inmediato. Andrés sólo había permanecido detenido un día, hasta que mostró un pasaporte griego que sacó de entre las costuras de su chaqueta.

Jristo, en cambio, carecía oficialmente de documentos: el pasaporte ruso con su nombre de guerra, Márkov, sólo podía traerle problemas y ahora yacía enterrado en un campo español, a diez centímetros bajo tierra, de modo que fue declarado apátrida por los oficiales franceses del otro lado de la frontera. Un ruso, pensó, podría perderse con mayor facilidad en una ciudad como París. Un búlgaro se haría notar: la comunidad de emigrados de ese país no era grande. Sin embargo, su plan no funcionó. El oficial de la Liga de las Naciones que finalmente se encargó de su caso durante la última semana de 1939 era checo, así que Jristo no intentó engañarlo. Al salir del campo, había tomado el nombre de su hermano, Nikko, y un apellido muy común en Bulgaria, Petrov. Los ingleses propietarios de la *brasserie* se encargaron de convertir Nikko en Nick.

El campo había sido un lugar horrendo. Los internos se pasaban los días arrastrando los pies junto a la alambrada o apostando cigarrillos a las cartas con una baraja hecha con pedazos de papel. Hacían corro en torno a hogueras que ardían en bidones de latón vacíos y no dejaban de urdir tramas en una mezcla de idiomas. Después de pasar allí el primer mes, Jristo comenzó a pensar seriamente en fugarse. Las tropas senegalesas a cargo de la vigilancia a veces no les daban agua en todo el día y los prisioneros, torturados por la sed, se pasaban horas implorando al otro lado de la alambrada bajo la mirada curiosa de los guardias. En ocasiones quedaba abierta una de las puertas; una clara invitación a la fuga. Claro que ser sorprendido en la huida significaba la deportación automática a España.

Pese a todo, durante su encierro tuvo un gran golpe de suerte. Había conocido a un ruso de nombre Vladi Z., un soldado de fortuna proveniente de una familia de talabarteros que habían trabajado en la corte del zar, en San Petersburgo, antes de emigrar a Berlín. Vladi Z. había sido reclutado por el Komintern para introducir armas de contrabando en España a través de las

montañas. Poco a poco había conseguido ahorrar algo de dinero, pero la codicia terminó por hacerle perder el sentido de la mejora, y lo pillaron. Retenido por los chequistas en Barcelona, había logrado escapar sobornando a sus guardianes con el oro que guardaba escondido «allí donde el sol no brilla nunca». Tras deambular unos cuantos días perdido en los Pirineos, consiguió cruzar a Francia por Port Bou junto a un grupo de periodistas americanos. Ya al otro lado dijo ser ciudadano alemán, aunque mantuvo oculto su pasaporte por temor a los chequistas y acabó encerrado. Pero le daba lo mismo, según le contó a Jristo, porque su familia en Berlín no tardaría en sacarlo de allí. «Debes irte a París —le dijo—. Ni el diablo podría encontrarte allí». Sin que nadie se lo hubiera dicho, daba por hecho que también Jristo tenía motivos para esconderse. «Una vez en París —continuó—, ve a ver a Omaraeff, es búlgaro como tú. Un gran hombre. Trabaja de *maître* en la famosa Brasserie Heininger. Dile que Vladi Z. te envía y preséntale mis respetos. Y si resultas ser un asqueroso provocador chequista, prepárate porque te buscaremos, ¿entiendes?, te *buscaremos* para acabar contigo cualquier noche». Una vez en el tren que lo trasladaba hacia el norte, el corazón de Jristo no podía contener el entusiasmo. Durante el viaje a través del paisaje invernal se dedicó a tocar el pasaporte Nansen en su bolsillo mientras sus esperanzas y sueños eran mayores que nunca: París. París.

La canción que tocaba la banda terminó y los bailarines se disgregaron aplaudiéndose a sí mismos. Toledo Red trasladó la colilla al otro lado de su boca y atacó la introducción de *The Sheik of Araby*. Se oyeron algunos gritos de emoción entre los invitados en el momento en que el saxofonista, un tipo alto y gordo con una sonrisa en la que brillaban algunas piezas de oro, se envolvió la cabeza con una de las servilletas de damasco con las iniciales de los Beale a modo de turbante. Winnie Beale había vuelto a hacer acto de presencia después de su dramática entrada, cubierta ahora con un vestido esmeralda de *crêpe de chine*, y se había puesto a bailar su propia versión de la pequeña esclava del desierto a la que Valentino declaraba su amor enfundado en una túnica de Balenciaga.

Al pasar junto a Jristo le dedicó una mirada llena de cariño. «Qué rara —pensó él— es toda esta gente que se pasa las noches en el Heininger y en la mansión de los Beale. Temperamentales, arrogantes, inseguros y a veces increíblemente amables. Eran los dioses y diosas de la ciudad, desde los antros llenos de humo de la Rive Gauche, en los que sonaba el jazz, hasta esas caravanas de coches conducidos por un chófer que atravesaban el Bois de Boulogne al amanecer. Y pese a ello, demostraban un curioso orgullo por el

hecho de conocer a un simple camarero. Sin saber cómo, había acabado por convertirse en un personaje menor dentro de todo ese mundo. Nick».

Más raro aún era que él sintiese cierto afecto hacia ellos. Aunque era más joven que la mayoría, a su alrededor todos se mostraban como si fuesen niños a los que él debía cuidar. «Nick, a ver si me ayudas con este botón». O: «Nick, sé bueno y échale una mano a *madame* con la langosta». O incluso: «¡Ay Nick! Me siento tan triste». Parecía que fuesen presa de sueños terribles, sueños que no conseguían entender. Premoniciones. Y por algún motivo, tenían la impresión de que él, Nick, sí que podía entenderlos; que él sí sabía lo que iba a ocurrir. Así que, llegado el momento, él se acordaría del cariño que ellos le habían mostrado y los protegería. Nunca iban a admitir que ellos eran los judíos de Berlín, los aristócratas de Rusia, los españoles acaudalados atrapados en Madrid, obligados a refugiarse en la embajada finlandesa, si bien, en el fondo, podían presentir que el mundo tal como lo habían conocido tenía las horas contadas.

—Querido muchacho...

Habían vuelto a sorprenderlo en mitad de sus ensoñaciones. Desconcertado, miró directamente al hombre que tenía delante. Era más bien bajo y bastante atractivo, con una tupida cabellera cobriza que le cubría la amplia frente. A primera vista sus ojos parecían extenuados, oscuros y sombríos, pero pasado un rato Jristo cayó en la cuenta de que era una ilusión creada por el maquillaje.

Bajando la cabeza, Jristo alcanzó la espátula para servirle salmón sin tardanza.

—No hace falta, muchacho, ya he cenado.

Le extendió una tarjeta de visita.

—Lláname cuando puedas, ¿vale? Suelo dedicarme a la fotografía y me gustaría hacerte un retrato.

Y desapareció.

\* \* \*

Una fina nieve caía sobre París mientras caminaba de regreso a casa después de la fiesta. Los adoquines parecían espolvoreados con azúcar y la luz amarilla de las farolas formaba un cono claramente demarcado, como la escenografía de una escena nocturna pintada en algún cabaret. Observó cómo el bulevar se tornaba color plata delante de sus ojos y gracias a cierta ilusión óptica, los chapiteles de las iglesias parecían separados de la base, como si flotaran libremente en mitad de esa noche sin viento. Todo eso ahí, delante de

él, sólo para sus ojos. Bastaba con que abriera una rendija en su corazón para que la ciudad se colase dentro de él y lo elevase en una especie de perfecta e inexplicable exaltación, más allá del alcance de la tristeza. Una pareja de policías con sus brillantes gorros pasaron junto a él en bicicleta. Una de las ventanas del Hôtel St. Cyr chirrió al ser abierta por un joven con las mangas de la camisa arremangadas que levantó su vista al cielo. Enmarcados por la ventanilla de un taxi detenido en una esquina de la rue de Rennes, un hombre y una mujer se besaron con timidez, sus labios apenas se tocaron, y luego se separaron un poco, para acariciarse mutuamente la cara con la yema de los dedos. En el café de la rue des Écoles, que permanecía abierto toda la noche, divisó un grupo de mujeres de edad cubiertas de colorete y empaquetadas en sus abrigos de astracán, reunidas en torno a una mesa cerca de la barra. Cada una tenía un minúsculo perro sobre la falda o acunado en un brazo. Por la forma en que las mujeres se inclinaban por encima de la mesa, parecía que estuviesen urdiendo una conspiración. Después de todo, ya eran las tres de la madrugada. ¿Qué motivo las reunía a esas horas? «El enigma de los perros falderos», pensó. La conspiración más improbable de 1937, año de conspiraciones.

Pero en esa ciudad nada era lo que aparentaba ser. Hasta los bloques de piedra gris de los edificios escondían en su interior un montón de matices que sólo eran visibles bajo cierta luz pasajera. Al comienzo, la corriente de secretos que recorría las calles le había hecho sentir tenso y alerta, pero con el tiempo se había dado cuenta de que, en una ciudad de pasiones clandestinas, todos eran espías. *Amours*. Fugaces o eternamente renovados, tiernos o crueles, de un único sorbo o de una interminable bacanal: todos eran la verdadera vida y ocupación en este lugar en el que el dinero nunca era suficiente y el poder siempre terminaba por desvanecerse. Y desde el día de su llegada, él mismo había guardado sus propios secretos.

Tenía por delante una larga caminata. Desde la rue de Varenne, en el distrito Séptimo, corazón de la moda parisina, hasta la habitación que tenía alquilada en una calle en la que se repartían sastres judíos y pequeñas ópticas, un poco más allá de la Place de la République, no lejos del cementerio de Père Lachaise. Habitualmente tardaba cerca de dos horas, aunque a veces hacía durar más la caminata cuando quería. Durante un rato caminó en compañía de Marko, el barman, y su sobrino Anton, que lavaba la cristalería y la vajilla de porcelana. Cada uno cargaba un paquete marrón atado con un cordel, aunque el de Jristo era bastante más pesado. Eran los «extras» que incluía la profesión de camarero. El *sous chef* se había preocupado de

envolverlos a la manera de una *pâtisserie*, donde doblan el papel de tal modo que su elaborada pastelería sobreviviera intacta al traslado por parte de un niño. Protegidos en los paquetes iban los trozos algo resquebrajados de una terrina de paté de pato y ciervo, puntas de espárrago blanco y gruesas lonchas de ternera del Limousin, al gusto de los ingleses. Además, Marko había colocado una botella bajo la barra para vaciar los restos de coñac. Los Beale habían ofrecido a sus invitados un Armagnac, cosecha selecta de 1896, que ahora servía de sustento a los tres en su caminata.

A su modo de ver, la fiesta había sido todo un éxito. Nadie había acabado a puñetazos; sólo un par de bofetadas por disputas políticas, y no románticas, por lo que no se había producido mayor discusión. El ascensor en forma de tulipán seguía igual de desvencijado, pero no hubo que atender los gritos de espanto de algún invitado atrapado entre dos plantas. Nadie saltó por las ventanas ni prendió fuego a las cortinas. Tampoco hubo intentos de verter el champán en alguna prenda interior femenina y luego exprimirla para beberlo como si fueran odres de vino español. A los americanos les gustaba beber de los zapatos, con la curiosa idea de que los románticos europeos lo hacían así. El chef, según Anton, que trabajaba en la cocina, había tenido una de sus mejores noches. Silbando y batiendo, había preparado el banquete a un ritmo desenfadado, dando órdenes a sus ayudantes como un domador de leones de buen humor. Casi no se había oído un solo taco en toda la noche. Según el personal de la casa, esta inusual serenidad en su carácter se debía a sus buenas relaciones con una de las sirvientas de Madame, con quien había estado follando sin parar durante los últimos días. Pero ¿con cuál? ¿Con la pequeña pelirroja y tímida de Quimper? ¿O con Tomasina, la exuberante italiana con un par de ancas capaces de mandar a cualquiera despedido por los aires? Y ya que estamos, ¿qué decir de la señora Beale sin ropa? ¿Qué comentarían las columnas de sociedad? ¿Lo verían como algo emocionante o como el gesto propio de una persona sin auténtica clase? «Yo le serví el champán — comentaría Marko en su recio francés de eslavo—, y su teta izquierda estaba apuntando a Praga».

Juntos caminaron a lo largo del Boulevard St. Germain casi hasta el final. En cierto punto, Marko y Anton enfilaron hacia sus habitaciones, cerca de la estación de Austerlitz, mientras Jristo atravesaba el río a la altura del puente de Sully. Mañana por la noche, pensó, tomaría el puente Marie. Su instinto, ya entrenado, le decía que no debía usar la misma ruta todas las noches. Uno variaba sus hábitos diarios a la menor oportunidad, hacía lo más difícil posible predecir el tiempo y el lugar donde ibas a estar: después de todo uno

no podía sacarse del cuerpo la calle Arbat con tanta facilidad. Su ruta lo llevó a atravesar el Marais, el barrio judío, lugar adecuado para acelerar el paso. A medida que la situación de los judíos en Europa se iba haciendo más difícil, las calles del Marais le recordaban cada vez más a un laberinto, una gran trampa. Al alcanzar la frontera norte del distrito se detuvo un momento para calentarse junto a los conductos de aireación de una panadería que había encendido sus hornos de leña una hora antes, y luego enfiló hacia casa.

Un pequeño y maltrecho Simca subía por la rue du Chemin Vert, a sus espaldas. El coche avanzaba con demasiada lentitud para su gusto, así que se detuvo en un portal y lo dejó pasar. Le divirtió comprobar que el conductor iba increíblemente borracho. En cualquier caso, tenía que mantenerse alerta. «Nunca te confíes», era lo que se solía decir. Y nunca lo había hecho. Seguía leyendo los periódicos de la comunidad de emigrados rusos, como miles de personas más, con el corazón esperanzado. En el Este, el NKVD —o más bien, todo el sistema soviético— se castigaba a sí mismo como un escorpión enloquecido a medida que Yezhov, el enano de cabellos rojizos, desencadenaba una purga tras otra. ¡Perfecto! «Dejemos que se hagan pedazos, pensó. Dejemos que se hundan en el barro de la confusión burocrática hasta que no quede ni un solo expediente». La simple deserción de un oficial menor de inteligencia se perdería para siempre entre sus abundantes listas hasta acabar en el fondo del océano de la burocracia.

Al menos ésa era su esperanza, aunque los conocía muy bien. Se había cambiado de lado la raya del pelo y dejado crecer un espeso bigote (todos los camareros de las *brasseries* de París tenían que estar cubiertos de un buen pelaje: servía para subrayar ese aspecto de animales nocturnos que los dueños de los locales deseaban fomentar) y, no sin remordimientos, había destruido la ropa que llevaba en España. Ahora tenía un viejo abrigo de piel de becerro comprado en un *marché aux puces* a las afueras de la ciudad. Aparte de eso, sólo quedaba la fatalidad. Los refugiados de los países del Este y de Alemania llegaban a París sin parar y él era uno más en medio de esa marea. Se empleaba a fondo para ser *Nick el camarero*, escondía su dinero en una pared del pasillo que llevaba a su habitación, detrás de un aplique suelto, y mantenía una relación estrictamente superficial con sus conocidos. A excepción de Omaraeff. No tenía otras necesidades. Tenía su empleo, tenía la ciudad y tenía algo mucho más importante.

Al llegar a su cuarto se quitó la ropa con calma y se aseguró de que los postigos estuviesen bien cerrados. La ventana daba al este y la pálida luz del amanecer en invierno se colaba a través de las tablillas, creando un ambiente de semipenumbra que le parecía sereno y atemporal.

Como era habitual, ella fingía estar dormida. Pero si mantenía los ojos cerrados, ¿cómo sabía en qué momento estaba listo para entrar en la cama? Porque siempre elegía ese preciso instante para estirarse y retorcerse. Así le mostraba las formas de su cuerpo bajo la suavidad de la manta que la cubría.

—¿Aleksandra? —preguntó suavemente, de pie junto a la cama.

—Estoy durmiendo —respondió ella, sin inquietarse por su contradictoria afirmación, ni por ninguna otra.

Jristo se deslizó silenciosamente entre las sábanas hasta quedar junto a ella. Pasado un rato, cuando el sueño ya había comenzado a apoderarse de él, sintió la mano de ella.

—Te estás moviendo en sueños —le susurraba él.

—Estoy soñando.

—Ah.

—Es un sueño terrible.

—¿De qué se trata?

—Son cosas, cosas indescriptibles que están a punto de ocurrirme, al amanecer, algo demasiado malo para describirlo... mi corazón late con fuerza...

—Muy bien. Ahora vuelve a dormir.

—Sí, tienes razón.

—¿Aleksandra?

—¿Qué?

—Ya ha comenzado a amanecer.

—¡Oh, no! Dime que no es verdad.

¿Quién era ella?

No estaba totalmente seguro. Según el pasaporte su apellido era Varin, francés, probablemente, o ruso tal vez. En cualquier caso, ella decía que no era su apellido verdadero. Lo que él sí sabía es que ella quería seguir siendo un misterio a sus ojos, una criatura salida de la noche de París, una aparición, libre de las claustrofóbicas ataduras del apellido o de la nacionalidad. Era un montaje a conciencia, algo que no ocultaba, un refugio que ella se negaba a abandonar.



—¿Quién eres en realidad? —le había preguntado él en más de una oportunidad.

—Ah —contestaba ella, melancólica como una cantante de cabaret—, si uno supiera esas cosas.

Escribía su nombre a la manera eslava, lo que hacía suponer ciertas conexiones con esa raza de inmigrantes repartida por toda Europa. Trieste, quizá. Su espíritu, decía, y su mente pertenecían a Rusia. Y para recalcar sus palabras, solía soltar unas sonoras maldiciones en ruso que normalmente se las dedicaba a él. Era pequeña, desamparada, de pocas sonrisas, con una espesa mata de pelo rubio que caía sobre su frente cada vez que giraba la cabeza y unos enormes ojos de mirada fría y profunda como los de un animal nocturno. A él le resultaba extraño que fueran de color oscuro, en contraste con su pálido semblante: era como si una sombra viviese en su interior. Tenía un carácter fuerte y la menor provocación la ponía en pie de guerra.

Pero también había en ella algo de la agudeza de la gente del campo, algo que a él le resultaba muy familiar, un eco del mundo del que provenía. Podía salir del cuarto con un par de monedas y regresar cargada con un montón de cosas. Hablaba el duro francés de las calles de París (según las circunstancias lo llamaba *mec*, tío, con voz ronca y áspera) y una que otra palabra de inglés aprendido en el *cinéma*. A veces lo sorprendía con frases memorizadas de alguna película americana en la que unos hombres de bigotes finos como un lápiz se batían por asuntos de negocios y por la heredera. «¿Qué pasa, Trumbull?», le soltaba mientras se bajaba la boina que cubría su abundante cabellera.

Había nacido en el campo, según contaba, en algún lugar al sur de Francia, aunque su familia provenía *de otra parte*. A los dieciséis años había llegado a París, sola y sin dinero, pero había sobrevivido. Su padre, dependiendo de la hora del día, era un gánster, un poeta o un miembro de la nobleza. Ella no lo había conocido y sólo conservaba algunos recuerdos que le había transmitido su madre, que pasó a mejor vida con la epidemia de gripe de 1919. Ella había sido criada por una tía, o más bien, por una mujer que se hacía llamar tía, o que quizá había conocido a su tía. Nunca contaba una historia de la misma manera dos veces, así que Jristo terminó dándose por vencido (inconsistencia reconocida: la única defensa efectiva contra un interrogador profesional) y se remitió a su presente, que era donde ella deseaba estar.

La había conocido en la librería en la que trabajaba, oculta tras una nube de humo azul. Tenía unas manos pequeñas y fuertes, y él fue incapaz de

quitarle los ojos de encima según iba poniendo los libros en orden. Entonces, ella le preguntó «¿Qué estás mirando?», y él se lo dijo. Ella le propuso un café y ambos frieron a una cafetería. Esa tarde la esperó a la salida del trabajo. Al final de la velada, decidieron ir a la habitación de él. Un día después, ella llamaba a su puerta con una maleta de cartón en la mano. «He traído unas cosas», le dijo.

Aleksandra se había encargado a su manera de enseñarle cómo ser su amante. Las instrucciones habían consistido en un amplio surtido de mohines y cortejos, miradas aviesas, ataques y retiradas, además de un montón de estratagemas. Ella lo provocaba hasta convertirlo en un salvaje, y entonces huía de él. Pero nunca iba demasiado lejos. Así lo fue guiando, con sutileza, a situaciones especiales y delicadas, incluso ella podía acabar cantando para demostrarle cómo juegan los enamorados.

Y así lo fue seduciendo. A veces de una forma, a veces de otra. Con la melancolía de un día lluvioso o con una borrachera absurda después de un par de vasos de vino.

—¿Hemos hecho algo malo? Te juro que no me he dado cuenta.

Aleksandra era muy lista a la hora de «hacer travesuras» para hacerlo «enloquecer». A veces, fingiendo, ella le permitía darle un vistazo a algo que se suponía que no debía ver, como si hubiese sido algo accidental, una mirada furtiva. Le hacía creer que la tenía atrapada e imploraba piedad. Otras veces se hacía pasar por su captora y empleaba la voz disciplinaria de un profesor de escuela. En ocasiones, se vestía para él. Nada intencional, en apariencia: simplemente él la sorprendía en ligeros y medias de seda mientras ella buscaba sus pendientes. En otras ocasiones, cuando él se iba a la cama, Aleksandra aparecía con la virginal bata de una colegiala y lo llamaba *papi*. Así le enseñó una cosa y otra, hasta que un día él cayó en la cuenta y abrió los ojos: la única forma en la que un hombre se convierte en un buen amante es en las manos de una mujer que lo desea.

Él nunca tuvo tiempo de sentir celos de sus antiguos amantes, quienesquiera que hubieran sido. El mundo parecía lanzado en una carrera hacia el abismo, por lo cual, al igual que los demás, él se dedicaba a disfrutar del momento y a vivir preparado para lo peor. El pintalabios se volvió carmesí, los peinados se retorcieron en extrañas formas y comenzaron a verse vestidos con los que una mujer no podía ni sentarse. Los romances que empezaban un viernes ya habían sido enterrados al miércoles siguiente. Todas las mujeres del mundo parecían desearlo, porque podían intuir —creía él— lo que pasaba en su pequeña habitación. En el Heininger, las chillonas inglesas

le ponían las llaves de su apartamento en la mano, rendidas a la idea de acostarse con la clase trabajadora, que en este caso venía a ser un esclavo con pinta de duro. Él les sonreía con fingida tristeza y devolvía las llaves con expresión de arrepentido por no poder aprovecharse de la oportunidad, en un gesto de caballerosidad calculado para evitar que volcaran su rabia contra él.

Si había alguien con quien deseaba abandonarse a la tentación era con las francesas, especialmente con aquellas que le sacaban algunos años. Bastaba con una simple mirada por la calle para sucumbir a sus encantos, pero todo se desvanecía antes de llegar a convertirse en algo. Sus ojos se giraban ansiosos cuando una de ellas pasaba dejando un reguero de perfume, que él inhalaba en pleno éxtasis. ¿Qué había sido eso?

Pero Aleksandra, que olía a sopa o a limones, o como alguien que acababa de estar expuesto al calor del sol, era más que suficiente para él. De modo que sólo comía en una mesa y no tardó en reconocer que el amor lo había atrapado.

\* \* \*

En Vidin, el viento de marzo soplaba con fuerza sobre el río, erizando la superficie del agua y aplastando los juncos que crecían junto al embarcadero. Aún quedaban unos cuantos manchones de nieve repartidos sobre el camino de tierra que pasaba frente a las cabañas de los pescadores en la ribera. Una pareja de ancianos de vestimenta oscura caminaba doblando el cuerpo para hacer frente al viento. La anciana llevaba la cabeza cubierta por un chal negro mientras el hombre sujetaba con la mano la gorra que lo cubría. Era domingo y volvían a casa después de misa.

Al llegar al sendero que atravesaba el jardín de la casa se detuvieron. La mujer señaló hacia la barcaza atada a un pilote entre los juncos y le dijo algo a su marido. Él sacudió la cabeza y se encogió de hombros. El hombre no sabía, ni tampoco le importaba. Al entrar en casa encontraron a un extraño sentado a la mesa, junto a la estufa. Llevaba un gorro de lana e iba vestido como los pescadores de la zona. Cuando entraron, el hombre se levantó educadamente.

—Les ruego que me perdonen —dijo en ruso— por entrar en su casa sin haber sido invitado.

En ese momento la mujer lo reconoció: era el hombre que se había llevado a Jristo de Vidin. De inmediato se llevó las manos al nudo del chal. El viejo continuaba observando al extraño.

—¿Quién es usted?

—Es el ruso —exclamó su mujer, y deshizo el nudo. Pero su mandíbula mantenía la tensión por la angustia.

El anciano no dejaba de mirarlo fijamente. Al fin, como si de pronto hubiera recordado, dijo:

—Sí, claro.

La mujer abrió la puertecilla de la estufa, arrojó unas cuantas ramas de roble y avivó el fuego con un atizador de hierro. A continuación cogió una cubeta con agua del pozo, llenó la tetera y la colocó sobre la estufa, y puso unas cucharadas de té negro en un abollado samovar de cobre. La habitación no tardó en calentarse y el olor intenso y dulce de la madera ardiendo se expandió por la casa.

El ruso se dirigió al viejo con amabilidad:

—¿No prefiere sentarse?

El hombre se sentó, se quitó la gorra y la acomodó con cuidado sobre sus rodillas, como si él fuese el visitante, y se dispuso a escuchar. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, irritados por el viento.

El ruso caminó hasta la ventana, se detuvo y miró hacia fuera.

—Tuve que entrar para que no me vieran los vecinos —explicó—. Ya sabemos cómo están las cosas por aquí y no quiero causarles problemas.

La mujer esperaba junto a la estufa a que hirviese el agua.

—¿Tomará una taza de té? —dijo.

—Sí, muchas gracias —respondió el ruso y tomó asiento—. Les he traído una carta. Es de su hijo.

—¿De Nikko? —preguntó el anciano.

La mujer acomodó la tetera sobre la estufa ruidosamente.

—No —respondió el ruso—. De Jristo.

El viejo asintió con la cabeza.

—¿Quieren que se la lea? —preguntó el ruso.

—Sí, por favor —dijo la mujer dándole la espalda.

El visitante rebuscó en su chaqueta de lana y sacó un trozo de papel, lo desdobló con todo cuidado y lo alisó sobre la mesa.

—No lleva fecha, por supuesto, pero puedo decirles que fue escrita la semana pasada.

—Entiendo —dijo el anciano entrecerrando los ojos y asintiendo con paciencia, como si entendiese perfectamente la complicación de este tipo de asuntos.

—Comienza así: «Querido papá, un gran saludo. Espero que tú, mamá y Helena estéis bien y con buena salud, y que la pesca haya sido abundante este

año. Yo me encuentro bien, aunque tengo que trabajar duro y aún me queda mucho que aprender. Me va muy bien en la escuela y mis superiores están encantados con mis progresos. Todos aquí desean que llegue pronto el día en que pueda regresar para veros. Por favor, besa a mamá de mi parte. Tu hijo, Jristo».

La anciana se alejó de la estufa y el ruso le pasó la carta. Aunque no sabía leer, la sostuvo a la luz y pasó los dedos por ella.

—Gracias —le dijo al ruso y le extendió la carta al marido—. Mira. Es de Jristo.

El hombre permaneció con la vista en el papel por un rato y luego dijo:

—Es buena cosa.

—Le está yendo realmente bien —añadió el ruso, al tiempo que recogía la carta—. Mucho mejor que a la gran mayoría.

—¿Y está en Rusia? —preguntó la mujer.

El ruso sonrió a modo de disculpa.

—No puedo decirles dónde está. Créanme que lo siento, de verdad. Aunque, por otra parte, sé que él estaría orgulloso de que ustedes lo supieran.

—Mmm —masculló la anciana, decepcionada.

Por un rato permanecieron en silencio. Luego el ruso volvió a tomar la palabra:

—Está allí donde siempre quiso ir. Pero no deben decírselo a nadie.

La mujer regresó junto a la estufa. El agua comenzaba a hervir.

—Nunca hablamos de él —dijo.

—Pero seguramente ustedes ya se imaginan dónde está —contestó el ruso. Ella se quedó pensando un instante.

—¿Está en Viena?

—Tal vez —dijo el ruso.

—O en París.

El ruso abrió sus manos en señal de impotencia. No tenía permiso para contárselo.

—Cómo soñaba con ir a esos lugares —recordó la mujer sacudiendo la cabeza, y vertió un delgado chorro de agua humeante en el samovar—. Nosotros ni siquiera hemos estado en Sofía, ¿sabe?

Dejo el té reposando, se acercó a su marido y le apretó el brazo.

—Nikolai —dijo—, ¿has oído eso? Está en una gran ciudad. En Viena o en París, o en algún lugar así.

El anciano asintió.

—Es buena cosa —reconoció.

\* \* \*

Se despertó al mediodía, encendió un Gitanes del paquete que tenía sobre la mesilla de noche y se recostó contra la almohada, con la vista puesta en el humo azul que ascendía hacia el techo. De una esquina de la habitación colgaba una telaraña perfecta en cuyo centro se afanaba una pequeña araña. *Max*, la bautizó Aleksandra. La mascota de su casa. El humo del cigarrillo parecía afectar a *Max*, provocándole un fuerte deseo de recorrer la telaraña como un loco. Encima del tocador, las sobras de la fiesta parecían un bufé en miniatura, aunque Aleksandra se había encargado de hacer desaparecer casi todos los espárragos. Los otros manjares que había traído a casa permanecían desordenados, en un nido de papel marrón y cordel.

Aleksandra se había marchado al trabajo, a la librería cercana al Café de Flore, en la plaza frente a la iglesia de St. Germain-des-Prés. Era una tienda de libros comunista-surrealista-anarco-dadaístas, una auténtica jungla de la Rive Gauche llena de frondosas barbas, pipas curvas, jerséis negros y chicas de ojos almendrados de mirada intensa. Un lugar serio en el centro geográfico del torbellino artístico y político de la ciudad, decorado con carteles con todo tipo de figuras con el puño en alto. Según Aleksandra, todas las celebridades locales —Picasso, Modigliani, Jean Cocteau, André Breton— se dejaban ver por allí, antes de sentarse en su mesa habitual del Café de Flore.

Desnudo y con el cigarrillo entre los dedos, se levantó de las sábanas arrugadas y fue a abrir los postigos descalzo, sobre el suelo frío. Por encima de los tejados, un cielo azul intenso surcado por algunas nubes blancas procedentes de la costa bretona. Al otro lado de la calle vivía una chica a la que Jristo había saludado una vez con la mano mientras ella sacudía un paño del polvo. Ella le había devuelto el saludo con la mano. Pero sus persianas estaban cerradas esta mañana. Si abría la ventana y sacaba medio cuerpo fuera podía ver la calle. Las mujeres pasaban con largas barras de pan asomando de la bolsa de la compra. Los chicos volvían a casa del colegio con sus uniformes para comer. Uno de los sastres judíos, con la kipá sobre la coronilla, chaleco negro y las mangas de la camisa arremangadas, dejó a su gato en el umbral de la tienda. El aire olía a polvo, a basura, a ajo y a mes de marzo. Ni rastro de la nieve de anoche.

Se puso los pantalones y una camisa y bajó al vestíbulo para usar el baño. Volvió a la habitación y ajustó los postigos de tal manera que aún podía ver un pedazo de cielo pero nadie podía mirar hacia el interior. Luego desenvolvió la pistola envuelta en papel marrón, encendió otro cigarrillo, lo dejó descansar en un cenicero Suze y se dispuso a trabajar. Colocó el material

delante y lo examinó bajo la luz: era una 9 mm automática de fabricación polaca, modelo wz/35, por el año de diseño, a la que llamaban Radom por el lugar donde había sido hecha. Grande y pesada, tenía una excelente reputación como herramienta fiable. Durante un rato se dedicó a jugar con ella y descubrió que aquello que parecía un seguro era, en realidad, un cerrojo que hacía más fácil desmontar el arma. Así que la desarmó, revisó si tenía alguna incisión, pero vio que estaba perfectamente lisa y aceitada. Las cachas de madera sí tenían algunas raspaduras y cortes. Era obvio que la pistola había sido utilizada.

Había comprado la pistola siguiendo el consejo de Omaraeff. Uno no podía decirle que no al buen amigo que además era tu jefe. Tampoco le había costado mucho encontrarla. Le bastó con una visita al barrio turco, bastante pasado el Boulevard Raspail, en los límites de la ciudad. Al segundo intento, encontró el café que buscaba, donde entabló conversación con un hombre llamado Yasin (al menos, eso fue lo que dijo). Después de pasarle seiscientos francos y esperar veinte minutos, regresó con la Radom.

Jristo volvió a empaquetar el arma, le echó una mirada al reloj que estaba sobre la mesa, terminó de vestirse y partió en dirección al metro.

Omaraeff le había dicho que comerían juntos en un lugar llamado Bistro Jambol, nombre que, por feliz coincidencia, también tenía un pueblo en Bulgaria. Pero al abrir la puerta de ese restaurante de cristales empañados, se dio cuenta, horrorizado, de que no era una simple coincidencia. El olor de los *agneshki drebuliiki*, entrañas de cordero con ajo a la parrilla, lo asaltó de inmediato, al mismo tiempo que caía en la cuenta de que se hallaba en medio de una habitación llena de expatriados búlgaros con una pistola polaca envuelta en papel marrón. Entonces se percató de que sudaba. ¡Con todos los lugares que podía haber escogido! La mitad de los agentes del NKVD debían de rondar por las inmediaciones. Justo cuando daba un pequeño paso atrás, sintió que una mano se posaba en su hombro. Giró la cabeza y descubrió la presencia de un pequeño camarero con el pelo engominado y tuerto.

—¿Omaraeff? —preguntó el hombre.

Jristo asintió, confuso.

El hombre lo tenía cogido con la fuerza de una tenaza. Jristo ya se imaginaba de camino a las mazmorras de la Lubianka.

—En el piso de arriba —dijo el hombre en búlgaro, indicándole con la cabeza una retorcida escalera en la pared del fondo.

Arriba, las mesas se amontonaban en una balconada.

—¡Nikko! —Omaraeff le hizo señas—. ¡Aquí!

Caminando de lado logró vadear un mar de personas (que a su paso le buscaban la mirada) sin dejar de conversar y gesticular mientras avanzaba.

—*Zdrasti!* —lo saludó Omaraeff cuando alcanzó su mesa—. Que vivas largos años. No pruebes el cordero.

Jristo clavó la vista en el papel garabateado en cirílico que servía de menú. El camarero le llenó un vaso empañado con un vino amarillo que olía a resina.

—¿Qué pido, entonces?

—Prueba el *shkembe*.

Riñones de ternera preparados en leche. Fue lo que pidió y el sudoroso camarero desapareció enseguida. La habitación estaba cargada con una densa nube de humo de tabaco negro.

Omaraeff sonrió.

—Como en casa, ¿eh, Nikko?

—Sí —corroboró Nikko—, como en casa.

Omaraeff solía describirse, sin perder la sonrisa, como un «rumano de circo». Su enorme cabeza estaba perfectamente afeitada y llevaba un gran mostacho de turco, de puntas finas. Se parecía a un forzudo de circo, apariencia que contribuía a su caché como *maître* en el Heiningen. Para la ocasión se había vestido con un terno de lino gris pálido, rematado por una corbata de seda en tono lavanda, fijada con un pasador con una pieza de cristal color rubí. Y para aderezar el conjunto, una aureola de colonia con aroma a clavo. Tomando un largo sorbo del vino resinoso, cerró los ojos con placer. De pronto, una dramática expresión de melancolía se abatió sobre él.

—Ah, Nikko, qué triste es ir dando vueltas por este mundo.

Y levantó su vaso ante la mirada de Nikko, por los viejos buenos tiempos.

—Así es —repitió Jristo, para no ser descortés. Pero podía ver a Omaraeff en su imaginación, comiendo en la cocina de la Brasserie Heiningen antes del inicio de la velada nocturna. Una chuleta de ternera blanca de Normandía regada con un poco de Chambertin. No parecía un exilio muy sufrido.

—Recuerda lo que te digo, chico: nuestro momento está a punto de llegar.

Le trajeron un abundante plato de *shkembe* que desprendía un intenso aroma a pimienta roja y crema ácida, mezclado con el singular olor de los riñones. Jristo hurgó en la comida con un tenedor y se llevó una patata cocida a la boca.

—Te he comprado una Radom —dijo, mirando el paquete de papel marrón, que estaba junto a un plato de trozos de cebolla cruda.

—Bien. Ella hablará por nosotros. Le hablará al mundo.



—Vaya.

—Mmm —masculló Omaraeff con la boca llena. Tragó vigorosamente antes de volver a hablar—. Los *bolsheviiki* nos presionan, ¿eh? —Se limpió la boca con una gran servilleta y levantó su vaso—. ¡Por el zar Boris!

—Por el zar Boris —repitió Jristo. El vino era espeso y amargo.

De pronto se levantó un grupo de voces. Miró por encima de la barandilla de la balconada y vio que dos hombres de barba blanca se habían levantado abruptamente de la mesa y tirado un plato de sopa amarilla que yacía ahora en el suelo.

—¡Una polla en tu tumba! —gritó uno de los hombres.

—¡En la tuya! —respondió el otro, agarrándolo del cuello.

Los restantes clientes daban vítores a medida que los contendientes se atizaban. Los camareros aparecieron raudos para separarlos, la mesa acabó por los suelos con estrépito, mientras varios tipos forcejeaban en corro sobre la sopa derramada por el suelo.

Omaraeff sacudió la cabeza con admiración.

—Mira a ese viejo perro de Gheorghiev. Es todo honor. Dale duro, Todor —gritó desde el balcón—. ¡Pártele la cabeza a ese bastardo! —Se volvió hacia Jristo y presionó con su grueso índice el paquete marrón—. Ahora es el momento para esto. Ya verás.

Sus uñas estaban perfectamente recortadas y lucían el brillo opalescente que produce un paño de gamuza.

—Tal vez es mejor que no me cuentes demasiado, Djadja Omaraeff. Hay cosas que es mejor hacer en secreto.

Todos llamaban «tío» a Omaraeff.

—¿Que no te lo diga? ¿Que no se lo diga a Nikko? Diablos, chaval, pues vas a ser tú el que lo acabe diciendo.

—¿Yo?

—Ya verás —levantó su vaso—. Adolf Hitler.

—Adolf Hitler... —repitió Jristo.

En la esquina del Boulevard St.-Michel esperaron a que los *flics* les permitiesen cruzar la calle. Ante ellos marchaban filas de hombres y mujeres gritando y cantando.

Omaraeff llevaba un abrigo largo que combinaba con su traje. El viento racheado jugaba con sus solapas y bajos mientras permanecía en la acera con los ojos ardiendo y los puños cerrados en los bolsillos, como si temiese que

alguno fuese a abandonar la manifestación para arrearle un par de tortazos. A su lado, Jristo estaba envuelto en su gastada chaqueta de piel de cordero. A los ojos del mundo ofrecían el aspecto de un tío de buena posición y su sobrino caprichoso, que acababa de levantarse de una comida dedicada a su instrucción moral.

—¿Y quiénes son éstos? —preguntó Omaraeff. Su voz era puro desprecio.

—Estudiantes de medicina, creo. Los estetoscopios...

—Ajá. Doctores. —La palabra ya lo decía todo.

Un joven con los cabellos desordenados de un artista se volvió hacia ellos y levantó el puño.

—¡Frente rojo! —proclamó orgullosamente.

Un tipo flaco que estaba a su lado añadió:

—¡Uníos a nosotros!

Su compañero terminó la frase:

—¡Para traer paz y aliviar el sufrimiento de la humanidad!

Jristo se los imaginó en una habitación con Yáshcheritsa y sonrió con tristeza.

—¡Vamos! —insistió el joven al observar su sonrisa.

Un grupo de mujeres en uniforme, cofia blanca y capa gris, marchaban detrás de una pancarta desplegada a lo ancho de la calle: ENFERMERAS POR LA JUSTICIA SOCIAL.

Omaraeff gruñó desde lo más profundo de su garganta:

—Id a echarle una mirada al culo de Stalin a ver si encontráis justicia — Jristo no pudo contener la risa—, y de paso le echáis un poco de talco en las pelotas.

Las enfermeras llevaban un severo corte de pelo y sus caras estaban pálidas, sin maquillaje, aunque le parecieron muy guapas.

—Camaradas —gritó una de ellas—, tened valor.

«Palabra del Señor», pensó Jristo. Iba a necesitar valor para enfrentarse a Omaraeff. «Puede que conozcas a un hombre bastante bien, meditó, hasta que te hace ver sus ideas políticas y se vuelve un lobo ante tus ojos». ¿Por qué no se limitaba simplemente a ser un camarero?

Detrás de las enfermeras venían los empleados municipales, hombres y mujeres iracundos y desastrados, de expresión sombría. Uno podía imaginarse los libracos apilados en sus casas, aprendidos de memoria, y la escopeta guardada en el armario. «Se acerca el día», se podía leer en sus ojos. Jristo sabía que dominarían el mundo bajo el comunismo, y ese mundo, que ahora

despreciaban, engendraría eternas listas de pequeñas ofensas que reparar después de su triunfo.

—¿Y aquí a quién tenemos? —preguntó Omaraeff.

—Son los funcionarios municipales.

—Parecen peligrosos.

—Lo son.

Omaraeff hablaba con la boca casi cerrada:

—Ya ves a lo que nos enfrentamos. Una vez que comienzan las manifestaciones, lo que sigue son las bombas. Pues bien, tendremos que detener todo esto. Confía en mí. Durante mucho tiempo he preferido mirar a otra parte. Éste no es mi país, me decía, que se vayan al infierno de la manera que más les guste. A mí qué me importa.

—¿Y qué ha cambiado?

—Todo. Todo ha cambiado. Ahora hay huelgas aquí, en Inglaterra... hasta en América hay huelgas. Y afiches y desfiles. Y los demonios del NKVD están por todas partes, removiendo el puchero. ¿Sabes a quién me refiero?

—Sí.

—Pues estarás de acuerdo conmigo, ¿no?

—Por supuesto —replicó. Inconscientemente se cambió la pistola empaquetada de mano.

—Uno podría emplearla ahora mismo —dijo Omaraeff—, con un buen propósito.

—Bueno...

—Pero tengo cosas más importantes en mente.

Se produjo un revuelo en el bulevar. Un hombre había gritado algo que llegó a los oídos de los manifestantes y uno de ellos se acercó amenazante hacia quien los había increpado. Un policía apareció y se acomodó el gorro, equilibrado por piezas de plomo en sus costuras. El manifestante regresó a las filas de la marcha haciendo un gesto obscuro. Sus compañeros, un batallón de funcionarios de limpieza que cargaban con sus escobas a modo de rifle, soltaron un rugido de aprobación.

A sus espaldas venían las dependientas de *les grands magasins* con sus blusones grises. Y en mitad de ellas avanzaban Winnie y Dicky Beale, tomados del brazo, con semblante de dolorosa pero esperanzada expresión, perfectamente a tono con la atmósfera emocional de la marcha. Jristo observó que estaban adecuadamente vestidos para la ocasión: Winnie Beale llevaba una gorra de trabajador con la visera convenientemente ladeada sobre un ojo

y un traje de hombros marcados que le había regalado Schiaparelli y que solía gozar de popularidad en los eventos comunistas. Elsa Schiaparelli había viajado a Moscú en 1935 para observar el estilo de vestir de los trabajadores, que muchos pensaban, terminaría por imponerse en el mundo de la moda. Dicky, con la cautela necesaria para no despertar la ira de la *engagé* de su esposa, se había limitado a reemplazar la camisa y la corbata por un jersey de cuello alto bajo su traje confeccionado en Londres.

Omaraeff sacudió la cabeza.

—Corderos...

Media hora más tarde, estaban frente a un elegante edificio de seis plantas en la Place de l'Opéra, rodeados de comercios de lujo de toda clase: bancos revestidos en mármol, peleteros, joyeros y *sociétés anonymes*. El dinero y la discreción se entremezclaban en el aire de la tarde. Los restaurantes eran muy tranquilos y tenían una lujosa decoración. Los escaparates de las tiendas exhibían lo último en colores: el azul Wallis Simpson y el púrpura Coronación. La gente iba perfectamente aseada y vestía con elegancia, exhibiendo una piel ligeramente rosácea producto de largas y elaboradas comilonas.

Omaraeff señaló el edificio con la cabeza.

—Ahí lo tienes —dijo—, el oro de los asesinos.

—¿Ese edificio?

—Sí. La planta superior pertenece a una compañía que se llama Floriot. Es un depósito de oro para aquellos cuya fe en los bancos desapareció después de 1929... la quiebra del Crédit Anstalt y todo eso. En tiempos como éstos puede resultar muy tranquilizador tener algo de oro guardado bajo llave en una bóveda privada.

—Me lo imagino.

—Pero lo que no te imaginas es que el NKVD les vende su oro a ellos.

Jristo se sobresaltó, pero retomó su condición de oficial de inteligencia e hizo la típica pregunta que haría un oficial de inteligencia:

—¿Y cómo lo sabes?

—Amigos, Nikko. La amistad es nuestro oro. El kiosko de periódicos de la esquina pertenece a un viejo que se llama Leonid. Fue banquero en San Petersburgo hasta 1917. Ahora se pasa dieciséis horas al día vendiendo diarios. Y no puede evitar ver a los rusos que entran y salen a todas horas con maletines negros. No es demasiado rebuscado pensar que es su antiguo oro el

que ahora pasa por delante de sus ojos. Una cruel ironía, sí, pero ¿qué puede hacer él? Bueno, puede venir a verme a mí. Eso es lo que puede hacer. Y lo ha hecho.

—¿Y qué estás sugiriendo?

—Sugiero quitarles el oro de las manos.

—¿Y la pistola?

—Bueno, por si acaso, nunca se sabe. Uno puede encontrarse con gente poco amistosa en cualquier parte, incluso en la Ópera.

—¿Y quién se encarga del plan?

—Ah, esa parte te corresponde a ti, Nikko.

Jristo meneó la cabeza. Se sintió como un hombre que resbalara por una cuesta hacia un precipicio mortal sin poder hacer nada para evitar el fatal desenlace.

—Pero ¿cómo quieres que yo sepa de estas cosas? Yo sólo soy un camarero.

—Un buen camarero, diría. Yo mismo me he preocupado de eso. ¿Qué quieres que te diga? Eres búlgaro, aunque no estás en Bulgaria. Bueno, quizá no te gusta cómo está la situación allí, los vientos políticos que soplan. Pero eso tampoco quiere decir que te vayas a arrojar a los brazos de los rojos. Estuviste en España, me lo contó Vladi Z. Y dudo mucho que hayas luchado con los fascistas. Eres un tipo callado, con autocontrol y que conoce a mucha gente sin ser amigo de nadie. Marko, el chico del bar, me dijo que cada noche coges un puente distinto para volver a casa. Y por último, cuando te pido que me consigas una pistola —una prueba de amistad—, tú lo haces. Y no cualquier birria, no. Entonces, dime, ¿qué quieres que piense?

Jristo permaneció con la boca cerrada.

—Exacto —dijo Omaraeff, y le dio un par de golpecitos en el hombro.

El taxi los dejó frente a un pequeño club llamado Jardín des Colombes, el jardín de las palomas, ubicado en los bajos de un edificio cerca de Montparnasse. Una pared cubierta de espejos daba a un largo corredor lleno de ángulos que culminaba en un pequeño cuarto. Eran los únicos clientes. Una mujer entrada en años recogió sus ropas y les pasó unas toallas. Luego abrió el vapor y desapareció arrastrando los pies. Habían llegado al club cuando el crepúsculo comenzaba a apoderarse de las calles, e incluso la *brasserie* había cerrado sus cocinas hasta el turno de noche.

Omaraeff se secó el sudor de la calva afeitada y comenzó a quitarse de encima las preocupaciones:

—Estás conmigo —dijo dándose aires—, así es que no tienes por qué preocuparte. Marko pondrá todo en marcha y Papá Heininger jamás se deja ver antes de las diez. Relájate, chaval, relájate. Te queda mucho por trabajar en esta vida. Ahora respira hondo, deja que el vapor entre dentro de ti y se encargue de limpiar tu corazón de la suciedad de este mundo. Ay, Nikko, yo debería haber vivido en el campo, haber tenido una pequeña granja, una vida sencilla en algún lugar en las montañas donde los pájaros cantasen durante la noche.

—Los pájaros no cantan de noche, Djadja.

—Bueno, en mi granja sí lo hacen.

—¿Me permitirías que te dijese algo sobre eso?

—No, Nikko, por favor, no, por favor, no eches a perder este magnífico baño de vapor.

Jristo suspiró y se echó hacia atrás, sobre el banco, hasta dejar que su cabeza reposase contra la pared. La madera era suave y esponjosa debido a años y años de vapor. «Todo hombre tiene un destino —pensó—, y éste debe de ser el que me toca». En Vidin todos creían que la vida funcionaba así. Un hombre bien podía patalear, arrastrarse y luchar todo lo que quisiese, no servía para nada. El viejo proverbio turco era correcto: así está escrito y así sucederá. Incluso su mente ya le estaba dando vueltas al edificio de la Ópera, al ascensor, los accesos, la hora del día, gente entrando y saliendo. ¿Dónde apostar un coche? ¿Cuántos paquetes se podrían cargar? Si había entendido bien a Omaraeff, ese delito era un gesto político. Muy bien, un pequeño acto sería suficiente. Mejor rogar a Dios para que no hubiese todo un río subterráneo de codicia bajo este asunto. Eso lo convertiría en algo peligroso. Era evidente que los rusos no confiarían en sus mensajeros. Los envíos serían reducidos. Habría vigilantes. Le echaban mano al oro en cualquier lugar del mundo en el que pudieran y no tenía sentido convertirlo en rublos. Dólares, libras esterlinas, francos suizos: eso era lo que querían. Con eso sí que era posible comprar cosas. Había que ajustar los tiempos. ¿Esperaban a que regresara un mensajero a la embajada antes de enviar al siguiente? ¿O bastaba con una señal por teléfono? ¡Ah! ¿Por qué no aparecía el diablo en la tierra y se los llevaba a todos al infierno? ¡Aleksandra! Tenemos que huir.

—¿Un refrigerio? ¿Una copa, tal vez?

Abrió los ojos.

—No, gracias.

—Piensas demasiado, Nikko. Se te va a secar el cerebro si no tienes cuidado. —Omaraeff se puso de pie, se ajustó la toalla a la cintura, dio unos pasos hasta la pared de enfrente y golpeó dos veces antes de volver a sentarse.

—He organizado un pequeño entretenimiento —anunció con un tono especial en la voz—. Algo entre amigos solamente, para gente de mundo, ¿entiendes?

«Oh Dios, putas», pensó de inmediato. Omaraeff había ido demasiado lejos: si había algo que no era necesario en su vida en este momento era un fogoso meneo a la parisina.

—Lo entiendo perfectamente —dijo, intentando que su voz pareciera tranquilizadora. Que Omaraeff se solazara cuanto quisiera, pero él ya había aceptado demasiadas estupideces para un día, trabajo aparte. Siempre quedaba la posibilidad de descargar camiones en el mercado.

La puerta se abrió y aparecieron dos muchachos que rondaban los catorce años, morenos, de expresión hosca, árabes seguramente.

—Ah, divina juventud —dijo Omaraeff.

Uno de los chicos caminó hacia Jristo y se sentó en sus rodillas.

—Fuera —exclamó. El chico no se movió, pero pasado un instante se puso de pie.

—Mi querido Nikko, creo que te he insultado.

—Por supuesto que no. A cada hombre sus placeres.

—Claro, claro —concordó Omaraeff. Cogió al otro chico por la cintura y le dio la vuelta a un lado y al otro, como un artista contemplando una escultura—. Tal vez en la próxima ocasión, pequeño —le dijo conminándolo a partir con un suave empujón.

—Tienen que pagarnos —respondió el chico fríamente en un francés gutural.

—Os pagaremos —confirmó Omaraeff. Por un instante su voz sonó apagada, gastada.

Los chicos dejaron la habitación. Omaraeff se recostó contra la pared y cerró los ojos:

—Ya ves, Nikko. El oro lo es todo.

Esa noche el frenesí reinaba en la Brasserie Heininger. Jristo comenzó a correr prácticamente desde el momento en que se puso su uniforme de camarero y no paró hasta las primeras luces del amanecer. La *brasserie* era un lugar suntuoso: se accedía por una escalera de mármol blanco para ir a dar a

un salón con banquetas de felpa roja, espejos pulidos ribeteados con una gruesa capa de polvo de oro y lámparas de cobre de luz tenue. Las *brasseries* habían aparecido a principios de siglo promovidas por distintos productores de cerveza y conservaban cierto aire victoriano. Cada local había sido diseñado con la intención de darle un ligero toque mundano, de manera que uno se podía comportar de forma mundana, esto es, era el tipo de lugar en el que una copa de champán podía acabar derramada en un escote atrevido. Los camareros hacían la vista ciega y permanecían sin alterar el semblante. «¡Alegría!», insistía Papá Heininger. Pero no paraban en ningún momento, acarreando fuentes de plata con cangrejos, salchichas a la parrilla, salmón en gelatina. Todo estaba muy bien preparado para ser cualquier cosa menos barato. Un lugar para dejarse llevar.

Aquella noche había una mesa de alemanes que cantaban, catorce caras rojizas berreando canciones tristes sin parar de golpearse los hombros y arrearse en la espalda con total regocijo. También hubo un intento de suicidio en el baño de señoras. Una condesa portuguesa se hizo un corte en el hombro con unas tijeras y luego comenzó a aullar pidiendo auxilio, antes de que se arruinase su vestido. A continuación, siguió una excelente pelea a puñetazos entre dos comerciantes de vino de Burdeos. Dos herederas americanas se entregaron a una competencia de tirones de pelo por algo relacionado con algún marido, según se podía inferir de los alaridos que daban. Su Alteza Real el príncipe de Bahadur insistió en bajar las escaleras dando botes con sus posaderas. Gracias a Dios, el episodio terminó con su Alteza soltando arrolladoras carcajadas en el vestíbulo.

«Una noche de locura», pensó Jristo.

La primavera se acercaba, la guerra también y era probable que ya nada tuviese mucha importancia. Amanecía y Aleksandra se hallaba sentada, pensativa, junto a las persianas, mientras la luz gris comenzaba a derramarse sobre sus pequeños pechos y el humo de su cigarrillo ascendía lentamente por el aire.

Con la máxima discreción intentó ver si podía conseguir otro trabajo. Ya no era posible quedarse en el Heininger si se negaba a ayudar a Omaraeff. El sistema del *padrone* obligaba a devolver un favor con otro: no había más remedio. Pero su búsqueda resultó inútil. En algunos aspectos, París era una aldea no más grande que Vidin. Todos se conocían entre sí a través de alguna conexión. De modo que, si la gente no sabía de ti, eras un don nadie. Era la



peculiar mentalidad francesa, un sistema de cerraduras y compuertas tan dichosamente coordinado por favores sexuales en lo relativo al trabajo y al dinero que, como decía el propietario de un pequeño *bistro* en la rue de Rennes, resultaba *plus serré qu'un cul de guenon*. Más estrecho que el trasero de una mona. ¿Y tú quién eres? Aparentemente, todo el mundo contrataba sólo a sus primos. Primos hermanos. Antes de que le llegaran noticias de su búsqueda a Omaraeff, prefirió dejarlo.

Y continuó trabajando allí.

Pero sin comprometerse de verdad. Esperaba solamente que surgiera alguna de las habituales contrariedades que impiden buena parte de las acciones organizadas de forma clandestina. En la calle Arbat, Ozunov le había advertido: «En nueve de cada diez ocasiones el resultado será negativo. Y por supuesto nunca sabrás por qué razón».

Pero en 1937 la vida era tan caprichosamente cambiante que Jristo estaba casi seguro de que el gran inconveniente que esperaba nunca terminaría por aparecer. Las personas que Omaraeff había reunido para el operativo no eran la panda de burros que se temía. De hecho, se desenvolvían bastante bien. Pazar, el taxista de origen armenio, o turco quizá; Justine, la despampanante esposa francesa de un *chocolatier* ruso; Iván Donchev, un anticuado y singular caballero nacido en Sofía que había vivido durante cuarenta años en París hasta jubilarse de contable y que lucía una rosa en la solapa cada día de su vida.

Él los había organizado manteniéndose lo más al margen posible. En realidad, no podía contarles todo lo que estaba ocurriendo. Luego, si algo salía mal, alguno podía acabar contándole algo a los *flics*. Así que se presentó a sí mismo como un agente secreto empleado por un hombre que tenía un servicio de mensajería. Los mensajeros se habían acostumbrado a distraerse, a visitar a sus amantes, a apostar y a beber o *alguna otra cosa*. Había que estar al tanto. En consecuencia, había que observarlos escrupulosamente durante sus recorridos. Una historia así no servía para engañar a nadie, claro está, pero ahí la tenían por si querían algo que contar.

En el fondo de su corazón debía reconocer que estaba contento con el trabajo. Admitirlo lo asustó, pero no tenía sentido negar sus sentimientos. Eso de ir haciendo reverencias todo el rato como camarero había comenzado a fastidiarle y sabía que algún día iba a comenzar a odiarlo.

Aleksandra se percató del cambio enseguida. Su barómetro era peligrosamente exacto.

—Pareces muy satisfecho últimamente —observó ella con la cabeza inclinada en un ángulo inquisitivo—, ¿no será que tienes otra amante? Seguro que tiene un culo más bonito que el mío.

Aunque estas suposiciones infundadas fueron descartadas con palabras y hechos, ella no podía evitar la sensación de que algo estaba ocurriendo.

—Estoy pensando en montar un negocio —le contó Jristo. Vaya, ¿creía que por el simple hecho de codearse con la gente de la alta sociedad que iba a la *brasserie* ya se había convertido en uno de ellos? No, no, no; nada de eso. Sólo deseaba prosperar.

—Ah —exclamó ella, y pasó a comentarle su vivo interés por la moda. Tal vez una pequeña tienda en un barrio aceptable donde ella pudiese instalar una sombrerería. Su colega Liliane había hecho precisamente eso con la ayuda de su *amigo*. La librería le resultaba aburrida. Demasiadas barbas de aire marxista. Además, el polvo en los anaqueles la hacía estornudar. Su salario era humillante. Un pequeño negocio les ayudaría a salir de ese cuarto para vivir en un lugar más apropiado. Ella aprendería a cocinar. Y tendría un *bébé* regordete. En poco tiempo podrían estar entre los grandes *bourgeois*.

Y en este punto soltó una gran carcajada y atrapó a Jristo por la nariz con tal fuerza que logró arrancarle lágrimas y éste tuvo que apartarle la mano.

—¿Qué estás haciendo, *petit chou*? —lo interrogó ella con aplomo.

—Dinero —respondió él—, es un asunto de dinero.

Ella encendió un cigarrillo y le dio la espalda.

—Vale, de acuerdo —asintió.

Sin embargo, Jristo sabía que Aleksandra iba a continuar buscando la verdad.

Los mensajeros que cubrían la distancia entre la embajada soviética y el depósito de oro de Floriot eran cuatro. El exhaustivo seguimiento de sus desplazamientos y visitas reveló que no tenían unos días establecidos. Daba la impresión de que sus operaciones se hacían con prisas. Pero era lógico: entre los ataques de Stalin y Yezhov a los *kulaks*, las constantes purgas que sacaban a la luz los tesoros ocultos en paredes y chimeneas, y la inyección del oro español, había una importante cantidad de metal disponible que necesitaba ser reconvertido.

Los observadores se dedicaban a su tarea en cuerpo y alma. Pazar se pasaba horas en su taxi, incluso cuando había clientes golpeando a sus puertas bajo la lluvia con el mango del paraguas, lanzándole toda clase de improperios. Justine se iba de compras por la zona hasta caer exhausta y tenía que cambiarse de zapatos dos veces al día, pero nunca se quejaba. El viejo

Iván se dedicaba a invitar a cafés a sus amiguetes en una cafetería en la acera de enfrente hasta que tuvo que pedir fondos (eso sin mencionar los indescriptibles efectos causados en su sistema digestivo por tantos litros de café). Los mensajeros eran designados como A, B, C y D.

B era un tipo de aspecto triste con pesados mofletes y ojos caídos al que los observadores apodaban Boris. A todos les parecía un sujeto terriblemente infeliz, como si la persona a la que amaba se hubiese muerto. Cuando iba con el maletín avanzaba por las calles mirando al suelo, sumido en un aparente diálogo consigo mismo. Incluso sus labios se movían. Una tarde, en la rue de la Paix, para sondear su personalidad, Jristo le envió una prostituta cuando regresaba de hacer una entrega en Floriot. Pero Boris se limitó a soltarle un gruñido, cabizbajo, y la esquivó apartándose de ella.

Todo indicaba que el trabajo tendría que llevarse a cabo en plena calle. Aunque los mensajeros iban encadenados al maletín, bastaría con una pequeña cizalla para cortar la cadena con la suficiente rapidez.

En cuanto al resto, todo parecía marchar relativamente bien. Nunca faltaban las peleas habituales, por supuesto, especialmente por los graves problemas de comunicación que padecían. A esas alturas, Jristo decidió que no se podía ser espía en Francia porque era imposible hacer uso de los teléfonos. Pero, en general, no había grandes complicaciones, de no ser por los bocadillos de jamón. Todos tenían que comer durante el trabajo y no tardaron en descubrir que las fastuosas tiendas de la zona de l'Opéra estaban acabando a toda velocidad con los fondos proporcionados por Omaraeff. Pazar logró hallar un café familiar escondido en una bocacalle donde se podía conseguir un bocadillo de jamón a un precio razonable, ya fuera para comer en el local o para llevar. Era la segunda semana de abril y Jristo estaba comiendo allí cuando la propietaria soltó un comentario espontáneo que encendió las alarmas.

—De pronto todo el mundo quiere bocadillos de jamón. Ya casi no alcanzo ni a reponerlos cuando se han acabado.

Alguien más también había comenzado a comer bocadillos de jamón.

Pero aunque lo intentó, no pudo descubrir de quién se trataba. Y no tenía suficiente personal como para vigilar el depósito de oro y el café, por lo cual prefirió dejar ese asunto de lado, como «pendiente». Como el trabajo de inteligencia estaba tan pegado a la vida, estaba sujeto a las coincidencias. Así que no quedaba otra que ser un buen soldado y continuar marchando hacia adelante, sin importar cuán erizados tuviese uno los pelos de la nuca.

La tercera semana de abril llegó la primavera. La lluvia caía en diagonal contra la fachada de los edificios y bajaba por los canalones. Los parques olían a tierra cuando el sol se asomaba un momento y la ciudad dio la impresión de soltar un inmenso suspiro general cuando aparecieron los brotes verdes en los árboles que se alineaban a lo largo de los bulevares. Aleksandra entró con la paga de dos semanas en una casa de empeños y salió con una radio que funcionaba como una mula testaruda: a golpes. Las emisoras de radio competían entre ellas por aumentar la intensidad de la depresión primaveral, poniendo las canciones más tristes de la Piaf y de otras cantantes del *music-hall*. Jristo descubrió una emisora que tocaba algo de jazz americano y juntos pasaban los días oyendo a Billie Holiday y Teddy Wilson cantando *I Must Have That Man* y a Artie Shaw con *Begin the Beguine*. Esa música despertaba su erotismo, y al mismo tiempo los hacía sentir inefablemente tristes, así que cuando hacían el amor se parecían a los personajes de las novelas góticas. Mientras tanto, la profunda inquietud política de la ciudad, aquella sensación de fatalidad, unida a las punzadas del mes de abril, llevaban a algunos a hablar de «nuestra última primavera».

Por las mañanas, Jristo fumaba Gitanes y analizaba los informes de los observadores bajo el sonido de la lluvia. No lograba hallar ningún punto débil en el sistema de mensajeros. Nunca iban juntos. Siempre seguían la misma ruta desde la embajada hasta el depósito y de regreso.

En el desplazamiento empleaban alrededor de catorce minutos. Una vez en Floriot, los mensajeros permanecían allí cerca de veinte minutos para satisfacer los inevitables trámites administrativos (una especialidad francesa altamente desarrollada) antes de emprender los catorce minutos de regreso. Durante los cuarenta y ocho minutos que duraba el trayecto completo, otros mensajeros se ponían en camino, aunque hasta entonces nunca habían operado los cuatro simultáneamente. También estudiaba las fotografías tomadas por sus agentes. Cuatro hombres vestidos con trajes anchos sin ningún rasgo especial, probablemente armados. Atrapar a uno de ellos no era demasiado difícil: un secuestro en la calle realizado por encapuchados. Si encontraban un lugar seguro para encerrarlo bien podían esperar para ver si iba otro mensajero. Pero cada variación añadía nuevos riesgos. Además, habría policías, muchos policías, que no tardarían en llegar.

Durante el período final de vigilancia, el viejo Iván fue enviado a Floriot con un par de candelabros de oro en el momento en que uno de los mensajeros rusos era sometido al interminable trámite burocrático. Iván intentó regatear el precio y se puso pesado durante suficiente tiempo como

para observar de qué forma se desarrollaba un intercambio a través de la ventanilla enrejada. A continuación cogió los candelabros y se largó echando pestes.

Los billetes habían sido entregados *en paquet*, pero el mensajero ruso (en este caso el afligido Boris) insistió en contar el dinero mientras Iván hacía lo propio en silencio junto a él. Eran más de noventa mil francos. Si se tomaba por referencia los 14,28 dólares americanos que se pagaban por onza según el estándar europeo, eso arrojaba una entrega de casi veinte libras de oro.

Una tarde de lluvia, caminando lentamente bajo sendos paraguas por un caminillo del parque Monceau, Jristo le hizo un informe exhaustivo de los avances a Omaraeff. Le entregó un resumen de sus hallazgos junto con un mazo de fotografías. Tras hablar de esto y de lo otro, se dieron la mano y se separaron. En las puertas del parque un ciego con el pecho de su gastada guerrera de cabo cubierto de medallas aguantaba en silencio la llovizna sosteniendo una vieja taza de aluminio. Jristo le echó un franco y el hombre se lo agradeció educadamente.

Tenía una hora antes de comenzar a trabajar, así que compró *Le Figaro* y se metió en un café, donde pidió un expreso. Llenó la cucharilla con un montículo de azúcar, la sumergió hasta que quedó justo por debajo de la espuma y observó cómo se deshacían los pequeños cristales. Estaba contento de haber finalizado su trabajo para Omaraeff. Sentía que lo había hecho razonablemente bien, sin ensuciarse demasiado las manos. A partir de ese punto tenían que arreglárselas solos. Los cristales del café estaban empañados y la gente que pasaba por la calle parecían fantasmas.

En la portada de *Le Figaro* se agolpaban las noticias de un mundo en llamas: bombarderos japoneses se cebaban con la población de Manchuria; el pueblo español de Guernica había sido arrasado por los pilotos alemanes de la legión Cóndor; tropas de asalto nazis en Berlín frente a unos grandes almacenes de propietarios judíos estampaban a los clientes una marca en la frente con tinta y un sello de goma. Mussolini había dado un discurso sobre Libia, poniendo de manifiesto su gran interés por el dominio de esa nación africana. Bertrand Russell aconsejaba al público británico tratar a los invasores alemanes como si fueran turistas con las siguientes palabras: «Así los nazis perderán su altiva rigidez y podrían dejarse seducir un poco por nuestro estilo de vida».

Las noticias locales se concentraban en el horrible asesinato de un refugiado austríaco ocurrido en Montmartre. El refugiado, Hugo Leitzer, se había estado alojando en uno de los hoteles baratos del distrito, que era de uso

casi exclusivo de las prostitutas. A las cuatro de la tarde fue visto tambaleándose en el vestíbulo con un picahielos clavado en el pecho. Consiguió salir a la calle, donde cayó de rodillas y se arrancó el arma mientras los coches pasaban a su alrededor. Un «hombre corpulento de unos cuarenta años vestido con un jersey de marinero» había salido corriendo del hotel y, tras recuperar el picahielos, había vuelto a apuñalar a Leitzer «otras seis veces al menos» ante la mirada horrorizada de los transeúntes. Para cuando llegó la policía, el atacante ya había desaparecido y Leitzer había muerto desangrado. La historia venía acompañada de la foto que figuraba en el pasaporte de Leitzer. Era Kerényi, aquel húngaro rubio de Esztergom con aspecto de labrador, que se había formado con Jristo en la calle Arbat.

Al llegar a su cuarto a la mañana siguiente estaba exhausto. Se quitó la ropa y la dejó sobre una silla, y se deslizó bajo las sábanas cuidadosamente para no despertar a Aleksandra, aunque ella sólo fingía dormir.

—Llegas muy tarde —le dijo—. Me quedé dormida esperándote.

—No sabes qué locura. Todos piden champán al amanecer. Y fresas. Por supuesto el viejo no hace ni amago de echarlos. Los coge por los tobillos y los sacude hasta sacarles la última moneda.

—¿Fresas? ¿En abril?

—Unas fresas como rosas.

—¿Y no me has traído ninguna? Podrías dármelas en la cama.

—Lo siento, pero los clientes se comieron hasta la última.

—¡Cerdos!

—Ellos son los que pagan mi salario.

—Qué mierda. Viven como reyes, mientras nosotros nos arrastramos por el polvo.

—Aleksandra...

—Puedo decir lo que quiera.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Te lo advierto por última vez.

—Mira cómo tiemblo.

—Ya verás.

—¡No! ¡Quita tus...!

—Pequeña... niña... traviesa...

—¡Auxilio! ¡Para!

Jristo casi lo hizo. Se habría detenido si ella no le hubiese hecho saber, tácitamente, que deseaba ser poseída. ¡Cómo lo tenía dominado! Él mismo se maravillaba. Y se regocijaba a medida que sus instintos y sus apetitos habían ido cambiando.

A continuación, ella siempre tenía hambre. Eso significaba que tenían que volver a vestirse y enfrentarse a la lluvia para ir hasta el café de la esquina, repleto de trabajadores que madrugaban. Todas las miradas se dirigían a Aleksandra cuando entraban. Ella observaba el mundo debajo de un sombrero de paja de color amarillo (el clásico *canotier* de copa circular y ala plana, que algunas mujeres se atrevían a llevar), el cuello envuelto en un echarpe de lana verde y el cuerpo sumergido en la inmensidad del abrigo de piel de becerro de Jristo, mientras a él le bastaba con llevar un jersey grueso. Para llamar aún más la atención, ella fumaba un fino cigarrillo rubio. A su llegada, los trabajadores que se encontraban dentro del local daban muestras de su entusiasmo. Ella era tan *titi*, la típica golfilla parisina dada a las pasiones locas, tan adorable como imposible, que ahora, a primera hora en un día de lluvia, aparecía seguida por su amante, sin chaqueta, fascinada con su propia excentricidad y al mismo tiempo claramente vulnerable, con su cabellera rubia cubriéndole los ojos... ninguno de esos hombres podía evitar sentirse atraído. Aunque sólo fuera por un instante, ella encarnaba a esa chica que todos habían amado alguna vez.

Jristo y Aleksandra se sentaron en una pequeña mesa junto a la ventana temblando aún por el frío del exterior, inhalando al mismo tiempo la agradable nube del aroma del café matinal, el humo de tabaco y el pan fresco.

—Dos desayunos, por favor —le pidió Jristo a la dueña cuando salió de la barra para acercarse a la mesa. No tardó en regresar con dos tazones de café con leche, una *flûte* (una barrita muy delgada y con mucha corteza) y un par de platos con mantequilla y mermelada de melocotón. En un suspiro acabaron con todo y pidieron dos desayunos más.

—*Pauvres!* —exclamó la dueña del otro lado de la barra con una media sonrisa llena de ironía que venía a decir «pobrecillos, una parejita hambrienta». Era uno de los derechos que podía permitirse por ser la *propriétaire* del café: hacer ese tipo de bromas. «Ya me imagino por qué estáis con tanta hambre».

Al segundo desayuno la mujer añadió por su cuenta dos cuencos de sopa humeante. Era lo que había quedado de la noche anterior, sin duda, y seguro que ahora sabía mejor. Al ver que no aparecían cobradas en la cuenta, Jristo insistió en darle las gracias, pero ella descartó su gratitud con un gesto de la

mano: estaba en su derecho de alimentarlos, ocupando así un pequeño lugar dentro de su relación amorosa. No eran más que algunos de los privilegios de la profesión, que ella prodigaba a su antojo.

Cuando regresaban al cuarto, justo antes de alcanzar la puerta de su edificio, Aleksandra cogió a Jristo de la mano y se lo llevó. Llegaron a un pequeño parque en las inmediaciones, pero como estaba todo mojado no pudieron sentarse.

Cuando él se lo hizo notar, ella lo acusó de falta de romanticismo. Entonces, soltando un suspiro, Jristo se encaminó hacia el *tabac* más cercano, compró un periódico y lo dividió para formar dos asientos. Ella volvió a tomarlo de la mano y se sentaron bajo una suave llovizna.

—Seguro que pillamos un catarro —comentó él.

—A los amantes no les importa un poco de lluvia —dijo ella.

Entonces él le sostuvo la cabeza y la besó en los labios.

—Estoy enamorado —le dijo con voz atenuada mientras introducía su brazo bajo el abrigo para rodearle la cintura—, pero me estoy mojando.

—Tú eres un búlgaro recio. Tus ancestros cabalgaban por la estepa.

—Esos eran los mongoles.

—¿De verdad? Entonces, ¿a qué se dedicaban los recios búlgaros?

—A no mojarse —le respondió— si podían evitarlo.

Al regresar al cuarto, se frotaron el uno al otro para secarse con esas ásperas toallas que les proporcionaba la casera por unos pocos francos extras por semana. Jristo levantó la cabeza al oír unos pesados pasos que se acercaban por el pasillo.

—¿Quién está ahí?

Estaba acostumbrado a los pasos ligeros de la vieja solterona, una profesora de piano ya retirada, que alquilaba la habitación.

—Un nuevo inquilino —le respondió Aleksandra—. Mademoiselle Beckmann ha tenido que irse para pasar un tiempo con su hermana en Rennes.

—Mmm.

—Así es. Madame me lo contó ayer cuando vino a buscar el dinero del alquiler. El nuevo arrendatario se llama Dodin. Lo vi cuando traía sus cosas.

—Y dime, ¿camina como un buey?

—Y también lo parece. Es un tipo grandote, ancho como un armario. Y tiene unas manazas rojas como las de un carnicero. Cuando me vio, se llevó la



mano al sombrero.

—Suenan raro.

Ella se encogió de hombros.

—Siéntate que te voy a secar el pelo. Dios te hizo alto.

Jristo se sentó sobre la cama y ella le frotó la cabeza con una toalla.

—Sólo es un hombre que vive en un cuarto —dijo ella.

—Como yo.

—Bueno, parece de aquellos que realmente viven toda su vida de habitación en habitación. Lo tuyo es más bien temporal.

—Tal vez debiéramos buscar otra habitación.

—¿Por qué? ¿Por Dodin?

—No, no exactamente. Pero tal vez nos vendría bien un cambio de aires.

—A mí me gusta donde vivimos —replicó ella—. Éste es nuestro lugar.

—Mientras ese tipo no te dé problemas.

—No te preocupes por eso —le aseguró ella mientras le terminaba de secar los oídos—, estoy acostumbrada a los grandes bueyes.

Mientras le secaba el pelo sus pequeños senos no paraban de moverse y él los tomó entre sus manos.

—Pórtate bien —le ordenó ella apartándole las manos.

Pero él la atrajo hacia la cama, y cuando ella comenzó a decirle todas esas cosas que solían provocarlo y comenzó a burlarse, él la detuvo para hacerle el amor de una manera que no era la habitual: fue algo que le brotó del corazón. Al acabar, ella tenía los ojos llenos de lágrimas mientras él la sujetaba con tal fuerza que le dolían las manos.

\* \* \*

El primer día de mayo amaneció despejado, con un cielo azul radiante perfecto, con la temperatura justa como para dejar el abrigo en casa. Iván Donchev se caló su sombrero de fieltro en el ángulo adecuado y le dio un último estirón a su chaleco. En el espejo del pasillo su imagen apareció reflejada tal como él quería: un caballero de edad pero bien conservado, los hombros cuadrados, la barbilla en alto. No le correspondía sino un papel menor en el drama del día, pero deseaba cumplirlo sin el menor error y con estilo. Al salir del portal de su edificio hizo un alto en el puesto que vendía flores y, como cada día, compró una rosa y se la colocó con cuidado en el ojal. Eligió una de color blanco.

Pensó en la posibilidad de tomar un taxi, pero al ser el Primero de Mayo muchos de los conductores se habían unido a las manifestaciones. Se

esperaban grandes marchas y desfiles en el centro de París. Ya con las primeras luces del amanecer numerosas furgonetas llenas de policías se habían instalado en las calles anexas a la rue de Rivoli. Así que no le quedó otra que caminar. Tardó más de dos horas en llegar, pero disfrutó cada minuto y aprovechó para coquetear con las damas que encontró a su paso, acariciar a las ocasionales mascotas y zambullirse en la vida de esa ciudad tal como lo había venido haciendo durante los últimos cuarenta años. Aunque ya casi ni recordaba Sofía, donde había crecido hasta hacerse hombre, el tiempo y la distancia habían servido para reforzar su patriotismo. Por lo demás, uno no podía decirle no a Omaraeff. Cuando las cosas se torcían en la comunidad de inmigrantes, el consejo de Djadja siempre era el último recurso y casi siempre servía para enderezar el problema. Por lo tanto, no era la clase de hombre al que se pudiera dar una negativa sin más.

Unos minutos antes de que dieran las 3:00, Iván Donchev ocupó su posición en la Place de l'Opéra, frente al Lancel, con sus vitrinas fantásticamente decoradas con joyería en oro, plata y bisutería, acunada entre docenas de pañuelos primaverales. Cuando se abría la puerta a uno le llegaba un olor como a perfume. Le gustaba mucho esa tienda, pese a que su mercancía estaba muy por encima de sus medios. Las mujeres que entraban y salían por su puerta solían ser deliciosas; cada una tenía su encanto. En general, era muy atento con las damas y cuando surgía la oportunidad les dedicaba algún guiño caballeroso con la cabeza o con el ala del sombrero, que a veces era recompensado con una sonrisa.

A unas manzanas de distancia de la rue de Rivoli, oyó el eco lejano de las canciones y los vítores ocasionales de una gran multitud, aunque llegaban ya bastante atenuados a sus oídos. Una y otra vez las ululantes sirenas de la policía atravesaban el grave barullo de los manifestantes. Omaraeff había decidido actuar el Primero de Mayo por dos razones: una, por el evidente sentido simbólico; la otra, porque los coches de policía acabarían inevitablemente atascados en las manifestaciones. Ahora Iván se paseaba de un lado a otro delante de la tienda, mirando su reloj cada cierto tiempo, como el hombre que espera ver reaparecer a su mujer de la tienda donde ha estado comprando. Dando un discreto vistazo a su alrededor fue incapaz de detectar a ninguno de sus compañeros. Buena señal, pensó, una clara indicación de la profesionalidad con que se estaba llevando a cabo la operación.

Dieciséis minutos después de las tres de la tarde, el hombre al que esperaba apareció caminando hacia él proveniente de la rue de la Paix. Sintió la boca seca y su pulso se aceleró. «Cálmate», se dijo a sí mismo. Lo que

tenía que hacer era sencillo, así que no cabía esperar un error. El hombre del maletín negro avanzaba al ritmo de los otros peatones. Parecía, como siempre, terriblemente apesadumbrado: marchaba abatido, los hombros caídos, los carrillos flácidos, los ojos perdidos detrás de las gruesas lentes de sus pesadas gafas. «Bueno —se dijo Iván—, seguro que dentro de un rato estará aún menos feliz».

Cuando el mensajero pasó frente a él, Iván repasó mentalmente todo una última vez. Dejó que el hombre siguiese, que se alejase un poco, antes de ir detrás de él al trote.

—¡Espere un momento, por favor! —exclamó en ruso mientras hacía gestos con la mano.

El hombre vaciló un momento, se detuvo y luego, por encima del hombro, vio cómo Iván se le acercaba a la carrera.

—Un momento, por favor, señor —insistió Iván.

De un taxi aparcado junto al bordillo y de la entrada de un restaurante aparecieron dos hombres. Él nunca los había visto antes, pero se percató de cuál era su papel. Eran dos sujetos fuertes y corpulentos que se movían con agilidad. Uno de ellos agarró al mensajero del brazo izquierdo. El mensajero tiró del maletín. Una mujer dio un grito. Varias personas echaron a correr. El otro hombre cogió el maletín, pero el ruso era fuerte y lo apartó a un lado. Iván permaneció inmóvil observando el drama. Los tres hombres forcejearon por un momento, enredándose unos con otros, según parecía. Una voz alertó a gritos a la policía. Una mujer que salía de Lancel en ese momento perdió un zapato y comenzó a dar saltos sobre un pie, intentando calzárselo nuevamente. Del asiento del copiloto del taxi surgió una mano empuñando una pistola automática. Se produjo un destello y un chasquido, luego otro y enseguida uno o dos más, en rápida sucesión. El mensajero saltó por los aires ante la mirada traspuesta de Iván. Entonces una especie de abeja lo picó en el sobaco y comenzó a recular apresuradamente. ¡Vaya momento para que le ocurriese algo así! Vio al mensajero tendido en la acera, un puñado de panfletos repartidos sobre su pecho, y el maletín había desaparecido. En el momento en que Iván echaba a correr, los otros dos hombres se escabullían en el taxi. En la distancia una sirena se aproximaba.

Ahora se suponía que tenía que irse a casa. Pero no se sentía bien. Notaba el brazo izquierdo entumecido y entonces cayó en la cuenta de lo que acababa de ocurrirle. De todos modos, no podía ser nada muy serio, y por el momento lo más urgente era desaparecer de la escena. Había un pequeño cine un poco

más allá de la avenida, así que pagó y entró, dejando que el acomodador lo guiase hasta un asiento junto al pasillo, por lo que le dio una propina.

De la película se enteraba poco. Un hombre y una mujer vivían en la pobreza en una barcaza que navegaba por el Loira. Eran amantes, pero la angustia por la época que estaban pasando amenazaba con separarlos. La chica se llamaba Sylvie. Tenía los ojos caídos y una boca torcida hacia abajo de expresión infeliz. Cuando encendía un cigarrillo se quedaba mirando cómo se consumía la llama y la apagaba justo antes de quemarse los dedos. Era algo que hacía continuamente. Su amante se llamaba Bruno (¿era alemán?), un tío duro que iba con una camiseta de tirantes y un pañuelo atado al cuello. Estaba claro que sólo le interesaba una cosa. Pero era un tipo demasiado primitivo para Sylvie, un bárbaro que se creía inteligente.

Iván no paraba de moverse en su asiento, intentando encontrar una posición en la que estuviese cómodo. Sentía la piel mojada y una punzada caliente detrás de su omóplato que parecía cambiar de lugar, como si la abeja hubiese logrado hacer una perforación y ahora estuviese construyendo un panal en su interior. Comprobó la hora. ¡Asombroso! Tan sólo habían transcurrido quince minutos desde que detuvo al mensajero. Había ocurrido todo muy rápido en la calle. Se reclinó en el asiento e intentó concentrarse en la película. Un vagabundo, un viejo encorvado de barba hirsuta, se había unido a la pareja. Sylvie no dejaba de mirarlo a cierta distancia, como si ya lo hubiese conocido en el pasado. Bruno se daba cuenta de ello pero no decía nada y prefería beber vino con el vagabundo, que le estaba contando una historia sobre un circo ambulante.

Estaba claro que se estaba adormeciendo con la película. Un perro al borde de un río le ladraba a la luna. El vagabundo se limpiaba las uñas con un largo cuchillo. Bruno cogía a Sylvie por el brazo, la cámara mostraba sus dedos presionando sobre su piel. A Iván ya nada le importaba mucho. El mentón se le iba hundiendo en el pecho y tras unos instantes de sueño volvía a despertar. La sola idea de un viejo durmiendo en un cine a media tarde le resultaba deprimente; no era el tipo de cosas que él haría, aunque parecía que no había forma de evitarlo. No dieron con él hasta pasada la medianoche, cuando el acomodador fue a despertarlo y no lo consiguió.

De camino al trabajo, Jristo leyó los titulares:

DIPLOMAT SOVIÉTIQUE ASSASSINÉ  
LA MORT A VISITÉ L'OPÉRA

Venían acompañados de fotografías. Le costó un momento reconocer a «Boris», una sombra sobre el gris de la acera. De pie en mitad de un pequeño grupo de curiosos frente al quiosco, leyó las frases destacadas debajo de los titulares así como los párrafos principales. Se habían hallado panfletos trotskistas sobre el cuerpo de Dmitri Myagin, asistente del agregado cultural de la embajada soviética. Iván Donchev, ciudadano búlgaro residente desde hacía años en la ciudad, había sido hallado muerto por una herida de bala en un cine cercano al lugar del crimen. La DST, el servicio francés de seguridad interna, investigaba su muerte en conexión con la de Myagin. Todos los colectivos de inmigrantes en la ciudad serían interrogados. Una rama del partido anarquista, el LEC (Liberté, Égalité, Communité), había reclamado la autoría de los hechos. En unas declaraciones escritas, el embajador soviético había condenado la violencia y el asesinato en las calles, y el desorden en general, como lacras de un sistema capitalista opresivo. ¿Qué se le podía decir ahora a la desconsolada viuda? ¿Y a esos pobres niños que quedaban huérfanos?

Jristo, a plena luz del sol, sintió frío. Idiotas. ¿Por qué no eran capaces de realizar un simple atraco callejero sin matar a alguien? Y el viejo Iván, ¿en qué demonios estaba pensando Omaraeff para permitir que un inocente como él se encontrase en mitad de la acción? Según se decía, los asesinos habían huido en un taxi. ¿Sería Pazar? ¿En su propio taxi, tal vez? Era incomprensible. Nadie podía ser tan estúpido. Había suficiente margen para realizar un simple y discreto atraco que los rusos ni siquiera habrían denunciado (un pequeño delito no era nada en comparación con su obsesión por el oro) para no poner en riesgo toda la operación. Pero matar a alguien, frente a un grupo de testigos, en plena tarde y en un barrio de clase acomodada, mostrando evidentes rasgos balcánicos, eso sí que serviría para azuzar la curiosidad de los periódicos durante semanas y obligaría a la policía a hacer un esfuerzo serio.

Y como él bien sabía, el dedo indagador pronto iba a señalar su puerta.

Los rusos encontrarían la forma de infiltrarse en la investigación. Los agentes del NKVD en París seguramente tenían amigos en la DST. Quizá la foto de su pasaporte estaba siendo estudiada por la policía en ese preciso instante. Su falsa identidad no resistiría al examen. Hasta Omaraeff había sido capaz de descubrirla fácilmente.

Pero además, seguía dándole vueltas a la muerte de Kerényi en las calles de Montmartre. No era de esos que se enzarzan en una pelea en una casa de putas. Era probable que también él hubiese desertado (de España o de dondequiera que lo hubiesen enviado de la calle Arbat) para esconderse en París. Si el encargado de matarlo había sido uno de los asesinos del Spetsburó, todo indicaba que buscaban publicidad: un *picahielos*. Los rusos conocían bien el funcionamiento de la prensa. Tal vez querían enviar un mensaje que desatara el pánico entre los otros fugitivos refugiados en París.

Y parecía que lo habían logrado.

Aunque una gota de sudor bajaba por su sien, Jristo estaba frío como un témpano. Tenía el estómago agarrotado. Contaba con el dinero escondido detrás del aplique del pasillo, junto a su habitación. Quizá todavía estaban a tiempo para huir. ¿Adónde? ¿A Alemania? ¿A España? Eso era una locura. A Holanda entonces, o a Bélgica. Vale, muy bien, y luego ¿qué? Tendrían que ponerse a trabajar de inmediato. Y eso significaba conseguir permisos, tratar con la policía y ningún Omaraeff sería capaz de allanarles el camino. Pero si la muerte de Kerényi había sido obra del NKVD (y mientras más lo pensaba, más consciente era de que iba a tener que asumirlo), seguramente se trataba de una medida para hacer que los conejos saliesen de sus madrigueras. O sea que, si echaba ahora a correr se estaría poniendo en evidencia y acabarían por cazarlo.

Sabía perfectamente lo que venía después.

Cuando sus pasos resonaban ya por la rue du Bac, a pocas manzanas de la Brasserie Heininger, la oscuridad se le había echado encima por completo. Todo lo que había logrado conseguir con tanto cuidado, desde el amor y el trabajo hasta sus pequeños sueños, temblaba ahora a merced del viento. Qué poca cosa era, pensó. Todo levantado sobre la arena. Cómo se había imbuido de falsas ilusiones, hasta llegar a creer que podía hacer lo que quisiese con su vida. Pues estaba equivocado.

—Querido muchacho...

Se detuvo en seco y buscó esa voz. Provenía de un descapotable de dos plazas, un Morgan verde oscuro aparcado junto al bordillo. Lo reconoció un instante después: el pelo cobrizo sobre la amplia frente, los ojos fríos sombreados por el oscuro maquillaje. El hombre que le había pasado su tarjeta en la fiesta de cumpleaños de Winnie Beale en la rue de Varenne.

—Qué tal, Nick. Ven y siéntate un momento aquí, a mi lado, ¿quieres?

No era exactamente una orden. Jristo rodeó el coche y se subió. La tapicería del asiento había sido curtida con el tiempo y los cuidados, y ahora

olía a cuero viejo.

—Roger Fitzware. ¿Te acuerdas de mí?

Se dieron la mano.

—Sí, nos vimos en casa de Madame Beale.

—Me dijiste que vendrías a verme para que te hiciese una foto, pilluelo.

Jristo se encogió de hombros.

—Lo siento —se limitó a decir.

—Bueno, no tiene importancia. Todo el mundo está tan espantosamente ocupado en estos días. Incluso nuestro querido Nick, ¿no es así?

—Pues sí. Precisamente ahora iba al trabajo.

—Pero me permitirás que te robe un par de minutos, ¿no? En primer lugar, deberías darme la enhorabuena.

—Enhorabuena, señor Fitzware.

—Con Roddy basta, querido. Te lo agradezco. Parece que he conseguido trabajo. ¡Mira tú! En mi noble familia se morirían de la impresión si llegasen a saberlo. Pero así es.

—Me alegro por usted.

—Gracias, gracias. Se trata de algo así como una columna de sociedad, ¿sabes? En realidad, no me lo explicaron muy bien. «Algo de chismorreos, querido», fue lo que me dijeron. «El típico artículo, ya sabes, quién ha salido con quién, qué han estado haciendo, qué han dicho y tal y cual». ¿Sabes de lo que te estoy hablando?

—Sí, creo que sí. Cotilleos.

—¡Exacto!

—¿Y qué es lo que quiere que yo...?

—Pues cotilleos, querido muchacho. Tal como tú acabas de decir. Tú estás siempre donde las cosas suceden, ¿no? Uno va a un sitio, luego va a otro y ahí está nuestro amigo Nick, cortando el salmón. Se te da bastante bien, tengo la impresión. Claro, tienes que pasarte día y noche en mitad de todo tipo de chismorreos y ahora, bueno, ahora tienes una oportunidad de sacarte unos francos por ello. Vamos, Nick, di que sí. Te estaría muy agradecido.

—Lo siento, señor Fitzware. No debo hacer esa clase de cosas. Mi trabajo...

—Pero, querido muchacho, no le des más vueltas. Sí que debes hacerlo, claro que sí.

Fue Jristo, y no Nick, el camarero, quien le dedicó una larga mirada. Fitzware permanecía sentado con actitud distendida, el cuerpo ladeado, apoyándose contra el volante del Morgan con su blázer de impecable corte y

la corbata a rayas: estaba tratando de decirle algo, aunque Jristo no sabía bien qué. Era un hombre que tenía todo lo que podía desear y, sin embargo, su rostro se mostraba tenso y pálido, atemorizado, como era evidente, ante la posibilidad de no obtener ningún cotilleo.

—¿Debo?

—Eh, pues sí. Qué mas da, Nick. Te estoy ofreciendo una oportunidad. Sí, debes.

—Debo ser su espía, es lo que me quiere decir.

—Querido, qué forma de poner las cosas.

—Pero es eso lo que me quiere decir, ¿no? Quién se va a la cama con quién. Qué dice la gente cuando bebe más de la cuenta. Quién no paga la cuenta en el restaurante. Eso es lo que quiere usted. Y me pagará por esa información, ¿no es así?

Con un movimiento desenvuelto, Fitzware sacó de alguna parte un delgado fajo de billetes de cien francos. Lo depositó sobre las rodillas de Jristo y le dio un par de palmaditas.

—Qué tío más listo —dijo con una voz completamente distinta a la habitual.

Jristo cogió los billetes, se humedeció la punta de los dedos y se puso a contar: había veinte billetes. A continuación, los dobló y los dejó convertidos en un grueso rollo. Extendió el brazo e introdujo el dinero en el bolsillo sobre el pecho del blázer de Fitzware.

—En fin, ahora sí que me sorprendes, Nick. Y no sabes lo difícil que es sorprenderme. —Sus ojos permanecían bien abiertos y fijos, como un gato ofendido.

—Lo siento mucho, señor Fitzware, pero ahora debo irme al trabajo.

—Una última cosa. Echa una mirada en la guantera, ¿vale?

Jristo giró el pomo y la portezuela de madera cayó hacia adelante. Dentro había un sobre. Lo abrió y echó una mirada a la fotografía: era él, sentado en un banco de madera, desnudo, con una toalla alrededor de la cintura y un chico sin ropa sentado en sus rodillas.

—Impresionante, ¿no? No te preocupes, Nick. Tu pequeño secreto está seguro en mis manos. *Honi soit qui mal y pense* y todo lo demás. El amor es lo que hace girar el mundo, el condimento de la vida. Ah, querido muchacho, quién podría decir todas las cosas que ocurren en la vieja ciudad de *Parí*.

Jristo sonrió y se detuvo antes de soltar una carcajada.

—¿También es dueño de Omaraeff?



—La verdad, quién es dueño de alguien en los días que corren, ¿eh? Lo que pasa es que a veces los amigos se hacen favores entre sí. Es una forma de que las cosas ocurran con mayor fluidez.

Jristo le devolvió la foto a Fitzware.

—Si quiere, guárdela como un recuerdo mío, *querido muchacho* —dijo.

—Pero ¿no te das cuenta...?

—Mire, señor Fitzware, este truco sólo funciona si hay alguien a quien enseñarle la foto. Pero dígame, ¿a quién se la va a enseñar? ¿A Omaraeff? ¿A Papá Heininger? ¿Qué pensaría de usted con semejante foto? ¿O prefiere enseñársela a mi amante? Bueno, puede que ella se sorprenda o, por triste que parezca, puede que se eche a reír. Con ella nunca se sabe. Hasta luego, señor Fitzware.

Se bajó del coche, cerró la puerta cuidadosamente y echó a andar con toda tranquilidad.

—¡A la mierda! —oyó a sus espaldas. Una vez más, no era el tono habitual, el del sonsonete nasal. No, esta vez era la real furia británica, una voz que nunca antes había oído y que lo dejó sorprendido por su vehemencia.

Poco después de las cinco, Omaraeff llegó a la *brasserie* con un periódico doblado bajo el brazo. Traía una expresión seria. Jristo lo miró fijamente, pero Omaraeff evitó el contacto visual. Los clientes habituales que comenzaron a llegar justo antes de la medianoche se mostraban excitados por las últimas noticias y los camareros se vieron convertidos en el centro de atención.

—¡Uy, rápido! Aquí viene Nick. ¡Todo el mundo bajo la mesa!

Él se limitaba a sonreír con tolerancia y sacudía la cabeza de lado a lado: qué simpáticos eran esos sonrientes aristócratas que se burlaban de él apuntándolo con el dedo. «*Nazdrovia!*», exclamaban en honor a los asesinos del ruso antes de echarse al coleteo otra copa de champán y ponerse a hablar imitando un acento del Este de Europa. Omaraeff se dedicó a servir la carne asada, dándole indicaciones a su asistente para que envolviese un enorme costillar destinado al perro de uno de los mejores clientes, mientras aguantaba las interminables bromas con una fingida sonrisa. Más tarde, durante la velada, acabó haciéndose un profundo corte en el dedo y tuvieron que acompañarlo al médico.

Durante sus carreras a la cocina, Jristo le daba vuelta a una serie de pequeños detalles insignificantes ocurridos en la última semana. Si lo pensaba, eran demasiados. De pronto se sentía como un ciego en un cuarto lleno de telarañas. Para empezar, estaba Dodin, el nuevo inquilino. Luego, el veterano ciego en el parque Monceau con su voz tan educada y culta, y su

guerrera de *cabo*. Eran pequeñas cosas en las que normalmente nadie reparaba. La muerte de Kerényi. Algo triste, sin duda, e innecesario quizá. La torpeza en el robo del oro. Como él mismo sabía, la ineptitud podía servir para enmascarar intenciones más sutiles. Tenía miedo de que se estuviese tejiendo algo a su alrededor unido por un fino hilo. Y cuando finalmente saliese todo a la luz, ya sería demasiado tarde para escapar.

A las tres y media de la madrugada se marchó a casa, caminando deprisa y con la cabeza baja. Al llegar frente a su portal sintió una puñalada de pánico, una corazonada, y se precipitó escaleras arriba, hacia su cuarto. Abrió la puerta de golpe y se encontró frente a la oscuridad y el silencio. Su silueta aparecía recortada bajo el marco de la puerta y se estremeció. En el mismo instante en que la luz de la escalera se apagó automáticamente con un chasquido, Jristo se arrimó a la pared. En medio de la más absoluta oscuridad cerró los ojos, se concentró y tanteó con las manos. Percibió el sonido de una laboriosa respiración. Una cerilla chisporroteó y se encendió una vela. Aleksandra, pálida a la luz de la llama, avanzó hacia él en trance. Llevaba una cuerda atada a la cintura. Tenía la mirada perdida y enseñaba los dientes. Como en un sueño, levantó las manos, en forma de garras, y hablando lento y con un fuerte acento balcánico dijo:

—Bienvenido a mi castillo...

Hacia el amanecer, cuando yacía enredado entre las sábanas, oyó las fuertes pisadas del nuevo inquilino por el pasillo.

Al día siguiente, y durante el resto de la semana, en la sección de *Le Figaro* en la que figuraban los anuncios de las agencias matrimoniales, apareció el siguiente:

*#344 — Monsieur B. F., próspero caballero en posesión de 82,5 hectáreas de tierra en Haut-Vienne, desea conocer a dama honesta y sincera. Monsieur B. F., viudo desde hace poco pero de aspecto juvenil, tratará todas las solicitudes con la debida discreción. Por favor escribir con las condiciones para arreglar un encuentro a #344, Bureau de Matrimoine Vigeaux, 60 rue St. Martin.*

El anuncio recibió cuatro respuestas. Las tres primeras escritas a mano en papel de carta económico. Annette perfumó la suya con *eau de violettes* y ofrecía un encuentro para tomar el té en casa de su madre. Françoise, de treinta y nueve años, escribió en tinta morada los datos precisos de su casa familiar, en las cercanías de Porte d'Ivry. Suzi sugería una cena en algún restaurante de «calidad» a su elección. La cuarta carta estaba escrita a máquina. «Iliane» estaría encantada de encontrarse con él el tercer domingo

de junio, a las dos de la tarde en el cementerio de Père Lachaise, junto a la cripta de Maria Walewska, la amante polaca de Napoleón.

\* \* \*

Caminando por los senderos de gravilla entre las figuras de negro de las familias francesas y con un pequeño ramo de anémonas en la mano, divisó a Ilia Goldman frente a la tumba de Walewska: un pequeño mausoleo gris con una viga de hierro sobre la fachada. Pese a la distancia, Jristo pudo ver cómo había cambiado. Si antaño tenía el aspecto de un muchacho vitalista, Ilia aparentaba ahora más años de los que tenía. Llevaba un traje de buen corte con un pañuelo en el bolsillo sobre el pecho, un suave sombrero Fedora de color gris y un brazalete negro de luto. Esperaba con las manos detrás de la espalda. De cerca se distinguían las líneas que la fatiga marcaba alrededor de sus ojos, y cuando Ilia lo saludó, en ruso como siempre, dio la impresión de hacer un esfuerzo para demostrar ánimo en su rostro. Se estrecharon la mano calurosamente, se abrazaron y luego dejaron pasar un momento en silencio contemplando juntos la tumba Walewska.

—Entonces —dijo finalmente Ilia— ¿cuál es el informe de ZAPATERO?

—¿ZAPATERO?

—Sí, últimamente usamos profesiones para los nombres en los operativos, como Banquero y Prestamista. En señal de cortesía hacia mí, creo, este último no se usa únicamente con los judíos.

—Ah. ¿Y quién soy yo, entonces?

—Una condesa de oscuro origen y terriblemente pobre, por desgracia. Con un fascista francés como amante, por supuesto. Un asunto bastante picante. Sus opiniones en asuntos de sexo son... peculiares, por decir algo. Seguro que te divertiría leer sobre todo esto.

—¿Has tenido a alguien pendiente de los anuncios de las agencias matrimoniales durante todo este tiempo?

—Claro. Desde el día que te fuiste de España. Pero no te sientas tan halagado. Contamos con muchos ojos y, mientras más ocupados se mantengan, menos daños provocan.

—Ilia, debo preguntártelo, ¿vienen a por mí?

Por un instante él guardó silencio.

—Están buscando, eso te lo puedo asegurar. Y buscan intensamente. Pero no estoy destinado en París y no sé qué se proponen aquí. Me han permitido viajar para ver los asuntos de ZAPATERO. Ahora, en mi *rezidentura*, que por el momento es Copenhague aunque cualquier día de estos puede cambiar, tú

estás seguro. Tenemos una lista muy larga. Desde las purgas de Yezhov parece que nos llueven los desertores. Y encontrarlos lleva una horrible cantidad de tiempo.

—¿Y tú? ¿Te encuentras seguro?

Ilia se encogió de hombros.

—Quién sabe, quién sabe. Han matado al noventa por ciento de los generales del ejército y al ochenta por ciento de los coroneles.

—¿Quién combatirá en la guerra entonces?

—No habrá guerra. Stalin nos mantendrá fuera, te lo puedo asegurar. No tenemos oficiales para pelear en una guerra. Hay quienes dicen que las dudas sembradas en el ejército, las tramas de los generales y todo lo que puedas imaginar, son en realidad resultado del trabajo de la inteligencia alemana, es decir, de Reinhard Heydrich y sus matones intelectuales, como los llaman. Son muy buenos en lo suyo, realmente buenos. En cambio, en nuestro lado, la vieja guardia prácticamente ha desaparecido. Berzin, que llevaba las cosas tan bien en España, fue llamado para «discutir ciertas materias». Él acudió pensando que todo se podía explicar y lo mataron, naturalmente. A todos los letones, de hecho: Latsis, Peters, a todo el grupo. El chequista Unschlikht está muerto. Orlov desertó y se dice que está escribiendo un libro. Se ha llevado a cabo una gran limpieza. Todos los polacos, los húngaros, los alemanes. En fin, en el futuro seremos estrictamente rusos.

—¿También van a purgar a los rumanos?

—Como yo, quieres decir...

—Sí.

—Supongo que sí, pero aquí me tienes. Aunque no puedo decir por cuánto tiempo más. Pero yo no tengo intención de morir. Y ahí entras tú, amigo mío. Llegará el momento en que necesite tu ayuda. Duermo un poco mejor sabiendo que tengo un amigo en el exterior, alguien en quien confiar cuando llegue el día en que tenga que salir corriendo.

—Tú me salvaste la vida en España. Así que lo que tú quieras...

—Gracias. Ya se dieron cuenta de que te habían prevenido, Maltsaev y sus colegas, pero eso se lo dejaron a Lubin.

—¿Y sus conexiones familiares no sirvieron para mantenerlo a salvo?

—No. También murieron. Uno nunca sabe por dónde les puede dar.

Jristo meditó por un instante y luego sacudió la cabeza.

—Deberíamos matarlo, Ilia. Alguien debería hacerlo.

—¿A Stalin? ¿Al Padrecito? Claro. ¿Te encargas tú, Jristo? ¿Darías tu vida por el bien de la humanidad?

—Si supiera una forma de llegar hasta él, tal vez sí que lo haría. Entrando en la guardia personal de Stalin o algo así.

—Me temo que es un poco tarde para que te recluten ahí.

—Debe ser un demente. Un perro con rabia.

—No, te equivocas. Eso es lo que piensan en Europa, sobre todo los que no lo quieren. Seguro que debe estar loco. Pero en realidad, sólo es el viejo personaje de toda la vida, un campesino socarrón. Estoy seguro de que has conocido a uno o dos como él. Es de los que golpea al vecino en la cabeza, le roba su oro, viola a su mujer y luego le quema la casa. Quién sabe por qué. Luego, cuando alguien se lo reprocha, él jura y perjura que fue un demonio el que lo obligó a hacerlo.

Como un par de viejos conocidos vestidos de luto, continuaron paseando un rato por ese laberinto de senderos flanqueados de tumbas de aristócratas y artistas, algunas con flores.

—¿Y cómo están los demás? —preguntó Jristo.

—Bueno, Kulic aún está vivo.

—¿Lo arrestaron?

—No. Una bomba lo hizo saltar por los aires en Guadarrama cuando encabezaba el ataque de unos partisanos. Los alemanes lo detuvieron por un tiempo, pero encontramos la forma de quitárselo de las manos. Un grupo de fascistas yugoslavos, los *ustachi*, solicitó su entrega para ser interrogado. Como son fascistas croatas y Kulic es serbio, los alemanes supieron apreciar esa diferencia y lo liberaron. Así conseguimos recuperarlo.

—¿Cómo?

—Es que esos *ustachi* eran de los nuestros. Ya sabes cómo es esto, Jristo. Hay que jugar en todos los campos.

—Pues Kulic tiene que estar muy bien considerado.

—Alguien piensa que debe ser de alguna utilidad. De otro modo...

—¿Y Voluta?

Ilia hizo una pausa.

—Probablemente no debiera decírtelo.

—Bueno, no me lo digas si no puedes.

—En realidad no importa. Seguro que te acuerdas de aquella chica, Marike, en la calle Arbat. Creo que llegaste a conocerla.

—Sí.

—Pues un día desapareció. Según parece, alguien había escondido una lista con los nombres del Frente Fraternal de 1934 en un lugar sumamente ingenioso: grabado en un pedazo de goma que tiraron por el desagüe del váter

turco. Pero la goma era demasiado pesada como para pasar y quedó atrapada, para desgracia de Marike. Así que cuando un idiota trató después de deshacerse de un condón por el desagüe (sin duda debía tener prisa y la taza de váter estaba ocupada) se produjo un atasco. Acto seguido, un desafortunado milagro: apareció un fontanero y desatascó la cañería. El tipo supo de inmediato lo que había encontrado y fue a chivarse al sitio adecuado. Los de contrainteligencia no tardaron en aparecer y le echaron la culpa a Marike, no sé por qué. Nunca más se la volvió a ver. Por supuesto, Ozunov también desapareció. Después, mucho después, se enteraron no sé cómo de que en realidad había sido Voluta. Y ahora viene lo mejor. ¡Voluta era cura! Formaba parte de un movimiento nacionalista polaco llamado NOV, integrado por sacerdotes y oficiales del ejército. No eran fascistas, aunque seguro que Moscú los llamaría así. Creo que son patriotas empeñados en una conspiración para conservar Polonia como una entidad nacional. Ocupan un lugar importante en nuestra lista de objetivos porque son muy aplicados y les ha ido bastante bien. Voluta se había infiltrado en las instalaciones de la calle Arbat, había tomado nota de todo el personal y descrito el lugar, y luego, cuando fue asignado a la *rezidentura* de Amberes, simplemente se bajó del tren y nunca más se le ha visto desde entonces. El problema con el NOV es que se ha extendido a través de los sacerdotes, fuera de Polonia, quiero decir, entre otras nacionalidades, y hay razones para pensar que los oficiales del ejército han establecido conexiones similares. Como comprenderás, no se trata del gobierno polaco propiamente tal, sino de una conspiración que se esconde en la sombra. Así que nuestros elementos en Varsovia poco pueden hacer. Nuestro amigo Voluta es un cura bastante famoso en Moscú.

—Dios mío —dijo Jristo, realmente sorprendido por el hecho de haber sido engañado junto con todos los demás—, nunca lo habría pensado...

—Bueno, era un tipo muy suyo, como recordarás.

—Sí. Y siempre dispuesto a ayudar, deseoso de hacer más de lo que le correspondía.

—Como un cura, ¿no? Tenemos sospechas de que el NOV comparte información con el aliado favorito de Polonia: la inteligencia británica. Sólo Dios sabe adonde va a parar todo esto. Supongo que a estas alturas todos nosotros ya debemos ser bastante famosos.

—¿Y dónde crees que se halla ahora?

Ilia sonrió y extendió sus manos, abarcando la totalidad del mundo. Siguieron caminando un rato y pasaron al lado de la tumba de los Rothschild y de las lápidas de Daumier, Corot y Proust.

—¿Conoces el Mur des Fédérés? —preguntó Ilia junto a un muro del cementerio.

—No.

—Aquí fue donde murió el último de los miembros de la Comuna de París en 1871. Lucharon entre las tumbas durante toda la noche y al amanecer se rindieron. Los soldados los colocaron entonces junto al muro, los fusilaron y los enterraron en una fosa común.

—Ilia, dime, ¿eres comunista? Pero ¿de corazón?

—Claro. ¿Acaso tú no?

—No. Sólo quiero vivir mi vida, que me dejen tranquilo.

El silencio se impuso por un momento. Pasado un instante, Ilia volvió a hablar:

—Ahora, hay un asunto delicado.

Se dieron la vuelta y comenzaron a caminar otra vez. Sus pasos se oían crujir sobre el sendero de gravilla.

—¿De qué se trata?

—Me refiero al asesinato de nuestro mensajero.

—¿El Primero de Mayo?

—Sí.

—¿Qué pasa con eso?

—La *rezidentura* de aquí está que echa humo. Tienen mucha presión. Créeme que en Moscú están realmente indignados. Han enviado matones de todas partes, especialistas, y han activado todas las redes en París. Hasta ahora no han pescado nada.

—Tal vez ésa fue la razón por la que lo hicieron. Para ver quién acudía y qué provocaban.

Ilia le dedicó una intensa mirada.

—El viejo Jristo —comentó. Al ver que no había más respuesta, continuó —: Bueno, el caso es que quieren saber de verdad qué sucedió. Lo que tienen hasta ahora son los típicos flecos sueltos: que si los rusos blancos, los falsos príncipes, los porteros cosacos, la granada de mano con el nombre de Stalin escrito en ella. Pero Yezhov no se traga nada de todo eso.

—¿Y?

—Bueno, si por casualidad oyes algo...

—¿Qué?

—Bueno, creo que has mencionado algo de dejarte tranquilo para vivir tu vida, ¿no?

—Sí.

—Pues ahí tienes.

Jristo pronunció las palabras con cuidado:

—Te he preguntado antes si vienen a por mí. ¿Es ésta tu respuesta?

Ilia sacudió la cabeza con vehemencia, como un perro que sale del agua.

—No. No me malinterpretes. Te he dicho que te buscaban. En realidad, no sé si es así, pero lo doy por hecho. Es mejor que tú también lo asumas. Un favor puede servir para quitarte la presión de encima, aunque nadie puede garantizar que funcione. Ni yo, ni nadie. Por otra parte, ¿tienes algo que perder?

Siguieron hablando durante una hora, volviendo a los recuerdos, la calle Arbat, Belovo, España, Yáshcheritsa, Sasha. Luego se separaron. Jristo regresó a su cuarto. Aleksandra no estaba. Era domingo y ella había dicho algo sobre ir de picnic en un parque. Pero se había extendido con Ilia durante más tiempo de lo que había calculado y ella debía haber abandonado la idea y se había marchado al *cinéma*. Sí, eso era lo más probable, pensó.

La esperó fumando Gitanes y observando cómo el cuadrado de cielo recortado por la ventana iba pasando del azul al azul oscuro, luego al lavanda difuso de la puesta del sol y después al crepúsculo, para finalmente hacerse de noche. Al principio se limitó a creer que ella regresaría, así que esperó. Pasado un rato, comenzó a desear que llegara. La hora en la que debía ir a trabajar le pasó desapercibida. Se puso a dar pasos desde el viejo armario hasta la ventana abierta y de vuelta otra vez. Al llegar a la ventana se detenía para mirar fuera, aunque no siempre veía algo. Las tiendas estaban cerradas y ya habían bajado las persianas metálicas. Todavía pasaban algunas personas a toda prisa por la acera, uno que otro coche por la calzada. Domingo por la noche. Todos encerrados en sus casas, escondidos de aquello de lo que la gente se esconde los domingos por la noche. Podía notar el olor de las patatas friéndose y los rancios efluvios de las calles de París. En aquella tranquilidad, el ruido de los cubiertos entrechocando con los platos y los fragmentos de conversación, interrumpidos en una ocasión por una carcajada, llegaron a sus oídos. Volvió a alejarse de la ventana, se acercó a los pies de la cama y luego regresó al armario. De pronto lo abrió y encontró toda la ropa de Aleksandra en su sitio, incluido su impermeable blanco tipo Marlene Dietrich (una de las necesidades impuestas por la moda de la ciudad) que tanto le gustaba. Pero había sido una tarde templada y sólo debía de llevar un jersey. En el cajón de la mesilla de noche guardaba una caja con cosas pequeñas que ella



consideraba valiosas. Bagatelas: un botón plateado, una moneda americana, un camafeo de la emperatriz Josefina proveniente de una tienda de recuerdos. Su perfume había sido uno de sus tesoros más preciados y había conservado la botella vacía dentro de la caja. En uno de sus desplazamientos frente al espejo, descubrió una pequeña marca roja que resaltaba en uno de sus párpados y notó que le dolía. Se lo había hecho él mismo. Se miró las manos y tuvo la certeza de que si tuviera en ese momento una pistola se pegaría un tiro. La había perdido, lo sabía, había perdido a Aleksandra y no volvería a verla nunca más. Se tumbó en la cama de lado y llevándose las rodillas al pecho. Presionó con los dedos a ambos lados de su cabeza para detener el dolor. No lo consiguió.

Más tarde, despertó buscando una bocanada de aire. Estaba mareado y confuso, y sintió que el peso de la pena lo golpeaba de nuevo. Se percató de que tenía un lado de la cara mojado. Se obligó a salir de la cama y comenzó a rebuscar en la habitación pero en su primer intento no halló nada fuera de lo común. Un billete de diez francos escondido dentro de un zapato y nada más. A la 1:30 de la mañana abrió la puerta y pasó un buen rato intentando captar algún sonido proveniente de la habitación de Dodin, al fondo del pasillo. Silencio. Abrió la puerta de una patada y entró en la habitación lentamente, con cuidado, tal como le habían enseñado. Pero allí no había absolutamente nada, excepto polvo acumulado bajo la cama: nada en los cajones; nada en el armario; nada colocado en algún sitio que no estuviera a la vista. Nada. Intentó cerrar la puerta pero se dio cuenta de que el mecanismo de la cerradura ya no funcionaba después de haberlo hecho saltar, así que dejó abierto. En el pasillo comprobó que su dinero estaba detrás y se lo echó al bolsillo. Era todo lo que podía hacer.

Regresó a su cuarto y se limitó a observar la noche según pasaban las horas. Había momentos en los que juraba venganza en voz baja, invadido por una rabia obscena y desquiciante que no significaba nada. Al amanecer, con movimientos mecánicos, fue colocando sus cosas en la funda de una almohada. Cuando tuvo todo lo que quería y estaba listo para partir (aunque no sabía adonde), prefirió revisar el cuarto por última vez. Haciendo un esfuerzo de voluntad aclaró su mente y se puso a la tarea como sabía que era correcto: centímetro por centímetro, comenzando por una esquina y hacia adelante y a lo alto como las líneas imaginarias de un punto de fuga. Se puso de rodillas con la lámpara a su lado hasta donde permitía la extensión del cable.

Una hora más tarde lo encontró. Al mover la lámpara, determinado ángulo de luz le reveló las marcas en el viejo revestimiento de madera junto a la puerta, hecho con material de baja calidad y con el barniz ya agrietado. Pasó los dedos por el listón para confirmar lo que había visto. Después de todo, ella sí le había dejado un mensaje. Se sentó pesadamente y lloró durante largo rato cubriéndose la cara con las manos. No quería que nadie lo oyese. Una y otra vez tocaba la pared, surcando con desesperada lentitud las leves marcas de los cuatro arañazos dejados por las uñas de Aleksandra al ser arrastrada por la puerta.

\* \* \*

En Clichy todos los colegas quedaron encantados cuando apareció Barbette. Apartando a las *poules*, le arreglaban una mesa en Le Maroc o en aquel sitio del Holandés, en la rue Truot, que todos llamaban *cul de cochon*, y dejaban que invitara a copas toda la noche. En aquel lugar, al que la gente nunca iba a menos que estuviese obligada a hacerlo y siempre de día, él era la cosa más rara que hubiesen visto hasta entonces, más que nada porque tenía dinero y le gustaba gastárselo; pero, sobre todo, le gustaba gastárselo en ellos. Era alto para ser francés y siempre iba muy erguido, y te miraba con esos ojos pequeños y oscuros que parecían atrapar la luz. Su gran risa sonaba falsa. Podías contarle que acababas de robarle la dentadura a su madre y se echaba a reír. Hasta su nombre, Barbette: ¿qué quería decir? ¿Era un apodo? El significado literal era «barbita». Es verdad que llevaba una como la barba del diablo: de esas que bajan por las patillas y siguen la línea de la mandíbula hasta unirse con el bigote. La suya estaba tan bien recortada que debía retocársela cada noche con un par de tijeras.

Pero *barbette* también era el velo que cubre el pecho de una monja, que a su vez se usaba en argot para referirse a «dormir en el suelo» o «disparar». A veces la palabra aludía a los spaniel de agua, esos perros eficientes que siempre te traen la pieza. Se lo preguntaron, a su manera, pero como respuesta él se limitó a reír. Bueno, tampoco les importaba realmente: era el tipo de persona que a uno le caía mejor si no te contaba todo lo que querías saber. Por otra parte, eso quería decir que no era de los que se iba de lengua, algo importante para la gente de Clichy. Johnny LaFlamme y Poz Vintre, y Escaldo de Portugal y Sarda, el sordomudo que te miraba a los labios cuando hablabas y se enteraba de lo que estabas diciendo, formaban una familia (la única que tenían, por lo demás) y a su modo se cuidaban el uno al otro: todos

ellos eran capaces de olerse un golpe a tres manzanas de distancia. Barbette no era un poli. Pero tampoco era uno de ellos. Era alguien diferente.

Todas las chicas decían que estaba loco, que iba a por *la petite mort* como un maníaco que ha estado abandonado en una isla desierta. Tal vez era un poco bocas, decían, y realmente le gustaban las extravagancias que se prolongaban durante la tarde, extravagancias que a ellas las dejaban cansadas antes de su trabajo de verdad durante la noche en la rue St. Denis, cerca de Les Halles o en Montmartre. Pero los colegas se lo permitían. Barbette era alguien para tener cerca en caso de que uno necesitase algo. Además, nunca pedía que se lo devolvieras. Todos querían uno de esos abrigos largos como los que llevaban en la película *Hampa dorada* o en *Enemigo público* y éstos no se podían robar. Hasta el propio Capone —se imaginaban— les habría dicho lo bien que les quedaban.

Un día desapareció en compañía de Escaldo y Sarda, y cuando se les volvió a ver eran más ricos de lo que nunca habían sido. De inmediato tiraron todo el líquido tóxico que el Holandés les vendía como *vin rouge* y pidieron vino de verdad, para ellos y para todos los demás. No se podía hacer preguntas. La nueva riqueza provenía de Barbette y puso las cosas bajo una perspectiva totalmente nueva y muy interesante. Había pasado de usar dinero para llenar sus barrigas (con bebidas y todo tipo de cosas) a llenar sus bolsillos. Y eso lo convertía en alguien muy importante, aunque sólo era un tipo que había aparecido de repente un día cualquiera. Al comienzo, Escaldo y Sarda despertaron envidias. «¿Por qué no me ha tocado a mí?», se preguntaban algunos. Pero si algo tenían era tiempo, y sólo había que esperar para ver si la próxima vez era su turno. Al principio, Escaldo y Sarda no dijeron mucho. Sarda no podía, a menos que contase con un bolígrafo y papel, pero nadie quería tomarse la molestia de conseguirlos. Y Escaldo no quiso abrir la boca. Tenía el aspecto de un chulo, engalanado en negro, y orgulloso, con uno de esos cuchillos portugueses para destripar peces sujeto al tobillo. No convenía insistirle mucho con algo, tal como pronto advirtieron las chicas. En cuanto al pobre Sarda, su cara estaba surcada por profundas arrugas por intentar hacer durante toda su vida aquello que los demás daban por sentado. Cuando se excitaba, hacía ruidos con la garganta. En privado, todos reconocían que les provocaba un poco de miedo. Así que durante algún tiempo el vino fluyó, la cerveza fue vertida con su espuma y todo el mundo se limitó a no hablar y a esperar pacientemente.

Pero en todas las familias las cosas terminan por salir a la luz. Una noche, Escaldo se emborrachó y dejó entrever parte del asunto. Por otra parte, estaba

obligado a contar algunas cosas, desde que a algún listillo se le había ocurrido que una de las razones por las que Barbette les daba tan duro a las chicas era para probar que no era un «palomo cojo», lo que quería decir que tal vez sí lo era. Y a su vez, eso podía significar que Escaldo y Sarda se habían rebajado hasta tales niveles que quedaban definitivamente apartados de la familia. Escaldo no podía aguantar que algo así siguiera propagándose, de modo que cantó.

El dinero que ahora tenían no era más que el comienzo, explicó. Habría más, tal vez mucho más. Puede que pudiesen sacarse ese *kilo* con el que todos soñaban y del que no paraban de hablar. Barbette los había llevado a una granja abandonada, en algún lugar a las afueras de París y les había mostrado esas, mmmh, esas cosas y les había enseñado cómo funcionaban y les había permitido, incluso, usarlas unas cuantas veces. *Mon Dieu! Quelles machines! Quelles instruments!* Sus ojos brillaban al hablar y bastaron unos cuantos vasos más de aguardiente para sacar toda la historia a la luz.

*Les machines à écrire de Chicago.*

Pues ya lo sabían. Eso era todo. Máquinas de escribir de Chicago, sí. Era lo que Barbette les había enseñado en esa granja en ruinas a las afueras de París. Escaldo se abrió el largo abrigo para coger dos pequeños cigarros y encendió uno para Sarda y otro para él. ¿Acaso Botella Capone, el hermano de Al, o Jake Pulgar Grasiendo Guzik tenían algo que ellos no tuvieran? Ya no.

Ametralladoras.

Ninguno de los que estaban sentados alrededor de la mesa fue capaz de decir algo por un largo rato. Todos pensaban en lo que acababan de oír.

\* \* \*

Jristo encontró una habitación perdida en mitad del Marais, en una calle oscura que salía de la rue des Rosiers. Era un viejo y angosto edificio de siete pisos con buhardilla, con cañerías oxidadas que corrían expuestas y ventanucos que daban a un patio en el que era de noche desde el amanecer hasta el crepúsculo. Le alquiló la habitación a un viejo judío encorvado como una C, con tirabuzones, barba, abrigo y sombrero negros.

—¿Quién te busca, pequeño? —le preguntó el hombre en ruso.

—No le entiendo —respondió Jristo en francés.

El hombre asintió.

—Oh, le ruego que me disculpe entonces —replicó en ruso.

La idea de dejar las cosas que Aleksandra guardaba en su caja de los tesoros al alcance de las garras de la casera no dejaba de atormentarlo. En cualquier caso, regresar a esa habitación estaba descartado. Probablemente también lo habían seguido hasta la Brasserie Heininger, pero era menos probable que intentasen echarle el guante allí. Comenzó a pensar en la posibilidad de encontrarse nuevamente con Yasin en el barrio turco, a las afueras del Boulevard Raspail, para comprarle otra arma, pero lo desechó. Ilia le había dado un número de teléfono: ésa era ahora su mejor arma. ¿Era posible que Ilia le hubiese tendido una trampa, que lo hubiese mantenido distraído en el cementerio para que alguien pudiera raptar a Aleksandra? Quizá. O quizá el propio Ilia había caído en una trampa. Bueno, al menos ahora sabía dónde estaba: sobre el tablero de ajedrez del NKVD. Todos sus movimientos eran conocidos y habían sido previstos; ahora caballos y alfiles se dedicaban a entretenerlo mientras él preparaba el siguiente movimiento, para ir a parar en la casilla que ellos habían planeado. De alguna forma, ya no tenía importancia. El destino es el destino. Él iba a continuar el juego hasta el jaque mate y ya se encontrarían algún día en el infierno.

Sudoroso por el calor de finales de junio, Jristo se metió en una *cabine* de teléfono en la estafeta de Correos del barrio mientras esperaba a que le pasaran la llamada. La respuesta llegó al primer timbrazo. Él se limitó a decir: —Quiero una reunión.

Le indicaron que acudiera a la mañana siguiente a las 6:30 a la iglesia de St. Julien-le-Pauvre.

\* \* \*

A la primera misa de la mañana Ilia se presentó vestido de trabajador con una copia de *L'Humanité*, el periódico comunista, doblado bajo el brazo. Jristo observó cómo avanzaba lentamente por el pasillo, antes de santiguarse y tomar asiento en el banco. Exceptuando a unas cuantas mujeres tocadas con mantillas en la primera fila y un sacerdote que celebraba apresuradamente el rito musitando en latín, no había nadie más. Los elevados techos mantenían la iglesia en una suave penumbra mientras el primer sol de la mañana comenzaba a despuntar.

—Eres muy rápido —dijo Ilia en voz baja. Le echó una mirada sospechosa a Jristo—. Veinticuatro horas. Dime, ¿te has planteado alguna vez hacer carrera en este negocio?

—Quiero que la dejéis libre —dijo Jristo con la voz tensa por la desesperación, pese a tratar de disimularlo—. Haced lo que queráis conmigo

pero dejadla ir.

—¿A quién?

—Se hace llamar Aleksandra.

—Lo siento —respondió Ilia— pero no sé nada de lo que me dices.

—Estás mintiendo —aseguró Jristo.

—No. No es cierto.

—Podría rebanarte el cuello aquí mismo, Ilia. Podemos aprovechar que estás aquí, más cerca del cielo, para enviarte en un viaje exprés.

—¡Jristo!

—¿Estoy blasfemando? ¿Te molesta?

—Basta. No sé de qué estás hablando.

—¡Oh, vamos! Vete al diablo. —Se puso de pie y avanzó hacia el pasillo entre los bancos.

—Jristo, espera un momento, por favor —insistió Ilia con un murmullo elevado.

Jristo se detuvo y permaneció de pie, a la espera.

—Están fuera. Tienen todo el lugar rodeado. Te harán pedazos.

—¿Aquí frente a una iglesia? ¿En medio de la calle y a plena luz del día?

—Claro que sí. Como le ocurrió a Myagin.

—Bueno. En ese caso tú morirás primero.

—¿Tú crees que les importa?

Jristo volvió a sentarse y sacudió la cabeza con incredulidad:

—Y ni siquiera te avergüenzas... Dime, Ilia, ¿cómo lo haces?

—No arremetas contra mí, Jristo. Intento ayudarte. Guárdate tus ideas de justicia, deshazte de ellas y evita los juicios. No sé nada de esa Aleksandra, pero te prometo que haré todo lo que esté en mi poder. Somos muchos en este oficio, ¿sabes?, cada uno con sus propias órdenes, y está todo tan compartimentado que a menudo uno no sabe...

—Ya basta. Estamos aquí para negociar...

—No, Jristo. No hay nada que negociar.

—Entonces, ¿qué propones?

—Danos al asesino de Myagin.

—Primero la chica.

Ilia negó con la cabeza y cerró los ojos por un momento.

—Por favor... —añadió con amabilidad.

—Omaraeff —dijo Jristo.

—¿Quién es?

—El *maître* de la Brasserie Heininger. Un búlgaro.

—Por el amor de Dios, ¿por qué?

—No lo sé. Patriotismo, tal vez. Existe la posibilidad de que los británicos estén involucrados.

—¿Y tú? ¿También estás involucrado?

—Marginalmente, Ilia. Le hice un pequeño favor y luego me alejé.

—¿No te gustó el plan o qué?

—No, Ilia, no. Es que tenía algo por primera vez: la vida de un hombre común y corriente, alguien que trabaja y luego vuelve a casa y encuentra a su mujer. Nada de lo que hacía tenía importancia. Era una maravilla, Ilia, algo incomprensiblemente maravilloso.

—Lo siento.

—¿Puedes conseguir que la dejen libre?

—No lo sé. Seguramente recuerdas cómo es esto: son todos pasillos ciegos. Pero te juro que lo intentaré. Tengo amigos, me deben algunos favores. Sólo que tengo que ser discreto.

—¿Puedo irme ahora?

—No. Primero debo salir yo. Entonces te dejarán en paz.

Reflexionó un instante sobre la sencilla señal que hubiera provocado su muerte. Todo lo que Ilia tenía que haber hecho era dejarlo salir primero, y estaría muerto en cuestión de segundos.

—Que Dios te ayude, Ilia —dijo.

—Permíteme que te ayude yo antes. Si le aprietan las clavijas al Omaraeff ese, ¿soltará tu nombre?

—Con toda seguridad.

—Muy bien. Me puedo encargar de eso.

—No me importa.

—Eso es lo que tú dices. Pero te quiero vivo. Por el otro...

—Te lo ruego —dijo Jristo.

Ilia asintió, miró a Jristo un instante y se puso de pie.

—Adiós, amigo mío —dijo extendiendo la mano.

Jristo no hizo ni el menor intento de estrechársela.

Ilia se encogió de hombros, se aseguró *L'Humanité* bajo el brazo y se perdió por el pasillo.

Al salir de la iglesia vio a algunos. Había uno en un coche. Otro leía el periódico en el pequeño parque que rodeaba el templo. Una pareja de turistas tomaba fotos del Sena del otro lado del *quai* ¡a las siete de la mañana! Fotos

suyas, por supuesto. Al enfilarse hacia el norte, vio que un coche se ponía en marcha y lo seguía. Era el viejo Simca con el que se había cruzado una noche a comienzos de primavera al volver a casa. Recordaba a su conductor, increíblemente borracho y sonriente mientras conducía por la mitad de la calzada. En ese momento se dio cuenta de que hacía mucho que le seguían la pista.

¿Cuánto? ¿También Vladi Z., su compañero en el campo de internamiento, era uno de ellos? Si era así, habían estado jugando con él como si fuera un agente provocador inconsciente desde el día en que salió de España. Ya había tenido que huir de Madrid después de una llamada telefónica de nada menos que el propio Ilia Goldman. Eso sí, las amenazas de Yáshcheritsa habían sido muy reales. O tal vez no. ¿Habían intentado asustarlo tan pronto?

Un matón engreído y obtuso de pelo cortado al cepillo apareció súbitamente de un portal y comenzó a seguirle los pasos. Había todo tipo de especialistas operando ahora en París, según le había dicho Ilia. La ciudad estaba repleta de ellos. Él sabía que el NKVD tenía unidades para doblegar cualquier actividad sospechosa en las aldeas, unos diez mil efectivos. No es que fueran a emplear algo así en Francia, pero estaba claro que tenían gente en abundancia y la usaban profusamente.

Quería ir a la librería en la que había conocido a Aleksandra y quería hacerlo solo, así que se deshizo de los coches que lo seguían cogiendo el metro. Se bajó dos paradas después. Eso lo dejó en compañía del matón engreído y de un tipo de cara regordeta que era como la versión moscovita de un hombre de negocios. Ambos lo siguieron mientras vagaba por el barrio universitario, entre estudiantes que corrían a las primeras clases en distintas *facultés* de la Sorbonne repartidas por el distrito. Entró en uno de los edificios con aulas y echó a andar por los pasillos, subiendo y bajando escaleras en medio de esa compacta marea humana. Cuando finalmente salió del edificio, había perdido al de la cara regordeta. Tal vez había acabado desistiendo, pensó Jristo, humillado por las miradas de mofa que los estudiantes le dedicaban a su lustroso traje, por lo que prefirió refugiarse en la secretaría. Jristo echó una mirada atrás, sin molestarse siquiera en usar los cristales de las vitrinas como espejos, y vio que el engreído lo seguía, empapado en sudor. Era el último hombre. Cuando un pasajero se bajó de un taxi, Jristo aprovechó para subirse al instante. Luego comprobó a través del retrovisor que el hombre del NKVD daba vueltas, desesperado por encontrar otro taxi. Pasadas tres calles, Jristo pagó al conductor y se refugió en un portal para ver pasar al



engreído lanzado en otro taxi, horrorizado seguramente ante la posibilidad de que ese gasto inesperado no fuese aceptado por sus jefes.

Esa misma mañana, algunos momentos después, Jristo rebuscaba en la librería entre los gruesos volúmenes con hojas sin cortar sobre surrealismo y marxismo. Sobre la pared del fondo colgaba un cartel de vivos colores que celebraba el esfuerzo republicano en la guerra civil española. Severas cruces se alineaban sobre unas tumbas y un rostro sombreado de gran determinación y fuerza miraba a la distancia. Unas ardorosas líneas del poeta John Cornford cruzaban el papel. Cornford, poeta y marxista de Cambridge, había muerto a los veintiún años luchando con su ametralladora en las Brigadas Internacionales. «Nada es cierto, nada es seguro —decían esas líneas—. Todos al morir se aferran con ímpetu a la vida / Todos al nacer luchan entre gritos y sangre».

Por un rato se dedicó a observar a los clientes según se desplazaban por la tienda. ¿Cómo encajaba Aleksandra en este ambiente? Su política, tal como él sabía, era la supervivencia, su propia supervivencia. Las preguntas que iban más allá de eso no eran relevantes para ella. La teoría la aburría y las pasiones eran para la cama, no para el estrado de las conferencias. De pronto, su ausencia se le hizo inmensa y pronunció su nombre en silencio antes de dejar sobre la mesa el volumen que tenía en la mano.

—¿Capitán Márkov?

Al oír ese nombre quedó congelado: era su tapadera en España.

Se dio la vuelta lentamente hacia el lugar del que provenía la voz y se encontró a Faye Beams. Lo primero que lo impresionó de ella fue su larga cabellera, lavada y reluciente, y esos ojos color jade que le ayudaron a reconocerla. Una segunda mirada le permitió percibir el color cetrino y la expresión cansada de un rostro que hablaba de una vida que no había sido fácil.

—¿Lo he asustado? —preguntó ella.

—Sí —reconoció Jristo—, un poco.

Ella lo cogió del brazo para cruzar la calle en dirección al café. Ese contacto lo hizo sentir culpable en un primer momento, como si estuviera profanando su tristeza y traicionase a Aleksandra. Pero no podía negar lo cálido que le resultaba, lo agradable que era. Se acomodaron bajo un toldo a rayas y bebieron un café tras otro. Ella lo puso al día con la historia de su vida

durante los últimos meses. Al hablar, sus ojos brillaban por las lágrimas contenidas.

Andrés había muerto.

Había sido una muerte lenta. Numerosos doctores desfilaron por su lecho de muerte en un piso cercano al parque Monceau, cuyo alquiler pagaba el padre de ella. Su plan original había sido marcharse a Grecia, donde Andrés tenía amigos que podían acogerlos. Incluso llegaron a hablar de casarse. Pero, por distintas razones, nunca compraron los billetes. Siempre surgía algo que tenían que resolver. Renata Braun había dejado París en febrero con la promesa de escribirles tan pronto como se hubiese instalado. Esperaron su carta con creciente ansiedad según pasaban las semanas, pero nunca recibieron nada. Luego Andrés cayó abatido por la fiebre.

Al comienzo no le prestaron atención. Era la humedad de París. Había que acostumbrarse al nuevo clima. Pero la fiebre se mostraba obstinada. Consultaron con varios doctores, les recetaron medicinas de toda clase, pero nada parecía hacer efecto. Poco a poco la enfermedad empeoró hasta que llegó el punto en que ella debía pasar todas las noches en vela, enjugándole el sudor del cuerpo y cambiando las sábanas empapadas. A ratos Andrés caía presa del delirio y gritaba y gemía en lenguas desconocidas para ella. En cierto momento estaba en Anatolia y le rogaba que lo ocultase de los soldados turcos. Podía oír sus pisadas subiendo las escaleras. Ella se levantaba y corría a abrir la puerta para echar una mirada y asegurarle que no había nadie, que ya se habían marchado. Le decía cualquier cosa con tal de calmar su atormentada mente, porque el terror de Andrés le estaba rompiendo el corazón. Después lloraba a solas en el baño, se lavaba la cara y volvía junto a la cama para sostenerle la mano hasta el amanecer.

Cuando se encontraba mejor, él le contaba con gran detalle su verdadera vida, dónde había estado, qué había hecho. Lo único que realmente le pesaba era que el Partido Comunista, la cosa de mayor importancia en su vida, había acabado dándole la espalda. Ella intentaba demostrarle que no era así, que uno siempre podía preocuparse por el resto de la humanidad y podía trabajar por los oprimidos; no se trataba de tener un carnet. Pero este tipo de argumentos despertaban toda su rabia: ella no entendía nada, según él. Al final ella no volvió a insistir.

Pasado un tiempo, Andrés se volvió desconfiado y extraño. Escondía la cuchara para sus medicinas entre las mantas para que ella no pudiese encontrarla y la acusaba de contarle sus secretos al conserje. Cuando ella hacía la limpieza del piso él le exigía que se mantuviese ante su vista en todo

momento. Los días en que estaba mejor volvía a hablar de matrimonio apasionadamente. Tenían que tener un niño, decía, para continuar con el trabajo que habían comenzado. Le rogaba que fuera a buscar a un sacerdote, a un rabino, lo que ella quisiera. Ella le dijo que era más prudente esperar a que se encontrara un poco mejor, cuando volviese a ser el de siempre. Esas reticencias terminaron por exasperarlo y la acusó de infidelidad.

Luego, con la llegada de la primavera, dio la impresión de que recuperaba las fuerzas. Ella lo acompañaba a pasear por el parque Monceau, mientras él, con la chaqueta sobre los hombros, la aleccionaba sobre toda una serie de asuntos políticos. Le leía el periódico exaltado y le explicaba las implicaciones históricas de cada acontecimiento. Ahora, en lugar de volcar su hostilidad y sospechas contra ella, había comenzado a planificar su venganza contra algunos sujetos del Komintern a los que acusaba de haberlo traicionado. En cierto momento se obsesionó con el poeta ruso Ilia Ehrenburg, alegando que se hallaba bajo estricta supervisión del NKVD, y comenzó a pensar en un artículo para una publicación trimestral parisina, la *Nouvelle Revue Française*, en donde revelaría la verdadera naturaleza de Ehrenburg.

Pero de pronto, un día en que tenía pensado visitar un museo y en el que también había hecho una llamada por teléfono, se había comido una *omelette* y se había reído un rato de las bromas que ella le contaba, murió. Al regresar de las compras ella lo encontró sentado en el sillón con un libro abierto entre las manos.

Al terminar de contar su historia las lágrimas rodaban por su cara. Al rebuscar en su bolso, apareció un camarero con un pulcro pañuelo blanco y se lo ofreció sin decir nada.

—Dios mío —dijo ella—, cómo voy a echar de menos esta ciudad.

—Lo siento mucho —dijo Jristo— por Andrés. Y por ti.

Por todo lo sucedido. Si hablase inglés mejor...

—No te preocupes. Lo entiendo. En realidad, no quería llorar frente a ti. Sólo que... cuando tenía dieciséis años solía fantasear sobre la muerte de un amante, supongo que para sentirme triste. Pero luego sucedió. Sucedió de verdad —echó una mirada alrededor en busca del camarero para devolverle el pañuelo pero el hombre estaba ocupado en otra mesa.

—Creo que quiere que te quedes con él —le explicó Jristo, mientras buscaba una palabra—: es un...

—¿Un regalo?

—Sí, un regalo.

Ella asintió con la cabeza y se sonó.

—¿Y tú? Cuéntame de ti.

—Me han pasado algunas cosas malas, otras buenas —dijo encogiéndose de hombros.

—Andrés me explicó que no debía hablarle a la gente de ti, que era muy importante, así que lo entiendo.

—Sí —suspiró Jristo. Le hubiera gustado contárselo todo a ella sin necesidad de hablar usando acertijos, diciendo las cosas sin decirlas, como hacía Sasha. Pero prefirió seguir preguntando—: Y ahora ¿qué harás?

—Me voy a casa —dijo ella—, a Estados Unidos.

—Es lo mejor, ¿no?

—Bueno, no lo sé —respondió dubitativa—. Quizá. Pero esta vez he comprado los billetes y ya no hay vuelta atrás. De hecho, estaba en la librería buscando algo para leer en el barco. No me apetece tener que aguantar a una panda de americanos chismorreando sobre sus aventuras en la vieja Europa. —Y puso una cara al imaginárselo—. Sí, hoy iré a Le Havre en tren, paso allí la noche y mañana embarco en el *Normandie*. Luego unos días de travesía, y Nueva York.

—¿Qué tren coges?

—El veinticinco, desde la Gare du Nord.

Calló un momento, por la ansiedad ante la idea de tener que viajar. Dio la impresión de que volvería a echarse a llorar. Una sombra atravesó su rostro y luego, en lugar de las lágrimas, surgió una lúgubre sonrisa.

—Qué típico de París es esto: encontrarse con un amigo unas horas antes de partir para siempre.

—Algún día regresarás.

—¿De verdad lo crees?

—Claro que sí.

—Es divertido, ni siquiera sé tu nombre. Supongo que en realidad no te llamas «capitán Márkov».

—Mi nombre es Jristo. Jristo Stoianev, viene a ser como tu «Stephens».

—Jristo —repitió ella.

—Así es. Hacía mucho tiempo que no lo oía pronunciar. Ahora tengo otro nombre.

De pronto los ojos de ella se iluminaron y sonrió.

—¿Te divierte?

—No. Sólo que mi nombre tampoco es Faye Berns en realidad.

—Vaya, también tienes una tapadera.

—Mi nombre es Frances Bernstein —confesó ella—. Pero se parecía demasiado al nombre de cualquier chica de Brooklyn, así que preferí cambiarlo por Faye Berns.

Él hizo un gesto con el dedo como si la estuviese amonestando en broma.

—Demasiado parecido a un nombre real —comentó—. Serías muy mal espía.

El silencio la atenazó mientras pensaba en todo lo que le había pasado. Sus ojos buscaron los de Jristo y él supo de pronto que era el último vínculo con la vida que ella había llevado en Madrid y en París. Al decirle adiós a él, le decía también adiós a todo aquello.

—No creo —dijo ella con tristeza— que pueda contarle nunca a alguien todo lo que me sucedió aquí. Además, sé que no me entenderían. La mayoría de la gente trata de hacernos creer que le han ocurrido aventuras impresionantes. Yo, en cambio, tendré que hacer como si nunca me hubiesen sucedido. Es lo que debiera hacer ¿no?

Jristo asintió con la cabeza. Era un truco que ambos compartirían.

—Es lo mejor —le dijo él.

Comieron juntos y luego, durante buena parte de la tarde, él la acompañó por París mientras ella iba repasando una extraordinaria lista de encargos de último minuto. Él se mantenía atento, comprobando de vez en cuando si lo seguían. Pero nadie lo vigilaba. Además, caminaron por lugares en los que Jristo nunca había estado antes.

Una vez tachados todos los puntos de la lista, la ayudó a cargar un voluminoso y desgastado baúl en un taxi y luego en el compartimento del tren. Cuando el maquinista hizo sonar el silbato, Jristo bajó al andén y ella se asomó por la ventana.

—¿Me dejarás que te escriba alguna carta? —le preguntó con una voz que resonó entre los ruidos que retumbaban en la vasta bóveda acristalada de la estación.

Jristo reflexionó un momento.

—Es que no sé adonde podrías enviármela.

—Entonces me puedes escribir tú a mí, si te apetece. —Y sacando una pluma, la agitó y garabateó un nombre y una dirección en un pedazo de papel.

Él la cogió y se la echó al bolsillo. El maquinista dio dos toques breves de silbato y montó en la cabina. Un sonoro resoplido de descompresión seguido de una gran nube de vapor llenaron el andén. Jristo extendió ambas manos y

ella las tomó entre las suyas. Permanecieron en esa posición por un instante, hasta que el tren comenzó a avanzar, y se soltaron.

\* \* \*

El 24 de junio fue la primera noche cálida de 1937: una noche de esas en las que todo puede suceder y cualquier sueño puede convertirse en realidad. El crepúsculo fue brumoso y suave, como siempre, pero el frescor habitual de cada noche no llegó. Todos los habitantes de la ciudad se echaron a la calle. Las puertas abiertas de los cafés dejaban escapar la música y los que paseaban, entusiasmados por el bondadoso clima, se entretenían en animadas conversaciones que resonaban por las esquinas. Esa noche, bajo unas nubes densas y bajas, la ciudad daba la impresión de ser una acogedora sala privada en la que no tardaría en comenzar una fiesta.

Cuando Jristo llegó, la *brasserie* era un auténtico manicomio. Papá Heininger, con las gafas torcidas sobre la nariz, intentaba contener la avalancha de reservas pegado al teléfono. Al hablar, hacía gestos de calma con la mano que tenía desocupada, como si buscara tranquilizar al cliente invisible al otro lado de la línea.

—Créame que lo siento, pero la mesa habitual de Su Excelencia, por desgracia, no está disponible a medianoche. Al menos hasta la una, aunque sí está libre la mesa catorce, una ubicación con bastante encanto, en mi opinión.

Luego asentía con la cabeza y suspiraba mientras prestaba atención a la persona al teléfono.

—Sí, de acuerdo... Sí que es realmente poco habitual... claro, claro, sólo por esta noche... Muy bien, dígame a Su Excelencia que estamos muy agradecidos por su comprensión... Muchas gracias. Hasta luego.

Después de colgar se enjugó la frente con una servilleta doblada.

—¡Djadja! —llamó a voces a Omaraeff, inclinándose por encima del libro de reservas empuñando el lápiz—. El conde lava se sentará en la catorce esta noche. Ocúpate de darles otra mesa a los alemanes.

Omaraeff le preguntó que dónde pensaba colocarlos. No quedaba ni un centímetro libre en todo el local. Papá Heininger agitó su servilleta.

—Pero ¿es que tengo que ser yo el que se encargue de todo? Me da igual dónde los pongas. Como si los sientas en el retrete. Explícales que así no tienen que levantarse de la mesa.

Así se iba gestando la noche.

El florista llegó con los racimos de rosas de Bourbon, grandes ejemplares de aspecto decadente en tonos granate y lavanda. El panadero trajo canastas

llenas de barras. Un grupo de americanos apareció demasiado pronto con ganas de comer. Pese a provocar unos cuantos gritos en la cocina, fueron acomodados en una mesa. Los seis invitados de la mesa de los Beale aparecieron en la escalinata de mármol a las 10:30 (bastante temprano para ellos), pero esa noche venían realmente excitados. Poco a poco el nivel de ruido fue creciendo hasta convertirse en un pandemonio: el tintineo de los cubiertos y los platos, de las copas de cristal en los brindis, las agitadas conversaciones, las risas desbocadas, el intercambio de buenos deseos a gritos entre amigos en mesas distantes. Los grandes espejos relumbraban con tintes rojizos y dorados. Los camareros no paraban ni un segundo cargando bandejas con *langoustines* y botellas de champán.

No faltaba nadie.

Kiko Bettendorf, el piloto de carreras. La duquesa de Trent, acompañada de *Harry* y *Hazel*, sus lebreles. El doctor Matthew O'Connor y su «sobrina», la señorita Robin Vote, encantadora y melancólica como siempre, enfundada en su esmoquin. La misteriosa Mademoiselle M. en esta ocasión había aparecido con sus amantes. También estaba Voyschinkowsky, «el león de la Bolsa», con un grupo de doce personas. Fum, el adorado payaso del Circo Dujardin, tampoco había faltado. Ginger Pudakis, Jimmy Grey, Mario Thoeni, el tenor, y Adelstein, el empresario teatral, eran los invitados en la mesa de Winnie y Dicky Beale. El príncipe de Bahadur apareció en compañía de su enfermera austríaca, que exhibía sin pudor las esmeraldas reales de Bahadur, valoradas en un millón de dólares. También estaba Kreml, el rey de las municiones, escoltando a la inmensa Frau Kreml, su madre, a su hermana, a su primo y a esa encantadora mujer del hotel que se encargaba de enseñarles a jugar al *bridge*. Entre los asistentes también estaban el conde lava; la baronesa de Ropp; la señorita Catherine Fetwick-Mill; el señor Antonio Dzur... y el señor Escaldo, de Clichy, junto a su silencioso socio, el señor Sarda, y a su consejero, el atildado Barbette.

Escaldo y Sarda con sus abrigos largos de gánster, sus sombreros Fedora inclinados y las ametralladoras Thompson apoyadas contra la cadera causaron gran revuelo con su llegada. En primer lugar, no tenían reserva. Simplemente pasaron delante de Papá Heininger, de Mireille, la chica del guardarropa y de Omaraeff, el *maître*, sin decir una palabra. Cuando entraron en el comedor, provocaron un escalofrío de emoción. ¿Hasta dónde podía llegar la magia en una noche tan *fantastique*? Eso estaba por verse, porque éstos eran auténticos «gánsters americanos», un nuevo condimento para una velada que prometía grandes emociones y mucho *glamour*. «Vive le grand Capone!», gritó

alguien, y las copas tintinearón a medida que se fueron uniendo más invitados al brindis.

En un gesto muy cinematográfico, Escaldo y Sarda levantaron sus armas y apretaron el gatillo. La boca de los cañones refulgió con destellos, agitándose convulsivamente. La gran sala se llenó de añicos de color y movimiento, gritos y pánico desatado.

Antes de enterarse de nada, Jristo ya estaba en el suelo. Un hombre con capa se había levantado de inmediato y, al correr hacia la salida, lo había derribado contra una mesa de cuatro, antes de quedar tendido sobre la moqueta. Oyó las ráfagas zumbando por encima de su cabeza y sembrando perforaciones, mientras los espejos de las paredes estallaban en una lluvia plateada de cristales. Eran metralletas, capaces de lanzar varias ráfagas en modo automático y que usaban balas calibre 45, el mismo que las fuerzas americanas. Por eso, aunque fuesen disparadas contra el techo y la parte alta de las paredes, todo lo que alcanzaban prácticamente explotaba, y los comensales que reptaban por el suelo, bajo las descargas, estaban cubiertos de fragmentos de yeso y cristal.

Fue un milagro que nadie acabase muerto en esos momentos. El conde lava, después de conseguir la mesa catorce para la velada, se encontró clavado a la moqueta, aplastado por su propio peso y a punto de morir ahogado por un bocado de lechal al horno. Kiko Bettendorf, superviviente de la Curva de la Muerte en el circuito de Frelingheissen, necesitó catorce puntos para un corte en la cabeza. Frau Kreml, escondida bajo un mantel y creyendo ser víctima de un robo, se dislocó dos dedos en un vano intento de deshacerse de sus anillos. En una decisión muy poco inteligente, Ginger Pudakis se puso de pie y acabó con una herida en la frente por una bala perdida que rebotó del techo. De inmediato cayó hacia atrás sobre una silla, con la sangre corriendo por su cara. Desde donde se hallaba, Jristo pudo ver lo que sucedió a continuación, aunque sólo tuvo tiempo para pensar en ello mucho después. De toda la gente que había en la sala, entre todos esos chillidos y disparos, Winnie Beale fue la única persona que actuó con valentía. Al ver que su amiga había sido alcanzada, dio un salto desde el lugar relativamente seguro en el que se encontraba, encima de una banqueta, para cubrir el cuerpo de su amiga con el suyo.

Barbette había desaparecido en búsqueda de Omaraeff, que se había esfumado de su lugar habitual, a la cabeza de la sala. Dado que él era el verdadero objeto de toda la operación, Barbette estaba ansioso por dar con él. Sabía que no había salido del restaurante. Él mismo se había asegurado de



impedirlo. Tampoco se encontraba en el baño para caballeros. Estaba en el de mujeres, en el último de los compartimentos. Con los pantalones subidos, las piernas al aire y la chaqueta roja de camarero rodeándole las pantorrillas como si fuera una falda.

Barbette se paró ante el compartimento, sostuvo la puerta con su mano izquierda mientras empuñaba una pistola de 9 mm que no parecía nada impresionante, y se quedó mirando a Omaraeff sentado en el retrete con el cuerpo doblado hacia adelante y la cara escondida entre las manos. Barbette torció los labios en una mueca de triste ironía.

—Oh, Djadja —dijo con cierta amabilidad—, las mujeres no se bajan el vestido para sentarse en el excusado, normalmente se lo suben. ¿No lo sabías? ¿No? ¿O es simplemente una confusión pasajera provocada por la tensión del momento? Vamos, amigo, responde. Dime algo.

Omaraeff se limitó a sacudir la cabeza, sin dejar de cubrirse la cara.

—Pobre Djadja —comentó Barbette. Desde su posición, el cráneo de Omaraeff ofrecía un aspecto muy tentador y, sin mayor deseo de continuar la conversación, levantó el brazo y completó la misión. Omaraeff brincó hacia atrás y luego se derrumbó hacia adelante, siempre sentado, con las manos abiertas, inertes sobre las baldosas del suelo. El aseo de las damas de la Brasserie Heininger eran unas instalaciones de tamaño reducido con paredes y techo recubiertos de mármol. Horas después de la detonación, Barbette aún tenía un zumbido en los oídos.

\* \* \*

El lugar favorito de Roddy Fitzware en París era la mesa junto a la ventana de en medio de la Tour d'Argent. Adoraba esa vista sobre el Sena, que se apreciaba mucho mejor desde el sexto piso donde estaba el restaurante que entre las cabezas de los turistas. Le encantaba la seriedad del ambiente (uno venía aquí a cenar muy bien y punto), la cual despertaba en él una serenidad formal. Tenía la impresión de que le ayudaba a sacar su mejor faceta. Ahí podía estar sin necesidad del absurdo maquillaje y los modales afeminados que rodeaban a ese personaje suyo de la alta sociedad, en la que, siguiendo instrucciones, tenía que desenvolverse. Le encantaba el *caneton* y le encantaba el *turbot*. Cuando tenía tiempo para gastar los Fondos Secretos de Su Majestad le gustaba ir a la Tour d'Argent. Eso, por supuesto, implicaba tener que rellenar un recibo, por lo cual no se trataba sólo de ir a cenar: tenía que encargarse también de los asuntos de Su Majestad.

El asunto de Su Majestad llegó a la 1:15. Fabien Théaud, un joven francés de cuello tieso, posiblemente emparentado con alguien que se movía en los círculos superiores de la DST, el equivalente francés del servicio de inteligencia británico, el MI5. En otras palabras, un espía. Pero un espía con un traje muy elegante, pensó Fitzware. Lo vio avanzar con decisión hacia su mesa, la barbilla en alto, las fosas nasales dilatadas, las comisuras de los labios torcidas ligeramente hacia abajo, como si el mundo le provocara disgusto.

Fitzware se puso de pie, se dieron la mano con formalidad francesa —una sola sacudida seca y firme—, y Théaud se sentó, ceremonioso. A la izquierda de los elegantes cubiertos del lado de Théaud había un paquete pulcramente envuelto en papel marrón y atado con un cordel. El francés lo ignoró educadamente. Hacía ya más de un año que había comenzado a asistir a estas comidas y había aprendido a aceptar el sentido teatral de Fitzware. Las revelaciones nunca debían hacerse en el primer acto.

Una vez observados los rituales de cortesía y servidos los aperitivos, Fitzware fue al grano.

—Vuestra gente debe tener un alboroto descomunal esta mañana.

—¿Eh? —Théaud parecía realmente sorprendido.

—La locura de anoche, quiero decir, la pequeña guerra que se desató en la Brasserie Heininger.

—De guerra poco. Nadie repelió los disparos y sólo el *maître* fue asesinado. En cualquier caso, nada interesante para nosotros —sentenció el francés con un gesto de la mano.

—¿En serio?

—*Les gangsters*. Algún estúpido enfrentamiento criminal. Tal vez una extorsión, o puede que una guerra entre carniceros por el suministro de carne. Vaya usted a saber el verdadero motivo de todo. La *préfecture* ya ha atrapado a los dos que iban con las ametralladoras. Escoria. Un par de chulos de baja estofa de Clichy. En cuanto al *maître* que mataron en el baño, creo que era eso que los americanos llaman *hacer limpieza*.

—No gran cosa para vosotros, entonces.

—No. La gendarmería y la justicia se harán cargo.

—Pero alguna gente importante resultó herida.

Théaud se permitió un elocuente gesto galo acompañado de un explosivo «¡Boff!». Luego sonrió adustamente:

—¿Ese circo de americanos? ¿El piloto de carreras alemán? ¿Esa gente? Todos vienen a París para jugar a la decadencia y cuando por pura casualidad

se ven enfrentados con el mundo de verdad, ponen el grito en el cielo. Es buen material para la portada de los periódicos, eso es todo. En cuanto a la Brasserie Heininger, en tu lugar me mantendría alejado de allí por una o dos semanas.

—La cerrarán, supongo.

—¿Cerrarla? Santo cielo, por ningún motivo. La gente que la frecuenta no puede encontrarse las puertas cerradas.

Fitzware sonrió apesadumbrado.

—En cualquier caso, vuestra eficiencia es admirable. Haber atrapado a los asesinos tan rápido...

Théaud no pudo disimular su orgullo ante el cumplido.

—No es nada, *mon vieux*. Como dicen los británicos, «información recibida». Los criminales fueron vendidos casi de inmediato. No dirán una palabra, por supuesto. Eso sería violar el código del submundo. Así que tendrán un juicio rápido y sin complicaciones, y si no nos entregan al asesino del *maître*, acudiremos a los servicios del doctor Guillotin. De todos modos, no creo que les importe mucho. En cierta forma es un honor en su sociedad.

—En algunos países serían considerados como elementos accesorios.

—Es posible. Pero estamos en Francia. Y aquí son asesinos.

Durante algunos instantes centraron su atención en la comida y el vino. Entonces Fitzware se atrevió a preguntar:

—Querría saber algo sobre el caso del mensajero ruso.

—¡Aj! Vas a terminar arruinándome la comida. Eso es un nido de serpientes, eso es lo que es. Informantes y contrainformantes, disputas por el poder en la comunidad de inmigrantes, mentiras y deseos hechos realidad, falsas confesiones y rumores, y todos los sinsentidos que uno pueda imaginarse. Me temo que a ése lo hemos perdido para siempre.

—Lo tenéis —dijo Fitzware.

Théaud le dirigió una mirada cargada de sospechas.

—¿De verdad? No puedo creer que tengamos tan buena suerte.

—Pero así es. Justo a la izquierda del *plat de salade*.

—¿Este paquete?

—En efecto. Es una Radom.

—Vaya, vaya. Una Radom. ¿Y eso es...?

—Un pistola automática de fabricación polaca, un arma muy eficiente, muy apreciada al este del Oder. Podréis comprobar que fue la que mató a Myagin y, por accidente, a Iván Donchev, el viejo que hallaron en el cine.

Théaud alzó una mano para que dejara de hablar. Hizo venir al sumiller, al que pidió el mejor Montrachet que tuviesen.

—Si es así —dijo con aire dramático—, por los que sirven a Francia.

Fitzware inclinó su cabeza. Era indudable que se estaba divirtiendo.

—Hay un detalle más —añadió—. La pistola fue obtenida de un turco, un tal Yasin, cerca del Boulevard Raspail. El hombre que la compró se llama Nikko Petrov, un búlgaro que actualmente trabaja como camarero en la Brasserie Heininger. Y sí, sí tengo la sensación de haber servido a Francia.

La cara de Théaud se vino al suelo.

—Oh, no. No debes hacerme esto.

Fitzware estaba boquiabierto.

—Me estás diciendo, a menos que yo esté sordo como una tapia y sea incapaz de oír, que existe alguna conexión entre el asesinato de Myagin y la salvajada de anoche en la *brasserie*. Toma y daca. Una conspiración en el restaurante acaba en el asesinato de un diplomático soviético, por tanto los del NKVD devuelven el favor cargándose al *maître* y destrozando la *brasserie*. Por supuesto, daban por hecho que el local no sobreviviría a un incidente de ese tipo, con lo que han demostrado ignorar el apetito que tiene la alta sociedad por el escándalo. Si es eso lo que me estás diciendo, no quiero oírlo. No me has dicho nada, ¿de acuerdo?

—Pero, Dios del cielo, ¿por qué?

—Política. Estoy seguro de que sabrás que hace cuatro días Camille Chautemps, una socialista radical, sucedió a Léon Blum, un viejo socialista nada radical, en la jefatura del gobierno de Francia. Estamos pues en un mal momento para incordiar a nuestro más formidable aliado, la URSS, con acusaciones relacionadas con unas incomodidades provocadas a un puñado de ricachones extranjeros en un restaurante. Y menos con el canciller Hitler afilándose los colmillos a la vuelta de la esquina. Mi querido Fitzware, creo que me vas a hacer llorar. Sí, de frustración. Y nada menos que en la Tour d'Argent. Ante los ojos de Dios. Acabas de resolver nuestro caso más urgente y en el mismo instante nos lo quitas de las manos.

Fitzware se mordió el pulgar por un instante mientras reflexionaba.

—Muy bien, en ese caso me gustaría sugerir que no intentéis resolverlo. Por supuesto que podéis investigar. Podéis detener al tal Petrov, desplegar una cortina alrededor de él (asuntos de seguridad nacional, un juicio a puerta cerrada) y dejarlo ahí. No es necesario desvelar la conexión con la Brasserie Heininger mientras sepáis mantener lejos a los periodistas. Y en el caso de la

*brasserie*, al menos ya sabéis qué sucedió. Eso es algo que más tarde puede tener un significado u otro.

Théaud tamborileaba con sus dedos sobre la mesa.

—No lo sé. Esto es complicado y habría que encontrar una forma de hacerlo. Pero es posible. Hay algunos en el Ministerio de Justicia capaces de sacar a la luz todo este *affaire*, y habría que mantenerlos engañados. Pero no sería la primera vez que ocurriera. Eso nos permitiría saldar nuestras cuentas internas. Ahora bien, uno podría preguntarse qué conexión lo une al tal Petrov, ¿por qué una comida tan fina para celebrar su entrega?

—Para explicarlo tendría que proceder de forma indirecta: el exceso de información sólo contribuye a hacer las cosas más confusas. Digamos, en todo caso, que estamos siempre deseosos de aparecer bien en vuestros libros de Historia y, por otra parte, sabemos que él estropeó una de nuestras operaciones. Delató a uno de los nuestros a los rusos para conseguir que le devolvieran a alguien. Hasta entonces, nuestro operativo había sido de gran valor y nos había ayudado a conseguir información sobre el NKVD en París y en otras partes, mucha información. Y ese Petrov encontró la forma de arruinarlo todo. Pero... no pensaréis ponerlo en manos del doctor Guillotin, ¿no?

—Podría ocurrir. Si los rusos llegan a averiguar que estuvo involucrado en el asunto de Myagin seguramente nos veríamos en la obligación. Claro que, por otro lado, las ejecuciones siempre resultan un asunto escandaloso. Al menos las ejecuciones oficiales. Ahora, si viéramos otra forma...

Fitzware caviló unos segundos y concluyó:

—En fin, le estaría bien empleado.

El Montrachet llegó en ese momento.

\* \* \*

*Las grullas vuelan como las noches de verano  
sus sombras proyectadas al sol.*

No, no es así.

*Las grullas vuelan como chicas de verano  
aquí sólo un instante y luego...*

Tampoco. Qué es eso de chicas en el cielo. Ridículo.

No había caso. Ahora su mente comenzaba a atormentarse.

«Las grullas vuelan...». ¿Cómo mierda vuelan las jodidas grullas? Ése era su problema. Nunca había visto una grulla y, si la había visto, ni se le había pasado por la cabeza que eso podía ser una grulla. Seguramente alguien había visto alguna vez una grulla volando porque la maldita imagen había conseguido hacerse un lugar en los mitos rusos y había permanecido ahí, clavada como una daga.

Se reclinó hacia atrás en la silla de madera y suspiró mirando hacia fuera, a través de la alambrada, a la pradera llena de hierbas altas. Por encima de las torres de vigilancia el cielo parecía extenderse hasta el fin del mundo. Sasha Vonets no había nacido para ser un poeta, era lo único que se podía decir. Pero su obstinado espíritu insistía en la costumbre de emitir ciertos sonidos espirituales y, de una forma o de otra, había que formularlos. Por eso, siempre había seguido su instinto y cortaba los pensamientos que se le aparecían en pedazos, en lugar de dejarlos discurrir de un extremo a otro sobre la página en blanco, como un batallón de ataque.

Dejó el inacabado poema en uno de los cajones del escritorio y regresó a su libro de contabilidad. La pregunta era qué dirían los números. Era una cuestión incluso más difícil que la de las grullas. Era algo con lo que tendría que vivir el resto de sus días. Así que más valía hacer las cosas bien. El problema era ¿qué quería Brasovy? Mentiras. La mayor parte del tiempo se trataba de decirle mentiras a Brasovy, tal como él quería, para que él las transmitiera a Moscú, que también querían oír mentiras. Pero claro, tenía que haber variaciones, de otro modo, todo el asunto se hacía demasiado obvio, incluso para esos cabezas de chorlito de la Oficina de Administración Central. En ocasiones había que decir la verdad, de tal manera que uno pudiera administrar todas las mentiras necesarias la mayor parte del tiempo. El análisis era correcto, ¿sí? Muy bien, pero ¿qué día era hoy?

Las normas de producción para los campos de extracción de oro de Utiny, en la región del río Kolymá, a medio camino entre el mar de Siberia oriental y el mar de Ojotsk, eran imposibles de seguir. En el invierno, las temperaturas caían por debajo de sesenta grados bajo cero y el viento soplaba como un demonio enfurecido. Los trabajadores sobrevivían a base de una sopa translúcida y unos cuantos gramos de pan seco, y morían como moscas. El trabajo agotaba sus primeras fuerzas en unas cuantas semanas. Después comenzaban a morir, ni muy rápido ni muy lento, mientras su capacidad para

mover rocas y arena declinaba a ritmo sostenido. La primavera pasada se habían comido un caballo muerto. El animal llevaba un tiempo cadáver cuando lo encontraron, así que también se comieron los gusanos. Otros habían recibido una barrica de grasa para las carretillas y se la habían comido entera, madera incluida. Algunos se comían el musgo, sólo por echarse algo en el estómago. Cuando no lograban alcanzar las normas de producción dictadas por Moscú eran desnudados y rociados con agua, y los dejaban congelarse a la intemperie, aunque no hasta matarlos del todo. En el verano los trabajadores eran atados a pilotes, de manera que las nubes de mosquitos se alimentasen de ellos por unas horas. Pero lo que de verdad los volvía locos, según decían, era el sonido: ese falsete sostenido taladrándoles los oídos.

Sasha había aprendido a no enterarse de ese tipo de cosas. Había construido un muro y vivía parapetado detrás. Él había sobrevivido. Fue su abuela la que logró mantenerlo alejado de las celdas de ejecución de la Lubianka. Eso le costó sus joyas, los candelabros, la platería y todo lo que la mujer había logrado rescatar para hacer frente a los malos tiempos. Entonces lo enviaron al este, a la esquina noreste del infierno para ser más precisos, con una condena a treinta y nueve años. Pero seguía con vida. Y tenía una deuda que pagar, una deuda con ellos y, con la gracia de Dios, sobreviviría el tiempo suficiente para pagarla. Sólo para hacerlos llorar de angustia, tal como ellos habían hecho llorar a tantos. Para hacerlos arder, tal como ellos habían hecho arder a tantos. Para cortar sus tendones, tal como ellos los habían cortado a millones, y verlos caer.

La cosa más cruel que debía reconocer es que, de cierta forma extraña, nunca había sido más feliz. De repente, en esa necrópolis de hielo y estepa y moribunda luz gris, él había encontrado una razón para vivir por primera vez en su vida. Finalmente, había algo que quería: quería hacerles daño como le habían hecho daño a él. Qué simple e infantil se había tornado la vida una vez reducida a sus elementos más básicos.

Y lo más divertido de todo, si existía algo que pudiera considerarse divertido, era que ¡tenían razón!

Ahí estaban, matando a gente a diestra y siniestra bajo cualquier pretexto. Bastaba una excusa tan nimia como una mirada hostil, una palabra indiscreta, haber dibujado una barba en un cartel, cualquier cosa; y en cambio, a él, los malditos cerdos lo dejarían vivo. Él, que era quien de verdad se había dedicado a espiarlos. Es más, continuaba haciéndolo. Ese viejo poeta loco y borracho, Sasha, deambulando entre las nubes con su absurdo corazón a

rastras en una cadena, haciéndose el tonto, continuaba escarbando en sus secretos en cuanto encontraba la oportunidad.

Primero, mucho antes de que lo enviaran a España, lo había hecho en Moscú, en la propia plaza Dzerzhinski. En breves excursiones nocturnas a los archivos. ¿Qué ha estado haciendo este colega últimamente? ¿Ah, sí? Mmmm. ¿Y esto también? Vaya, vaya. ¿Y este otro? Caray. Bueno, vamos a tomar unas cuantas notas, sí, usando este código personal y lo convertiremos en una sola palabra, una palabra que tenemos que recordar.

Y sí que era posible recordarlo: una vez que se añadía ritmo y rima, uno podía recordar mil palabras.

Al principio, cuando había llegado al campo, le habían asignado un trabajo dentro de las tareas generales del campo. Se suponía que tenía que mover a diario 6,4 metros cúbicos de gravilla. Gravilla mojada. Se escupió las manos y se puso a ello. Se trataba de sobrevivir. Un hombre era capaz de cualquier cosa cuando estaba bajo presión. Dio paladas hasta que sus músculos se agarrotaron, hasta que su corazón quedó apretado como un puño. Trabajó hasta que los mocos le chorrearon por la nariz y su aliento raspaba y silbaba. El encargado apareció poco antes de la hora en que debían regresar al campo. Vonets, anotó, 503775: 1,8 metros.

¡No!

Sí. Bueno, la verdad era que debía haber movido algo más, quizás unos 2,8 metros, pero como la producción debía ser *compartida* con los otros, ya se acostumbraría, una vez que comprendiese el sistema. ¿Qué lo preocupaba? De todos modos, a ese ritmo no iba a sobrevivir mucho.

Consiguió convertirse en encargado poco antes de que la muerte se lo llevara aunque estuvo cerca, muy cerca. Había ido progresando, abriéndose camino en el campo del NKVD, buscando siempre a la persona adecuada, aquella en la que todavía brillaba un último destello de ambición. Y finalmente la había encontrado. «Yo sé escribir de informes», se dijo. El viejo truco había vuelto a funcionar, tal como había ocurrido en Moscú. Era incapaz de hacer volar una grulla para salvar su alma; ahora, si lo que necesitaban era verborrea, y la necesitaban, él era el tipo que estaban buscando. El más listo.

«La infraestructura de transporte vio sus capacidades mermadas en la fecha arriba indicada debido a la reducción de una unidad por necesidades de reestructuración en los objetivos de producción en la fecha señalada».

Lo que significaba que había muerto un caballo.



Lo convirtieron en un funcionario. Eso quería decir que vivía en un cuarto con cuatro camas y una estufa; eso quería decir que trabajaba en una oficina en la que los troncos de madera alimentaban la estufa como si el mañana no existiese; eso quería decir que le tocaba sopa de cabeza de pescado cada noche y 340 gramos extra de pan por día; eso quería decir que podría sobrevivir, lo que a su vez quería decir que podría clavarles el cuchillo en el corazón y retorcerlo con todas sus fuerzas. Con tiempo.

Pero, más importante aún, quería decir que tenía algo con lo que negociar, porque aquel pequeño diario que había conservado durante tanto tiempo tenía que seguir creciendo, tenía que ser actualizado; de otro modo, perdería todo su valor. En Kolymá era como si el tiempo se hubiese detenido. El viento aullaba entre los abetos y el mundo era blanco. Vacío. Pero, en alguna parte, la vida seguía su curso, las operaciones continuaban, sufrían cambios, asumían nuevas formas, involucraban a nuevas personas. Todos los pequeños detalles se iban acumulando y él tenía que conseguirlos, eran su alimento, lo mantenían vivo y con entusiasmo.

Así era. Se dedicaba a observar a los recién llegados. Los chequistas eran fáciles de detectar por sus abrigo de cuero, las botas y sus caras bien alimentadas de expresión petulante. Es verdad que habían sido interrogados, de acuerdo. Pero ya habían dejado atrás esa pesadilla en los campos de tránsito y en los transportes para ganado. Ahora llegaban al campo esperando ser tratados, bueno, de forma decente. Después de todo, eran miembros del Partido.

Lo primero era la gravilla. O tirar de trineos cargados de rocas mediante cuerdas atadas a sus hombros como si fuesen animales. Cuando estaban en ello Sasha se dejaba ver. ¿Sería posible recibir un poco de ayuda? ¿Una mano amiga? ¿Era posible? Bueno, bueno, él se encargaría de ver qué se podía hacer. Mientras tanto debían aguantar y continuar empleándose a fondo con la pala en la gravilla mojada, soportando el peso en sus brazos, gruñendo mil veces al día por el esfuerzo. Él estaba viendo si se podía hacer algo. El viejo a cargo de contar los zapatos se estaba apagando, estaba en las últimas, ¿qué tal un trabajo así? ¿No era demasiado degradante contar zapatos? Él observaba cómo sus ojos adquirían una expresión cálida ante la sola idea, sus lenguas asomando como la de un perro. «Pronto, pronto», les decía él. De momento, tendrían que seguir levantándose a las cuatro de la mañana en la gélida oscuridad para sorber un poco de sopa y aguantar otro día más. Pero, sobre todo, no tenían que olvidar pasar por su cuarto de vez en cuando para hablar un poco.

No era necesario insistir. Estaban tan agradecidos ante la simple posibilidad de guardar alguna esperanza que inmediatamente lo echaban todo fuera, entre otras cosas, por el deseo de parecer ante sus ojos de importancia suficiente como para permitirles dedicarse a contar zapatos. «Ya lo creo, fui el que atrapó a Bakir en Estambul, el ministro de Armamento. Cerdo asqueroso. Siempre iba por ahí metiendo sus sucias manos hasta que le tuve que aclarar las cosas. Todavía está en nuestro poder, estoy seguro. Sí fui yo el que lo atrapé».

Una nueva palabra para su memoria. Por si le fallaba la cabeza, la incorporaba en un libro de contabilidad que nunca nadie revisaba. Según iban pasando los meses, los hechos se acumulaban. «La verdad es que Hitler sólo escucha a su astrólogo, ¿sabes?, y a mí me tocó ir en busca de Borov, nuestro propio astrólogo. Él se encarga de decirnos todos los días lo que le cuentan a Hitler».

Su recopilación fue creciendo y creciendo. Iba a ser un libro bastante grueso una vez que hubiese acabado de escribirlo todo. Tal vez debería convertirlo en un poema, pensó, un poema patriótico o, mejor aún, un poema patriótico dedicado al propio NKVD. ¡Eso es! Un poema en que cada palabra fuese una clave sobre los nombres y los lugares que debieran haber permanecido en secreto para siempre.

Pero todavía no era el momento. Se contentaba con seguir investigando hasta que se presentase cierta oportunidad. Entonces, cuando llegase el momento, saldría a la luz. Su enciclopedia del NKVD le permitiría alcanzar la libertad. A partir de ese instante, quienquiera que tuviese las listas (los nombres, los lugares, el dinero, los hechos), sin importar de qué servicio de inteligencia se tratase, se convertiría en una espada: su espada. A partir de ese minuto, él podría sentarse para ver los sablazos que daban.

\* \* \*

El 23 de julio a las 3:25 de la mañana, Jristo Stoianev fue arrestado por personal de la Direction de la Surveillance du Territoire, la DST. La detención se realizó sin incidentes. Cuando regresaba a pie de su trabajo en dirección al Marais, fue detenido a la entrada del Pont de Sully. Dos hombres bien vestidos aparecieron de la nada, lo flanquearon y lo sujetaron de cada brazo. Él no ofreció resistencia. Al otro lado del puente, pudo distinguir a otros dos hombres apoyados contra los pretilos del puente. Algo más lejos, a uno y otro lado del Quai de la Tournelle, esperaban dos Citroen. Mientras era conducido a un tercer vehículo, uno de los detectives lo informó de que estaba

detenido por violación de los incisos 104, 316, 317 y 318 del artículo 9B del Código Penal de 1894, en su edición revisada, parte XII.

Él no tenía ni la menor idea de lo que podía significar todo eso. Posteriormente, un hombre de mirada inquisitiva que decía ser su *avocat*, le explicó los cargos, que hacían referencia al suministro de un arma en apoyo y asistencia de un homicidio. Existían otras acusaciones a las que el *avocat* se refirió como «sobrinas y sobrinos»: haber procurado el arma, haber pagado por ella y no haber informado de dicha transacción a la oficina provincial de impuestos y registros.

El Citroen de la DST no atravesó el Sena en dirección al Palais de Justice sino que permaneció en la Rive Gauche, para dirigirse, según sus cálculos, al distrito de la École Militaire. Los detectives lo ignoraron. Se limitaban a conversar en voz baja entre ellos sobre el nuevo reglamento que establecía las compensaciones por trabajar durante las vacaciones y los domingos. Avanzaban precedidos y escoltados por otros coches, conduciendo con precaución a lo largo de los bulevares vacíos.

Jristo empleó sus últimos veinte minutos de libertad para ver pasar la ciudad de noche por la ventanilla. El aire era tibio y calmo, y el calor del verano hacía que el aroma de la calle adquiriese una dulzura penetrante y turbadora. Era la hora apropiada para un arresto, pensó, cuando la ciudad se estaba limpiando. Grandes camiones trasladaban la basura, los mercados callejeros se lavaban a punta de manguera y las viejas se afanaban en barrer los adoquines con escobas.

Le dijo adiós en su interior a Aleksandra. Desde la noche del tiroteo en la *brasserie* había telefonado al número de contacto de Ilia varias veces, pero nadie respondía. No es que estuviese desconectado, simplemente sonaba y sonaba en algún lugar vacío (él se había imaginado alguna compañía comercial anónima) y no había nadie cerca para coger la llamada. Pero se equivocaba, porque había marcado el número («un último intento») a comienzos de julio y la señal dio ocupado. Podía intuir lo que eso significaba. Había alguien junto al teléfono, alguien con órdenes de no responder. Se imaginó a un funcionario ruso que se había enamorado en París y que, incapaz de resistir a la tentación, había hecho una fugaz llamada a esa persona tan especial. Por otra parte, había vuelto a los anuncios matrimoniales en los periódicos, intercalando la señal BF 825 de las maneras más ingeniosas. Claro que sólo recibió respuesta de mujeres solitarias con ganas de casarse. Además, había estado pendiente de los periódicos por si aparecían cuerpos de mujeres jóvenes imposibles de identificar. Resultó que había muchos, pobres

almas que sacaban goteando del río. Eran tiempos duros y la gente se cansaba de la vida.

Él mismo estaba cansado de la suya. Su estómago se retorció al imaginar lo que le venía por delante en una prisión francesa. Sin embargo, no terminaba de sentirse «atrapado» o «cautivo». Ya hacía mucho que vivía en una prisión formada por fronteras, pasaportes, nombres falsos y su inexistencia *de facto*: era un ciudadano de ninguna parte. Se acordó de su viaje de regreso a Moscú en tren desde Belovo, la oscura constatación de su futuro sin hogar, a la deriva. Así había sido escrito y así había demostrado ser. «Cruel destino —pensó—, dejarme conocer y saborear este lugar para luego arrebatármelo».

Pasaron lentamente junto a los grandes edificios de la École Militaire hasta alcanzar un acceso con un aburrido *gardien* apoyado contra una garita. Al detenerse, Jristo divisó un Morgan verde aparcado al otro lado de la calle, aunque la cara del conductor permanecía en penumbra.

Abrieron una cadena, el detective que conducía sorteó unos bolardos de cemento y aparcaron en un patio adornado con arbustos y flores por tres de sus flancos. La oscuridad reinaba en casi todas las ventanas del edificio que tenían enfrente. Se bajó del coche y preguntó si le permitían un último cigarrillo antes de entrar, a lo cual accedieron y, además de darle fuego, lo acompañaron fumando en silencio.

Cuando distinguió el primer trazo del amanecer, un sector del cielo que comenzaba a perder oscuridad, apagó el cigarrillo e inhaló una última bocanada de aire libre antes de que lo condujeran al interior del edificio cruzando el patio de gravilla.

\* \* \*

En otoño de 1937, en la celda 28 de la 16.<sup>a</sup> división de la prisión de La Santé, el prisionero 16-28 recibió dos cartas.

La primera estaba firmada por su «tía Iliane» (estaba claro que era de Iliá), quien lo informaba de que gozaba de buena salud en general, aunque sufría los inevitables achaques de la edad. En la granja las cosas marchaban bastante bien. La lluvia había dañado los tomates pero no se podía hacer nada contra el mal tiempo. Durante la cosecha de la uva habían ido faltos de personal, después de que su prima Alexandre se tuviera que marchar. Ella misma la había acompañado a la estación, contaba Iliane, y parecía estar bastante bien de salud si se tiene en cuenta todo lo que había tenido que soportar. Ahora Alexandre se hallaba en el extranjero. Por supuesto que había

evitado mencionarle las condiciones en las que él se encontraba actualmente: sabía que podía resultar demasiado triste para su prima. Tía Iliane guardaba la esperanza de que él recapacitase y rezaba a diario para que volviera a ver la luz de la religión. La artritis le hacía muy doloroso escribir, así que era mejor que no esperase recibir otra carta en poco tiempo. Terminaba implorándole que fuese valiente. Al comienzo, le decía, el resto de la familia se había enojado mucho con él. Pero ahora, al ver lo que le había sucedido, aunque no terminaban de perdonarlo, tenían la impresión de que se había hecho justicia.

La segunda carta era de Faye Berns, en respuesta a la carta que él mismo le había enviado. Le dolía el corazón de saber que se encontraba en prisión. ¿Había algo que pudiera ella hacer? ¿Era posible enviarle dinero, ropa o libros? Tenía que escribir para contarle.

Por su lado, en cierto sentido era maravilloso estar de regreso en Estados Unidos. Pero por otra parte no lo era tanto. Se sentía fuera de lugar, un poco a la deriva. Su casa con vistas sobre Prospekt Park parecía haberse encogido y sus padres se habían vuelto viejos. Tenían a tres refugiados judíos de Alemania con ellos. Un químico de Berlín y su mujer, que sufría de una enfermedad nerviosa provocada por sus experiencias con los oficiales de policía nazi. La pobre mujer se dedicaba a caminar de un lado para otro por el salón de casa durante toda la noche, pero ¿qué se le podía decir? El tercer refugiado era un arquitecto de Dresde que había recibido la Cruz de Hierro durante la Gran Guerra. A pesar de ello, los nazis habían terminado clausurando su estudio. Todos los judíos alemanes se encontraban en una situación muy difícil y ahora sólo los más afortunados y astutos lograban salir del país. Algo muy curioso había ocurrido cuando los tres refugiados atracaron en Ellis Island para pasar los procedimientos de inmigración. Un hombre muy bien vestido había aparecido y les había ofrecido comprarles sus ropas. Pero todas, incluidos calcetines y ropa interior. El sujeto en cuestión no sólo les había pagado, sino que les había dado además excelentes prendas de vestir americanas a cambio. Después de una experiencia así, ¿quién los iba a convencer de que no estaban en la tierra de las oportunidades?

En lo personal la gran novedad era que se había prometido para casarse. Su novio se llamaba Leon, era de Brooklyn y estaba terminando sus estudios en la escuela de Derecho de la Universidad de Nueva York. Era un joven muy bueno y honrado que sabría cuidarla estupendamente (incluso se excedía un poco en sus cuidados). Su padre había dado feliz su consentimiento teniendo en cuenta que Leon compartía sus ideas políticas y, bueno, era un abogado. Incluso el propietario de Bernstein's, los segundos mayores grandes

almacenes de la zona de Flatbush, consideraba que era un candidato capaz de mover montañas llegado el momento. Si uno lo pensaba, era probable que lo fuera. Leon era de ese tipo de personas. Ella no le había dicho nada aún sobre su «otra vida». Tal vez era mejor no hacerlo, no estaba segura de si él lo entendería. Él se mostraba ansioso por tener niños una vez que comenzase a trabajar. ¿Niños? Bueno, eso formaba parte de otra aventura, con toda seguridad. Ella se había visto con algunas de sus amigas de Pembroke y la mayoría ya habían tenido su primer hijo.

La carta terminaba diciendo que esperaba volver a recibir una carta suya. El día que habían pasado juntos había sido muy importante para ella. A menudo pensaba en él.

Leyó la carta varias veces y pasó largo rato meditando su respuesta. Finalmente, decidió no escribirle. ¿De que serviría? En julio, después de tres días en una celda de aislamiento, lo habían llevado a un cuarto y lo habían «juzgado». El juez parecía recién llegado de su casa de campo, aún llevaba unos zapatos blancos bajo la toga, como si viniese de una fiesta en el jardín. Durante un lapso de quince minutos le fueron leídos en voz alta y con rapidez varios documentos en francés jurídico. A continuación el juez lo sentenció a pasar el resto de su vida en la prisión de La Santé.

Siguiendo la costumbre francesa, el prisionero 16-28 fue aislado en su celda. Era una forma, decían, de fomentar el arrepentimiento, objetivo último de la institución penitenciaria. La celda 28 tenía 1,82 metros de largo por 1,21 de ancho, una cama que permanecía plegada contra la pared durante el día y una silla encadenada a una anilla de metal en la pared. Había un retrete y un grifo para lavarse. Las paredes estaban pintadas de color marrón hasta media altura y luego de amarillo hasta alcanzar el techo. En la puerta había una trampilla que tenía dos propósitos: mantenerlo vigilado a cada hora y hacerle llegar la comida tres veces al día, casi siempre puré de lentejas y pan negro. El agua potable se la daban en un tazón con capacidad de un cuarto de litro, durante las comidas. Dos veces por semana, por espacio de una hora, era conducido a un patio y se le permitía caminar por su perímetro y conversar con otros prisioneros. El resto del tiempo permanecía solo en su celda. Se le concedía un libro a la semana, normalmente historias de aventuras para jóvenes llenas de opiniones edificantes o, a veces, con mensaje religioso. Detrás de una rejilla metálica, estaba la ventana, de un grueso cristal verde, opaco, que sólo

permitía la entrada de una luz lechosa que se tornaba amarillenta por el color de las paredes de la celda.

En una esquina de la ventana había un pequeño agujero del tamaño de un franco, rodeado de las quebradizas líneas provocadas en la superficie del cristal: el ocupante previo había logrado atravesar la rejilla con algo. Jristo le estaba muy agradecido, sin importar quién fuera, porque significaba que podía ver un minúsculo pedazo del cielo de París. Al amanecer, cuando lo despertaba la campana, era lo primero que buscaban sus ojos y así, un día tras otro, durante jornadas interminables, se pasaba las horas mirando por ese agujero. A veces veía un azul pálido y desteñido, después de la lluvia, seguramente. Otras veces era un azul intenso, lo que quería decir tiempo fresco y soleado. A veces era gris. Y en ocasiones, en las mejores, se podía ver parte de una nube blanca.

## **LA PLAQUE TOURNANT**



*¡Usa pasta Deems y tu cepillo  
para darle a tu sonrisa brillo!*

Robert Eidenbaugh se reclinó en su silla giratoria y volvió a jurar por enésima vez que engrasaría el mecanismo para evitar los chirridos. Bister, esa serpiente ponzoñosa del despachito de al lado (el de la esquina, desde donde se podía ver tanto la avenida Lexington como la calle 42 Este), lo oía cada vez que se echaba hacia atrás en la silla. Se lo confesó un día junto a la fuente de agua fría:

—Te oí chirriar esta mañana, Eidenbaugh. ¿Te estás columpiando de nuevo?

Por supuesto quería decir «columpiando» en ambos sentidos, tanto física como metafóricamente.

Bister había sido buen alumno en Princeton y llevaba pajarita, algo un poco frívolo para la agencia publicitaria J. Walter Thompson. Por lo demás, estaba claro que se consideraba a sí mismo una persona en pleno ascenso. Tras su comentario, levantó las cejas sonriendo con frialdad, como confirmación de su propio ingenio, de su propio progreso en el mundo. Bister nunca se relajaba. Siempre estaba trabajando duro todo el día, tecleando en su máquina de escribir, hablando por teléfono, asistiendo a reuniones (le encantaban las reuniones) o ideando formas de impresionar al señor Drowne, el jefe de la sección de redactores. Bister iba en ascenso. Él no.

Tras escuchar ese descarado comentario junto a la fuente, dejó que el vaso de cartón se llenase hasta el borde y, justo cuando brotó en el interior de la garrafa la burbuja de aire con el característico «blurp», lo apretó con tal violencia que el agua voló por los aires y por poco no fue a dar a los deslumbrantes botines de Bister.

—Lo siento, Bister —dijo en el momento en que el hombrecillo saltaba hacia atrás—, ¿te estás derritiendo?

Pero Bister estaba en lo cierto. Era verdad que se echaba hacia atrás en la silla, chirriando, y se quedaba mirando la avenida Lexington, once pisos más abajo. Estaban en diciembre y había comenzado a nevar. Pronto sería Navidad, lo que significaba que 1941 ya casi se había acabado. ¡Qué bueno!

Dentro de nada sería 1942. ¡Viva! Durante todo el próximo año volvería a hacer lo mismo que había hecho en 1941, es decir, casi nada.

En realidad, durante el último año lo único que verdaderamente había captado su atención era la guerra en Europa. El mejor momento del día era por la mañana, cuando traían el *New York Times*, poco después de dejar la leche. Con el café leía sobre los ataques de lanceros polacos a las unidades acorazadas alemanas. Leía también sobre los reglamentos impuestos por la ocupación alemana: la prohibición a los polacos de ir en taxi, de cargar con maletines, de hacerse fundas de oro en la dentadura, de usar las salas de espera en las estaciones de tren, de caminar por los parques, de llamar desde las cabinas telefónicas, de inscribirse en eventos atléticos, de llevar sombrero. Pero, según los periódicos, no eran sólo los alemanes. Cuarenta divisiones rusas habían invadido Polonia por el este, a lo largo de una frontera de mil seiscientos kilómetros. Los blindados rusos enarbolaban banderas blancas y desde la torreta de sus tanques los comandantes gritaban que habían ido para ayudar a los polacos a luchar contra el enemigo alemán. De ese modo, no encontraron ninguna resistencia.

Cuando le tocó a Francia someterse, sintió rabia. Había pasado su infancia en Francia y ahora le provocaba náuseas imaginarse a los nazis con sus altas botas paseando con arrogancia por las calles de Toulon, donde había jugado de niño.

Un sentimiento de culpa lo enardecía, obligándolo a echarse hacia adelante, por encima de la odiada máquina de escribir, una Remington, mientras la silla emitía sus chirridos. «¡Usa pasta Deems y tu cepillo / si quieres a la chica de tus sueños en el bolsillo!». No está mal. Pero eso significaba que habría que incluir a «la chica de tus sueños» en el diseño y él sabía bien que el viejo doctor Deems —un dentista originario de Rye, Nueva York, que se había hecho millonario gracias a la venta de polvos para los dientes— nunca asumiría un riesgo así en una campaña de publicidad suya. Pondría una reluciente ilustración con un bote de polvo para los dientes, tal como el que descansaba ahora mismo sobre su escritorio, con los nuevos colores azul y blanco. En una ocasión, el director artístico había incluido en una de sus maquetas una chica de sus sueños, pero el doctor Deeds calificó el dibujo de «lascivo».

¡Lascivo!

*¡Prueba con Deems y tu cepillo  
ya verás qué brillo más lascivo!*

Muy bien, era algo que iba a tener que contarle a su amigo Van Duyne cuando se encontrasen el domingo para desayunar. Su silla soltó otro chirrido.

Observó cómo la nieve caía sin prisa al otro lado de la ventana. Esa noche cenaría con su prometida, de la que no estaba muy convencido, y con sus padres, que estaban ahora de visita, y a los que detestaba profundamente. Su abotonado «papá», al que ella «adoraba más que a nadie», era un fabricante de calzado de Dayton, Ohio, y un acérrimo aislacionista. «¿Que hay guerra en Europa?», le había dicho en la última oportunidad que cenaron juntos (una auténtica pesadilla de dos horas en el Longchamps), «Pues ni lo pienses, chaval. No es asunto nuestro». Hizo una pausa para atacar su rosbif.

—Ya sabes a quién le interesa todo eso —añadió tocándose la nariz con el dedo, mientras le guiñaba un ojo. A los judíos, quería decir. La Conspiración Sionista Internacional para involucrar a Estados Unidos en una guerra de extranjeros.

«Tal vez —pensó—, si me muevo muy lentamente...». Intentó acercarse a la máquina de escribir sin que Bister se percatara del aburrimiento que sufría, pero no hubo forma: tenía que engrasar el mecanismo. «Con Deems y tu cepillo...» ¿por qué diablos se había acostado con esa chica? Había sido una cálida noche de agosto en la casa de verano de los Walker, en uno de los lagos de Michigan. Los Walker habían acudido a su partida de *bridge* en la biblioteca del pueblo, estaban solos en casa, unas caricias, unos besos, un poco más, la forma en que se había acelerado la respiración de ella, y entonces, de repente, la arriesgada maniobra que la despojó de su vaporoso vestido de tenis Helen Wills... y luego todo lo demás.

A eso siguió un año de presunciones por parte de ella, a las que él le costaba normalmente oponerse, pese al contradictorio malestar que le provocaban. Por supuesto que se iban a casar —eso acabó con los impedimentos para continuar haciendo el amor el siguiente verano—, por supuesto que la boda sería en junio. Hasta que un buen día las cosas parecieron demasiado avanzadas como para decir que en realidad no estaban hechos el uno para el otro. Demasiado. Seguro que ella se echaría a gritar, a llorar, acabaría terriblemente «herida». Él se había limitado a «usarla». No, era algo a lo que no estaba dispuesto a enfrentarse. Se casaría con ella y se olvidaría del resto. Pero ¿a qué estaba esperando? El clan de los Walker tenía dinero. Se podría librar de Bister. Las aleccionadoras responsabilidades de la vida de familia lo sostendrían, ayudarían a su estabilidad. Uno no podía continuar soltero toda la vida. Y estaba seguro de que su propia familia daría la aprobación.

Le echó una mirada al calendario en la pared. Viernes 5 de diciembre. ¿Viernes? ¡Viernes! De pronto su alegría desapareció bajo una sombra agorera proyectada sobre el panel de cristal verde junto a la puerta abierta de su despacho. Sólo podía ser el señor Drowne, quien disfrutaba aguardando al acecho antes de saltar sobre sus víctimas.

—¿Qué me cuentas, Bob? —dijo, asomando la mitad de su cuerpo por el marco de la puerta.

—Señor Drowne, ¿cómo está?

—Ya tienes el eslogan de Deems listo, me imagino.

—Estoy en ello, señor.

—A ver, enséñame lo que tienes.

—Mmmh, bueno, aún estoy buscando la fórmula.

—Bob...

—«¡Usa pasta Deems y tu cepillo para darle a tu sonrisa brillo!».

La elevada entonación de su voz sonaba estridente y desesperada.

El señor Drowne sacudió su cabeza, apesadumbrado.

—A ver, no tienes que vender sonrisas, Bob. Se supone que lo que vendemos es un sabor: menta. ¿Sabes lo que es la menta? —preguntó mientras extendía el brazo para coger el bote abierto de polvo para dientes. Lo golpeó dos veces sobre su escritorio. Una pequeña nube de polvo de menta se elevó a través de los orificios.

—Me concentraré en ello, señor Drowne.

—¿Tienes planes para el fin de semana, Bob?

—Voy al partido de fútbol el domingo: los Giants contra los Dodgers, en los Polo Grounds.

—Mira qué bien. Espero que te diviertas. Eso sí, asegúrate de que tengo ese eslogan acabado sobre mi escritorio cuando vuelva el lunes, ¿te parece? Si eso significa tener que hacer un esfuerzo durante el fin de semana, pues bueno...

—Lo tendré listo, señor.

El señor Drowne dejó escapar su característico sonido al marcharse, el suspiro de un hombre abatido por sucesivas desilusiones, y salió lentamente en busca de su siguiente víctima.

Del otro lado de la ventana, la nieve seguía cayendo sobre la gente que hacía sus compras en la avenida Lexington, cargada con paquetes de colores rojo y verde. Las vitrinas lucían guirnaldas y campanillas plateadas con cristales de nieve. Por encima del panel de cristal frente a su escritorio, la cara de Bister se asomó, despacio, como un monstruo marino.

—¿Qué? ¿Buscando la fórmula, Bob? —Sus ojos brillaban con malicia.

Eidenbaugh buscó algún arma arrojadiza, pero Bister se esfumó en el acto emitiendo una risa que más parecía un ronquido. Cuando bajó la mirada vio que había cogido la placa con su nombre grabado, regalo de sus padres con ocasión de su graduación en la Universidad de Columbia, siete años atrás, ROBERT F. EIDENBAUGH, estaba escrito. Apropiado, pensó, muy apropiado: lo que debía ser un símbolo del éxito que lo esperaba en el futuro, ahora servía para ridiculizarlo a él y a su prolongada ocupación como redactor de anuncios publicitarios. Bister estaba en lo cierto: él no iba de camino al ascenso, iba de camino a ninguna parte.

Su padre había sido capitán en las Fuerzas Expedicionarias Norteamericanas que llegaron a Francia en 1917 y lucharon en la batalla de Château-Thierry. Había sido una experiencia infernal, algo de lo que le costaba hablar. Pese a todo, había quedado prendado de Francia y en 1921, cuando el mayor de sus hijos tenía ocho años y el menor tres, partió con su familia a vivir en París durante un tiempo, luego en Lyon, para acabar finalmente instalados en una pequeña villa arrendada a las afueras de Toulon, puerto mediterráneo justo al este de Marsella. Arthur Eidenbaugh era arquitecto naval y no le costó encontrar un puesto de trabajo (al principio no gran cosa, algo más que delineante) en una compañía de ingeniería asociada con los astilleros de Toulon. Elva Eidenbaugh había sido profesora de primaria en Wiscasset, Maine, y la adversidad no le era desconocida. Ella se encargaba de que el dinero alcanzase para todo y de mantener el espíritu familiar, insistiendo en la vida como una permanente aventura en la que cualquier traspié era una oportunidad para forjar el carácter y el sentido del humor.

Formaban una familia unida y alegre, en la que el consuelo mutuo nunca se podía dar por hecho. Un catarro fuerte o un mal día sólo añadía dificultades a todo el grupo, así que era mejor aguantarse y seguir adelante: la empatía no estaba incluida en el menú. En cuanto a la vida en Francia, se lanzaron a su ataque liderados por la señora Eidenbaugh. Realizaban incursiones en *boulangeries* y *pâtisseries*, a la menor provocación se iban de excursión y asaltaban en tropa los museos, llevándose con ellos hasta la última migaja de cultura disponible. El señor Eidenbaugh trabajaba largas horas y pronto se ganó el respeto de sus colegas franceses, de manera que no tardó en verse ascendido a una posición acorde con sus capacidades y educación.

Como familia, les gustaba ser distintos y disfrutaban de la idea de «vivir en el extranjero». Su alegre optimismo parecía atraerles las experiencias agradables de la vida. Robert no recordaba ningún momento en que no hubiese habido alguien alborotándole los cabellos, ya fuese el cartero, el tendero o algún conocido de sus padres.

Gracias a su nuevo puesto en la empresa, el señor Eidenbaugh pudo contratar los servicios de una niñera para cuidar de los chicos, lo que ayudó a que se adentraran en la nueva lengua de forma natural y sin mayor esfuerzo. En casa hablaban una curiosa mezcla de francés e inglés.

—¿Dónde puedo haber dejado *l'adresse*? —decía, por ejemplo, su madre—. He buscado y rebuscado pero parece *toute à fait perdue*.

Robert fue enviado a colegios franceses, aprendió los rudimentos del fútbol, creció con uniforme de pantalones cortos de color azul y camisa blanca, y dejó que la instrucción católica obligatoria se asentase tranquilamente en su alma presbiteriana. Las raíces de la familia se remontaban a Escocia, Gales y Alemania, por ambos lados. Los Eidenbaugh habían llegado a Estados Unidos a mediados del siglo XIX para establecerse en la costa sur de Nueva Inglaterra, donde se dedicaron a la construcción de navíos.

En 1930, con Estados Unidos sumido en la Gran Depresión y la economía europea cayéndose a pedazos, la compañía del señor Eidenbaugh firmó un gran contrato para reparar toda una flota de naves de combate, acuerdo que serviría para sostener a la compañía a comienzos de los años treinta. Así pues, ese mismo año Robert regresó a Estados Unidos para matricularse en la Universidad de Columbia, donde estudió Literatura Inglesa, sin mayor gloria. Aunque demostró ser un alumno inteligente, la mayor parte de lo que leía le parecía distante y remoto, y no tenía la pasión de los grandes estudiosos. Tras graduarse en junio de 1934, regresó a Francia por un par de años, donde se las arregló con una serie de pequeños empleos, primero en Toulon y alrededores, luego en París. Trabajó como traductor de correspondencia comercial, dio clases en pequeñas escuelas privadas, se enamoró con una frecuencia agotadora, merodeó por los ambientes de la bohemia parisina y adoptó el hábito de fumar en una gran pipa curva.

En 1936, aburrido ante la falta de algo concreto, regresó a Nueva York y halló trabajo en la J. Walter Thompson Company, en el departamento de Creación Publicitaria. Ante la amenaza inminente de la guerra, el resto de la familia regresó en 1938. Arthur Eidenbaugh acabó contratado por una

compañía de arquitectos navales de Boston con duraderas conexiones con los intereses de los constructores navales franceses en Canadá.

\* \* \*

El domingo por la mañana, Eidenbaugh se encontró con Andy Van Duyne para desayunar en el Schrafft en la zona del Upper West Side. Rodeados de los fabricantes de ropa del West End que almorzaban con sus familias, se concentraron en acabar con una cesta de tiernos panecillos dorados. Cada cierto rato, una recia camarera irlandesa vestida de negro se encargaba de reponer los panecillos y de mantener llenas sus tazas de café, mientras esperaban la llegada de unos huevos revueltos.

Andy Van Duyne era el único amigo que conservaba de su paso por Columbia. Su familia era dueña de un negocio de patentes petroquímicas asociadas a la Standard Oil y tenía un palco para asistir a los partidos de los Giants. Parecía que los clientes nunca lo usaban, así que Van Duyne y sus amigos se habían acostumbrado a sacarle provecho los domingos, después de zamparse un buen almuerzo.

Van Duyne tenía el aspecto de un búho, alto y estirado, con unas gafas redondas de gruesas lentes desde las que miraba con ojos entornados el mundo que lo rodeaba. En la facultad había sido una fuente fiable para conseguir algún licor de contrabando decente y, en ocasiones, una botella auténtica traída ilícitamente desde Canadá. La casa de veraneo de su familia en Long Island tenía una playa privada aislada y agradable, al parecer, y, gracias a que miraba hacia el otro lado, a veces encontraban la típica maleta abandonada sobre la arena. Van Duyne se había ganado una importante reputación como bromista cuando decidió usar una papelera hecha con la pata de un rinoceronte, que había conseguido quién sabe dónde, para trazar sobre la nieve un sendero de huellas en dirección al depósito de agua de Central Park. La noticia se convirtió en una historia confusa y nunca llegaría a desatarse el pánico por el supuesto rinoceronte bebiendo del agua potable de la ciudad, como le hubiera gustado al propio Van Duyne, pese a que hubo muchos que aseguraron notar un sabor raro en el agua durante las semanas siguientes. Después de aprobar la universidad raspando, Van Duyne se había instalado cómodamente en una oficina de paredes recubiertas con madera de roble en Morgan Guaranty, donde pasaba las horas leyendo *La larga cabalgada hacia Fort Laramie* con el libro sobre su regazo, detrás de un impecable escritorio antiguo.

Robert Eidenbaugh y su amigo compartían fraternalmente la misma angustia vocacional. Van Duyne contaba con fondos suficientes en distintas sociedades como para pasar sus días como un sultán, aunque, como él mismo decía, «en mi familia las cosas no se hacen así». Su desasosiego lo había llevado a dejar inexplicables mensajes telefónicos a sus asociados (tales como llamar al señor Lyon en Shuyler 8-3838, que resultó ser, claro, el zoo de Central Park), sobre todo después de una jornada particularmente dura repartiendo hielo seco por los orinales de Morgan Guaranty. Se estaba convirtiendo, decía, «en un incordio para su banco». Hasta aquel domingo de su encuentro con Robert, no había visto la manera de salir de ese embrollo provocado por las «obligaciones familiares».

Ahora, sentado en el Schrafft, sus orejas estaban de un color rojo intenso y apenas lograba mantenerse quieto. Untaba panecillos con mantequilla y sorbía su taza de café como una máquina de *Tiempos modernos* que se hubiese vuelto loca. Robert respetó su nerviosismo durante largo rato, pero finalmente su curiosidad lo llevó a preguntar. La respuesta lo sorprendió. Van Duyne actuaba de forma evasiva y sólo le ofreció una explicación parcial.

Iba a dejar Morgan. Le costaba creerlo, pero ya llevaba semanas dándole vueltas a algo que venía de su propia familia. Se habían apiadado de él, así que en cuanto vio la oportunidad, les presentó su propuesta.

—Soy muy joven para abandonarme y languidecer —anunció cuando llegaron los huevos— y, por desgracia, ésa es una antigua tradición entre los Van Duyne: tendemos a enmohecemos.

Después del desayuno, bajo el fuerte viento del río Hudson, echaron a andar a lo largo del paseo Riverside, donde cogieron un autobús hacia el norte, en dirección a los Polo Grounds. Era un gélido y radiante 7 de diciembre y al subirse al autobús sus ojos brillaban por efecto del frío. Se bajaron a la altura de la 145 y caminaron hacia el este, hacia Coogans Bluff.

Desde el punto de vista de los aficionados de los Giants, no estaba resultando un partido muy gratificante. La multitud concentrada alrededor de la cancha observaba el juego forrada en sus abrigos y bufandas, con el aliento formando visibles estelas de vapor en el frío aire invernal. Se oían más abucheos que vítores. Tuffy Leemans, el jugador más productivo de los Giants, que jugaba *de fullback* en ataque y *de halfback* en defensa, estaba teniendo un día difícil ante la línea defensiva de los Dodgers, y el zaguero Ward Cuff parecía incapaz de recibir los lanzamientos que le enviaban. En cambio, Ace Parker, el *tailback* de los Dodgers, encargado de asegurar la línea, no pasó mayores apuros durante el primer cuarto, mientras Pug



Manders había logrado traspasar la línea defensiva de los Giants en repetidas ocasiones. Hacia el final del primer cuarto, con el marcador igualado 7 a 7, y cuando ya pasaban de las dos de la tarde, Manders recibió un envío de Parker tras una jugada afortunada y realizó una carrera de veinticinco yardas para anotar un primer *down* en la línea de cuatro yardas de los Giants. En el momento en que la legión de seguidores de los Brooklyn Dodgers se dejaron oír, los altavoces del estadio, cargados de estática, emitieron un anuncio: «Atención, por favor. Éste es un mensaje urgente. Se solicita al coronel William J. Donovan que se ponga en contacto con la Operadora Diecinueve en Washington D. C.».

El efecto de la llamada en Van Duyne resultó extraordinario. Se quedó petrificado en su asiento y por un instante Robert llegó a pensar que se encontraba mal. A continuación hurgó en el bolsillo de su abrigo forrado de piel, sacó una petaca de plata y le dio un largo trago antes de ofrecérsela a Robert, que paladeó, maravillado, el sabor de un excelente whisky escocés.

—¿De qué se trata? —indagó Robert—. ¿Acaso has apostado los ahorros de la familia a los Giants?

Van Duyne sacudió la cabeza.

—¿Qué te pasa entonces, eh, Andy?

—No estoy seguro. Es algo importante, eso sí puedo decírtelo.

—¿Te refieres al aviso?

—Sí.

Pug Manders atravesó la defensa media de los Giants para anotar un *touchdown*. La afición de los Dodgers volvió a rugir de júbilo.

—Vamos a ver, Van Duyne, o me dices lo que está pasando o te relajas y me dejas ver el partido. Me siento como un personaje de las novelas de intriga de Phillips Oppenheim.

Van Duyne se giró hacia él, indiferente a la multitud que se acaba de poner de pie para observar el tiro de los Dodgers.

—Mira, Robert, es posible que pueda hacer algo por ti, especialmente ahora que todo está patas arriba en Europa... algo relacionado con el hecho de estar en guerra.

—Ajá —dijo Robert—, te vas a Canadá para alistarte.

—No, no se trata de eso. Pero, dime, ¿cómo te sentirías si dejases Thompson para hacer algo totalmente distinto?

Robert clavó la mirada en los ojos de su amigo, a través de las gruesas lentes de sus gafas, y se dio cuenta de que hablaba en serio.

—No estás de broma, ¿verdad? —le preguntó, siempre un poco receloso de las jugarretas que solía gastar Van Duyne.

—Nada de bromas. Palabra de honor.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Entonces puedes contar conmigo.

—Pero podría ser peligroso.

—No mucho más que el señor Drowne.

—Que no te estoy hablando en broma, Bob.

—Ni yo, Andy —replicó—. Puedes creerme. Estoy preparado para algo... ¿cómo dijiste? Sí, algo «completamente diferente».

—Pues eso —dijo Van Duyne— es algo que te puedo prometer.

\* \* \*

#### MEMORANDO

19 de abril de 1942

#### PARA:

Teniente Coronel H. V. Rossell  
Oficina de Coordinación de la Información  
Dependencia 29  
Instituto Nacional de Salud  
Washington, D. C.

#### DE:

Agatha Hamilton  
Oficina de Reclutamiento — COI  
Av. Madison 210  
Nueva York, Nueva York

ASUNTO: Robert F. Eidenbaugh

En una entrevista concertada por mi amigo el señor Carter Delius, vicepresidente de personal en J. Walter Thompson el día 30 de marzo, tuve la oportunidad de compartir más de dos horas con el señor L. L. Drowne, jefe de redactores, en mi condición de miembro de la dirección del Hospital Oftalmológico y de Otorrinolaringología de Manhattan. En dicha ocasión pude explicarle al señor Drowne que el comité encargado de la recolección de fondos para el hospital necesitaba un redactor publicitario profesional para ayudar con la campaña de otoño, destinada a la construcción de la nueva ala del edificio. El señor Drowne mencionó varios posibles candidatos antes de nombrar al señor Eidenbaugh (en lo sucesivo RFE). Al parecer, el señor Drowne parece estar bastante conforme con él, pese a creer que RFE no llegará demasiado lejos en el mundo publicitario. El individuo fue descrito como «de indudable honestidad» y «realmente inteligente», si bien «bastante dado a sus

empeños personales». Mi impresión general fue que RFE no tiene su corazón totalmente puesto en Thompson. Es alguien que les agrada pero no termina de convencerlos.

El pasado día 3 de abril, como madre de un futuro estudiante, visité la Escuela Brearly y conseguí una entrevista con Mary Ellen Walker, la prometida de RFE, quien trabaja como profesora de inglés e historia de secundaria y como asistente del equipo de hockey. Me presenté como una persona de «tendencia izquierdista», aunque me pude dar cuenta de que ella no es alguien que se incline en esa dirección. La señorita Walker se mostró muy educada al respecto, pero me indicó que la escuela está abierta «a todo tipo de chicas, provenientes de todo tipo de familias». Haciéndole creer que estaba encantada por su conversación (pese a no estarlo), le hice algunas preguntas de orden personal. La señorita Walker ve a RFE como una persona brillante y arrojada, aunque no ha encontrado aún el lugar apropiado para sus capacidades. Me atrevería a suponer que, con posterioridad a su matrimonio, tiene planes de incorporar a su futuro marido en el negocio familiar.

He adjuntado un resumen de informes del 7 de abril (Anexo A), que incluye los historiales de crédito emitidos por: Consolidated Edison, Chemical Bank and Trust, Sheffield Dairies, Joseph Silverman, D. D. S. y la Compañía de Administración localizada en el número 414 de la calle 74 Oeste. Asimismo he añadido (Anexo B) la libreta de notas y las cartas de recomendación de RFE provenientes de la Universidad de Columbia (ver especialmente la que corresponde al catedrático Horace Newell del departamento de Inglés, quien destaca la inteligencia y capacidad de RFE y menciona una tendencia a «permanecer a veces en segundo plano»).

El día 14 de abril, RFE asistió a una fiesta organizada en mi honor por la señora Cleveland Van Duyne en su apartamento, ubicado en el 1085 de Park Avenue. En la ocasión me hallaba acompañada por mi amiga, madame Maria de Vlaq, quien me hizo saber que el dominio del francés por parte de RFE es «excelente», «fluido», «prácticamente el de un hablante nativo». Mi impresión personal de RFE es la de un hombre de un encanto que se manifiesta de forma natural. Me permití coquetear un poco con él y su respuesta me pareció cortés y receptiva, aunque sin mayor interés de forzar las cosas en su «favor». No es una serpiente rastrera, en ningún caso. Sí es una persona que sabe mimetizarse en el ambiente, con una complexión más bien ligera, sin resultar particularmente atractivo o causar mayor repudio. Es el tipo de hombre que puede caerle bien a todo tipo de gente y que no despierta sentimientos de rechazo o envidia. Durante la fiesta bebió de forma moderada, se movió con soltura y no realizó ningún esfuerzo por imponerse. Yo me hice pasar por la esposa de un hombre que estaba a punto de abrir una nueva agencia de publicidad y lo alenté con insistencia para que viese las posibilidades que eso podía acarrear para su carrera. Finalmente, aceptó reunirse con mi «marido» para almorzar durante la semana.

La oficina en Nueva York del Federal Bureau of Investigation ha vuelto, una vez más, a tomárselo con mucha calma y se muestra poco receptiva a este proyecto, tal como con todos los otros. Hasta la fecha no ha emitido ningún informe sobre RFE, pero este mismo le será enviado una vez que llegue (si llega). ¿No puede usted, coronel Donovan, hacer algo al respecto?

El día 17 de abril telefoneé a RFE a su oficina haciéndome pasar por la secretaria del señor Hamilton y concerté un almuerzo para el lunes siguiente, 20 de abril, en el Luchow's. De acuerdo con el camarero jefe, al llegar RFE preguntó por la «mesa del señor Hamilton» y se mantuvo a la espera durante veinte minutos antes de volver a

dirigirse a él para preguntarle «si el señor Hamilton había llamado». (No se le había proporcionado ningún número de contacto de los Hamilton). Se le dijo que el señor Hamilton había telefoneado al restaurante para disculparse y le pedía a RFE que se encontrasen para almorzar en el hotel Coleman, en la calle 23 Este con la Quinta Avenida. Al llegar al lugar y descubrir que no existía dicho hotel, RFE consultó una guía telefónica y se dirigió al Coleman's, un restaurante en la calle 25 Este, donde preguntó por el «señor Hamilton». Al informarle de que allí no había nadie con ese nombre, realizó una llamada por teléfono (casi con seguridad a su propia oficina, puesto que la «secretaria de Hamilton» lo había localizado allí antes), luego almorzó en la barra y abandonó el restaurante para regresar a su trabajo.

Mi recomendación es aceptar al candidato y que sus antecedentes sean analizados con cuidado por parte del COI.

FIRMADO:

Agatha Hamilton  
COI — New York  
24 de abril, 1942

P. D. Hub, mi amiga Maria de Vlaq es una persona que me parece que podrías invitar a comer la próxima vez que estés en Nueva York. Es la antigua condesa Marensohn (de la nobleza sueca), divorciada hace dos años, y se mueve con facilidad en sociedad. Es una excelente jinete y también destaca en la práctica de tiro. Además, es letalmente encantadora y de una actitud bastante atrevida. Es descendiente de belgas y tiene la ciudadanía, y creo que sería conveniente reclutarla. Sus conexiones con círculos en Bélgica, Alemania y Suecia siguen siendo muy fuertes, y sus relaciones con su exmarido y su familia son cordiales.

P. D. D. No quiero acabar con un comentario amargo, pero ya estamos en abril y Washington continúa en silencio en lo que respecta a mis bonos. Aunque puedo decir que la fortuna me ha sonreído en esta vida, no estoy como para asumir los costos de la guerra.

\* \* \*

En Washington D. C. el teniente coronel H. V. Rossell apoyó sus codos sobre el escritorio de madera lleno de marcas y fijó la vista en el hombre que tenía enfrente. Eidenbaugh, Robert E Era el candidato número catorce al que entrevistaba ese día. Sabía que si se comportaba de manera encantadora y afable, su entrevistado se sentiría más cómodo y por lo tanto actuaría con una franqueza que le serviría a él para tomar una mejor decisión. Pero estaba demasiado cansado para mostrarse encantador. Había estado trabajando las veinticuatro horas del día desde el ataque a Pearl Harbor y hacía rato que su portentoso impulso inicial de energía había comenzado a disiparse. Ya no le quedaban fuerzas. Lo único que quería era estirar los labios en una mueca torpe para jugar con la punta de los dedos mientras dejaba escapar sonidos bobalicones. En su estado ya le podían decir cualquier cosa.

Desde que el coronel Donovan había convencido a Roosevelt de que Norteamérica necesitaba de un servicio de inteligencia, su vida se había convertido en algo parecido a un manicomio. Rossell tenía una experiencia considerable en este trabajo, con una carrera en inteligencia del ejército que se extendía a lo largo de diez años. Ya en 1937, con la idea de que la guerra era algo inevitable, había organizado pequeñas operaciones cada vez que se lo habían permitido sus superiores. Así, por ejemplo, había hecho acopio de ropa europea que compraba a los inmigrantes recién llegados y que luego guardaba en un depósito en cajas de cartón marcadas con la advertencia de ¡NO LAVAR! Gracias a su capacidad de previsión, los agentes enviados a Europa no llegarían vestidos con prendas de la sastrería Brooks Brothers.

Sí, él conocía los entresijos de su profesión, eran pocos los que podían decir lo mismo. Por encima tenía a Donovan y a un puñado de abogados, banqueros y gente de Wall Street provenientes de las universidades más prestigiosas, las de la Ivy League. Sabía que, con el tiempo, era gente que podía tornarse muy valiosa. Una vez que se pusieran en movimiento, las potencias del Eje quedarían sometidas a las más feroces artimañas, tales como las que sólo saben hacer los banqueros y los abogados cuando se les permite entregarse a sus fantasías más crueles. Y precisamente, ahora los estaban alentando a que lo hicieran. Aquella misma mañana, le habían hecho llegar una nota a su escritorio en la que se recomendaba que los submarinos cargasen a bordo un millón de murciélagos para enviarlos a las costas japonesas y liberarlos a plena luz del día, equipados cada uno con un detonador y una bomba incendiaria. Se suponía que saldrían volando en busca de los rincones oscuros de un millón de fábricas y hogares japoneses, y explotarían, salpicando entrañas de murciélago por toda la ciudad. No le costaba imaginarse a uno de sus superiores dándole la orden con palabras como: «A ver, Rossell, sé buen muchacho y consígueme un millón de murciélagos, ¿quieres? ¿Qué tal si me los tienes para la hora de comer? Así me gusta, muchacho».

Pero eso no era lo peor. Con Hoover y los del FBI oponiéndose a cada paso que daba, Donovan estaba en proceso de adquirir un extraordinario zoológico humano. Alguien había dicho en una ocasión que «un servicio de inteligencia de éxito era aquel que lograba sacarle el mejor provecho a la excentricidad». Pues bien, no cabía duda de que lo estaban consiguiendo. Habían contratado a un grupo de marxistas liderados por el filósofo Herbert Marcuse. Contaban también con dramaturgos como Robert E. Sherwood y otros. Había académicos, reclutados por Archibald MacLeish. También estaba

John Ford, el director de cine. Asimismo, había un actor joven llamado Sterling Hayden que, según sus planes, sería enviado a luchar con los partisanos yugoslavos. Y luego había gente como John Ringling North, proveniente de una familia circense, y una mujer grande y vivaz llamada Julia Child. Virginia Hall ya estaba preparada para lanzarse en paracaídas en la Francia ocupada con su pierna artificial bajo el brazo para evitar que se rompiera con la caída. La montaña de carpetas sobre su escritorio se apilaba hasta el cielo. Torn Braden, Stewart Alsop, Arthur Schlesinger Jr., Walt Rostow, Arthur Goldberg. Iliá Tolstói y el príncipe Serge Obolensky, el barón de los hoteles que estaba casado con una Astor. Tenía a gente de la Standard Oil y de la Paramount Pictures, sin olvidar a los Mellon, los Vanderbilt, los Morgan y los Du Pont. También contaba con líderes sindicales y con sastres. La verdad, tenía a todo tipo de gente. Y cada día aparecían más.

Por ahora, sólo habían recibido un nombre nuevo: la COI, la Oficina para la Coordinación de la Información, en lo sucesivo pasaría a llamarse Oficina de Servicios Estratégicos, OSS, que la chistología local no tardaría en convertir en Oficina de Súper Sonsos, en Oh Sabemos Secretos, o simplemente en Organización Secreta Secreta. Hasta el propio ministro de Propaganda de Hitler, Goebbels, había bromeado al respecto. Al enterarse de que las oficinas de la OSS se hallaban junto a los laboratorios experimentales del Instituto Nacional de la Salud, había asegurado en uno de sus discursos radiofónicos que la organización estaba formada por «cincuenta profesores, veinte monos, diez cabras, doce conejillos de Indias y una serie de funcionarios judíos encargados del papeleo». «Vaya, vaya, doctor Goebbels—había pensado Rossell—, parece que se olvida usted de los murciélagos».

Poco a poco el teniente regresó al asunto que lo tenía ocupado y se dio cuenta de que la pobre alma que tenía enfrente debía estar pensando que era sometido a un frío juego para ver hasta dónde era capaz de aguantarle la mirada, cuando en realidad sólo estaba distraído. Rossell, que había pasado hacía bastante los cuarenta, tenía el pelo gris con un corte militar al cepillo, los hombros cuadrados y los brazos fornidos. Llevaba la corbata suelta, se había quitado la chaqueta y tenía subidas las mangas de la camisa en una inútil señal de desafío al radiador de la calefacción, en el que habrían podido crecer orquídeas sin problemas. Y eso que estábamos en mayo. ¿Es que no hay nadie que pueda apagar ese maldito cacharro?

—Bueno—le dijo al hombre que tenía sentado enfrente—, dígame algo.

Eidenbaugh se quedó mirándolo por un buen rato hasta que, con una inalterada expresión de seriedad, dejó escapar un siseo:

—M-i-s, s-i-s, s-i-p-p-i.

—Vaya —replicó Rossell—, ¿y con eso quiere conseguir un trabajo aquí?

—No, señor —respondió Eidenbaugh—. Simplemente intentaba ayudarlo a deletrear Mississippi.

La carcajada soltada por Rossell le sentó mejor que toda una semana de sueño y hasta parecía haber surtido el mismo efecto. Así que se concentró una vez más en el formato usual de entrevista: «¡otra vez de vuelta al tajo!». Este Eidenbaugh no lo hacía mal. No parecía gran cosa, pero era rápido de mente. ¿Serviría para el puesto? Era difícil predecirlo hasta no verlo desenvolverse en la situación. Pero se dio cuenta de que estaba disfrutando de la compañía de este tipo y eso inclinaba las cosas a su favor: era una de esas escurridizas cualidades que costaba cuantificar y que, sin embargo, eran muy importantes en ese mundo en el que el candidato estaba a punto de entrar.

Y luego estaba la suerte.

Sencillamente ocurrió que, mientras los dos se encontraban conversando, una mosca fue a posarse en una esquina del escritorio de Rossell. Con movimientos lentos cogió una carpeta (en este caso, la de Merian C. Cooper, productora de la película *King Kong*) y con un solo gesto, aplastó al insecto.

—¿Se ha fijado? —preguntó Rossell.

—Sí, señor.

—Pues eso, hijo mío, es inteligencia técnica puesta en acción —y a continuación le explicó—: Siempre las cazo. ¿Sabe por qué? Pues porque sé que las moscas despegan hacia atrás. Lo que hay que hacer es golpear detrás de ellas, ¿ve?

—Sí, señor. ¿Y a mí me van a permitir que aplaste también de un golpe a Hitler?

Rossell se restregó los ojos. Dios, estaba tan cansado y seguro que tenía un aspecto infernal. Pero no se sentía tan mal. Le encantaba el truco de la mosca, lo ponía de buen ánimo.

—Diría que sí, hijo mío —contestó finalmente—, es muy posible que le concedamos ese privilegio.

\* \* \*

En París, a primera hora del día 11 de junio de 1940, Jristo Stoianev estaba ya despierto, tumbado en su celda de la prisión de La Santé, planeando su «huida». Con la vista fija en la ventana ciega con un pequeño agujero en una esquina, fumaba de su ración semanal de tabaco y observaba cómo se iba

desvaneciendo la oscuridad de la breve noche de verano para dar paso a las primeras luces. Dentro de dos días cumpliría treinta y seis meses encerrado.

Ya no aguantaba más.

Sabía que su proceso de deterioro había seguido el molde clásico. Durante los primeros días se había preparado mentalmente para enfrentarse a su encarcelamiento, tal como había hecho con las restantes adversidades en su vida. «Un hombre puede sobrevivir a cualquier cosa». No sabía dónde lo había oído pero era algo en lo que creía, como una religión, para resistir. De modo que se había ocupado de rellenar sus días y noches vacíos con un rígido sistema de obligaciones. «Ejercicio»: la fortaleza física puede prevenir el colapso psicológico, axioma universal y eterno de la vida carcelaria. «Ejercita tu mente». Creó unos problemas de cálculo y se esforzaba por resolverlos extrayendo de su vida pasada un número de posibles soluciones: «¿Cuánto tardaría un hombre en cubrir la distancia en línea recta entre Vidin y Sofía, cargando con su propia agua y alimentos?». A partir de la imagen mental que conservaba de algunos mapas iba componiendo una ruta, atravesando caminos, ríos y montes, estimando el peso de la comida y el agua, determinando el coeficiente de eficiencia que existía entre la sed y la inanición, por un lado, y la resistencia y la fuerza, por el otro: la meta era llegar hasta Sofía sin provisiones, arrastrándose los últimos metros.

«Escribe un diario». No le daban papel, así que usaba la superficie desplegada de las cajas de cerillas que compraba en la tienda de la prisión con su mísera asignación y mantenía un registro mediante jeroglíficos grabados con una aguja. Un signo más o un signo menos, por ejemplo, servían para indicar si había fracasado o tenido éxito en el ejercicio mental de dos horas de aquel día. «Mantener el control lo es todo». Se permitía abandonarse a sus fantasías durante una hora al día: siempre acudían a su mente imágenes eróticas, de intensos colores, tonos y texturas que su imaginación se encargaba de perfeccionar hasta el más mínimo detalle. «Conservar alguna conexión con el mundo exterior, por pequeña que sea». Cada segundo del tiempo que pasaba en el patio de ejercicios se dedicaba a conversar con otros prisioneros. Dédé, el chulo de Montparnasse. Kreuse, el asesino de mujeres de Estrasburgo. No le importaba quiénes fueran o lo que pudieran decir: lo importante era el contacto. «Leer». Ya fueran tratados religiosos o aventuras juveniles, les extraía hasta la última gota de diversión que pudieran contener. «El lamentarse te acaba matando». Éste era un concepto al que se aferraba hasta el punto de que cualquier pensamiento que se le presentase debía inspeccionarlo antes para ver si contenía restos escondidos de rabia o pena.



Durante el primer año, el régimen funcionó y 1937 dejó paso a 1938. No pensaba en el futuro, no pensaba en la libertad y había logrado un nivel de autodisciplina que jamás hubiera creído posible. Pero el tiempo, horas que se convertían en días que se convertían en meses, era un asesino extraordinariamente sigiloso y su ánimo comenzó a decaer paulatinamente. Había comenzado a morir. Se daba cuenta de ello con horror y pasmado, como un hombre observa el avance de una enfermedad que consume su vida. A veces volvía en sí y se daba cuenta de que su mente acababa de salir de un viaje por un violento universo de colores brillantes y formas extrañas. Podía entender lo que le estaba sucediendo. Pero eso no servía para nada. Así aprendió que, sin la textura diaria de la existencia para mantenerse ocupada, el alma humana oscila, vaga, comienza a devorarse a sí misma y, con el tiempo, termina por desintegrarse. En el patio de ejercicios podía ver la mirada vacía de aquellos que habían muerto por dentro. Fue entonces cuando finalmente alcanzó esa conclusión milenaria y universal: «No existe nada peor que la prisión».

Por los rumores oídos en el patio de ejercicios, se enteró de que las columnas de la Wehrmacht se aproximaban ahora a París y que el país caería en cosa de días. Aunque avergonzado, rezó para que sucediese. Bulgaria se había unido a Alemania, Italia, Hungría y Rumanía en una alianza contra Europa Occidental. Pese a la categoría de apátrida instituida por la Comisión Nansen, él seguía siendo un ciudadano búlgaro, por lo tanto, era formalmente un aliado de los nazis. Cuando tomaran París, les haría llegar un mensaje para ofrecerles sus servicios. Al comienzo se acercaría a ellos bajo el nombre de Petrov, el antiguo camarero encarcelado por instigar un golpe contra los bolcheviques. Seguro que ellos lo aprobarían, sin importar el pacto firmado con Stalin. A partir de eso, era más que probable que lo aceptaran. Ahora, si por algún motivo llegaban a enterarse de su verdadera identidad, realizaría un descarado giro ante sus ojos: sí, es verdad que había luchado contra ellos en España, pero, observe usted, señor oficial, hasta qué punto he cambiado desde entonces. Prueba de ello es el ataque realizado contra el NKVD. ¿Quién podría dudar de su sinceridad después de algo así? Lo maravillaba comprobar cómo era posible reordenar el pasado para hacerlo encajar con el presente. Qué frágil demostraba ser la realidad cuando uno comenzaba a retorcerla.

Una vez fuera de la prisión regresaría a España, un país neutral, usando alguna treta (podía conseguir que lo enviaran en una misión) o de forma clandestina: a través de las montañas o por mar. Pensó en los pequeños pueblos escondidos entre los montes, llenos de mujeres incapaces de

encontrar marido tras las matanzas de la guerra civil. Seguro que no iban a ponerse muy exigentes si demostraba ser un hombre trabajador. Ésa era la medida que tenían allí para valorar a un hombre, y para eso, si algún día llegaba esa bendita oportunidad, él estaría en igualdad de condiciones.

Pero la noche del 12 de junio lo cambió todo.

Al anochecer, recibió su ración de puré de lentejas y pan negro a través de la trampilla de la puerta, además de su tazón de agua potable. Al lado de las lentejas había una pequeña tira de papel. Decía: BF825. Y a continuación 2:30.

La conmoción casi lo tumba.

Durante las horas restantes ni siquiera se atrevió a sentarse. Iba de un lado al otro de la minúscula celda y al alcanzar la pared del fondo se daba la vuelta. Llegado el momento, la puerta se abrió con un susurro y ante sus ojos apareció un hombre vestido de negro esperando en la penumbra del corredor. Se oyeron dos palabras pronunciadas con lentitud desde las sombras:

—¿Jristo Stoianev?

—Sí —respondió él.

El hombre dio un paso al frente. Era un sacerdote. Pero no se trataba del capellán de la prisión, un gascón de gran barriga y cara rojiza, sino de un hombre de edad indefinida, delgado y con una piel como el papel, sus manos colgaban inertes a ambos costados.

—¿Hay algo que quiera traer consigo?

Jristo cogió sus cerillas, un par de cigarrillos envueltos en papel, sus dos cartas y los diarios en las cajas de fósforos. No tenía nada más.

—Vamos —dijo el sacerdote.

Caminaron juntos por los pasillos oscuros, dejando atrás los sonidos nocturnos de los hombres en sus celdas. No se veían guardianes por ninguna parte. Todas las puertas que normalmente hubiesen impedido su paso permanecían entreabiertas. En la zona de recepción, lo esperaba un cajón alargado de madera encima de una mesa. Dentro halló su antigua ropa junto con todas las cosas que guardaba en los bolsillos el día de su arresto. Además, había un grueso fajo de billetes de diez francos.

El sacerdote lo condujo a la entrada principal de la prisión y corrió el cerrojo de una de las grandes puertas del recinto. Las bisagras de acero rechinaron. De pronto, toda la ciudad apareció en toda su extensión delante de la prisión y Jristo quedó sobrecogido por todos esos sonidos y olores que desprendía la vida ordinaria. En ese mismo instante la libertad se le hizo algo

palpable, algo que podía ver, sentir y tocar con sus propias manos. Luego sus ojos se anegaron de lágrimas y la realidad se tornó borrosa.

—*Blagodarya ti, Otchen.* —En un momento así, sintió la necesidad de expresarse en su propia lengua. Y a continuación añadió en francés—: Eso quiere decir «gracias, padre».

El sacerdote cerró los ojos y asintió con la cabeza, como si estuviese reconociendo algo.

—Ve con Dios —dijo en el instante en que Jristo atravesaba la puerta.

\* \* \*

Un fría noche de otoño de 1943 con la luna en cuarto menguante, el teniente Robert F. Eidenbaugh se lanzó en paracaídas en las montañas de los Vosgos, al sudeste de Francia.

Al aterrizar en un campo al norte de Épinal, se quebró el pulgar del pie izquierdo al caer mal contra el suelo y, sin saber cómo, se rasgó el índice de una mano. Cojeando, recogió el paracaídas, que ondeaba al viento, se liberó del arnés y permaneció quieto por un momento, escuchando cómo desaparecía el zumbido de los motores del avión Lancaster, que ya había dado la vuelta y enfilaba en dirección este hacia la base aérea de la OSS en Croydon. De la funda atada por encima del tobillo desenvainó un puñal y comenzó a cavar en el suelo para enterrar el paracaídas. Quince minutos después, cuando el sudor acumulado comenzaba a enfriarse, todavía continuaba asestando golpes con la hoja. Éste no era el mismo terreno que había encontrado durante sus entrenamientos en el viejo campo del CCC, el Cuerpo de Protección Civil en Triangle, Virginia, unos cuantos kilómetros al este de Manassas, donde había recibido instrucción. Aquí la hierba era recia y de raíces duras, y crecía sólidamente arraigada por debajo de la superficie. Finalmente, dejó a un lado el cuchillo y comenzó a arrancar grandes matojos y terrones con sus manos desnudas, teniendo cuidado de mantener el índice apartado. Una vez que tuvo ante sí una cavidad de tierra se detuvo. Entonces dobló como pudo el paracaídas, lo dejó en el agujero y extendió por encima una delgada capa de tierra. Colocó encima los terrones y matojos arrancados, y luego se puso de pie. Tomó distancia para ver qué aspecto ofrecía su obra: sí, justamente, parecía que alguien acabase de enterrar un paracaídas.

Lo típico habría sido que lo esperase una comitiva para recibirlo sobre el terreno. El líder habría recibido el paracaídas (la seda era de alto valor) para pasárselo a uno de sus hombres: un botín de guerra al valor que formaba parte de una tradición tan antigua como la propia guerra. Pero ésta era una caída

«en frío». No había *maquisards* indicándole la zona de aterrizaje con hogueras, ni habían lanzado ningún cargamento de ametralladoras Stern y de municiones que fuese a ser repartido por hombres y mujeres en bicicleta. Tampoco tenía una radio. La misión, cuyo código era KIT FOX, consistía en establecer contacto con una serie de grupos de combatientes dispersos de la resistencia francesa por la zona de Cambras, para organizar sus esfuerzos de sabotaje y convertirlos en un verdadero *réseau* (red) de operaciones secretas y, a ser posible, extenderla mediante un *courrier* (sistema secreto de correos) a través de esa parte de los Vosgos. El nombre en código de su contacto para suministros era ULYSSE (en honor al héroe homérico), un oficial superior de la *résistance* localizado en la pequeña ciudad de Belfort, cerca de la frontera con Suiza. Él era el único recurso con el que contaba sobre el terreno. A partir de ese momento, la línea de comunicación directa con la OSS sería a través de *messages personnels* en clave transmitidos a través del servicio internacional de la BBC.

Pero su verdadera misión, en realidad, ni él mismo la conocía.

Sabía que no estaba solo en la zona. Había unas cuantas redes británicas de comunicación y sabotaje en los alrededores, aunque él había recibido instrucciones, primero desde el cuartel de la OSS en Londres, y luego de la central del MI6 en Battersea (sita en las antiguas dependencias del Real Asilo Patriótico Victoriano para Hijas Huérfanas de Soldados y Marineros Fallecidos en la Guerra de Crimea), de mantenerse alejado de todas ellas. Las órdenes, tanto del sector americano como de los británicos, habían sido muy claras al respecto.

Con lo cual Robert F. Eidenbaugh se hallaba solo en medio del campo francés, con el pulgar de un pie quebrado y un dedo herido. Tenía ahora las manos negras, manchadas con sangre y tierra francesa, y renqueaba al caminar. Romperse un dedo del pie podía parecer una tontería, pero el dolor lo hacía apretar los dientes a cada paso. Pensó en envolverse el dedo de la mano con un pañuelo, pero lo descartó. No le convenía la idea de un pañuelo blanco relumbrando en la noche con sus movimientos al caminar. Se puso en dirección a Cambras, a unos doce kilómetros de distancia tras una serie de picos montañosos, siguiendo un camino que partía a un kilómetro y medio del punto de aterrizaje. Su índice continuaba palpitando y no paraba de sangrar. ¿Cómo carajo se había hecho algo así? Se apoyó un momento en el tronco de un arce cuyas hojas secas la brisa de la noche había convertido en un sonajero, y se quitó el zapato del pie derecho. A continuación se vendó con un calcetín el dedo de la mano y cortó un pedazo de cordón de la bota para

asegurarle con un nudo. Pero entonces comprobó horrorizado que acababa de cometer un error porque, al descalzarse, el pulgar se le había hinchado hasta tal punto que ahora era imposible volver a ponerse la bota. Sujetando el maletín bajo el brazo derecho, volvió a enfilar hacia Cambras sin dejar de cojear.

El sombrero, el traje, la corbata, la camisa, la ropa interior, todo estaba bastante usado y era de confección francesa. El traje había sido modificado por un sastre francés en el depósito de ropa de la OSS, en Brook Street, Londres. Sus artículos de baño también eran franceses. Y la pistola en el maletín era de fabricación belga: una GP35 automática, que venía a ser lo mismo que una Browning de 9 mm con un cargador de trece balas. Le habían advertido de no llevarla nunca en sitios públicos durante las horas del día. Ahora su nombre era Lucien Bruer, pronunciado a la francesa, con acento en la última sílaba. Supuestamente era un viajante de una compañía belga de productos agrícolas y fertilizantes. Había nacido en la isla francesa de la Martinica, pero había crecido en Toulon. Estado civil: soltero. Sus documentos darían el pego, según le habían dicho, si los inspeccionaba la policía francesa o las patrullas callejeras alemanas. Otra cosa era si caía en las manos de algún cuerpo de inteligencia, la Gestapo o las SD. Ahí la cosa se complicaba. «Por lo que hemos aprendido —le habían dicho—, mientras antes te echas a correr en caso de captura, más probabilidades tienes de escapar con vida».

Pero no tenía intención de dejarse capturar. Tampoco tenía intención de mezclarse con alemanes. No pretendía ser «valiente». Le habían aconsejado todo lo contrario. Se movería con cautela durante el día, como cualquier otro francés en esa parte rural de Francia, y sólo haría su juego durante la noche. Unos cuantos espíritus impetuosos se habían quedado en Virginia por sus excesivas ansias de reptar sobre los codos y salir a degollar gargantas. El momento para ellos ya llegaría, pero por ahora no les quedaba otra que prolongar su entrenamiento o unirse a las unidades de las fuerzas regulares.

Durante la mayor parte de la noche caminó solo por ese camino mal asfaltado en el que escasamente cabían dos vehículos y en cuyos bordes crecían las hierbas a media altura. En algunos tramos todavía quedaban restos de hielo del invierno, mientras en otros la abundante vegetación de los costados había agrietado el pavimento. Por unos segundos tuvo ante su vista la silueta de un búho en plena cacería. Junto a su pie algo salió despedido hacia las hierbas que flanqueaban el camino. De pronto, cuando la luna había comenzado su retirada, oyó un motor a la distancia y cojeó a toda prisa para

ocultarse. Prestando atención al motor de dos tiempos que se acercaba, dedujo que debía ser una motocicleta. No se equivocaba. Era un mensajero motorizado alemán, al que apuntó con el dedo como si fuera una pistola según se iba acercando. En silencio, su boca imitó el disparo *¡bang!* antes de que el sonido de la motocicleta comenzase a desvanecerse entre una sinfonía de acelerones y cambios de marcha. No es necesario cambiar de marcha tan seguido, se dijo. Pero el soldado alemán, solo en la carretera, jugaba con la máquina y se había agazapado tras el manillar como un piloto de carreras. Bueno, también él había estado jugando y le había disparado un tiro certero. Todo eso, claro, iba a cambiar.

Ahora, si algo le llamó realmente la atención en este primer y nebuloso contacto con el enemigo, fue esa cercanía tan próxima. Por primera vez se le hizo claro el sentido de su trabajo: qué iba a hacer y qué sentimientos le provocaría. Personalmente respetaba a los soldados profesionales —¿dónde estarían ahora los aliados sin un cuerpo de oficiales entrenados?— pero él nunca sería más que un impostor en aquel mundo. Él no estaba hecho para los uniformes. Durante su vida en el mundo civil había tenido que competir empleando otras armas: máquinas de escribir, teléfonos, intuiciones, observaciones. Y en ese mundo no había ganado ni perdido. Ahora, en cambio, se sumaba a otra batalla en la que el premio por ganar o el precio por perder eran muchísimo mayores.

Los británicos, convencidos de que su sistema social, con todas sus exigencias, servía para prepararlos para la vida clandestina, dudaban de la capacidad de la personalidad americana para adaptarse a un mundo en el que nada era exactamente lo que parecía ser. ¿Cómo esta gente tan llana y sincera iba a ser capaz de dominar la sutileza, el engaño y la artimaña realizada con astucia? Algunos creían que no era posible. Pero no habían convivido y entrenado con Robert Eidenbaugh y sus colegas, y por lo tanto no podían entender cabalmente que el lado oscuro de la personalidad americana consistía en el lado aventurero. Y que, precisamente, los tiempos de guerra proporcionaban el clima perfecto para que ese espíritu floreciera.

*Maquis* significa «matorrales» y eso era básicamente lo que había en Cambras. Con las primeras luces dio con el mojón de piedra que indicaba la distancia en una curva del camino. Minutos más tarde oyó el sonido de una sierra trabajando en el bosque (señal de reconocimiento número uno). Luego

vio un montículo de estiércol que confirmaba la primera señal, junto a un sendero que serpenteaba montaña arriba en dirección a la aldea.

Recortado a contraluz contra el frío cielo de las montañas, Cambras parecía un rectángulo de tierra rodeado por un puñado de casitas de piedra con sus ventanas cerradas a cal y canto, y una fuente corroída por la oxidación con una gallina pingajosa encima del grifo cuyas plumas agitaba la brisa. Unos cuantos perros pequeños de color pardo lo miraron con desconfianza desde una distancia segura. No se veía gente. La aldea olía a una mezcla de tierra mojada y estiércol de cerdo. Eidenbaugh se acordó de inmediato de un paseo familiar por las montañas de la región del Var, al norte de Toulon, en el que habían llegado a una aldea igual a la hora de comer. Todavía recordaba la expresión en la cara de su madre implorando: «Aquí no, Arthur».

Los *maquis* de Cambras comenzaron a salir uno a uno de las casas y se formaron, más o menos, en la plaza. Se produjo entonces un incómodo silencio, roto por el inicio de las presentaciones. Estaban los hermanos Vau, altos y corpulentos, pelo rubio puntiagudo: estaba claro que eran los matones de la aldea aunque, pensó, parecían un poco lentos. Henri Veul, al que llamaban Sablé, el Arenas, observador y silencioso, con la escopeta cruzada a la espalda y con el cañón apuntando a tierra. La Brebis, la oveja, o Marie Bonet: una joven recia cuya generosa frente y minúsculos ojos sugerían la cara del animal que le daba su mote. Y Vigie, o sea, el vigía, el más joven de todos, que debía de rondar los dieciséis años. Los hermanos Vau, por su parte, no tenían más de diecinueve.

—¿Lucien? —preguntó Alceste Vau, el mayor de los hermanos.

—*Oui* —contestó.

No sabía realmente qué esperaban, pero poco a poco se dio cuenta de que no les resultaba el más impresionante de los mortales. Estaban decepcionados. Seguramente debían haberse imaginado a un tejano de dos metros cincuenta, cargado de ametralladoras y siempre listo para responder con fuego. «En fin —pensó—, lo siento». Ante ellos no había más que un joven bastante magro y sin rasgos destacables, un antiguo redactor publicitario con un dedo de la mano envuelto en un calcetín con sangre y un pie al aire. «Es probable —se dijo— que seamos tal para cual».

Lo acompañaron a una de las casas, donde fue presentado como Lucien. El desayuno consistía en col frita con bacon y mendrugos de pan acompañado de café de achicoria. Gilbert, un hombre de más edad, su mujer, relativamente joven, y los *maquis* de Cambras atendieron al *américain*. Después de la comida, apareció una abuela de un metro y medio de altura forrada de negro

que le examinó el dedo, aspiró aire sonoramente en un gesto de empatía ante el dolor y le aplicó un ungüento hecho de lagartija.

Con el dedo vendado con tiras de paño gris salió fuera para hacer uso del cobertizo ubicado en la parte de atrás. A sus espaldas pudo oír cómo sus anfitriones murmuraban divertidos sobre el americano, que debía aprender a *faire le cent-onze*, «hacer el ciento once». Él ya conocía la expresión, se refería a la marca dejada por tres dedos pringosos en una pared. Pero se reían en vano: al partir, antes de estrecharle la mano, el oficial al mando le había regalado un taco de papel de periódicos franceses cortado en cuadrados que ahora llevaba en el bolsillo.

Era una guerra de escaramuzas.

Eso le quedó claro al cabo de una semana. Gilbert, en cuya casa se alojaba, soltó una tarde que la gente de Cambras «siempre había odiado a esos cabrones de allí abajo». Era el desprecio que la gente de montaña sentía por los habitantes del llano, y probablemente no habría sido raro encontrar sentimientos similares en algunas partes de Tennessee o Kentucky, expresados con las mismas palabras. «Allí abajo» quería decir en Épinal, St. Dié y en todos los pueblos de sus alrededores. «Allí abajo» quería decir recolectores de impuestos, autoridades municipales y policiales y todas esas sanguijuelas chupasangre que convertían en un tormento la vida de los pobres. Entre Cambras y «allí abajo» existía una especie de tregua conseguida a lo largo de muchos años, por la cual los habitantes de las tierras más bajas aceptaban tácitamente incordiar a la gente de Cambras sólo en determinadas ocasiones, mientras la gente de la montaña aceptaba incordiar en parecidas circunstancias. A duras penas vivían unos con otros.

Ahora, al añadir una férrea autoridad teutónica a esta combinación, sólo cabía esperar un pequeño infierno. En estas circunstancias, la gente de Cambras se tomaba como una misión divina dedicarse a fastidiar a los *schleuhs*, como los llamaban, mientras seguían evitando atraer demasiada atención de la *geste*: la Gestapo. La versión francesa del nombre tenía cierta carga de ironía (*geste*, como si se refiriese a un gesto generoso), pero estaba claro que todos preferían dejar en paz a esa gente. Hacía ya mucho que la Gestapo había demostrado qué clase de personas eran. Aplastando todo a su paso en sus enormes Mercedes, vestidos con sus chaquetas de cuero, parecían decir: «Aquí estamos, a ver si te atreves».



Así que, hasta la llegada de Lucien, en Cambras se habían contentado con pequeñas escaramuzas, para ver cuál sería su reacción. Cualquier error se pagaba caro. Cuando Vigie se las arregló para conseguir una granada de mano, Alceste Vau y el resto entraron a escondidas en el perímetro donde acampaba una división Panzer, en los alrededores de Épinal, y la arrojaron en la fosa séptica de las letrinas de los oficiales, justo en el momento en que estaba en uso. A juzgar por el nivel de ruidos que salió del barracón, el resultado había sido espectacular. Un surtidor. Y lo que era mejor, no había habido respuesta de los alemanes.

Hasta que a Sablé se le metió en la cabeza cargarse la mascota de un sargento, un detestable *poodle* al que el suboficial le hablaba en alemán por las calles como si fuese un bebé. Un día le voló la cabeza a esa criatura llena de rizos con una vieja pistola del ejército que le había quitado a Gilbert, lo que terminó con el farmacéutico y su mujer contra el paredón. Represalias. La gente del pueblo se encargó de acoger a los huérfanos, aunque sabían exactamente quién había sido el causante, y Sablé tuvo que partir a ver a unos parientes en otro pueblo durante un tiempo. Los vecinos del pueblo habían aprendido que la gente enfadada resultaba peligrosa, que uno no podía saber cómo iban a reaccionar los alemanes, especialmente cuando tenían tan a mano las facilidades necesarias para impartir una dura lección: bastaba la palabra correcta en el oído correspondiente y ya está.

\* \* \*

Esa misma semana, Eidenbaugh comenzó a percibir las corrientes que discurrían bajo la superficie de la vida en la aldea. Había una chica joven, de unos quince años, que vivía con Gilbert y su familia. Cécile era su nombre. A la pobre la trataban como a una sirvienta o una prima deshonrada por el resto de los habitantes de la casa. De cuerpo robusto, su cara pálida e inmutable siempre miraba al suelo cuando alguien le dirigía la palabra. Una noche apareció ante él y permaneció de pie junto al jergón donde dormía, en una esquina del comedor. De pronto, despertó asustado por esa aparición vestida con un raído camisón de franela. De inmediato le ordenó que regresase a su cama, tratando de no herir sus sentimientos. Las instrucciones habían sido sumamente claras al respecto, especialmente las impartidas por un aristocrático inglés conocido como el mayor E, quien había pasado varios años de su vida en París.

—La vida en los pueblos es de gran complejidad sexual, muchacho. Te conviene no verte involucrado en ella —le había advertido el oficial británico.

Al poco tiempo se hizo evidente que tenía razón. Cécile solía ser visitada en noches sucesivas por Sablé y por Daniel Vau, el menor de los hermanos. Pero además, Daniel miraba a la joven esposa de Gilbert de forma bastante explícita. Eidenbaugh no sabía cuál podía ser la reacción de Gilbert: de momento parecía no darse cuenta.

Por su parte, Eidenbaugh comenzó a familiarizarse con los alrededores y pasaba largas horas caminando por los campos y bosques repartidos en torno a Cambras, aprendiendo las rutas que le enseñaban la Brebis y Vigie. Por las noches escuchaba los *messages personnels* en la radio que ocupaba una posición principal sobre la mesa, en mitad del comedor. Le sorprendió el volumen de tráfico, si bien es cierto que una buena parte era simple cháchara concebida para mantener despistados a los alemanes sobre la actividad clandestina. Finalmente, diez días después de aterrizar sobre los campos franceses, las palabras que esperaba chisporrotearon en el aparato: «Limelight, le théâtre est fermé». Era su señal de activación. Le comunicó a Gilbert que debía ausentarse por un tiempo y el hombre se ofreció a acompañarlo.

—Desde que está usted aquí —le dijo— todo es diferente. No tengo nada contra los más jóvenes, ellos son los patriotas de Cambras. Pero yo soy un patriota de Francia, un veterano de guerra. Los *schleuhs* me gasearon en Verdún.

Eidenbaugh le dio vueltas a la oferta. Según las instrucciones se suponía que debía ir solo. Sin embargo, había algo que lo atrajo en el gesto de Gilbert, así que decidió confiar en él.

«A menos que seas monumentalmente estúpido o terriblemente desafortunado —le habían dicho los instructores—, los alemanes no te atraparán. Por otra parte, las posibilidades de ser traicionado por una serie de razones, políticas o de otra índole, son más altas de lo que a uno le gustaría».

Al final, tenía que confiar en alguien, así que decidió fiarse de Gilbert.

El trayecto en tren entre Épinal y Belfort era un suplicio frío y sudoroso al mismo tiempo, y se prometió que nunca volvería a hacerlo. En el pasillo se apiñaban los cuerpos, incluidos soldados y pilotos alemanes, para enfrentarse a dos horas de alientos avinagrados, lana mojada, un bebé que no paraba de llorar, rostros ausentes, miradas cansadas y gélidas ráfagas de aire que corrían entre las tablas de ese antiguo *wagon-lit*. Cosecha 1914, pensó. Buena parte del material rodante francés había partido en dirección al este, a Alemania,

para ser readaptado y luego enviado a las unidades de la Wehrmacht en las inmediaciones de Moscú, donde se desvanecería para siempre.

Emplearon dos horas para cubrir una distancia de sesenta y siete kilómetros por una vía que había sido reparada una y otra vez. A cada momento eran desviados para dar paso a los vagones cargados de piezas de artillería que viajaban hacia la costa atlántica. Tampoco lograban alcanzar mucha velocidad porque el carbón estaba mezclado con arena y grava. Pese a todo, Gilbert demostró ser un agradable compañero de viaje. A lo largo del recorrido se dedicó a comentar diversos aspectos de la salud de sus cerdos, del precio del queso, de la madre de Lucien (que se suponía era la hermana de Gilbert) y toda clase de asuntos sin importancia, con tal de aliviar el trayecto y hacer que el viaje se hiciese lo más corto posible. Por su parte, Eidenbaugh se limitaba a gruñir y asentir con la cabeza, siguiéndole el juego y actuando como si tuviese que aguantar la aburrida cháchara de su tío.

Tanto en la estación de Épinal como en Belfort (sobre todo en esta última, que se hallaba cerca de Suiza y atraía casi cualquier ser de la Europa ocupada que no hubiese sido retenido) era posible ver a la *geste* en labores de observación. A Eidenbaugh le parecía que tenían cierto aire de inspectores policiales de provincia, achaparrados y cuarentones, enfundados en sus abrigo de cuero, con el cinturón a media altura, de aspecto torpe e impasible. Sus ojos jamás cesaban de escudriñar. Con una mirada de tosquedad, eran capaces de descomponer tu vida en una serie de claves que ante su vista experta resultaban absurdamente reveladoras. Estaba claro que eso era parte de un juego, pero estaba igualmente claro que era un juego que dominaban a la perfección. A Eidenbaugh le provocaron tanto miedo que uno de los músculos de su mejilla se tensó. Cuando veían algo, ¿el qué?, uno de ellos chasqueaba los dedos y aislaban al individuo para realizar una inspección de sus documentos, sosteniendo los papeles en alto, contra el cielo, en el andén de la estación. Gilbert, bendito sea, no titubeó ni lo más mínimo, y continuó parloteando al pasar frente a la *geste* y los controles habituales de policía: «que *maman* insiste en que debemos revisar las tejas, justo durante los días de siembra, que no debemos plantar nada, que luego viene la lluvia... Y claro — Gilbert se encogió de hombros— hay que obedecer a *maman*. ¿Qué otra cosa se puede hacer?».

No era el Gilbert habitual quien lo había acompañado a Belfort. El Gilbert habitual siempre llevaba una hirsuta barba gris de tres días bajo su deslucida

boina vieja, acumulaba varias capas de jerséis que le daban un aspecto deforme, iba con unos holgados pantalones de lana y con unas botas de goma llenas de estiércol. El Gilbert de Belfort, en cambio, había entendido, sin que fuera necesario explicárselo, que tenía que cambiar de personaje para ese asunto y se había afeitado cuidadosamente, para ponerse luego un traje de domingo que resistía con orgullo el paso de los años. A la salida de la estación se despidió de Eidenbaugh y echó a andar con paso ligero mientras silbaba una tonada. Estaba claro que su misión en Belfort era de naturaleza romántica.

Según el procedimiento de contacto, ULYSSE debía pasar por la estafeta de Correos, en las inmediaciones de la estación. Eidenbaugh se mantuvo en la cola hasta que le tocó el turno y se acercó a la ventanilla, atendida por una mujer de unos cincuenta años con doble papada, labios furiosamente pintados y un enorme canasto de untuoso pelo negro. Él se limitó a deslizar una carta a través del mostrador de mármol y le pidió seis sellos. La mujer apenas le dirigió la mirada, pesó la carta, dirigida a cierto nombre en cierto pueblo, y recortó seis sellos con burocrática ceremonia. Eidenbaugh les echó una mirada y vio que traían el nuevo lema nacional impuesto tras la ocupación: en lugar de *Liberté, égalité, fraternité*, los alemanes lo habían reemplazado por *Travail, famille, patrie*. Trabajo, familia y patria. En la esquina de uno de los sellos había una dirección escrita con trazos finos.

Resultó ser la *boucherie chevaline*, la carnicería de carne de caballo, de un barrio de clase obrera, a una hora del centro de la ciudad. Allí lo esperaba una chica de unos diecinueve años con el pelo recogido, un delantal blanco de carnicero que no conseguía ocultar su belleza y las manos enrojecidas de manipular carne.

—¿Tiene paté de conejo? —preguntó, mencionando un producto que nunca habían vendido en esa tienda. Ella entendió de inmediato.

—Aquí no tenemos —fue su respuesta.

—De acuerdo —replicó él—, pero es que mi mujer está embarazada y tiene antojo.

—Ah. Mire, regrese dentro de veinte minutos. Puede que tal vez entonces tengamos algo.

Era mejor mantenerse en movimiento, así que Eidenbaugh dio una vuelta por el vecindario. Si uno no era del barrio no convenía merodear por los cafés porque atraía muchas miradas. A los veinte minutos justos, estaba de vuelta en la carnicería.

—Bueno —le dijo la chica—, tal vez tengamos algo en la parte de atrás.

Tras entrar por la puerta que ella le indicaba, se encontró en una cámara frigorífica, entre cuerpos de animales desollados que colgaban del techo. Ulysse apareció proveniente del otro extremo de la cámara, con su respiración desprendiendo vapor en medio del frío.

Era un hombre apuesto de pelo gris que debía rondar los cincuenta. Se podía ver que se trataba de un aristócrata, con un traje gris de impecable confección y un abrigo sobre los hombros como si fuera una capa.

—¿Quién es usted? —preguntó con un acento francés de ciudad en el que cada palabra estaba matizada, a diferencia del rápido *patois* que se hablaba en el campo.

—Lucien.

—¿Sí? ¿Y quién soy yo?

—Ulysse.

—¿Y dónde vivo?

—En el Château Bretailles, con vistas al río Dordogne.

—Ojalá —suspiró él—. ¿Papeles?

Eidenbaugh se los entregó. Ulysse hojeó esas páginas un momento.

—Excelente —confirmó, entregándole los papeles—. ¡Albert, está todo bien! —ratificó en voz alta.

Había sido muy astuto. Eidenbaugh ni se había enterado de la presencia de Albert. Se produjo un movimiento a un costado que hizo oscilar los animales despellejados y luego se oyó una puerta que se cerraba. Dio por hecho que lo habían estado apuntando con un arma.

—Las sospechas son obligadas —explicó Ulysse brevemente—. Espero que nos disculpe por el salón de recepción —dijo frotándose las manos para combatir el frío—, sirve para que las reuniones no se alarguen demasiado.

—Espero que tampoco sea tan breve —replicó Eidenbaugh, con la vista puesta en el lugar desde donde lo habían estado apuntando. Hasta donde sabía, jamás lo habían encañonado con un arma y quedó ligeramente desconcertado.

Ulysse esbozó una ligera sonrisa.

—¿Qué mejor lugar que una *boucherie chevaline*? Al menos uno puede dejar esta vida incierta sabiendo el final con toda certeza.

Eidenbaugh soltó una carcajada. Ulysse asintió educadamente con la cabeza, aprobando la broma.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Lo habitual. Ametralladoras Sten, municiones (suficientes para los entrenamientos y para uso normal), *plastique*, ciclonita, taconita, detonadores.

Y tal vez unas cuantas granadas de mano.

—¿De cuántos *maquis* estamos hablando?

—Cinco. Quizás seis.

—No son suficientes, Lucien. Va a tener que reclutar más.

—Pero ¿es seguro?

—No mucho. Aunque debe pensar que tendrá bajas, como todos. Digamos que, para comenzar, debe conseguir doce nuevos reclutas. Pregúntele a su gente, ellos sabrán decirle quiénes llevan a Francia en el corazón. ¿Con qué cuentan ahora?

—Un par de escopetas. Una vieja pistola. Unas cuantas latas de gasolina diluida.

—Vaya, vaya. Va a ser difícil ganar la guerra con eso.

—Así es.

—Tendrá lo que pide. Pero debe esperar su *message personnel* antes de hacer nada. ¿Entendido?

—Sí.

—Y el lugar de entrega será el que acordamos, ¿le parece?

—Perfecto. Ahí estaré.

—Enviaremos un mensajero para avisar de la fecha. Pero no lo verá. ¿Alguna otra cosa?

—¿Podré comunicarme por radio en el futuro?

—A su tiempo, Lucien, pero no ahora. La *radio réparation* de los alemanes es muy buena. Cuentan con receptores móviles que trasladan por los campos y pueden dar con alguien en menos tiempo del que imagina. Además, una vez que se ponga en contacto con su base van a querer cosas, todo tipo de cosas. Se va a pasar día y noche contando postes de electricidad. Yo le sugeriría que disfrute de su independencia mientras pueda.

—De acuerdo.

—Estoy seguro de que están trabajando para solucionar el tema de la radio, y una vez que tenga una, va a ser un aparato fiable, algo seguro.

—Ya veo.

—A todo esto, ¿por qué cojea? ¿Forma parte de su papel o es que está herido?

Hasta donde Eidenbaugh sabía, Ulysse no lo había visto cojear. Lo más probable era que lo hubiesen vigilado durante todo el camino.

—Me quebré un dedo del pie al aterrizar.

—¿Necesita un médico?

—No, sanará por sí solo. No se puede entablillar el dedo de un pie.

—Bien. En cualquier caso, una cojera es algo que llama la atención. Intente disimular siempre que pueda.

—Lo haré.

—En ese caso me despido. Ya nos veremos.

Se dieron la mano. Por indicaciones de Ulysse, usó otra puerta, que conducía al callejón de atrás de la carnicería.

A su regreso, cuando esperaba con Gilbert en el andén de la estación de Belfort, dos oficiales de la Gestapo hicieron un arresto. Cómo había hecho ese buen hombre para llegar tan lejos era algo que Eidenbaugh no conseguía imaginar. Sus ropas desgarradas y renegridas por el hollín del tren, su rostro demacrado, blanco como la muerte, y sus ojos enrojecidos de noches sin dormir. Todo indicaba que era un fugitivo. Lo esposaron con las manos a la espalda. El hombre lloraba en silencio cuando se lo llevaron.

\* \* \*

—¡Una loca en bicicleta! ¡Casi con seguridad que es inglesa! ¡Si va vestida de *tweed*!

Había bajado de la montaña con Gilbert. Escondido en una arboleda de alisos encontraron el viejo camión que a veces ponían en marcha. A continuación, los dos partieron hacia Épinal a comprar provisiones. Cuando regresaron a Cambras, el pueblo estaba convulsionado por la inusual visita. ¿Había venido a buscarlo a él? Bueno, no, no había dicho eso exactamente, pero sí había estado en casa de Gilbert y se había tomado varias tazas de té con la anciana. ¿Té? ¿Existía el té en Cambras? No, la loca vestida de *tweed* había traído su propio té en una caja de cartón duro. ¿En serio? ¿Podía verla? Por desgracia, nadie pensó que un *américain* pudiese estar interesado en un milagro tan *petit*. ¿Dónde había ido a parar la caja? ¿Entre los desechos de la basura, quizás? «No, aquí tenemos cuidado». Había servido de alimento a los cerdos, junto con otros manjares guardados en un barril de madera. Dios. Un mensaje perdido: una de las peores pesadillas en un oficio como el suyo. Eso significaba un viaje de emergencia a Belfort. Estaba furioso consigo mismo por haberse perdido al mensajero, aunque el propio Ulysse le había dicho que vendría cuando él no estuviese en el pueblo.

Una hora después, al ponerse los guantes, encontró una pequeña tira de papel en el hueco destinado al meñique.

La noche del 14 de noviembre, fecha memorable en la historia del pueblo, los *maquis* de Cambras se dirigieron en camión a la zona de recepción del envío. Una vez allí, tuvieron que caminar ochocientos metros más allá del

camino, cargando leña a sus espaldas. Formando pilas de madera en tres puntos, definieron un triángulo. Cuando comenzó a llover echaron una lona por encima de la madera. El agua caía fría en goterones como guijarros. Los hombres intentaron cobijarse bajo los árboles, pero como en aquella pradera sólo crecían especies de hoja caduca, acabaron mojados por las gotas de lluvia que estallaban contra las ramas desnudas, en lugar de ser acribillados por un auténtico chaparrón sobre la cabeza. En cosa de pocos minutos, Eidenbaugh quedó completamente empapado. A las 3:30 de la mañana encendieron las hogueras y luego dieron un paso atrás para observar el fuego y el humo bajo la lluvia. Pero no había ni la menor señal de avión alguno y pasados quince minutos, las hogueras no eran más que unos cuantos rescoldos. No podían regresar a Cambras, de modo que se internaron entre los árboles en busca de ramas, tropezando, empapados, y lastimándose en la oscuridad. Apilaron las ramas húmedas sobre los restos de las hogueras e intentaron prenderles fuego. Después de gastar casi todas las cerillas y soltar las más amargas maldiciones que conocían, no consiguieron nada.

Finalmente, tuvo que ser la Brebis quien acudiese al rescate. Con una pequeña manguera de goma que sacó de un bolsillo de su abrigo, consiguió aspirar gasolina del tanque del camión, que trasvasó a una botella de vino que habían traído para celebrar, pero que fue prontamente vaciada para combatir el frío de la montaña. Vaciando una botella tras otra de las que habían traído, fueron regando las ramas apiladas, mientras la Brebis, que había tragado un poco de gasolina en el proceso de trasvase, se metía entre los árboles para vomitar. Justo entonces oyeron el ruido de los motores de un avión encima de ellos... ¡proveniente del este! La dinámica de las operaciones de abastecimiento aéreo era compleja y debía tomar en consideración el peso del combustible, el peso de la carga, la velocidad del aire, la distancia, el clima, las horas de oscuridad, las fases de la luna, las inciertas rutas aéreas y el cálculo de gasolina para las tácticas de huida en caso de persecución. La valentía del piloto británico que sobrevolaba esa pradera mojada era, sin duda, extraordinaria. Probablemente había tenido que emplear su último margen de seguridad para dar con ellos y, de toparse con los cazas nocturnos de la Luftwaffe en su viaje de vuelta, acabaría en el fondo del Canal de la Mancha. Nunca llegaron a ver el avión, pero podían oír claramente sus motores: había reducido su altura de vuelo en busca de las señales. La madera regada con gasolina prendió súbitamente y crepitó durante algunos instantes mientras ardía el líquido vertido, tras lo cual la llama se tornó de un azul pálido y flameó tímidamente sobre las ramas, antes de consumir todo el combustible.



Pero eso fue suficiente. El piloto del Lancaster debió avistar las manchas anaranjadas entre las nubes y le dio la señal al lanzador, que se encargó de empujar las cajas con paracaídas a través de la compuerta de la bodega para que cayeran flotando en la oscuridad. Una de ellas quedó colgada de las ramas altas de un árbol y Vigie tuvo que trepar a cortar los hilos del paracaídas. Llevados por su entusiasmo, subieron las cajas al camión y sólo cuando Gilbert intentó encender el motor, recordaron que habían quemado toda la preciada gasolina. Los hermanos Vau echaron a andar de regreso a Cambras. A media mañana ya había patrullas de *schleuhs* por el camino (el sonido del avión había llamado su atención), pero llovía tanto que los alemanes evitaron internarse en el bosque. Los *maquisards* tuvieron que esperar toda la mañana agazapados junto al sendero, tras tomar la decisión de defender las armas a cualquier precio.

Poco antes del mediodía, cuando la lluvia se transformó en nieve, aparecieron cuatro mujeres de Cambras en las inmediaciones de la pradera, empujando sus bicicletas. Habían empleado toda la mañana en hacer el recorrido, acarreando unas pesadas latas de gasolina, con la ayuda de otras dos personas que también se habían arriesgado con el fin de hacer las cosas más rápido.

La entrada en Cambras fue triunfal. Todo el pueblo esperaba de pie sobre la nieve mojada y aplaudieron al *américain*, a *les anglaises* y a sí mismos.

Cuatro días después fue transmitido su mensaje de código Limelight: el primer ataque estaba planificado para la noche del 25 de noviembre ¡Dentro de siete días! Apenas tenía tiempo, pero Eidenbaugh hizo lo que pudo. Eso significaba preparar la operación, con el consiguiente trabajo de inteligencia para su desarrollo, a lo que se agregaba el entrenamiento de sus *maquis* en el uso del nuevo material. Hasta entonces, había seguido meticulosamente los métodos aprendidos durante su estancia en el campamento de Triangle. Sus instructores le habían enseñado que la senda que discurre a través del peligro se asienta en el conocimiento de la situación, la precaución, la objetividad, el secreto, la planificación y, sobre todo, en la escrupulosa atención a los detalles. No obstante, de pronto se encontraba en mitad de una situación de guerra y estaba obligado a improvisar, a hacer seis cosas a la vez, tomando decisiones de forma fulminante, en plena refriega. O sea, todo lo contrario a las instrucciones. Pero algo había comenzado a moverse, podía notarlo en el aire, todos lo percibían, y prefería dejarse llevar por el ritmo de lo que estaba sucediendo. Todas las noches habían Lancasters sobrevolando sus cabezas, los reflectores de búsqueda de Épinal barrían los cielos y las patrullas de

*schleuhs* se repartían por los caminos. También llegaron a sus oídos los rumores de un aumento de los interrogatorios en los sótanos de la alcaldía de Épinal, donde la Gestapo tenía su centro de operaciones.

Las nuevas armas causaron gran excitación entre los *maquis* de Cambras. La Sten Mark II, que en rigor era un subfusil de asalto, era *el arma* para operaciones especiales en la guerra clandestina. Se trataba de un aparato simple: unos cuantos componentes tubulares que se enroscaban rápidamente. Era un arma liviana, por debajo de los tres kilos, con un marco hueco de acero que llevaba el más elemental mecanismo para accionar el disparo. Y era rápida a la hora de soltar ráfagas, con su característico *staccato*. «*Beau Dieu!*», exclamó Gilbert después de vaciar el cargador de una vez sobre un árbol que dejó convertido en un muñón.

Para Eidenbaugh, las Sten no eran algo tan excitante. En alguna oportunidad se había distraído pensando que era un arma fabricada por la misma industria armamentística que hacía las escopetas Purdey, auténticas obras maestras. La realidad de la guerra, sin embargo, requería de cientos de miles de simples máquinas de matar que iban a caer en las manos de quienes tenían deseos de disparar. Siguiendo esa misma lógica, la OSS había fabricado la Liberator, una pistola de un solo tiro con instrucciones a base de dibujos, que superaban las barreras del analfabetismo y de las distintas lenguas, y a continuación la había repartido a millares dentro de la Europa ocupada. Era el arma perfecta para asesinatos y magnicidios, diseñada para aquellos hombres y mujeres cuya rabia los había llevado a perder toda precaución y optaban por el homicidio a corta distancia.

Para Eidenbaugh, la Sten era la menos atractiva de las herramientas. Sin ir más lejos, era de fabricación barata, alrededor de unos doce dólares con cincuenta. El primitivo disparador tendía a atascarse, de modo que era preferible usar el cargador de treinta y dos balas con sólo treinta balas de 9 mm *Parabellum* para reducir la presión del resorte interno. Para colocar la munición en los cargadores, había que emplear una herramienta especial, pero no la habían incluido en el envío, de manera que hubo que encontrar algo que la sustituyese.

Pero además era «corta». Es decir, la mira que traía sólo servía para disparar a unos cien metros. La guerra tendía cada vez más al combate en los límites del alcance de un fusil, cerca de un kilómetro. Con una Sten, en cambio, se estaba obligado a operar en los márgenes de un campo de fútbol, había que tener al enemigo a la vista. En el fondo, era un arma para la guerrilla callejera. Para Eidenbaugh el mensaje resultaba claro: si tenéis la

mala fortuna de entrar en combate con el enemigo, lo mejor que podéis hacer es acercaros lo máximo posible para chamuscarlo antes de que os acabe matando, cosa que siempre conseguirá alejándose un poco para anular vuestra corta capacidad de alcance.

En cualquier caso, él no tenía ni la menor intención de iniciar un enfrentamiento. Su objetivo, descrito en código a través de un mensajero, eran las instalaciones ferroviarias de Bruyères, a unos veinticinco kilómetros de Épinal. Sablé tenía un primo que trabajaba en el almacén de las locomotoras. El martes antes del ataque, en lugar de su esposa, fue la Brebis quien se encargó de llevarle la sopa y el pan a la hora de comer. Eidenbaugh halló una posición estratégica de observación en la colina frente a las instalaciones y observó a la Brebis acercarse, montada en su bicicleta, con una cesta cubierta por un paño colgando del brazo derecho, de la que también asomaba media barra de pan. El centinela alemán le indicó con la mano que siguiera adelante. Más tarde, al enterarse de que en el interior del almacén habían catorce locomotoras, Eidenbaugh no cabía en sí: daría cuenta de todas ellas.

La noche del 25 de noviembre la operación no hizo mucho ruido. Un solo golpe sordo, ¡paf!, en el almacén y el humo negro saliendo de una de las ventanas rotas. Eso fue todo. Eso sí, tendrían que pasar tres meses antes de que esas locomotoras pudiesen ir a ninguna parte. Eidenbaugh y Vigie seguían todo desde el punto de observación. Pasado un rato, montaron tranquilamente en sus bicicletas y se dirigieron de regreso a la aldea.

Eidenbaugh había entrado solo con el turno de noche. Sabía que esos empleados eran los más valientes, que la sospecha de los alemanes después del sabotaje recaería sobre ellos. Pero Eidenbaugh también era consciente de que esos interrogatorios no serían los más severos, porque ninguna potencia ocupante podía permitirse sacrificar a trabajadores ferroviarios ya formados. Los hombres se reunieron en torno a él a medida que fueron entrando en el recinto. Para ellos, él era el arma, un arma contra aquellos a quienes aborrecían más allá de las palabras y, por lo tanto, lo protegían en igual medida. Eidenbaugh no malgastó el tiempo en el almacén; se preocupó de montar el maleable explosivo *plastique* en un cinturón que colocó alrededor de las pesadas piezas de acero e insertó los detonadores en esa masa de aspecto arcilloso. A continuación ató con una cuerda resistente a los dos trabajadores del almacén, y los puso tras la protección de una pared. Él se escabulló por la parte de atrás, a través de una brecha en la alambrada. Todo el trabajo no le llevó ni veinte minutos.

El resultado, una explosión con un ruido sordo y un poco de humo. Las sirenas echaron a aullar, dando una alarma tardía. Aparecieron los bomberos, luego la policía francesa y unos cuantos oficiales alemanes que daban vueltas por ahí, pero ya no podían hacer mucho. Tras reducir la presión de la manguera como si fuera a regar el jardín, un bombero pasó diez minutos mojando el patio del recinto ferroviario mientras otro se limitó a clavar un panel para cubrir la única ventana rota. Una unidad de rastreadores apareció algo más tarde. Sus pastores alemanes no tardaron en seguir la estela que conducía a la brecha en la alambrada y que se perdía en una colina que se alzaba más allá de las instalaciones. Los perros recibieron sus galletas y las correspondientes palmaditas aprobatorias, aprovecharon para mear y fueron conducidos de vuelta a casa. Un comandante recogió como evidencia la cuerda utilizada para atar a los empleados y la colocó en una bolsa de cuero con una etiqueta en la que se detallaba la hora, el lugar y la fecha. Así continuaron durante otra hora más, fumando y comentado lo sucedido, más que nada, para combatir el aburrimiento. Había sido muy poca cosa.

El estallido de rabia se reservó para el oficial de transportes alemán, que esa misma noche había preferido una mullida cama de plumas francesa en lugar del catre de campaña germánico, lo que motivó su retraso. De todos los que estaban allí, él era el único capaz de entender lo ocurrido, puesto que parecía ser un asunto bastante técnico; algo relacionado con el mecanismo para que las locomotoras pudiesen dar la vuelta dentro del recinto ferroviario.

Justo en mitad del almacén estaba lo que los franceses llamaban *plaque tournant*, que no era otra cosa que un enorme giradiscos de acero con un tramo de vía férrea encima que permitía a los operadores rotar la locomotora para volver a colocarla en la vía, una vez hecha la inspección técnica en el almacén. Mientras esperaban la correspondiente revisión, las locomotoras descansaban en semicírculo alrededor de la plataforma giratoria. Precisamente, el saboteador había conseguido volar la parte central de la *plaque tournant*. El daño sufrido por el sistema eléctrico era mínimo, cualquier electricista podía poner los cables en su sitio en cosa de una hora. Sin embargo, la explosión había dañado el mecanismo central de la *plaque*, una larga pieza de acero, que tendría que ser forjada nuevamente. Con las fundiciones francesas y alemanas bajo máxima presión por las urgencias de la guerra, conseguir el recambio llevaría al menos tres meses. Eso significaba que, durante todo ese tiempo, las catorce locomotoras quedarían fuera de servicio: la placa había sido volada de forma perpendicular, justo en dirección hacia la vía de salida.

El oficial de transportes observó el desastre sin poder evitar un *scheiss* entre dientes. El pedazo que faltaba apenas llegaba a los cinco metros. Pero ya podía haber sido de cinco kilómetros. Ante la necesidad, su mente calculadora apareció en toda eficiencia: cada locomotora tiraba de sesenta vagones. En un período de tres meses, se podía esperar un promedio de nueve viajes de ida y vuelta hasta las líneas defensivas costeras en el norte y el oeste. Si multiplicaba las catorce locomotoras eso arrojaba unas pérdidas de más de siete mil vagones de carga. Y era algo que se iba a repetir en muchos otros lugares de Francia, dedujo.

El oficial de transportes no era mala persona. Con toda seguridad, una vez que hubiese salido de su conmoción habría apreciado las palabras del oficial de instrucción británico que había entrenado al saboteador al explicarle el funcionamiento de la *plaque tournant*:

—Por falta de un clavo,<sup>[2]</sup> muchacho... y todo lo que sigue.

\* \* \*

En una tranquila y silenciosa noche de invierno de 1944 en la que las ramas de los pinos en la montaña aguantaban el peso de la nieve y las laderas cubiertas de blanco brillaban bajo la luz azul de la luna, tal como había sido previsto, Jristo Stoianev partió a la guerra.

El sacerdote que lo había liberado de su celda en la prisión de La Santé, apenas le había dicho nada, aunque el propósito de su acción era evidente. Volvía a ser un hombre libre; libre para combatir al enemigo común. A él le correspondía elegir el momento y el lugar para hacerlo. A veces Jristo volvía a pensar en ese sacerdote: un hombre de baja estatura, algo cargado de espaldas, sin rasgos destacables, invisible. Un perfecto emisario para Voluta y sus sacerdotes, y para el NOV, el Movimiento Nacionalista Polaco. Jristo sabía que alguien había estado siguiéndole la pista, que estaban al tanto de su encierro en La Santé. Para él no era una sorpresa. Su entrenamiento y experiencia lo convertían en alguien de valor en determinadas circunstancias, y los curas del NOV estaban al corriente. Él mismo sabía que los sacerdotes solían ser excelentes oficiales de inteligencia. Se decía que el Vaticano tenía el mejor servicio de inteligencia del mundo, gracias a la experiencia acumulada a lo largo de siete siglos. El padre Voluta ¡qué extraño resultaba! Pero Ilia había insistido en que así era, e Ilia sabía muchas cosas.

Con toda seguridad había más gente que había sido liberada de las prisiones francesas a medida que las columnas de tanques alemanes se acercaban a París y la caída de Francia se hacía cada vez más inminente. Tal

como Jristo, habían sido encarcelados por ser considerados peligrosos. Ahora se les liberaba por la misma razón. Era una de las formas más sencillas en las que un país derrotado podía oponer resistencia. Que los franceses lo hubiesen dejado en libertad por orden de los polacos no le causaba ninguna sorpresa. Entre ambas naciones conquistadas existía una vieja amistad y cierto gusto en común por el romanticismo y el idealismo que les había causado toda clase de desgracias en los últimos cien años. Pero, además, compartían una convicción casi patológica de que el romanticismo y el idealismo triunfarían algún día, lo que convertía su amistad en algo tan trillado como duradero.

Jristo salió en silencio de la habitación de la vieja casa donde había permanecido refugiado y caminó descalzo sobre el frío suelo de madera hacia la habitación contigua, donde comenzó a vestirse: gruesos calcetines de lana, pantalones de pana capaces de resistir a la intemperie (una prenda de abrigo de caballeros), un jersey de lana y un viejo abrigo, algo deforme pero cálido. Unas botas cuyos cordones ató firmemente. Del interior del armario sacó una vieja pistola húngara guardada en una cartuchera de cuero, una Gepisztoly M43. Les había costado cuatro pollos, tres docenas de huevos y una botella de coñac, pero se sentían más tranquilos con un arma en casa. Al sacarla esbozó una sonrisa: Sophie había engrasado la culata de madera barata como si se tratase de un arma de colección. Pero también había sido ella quien le había arreglado los pantalones de pana, la que había remendado el jersey y los calcetines, para lo cual había tenido que rescatar esas prendas de un pasado más glorioso. Del mismo modo, había sido la que había encerado el piso de madera. Toda su vida se había dedicado a hacer estas cosas y el hecho de estar en guerra no era motivo para actuar de otro modo. Al contrario, quizás la guerra era mayor razón para insistir en lo que hacía.

De una de las repisas del armario cogió cuatro cargadores y se echó dos en cada bolsillo del abrigo. De puntillas por el pasillo se dirigió al cuarto de Sophie para despedirse. Su cama estaba vacía, el edredón suavemente doblado en dos a los pies de la cama. En la habitación siguiente, donde dormía Marguerite, lo mismo. Jristo aguzó el oído y pudo escuchar muy atenuado el sonido de la vajilla y de los cubiertos proveniente de la cocina, en el primer piso. Entonces cayó en la cuenta de que los años de servicio les habían enseñado a ambas hermanas a preparar el desayuno sin despertar a nadie en la casa.

\* \* \*

La prisión lo había convertido en alguien diferente.

Se dio cuenta de eso ya en su primer día de libertad. Los papeles de Nikko Petrov ya no le servían para nada, así que caminaba intranquilo por la ciudad sin saber qué efectos había provocado la ocupación. En algunas manzanas la gente se amontonaba en pleno frenesí, en otras reinaba el silencio ante la total ausencia de habitantes. Finalmente encontró a un joven de su altura y de su edad al que redujo por la fuerza en el portal de un edificio y le quitó el pasaporte. En una *papeterie* compró cola, se metió en un café y arrancó la foto de su documento para hacerse un pasaporte francés. Las marcas del sello en una esquina no coincidían muy bien, pero había que fijarse mucho para darse cuenta. A continuación pidió un filete que se comió a tal velocidad que ni se enteró de su sabor. Antes de volver a la calle, se echó al bolsillo el cuchillo con el que había comido. A unas manzanas de distancia encontró un *mont de piété*, irónico nombre empleado por los franceses para llamar a una casa de empeños, le puso el cuchillo al cuello del encargado y robó un arma. Podría haberla comprado (tenía el dinero que le había dado el cura), pero sabía que el dinero significaba supervivencia. Y él tenía la intención de sobrevivir. No lejos, observó que un caballero impecablemente vestido se montaba en un coche, y a punta de pistola lo hizo a un lado para subirse y arrancar aquel Simca Huit de color azul de cinco años de antigüedad y con el depósito casi lleno. Condujo en dirección sur y hacia el oeste hasta que no pudo más. Quería huir del avance de los alemanes, dirigiéndose a la costa o hacia España, tal vez. Estaba dispuesto a aceptar lo que el destino tuviera para ofrecerle.

Pero mientras más avanzaba hacia el sur, peor era su pesadilla. Los caminos estaban colapsados de gente que acarreaba sus posesiones. Los coches yacían abandonados en los campos una vez que ya no eran de utilidad. Perros y gatos desamparados deambulaban por todas partes. Pudo ver a una mujer empujando un carrito de bebé con un antiguo reloj de péndulo en su interior. Vio cadáveres al borde de la carretera, hinchados y cubiertos de moscas bajo los primeros calores del verano. La locura de esa huida era incrementada por los bombardeos de los Stukas sobre esa columna de refugiados. Cada cierto tiempo la gente debía correr a esconderse en alguna zanja, mientras en el horizonte se elevaban las columnas de humo de algunos coches en llamas.

Los alemanes habían aprendido esta táctica en España y luego la habían refinado en Polonia: las carreteras atascadas hacían imposible el traslado de refuerzos y provisiones, y los tanques no iban a cargar contra su propia gente, al menos en esa parte de Europa. Por lo tanto, el objetivo de los Stuka era

sembrar el pánico y el terror entre los civiles que huían, y antes de soltar sus bombas o usar sus ametralladoras los sobrevolaban a baja altura.

A este esfuerzo se unían los agentes alemanes en tierra, que se encargaban de extender horribles historias y rumores entre la población civil. La primera noche, a la hora del crepúsculo, Jristo se encontró con un hombre que atraía la atención de un pequeño grupo de refugiados a un lado de la carretera relatando las atrocidades cometidas por los alemanes. Jristo detuvo el coche y se acercó al grupo para escuchar a ese narrador experto que no se ahorra un solo detalle: la sangre, el espanto. Era un hombre robusto de rasgos toscos que claramente disfrutaba de su trabajo. Cuando Jristo no pudo seguir aguantando la expresión en los rostros de esa audiencia, se abrió paso entre la muchedumbre y agarró al hombre por el cuello.

—Este hombre intenta atemorizaros —exclamó—. ¿Es que no os dais cuenta?

La gente lo miraba boquiabierto sin entender nada. Fuera de sí, Jristo arrastró al hombre detrás de un árbol y le golpeó el puente de la nariz con la culata de su pistola. El hombre huyó aullando a través de los campos, sangrando. Pero cuando Jristo regresó hacia la muchedumbre vio que habían escapado. Había conseguido asustarlos y sólo había empeorado la situación.

El segundo día, bajando por la N52, junto al Loira, en algún punto entre Blois y Tours, el motor del coche empezó a calarse. Todo el día había avanzado en primera o segunda, deteniéndose y reiniciando la marcha, atrapado en mitad de la corriente de coches, bicicletas y personas a pie. Para entonces el Simca iba lleno y con gran peso: una madre y su hija (esta última con una rodilla lastimada), un artillero francés herido, que no dejaba de cantar para mantener el buen espíritu, y una señora mayor con un perrito asustado que lloriqueaba continuamente. Los pasajeros salieron del coche y se sentaron resignados sobre las hierbas que crecían en el arcén. Jristo abrió el capó y enseguida escapó un olor a metal chamuscado que le recordó su huida desde Madrid, sólo que allí no había ningún hombre bajito en bicicleta para ayudarlo. «Tal vez le hace falta un poco de agua», se dijo, como si en lugar de un coche fuese un caballo. Alguien ofreció una botella vacía y Jristo se deslizó por una ladera hasta llegar al borde del Loira, donde mantuvo la botella sumergida para que se llenase de agua. En la ribera todo era paz, las cigarras cantaban al sol y soplaba una suave brisa.

—Eh, *monsieur*, gracias a Dios que ha aparecido usted.

Se giró hacia la voz y descubrió a esa mujer que luego conocería por el nombre de Sophie. Parecía que rondaba los cincuenta y cinco años, tenía ojos



inquietos y un rostro distendido y plácido. Llevaba un «buen» vestido negro con lunares blancos y sendas marcas de sudor bajo los brazos. La expresión de Jristo debió de ser de total perplejidad, porque ella entró en explicaciones:

—No hemos dejado de rezar, ¿sabe usted?

—Ah.

—Por favor —clamó ella—, tenemos muy poco tiempo.

En el meandro del río se encontraron a otra mujer, similar a la primera aunque un poco más joven tal vez (él las tomó por hermanas), y un hombre mayor vestido con un formal traje blanco tendido sobre la hierba de la ladera. Le habían aflojado la corbata y su cara tenía el color del papel. La más joven se preocupaba de abanicarlo con su sombrero. Jristo se arrodilló junto al anciano y le puso dos dedos en el cuello para comprobarle el pulso. Sus pulsaciones apenas se sentían e iban a gran velocidad. El hombre estaba comatoso y el único signo de vida era algún movimiento ocasional de los párpados.

—Me temo que no hay nada que pueda hacer —dijo Jristo—. Este hombre se está muriendo. Necesita atención en un hospital.

La mayor de las hermanas replicó, ligeramente impaciente:

—Sabemos que se está muriendo. Pero tiene que recibir la extrema unción, ¿sabe?, los últimos sacramentos, para que su alma descanse en paz en el reino de los cielos.

Jristo se rascó la cabeza. Esas mujeres le recordaban a un par de monjas, actitud inocente y determinada al mismo tiempo.

—Es que yo no soy sacerdote, *madame*. Lo siento.

La mayor de las hermanas asintió con la cabeza.

—Eso ya lo sabemos. Pero mi hermana y yo somos protestantes y no conocemos la ceremonia de ustedes que corresponde a estas circunstancias.

Jristo volvió a mirar al hombre.

—Pero es que yo no lo sé decir en francés —se excusó.

—Bueno, no importa —replicó la mayor de las hermanas—. Dios entiende todas las lenguas —y a continuación, añadió como si acabara de pensarlo—: Porque usted es católico, ¿no es así?

—Así es —confirmó Jristo.

Era cristiano ortodoxo de la Iglesia búlgara, en teoría más cercano al catolicismo que un protestante. Pero los rituales y las costumbres no eran exactamente los mismos. Por su experiencia sabía que los católicos europeos esperaban un avemaría y un padrenuestro, más una oración de arrepentimiento. Ahora, lo que sí podía ofrecer era el *predsmurtna molitva*, la

oración para los agonizantes. En condiciones habituales debieran estar presentes los *soborovat*, los ancianos, para conducir al muerto al otro mundo con sus plegarias, pero Dios tendría que perdonar su ausencia. En cuanto a las oraciones propiamente, se suponía que eran de carácter improvisado, siguiendo la forma que más acomodase a los presentes. Por eso se acercó al hombre murmurando muy bajo, para que las hermanas no pudieran oírle, y le pidió a Dios que facilitara la entrada de ese hombre en el reino de los cielos, que perdonase sus pecados y que le ayudase a reunirse con todos sus seres amados. Finalmente, para regresar a la tradición católica, ungió al hombre con agua del río en lugar del santo óleo, haciéndole el signo de la cruz en la frente mientras decía en francés: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Los labios del hombre estaban fríos como la nieve, y Jristo tuvo que reprimir un escalofrío. «Ve con Dios», agregó. Luego se puso de pie, dando a entender que el ritual había concluido.

Ambas hermanas lloraban en silencio, cada una enjugándose las lágrimas con un pequeño pañuelo blanco.

—Pobre *monsieur* Dreu —dijo la menor, hablando por primera vez—. Su corazón...

—Es la guerra —le respondió la otra.

—¿Era su marido? —indagó Jristo.

—No —contestó la mayor—. Era nuestro patrón. Lo fue por muchos años. Era como un padre para nosotras.

—¿Y qué harán ahora?

Ambas se limitaron a sollozar. Finalmente, Sophie, la hermana mayor, dijo:

—*Monsieur* Dreu quería que nos fuésemos a la casa pequeña. Dijo que ahí estaríamos seguras. Lo intentamos, pero no pudimos abrirnos paso. Todos quieren ir hacia el oeste. *Monsieur* Dreu intentó conducir el coche desde Burdeos hasta aquí. Pero el enorme esfuerzo, los aviones, la gente por el camino...

Hubo algo en su voz que le llamó la atención, la forma de pronunciar *petite maison*.

—¿La casa pequeña?

—En las montañas, al este, en dirección a Estrasburgo. Allí no hay carretera, sabe usted, ni gente. Sólo un hombre ya viejo que se dedica a cortar madera.

—Charlot —especificó la menor.

—Sí, Charlot.

—¿Y cómo vivirían ustedes allí? —preguntó Jristo.

—Allí hay todo tipo de alimentos en conservas. *Monsieur* Dreu siempre se preocupó de eso. «Uno debe estar preparado para cualquier eventualidad —solía decir—. Uno de estos días habrá disturbios; otra revolución». Lo decía cada verano, cada vez que íbamos allí a limpiar la casita y a orearla. *Monsieur* Dreu tenía mucha confianza en el aire, especialmente en el que corre allí arriba, en las montañas. «¡Inhalad!», nos decía a menudo.

Ambas hermanas sonrieron con tristeza ante ese recuerdo.

«Al este», pensó. Nadie iba al este. Tal vez si cogían las carreteras secundarias. «Allí no hay carretera. Todo tipo de alimentos en conserva». En su interior estas palabras se redujeron a un único concepto: refugio. Pero también tenía que tomar en consideración a su propio grupo de gente: no podía echarlos del Simca así como así.

—¿Tienen un automóvil?

—Claro que sí. Está allí, en la carretera. Es uno de esos Daimler. ¿Sabe usted conducir un coche así? —preguntó Sophie con ojos ansiosos.

Jristo asintió con la cabeza.

La hermana más joven carraspeó. Los nudillos de sus manos enrojecidas se volvieron blancos cuando estrujó el pañuelo.

—¿Es usted un caballero, *monsieur*?

—Claro que sí, por supuesto —respondió.

—Gracias a Dios —suspiró ella.

Jristo subió al camino a inspeccionar ese gran Daimler de color negro, impecable y brillante bajo el sol de mediodía. El indicador del depósito de combustible estaba justo por debajo de la mitad, pero él ya sabía que habría que jugársela con la gasolina. Y si su dinero no era suficiente para repostar por el camino, estaba seguro de que *monsieur* Dreu habría previsto de manera más que suficiente los recursos necesarios para alcanzar su retiro en las montañas.

Pero si aún tenía alguna duda sobre su cambio de plan, le bastó una visita a los refugiados que lo habían acompañado hasta allí, reunidos ahora alrededor del Simca, para reafirmarse en sus nuevos propósitos. Siguiendo las instrucciones de la señora del perro faldero, habían reunido una cantidad de dinero entre todos para comprar un par de caballos de una granja cercana y ahora estaban afanados en atar esos animales a los guardabarros del coche. Jristo les explicó que debía marcharse y le entregó las llaves del vehículo a la señora, que a partir de ese momento quedaba al cargo. Todos le desearon buena suerte, le dieron un abrazo y le estrecharon la mano. Cuando caminaba

en dirección al río, el artillero no pudo contener un grito: «*Vive la France!*». Jristo se dio la vuelta un instante para volver a saludarlo.

En la ribera, junto a Sophie y Marguerite, esperó pacientemente mientras el sol bajaba a que el hombre expirase en paz. Usando un tapacubos del Daimler y las manos, cavaron una tumba de poca profundidad y lo depositaron allí. Jristo halló un tablón de madera sobre el cual grabó una inscripción con el cuchillo que había robado en el café de París:

ANTONÍN DREU  
1869-1940

Las hermanas habían cuidado de *monsieur* Dreu durante más de treinta años, por lo cual Jristo, que acababa de reemplazarlo, era ahora objeto de extraordinarias atenciones. El anciano era el último superviviente de una larga línea de *négociants* de la ciudad de Burdeos, y con el paso del tiempo, su familia se había hecho con una considerable fortuna. Según Sophie, el propio *monsieur* Dreu había sido un tanto excéntrico: pasó un período dedicado a la teosofía, era vegetariano, socialista, seguidor del misticismo de Ouspenski, devoto del tarot, y, sobre todo, de las sesiones de espiritismo. Era capaz de «comunicarse» con su difunta madre al menos una vez al mes, de la que decía recibir consejos para el negocio. Sin importar cuál fuese el origen de su sabiduría en asuntos comerciales, había sabido prosperar durante los buenos tiempos y durante los malos también. Nunca se había casado, aunque Jristo albergó sospechas de que había sido amante de ambas sirvientas. Dreu también estaba convencido de que iba a producirse una gran revuelta social en Europa. Por esta razón se había hecho con la pequeña casa al sur de los Vosgos, totalmente apartado del mundo, donde se había preocupado de almacenar comida, leña y queroseno para las lámparas.

Fue así cómo Jristo se pasó los primeros meses de la ocupación comiendo jamón polaco enlatado, salchichas vienasas y coliflor en conserva, y disfrutando de enormes ruedas de queso curado de la Alta Saboya. Por su experiencia en la Brasserie Heininger sabía que la bodega de vino era algo excepcional y muchas veces los tres acababan el día bastante alegres bebiendo junto a la chimenea.

A medida que fue pasando el tiempo, comenzó a aventurarse en largos paseos hasta un pequeño caserío, que también se hallaba a más de dos kilómetros de cualquier ruta, habitado por esa gente de montaña que se ha mezclado demasiadas veces entre ella. Allí no tardó en ser conocido como el

sobrino de Dreu, Christophe, y fue aceptado como otro excéntrico más de *por ahí*.

Cuando finalmente se acabaron las latas y conservas, compraron un gallo y varias gallinas, una vaca lechera, semillas suficientes para plantar un amplio huerto y los enseres necesarios en la pequeña aldea. Jristo sólo fue una vez a Épinal, el único pueblo en los alrededores, para comprar un arma en el mercado negro y para ver a los alemanes con sus propios ojos. Entre los escasos rumores que circulaban en el pueblo no oyó muchos que tuvieran que ver con la *résistance*, de modo que se ahorró el esfuerzo y se concentró en las labores de la existencia diaria.

A finales de 1941, Jristo y las dos hermanas se hallaban inmersos en el ritmo impuesto por las obligaciones rurales: cortar madera, arrancar hierbas, alimentar animales, preparar las conservas de vegetales. El tejado necesitaba una mano, había que construir una bodega para guardar las hortalizas, las gallinas necesitaban un gallinero y, dado que los depredadores abundaban en los alrededores, se requería un valla adecuada. Ante la falta de materiales disponibles para todo ello, la improvisación estaba a la orden del día y cada nuevo proyecto exigía una interminable cuota de ingenio. Para Jristo, estas ocupaciones formaban una suerte de paraíso. Al volcarse en las interminables tareas de cada día, su espíritu iba expiando la negra pena que lo había abatido durante el tiempo pasado en la prisión de La Santé.

Más abajo, en las aldeas de las montañas y en los pueblos del valle, la guerra se hundió en la paralizante rutina de la ocupación. En 1942 Jristo intentó en dos ocasiones alejarse un poco de la montaña para establecer contacto con las unidades de *maquis*, pero en ambas oportunidades tuvo que enfrentarse a la realidad de una *résistance* en ciernes. Los grupos activos en la región eran comunistas convencidos que luchaban tanto para derrotar a los alemanes, como para obtener poder político para ellos mismos. Todos ellos sospechaban de él, que insistía en evitar las preguntas ideológicas y no conseguía encontrar la forma de explicarles su pasado. Cuando se propusieron más reuniones en localidades remotas, él optó por no asistir.

Pero en el otoño de 1942 tomó la decisión de dejar de lado la cautela y de unirse a la lucha, sin importar el peligro. Su conciencia lo estaba reconcomiendo y la deliciosa paz de su existencia se le hizo amarga. Se inventó entonces una historia que, según creía, no podría ser puesta en tela de juicio por las organizaciones de los *maquis* y se preparó para resistir un interrogatorio hostil.

Pero todas esas invenciones que había ideado no serían sometidas a prueba. Las últimas semanas de otoño y las primeras del invierno las pasó en cama. Un tinte amarillo cubrió sus mejillas, parecía que los riñones le iban a estallar de dolor y toda su energía se evaporó. Las dos hermanas cuidaron de él lo mejor que pudieron. A veces emergía de sus ataques de fiebre para encontrarse a Sophie afanada en enjuagarle el sudor del cuerpo con un paño húmedo. Durante los peores momentos llegó a delirar y su espíritu ascendió a ese mundo en el que todas las edades de la vida se hacen presentes de forma vivida. Allí aparecieron sus amigos de la infancia y los oficiales del NKVD flotando en la luz de sus visiones del pasado. Volvió a ser un camarero en París, lloró la ausencia de Aleksandra, remó con su padre a través del Dunav y hundió la cabeza avergonzado en la escuela de Vidin.

—¿Quién es May? —le preguntó Sophie con ternura cuando regresó a la realidad una tarde de invierno.

Jristo susurró que no lo sabía.

En otra oportunidad (una semana, o un mes después, ya no podía decirlo), volvió en sí y descubrió a ambas hermanas con la espalda contra la pared de la habitación y los ojos desorbitados de miedo. ¿Qué atrocidad habría dicho? ¿Habría confesado algo real o algo imaginario? Con sus escasas fuerzas se volvió hacia ellas y extendió sus brazos, implorando en silencio que lo perdonasen.

Poco a poco se fue recuperando. Hasta junio no consiguió tirar de las ubres de la vaca lechera. Cuando se puso a reparar un caballete, se dio cuenta de que había tenido que dar veinte golpes de martillo antes de conseguir que un clavo entrase por completo. Nunca en su vida había pensado que sus fuerzas lo abandonarían, y estaba horrorizado ante lo que le estaba costando reponerse. A veces lo asaltaba el temor de no volver a ser nunca el mismo.

Hasta que un día, a finales del otoño de 1943, apareció un visitante, un muchacho de la aldea de abajo. Después de hablar entre susurros, se le invitó a pasar a la casa, donde fue pródigamente alimentado. La comida y el vino despertaron su locuacidad. Había venido, explicó, a reclutar los servicios de Christophe para los *maquis* de Cambras. Todos podían hacer algo, incluso Christophe. Había que colocar las balas en los cargadores de las Sten, reparar los pinchazos de las bicicletas. El muchacho habló maravillas de un tal Lucien, quien los conduciría a la gloria en sus incursiones contra los odiados alemanes. Incluso podía ser que, una vez que Christophe hubiese hecho los suficientes servicios, se le permitiera disparar una de las formidables Sten.

Jristo hizo como si estuviese reflexionando. Había una deuda que pagar a un sacerdote francés, más concretamente, a aquel cuyos sacrificios le habían permitido salir de La Santé. Jristo pretendía saldarla mediante el oficio que mejor conocía. De tal manera que, una clara noche de diciembre, tras cenar un poco de pan fresco y un vaso de leche caliente, en la cocina, abrazó entre lágrimas a Sophie y Marguerite y, cuando aún faltaba mucho para el alba, se lanzó a través de los campos con una ametralladora colgada al hombro. Sus botas crujían sobre la dura capa de nieve mientras marchaba: la luna resplandeciente proyectaba la sombra de un soldado ante él.

\* \* \*

Durante los primeros meses de 1944 actuaron en silencio.

La operación de la *plaque tournant* no había sido más que una entre las muchas acciones angloamericanas concentradas en un período de unos cuantos días y que incluían atentados contra el sistema ferroviario, contra las fábricas, contra naves y embarcaciones, y contra el sistema de comunicaciones. Todo formaba parte de un conjunto de operaciones de inteligencia encaminadas a facilitar el desembarco aliado en la Europa ocupada. Los alemanes tenían claro que se aproximaba un gran ataque; las preguntas clave eran el *cuándo* y el *dónde*, por lo cual la principal misión de la inteligencia aliada consistía en crear una estructura para mantener al enemigo bajo permanente engaño. En el centro de inteligencia de Londres sabían que sobre los mapas de la Abwehr y de la Sicherheitsdienst (SD) los punteros no dejaban de moverse, pues también eran aparatos de inteligencia que sabían de engaños y simulacros organizados. Por esa razón, algunas operaciones debían ser transparentes, otras sólo translúcidas y otras opacas. En determinados casos, se podían reunir estas tres características en una misma acción. La técnica no era nueva: las tácticas del engaño y la desinformación, así como las operaciones por detrás de las líneas enemigas, ya habían sido empleadas por Aníbal durante las Guerras Púnicas contra los romanos. En general, era como una orquesta conducida por un director invisible —a veces tocaban los violines, otras sonaban los vientos— con la intención de mantener a los alemanes un punto desquiciados.

Las locomotoras no habían sido el objetivo principal del ataque a las instalaciones ferroviarias de Bruyères. No se trataba del Sabotaje General, sino del Sabotaje Específico. El verdadero propósito había sido un tren que estaba siendo pertrechado con material procedente de distintos lugares de la Europa ocupada y que debía ponerse en marcha cuarenta y ocho horas

después del ataque, con destino a las líneas de defensa que protegían las playas de Normandía. Los alemanes sabían que no se produciría ningún desembarco de importancia durante el invierno. Pero también estaban al tanto de los preparativos finales y de la acción de la *plaque tournant*, junto con otras incursiones ocurridas durante la semana, que podían interpretarse como una acción planificada para hacer creer a los alemanes que estaba teniendo lugar un ensayo final para un ataque contra las playas de la península de Cotentin, lugar en el que, precisamente, tendrían lugar algunos ataques seis meses más tarde.

La inteligencia alemana en la región de Épinal no consiguió descubrir quién había sido responsable del ataque a las instalaciones de Bruyères, pero sí les llegó el rumor de que los responsables no eran más que un puñado de aldeanos dirigidos por un técnico de operaciones especiales de bajo nivel. Enviaron un pelotón a Cambras, uno de los pueblos que había atraído su curiosidad, pero los *maquis* apostados por los caminos dieron la voz de alarma y el grupo tuvo tiempo más que suficiente para perderse en la floresta y dirigirse a un aserradero instalado en lo alto de una montaña, donde pasaron un rato a la espera. Cubierto por una fina capa de nieve, Cambras parecía aún menos impresionante que de costumbre. El oficial alemán al cargo del operativo echó una mirada en las casas, percibió los olores, vio los ojos aterrados que lo espiaban escondidos detrás de las puertas y la gallina sobre la fuente de agua, y, con teutónico respeto por el orden, tachó el nombre de su lista. Finalmente, sobre el mapa desplegado en Berlín decidieron colocar un alfiler blanco, en lugar de uno rojo, en la localidad de Bruyères. Esta información fue telegrafiada desde Berlín a la base de la contrainteligencia en Belfort y, gracias a que un obrero polaco había robado una máquina encriptadora de mensajes al comienzo de la guerra y los analistas británicos y polacos habían conseguido descifrar el código, los aliados pudieron enterarse de que la operación había tenido el éxito esperado. Así que también pusieron su alfiler en su mapa.

La misión de Eidenbaugh comportaba numerosas operaciones de bajo nivel, de manera que, cada vez que recibía un mensaje en código Limelight, volvía a fastidiar a los *schleuhs*. Pero con delicadeza, con mucha delicadeza. Un poste de teléfonos derribado. Unos cuantos clavos por el suelo para reventar las ruedas del vehículo de reparaciones telefónicas. El ocasional árbol caído en el camino que provocaba la detención de toda una columna de abastecimiento mientras las tropas del convoy se veían obligadas a inspeccionar los alrededores nevados, no fuera que los esperase alguna



sorpresa desagradable. Pero no, no había emboscada, sólo un árbol que servía para mantener a los alemanes nerviosos, ocupados, frustrados. Ese invierno, más que nada lo que sufrían eran bromas, bien calculadas para evitar que se tomaran represalias contra la población civil. Los *maquis* de Cambras volaron los *coeurs d'aiguilles*, las agujas de metal que permitían a una locomotora pasar de un carril a otro. Empleando barras de hierro, habían separado los rieles para hacer descarrilar a la locomotora, hundiendo cientos de durmientes. Pero, además, habían colocado una carga explosiva en el vagón grúa que debía acudir a reparar los daños. Una carga pequeña nada más, pero suficiente para dañar una de las ruedas y obligar a ese enorme aparato a permanecer fuera de servicio por una semana.

De igual modo, bajo el escrutinio de Eidenbaugh, habían reclutado a nuevos miembros. Al reunirse por segunda vez en un hotel entre Belfort y Épinal, Ulysse había modificado la misión KIT FOX, liberando a Eidenbaugh de la labor de montar una red de mensajeros, un *courrier*. Asignarle esa tarea había sido un error: Eidenbaugh ya contaba con todo lo necesario para manejar su propio grupo y para encontrar y entrenar a nuevos *maquisards*.

Entre sus reclutas se hallaban toda clase de individuos.

Había unos cuantos soldados de fortuna (los denominados *condottieri* en la jerga de la inteligencia), es decir, antiguos criminales que esperaban enriquecerse a partir de las oportunidades surgidas en tiempos de guerra. También participaban ciudadanos comunes que se habían mantenido alejados de la lucha hasta que vieron claramente hacia dónde soplaban el viento y decidieron entrar en acción antes de que fuese demasiado tarde. Sabían que, una vez acabada la guerra, su trabajo para el sistema clandestino sería tomado en cuenta profesionalmente. Eran los llamados (no sin desprecio) *naphtalènes*, los naftalinos. Por su parte, los *maquis* de Cambras, que formaban el grupo original de la zona, se paseaban orgullosos con el cigarrillo entre los labios, los ojos entrecerrados y las Sten colgadas en diagonal sobre la espalda, al estilo montañés.

El estilo montañés. Era mejor porque quedaban las manos libres, lo que permitía avanzar con mayor desenvoltura por los complicados senderos, era mejor para montar a caballo o en mula, y era mejor porque allí siempre se había hecho así, desde que los antepasados de los aldeanos decidieran colgarse sus mosquetes a la espalda para ir a la batalla como *chasseurs*, tropas de montaña en la Grande Armée de Napoleón. Y ahora, en 1944, volvían a luchar contra los alemanes.

En las montañas había que aprender rápido. Los nuevos reclutas, instalados en jergones repartidos por las casas del pueblo, eran verdaderos patriotas y, con certeza, gente valiente. Por desgracia, provenían de las tierras bajas y no sabían desenvolverse en los bosques de la alta montaña, con las súbitas ráfagas de nieve, o la neblina blanca que podía dejar a un hombre prácticamente ciego. Había que entrenarlos y los *maquis* de Cambras se mostraron encantados de hacerse cargo de la misión.

Un día de finales de enero, Daniel Vau y la Brebis se fueron con dos de los nuevos reclutas, Christophe, el sobrino de un viejo lunático que se había construido una casa en una de las montañas vecinas, y Fusari, un corso de piel oscura proveniente de St. Dié. El objetivo consistía en enseñarles algunas tradiciones propias de las montañas, así como familiarizarlos con la red de senderos trazados por los corzos, que se extendían entre el camino y el pueblo. Era un día diáfano y frío, con un cielo resplandeciente; una espléndida mañana para pasar en el bosque, así que Daniel Vau y la Brebis se lanzaron sendero abajo a gran velocidad para poner a prueba la resistencia de sus pupilos, con lo cual no tardaron en perderlos de vista. Era una buena lección, obligarlos a batirse por sí solos. En esa región había que aprender a ser mitad cabra si uno quería seguir con vida. Así, los dos *maquisards* se deslizaban con fluidez por un tramo, para luego esperar un rato la llegada de los dos reclutas, sin aliento y con la cara roja. Justo cuando reaparecían, Daniel anunciaba «fin del descanso: hora de partir nuevamente» y volvía a ponerse en marcha, forzando a los novatos a arreglárselas como podían para seguirlo, con los músculos temblorosos por el esfuerzo.

El oficial alemán —nadie llegó a ver su rango— aprovechaba su día de descanso para dedicarse a la observación ornitológica. Daniel y la Brebis alcanzaron un recodo del sendero y se lo encontraron en compañía de un aburrido sargento, posiblemente su chófer, apoyado contra un árbol, concentrado en limpiarse las uñas mientras su superior miraba a las alturas con un par de binoculares e iba consultando su guía de pájaros de los Vosgos del Sur. Buscaba una especie de halcón que solía dejarse ver por la región y al que los lugareños sólo le prestaban atención en la medida que competía con ellos por la captura de las liebres. Los dos alemanes y los dos *maquisards* se descubrieron de forma casi simultánea y durante un largo segundo los cuatro permanecieron congelados, sin que ocurriera nada. A cada uno de ellos le llevó un rato darse cuenta de que se hallaban en presencia de sus enemigos porque se hallaban en medio de pasatiempos inocentes. Sencillamente, ese día no estaban de guerra. En realidad, tampoco era tan raro encontrarse a un chico

y una chica franceses en la montaña, y todo podría haber salido bien, de no ser por las Stens. El oficial, a un costado del sendero, tenía una mejor vista a través de los pinos y se fijó en las armas. No tardó mucho en entender con toda exactitud de qué se trataba.

Los momentos que siguieron podían haber sido extraídos de una comedia: el oficial dando manotazos a la funda de su cartuchera; el sargento, que, en su intento de coger su fusil, apoyado contra un árbol, lo había derribado y Daniel y la Brebis, que lo tenían más complicado, intentando echar mano de sus armas, colgadas a la espalda. Pero les llevó una cantidad de tiempo irremediablemente larga. De hecho, nunca lo consiguieron. El oficial extrajo su pistola, le quitó el seguro con el pulgar y les descerrajó un tiro a cada uno, antes de echar a correr ladera abajo seguido al galope por el sargento, que arrastraba su fusil por el suelo, colgando de la bandolera.

Jristo oyó los disparos y se arrojó a un lado del sendero con el pecho por delante y la ametralladora apuntando en dirección al lugar del que provenían los tiros. A Fusari no conseguía verlo. Desde allí percibió los ruidos de los alemanes en fuga y una serie de quejidos. Le llevó un minuto poner las cosas en orden: alguien había disparado y alguien más había salido huyendo. Dado que los que huían lo hacían ladera abajo, hacia el camino, dedujo que se trataba del enemigo y que los quejidos debían de ser de Daniel o de la Brebis. Uno de ellos, o ambos, había recibido un disparo.

Ambos. Dando un amplio rodeo, se aproximó por un lado a la escena. Fusari apareció desde la dirección opuesta casi al mismo tiempo. Jristo señaló el sendero y Fusari se lanzó a correr en esa dirección, veloz y ágil. Jristo se percató enseguida de que no era la primera vez que se veía en una así.

La guía de pájaros de los Vosgos del Sur reposaba abierta sobre el suelo, junto a la Sten de Daniel Vau. Un poco más allá yacía el propio maquis sobre el vientre, con una mirada suplicante a Jristo: «Por favor, ayúdame». La Brebis tenía peor aspecto, tumbada de espaldas, la cabeza hacia atrás, sobre los pies de Daniel, retorció las piernas con lentitud y soltaba patadas al aire como un cachorro recién nacido. Con ambas manos se cubría la cara y se quejaba en voz baja cada pocos segundos.

—Preocúpate de ella —dijo Daniel.

—¿Estás malherido?

Él sacudió su cabeza, no lo sabía.

—Me está aplastando las piernas. Me deben haber herido por ahí abajo.

—¿Hay algún doctor en el pueblo?

—Una matrona.

Rodeó a Daniel, se arrodilló junto a la Brebis y, con cuidado, le retiró las manos de la cara. Estaba muy mal. Había recibido el disparo en pleno rostro, justo por debajo de la nariz, a un lado. Un colgajo rojo de carne sobresalía de un orificio hinchado rodeado de una aureola azulada por fuera. De pronto, cogió a Jristo por las muñecas y tosió entre arcadas. Él se dio cuenta de que la chica se estaba atragantando con su propia sangre, así que, liberando una de sus manos, le sostuvo la cabeza.

—Gracias —dijo ella con una exhalación.

—¿Puedes escupir la sangre?

La chica lo intentó, sin resultados, y un hilo de saliva roja quedó colgando de su labio inferior. Liberando su otra mano, Jristo le limpió la boca y a continuación enjugó las lágrimas que bajaban de sus ojos.

—Es la herida —dijo ella—. Yo no lloro.

—Lo sé.

Con mucho cuidado, le abrió la boca. En el paladar sobresalía una elevación. Tanteando, buscó con delicadeza entre los cabellos de la nuca en busca del orificio de salida, pero no halló nada. Sólo Dios sabía dónde se hallaba alojada esa bala.

Jristo cayó en la cuenta de que Fusari estaba de pie junto a él, respirando pesadamente.

—Se han ido —explicó—, he oído el coche arrancar.

Jristo asintió. Eso significaba que dentro de una hora, o tal vez menos, regresarían con tropas. Se dirigió entonces a Daniel:

—Mira, no quiero moverla. ¿Te está aplastando las piernas?

—No siento nada.

—¿Puedes mover los pies? ¿Los dedos de los pies?

—No.

Su corazón se vino abajo. Fusari soltó una maldición en voz baja.

De la parte alta del sendero llegaron ruidos de pisadas. El ruido de los disparos debía haber llegado hasta ellos: el aire frío transportaba el sonido tan bien como el agua.

Lucien, el americano, y Gilbert aparecieron a la carrera instantes después. El primero estaba pálido y tembloroso. Gilbert llevaba consigo una Sten y un viejo libro ajado y sin tapas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Lucien, jadeando.

Daniel se lo contó.

La Brebis dejó reposar su cabeza en los brazos de Jristo. Un lado de su cara se había hinchado hasta tal punto que su ojo derecho no era más que una

simple ranura. A medida que los conductos heridos se iban inflamando, cada vez se le hacía más difícil respirar.

Gilbert buscaba en las páginas del libro, un viejo manual de medicina que hacía años corría por el pueblo y que normalmente se consultaba para reparar huesos rotos y tratar quemaduras. Jristo le preguntó:

—¿Dónde hay un médico?

—En Épinal.

—Será mejor que vayas a buscarlo —le dijo Jristo. La Brebis se estaba muriendo.

En ese momento habló Lucien:

—Tenemos que llevarlos nosotros allí.

—No —replicó Gilbert—. Imposible. Los *schleuhs* van a estar por todas partes. Y no tardarán en aparecer por aquí. Ya han visto las Stens.

—¿Dónde está el camión? —terció Lucien.

—Junto al aserradero, al otro lado del camino.

—¿Tiene gasolina?

—Un poco.

—Vamos.

—Pero ¿es que no me has oído? —preguntó Gilbert.

—No importa. Iremos igual. Christophe y Fusari, llevaréis a la Brebis. Gilbert y yo os seguiremos con Daniel.

—Lucien —replicó Gilbert, ofuscado—, nos cogerán a todos.

—No, no lo harán.

Entonces intervino Daniel:

—Lo siento mucho, Lucien. Nosotros no...

Permanecieron a la espera mientras Lucien corría hacia el pueblo para advertir de la llegada inminente de los alemanes. Los *maquis* que estaban allí junto con los nuevos reclutas cogieron las armas, la munición y se perdieron en las montañas. No le dijeron nada a Alceste Vau sobre la herida de su hermano. Seguramente habría pedido acompañarlo a Épinal y ya eran muchos para el viejo camión. Cuando Lucien regresó, cargaron a los heridos sendero abajo, recorrieron el camino y los depositaron con cuidado en la caja del vehículo. Se cubrieron todos con una gran lona mientras Gilbert conducía solo en la cabina.

La ruta de bajada se hizo eterna. Los frenos eran casi totalmente inservibles en las pronunciadas curvas y, cada vez que Gilbert reducía una

marcha, los engranajes rechinaban y amenazaban con hacer saltar la transmisión. El camión se balanceaba y no paraba de dar botes. Jristo viajaba tumbado de costado bajo la oscuridad creada por la lona, intentando evitar que la cabeza de la Brebis se zarandease por la inercia, aunque era una batalla perdida. Al comienzo, ella se quejaba cada vez que Gilbert reducía. Pero, según avanzaban hacia el valle, dejó de moverse. Jristo notaba que su piel se iba enfriando. «Habrà que dejarla morir», pensó. Su entrenamiento le había enseñado que era necesario sacrificar a uno para salvar a otros. Si eso no se tenía en cuenta, se ponía en peligro la vida de todos los demás.

Pero era una decisión de Lucien, así que se dio la vuelta hacia él y levantó la voz por encima del rugido que soltaba el motor:

—Lucien, la Brebis se está asfixiando. No creo que lo logre.

La voz de Lucien tardó en responder.

—¿Estás seguro?

—No. Pero está muy fría.

—Podría ser la conmoción.

—Podría ser, sí. Pero creo que tiene la tráquea cada vez más obstruida.

Al ver que la respuesta de Lucien no llegaba, intentó ayudarlo a tomar una decisión.

—Aún podríamos intentar salvar a Daniel, si seguimos.

—No —exclamó Lucien y, gateando sobre la plataforma del camión, salió de debajo de la lona y comenzó a golpear la luna trasera de la cabina. Gilbert aminoró la velocidad (notaron cómo iba pisando el freno) y se detuvo a un lado del camino, sobre la hierba. El camión quedó inclinado en un ángulo peligroso, mientras Gilbert seguía acelerando el motor para evitar que se parase. Del otro extremo del camino apareció un camión militar lleno de soldados alemanes que pasó volando junto a ellos, sin prestarle ninguna atención a ese vehículo de campesinos aparcado a un lado.

—Sosténle la cabeza —ordenó Lucien.

Jristo acunó la cabeza de la chica en su regazo y la cogió con una mano a cada lado. Fusari se acercó gateando y levantó la lona para que hubiera luz. De su bolsillo, Lucien sacó una estilográfica barata y desenroscó las dos mitades. Acto seguido, le arrancó el plumín y con un cuchillo alisó lo mejor que pudo el extremo. Con los bordes de la camisa, limpió la tinta del tubo que había fabricado. Jristo vio que le temblaban las manos.

—¿Preparado?

Jristo asintió.

—Ábrele la boca.

Jristo le separó las mandíbulas. Podía ver la frente sudada de Lucien, mientras introducía el índice de la mano izquierda en la boca de la Brebis para aplastarle la lengua. Cuando metió a presión el tubo al fondo de su garganta, el dolor sacó a la chica del aturdimiento y soltó un grito. Fue un sonido ronco, entrecortado por borbotones, que hizo temblar a Jristo. Lucien sacó la mano llena de sangre.

Sin perder tiempo, volvió a darle un par de golpes a la cabina y Gilbert puso de nuevo el camión en marcha, al tiempo que Fusari se encargaba de extender la lona. Volvían a estar a oscuras. La Brebis intentó llevarse la mano a la boca, pero Jristo la retuvo firmemente de la muñeca.

—Respira, sólo respira —le susurró al oído—. ¿Puedes hacerlo?

Pasado un momento ella movió lentamente la cabeza para asentir.

Una vez en Épinal, oyeron el sonido de otros vehículos y los timbres de las bicicletas. El camión avanzaba más despacio, brincando sobre los adoquines de las calles. Finalmente, Gilbert dio la impresión de que iba a aparcar, aproximándose con lentitud hacia el bordillo. Pero súbitamente volvió a ponerse en movimiento con el máximo de potencia que permitía el viejo motor. Jristo soltó a la chica y empuñó su ametralladora.

Pero no ocurrió nada. El camión siguió avanzando unos minutos más, hasta detenerse del todo. Jristo levantó un poco la lona para echar una mirada. Se encontraban frente a la estación de trenes de Épinal. Al otro lado, Fusari también intentaba ver dónde estaban. Contó que Gilbert estaba entrando al Hôtel de la Gare que, como bien sabía Jristo, solía encontrarse frente a la estación ferroviaria en casi todos los pueblos de Francia. Pocos minutos después, Gilbert volvió a aparecer y, de pie junto a la caja del camión, habló en voz baja.

—Había un coche de la *geste* aparcado frente a la consulta del doctor. Ya saben que hay heridos de bala. Lo que haré será conducir el camión hasta la parte de atrás del hotel. Una vez que me detenga allí, tenéis que actuar rápido y llevarlos adentro.

El camión enfiló por un estrecho callejón, dio la vuelta a una esquina y se detuvo. Enseguida levantaron la lona y vieron a dos hombres vestidos de traje negro, cada uno con una pistola. Jristo no tardó nada en quitarle el seguro al arma y apuntar.

—¿De qué va esto? —preguntó Lucien.

—Son chulos —le contestó Gilbert, subiendo a la plataforma del camión para ayudar con los heridos—. Es el burdel de Épinal, el único lugar al que puede venir el doctor sin que le hagan preguntas. Ya han enviado a una de las chicas a buscarlo.

Cargaron a la Brebis y a Daniel a través del pequeño bar junto a la recepción y los llevaron a la planta superior, a una habitación lúgubre con las paredes empapeladas en tonos pálidos. Un hombre con bigotes y en calzoncillos largos saltó de la cama cuando entraron en la habitación.

—¡Pero qué ocurre aquí! —exclamó.

—¿Qué tal si sale a dar un paseo? —le dijo uno de los chulos mientras le enseñaba la pistola—. Estamos haciendo esto por Francia.

Una robusta mujer vestida con una bata apareció en el momento en que depositaban a los heridos sobre la cama revuelta. Sin decir palabra, le entregó a su cliente un fajo de billetes de diez francos. Pero el hombre estaba decidido a no perder su dignidad, ni siquiera en calzoncillos:

—¡Jamás! —contestó con gran solemnidad, y, tras volver a poner el dinero en la mano de aquella mujer, saludó con cortesía y salió de la habitación.

\* \* \*

Febrero en las montañas era como una isla idílica: lejos del transcurso del tiempo, sin vida, inerte. La nieve lo mojaba todo, hasta las ramas de los pinos. Era un lugar en el que el viento moría y el agua se convertía en hielo perfectamente cristalino.

En Cambras, Jristo Stoianev se comportaba de forma reservada. Vivía como el resto de la gente del pueblo, a base de rábanos y nabos. A veces había pan. La mayoría de los reclutas habían sido enviados a casa con instrucciones de regresar en marzo, porque la comida almacenada no alcanzaba para todos. Pero a Jristo y al corso Fusari se les pidió que se quedaran.

Los disparos recibidos por la Brebis y Daniel Vau continuaron causando impacto en Cambras, y no de la mejor manera. Ambos habían sobrevivido, algo que todo el mundo agradecía. Daniel, sin embargo, había sido herido en la columna y nunca más volvería a caminar, cosa que la joven esposa de Gilbert se tomó muy mal. Como todo el mundo suponía, ella había sido su amante y ahora no hacía nada por disimular el desconsuelo que esa pérdida le causaba. La situación alteró la vida doméstica de Gilbert hasta un extremo tan



doloroso que se rumoreaba que había tenido que cambiar de cama y ahora tenía que dormir con la extraña chica que hacía de sirvienta en la casa.

Aquel día en el Hôtel de la Gare, el doctor había llegado a los pocos minutos: un *professeur* de cabello blanco ataviado con un anticuado chaleco de seda bajo el traje. Había logrado remendar a la Brebis lo mejor que había podido y luego había enviado a ambos heridos a un convento en las cercanías de Vittel, a unos treinta kilómetros, donde procedió a operar a Daniel Vau. Ambos se habían quedado allí y, según informaban, se iban recuperando tan bien como era de esperar. La familia de la Brebis, el clan Bonet, no dejaba de mascullar sobre la venganza que realizaría en su nombre. Gilbert y Lucien eran reacios a atacar de esa forma a los alemanes, ante el temor de lo que pudieran hacerle al pueblo. El asesinato de un solo soldado alemán en otro pueblo de Francia había dado pie a la matanza de más de cien civiles. Era un precio muy alto por el honor de los Bonet.

Pero la inactividad no podía durar indefinidamente y un día, al caer la tarde, apareció en Cambras un francés aristocrático: alto, con cara de halcón, el pelo plateado y, pese a que aún era febrero, vestido con un fino chaquetón sobre los hombros a modo de capa. Se hacía acompañar por un guardaespaldas llamado Albert, un hombre de mirada vigilante con el lacio pelo castaño peinado con raya al medio, bigote de camarero y ojos del color del mar en invierno. Llevaba una escopeta de cañón recortado, arma jamás vista anteriormente en el pueblo (¿qué clase de pájaros se podía cazar con eso?) y una pistola Walther encajada en una cartuchera bajo el sobaco. *El Asesino* lo llamaban cuando no estaba cerca. A Jristo le recordó su pasado.

A esas alturas de febrero, ese pasado le parecía la vida de otro hombre. Con la guerra en Rusia, pensó, ya deben haber muerto todos. Sasha, Drazen Kulic y todos los demás de la calle Arbat. Tal vez Ilia seguía con vida. Él siempre encontraba la forma de sobrevivir. Y prefirió pensar que Voluta continuaba su existencia en alguna parte: era como el aire, difícil de atrapar y, por lo mismo, difícil de matar. ¿Qué pensarían ellos, reflexionó, de ese americano que se hacía llamar Lucien? Porque, con toda certeza, no era francés. No existía ningún francés que caminase de esa forma, con esas zancadas sueltas y el cuerpo inclinado hacia adelante. Tampoco era británico. No, no tenía cara de británico, con esa extraña y reflexiva quietud. Se parecía a lo que el propio Jristo había sido alguna vez: un oficial de inteligencia enviado, sin duda, a organizar y orientar la resistencia contra los alemanes. Y tenía más o menos la misma edad. Y sin embargo era tan diferente. Su entrenamiento había sido distinto; enfocado desde otro ángulo. No se

asemejaba en nada a Sasha Vonets, a Yáshcheritsa o a Ozunov. Tampoco era como Roddy Fitzware.

A ojos de Jristo, el hecho que lo había convertido en alguien peculiar fue su decisión de salvarles la vida a los dos aldeanos. No es que hubiese puesto en riesgo su vida (eso era algo que se podía esperar), sino que había puesto en riesgo su misión. Y eso sí que era inesperado. Además era una equivocación, un error. Pero era la naturaleza de ese error la que despertaba la curiosidad de Jristo. El componente humano que entrañaba; la compasión, entremezclada con la agresión, le recordaba a Faye Berns, alguien que podía ser sentimental por un rato y a continuación mostrarse totalmente práctica. Jristo había creído que se trataba de su personalidad, pero ahora comprendía que en realidad ella era parte de una clase de personas, dentro de la cual también se podía incluir a Winnie Beale. Él sabía que, sin pensárselo dos veces, había llevado a cabo un acto totalmente altruista que podía haberle costado la vida: una niñata ricachona que en un arrebato de valentía y desprendimiento había empuñado una ametralladora. Era una combinación atractiva, muy seductora, aunque en el caso de Lucien no dejaba de preguntarse cómo era capaz él de conciliar todo esto con las crueles exigencias del trabajo de inteligencia.

A los ojos ya experimentados de Jristo, el aristócrata francés parecía ser el jefe de Lucien, lo cual no era tan inusual. De hecho, su experiencia como extranjero al servicio de otro país servía para confirmarlo. Durante los tres días que aquel hombre permaneció en el pueblo pasó la mayor parte del tiempo apaciguando a algún miembro de la familia Bonet, explicándoles las consecuencias que podía acarrear la venganza. Pero también se acercó a Jristo y estuvo charlando con él en diversas oportunidades, aunque siempre de asuntos generales, hasta que en una ocasión lo invitó a tomar un coñac en casa de Gilbert. Cuando Jristo apareció allí después de una cena a base de nabos descubrió que Gilbert y su familia se encontraban ausentes, al igual que Lucien.

El coñac era una bendición del cielo. La mayoría de sus noches en la montaña las había pasado arrimado a un fuego, pero ésta era la primera vez en muchas semanas que su cuerpo entraba en calor por los dos lados. El ambiente en casa de Gilbert era íntimo. La única luz era la de las llamas, una lumbre de buen tamaño (Gilbert nunca escatimaba madera) que se reflejaba en las pequeñas ventanas de cristal cubiertas de flores congeladas. Jristo fue sorbiendo el coñac del aristócrata y se abandonó al calor que fluía por su cuerpo. Entonces el francés sacó una petaca del bolsillo y lió dos cigarrillos: el olor le llegó a Jristo de inmediato. *Majorka*. Tabaco negro, fuerte, con un

aroma inconfundible. Sin decir nada, el hombre le pasó un cigarrillo y un mechero de oro.

—¿Le gusta?

—Ya lo creo.

—Como en casa, ¿eh?

Jristo fue a sentarse frente al fuego y permaneció allí con la vista fija. Siempre había tenido la certeza de que algún día le ocurriría esto: alguien lo presionaría para que contase quién era. Nunca sería considerado francés, a lo más por algunos aldeanos, pero nunca por alguien con un poco de mundo. Y uno tenía que ser alguien, pertenecer a un lugar, tener alguna nacionalidad. «Incluso en el cielo —pensó—, donde san Pedro espera junto a las puertas como un guardia fronterizo». Se dio cuenta de que estaba enojado, no tanto por el francés como por las circunstancias de su propia existencia. Por un instante fijó sus ojos en los del aristócrata y de repente cayó en la cuenta de que no había venido a Cambras para tranquilizar al clan de los Bonet, sino para descubrirlo a él. «Muy bien —se dijo—, lo vas a saber».

—No soy ruso —contestó sosteniendo el cigarrillo de *majorka* un poco en alto, para darle a entender que ya comprendía por dónde iba su táctica.

—¿No?

—No. Soy de Bulgaria. Un territorio que ha estado en posesión de Turquía durante siglos, que ahora es aliado de Alemania y que, de un momento a otro, pasará a pertenecer a otro. Es el bastión contra el Islam al sur de Europa del Este. Es un país vecino y con frecuencia enemigo de Grecia, vuestro aliado conquistado. Siempre ha sido ansiado por Rusia, vuestro aliado, que aún no ha sido conquistado. Rumanía, su vecino de la parte norte y a veces enemigo, estuvo hasta hace poco bajo los intereses británicos, pese a que la clase dominante rumana normalmente se fija en Francia en lo cultural y en esta guerra se ha puesto del lado de Alemania. También forma parte de los Balcanes. De hecho, la zona suroeste del país siempre ha tenido debilidad por «Macedonia» (dividida entre Grecia y Yugoslavia), un país actualmente ocupado por Alemania con la colaboración entusiasta de la minoría croata, excepto por aquellos croatas que son comunistas y luchan con Tito, hijo de padre serbio y madre croata. Y sí, me gusta bastante el tabaco.

El aristócrata asintió con la cabeza, dando a entender que acababa de confirmar algo.

—Usted, señor, tiene algo de político.

—La verdad, señor, es que soy muchas cosas. Pero gracias a Dios, nunca he sido político.

El hombre soltó una carcajada de aprecio y luego se reclinó hacia adelante:

—No estoy aquí para interrogarlo y tampoco lo estoy acusando. Sólo estoy interesado por la política más inmediata, no por la que tiene lugar en los Balcanes. Debe usted entender que en Francia hay varios movimientos de *résistance*, el católico, el comunista, el gaullista, incluso están los que quieren restaurar la monarquía de los Borbones. Todos estamos unidos en una causa común contra los alemanes, pero se acerca el día en que el futuro de este país tendrá que decidirse. Quienes salgan más fortalecidos del conflicto serán los que lo decidan. Los *maquis* de Cambras son una unidad de corte gaullista, bueno, si se puede llamar así. Pero si usted prefiriese estar en un contexto político diferente, en ese caso se pueden arreglar las cosas, y nadie quedará ofendido. ¿Qué me dice?

—Mi guerra es ésta de aquí —replicó Jristo. Como buen conocedor de trampas, podía decir que ésta era una de las más suaves que le habían puesto nunca.

—Bien. Seguro que será de gran ayuda. Así que, ¿qué tal otro coñac?

—Gracias, cómo no.

—En alguna ocasión debería contarme su historia.

—Creo que le parecería interesante —comentó Jristo.

Se entretuvieron bebiendo coñac unos momentos. A Jristo la habitación se le hizo deliciosamente cálida.

—Esta guerra —dijo el aristócrata— parece hacerlo feliz.

—Eso es verdad —reconoció Jristo.

—¿Por qué?

—Hace ya mucho que el mundo cambió todos mis parámetros. Pero ahora el propio mundo se ha puesto del revés, así que, por el momento, el mundo y yo nos entendemos.

—Pero eso algún día acabará.

—Algún día.

—¿Y entonces qué hará?

—No lo sé. No pienso en ello. Por ahora, un hombre con un arma puede ser lo que quiera. Con algo de suerte, ya estaré muerto para cuando el mundo regrese a su posición normal.

El aristócrata lo miró a los ojos, reflexionando.

—No creo que hable en serio.

Jristo suspiró.

—Tiene usted razón. No hablo en serio.

—No abandone la esperanza —dijo el aristócrata—. Con el tiempo todo ocupará el lugar que le corresponde.

Le pasó a Jristo lo que le quedaba de tabaco y se puso de pie para arrojar un leño al fuego. Jristo lo interpretó como una señal y después de charlar un rato se retiró.

De regreso a la casa donde dormía atravesó la minúscula plaza embarrada de Cambras. Era una noche clara y el suelo congelado tenía la dureza de una roca. Alzó la cabeza para mirar las estrellas, que brillaban como diamantes sobre el paño negro de la noche, y se preguntó qué habría querido decir el francés con eso de que «con el tiempo todo ocupará el lugar que le corresponde». Seguro que tenía un significado.

\* \* \*

El deshielo comenzó a finales de febrero y en las montañas todo se convirtió en barro con las tormentas. En Épinal, un estudiante de nombre LeBeq fue sorprendido escribiendo consignas sobre una pared. Lo detuvo la Gestapo y fue sometido a torturas. Para hacer creer a sus camaradas que había confesado, y conseguir así que salieran de sus escondites, lo liberaron al poco tiempo. Volvió a casa, con su familia, incapaz de pronunciar una palabra. Al día siguiente, se acercó a un coche de la Gestapo que estaba aparcado en la plaza principal y le clavó en el pecho un cuchillo de carnicero (la hoja entera y medio mango) al conductor. El otro oficial se inclinó en su asiento para descerrajarle varios tiros al estudiante. Pero el muchacho estaba poseído por la fuerza de un loco y consiguió caminar varias manzanas hasta la consulta del médico, para caer derribado y morir frente a la puerta. De inmediato fueron apresadas varias personalidades: diez hombres y mujeres acabaron colgados de la hilera de plátanos que flanqueaban la avenida principal. El médico que había atendido a Daniel y la Brebis fueron dos de ellos. También acabó allí el cliente de la prostituta que por casualidad se encontraba en el Hôtel de la Gare aquel día. El 1 de marzo, los amigos de LeBeq tendieron un alambre de un lado al otro del camino que pasaba bajo Cambras y decapitaron casi por completo a un mensajero motorizado que no iba con la cabeza agachada sobre el manillar.

A su vez, esta acción provocó la incursión de un pelotón de tropas junto a unos cuantos oficiales de la SD que se dedicaron a rastrear los senderos que conducían a Cambras. Nadie podía ser tan tonto como para cometer un asesinato así a las puertas de su propia casa (los *maquis* de Cambras sospecharon de algún grupo rival de la resistencia que estaba envidioso de su

armamento: no le enviaban cargamentos en avión a cualquiera), aunque como toda investigación policial adolece de cierta inercia, un especie de lenta torpeza, tampoco había que descartar de buenas a primeras al dueño de la casa.

Apostado al otro lado del camino, Vigie, que observaba a los oficiales de la SD conferenciar a los pies del sendero que conducía a Cambras, comenzó a dudar de que pudiera rodearlos y adelantarse a ellos, para advertir a los del pueblo. Colocó el selector de fuego de su arma en semiautomático y soltó un disparo por encima de la tropa. De inmediato se desencadenó una frenética cadena de llamadas de radio y un intenso *ratissage*, pero Vigie logró escabullirse por el bosque como un fauno y el rastreo emprendido por las tropas sólo arrojó como resultado unos cuantos tobillos alemanes torcidos y un importante gasto de munición contra la vegetación circundante. Y el jaleo fue más que suficiente para poner sobre aviso a los *maquis* en Cambras, que desaparecieron por las montañas arma en mano.

Ulysse se enteró de todo el asunto a través de sus propias fuentes. El desenlace final de la pintada de LeBeq en la pared significó que Lucien fue relevado de Cambras. La misión KIT FOX estaba a punto de comenzar una nueva fase y Ulysse olió que en Épinal habría muchos problemas. «Debe ser el deshielo —pensó—, que ha fundido los bloques de nieve y el autocontrol. Por eso han aflorado las pasiones, que han permanecido comprimidas durante el invierno». En último término, KIT FOX no era una campaña de guerrilla, sino una misión de sabotaje. Entre los mandos existía cierta sensación de que las operaciones a gran escala con partisanos, tal como habían hecho los rusos contra los invasores alemanes, provocarían un baño de sangre capaz de eliminar a muchos alemanes de baja graduación, a cambio de buena parte de los líderes de los *maquis*. No era algo que estuviese del todo descartado, pero era preferible dejarlo para la semana de la gran invasión, si alguna vez se llegaba a realizar.

Bajo las órdenes de Ulysse, Lucien se convirtió en el guía habitual del paso de Belfort, una antigua y tradicional ruta de ataque hacia el Rin, entre los Vosgos franceses y la Selva Negra alemana. Dos ciudades, Belfort y Basilea, el punto fronterizo franco suizo, se ubican en cada extremo de este corredor entre las montañas como un par de leones custodiando un palacio. A comienzos de la primavera de 1944, los estrategas de los servicios de inteligencia tenían un objetivo que conducía a todos los restantes: el alto mando alemán debía tener

su mira sobre cada punto crítico de Europa que pudiera servir a los aliados para lanzar la invasión. Estaba la ruta de los Balcanes, la ruta italiana, las playas del sur de Francia (que conducían al paso de Belfort) y las playas del norte de Francia. Cada zona debía dar muestras de elevados niveles de sabotaje: daño de bienes estratégicos que, una vez reparados, fuesen dañados otra vez. Justo el tipo de cosas que ocurren antes de que aparezca una flota en el horizonte.

El equipo de Lucien incluía a Jristo, Fusari y Vigie, cada uno elegido por Ulysse por alguna razón distinta. Jristo, porque Ulysse quería mantenerlo vigilado. Últimamente se había hecho obvio que tenía un considerable conocimiento del oficio, y compartía las tareas de formación con Lucien. Fusari fue designado jefe de seguridad y guardaespaldas, el matón oficial. Oscuro y sospechoso, su aspecto le venía perfecto para su función. De hecho, en el pasado había tenido conexiones con la Unión Corsa. Siempre estaba grabando una «X» en la punta de cada bala de 9 mm para agregarle un efecto expansivo al proyectil. Si al penetrar tenía el tamaño de una uña, al salir dejaba un boquete como la circunferencia que forman el pulgar con el índice. Como muchos criminales profesionales, era violentamente patriota y su único deseo era joder a los alemanes cuanto fuera posible. Por otra parte, le había dejado claro a Ulysse que si era necesario secuestrar a un directivo bancario o interceptar los pagos de algún salario, él estaría encantado de poner a su disposición toda su sabiduría y experiencia.

En cuanto a Vigie, hacía ya mucho que Ulysse había reconocido sus especiales cualidades. Aparentaba menos de los dieciséis años que tenía y poseía la inocencia impoluta de un monaguillo. Podía ir a cualquier parte sin desentonar con el ambiente. Una mentira sonaba en sus labios como un himno. En pocas palabras, el perfecto observador. Poseía además un misterioso don con las mujeres: lo que ellas hacían con Vigie apenas se podía considerar una infidelidad, pero cuando regresaba de sus incursiones nocturnas, volvía cargado de las más variadas confesiones de alcoba. Dicha información no era de especial utilidad para la inteligencia aliada, aunque podría llegar a serlo, pero sí servía para mantener animado al personal. Así que Vigie gozaba de privilegios especiales concedidos por Ulysse, a diferencia de los otros tres. Esto los hacía despotricar contra su líder, al que llamaban la Madre Superiora, aunque el sentido de todo esto saldría a relucir más tarde de forma realmente desagradable.

Cual sabios itinerantes de épocas pasadas, la unidad atravesaba las rutas secundarias de la campaña de Belfort. Era un trabajo duro y aburrido, carente

de *glamour* y muy peligroso. Había jóvenes franceses que colaboraban con los alemanes organizados en una *milice*. Esa gente se encargaba de coordinar redes informales de espionaje e informadores que no deseaban ser vistos colaborando con el enemigo. Cada uno tenía sus propias razones (muchas veces eran, por desgracia, buenas razones) para llegar a algún acuerdo encubierto con *la geste*, lo que aumentaba enormemente las posibilidades de ser traicionado.

Pero la misión de la unidad de Lucien era de una importancia decisiva. Los conocimientos que proporcionaban convertían a simples hombres y mujeres en afiladas armas contra la infraestructura de la ocupación. Si uno sabía lo suficiente para cortar el cable de una toma eléctrica —tal vez mediante el uso de un paño en un extremo para no quemarse—, se podía usar cualquier enchufe de pared para fundir el sistema eléctrico de un edificio. La reparación de los fusibles podía llevar hasta media hora. Un prolongado espacio de tiempo si, por ejemplo, el edificio en cuestión albergaba a los controladores de la defensa antiaérea alemana.

Enseñaron a los trabajadores ferroviarios cómo hacer saltar una *plaque tournant*. Enseñaron a los jóvenes que si se cortaba una línea telefónica resultaba fácil hallar dónde se había producido la interrupción. En cambio, si sólo se pinchaba el cable con una chincheta era mucho más largo y difícil encontrar la intercepción. También les enseñaron a alterar el funcionamiento de las señales ferroviarias. Les enseñaron que un simple azucarillo en un tanque de gasolina podía caramelizarse en los pistones e inutilizar un motor. Y si no tenías azúcar, una patata a presión en el tubo de escape servía para bloquear el sistema de expulsión de gases. Si uno hacía además un agujero en el silenciador, podía provocar una fuga de monóxido de carbono en el compartimento del conductor. Les enseñaron a usar la ciclonita, los perdigones redondos de *plastique* (invento del biólogo Julian Huxley) que, pese a parecer simples excrementos de cabra, eran capaces de reventar un neumático de camión. Le enseñaron a los aldeanos que, si enterraban una sopera del revés, con el fondo asomando a ras de tierra, provocaría la misma impresión que una mina mal colocada y podía detener a una columna de tanques en seco mientras iban a buscar a una unidad de artificieros. Enseñaron a las operadoras telefónicas a dejar fuera de servicio un teletipo al introducir una pluma en el engranaje. Enseñaron a los peones camineros cómo volar un puente con dinamita de construcción. Cada elemento estratégico, las comunicaciones, el sistema ferroviario, las carreteras, los puentes, las fuentes de energía, tenía su punto débil y se enseñó a los franceses cómo atacarlos.



«Pero debéis esperar a recibir la señal por la radio», les advertían. Y ellos obedecían religiosamente. Observaban a las tropas extranjeras marchar por las mismas calles que habían visto nacer a sus abuelas. Cuando aparecía *la geste* mantenían la mirada baja, aferrándose a sus nuevos secretos. Y cada noche escuchaban la BBC en la radio. A la espera.

Durante este período, Ulysse adoptó el aspecto de un fantasma omnisciente. Aparecía en los momentos menos esperados, en los lugares más insólitos, de manera tan espectral que parecía oculto tras su aura. Circulaba por la zona de Belfort en un gran Bugatti de antes de la guerra, en compañía de Albert, su chófer de uniforme gris, al volante. Los alemanes daban por hecho que sólo podía tratarse de un fascista de Vichy favorecido por algún personaje muy importante. No sólo tenía el coche, también la gasolina para hacerlo andar, y su rostro con rasgos de halcón era la quintaesencia de la aristocracia gala. Si lo sometían a preguntas, desprendía esa frívola dulzura de los poderosos, comportándose de forma tan extremadamente cooperante y amable que los oficiales alemanes lo saludaban con un temor reverencial. Conocían a ese tipo de gente, o más bien, sabían de su existencia, y era recomendable no interponerse en su camino, o bien, si surgía la oportunidad, intentar causarles una buena impresión. Como habían sometido su vida a los dioses de la Autoridad, Ulysse les parecía alguien que formaba parte de ese panteón.

\* \* \*

Se aproximaron a Cabejac poco antes de la medianoche y se detuvieron a las afueras del pueblo. Vigie entró pedaleando en su bicicleta para comprobar la situación, mientras los otros tres lo esperaban sentados junto a la carretera, fumando y hablando en voz baja. Habían venido en bicicleta desde Abonne, un pueblo a casi treinta kilómetros de distancia, y estaban cansados y sudorosos. Era finales de abril, una de esas noches tibias y perturbadoras en las que el sueño se hace difícil y las pesadillas acosan.

Al levantar la vista hacia el pueblo, Jristo se sintió intranquilo. Había algo en el aire, algo como esa intuición que lleva a los animales que beben de un charco a levantar súbitamente la cabeza. Lucien, enfundado en sus pantalones y chaqueta *blue de travail*, con un viejo suéter y boina, era la viva imagen del dueño de un taller mecánico de pueblo. Sin prisa, montaba su ametralladora Sten, enroscando pacientemente las distintas partes. El uso de este arma en operaciones clandestinas se debía en buena parte al hecho de que se podía trasladar en un morral y no tardaba en montarse.

El zumbido de un bombardero volando desde el norte los sorprendió. Los tres levantaron la cabeza, pero sólo se veía el cielo nocturno iluminado por un cuarto de luna.

—Buena cacería —soltó Fusari.

—Sí, señor —apostilló Lucien, al tiempo que terminaba de enroscar el cañón de su Sten.

Durante las últimas dos semanas el cielo sobre sus cabezas se había convertido en un campo de batalla. Con la mejoría del tiempo, las operaciones aéreas de los aliados se habían intensificado (los americanos durante el día y los británicos por la noche) y las incursiones de los B-24 y de los Lancaster cada vez se adentraban más en territorio alemán para bombardear fábricas e instalaciones ferroviarias. De noche, no era raro que la ruta de vuelo seguida por los Lancaster los hiciera sobrevolar el área de Belfort. Entonces el cielo cobraba vida gracias a los reflectores y los fogonazos blancos de las baterías antiaéreas, que por un instante iluminaban la nube de humo que creaban sus propios disparos. A veces los escuadrones alemanes despegaban para atacar y el cielo era surcado por arcos de bengalas de color naranja, como grandes chispas de una hoguera. En una ocasión se produjo un gran estallido que llegó a iluminar todas las nubes alrededor: un bombardero con toda su carga había sido alcanzado. La noche siguiente habían visto el blanco de un paracaídas, que observaron en silencio mientras se hundía en el horizonte.

Vigie surgió en mitad de la oscuridad, bajando la ladera en su bicicleta con sólo un pie apoyado sobre el pedal derecho antes de detenerse acrobáticamente frente a Lucien.

—Bravo —comentó Fusari con amargura.

Vigie dijo algo en la incomprensible jerga de las montañas.

—¿Sí? —preguntó Lucien.

Vigie se encogió de hombros.

—Cabejac —dijo, y escupió.

Jristo levantó la mirada hacia la oscuridad, pero había poco que ver, sólo el perfil disparejo de los tejados recortado en sombras. Cabejac era un viejo pueblo tallado sobre los barrancos de piedra caliza que se elevaban por encima del Leul, un angosto río de montaña que iba a desembocar en el Doubs. El camino describía una curva a lo largo de una pared del barranco, luego giraba bruscamente e iniciaba un pronunciado ascenso en dirección al pueblo. Antes de subir, Fusari les había advertido que ese sitio tenía mala reputación. Reyertas entre familias. Matrimonios a la antigua: raptos, violación y luego el cura para enderezar las cosas. La gente no se separaba de sus

escopetas y había demasiados perros sueltos. De vez en cuando, un clan de gitanos acampaba junto al pueblo, pero la reputación del lugar no tenía nada que ver con ellos. «Qué más da —pensó Jristo—, tienen ganas de luchar y Ulysse ha dado su consentimiento». Además, en tiempos de guerra, todo lo que se decía sobre las extrañas amistades era verdad. «Ya veremos».

—Lucien —dijo Fusari—, ya podemos regresar a Abonne.

Lucien no dijo nada y permaneció pensativo mientras los demás terminaban de ensamblar sus Sten. Jristo había escondido la Gepisztoły en Cambras: era un arma para los *partizans* del bosque que no se adaptaba para nada a esta clase de trabajos. Observó cómo Lucien, el americano, intentaba dar con una solución. Aunque podía abortar una operación si tenía la impresión de que el viento soplabá en la dirección errada, por otra parte, no era lo que se esperaba de él.

—Vigie —susurró Lucien—, ¿has visto algo allí arriba? ¿Cualquier cosa fuera de lugar?

—No —contestó Vigie—. Nada.

Se colgó la Sten al hombro y permaneció apoyado sobre los pedales de su bicicleta, maniobrando con la rueda delantera a un lado y al otro. Pero volvía a caer sobre un pie y se levantaba para seguir intentándolo.

—Este pueblo no es que me enamore mucho —comentó Jristo.

Lucien se adelantó empujando su bicicleta.

—Con calma y poco a poco —dijo.

Vigie soltó un suspiro, desmontó de su bicicleta de un salto y comenzó a caminar empujando el manillar.

—Dicen que las mujeres de Cabejac son peludas como bestias —le confió a Jristo.

Lucien alcanzó a oírlo.

—Tú no te alejes de nosotros mientras estemos aquí, ¿vale, *copain*?

—*Boff* —fue el comentario de Vigie, renuente ante cualquier sugerencia de que no era capaz de cuidar de sí mismo.

Entraron en el pueblo, en busca de la gendarmería, el puesto de la policía militar que por tradición se encargaba de la vigilancia de los núcleos urbanos y las carreteras secundarias. Hasta ahora se habían reunido con gente de la *résistance* en cafés, escuelas, sacristías, comedores, estadios de fútbol. Esta noche tocaba una comisaría, aunque no era algo inusual.

Pero no conseguían hallarla en la parte baja del pueblo. A su paso se oían los ladridos de perros invisibles, según iban pasando delante de cada casa, todas sumidas en la oscuridad y con los postigos cerrados. Aunque era una

templada noche de abril, allí no parecía haber llegado la primavera. «Normal, es todo normal», se repetía Jristo mientras empujaba la bicicleta con una mano y apoyaba la otra en su arma, para asegurarse de que seguía allí. Se fijó en un callejón adoquinado que se internaba a la derecha, entre dos paredes altas. Había una especie de camión aparcado, pero sólo se le podía ver el morro achatado.

La calle acababa en un murallón. Giraron a la izquierda hacia una larga escalinata de peldaños blancos, ligeramente hundidos en el medio por el desgaste de siglos. Al levantar su bicicleta para subirla, Fusari soltó una maldición entre dientes. Desde lo alto del pueblo el río, abajo del todo, parecía una cinta sinuosa cuyas orillas se distinguían gracias a la espuma blanca en movimiento. Fusari le dio un toque a Jristo a la altura del codo y señaló con la cabeza hacia la parte alta de la calle, donde se podía ver una rendija de luz que escapaba desde unas contraventanas entornadas. Un cartel metálico colgaba de una barra encima de la puerta: GENDARMERÍA. Las ventanas tenían barrotes.

—Tiene que haber otro camino que baje —dijo Jristo.

—¿Por qué lo dices?

—¿Quién pondría la gendarmería al final de una escalinata? ¿O es que no tienen coches?

Fusari respondió con un gruñido despectivo. A menudo se reafirmaba como corso a través del desconcierto que le provocaban los franceses y su lógica ilógica para hacer las cosas.

La puerta de la gendarmería se abrió y apareció un hombre recortado contra la luz y el humo provenientes del interior.

—Adelante —dijo—, los estábamos esperando.

Vestía un uniforme militar de color caqui con insignias rojas y el quepis que solía asociarse con la Legión Extranjera. Ancho de hombros y de barriga prominente, dejaba ver profundas marcas de enfado alrededor de la boca mientras permanecía de pie con los brazos en jarras, impaciente, nervioso.

Abajo, los perros comenzaron a ladrar otra vez. El oficial francés mantenía su mano derecha apoyada sobre el arma enfundada que tenía al costado. Jristo podía distinguir otro sonido además de los ladridos excitados de los perros; un rumor sordo. Empujó su bicicleta hasta que pudo echar un vistazo al interior de la habitación a través de la puerta entreabierta. En la sala había varios hombres, rostros borrosos bajo la luz tenue, detrás de un mostrador de madera. Parecían estar de pie. Esperando para darles la

bienvenida. El ruido, pensó. ¿Qué era ese ruido sordo? El callejón estrecho. El morro chato de ese camión. ¿Un camión? No, no era un camión.

Un *Kübelwagen*. El todoterreno descapotable que usaba la Wehrmacht. Ningún camión francés sonaba así: era un motor militar, ajustado, poderoso... y aquello era una trampa.

Dándole la espalda al oficial que esperaba en la entrada, palmeó el hombro de Lucien mientras le hablaba a carcajadas en inglés con la entonación de una broma casual entre amigos.

—Estamos en problemas —le dijo.

Todas las señales eran negativas. El mostrador era un mueble que se encontraba en los puestos de policía, no en las gendarmerías. La policía iba en bicicleta. Los gendarmes tenían coche. Alguien había convertido una comisaría rural (un lugar en el que uno rellena formularios) en una trampa. Tal vez alguna vez hubo una célula de *résistance* entre los gendarmes de Cabejac y se le hizo saber a Ulysse. Pero de eso ya no quedaba nada.

Lucien fue rápido. El «gendarme» tenía la vista puesta en la Sten y quedó sorprendido cuando Lucien sacó la mano izquierda de su bolsillo empuñando una pequeña pistola automática. Le disparó dos veces al corazón. El hombre se llevó las manos al pecho, contuvo la respiración y puso cara de dolor a medida que sus rodillas cedían. Vigie saltó hacia la puerta y la cerró de golpe, haciendo su cuerpo a un lado del marco aunque sin dejar de sostener la manilla. Se produjo un tumulto en el interior y, acto seguido, una línea de agujeros mordió la madera de la puerta. Fusari corrió hacia el edificio y, acto seguido, saltó y se colgó del canalón que corría junto a un alero. Balanceándose, alcanzó con una pierna el borde del tejado y consiguió encaramarse. Una segunda ráfaga estalló a través de la ventana con barrotes. Una bala que había mordido una de las barras de metal se perdió silbando en la noche. Jristo y Lucien respondieron. El búlgaro disparó una breve ráfaga sobre la puerta teniendo cuidado de apuntar lejos de Vigie, que la sostenía con una mano. Lucien disparó en ángulo por la ventana. El sonido de un motor que cambiaba de marchas se oía por encima de los ladridos de los perros, que, desde que habían empezado los disparos, se habían puesto a aullar. La silueta oscura de Fusari avanzó sobre el tejado, le arrancó el seguro a una granada de mano y la arrojó por la chimenea. La explosión se produjo dentro del conducto, pero la mayor parte de la onda expansiva salió expulsada hacia arriba. Tras el estallido sordo, la chimenea quedó convertida en una nube de humo y ladrillos, y el cuerpo de Fusari rodó techo abajo, hasta caer como un saco en la calle.

Cuando no habían terminado de llover cascotes, desde el interior del edificio alguien pateó la puerta, arrojando a Vigie al suelo. Jristo disparó contra aquel conjunto de cuerpos que pugnaban por salir de la nube de humo y hollín, con las bocas abiertas, las manos tapándose los oídos, las caras contraídas por la agonía, los tímpanos perforados por la explosión en la chimenea. Volvieron a cerrar la puerta justo en el momento en que a Jristo la Sten se le encasquillaba debido a una bala defectuosa. Ninguna posibilidad de recargar, ninguna posibilidad de disparar. Jristo soltó una maldición. Lucien pasó corriendo a su lado y se acuclilló junto a Fusari, pero no tardó en incorporarse y echar mano a su bicicleta. Jristo cogió la suya y salió a toda velocidad. Desde el interior de la casa se oían los alaridos de un hombre.

Los tres descendieron como demonios, pedaleando desesperados hasta alcanzar las escalinatas. Jristo aguantó los dos primeros botes antes de que el manillar se le escapara de las manos y volase por los aires. Aterrizó de medio lado. El impacto lo dejó aturdido mientras la bici continuaba bajando la escalera a trompicones hasta llegar a la calle, donde se detuvo con estrépito. De inmediato un reflector de alta potencia rastreó la pared de esa calle sin salida hasta dar con la bicicleta. Entonces volvió a apagarse. Lucien y Vigie milagrosamente se detuvieron antes de que el reflector los iluminara. Lo siguiente que Jristo supo fue que alguien lo ayudaba. En la parte alta de la escalinata se oían gritos en alemán. Vigie le indicó con la mano un tejado que se nivelaba a media altura con la escalinata y corrieron hacia allí para encaramarse por un tubo. Sólo un paso los separaba del siguiente tejado pero, al alcanzarlo, el reflector volvió a encenderse y los tres se echaron a tierra. Jristo sentía la presión de las tejas contra el pecho. Proveniente de la calle, tres metros más abajo, oyeron una conversación en alemán entre susurros. Vigie se deslizó a través del tejado y se asomó apenas por el borde, lo suficiente para echar un vistazo, antes de regresar arrastrándose y permanecer tumbado junto a ellos. Levantó las manos con todos los dedos extendidos, abriéndolos y cerrándolos repetidamente. Eran demasiados para contarlos.

Jristo ya no pensaba. Desatascó su Sten, insertó un cargador que llevaba en el bolsillo y se aseguró de haberle quitado el seguro. Les señaló a Lucien y Vigie el siguiente tejado y se aproximó al borde para crear la distracción necesaria. Era parte del entrenamiento elemental, años de práctica. Mientras uno dispara, el otro escapa.

Pero justo antes de llegar al borde, una mano lo atrapó por el tobillo y lo detuvo. Jristo tiró con todas sus fuerzas hasta que la rabia lo hizo darse la vuelta para encontrarse frente a Lucien, expectante. Tuvo que contener todas

las maldiciones que se le venían a la boca, aunque no pudo reprimir un gruñido de cólera. Lucien lo ayudó con el tobillo con tal fuerza que acabó desplazándose hacia atrás casi medio metro. De pronto se abrió una trampilla en el tejado. Jristo cambió de lado su Sten y puso el dedo sobre el gatillo. Una cabeza pequeña emergió en la oscuridad: un niño de unos diez años les hizo señas para que lo siguiesen. Luego se llevó un dedo a los labios para pedirles silencio. Se movieron con rapidez. La cabeza pequeña desapareció.

Bajo la trampilla había una escalera y los tres se encontraron en el salón de una casa. En la oscuridad podían distinguir en una esquina a una mujer aterrorizada en camisón, con las manos en la boca. El chico volvió a aparecer proveniente de otro cuarto vestido con una camiseta y pantalones cortos. Sobre la cabeza lucía un viejo casco de infantería francés que tenía que sujetar con una mano. El muchacho cogió a Jristo por la manga y lo guió hacia la puerta de atrás. Entonces se giró un instante y murmuró:

—*Anglais?*

—*Non* —le respondió Jristo—. *Américain.*

—*Bon Dieu!* —exclamó en un susurro, abriendo mucho los ojos.

Pero no tardó en reaccionar y arrastró a Jristo hacia una puerta que daba a una huerta en la parte trasera de la casa. Las plantas crecían delante de un muro de piedra coronado por una desvencijada valla de alambre oxidado. Justo al lado había un barril de madera. El chico se adelantó a Jristo, se subió al tonel de un salto que ya tenía muy practicado, luego trepó por encima de la pared y les hizo señas para que lo siguiesen. El muro debía tener unos treinta centímetros de ancho y su parte superior tenía además trozos de botella, aunque uno podía apoyar un pie tras otro. El chico avanzó agachado corriendo a pasos cortos y rápidos, sin dejar de sujetarse el casco con la mano. Las tropas alemanas parecían estar por todas partes. Oyeron cómo se daban órdenes a gritos, las botas resonando por las calles, los crujidos de un camión que cambiaba la marcha atrás a primera, en su intento por girar entre las callejuelas del pueblo. Cuando habían dejado atrás cuatro o cinco casas avanzando por encima del muro, el chico saltó hacia otro barril de madera (sin duda, en esos muros jugaba a la guerra con sus amigos) y bajaron a tierra. De inmediato, el chico volvió a tirar de la manga de Jristo y echaron a correr hasta detenerse en una esquina. Estaban al otro extremo del callejón que Jristo había visto antes. Ahora tenían que cruzar a toda velocidad hasta el otro lado de la calle. Pero al girar la esquina para iniciar la carrera, la mano del chico tembló y dejó escapar un suspiro de terror. Al final del callejón un oficial alemán agitaba ambas manos, como si dirigiese el tráfico. Los cuatro se

pegaron contra la pared. El niño creyó que ahí terminaba el juego. Por un momento, también Jristo dio todo por perdido. Pero el chico volvió a asomar la cabeza y se lanzó como una flecha hacia el otro lado del callejón. Uno a uno lo siguieron. Una vez al final de la calle, descubrieron al chico forcejeando con la tapa de acero fundido de la alcantarilla. Jristo se agachó para ayudarlo y juntos lograron apartarla. El chico bajó la cabeza y se deslizó sobre su estómago. Jristo bajó después de él, avanzó un poco y permaneció a la espera para asegurarse de que Vigie conseguía cerrar la tapa detrás de él y luego siguió avanzando. El suelo estaba cubierto de un cieno viscoso que, en cierto modo, facilitaba el avance, aunque el hedor del agua estancada por tanto tiempo era inaguantable. Un desagüe para la lluvia, pensó, cuya salida, con algo de suerte, debía estar a mucha distancia de los alemanes. Entonces oyó ruidos y chillidos provenientes del otro extremo del conducto. Sabía perfectamente de qué se trataba, pero prefirió pensar en otra cosa. De pronto, una piedra se movió detrás de él, y se detuvo. Se dio cuenta de que estaban bajo la calle principal, y un camión acababa de pasar por encima. Cerró los ojos y se concentró en continuar gateando, lenta y sostenidamente, rodilla, codo, rodilla, codo. Había comenzado a oír su respiración y la de los demás, a medida que el movimiento requería mayor esfuerzo. Su codo topó con el pie del chico dos veces antes de percatarse de que el pobre avanzaba cada vez más lento, cada vez más cansado.

—*Un moment* —susurró y se quedó quieto. Con la mano tanteó el techo. El conducto se había estrechado. Ajustó aún más la bandolera de su Sten e intentó recuperar el aliento.

A sus espaldas, apenas conseguía oír la voz de Lucien:

—¿Cuánto falta? Pregúntale.

Cuando Jristo le hizo la pregunta, el chico contestó que no lo sabía. Jristo le transmitió el mensaje a Lucien. Lucien le preguntó a Vigie si lo había oído. Vigie no respondió. En un susurro forzado, Lucien vociferó en la oscuridad: «¡Vigie!». Nada. Doblando las rodillas contra el pecho, Lucien consiguió darse la vuelta. Jristo lo oyó gatear en el cieno, con la respiración acezante, hasta que desapareció. Cuando ya parecía que nunca volvería, oyó el chapoteo de regreso y un minuto después Lucien estaba a su lado. Se acercó todo lo que pudo a Jristo y le habló al oído:

—No está.

—Pero si yo oí cómo cerraba la tapa.

—La debe haber cerrado por fuera.

—¿Qué?



—Tal vez le daba miedo; los espacios reducidos, las ratas, qué se yo.

—¡Mierda! —farfulló Jristo.

—Se las arreglará —dijo Lucien.

Jristo se dirigió entonces al niño:

—¿Estás bien?

—*Oui, capitaine* —fue la respuesta, aunque su voz no sonaba nada bien —. *C'est le tunnel interdit* —explicó el chaval.

«El túnel prohibido», pensó Jristo. ¿Por qué? ¿Porque uno se ensucia? ¿Porque uno se pierde o se muere de susto? ¿Por qué?

—¿Ya has estado aquí antes? —le preguntó.

Sí, dijo el niño. Una vez. Pero sólo unos pocos metros, nunca tan adentro.

Jristo lo sopesó, pero no tenían alternativa. A menos que decidieran quedarse allí hasta la noche siguiente para intentar regresar y huir por las calles del pueblo. Pero la ausencia de Vigie hacía ese plan imposible. Si caía atrapado, los alemanes harían que les mostrase por dónde se habían escabullido. Ya lo habían visto antes, en el puesto de policía, y esta vez no iba a poder servirse de su facilidad de palabra para eludir los problemas.

Lucien ordenó que siguieran adelante.

Parecía que no había salida. El subidón de adrenalina después del ataque se había disipado y, cuando pararon un momento a descansar, Jristo notó que en las rodillas y los codos brotaba la sangre de la piel desgarrada. La muerte. El agua podrida mordía en las heridas abiertas como la cal. Cómo, se preguntaba, el agua podía estar así de estancada, lo normal era que se renovase cada cierto número de días con las lluvias de primavera. A menos que el conducto de salida hubiese sido bloqueado y ahora estuviese cubierto por una tapa. Por eso era «el túnel prohibido»: porque la otra salida había sido sellada.

Una hora más tarde dieron con la tapa, que había sido fijada al final del conducto. En este punto el túnel era más ancho. Lucien y Jristo usaron sus cuchillos para quitar la argamasa que rodeaba la tapa y dejaron expuestas las juntas oxidadas. Jristo echó el cuerpo hacia atrás y de una patada hizo saltar la tapa, que cayó cerro abajo.

Al arrastrarse entre los tupidos matorrales de la ladera, oyeron el rumor del río, que discurría un poco más abajo. Jristo se sentó y permaneció un rato con la cabeza entre las manos, respirando hondo, como si no tuviese suficiente aire cada vez que inhalaba. Estaba hecho un asco, casi empapado por el cieno viscoso. Allí donde sus ropas se habían roto la piel de sus rodillas relucía con el rojo intenso de las manchas de sangre. Lucien se sentó a su lado

y le hizo señas al chico para que se acercara. Bajo la tenue luz de la luna, Jristo pudo distinguir sendos regueros de lágrimas sobre el rostro mugriento del chico, pese a que en el túnel no había dejado escapar ni el menor sonido.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Lucien.

—Por debajo del camino —contestó el chico—, en la colina que hay detrás del granero de Madame Rossot.

—¿Tienes algún lugar adonde ir? —continuó Lucien—. ¿Alguien a quien acudir que te pueda conseguir ropa limpia y llevarte a casa sin que los alemanes te vean?

El chico reflexionó por un instante, antes de asentir vigorosamente con la cabeza con el casco aún puesto.

—Madame Rossot —dijo—, aunque se enfada cada vez que nos escondemos detrás del granero.

—¿Estás seguro? —insistió Lucien.

—Los *schleuhs* mataron a su marido en la Gran Guerra.

—Eres muy valiente —le dijo Lucien y, poniéndose de pie, comenzó a hurgar en sus bolsillos.

En un primer momento, Jristo pensó que buscaba dinero, pero no tardó en darse cuenta de que en realidad quería algo para darle al niño, algo que el chico pudiese guardar. Él tenía lo que se necesitaba y se metió la mano al bolsillo. Su amuleto de la buena suerte. El mismo que había llevado consigo en España y que había permanecido en la Santé junto con su ropa de civil. Se puso de pie y le hizo señas al chico para que se colocase delante de él:

—Te concedo esta condecoración por tu valentía —dijo, y le entregó la pieza que acababa de sacar. A continuación extendió la mano y el chico la estrechó con formalidad, igual que un soldado al que se le concede una medalla. Al mirar hacia la palma de la otra mano, el chico vio que tenía un peón blanco.

—*Merci, monsieur.*

—Ahora quedas exento del servicio —anunció Lucien—. Cuídate.

El chico se encaminó hacia un sendero entre los matorrales y no tardó en desaparecer.

Descansaron durante una hora, hasta que vieron que se acercaba el amanecer. Entonces marcharon a campo traviesa hacia su posición de repliegue en caso de emergencia: un arce derribado a un kilómetro y medio de Cabejac, de camino a Abonne. Durante el resto del día esperaron a Vigie, disfrutando de

una tableta de chocolate que había aparecido en uno de los bolsillos de Lucien. Cuando se escondió el sol bajaron a lavarse al río. Pasaron el resto de la noche escondidos y todo el día siguiente, pero Vigie no apareció. Nunca volvieron a verlo.

\* \* \*

En el pueblo de Abonne había tres pequeñas fábricas de celulosa dedicadas a procesar las astillas de madera provenientes de los bosques de los Vosgos para la producción de papel. El olor que desprendía el pueblo era espantoso, como cualquier otra localidad del mundo dedicada al tratamiento de la pulpa de madera. Allí la vida transcurría en una bruma sulfurosa con aroma a huevos podridos. Esas condiciones chocaban con el concepto de *La Belle France* que tenían los alemanes, por lo que preferían mantenerse alejados del lugar. Los ejércitos de ocupación tienen la costumbre de descubrir el valor estratégico de aquellos pueblos en los que la vida resulta agradable y placentera. Y los alemanes no eran la excepción a esta regla.

Abandonados a su suerte, los vecinos de Abonne habían organizado un contingente de *maquis* particularmente destructivo y eficiente, formado por trabajadores de la fábrica de celulosa y liderado por el jefe del sindicato local, un viejo y endurecido cabrón llamado Vedoc. Cuando los restos del equipo de Lucien llegaron a pie a Abonne, con la vista perdida y exhaustos, fueron trasladados de inmediato a la casa de Vedoc. Su esposa y su hermana se preocuparon de vaciar la despensa para darles de comer mientras el propio Vedoc se encargaba de surtirlos generosamente del vino de la cosecha de ese año, que tras ocho meses en barrica, solía considerarse mucho mejor de lo que en realidad era. El que se llamaba Lucien era muy callado, demasiado, así que Vedoc, que ya había visto ese tipo de comportamiento, lo mantuvo razonablemente borracho y envió a una señora de edad a hacer algunos viajes en tren a Belfort.

Una semana más tarde, el Bugatti se estacionaba frente a la casa de Vedoc. Ulysse, escoltado como siempre por el incommovible Albert, volvía a dejarse ver, tan elegante como de costumbre: pausado, distante, una isla de cordura gala en medio de un océano tempestuoso. El invierno había quedado atrás y con él había desaparecido el chaquetón de color perla: ahora un impermeable con mucho estilo cubría sus hombros como una capa. Es posible que Jristo fuese el único en reparar en un diminuto corte de navaja a la altura de la nuez. Dedujo que hasta el propio Ulysse debía estar pasando por algunas tensiones.

Con todo detalle tuvieron que dar parte de lo ocurrido en la trampa de Cabejac; primero por separado, luego juntos. Ulysse les enseñó una serie de fotografías que Albert se preocupó de quemar una a una en la chimenea. Sólo consiguieron identificar al «gendarme», el cual debía estar, en opinión de los dos, muerto. Pasaron horas hablando durante dos días, encerrados en una habitación que se llenó del humo azulado del tabaco. Volvieron a contar lo sucedido una y otra vez. Ulysse escuchaba con una paciencia infinita, mientras Albert tomaba notas en un código que sólo él conocía.

Durante esos días, Jristo pudo entender algo más el carácter del aristócrata. Era, sin duda, un agudo observador del ser humano, de sus fortalezas y debilidades, de lo que podía soportar y de lo que no. Era como si hace ya mucho hubiese dejado de juzgar el comportamiento de las personas para limitarse a su puro estudio. Es más, Jristo se percató de que la guerra era la oportunidad ideal para ese hombre: el liderazgo corría por sus venas, la herencia de una aristocracia que durante siglos había llevado a sus hombres al combate y aún continuaba haciéndolo. Ahí radicaba, precisamente, su comprensión de todo, este instinto que Ulysse había puesto a disposición de los servicios de inteligencia americanos con el objetivo de derrotar a su tradicional enemigo.

Por eso no le sorprendió lo más mínimo cuando Ulysse le sugirió dar un paseo por los bosques de alrededor una tarde gris y fría. Lucien fue despachado para que se encargara de un recado. Albert, escopeta recortada en mano, esperaba más allá, junto a los primeros árboles.

Ulysse paseaba sin prisa, con las manos a la espalda. Con palabras suaves y tolerantes, se disculpó por no tener *majorka* («mi estanquero sólo lo consigue muy de vez en cuando») y le ofreció a Jristo un Gitanes que le encendió con un chasquido de su mechero de oro.

—Sé muy bien que no debo preguntarle nada acerca de Lucien —le dijo mientras caminaban.

—No —confirmó Jristo.

—La lealtad a un compañero de armas lo es todo.

—Naturalmente.

—Los americanos son... americanos... —dijo con cierta desesperación en su voz—. No encajan muy bien las casualidades, ¿no? Se lo toman muy en serio y suelen culparse a sí mismos. Debe de ser una especie de falso orgullo, supongo, aunque debemos admirarlos por ello. ¿No cree?

—Sí —respondió Jristo—, es admirable.

—Ahora, un hombre con su experiencia es capaz de ver que eso también es una debilidad.

—Quizás sea una debilidad. O una fortaleza. O las dos cosas al mismo tiempo.

—Sí —caviló Ulysse—. Aunque tendrá que admitir que no es un rasgo ideal para un oficial.

—Me imagino que no —reconoció Jristo.

—Lucien ha hecho un muy buen trabajo, ¿sabe?, visto desde la óptica con que se juzgan este tipo de acciones. Se ha encargado de un buen número de trenes, a lo que hay que agregar lo que han realizado otros grupos gracias a la asistencia que él les ha proporcionado. Y eso sin contar con lo que podrán hacer en el futuro. Visto en su conjunto, se podría considerar que representa un magnífico forúnculo en la espalda de Hitler. Sin embargo, nos estamos preguntando si podrá continuar con su trabajo. No le he dicho nada a Lucien, pero la aldea de Cambras ha sido arrasada por completo.

Jristo hizo un mueca de dolor y sacudió la cabeza en señal de tristeza.

—Eso me temo. Una chica que trabajaba de sirvienta los denunció a la Gestapo y los cogieron por sorpresa. Había quedado embarazada de Gilbert, pobrecita, y estaba aterrorizada ante la idea de que la echaran del pueblo y tuviera que vivir en los bosques. En su confusión mental, le pareció que los alemanes podían ser la salvación que evitaría su tragedia. Créame que no quiero estar ahí en el momento en que Lucien se entere de todo esto.

—Pues no le falta valor... —argumentó Jristo.

—No lo dudo lo más mínimo. Pero ¿cree usted que estaría dispuesto a sacrificar la vida de los demás si fuese necesario?

Jristo no dijo nada.

—Le ruego que me perdone —continuó Ulysse— por haberle hecho esa pregunta.

—No es el fin del mundo —replicó Jristo.

—Por supuesto —Ulysse hizo una pausa para encender otro cigarrillo—. ¿Y entonces usted qué hará?

—Bueno, sólo Dios sabe —contestó Jristo con honestidad—, lo que es yo...

—Volverá a su tierra natal, ¿supongo? ¿Se casará, se construirá una vida? Es lo que la mayoría terminamos haciendo con el tiempo.

—No —dijo Jristo— no lo creo. Claro que a veces daría cualquier cosa por regresar al lugar en el que nací, aunque sólo fuese por una hora. Pero yo ya he visto mundo y quienquiera que gobierne mi país no va a apreciar a la

gente que ya ha visto mundo. Probablemente quedará bajo los rusos, me imagino, y no hay mucho que podamos hacer al respecto. Toda nuestra historia es una rigurosa lección sobre la naturaleza cambiante de las fronteras.

Ulysse asintió comprensivamente.

—Dentro de uno o dos días Lucien será reasignado y lo enviaremos a Suiza. ¿Le gustaría ir a Suiza?

Continuaron caminando por el sendero, entre la niebla. El silencio era punteado por las gotas que caían de las hojas de los árboles.

—Sí —contestó Jristo.

—Nos encargaremos de introducirlo en el país de algún modo que, al menos formalmente, no rompa nuestros acuerdos con los suizos. Pero se encontrará en circunstancias bastante agradables y, ¿quién sabe?, tendrá la oportunidad de hacer nuevos amigos. Amigos americanos. ¿Le gustaría?

—Sí —confirmó Jristo—, claro.

Mucho antes del amanecer, los carros tirados por caballos comenzaron a alinearse en el lado francés del puente de Vöernstrasse. No había muchos productos que llevar al mercado de los sábados (a comienzos de mayo apenas hay variedad), pero los granjeros traían lo que podían: coles, brócolis, espinacas, zanahorias y otras hortalizas y verduras. Al otro lado del puente, en las plazas limpias de la ciudad, las amas de casa de Basilea esperaban las verduras francesas. Una coliflor suiza más y acabarían locas.

El paso fronterizo era vigilado por dos tipos de guardias: los de la Francia de Vichy, que en teoría aún eran responsables de sus propias fronteras, y los alemanes, hombres de la Gestapo o militares, que consideraban el límite con Suiza una zona demasiado sensible para cedérsela a las autoridades francesas. En cualquier caso, en ese paso había muchos más alemanes que franceses, rondando sin cesar con la vista aguzada y atentos a la menor sospecha: nunca faltaba un pobre idiota escondido bajo la carga, y dar con él significaba un permiso. Así que se tomaban su tiempo mientras los caballos esperaban con paciencia y ellos revisaban uno a uno los ajados pasaportes de los granjeros antes de que sus carros pudiesen aproximarse al puente.

Jristo sostenía las riendas con toda naturalidad mientras Lucien parecía dormitar a su lado. A sus espaldas, el viejo carro de madera estaba hasta arriba de coles. El cabo alemán que se acercó a ellos no tenía más de dieciocho años. Antes de pasar las hojas del pasaporte, el joven, de origen campesino, y mejillas rojizas e hirsuta pelambreira rubia, se pasaba el calloso

pulgar por la lengua. Tras dar una mirada a la foto levantó la vista para comprobar sus rostros y volvió a bajarla, comparando una y otra vez, hasta en doce ocasiones. Sólo entonces pareció quedar satisfecho.

Pero no halló nada fuera de lugar porque los pasaportes franceses estaban en perfecto orden, habían sido legítimamente emitidos a auténticos ciudadanos franceses y tenían numerosos sellos de salida de los anteriores días de mercado. Entonces su atención se centró en los dos campesinos, a los que obligó a vaciarse los bolsillos sobre el asiento del carro para revisar: unas cuerdas, trozos de alambre, clavos para herradura, un poco de tabaco, un par de cartillas de racionamiento a medio usar y una mezcla de monedas francesas y suizas, todo ello impregnado de cierto aroma a excremento equino. Pero el cabo era un chico de campo y no reparó en ese detalle.

Por último, dirigió su interés al enorme montón de coles del carro. Las apartó a un lado, miró bajo ellas; parecía que tenía intención de pasarse el resto del día registrando aquellas verduras. Finalmente, el conductor se giró a medias sobre el pescante y le preguntó al cabo a todo pulmón en un alemán con un marcado acento francés:

—¿Qué pasa ahí atrás? ¿Qué está usted haciendo? ¿Contando cuántos pedos traen las coles?

Los alemanes soltaron una risotada al unísono y le hicieron gestos para que siguiera adelante. Cualquier mención escatológica despertaba de inmediato su sentido del humor.

Era un hecho conocido.

\* \* \*

En diciembre de 1944, Robert Eidenbaugh fue transferido para desarrollar tareas administrativas en Estados Unidos, con un permiso previo de treinta días antes de presentarse en las oficinas de la OSS en Washington D. C. Desde el aeropuerto de Croydon voló en un MATS C-47 que aterrizó en una base militar en la Costa Este y se dirigió a Boston para ver a su familia.

Fue un reencuentro alegre y emotivo al que sólo faltó su hermano menor, que servía como artillero en un destructor en el Pacífico. La familia se había volcado en la guerra: la compañía de su padre se dedicaba por completo al diseño de nuevas embarcaciones de combate; su madre dirigía el banco de sangre de la Cruz Roja en Boston; varios primos y tíos estaban repartidos por el mundo con distintos uniformes. Uno de los sobrinos de su madre, por el lado de los Wiscasset, había muerto en Nueva Guinea. Por lo demás, estaban

agradecidos de que la lista de víctimas apenas los hubiese afectado. Eso sí, la oración antes de cada comida había dejado de ser un simple farfullar.

La familia halló que Robert estaba más delgado, más fuerte y que había envejecido bastante, así que se dedicaron a fastidiarlo. En privado, Arthur y Elva Eidenbaugh opinaban que su hijo había cambiado. Parecía solitario, irritable y a veces se indignaba sin razón aparente. Por ese motivo decidieron que lo mejor era que se desmadrara un rato, y para ayudarlo le regalaron una nueva cartera, en la que metieron diez billetes de diez dólares, antes de despacharlo a Nueva York.

Ya antes de salir de la Gran Estación Central, Robert se había dado el lujo de zamparse un festín en el Oyster Bar. Además, consiguió que le dieran una habitación especial para miembros del ejército en el Biltmore, aparte de obtener una entrada para un espectáculo en Broadway, privilegios que otorgaba el uniforme. Pasó dos días dando vueltas por el centro de Manhattan, compró unos cuantos regalos de Navidad y disfrutó del anonimato en una ciudad llena de gente: no podía dejar de observar rostros y escuchar conversaciones en su intento por descubrir los hilos que sostenían la vida en Estados Unidos. Al caminar por las calles no era más que un uniforme entre muchos otros. Sin embargo, cada cierto rato sentía la silenciosa aprobación de los extraños a su paso.

Llamó a algunos de sus viejos amigos, pero la mayoría no estaban. Se asomó por las oficinas de la OSS en la avenida Madison, donde Agatha Hamilton, la distinguida dama que había participado en el proceso que había llevado a su reclutamiento, lo invitó a comer en el Luchow's, como se suponía que debía haber hecho tres años atrás. En su camino de regreso al Biltmore, en medio de un día soleado y frío, se encontró por casualidad con una de las operadoras telefónicas de J. Walter Thompson, que lo invitó a una gran fiesta de Navidad que Thompson había organizado para esa misma tarde.

Cuando Eidenbaugh llegó, poco después de las cinco, ya había más de cien personas por allí. El personal de su antigua compañía había hecho un importante esfuerzo para montar la fiesta. Aprovechando sus importantes recursos, habían logrado transformar un espacio de aspecto fundamentalmente utilitario en un lugar festivo y decorado para la época del año. No había globos (el látex había sido declarado material estratégico), pero estaba todo lo demás: serpentinas de colores, figuras de papel en tonos verdes y rojos con Santa Claus conduciendo los renos que colgaban de las paredes, un gigantesco pino de Norfolk traído de una de las propiedades que los altos cargos de la compañía tenían en Stamford y que estaba tan recargado de



adornos que las ramas de la parte baja descansaban sobre el suelo de linóleo. Había todo tipo de licores y grandes bandejas con sándwiches, galletas y bizcochos de frutas. Toda la oficina había contribuido con sus raciones de azúcar en beneficio de la fiesta. Los paneles de cristal verde opaco que normalmente separaban los despachos estaban decorados con carteles hechos por Thompson para distintas campañas de guerra: reclutamiento, donaciones de sangre, bonos de guerra, recolección de aluminio y los anuncios en los que se aconsejaba a los operarios de la industria de defensa no hablar sobre su trabajo.

A su llegada, a Eidenbaugh le prodigaron un gran recibimiento que lo hizo sentirse como un héroe. Lo besaron y lo abrazaron y le dieron palmadas en la espalda. De pronto se encontró con un triple whisky con soda en la mano izquierda y una galleta navideña gigante en la derecha. Al mirar a su alrededor pudo distinguir varios uniformes entre la multitud. Estaba en mitad de una educada conversación con una joven de Barnard, a cargo de algo en el departamento de producción, cuando el señor Drowne, su antiguo jefe, se subió a un escritorio en mitad de la sala y comenzó a hacer tintinear su vaso con un cuchillo.

—Oh, Dios —dijo su nueva amiga—, ahí tenemos a Drowne.

El señor Drowne se aclaró la garganta.

—En representación de la compañía J. Walter Thompson quiero hacerles notar que esta noche nos acompañan algunos de nuestros combatientes, hombres y mujeres. Algunos de ellos son antiguos empleados de la compañía, otros son amigos. Pero sin importar de dónde vengan, queremos darles una gran bienvenida. Hemos pensado que sería apropiado que cada uno de vosotros diese un paso adelante y nos contase un poco su experiencia, y así nos dais la oportunidad a nosotros, vuestros colegas que hemos permanecido en el frente nacional, de expresar nuestro sentido reconocimiento.

El anuncio fue recibido con vítores y dio inicio al desfile. El capitán de la Armada Bruce Johnson, del departamento de facturación, que había perdido una pierna en Tarawa. El teniente del ejército de Tierra, Lee Golden, antiguo ejecutivo de cuentas, ahora dedicado a la instrucción de pilotos en Oklahoma. El teniente naval Howard Bister, del departamento de redacción, que había tomado parte en los desembarcos del día D el anterior mes de junio.

Bister, de aspecto distinguido con su uniforme azul oscuro de oficial, miró a la audiencia y esperó un momento, como se hace cuando uno tiene algo importante que decir. Para comenzar, agradeció al señor Drowne y a la dirección de Thompson la estupenda fiesta que habían montado, así como el

duro trabajo que había desarrollado durante las campañas de reclutamiento y de emisión de bonos. A continuación dejó su copa sobre el escritorio que tenía al lado y se quitó las gafas.

—El día D —contó— me hallaba a bordo del *Bigelow*, un APA, que, para aquellos que no están familiarizados con la Armada es un transporte que lleva a las tropas de asalto hasta la playa de desembarco. Llevábamos a cientos de soldados que debían reemplazar a las víctimas del primer día de ataque. Mi trabajo —sé que os sonará importante, pero debo decir que, en una operación como ésta, todos los trabajos son importantes, desde los camareros de cabina hasta los almirantes—, pues mi trabajo, digo, era el de oficial de señales de banderas, a las órdenes del contralmirante Orville G. Brants. Al amanecer del 6 de junio le llevé el café al almirante al puente de mando, que se encontraba allí con el capitán del barco. Justo en el momento en que alcancé el puente, fuimos sacudidos por dos proyectiles disparados por las baterías de tierra. No diré que estuvimos cerca, pero sí quedé empapado. «Cuidado, teniente —me dijo el almirante Brants—, que se puede derramar ese café». Eso fue todo. Ninguna palabra más. No sé si me entendéis. Bueno, pues pasé aquel día en el puente mientras la batalla estaba en pleno fragor en las costas y quería decir que nunca me he sentido tan orgulloso de ser americano. Gracias.

La ovación por el discurso de Bister fue estruendosa. La joven de producción, de pie junto a Eidenbaugh, arrugó la servilleta de papel entre sus puños y sus ojos siguieron a Bister a medida que se alejaba de la mesa. El señor Drowne se aclaró la garganta antes de volver a hablar.

—Gracias, Howard —dijo—. Todos estamos muy orgullosos de ti. Siguiendo —anunció escudriñando entre los congregados—, creo que estoy viendo a Bob Eidenbaugh. ¿Bob?

Eidenbaugh avanzó con lentitud hacia la parte de delante y, al llegar, se dio la vuelta y miró a ese montón de rostros expectantes que tenía enfrente.

—Soy el capitán Robert F. Eidenbaugh —dijo—. Solía trabajar en el departamento de redacción creativa y me gustaría dar las gracias a la gente de Thompson por esta sensacional fiesta. En cuanto a la guerra, bueno, me tocó trabajar en Londres en asuntos de oficina, mucho papeleo, en fin, tenía muy poco *glamour*, me temo. De todos modos, quería aprovechar para desearos a todos una feliz Navidad.

Una ronda de aplausos de cortesía resonó mientras volvía a internarse entre la multitud que llenaba la sala. El señor Drowne volvió a intervenir rápidamente para tapar el silencio, que comenzaba a hacerse evidente.

—¡Estamos seguros de que ese trabajo debe haber sido muy importante!  
—dijo con convencimiento mientras sus ojos buscaban al siguiente participante en la tanda de discursos.

Cuando Eidenbaugh volvió junto a su nueva amiga, un cabo de la Armada relataba el desembarco de Okinawa.

—En fin —le dijo ella con exagerada alegría, intentando confortarlo—, alguien tiene que hacerse cargo de los papeles, ¿no?

Robert Eidenbaugh disfrutó de la fiesta durante otra media hora antes de partir de regreso al Biltmore.

\* \* \*

En Basilea, Jristo Stoianev vivía en una casa de huéspedes en Burgenstrasse y cada mañana caminaba al trabajo por pequeñas calles a la sombra de verdes tilos. Legalmente había sido internado en la Suiza neutral durante la duración de la guerra. En la práctica, se dedicaba a leer periódicos búlgaros y transcripciones de las emisiones de radio, y luchaba contra los alemanes con tijeras y pegamento.

Su tarea consistía en extraer la verdad de la prensa y la radio búlgaras, controladas por los alemanes. Si decían que había ocurrido algún suceso, a él le correspondía comentar el grado de falsedad de la noticia. ¿Era algo que los búlgaros se creerían? ¿Quiénes eran capaces de distinguir que se trataba de una falsa información? ¿Creía él que era verdad? Su inglés mejoró según fue escribiendo abundantes y extensas respuestas a todas estas preguntas y se hizo un experto en aquel sistema de mentiras: las sombras y tonos, las sutilezas, las ínfimas trazas de verdad que edulcoraban la digestión de una falsedad. También tenía que vérselas con los «martillos»; los que machacaban a la gente con información hasta que unos cuantos llegasen a creer que dos más dos eran siete, y además se sintiesen agradecidos por tener la suerte de que su suma diera más.

Ese enfoque concreto, lo de estudiar periódicos y transcripciones, había sido rechazado de plano por los instructores del NKVD en la calle Arbat, por órdenes del propio camarada Stalin. Cualquier información de inteligencia de valor, *razvedka*, tenía que provenir de canales subterráneos, agentes secretos o informadores sobornados. El resto, es decir, el uso de fuentes abiertas, no se consideraba más que simple análisis, trabajo para mujeres, que de poco servía al heroico *apparat* de inteligencia soviético. El lema, en palabras de los servicios de inteligencia de Occidente, era: «Sólo podemos creer en lo que hemos robado».

Para Jristo se trataba de un trabajo tedioso y repetitivo, una especie de examen largo y difícil. Trabajaba para un antiguo profesor universitario de Leipzig, un alma caritativa que regaba sus plantas cada día y jamás profería críticas o reconocimientos: simplemente aceptaba su trabajo como era, día a día, cada hora, como mucho una feliz sorpresa y un ¡ah! cuando aparecía él por la puerta con una voluminosa carpeta de informes.

Pero tanto el lugar donde vivía como el de su trabajo eran espacios limpios, sin ruido, suizos, y no dudaba de que lo mantendrían a buena temperatura durante el invierno. Tenía una amiga ocasional a la que veía los jueves por la noche. Se había vuelto un adicto absoluto al *rösti*, esa torta de patatas fritas y cebollas. Vivía en una habitación para él solo y tenía una radio. Cuando la gente con la que trabajaba le preguntaba cosas (sobre su vida y su trabajo anterior), él les contestaba. A medida que el verano se fue haciendo cálido y sosegado, se refugió en el seno de su limitada existencia, donde se hallaba seguro y a salvo. Sólo pensaba en Aleksandra en algunas ocasiones, cuando las noches de verano eran demasiado silenciosas para dormir.

A finales de agosto, los *partizans* comunistas protagonizaron un levantamiento en Bulgaria y expulsaron a los alemanes. Los fascistas búlgaros fueron ejecutados. El Partido Comunista búlgaro se alió de inmediato con la Unión Soviética, y los periódicos y las transcripciones de radio adoptaron una línea completamente distinta: la propaganda continuó existiendo como cuando estaban los alemanes, sólo que ahora era desarrollada con más astucia, en opinión de Jristo. Los nutridos coros de niños que «espontáneamente» habían cantado villancicos en honor a Hitler la Navidad anterior ahora cantaban himnos dedicados a Stalin. El 9 de septiembre de 1944, el cambio de gobierno se materializó. Se hicieron desfiles por las calles. Una fotografía de las calles de Vidin apareció en el escritorio de Jristo. La vieja oficina de Correos turca, en la misma calle en la que su hermano había sido asesinado por los fascistas, estaba cubierta con pancartas de dos pisos de altura: retratos de Lenin, Stalin y Dimítrov.

Luego, cuando acabó el verano y el ejército de ocupación alemán huyó de París, ocurrió algo curioso. Una coincidencia. Al abrir una carpeta con nuevos recortes de prensa se fijó en que alguien había cometido un error. Esa carpeta contenía noticias que no eran de los Balcanes, sino de Estados Unidos. Echó una mirada a los recortes que estaban por encima y encontró una foto de Faye Berns.

El artículo había sido extraído de las páginas de negocios de un periódico en Manhattan y contaba que la señorita Faye Berns había sido nombrada directora del departamento de recaudación de fondos de la oficina del Comité Mundial de Ayuda en Nueva York, entidad que se preocupaba de proporcionar asistencia a los desplazados para regresar a su tierra natal una vez acabada la guerra. Si bien era un artículo breve, proporcionaba la dirección del Comité Mundial de Ayuda y la copió en un papel.

En la fotografía, un encuadre de tres cuartos, se podían ver los cambios. Tenía el pelo más corto, había una arruga junto a la mandíbula que antes no existía y le sonreía al fotógrafo de una manera irreconocible: era una sonrisa artificial, una pose de carácter oficial.

Pasó un buen rato mirando la foto, turbado por la forma en que la memoria lo había traicionado. Había vivido engañado. Él siempre la había recordado como la mujer de aquella tarde en París, cuando se encontraron por accidente en la librería. Inadvertidamente, la había congelado en el tiempo, conservándola como una vez, aquella tarde de junio de 1937. Él la recordaba llorando por Andrés; es más, la recordaba como alguien capaz de atreverse a amar a un hombre como Andrés, a quien nunca abandonó, y tuvo que pagar el alto precio de ese amor, logrando sobrevivir. La recordaba como una niña que se había arrojado al mundo sin ninguna cautela, sin preocuparse por su seguridad. Y allí estaba ahora, una mujer que había crecido y aceptado el artificio de una sonrisa llena de aplomo y confianza para la prensa.

Se acordó especialmente de las dos veces que se habían tocado: cuando ella se había quedado dormida sobre su hombro en el coche aparcado en el puerto de Bilbao y cuando había cogido su mano entre las suyas mientras esperaban la partida del tren en la Gare du Nord. ¿Era normal que hombres y mujeres se acordasen de aquellas ocasiones en las que alguna vez se habían tocado? No lo sabía.

Sus ojos volvieron a repasar el artículo. «Señorita» Faye Berns. Así que al final no se había casado con el tipo que mencionaba en la carta que le había enviado a La Santé.

Decidió que le escribiría y pasó casi toda una hora en su escritorio, redactando en inglés. Pero no había caso. Al volver sobre la carta, le pareció rara y fuera de lugar: un hombre al que una vez había conocido, brevemente, que ahora le escribía a duras penas en una lengua que no era la suya y que se disculpaba por ello. Cogió la hoja y la rompió. La chica que había conocido en París tal vez podría responderle a esa carta, pero temía que la directora del

departamento de recaudación de fondos del Comité Mundial de Ayuda la encontrase rara, incluso patética.

Llevó la carpeta al despacho del profesor.

—Esto no es para mí —aclaró al dejar la carpeta en una esquina del escritorio.

—¡Ah! —exclamó el profesor, sorprendido de que pudiera ocurrir algo así.

«¿Por qué —se preguntó al regresar a su pequeño despacho—, quieren jugar conmigo?». La «entrega equivocada» de la carpeta con recortes de prensa no era una simple coincidencia. Era una provocación. Era la forma que tenían de hacerle saber que estaban al tanto de su relación con Faye Berns. Pero ¿qué podía importarles a ellos? ¿Qué estaban intentando decirle? ¿Y cómo se habían enterado? Pero lo más importante, ¿qué esperaban ahora de él?

No lo sabía. Decidió ignorar el hecho. Si se trataba de algo realmente relevante ya volverían a presionarlo. Concentró entonces su atención en otros asuntos, resuelto a sacarse de la cabeza ese episodio. Se sumergió en su trabajo por el resto de la tarde y luego, dado que era jueves, fue a visitar a su amiga.

Como siempre, ella se mostró receptiva y se adaptó a su humor, dedicándole cierta ternura espontánea que a él siempre le resultaba muy reconfortante. Sin embargo, no era uno de sus mejores días y continuaba distraído por la sonrisa profesional de esa mujer en la imagen granulosa de la fotografía. Él se consideraba un tipo realista, y el no llevarse por los sentimientos encajaba con él perfectamente. Pero ya el viernes por la mañana, en el trabajo, le asaltaron las emociones. Un poco de amor y un mucho de gratitud. Y le envió a su amiga un ramo de flores. Lo cual fue recompensado con cierta ternura espontánea, el jueves siguiente.

El otoño llegó pronto a Basilea y para octubre las mañanas ya se habían vuelto glaciales y claras. Una de esas mañanas, al llegar puntualmente a su trabajo, nada más abrir la puerta del vestíbulo, se encontró con Ulysse y Albert, junto a otros dos hombres que no conocía. Se estaban bajando las mangas de la camisa antes de colocarse la chaqueta, al tiempo que bostezaban. Tuvo la impresión de que habían pasado toda la noche trabajando duro.

Los ojos de Ulysse se encendieron al ver a Jristo y esbozó una amplia sonrisa.

—Bueno, bueno —dijo con perfecto acento americano—, a quién tenemos aquí.

Jristo sonrió con algo de timidez, un tanto desconcertado, antes del caluroso apretón de manos. Ulysse, como siempre, llevaba el chaquetón por encima de los hombros como una capa, se dio la vuelta listo para partir y su guardaespaldas lo siguió. Al pasar a su lado, Albert le guiñó el ojo a Jristo y le dio un golpecito en el hombro.

—Qué tal, colega... —dijo.

# **BESARABIA**



En diciembre de 1944, en las minas de oro de Utiny, en la cuenca del río Kolymá, en el remoto sudeste de Siberia, el capitán Ilia Goldman permanecía sentado ante una mesa hecha con troncos de madera, en una de las dependencias para interrogatorios del Campo 782. Solo en la habitación, con la cabeza entre las manos y los ojos cerrados al mundo, escuchaba los crujidos de la madera antes de partirse por efecto del frío. Un ligero viento del mar de Siberia oriental silbaba a intervalos. Más allá de eso, no había nada.

Sobre la mesa, dos pilas con archivos: una con los prisioneros que ya habían sido procesados, otra con aquellos cuyos casos aún seguían pendientes. Una bombilla desnuda colgaba del techo. Sus pies eran víctimas de un frío insidioso que se colaba entre los tablones del suelo y traspasaba sus botas y calcetines como una llamarada gélida que le hacía arder la piel. Pero Ilia se había resignado. Después de viajar a los campos de Utiny había comenzado a admirar el frío, un astuto depredador que se introducía en el cuerpo humano hasta penetrar en el interior cálido. El corazón: eso era lo que buscaba.

«Pues bienvenido», pensó.

Inspiró hondo y aisló su mente de la angustia para concentrarse en las notas que acababa de escribir. Las había garabateado sobre el rígido y ceroso papel de la burocracia soviética: un pliego acartonado, de color beige con manchas, diseñado para durar mil años. Al cabo de ese siglo se podría saber que al menos uno de los prisioneros del Campo 782 había sostenido que la ración de pan era más que adecuada, excesiva incluso, y se había atrevido a sugerir que las raciones fuesen reducidas, de modo que los heroicos hombres y mujeres que luchaban en el patriótico Ejército Rojo pudiesen obtener mayores fuerzas para enfrentarse a los invasores fascistas. Dicho prisionero, el 389062, era un esqueleto de color amarillo que se había sentado frente a él, asintiendo y temblando, mientras estrujaba su gorra con el atávico gesto de los campesinos e intentaba dibujar algo similar a una sonrisa, los labios estirados, las encías sin dientes. Su declaración había sido meticulosamente registrada y firmada por el capitán I. J. Goldman, Oficina del Inspector General, Dirección de los Campos de Trabajo, Cuarta División, Sexto Consejo Administrativo, NKVD.

Es decir, en términos burocráticos, había sido enterrado en vida.

Desde sus servicios en España, Ilia Goldman se había movido exclusivamente en los niveles más altos del NKVD: director Jefe del Consejo Administrativo, Quinto Departamento, esto es, el apreciado destino en Europa Occidental. Ideológicamente era alguien en quien confiaban.

Profesionalmente se le tenía por alguien listo y agudo, un hombre que conocía el juego y evitaba los problemas: protegía a sus amigos y éstos lo protegían a él, al tiempo que incrementaba su círculo de influencia y se apuntaba favores a diario. Las expresiones de agradecimiento eran desechadas con gesto desenvuelto. «Ya me ayudarás tú algún día», les decía a sus nuevos amigos.

Pero cuando llegó el momento decisivo, un traslado de castigo a la oficina a cargo de los campos de trabajo, sus amigos no respondieron al teléfono, así que no le quedó más que aceptar su suerte: la caída a un abismo donde la gracia y el ingenio no contaban para nada. Allí lo que se necesitaba era un puño de hierro y un estómago de acero, aunque ser ciego y sordo no dejaba de ser una ayuda. Se despreciaba a sí mismo por haber permitido que le ocurriese algo así, por no haber comprendido a tiempo lo que podía suceder. Se había formado una opinión de sí muy elevada: brillante, hábil, un oficial de inteligencia que tenía que estar en Madrid, en París, en Ginebra. Un judío listo de Bucarest —se decía burlándose de sí mismo—, sofisticado, un cosmopolita, en términos del NKVD, que no merecía otra cosa. El servicio jamás enviaría a un tipo tan bueno al Gulag para que escuchase los discursos memorizados por un desfile de cadáveres agotados. Claro que no, nunca harían algo así.

Pero él les falló. Intentó engañarlos y lo descubrieron. Y ahora lo habían castigado.

Para más inri, su caída se había producido en Rumanía, su tierra natal, que no había visto en diez años. Ese triste y desahuciado país, el vertedero del sudeste de Europa, con su ridícula nobleza en decadencia y sus campesinos, que creían que el líder de la Guardia de Hierro, Codreanu, era la reencarnación de Cristo. Sus líderes se habían alineado con Hitler y las divisiones rumanas habían luchado con valentía en la península de Crimea, y en otros lugares, hasta que el gigantesco contraataque ruso las había hecho retroceder de manera inevitable.

Rumanía se había rendido a comienzos de septiembre ante Estados Unidos, Gran Bretaña y, en teoría, ante la URSS, aunque los rusos no parecían muy interesados en las sutilezas diplomáticas del poder compartido y a los pocos días les pasaron la factura a los rumanos. A continuación enviaron al personal del NKVD, Ilia Goldman entre ellos, para asegurarse de que iban a pagarla. En su totalidad y a tiempo.

Para un país que acababa de pasar cuatro años combatiendo, era una cuenta bastante elevada. Setecientos millones de lei (cerca de cincuenta millones de dólares americanos), muy por encima de lo que había en las arcas

de Rumanía. Pero ése no era más que el primero de los conceptos incluidos en la factura. Había que sumar lo siguiente: todos los aparatos de radio de propiedad privada; 2 500 000 toneladas de trigo, 1 700 000 cabezas de ganado; 13 000 caballos y cuantiosas toneladas de verduras, patatas y cigarrillos. Todas las líneas telefónicas y telegráficas debían ser desmanteladas y enviadas al Este en vagones de mercancías, una vez que estos últimos hubiesen sido reacondicionados al ancho de las vías rusas. Se debían formar doce divisiones de inmediato para luchar contra los alemanes y los húngaros. Y la lista no terminaba ahí: ambulancias, médicos, oro, plata, relojes, madera: todo lo que tuviera algún valor, la totalidad de las posesiones a nivel nacional. Aún más, a partir de ese momento la URSS controlaría todos los medios de comunicación, la marina mercante, toda la industria y todas las emisoras de radio. Pero, aunque la población rumana no podía oírlas después de haber enviado sus aparatos a Rusia, los observadores extranjeros sí podían.

Estas directivas fueron emitidas y los campesinos, en su mayoría, obedecieron. Ilia los vio arrastrar los pies en los pueblos acarreando su ganado y el contenido de sus graneros y despensas. Dios había dirigido a sus líderes, parecían decirse, y ahora Dios los había abandonado. Ilia observó sus rostros y el espectáculo le partió el corazón. Claro que para sus superiores él no era un rumano, sino un judío —eso era una nacionalidad, además de una raza—, y no veían ninguna razón para que esto pudiera despertar cierto apego en él por un país que en un pasado remoto había acogido a un vendedor ambulante con su familia. Se suponía que él conocía a esa gente, sus trucos y sus mañas, y debía aprovechar todo eso para explotarlos.

No es que sus jefes quisieran que se encargase de hacer el trabajo sucio de forma personal. No, para eso contaba con personal cualificado, muchos de ellos de la antigua Guardia de Hierro, que ahora habían «visto la luz» del socialismo progresista. Aunque no eran más que matones con uniforme, servían para un propósito. Cuando había que disparar a alguien, ellos se hacían cargo. El problema era que Ilia podía oírlos y luego veía los cuerpos sin vida atados a los postes detrás de los cuarteles. A veces no era necesario disparar, una simple paliza bastaba. Cuando los campesinos era golpeados, lloraban e imploraban la misericordia del amo del castillo. Una vieja tradición. No entendían lo que les estaba ocurriendo y alegaban inocencia, jurando ante Dios.

Pero la mayoría obedecía. Traían todo lo que poseían, reunían a sus animales para que se los llevaran e intentaban causar buena impresión a sus nuevos amos para recibir un trato amable. Un anciano que se iba de su pueblo

y que tenía un caballo percherón le introdujo una zanahoria a Ilia en el bolsillo:

—Es bastante mañoso —le confesó en voz baja, convencido de que Ilia era el nuevo propietario del caballo—, pero trabaja como un condenado si se le ofrece una golosina.

Durante las primeras semanas, a medida que los Cárpatos se fueron dorando con el otoño, se fue acostumbrando a la situación, echándole coraje. Pero sus superiores no se habían equivocado con él: era verdad que conocía a esa gente, sus trucos y sus mañas. De hecho, las conocía demasiado bien. Conocía el brillo en la mirada del hombre que ve desaparecer en un instante el trabajo de toda su vida.

Así que comenzó a hacer trampas.

Sólo un poco, de vez en cuando, pecados por omisión: algo tan sencillo como no informar de lo que veía. Pero según fueron pasando las semanas, salieron a relucir la contabilidad y los números transmitidos al aparato encargado de comparar, de poner una cifra junto a otra para evaluar la producción. Las cifras a su cargo se habían ido reduciendo día a día hasta que alguien cayó en la cuenta y envió a un encargado a ver qué diablos estaba ocurriendo. No tardaron mucho en dar con él.

El traslado fue ordenado de inmediato. Ilia intentó hacer algunas llamadas por teléfono. Pero ya estaba marcado y sus amigos lo sabían, así que lo dejaron solo para evitar que les contagiara.

En el Campo 782 la procesión de prisioneros continuó durante toda esa tarde de invierno, acompañada del incesante silbido del viento. Salía uno y entraba otro. Cada prisionero había sido seleccionado por el comandante del campo para que ensayase bien sus declaraciones. Todos se referían al sacrificio personal, al patriotismo, al trabajo duro y a las brigadas de choque trabajando a lo largo de la noche para satisfacer las previsiones de producción. Y, por supuesto, a la fe inquebrantable en el Gran Líder. Ilia Goldman se preocupaba de anotar todo y firmarlo, como un autómata que cumple con el papel asignado en el ritual. La sorda agonía de esos lugares, perdidos en el silencio de un territorio interminable y gélido, podía acabar con él en cuanto se abandonase a ella. Por eso se había impuesto a sí mismo el aturdimiento, para no sentir nada de nada. No había otra defensa.

Al final de la tarde, sólo le quedaba un expediente por revisar.

Ingreso: 20 diciembre 1936  
Clasificación laboral: funcionario  
Función actual: Oficina de Asignación de Tareas Calificación de seguridad:  
Fiable  
Cargos: Artículos 40, 42, 42A, 45 y 70 del Código Judicial  
Fecha de liberación: 20 de diciembre de 1966

No había nombre alguno en el archivo, ni edad, ni nada de la vida de 503775 antes de ingresar en el campo. Esa información, clasificada y archivada en otra parte, con toda certeza debía de estar en las oficinas del oficial residente del NKVD. Pero a Ilia le bastó una mirada a esa página para saber que se trataba de un prisionero que había sido alguien, que se había librado de las purgas de 1936, una persona demasiado importante para ser asesinada, y que, por ello, había sido enviada a Utiny en calidad de anónimo. El hombre era alguien que conservaba una importante cuota de poder (poder entre burócratas, pero poder), así que parecía haberse condecorado con la administración del campo. Al entrar en la habitación, Ilia tuvo la vaga impresión de reconocerlo.

A simple vista no era distinto a los restantes prisioneros: tembloroso, nervioso, cada movimiento sugería humildad. Al caminar arrastraba una pierna, rozando el suelo. Llevaba la cabeza rapada para evitar los piojos y las raciones del campo habían reducido sus carnes. Sus ojos no eran más que dos ranuras tras años de trabajo a la intemperie en Kolymá, con el sol reflejándose sobre los campos de hielo. Sus hombros doblados bajo el peso, la barba larga y lacia. Debía estar por los cincuenta y muchos, pese a que uno nunca podía estar seguro de la edad en un campo.

Ilia le indicó la silla con la cabeza y el prisionero tomó asiento, y se lanzó de inmediato a soltar su discurso de devoción patriótica. A Ilia le quedó claro por qué el comandante había elegido a ese sujeto para el final del día: un despliegue teatral de ese calibre serviría para que el enviado del inspector general se fuese encantado al siguiente campo. Las frases fluían como el aceite. «Hemos de recordar» y «en horas en las que la Patria nos llama» y «desviados del curso de la verdad» y «con una dedicación ineludible al sacrificio». Estaban todas las expresiones preferidas del año: el hombre era un poeta en el género de los clichés políticos.

«Dios mío —pensó Ilia—, pero si estoy hablando con Sasha Vonets».

Se inclinó hacia adelante con expresión asombrada por el reconocimiento y abrió la boca para decir algo. La mano de Sasha pasó por encima de la mesa e Ilia sintió un dedo curtido presionando unos segundos sus labios, en silencio. Su admiración era total: Sasha seguía sin perder el hilo, «inspirado

por el Gran Líder», mientras señalaba las paredes, antes de llevarse un dedo al oído derecho. Ilia asintió en señal de complicidad. Al comandante del campo le gustaba asegurarse de que nadie dijese algo equivocado. El cuarto de interrogatorios había sido ingeniosamente diseñado dentro de un laberinto de oficinas administrativas. Carecía de ventanas, como se supone debe ser todo espacio destinado a los interrogatorios: se trataba de evitar cualquier cosa que pudiera proporcionar al prisionero la más mínima vía de escape de las dificultades en las que se hallaba. Ilia se daba cuenta de que era muy probable que el comandante del campo tuviese a algún lacayo sentado junto a una de las paredes tomando notas taquigráficas de cada frase.

Tras soltar sus parrafadas introductorias, Sasha pasó a recitar un poema titulado «Rojos estandartes», una referencia a la medalla de honor del NKVD que nunca podía ser llevada en público. Aparentemente, este poema era una contribución personal al esfuerzo de guerra. Desde la primera estrofa, Ilia tuvo claro que se trataba de una suerte de épica moderna, un himno edificante en alabanza a los servicios de seguridad:

*¡Levantaos!  
Oh patriotas en las sombras  
que no veis el vuelo de las grullas,  
vuestros rojos estandartes sólo vuelan con la oscuridad  
¡Para vosotros es nuestro homenaje!*

Y así continuó durante un buen rato, con imágenes marciales de lucha y heroísmo marchando en un gran desfile. Al acabar, Sasha rodeó la mesa e introdujo dos trozos de papel en el bolsillo de la chaqueta de Ilia. Cuando volvió a sentarse, Ilia dejó escapar lentamente el aliento. La proximidad del agrio y roñoso tufo a sudor de los prisioneros casi le producía arcadas.

—Me permite preguntarle, camarada capitán, su opinión sobre mi humilde poema...

—Encomiable —contestó Ilia—. Tenga la certeza de que informaré a las instancias de la existencia de este trabajo. Se lo aseguro.

—Gracias, camarada mayor.

—Gracias a usted, 503775. Ya puede retirarse.

Sasha se puso de pie. Por un instante su mirada apareció sin velos e Ilia pudo vislumbrar los ocho años que había pasado en los campos. Pero enseguida el hombre volvió a retraerse en sí mismo, sus ojos se apagaron y se transformó de nuevo en el funcionario de las instalaciones de la explotación aurífera de Kolymá.

Ilia sintió un deseo desesperado de tranquilizarlo, ofrecerle un gesto de humanidad y compañerismo. Se llevó la mano al bolsillo, donde estaban los trozos de papel, sobre su corazón. Sasha cerró los ojos en un gesto silencioso de gratitud e inclinó la cabeza, antes de darse la vuelta y salir de la sala arrastrando su pierna por el suelo.

Antes de que pudiese estar a solas para leer las cartas, Ilia tenía bastante por hacer: una reunión con el oficial del NKVD, seguido de un intercambio horriblemente burocrático de «confidencias» con el asistente principal del comandante del campo, durante el cual Ilia se aseguraría de comunicarle su gran satisfacción ante lo que había encontrado. Después, la interminable cena regada con vodka organizada en su honor por el comandante, a la que asistirían los altos cargos con sus esposas. Le tocó sentarse junto a una gorda de cara rojiza y ojos alegres embutida en un vestido largo de los años veinte, que le colocó una mano sobre el muslo por debajo de la mesa y se inclinó contra su hombro:

—Está usted comiendo pecho de lobo —le dijo entre risitas al oído—, ¿no es delicioso?

Después de mucho rato, bien entrada la noche, fue llevado de regreso al tren de dos vagones que descansaba sobre las vías construidas para transportar el oro extraído en el campo 782. Entró en su compartimento privado, acondicionado en un furgón de mercancías y le comunicó a su ayudante que no deseaba ser molestado. A continuación encendió una lámpara de aceite y su luz alumbró el interior de madera del vagón.

Unos minutos después sentía el primer temblor de emoción, al oír los enganches acoplarse con un sonido metálico. Lentamente, el tren se puso en marcha. Fuera, los interminables campos nevados resplandecían en la oscuridad y el acompasado ritmo del motor incrementaba la sensación de hallarse a la deriva en medio de la inmensidad.

La primera carta estaba garabateada, daba la impresión de haber sido escrita muy deprisa:

Ilia Goldman: Esta mañana pude observarlo al entrar en el campo y me di cuenta de que ya nos conocíamos. Como no he podido acercarme a usted, me identificaré como el coronel A. Y. Vonets, Sasha. Nos conocimos brevemente en 1936 cuando estábamos de servicio en España.

En marzo de 1943, un hombre llamado Semmers llegó a este campo condenado por el Artículo 83 (actividades antisoviéticas). Él me puso al tanto de una conspiración conocida como BF 825 que existía entre el Frente Fraternal de 1934, en el recinto de entrenamiento ubicado en la calle Arbat. Según contaba, se le había

acercado Drazen Kulic, pero había más gente involucrada, incluidos Josef Voluta, Jristo Stoianev y usted mismo. Semmers intentó escapar en marzo de este año pero fue descubierto y abatido a tiros.

No informaré a nadie de su complicidad en dicha conspiración si lleva usted a cabo dos acciones por mí: (1) La carta adjunta va dirigida a Josef Voluta y creo que usted podrá hacérsela llegar. (2) Durante los próximos sesenta días debo ser trasladado al Campo 209 en Bîlhorod-Dnistrovskiy, en la desembocadura del Dniéster en el mar Negro. Sé que usted está capacitado para llevar a cabo esto dentro de la administración de los campos de trabajo. Si opta por no hacerlo, informaré al NKVD local sobre la existencia del BF 825 y de su participación. Perdóneme Iliá. No sobreviviré otro año en este lugar.

La segunda carta no tenía encabezamiento y estaba escrita en pequeñas letras apretujadas en una tira de papel:

El 12 de abril estaré en la aldea rumana de Sfintu Gheorghe, en la vertiente sur del Danurea, allí donde desemboca en el mar Negro. Poseo información extraordinariamente valiosa para los servicios de inteligencia occidentales. La información está registrada en un documento que llevaré conmigo, pero sólo puede ser utilizada contando con mi ayuda. Por ejemplo, el agente conocido como ANDRÉS (Avram Roubenis) fue asesinado en París en 1937 con un veneno de acción lenta administrado clandestinamente en un café por órdenes del coronel V. I. Kolodny, de la *rezidentura* de París. Este ejemplo es uno entre cientos. Permaneceré en Sfintu Gheorghe desde el 12 de abril hasta que sea descubierto o traicionado. Entonces confesaré sobre el BF 825 y todo lo demás que sé. Firmado: un coronel del NKVD.

Iliá se echó hacia atrás y contempló su imagen reflejada en la ventana oscura. Su cara aparecía tensa y descolorida, rematando el uniforme verde del NKVD. Fue deduciendo cuáles podían ser las intenciones de Sasha. La desembocadura del Dniéster estaba a menos de ciento sesenta kilómetros del delta rumano del Danurea, el Danubio. Después de la rendición, los antiguos barcos de vapor para el transporte de minerales circulaban constantemente entre esos dos sitios. Arribaban vacíos a Rumanía y regresaban cargados de trigo, vegetales, caballos y Dios sabe cuántas cosas más. Sasha tenía la intención de escapar del campo y colarse en uno de los vapores que partían de Odessa y atracaban en Bîlhorod, donde los prisioneros del Gulag estaban construyendo una planta química. Se escondería a bordo del barco en Bîlhorod para luego desembarcar secretamente en Izmaíl, el puerto soviético en el Danubio, desde donde podría dirigirse a Sfintu Gheorghe. Esta última localidad se encontraba nominalmente en territorio rumano, aunque en realidad era parte de la antigua Besarabia, región tan perdida en aquel rincón del planeta que resultaba casi desconocida.

Si Voluta recibía la carta, emplearía el aparato del NOV para hacerle llegar la misiva a algún centro de inteligencia de Occidente. Eso serviría, según Sasha, para que buscasen una forma de sacarlo del pequeño pueblo de



pescadores de Sfintu Gheorghe. La carta iba dirigida a Voluta porque Sasha sabía que él lo conocía personalmente, así como a otros miembros de la conspiración BF 825, y estaba en condiciones de confirmar el valor de su información a los servicios de Occidente.

A su manera, era una confabulación bastante inteligente. Escapar de un campo en Kolymá era casi imposible: el propio territorio era una cárcel. Y ningún servicio de inteligencia de los aliados intentaría una acción encubierta sobre suelo de un país que formalmente se consideraba amigo. Por eso Sasha tenía que encargarse de todo lo relativo a su huida de Rusia. Por otra parte, Rumanía estaba en una fluctuante situación política que parecía facilitar una operación para facilitar la fuga de allí a un elemento deseado.

No obstante, los años de entrenamiento y experiencia le decían a Ilia que no: el plan no tenía casi ninguna posibilidad. Demasiadas etapas, demasiadas suposiciones, un palo de ciego propio de un condenado. Y sí, era una sentencia de muerte para el propio Sasha. Y una vez que hubiese escapado de Bílorod, en cuanto alguien se preguntase por qué razón había sido trasladado allí, también significaría la sentencia de muerte para Ilia Goldman.

A menos que, pensó Ilia mientras sentía los lentos latidos de su corazón, el 12 de abril estuviese en otra parte.

Pero si el plan tenía mucho de buenos deseos, la parte que lo afectaba a él era casi perfecta. Visto de forma objetiva, Sasha Vonets había diseñado una magnífica trampa. Una vez dentro, se dio cuenta Ilia, sólo podría avanzar en una dirección: no había escapatoria y, al final, sólo podía llegar adonde él había querido. El pálido rostro reflejado en la ventana sonrió apesadumbrado. No se podía pedir una trampa mejor.

Navidad, Rozhdyestvo, ya no era un día de fiesta en la Unión Soviética. Sin embargo, la noche del 24 de diciembre, la lista de turnos de la Cuarta División de la Sexta Junta Directiva estaba seriamente mermada. La oficina central de inspector general en Moscú se hallaba en la calle Ulyanovskaya, en un edificio de principios de siglo con amplios salones de mármol que antaño habían albergado las oficinas tributarias del zar. Goldman era casi la única persona en todo el edificio aquella Nochebuena: la mayor parte de los oficiales superiores parecían estar de baja por catarro o se encontraban enfrascados en importantes asuntos fuera de sus despachos. Tal vez, pensó Ilia, se dedicaban a vigilar a Dedushka Moroz, el Abuelo del Frío, en su visita a los niños durante la noche previa a la Navidad. En cualquier caso, el capitán

Ilia Goldman era judío y, como tal, consideró muy productivo no tener catarro o negocios importantes que resolver en otras partes en Nochebuena y por eso se había apuntado voluntariamente para trabajar en doble turno y asumir la responsabilidad de ser el oficial al cargo durante la noche.

Hasta poco después de la medianoche se dedicó a su trabajo administrativo. Entonces se encaminó al despacho del mayor general Liuzhenko, cuya principal responsabilidad consistía en suprimir los levantamientos ocasionales que se producían entre la población de los campos de trabajo. Había escogido con mucho cuidado a Liuzhenko, una mala bestia particularmente desagradable. Ese hombre, según los designios de Ilia, estaba a punto de realizar el único acto honorable en toda su vida. Cuando las cosas se ponían cuesta arriba uno podía oírlo por toda la séptima planta gritando al teléfono, maldiciendo, a punto de lanzar espumarajos de rabia.

Liuzhenko había cerrado la puerta de su despacho con llave pero, para el capitán Goldman, formado por el NKVD, aquello no representaba un problema. Ilia encendió las luces del despacho y buscó entre los archivos hasta que encontró los formularios de traslado. Colocó uno en la máquina de escribir de la secretaria de Liuzhenko y lo rellenó, preocupándose de marcar todas las casillas debidas. En el apartado Razón para el Traslado escribió: «Por orden del mayor general Liuzhenko». En el pasado había sido razón más que suficiente y también lo sería ahora. Halló una carta firmada por el general y la deslizó bajo el formulario para poder calcar la firma con un bolígrafo que cogió de un cajón. Apagó las luces, volvió a cerrar con llave el despacho y bajó al salón. Por el camino recogió otras tres firmas anexas mediante el mismo procedimiento. Finalmente, colocó el formulario de traslado en la bandeja de órdenes a cursar depositada sobre el escritorio de la secretaria del oficial al mando: Sasha Vonets ya estaba en camino a Bîlhorod-Dnistrovskiy. Qué rápido, pensó Ilia, se podía mover la burocracia soviética cuando quería.

Salió del edificio y recorrió unas manzanas por la calle Ulyanovskaya hasta girar hacia el norte, en dirección a uno de los edificios asignados al ministerio de Transporte (interno). Al ver su uniforme del NKVD, el guardia de la puerta le permitió la entrada sin preguntar. Quién podía saber qué se traía entre manos un tipo de éstos, incluso en Nochebuena.

Los salones de ese ministerio en concreto eran incluso más grandiosos que los de su lugar de trabajo y cada piso tenía su propia encargada de la limpieza, las tradicionales *babas*, con sus pañuelos en la cabeza, que se pasaban las largas noches de rodillas junto a un cubo con agua y jabón, fregando con un cepillo las marcas dejadas por las botas durante el día. En el tercer piso, Ilia

pasó con cuidado junto al mármol húmedo del suelo, oyendo el eco de sus pasos resonar por el vacío corredor. En la tercera planta se encontró con la encargada de la limpieza, frente a la puerta de un despacho con un cartel del departamento de Mantenimiento de Tranvías: ASISTENTE DEL SUBDIRECTOR. La mujer vestía toda de negro. Sus grandes senos se balanceaban dentro de un viejo vestido de algodón mientras fregaba tarareando, completamente absorbida en ese trabajo que desempeñaba noche tras noche, eternamente.

Al verlo aproximarse y detenerse ante ella, la mujer no le hizo mayor caso. Otro par de botas más. Cuando le entregó una tira de papel marrón con unas letras minúsculas apretujadas en un lado y un nombre codificado en el otro, se limitó a guardarlo con una mano en alguna parte de su vestido sin dejar de fregar con la otra.

Ya de regreso a su despacho por la calle Ulyanovskaya, Ilia caminó con lentitud. Era una noche gélida y clara, y un millón de estrellas se extendían sobre su cabeza.

\* \* \*

A las 6:30 de la madrugada del 25 de diciembre, Natalia Federova, encargada de la limpieza en las oficinas del ministerio de Transporte, esperaba el tranvía número 26 en la estación de Usacheva para regresar al piso que compartía con su hija, su yerno y sus hijos. Por una coincidencia, el marido de su hermana, Pavel, cogía también esa misma ruta, por lo que seis días por semana se saludaban cuando ella subía al transporte para volver a casa y él bajaba para ir al trabajo. Ahora nevaba un poco, con aquella nieve ligera y seca que podía estar cayendo durante días.

El tranvía venía con veinte minutos de retraso, pero Natalia esperaba pacientemente junto a los restantes trabajadores nocturnos que volvían a sus casas, todos en silencio bajo la nieve, que no paraba de caer. Cuando finalmente llegó, Pavel fue uno de los últimos en apearse del transporte. Se dieron un beso rápido y cuando sus mejillas se tocaron, él le murmuró un saludo al oído: «*Shrozedestvrom Kristovim*», Cristo ha nacido. Por un instante, Pavel retuvo con calidez la mano de su cuñada y luego se llevó la tira de papel marrón al bolsillo de su abrigo de soldado de infantería. Había perdido un ojo durante los combates en Stalingrado y sobre su pecho destacaban tres hileras de medallas.

Ese breve saludo bastó para que Natalia tardara un poco al subir al tranvía, lo que la obligó a viajar de pie todo el camino hasta su piso durante una hora y cuarto. Iba cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro,

mientras, pensativa, veía pasar la ciudad a través de las ventanillas. En realidad, tenía la mente puesta en la cena que celebrarían aquella misma noche con su hermana y con Pavel. Tenía la intención de preparar un poco de bizcocho de Navidad al horno. Desgraciadamente, tendría que arreglárselas sin huevos, ni qué decir de las pasas, pero Pavel había recibido un pequeño paquete de azúcar en el trabajo, así que habría algo dulce.

Cuando faltaban pocos minutos para las siete, Pavel llegó a las oficinas de la legación belga en la calle Usacheva, donde trabajaba como portero. Canturreando, sacó fuera los cubos de basura: el grande y abollado con los desechos de comida y otro «material húmedo», que sería luego recogido por el camión, mientras el pequeño cubo de madera, con «material seco», que incluía principalmente papeles de toda clase empleados por los funcionarios de la legación durante el turno de noche, era recogido por dos hombres que conducían un coche negro y que nunca le dirigían la palabra.

A continuación se dio una vuelta por los despachos de la legación, asegurándose de que los ceniceros estaban limpios, y vació los restos dejados por los lápices a los que habían sacado punta. El minúsculo despacho ubicado al final del pasillo era el de un miembro del cuerpo diplomático, un católico devoto, nieto de inmigrantes polacos. Después de vaciar los restos dejados por los lápices añadió un pequeño detalle: una tira de papel marrón, doblada e inserta en el orificio del sacapuntas antes de volver a colocarlo en su sitio del revés, señal de que había pasado el cartero.

El 10 de enero, un corresponsal de guerra canadiense salía de Moscú hacia los suburbios de Varsovia para estar presente cuando el Primer Frente Bielorruso del mariscal Zhúkov, acompañado de unidades del ejército polaco de Lublin, marchasen para tomar el control de la ciudad. Las divisiones de Zhúkov habían permanecido a la espera al otro lado del Vístula desde agosto de 1944, mientras el Ejército Territorial Polaco, dirigido por el general Bor, luchaba en las calles y cloacas de Varsovia con la División Totenkopf (calavera) del ejército de Hitler. Cerca de un cuarto de millón de partisanos polacos habían muerto en los combates, en los que sólo habían contado con la asistencia ocasional de los rusos. Por ello, no habría resistencia alguna por parte de los polacos cuando el Ejército de Lublin, en representación del Partido Comunista Polaco, se hiciera con la administración del país. El reportero canadiense pasó la noche del 15 de enero entretenido por el grupo de asistentes de Zhúkov. El ambiente era de gran camaradería y se brindó en numerosas ocasiones. Cuando un frío sol despuntó al amanecer del día 16, el corresponsal se acercó al Vístula para contemplar la nube de humo gris sobre

la ciudad calcinada al otro lado de las aguas. A su regreso a la vieja casa solariega que servía de cuartel general a Zhúkov comprobó que la pequeña tira de papel marrón había sido retirada del fondo de su saco de dormir. Le alegraba haberse deshecho de ella. Si bien las minúsculas inscripciones en cirílico sobrepasaban sus habilidades lectoras, había tenido especial cuidado mientras el papelito estuvo en su poder. Esos pequeños «favores» que le hacía a su amigo belga lo ponían nervioso, aunque en compensación le permitían a veces enviar buen material hacia Canadá dentro de las valijas diplomáticas belgas, eludiendo así la implacable censura rusa. El periódico estaba encantado con esos envíos y repartía las informaciones en distintos artículos para proteger a la fuente. Incluso desde agosto le habían aumentado el sueldo, pues había ascendido tres categorías en el escalafón. No podía más que alegrarse por ello, era un hombre que quería destacar en su trabajo.

\* \* \*

Josef Voluta había regresado a la Polonia ocupada en el verano de 1944 junto con otros dos miembros del NOV, el grupo nacionalista polaco compuesto por unos cuantos oficiales del ejército y sacerdotes católicos. Habían recibido órdenes de presentarse en Varsovia para estar disponibles cuando el país regresase a la vida. No obstante, sólo habían podido ser testigos de su muerte.

Hacia finales de julio, los polacos casi podían saborear la libertad. Eso sería en julio o en agosto, era lo que todos decían. Los más pesimistas hablaban del mes de octubre. Las tropas alemanas habían comenzado a ceder terreno, retirándose de los territorios que habían ocupado en toda Europa del Este. Atrás dejaban a los «colonos» alemanes enviados por Hitler para promover la civilización en las regiones «bárbaras» que habían conquistado.

Para el 31 de julio, se podía ver incluso a los más pesimistas silbando por las calles. El Primer Frente Bielorruso, encabezado por Rokosovski, se encontraba a unos dieciséis kilómetros de Varsovia, pero Hitler parecía no resignarse a la idea de perder a su amada Polonia, su primera conquista por las armas, su primer *amour*. Las redes de inteligencia del NOV fotografiaron la llegada de las divisiones Viking y Totenkopf de las SS, de la división Hermann Goring y de la 19.<sup>a</sup> Brigada Panzer. Eran lo mejor (lo peor) que Hitler podía reunir.

Pero esto no sirvió para hacer desistir al Ejército Territorial Polaco, liderado por el general Komorovski (entonces conocido por su nombre de batalla, el general Bor), de su propósito de atacar a los alemanes. Los polacos conocían a los rusos desde hacía siglos y no le daban mucha importancia a las

diferencias entre zares y bolcheviques, de modo que, cuando Rokosovski tomó la ciudad, los polacos ya se habían preparado para darles la bienvenida a los aliados rusos como redentores y liberadores, no como conquistadores. Ni como fuerzas de ocupación.

Durante las primeras semanas todo transcurrió bastante bien. Los pánzers, obligados a internarse por las callejuelas de la ciudad vieja, demostraron ser incapaces de maniobrar y acababan incendiados gracias a bombas incendiarias de fabricación casera. Cuando la tripulación huía del blindado en llamas, los francotiradores polacos los abatían. La radio de Moscú celebraba el levantamiento y en la emisión del 5 de septiembre llamaba a todos los patriotas polacos a «unirse al combate contra los alemanes para lograr esta vez ¡una acción decisiva!». Por toda la ciudad de Varsovia las unidades de partisanos atacaban las posiciones alemanas, a menudo en plena noche: rápidas emboscadas a corta distancia realizadas por sombras a la carrera que se desvanecían en la oscuridad en cuanto llegaban los refuerzos alemanes.

Sin embargo, hacia mediados de septiembre los polacos se estaban quedando sin comida, munición, armas y, sobre todo, anestesia para los heridos. Los rusos, que aún permanecían a unos dieciséis kilómetros de distancia, del otro lado del Vístula, autorizaron a británicos y americanos a repostar en sus aeropuertos para vuelos de aprovisionamiento. Pero el 18 de septiembre la autorización fue cancelada. Durante los siguientes tres días, las unidades de las SS causaron cuantiosas bajas entre aquellos grupos de partisanos, prácticamente desarmados. Luego, el 21 de septiembre se inició un enorme esfuerzo de reabastecimiento, con más de dos mil misiones aéreas durante siete días. Pero el 30 de septiembre, cuando las unidades polacas se encontraban en plena batalla, los rusos volvieron a no autorizar los vuelos y, a partir de entonces, el abastecimiento cesó.

A esas alturas, doscientos cincuenta mil polacos habían muerto en combate. El Ejército Territorial Polaco dejó de existir como fuerza de lucha y el 19 de octubre Hitler tomó la decisión de destruir aquello que no podía poseer. Siguiendo órdenes, los ingenieros alemanes se dedicaron meticulosamente a hacer volar la ciudad. El Comité Lublin (el gobierno en el exilio, patrocinado por los soviéticos) condenó el levantamiento, calificándolo de «inútil». El primer día de 1945, el mismo comité se declaró gobierno legítimo de Polonia. El 17 de enero, los rusos cruzaron finalmente el Vístula y el Primer Frente Bielorruso de Zhúkov inició su marcha triunfal por la ciudad.

Voluta había permanecido en Varsovia incluso cuando ya era evidente que estaba condenada. Siempre había alguna cosa más que resolver, heridos

por los que velar, los cambios en las posiciones alemanas, la fabricación de bombas caseras, la administración de los últimos sacramentos. Los partisanos vivían como ratas en una ciudad de fantasmas, una ciudad que había ardido durante tres meses, entregada a su propia muerte. En esos días, Voluta se vio obligado a recoger granos de trigo del barro para evitar la inanición, se dedicó a recargar las cintas de las ametralladoras, operó a un hombre herido usando la aguja y los hilos de un sastre, y con metanol como anestesia porque no había nada más.

El 3 de enero Voluta logró restablecer contacto con la Ciudad del Vaticano, adonde envió un mensaje radial codificado dirigido al centro de comunicaciones del NOV. Para ello se usaba una frecuencia comercial que radiaba un mensaje codificado a partir del Libro de Daniel. La radio *réparage* de los alemanes casi dieron con él porque el cansancio lo hacía demorarse con las teclas del transmisor y la transmisión le había llevado demasiado rato. Pero el conductor del camión con la unidad móvil alemana se había desorientado en la densa humareda que dominaba la ciudad y unos cuantos adolescentes habían aparecido del fondo de las cloacas para hacerlo saltar por los aires, al encender la gasolina del tanque con una larga mecha con un trozo de camisa.

El contacto de Voluta respondió el 9 de enero. Una transmisión de cincuenta segundos, siguiendo el código del Libro de Daniel, le daba órdenes de esperar «una carta urgente», que le llegaría a través del sistema de mensajeros del NOV y las instrucciones sobre cuándo y dónde debía recogerla. La última parte de la transmisión le ordenaba hacer llegar ese mensaje a «KS» e informaba a Voluta sobre dónde hallarlo.

Por ese motivo, la mañana del 17 de junio Voluta logró abrirse paso hasta un edificio destrozado en los límites de lo que alguna vez había sido el gueto, donde un grupo de muchachos se afanaba vaciando sacos de arena y echando abajo un nido para ametralladoras, que por algún motivo, había sobrevivido a la destrucción de la ciudad. Una chica de unos trece años lo saludó y le entregó una tira de papel marrón. Se hallaban todos al borde de un enorme cráter en medio de la calle, producido por el impacto de un proyectil de un 88 alemán. Al mirar al fondo de ese agujero Voluta pudo ver una alcantarilla, y las aguas negras que corrían mansamente. A ratos, bajaban cadáveres flotando. En la distancia se podía oír el sonido de una banda militar rusa, metálico y discordante. Voluta leyó la tira de papel con rapidez y se la echó al bolsillo.

—Gracias —le dijo a la chica. Luego indicó con la cabeza el lugar de donde provenía la música y añadió—: Ahora debes tener cuidado, ¿vale?

La chica sonrió. Tenía la cara tiznada, las manos envueltas en harapos para cubrir las llagas causadas por el cañón de la ametralladora, los pies perdidos en un par de botas absurdamente grandes de algún miembro de la tripulación de uno de los tanques de la Wehrmacht.

—Lo tendré, padre —le respondió ella—, puede usted estar seguro.

—¿No tuviste problemas al otro lado del río?

—No, padre, ningún problema. Estaban todos roncando como osos y he aprendido a ser invisible.

Voluta asintió, le dijo adiós y extendió una mano para tocar su rostro por un instante. Su corazón estaba lleno de cosas que le habría gustado expresar, pero no dijo nada.

Al caer la noche dejó la ciudad vestido como un labrador. A la mañana siguiente, con ropas de sacerdote, cruzó la retaguardia de las divisiones alemanas en retirada, repartiendo bendiciones entre aquellos soldados que lo solicitaban. Después enfiló al sur y se desvió ligeramente al oeste, con la intención de entregar la tira de papel marrón al «KS» mencionado por el oficial del NOV en Roma. El mensaje podría haberse enviado fácilmente a través de los canales diplomáticos, algo mucho más eficiente que un sacerdote caminando a plena luz del día a través de un territorio arrasado y gélido. Sin embargo, los oficiales del NOV conocían la forma de proceder de los burócratas y sabían lo que sucedía con los papeles que eran depositados sobre un escritorio.

Así que echó a andar. A veces viajaba un trecho montado en el carro de algún campesino que aún tenía la suerte de tener un caballo, avanzando un día tras otro, por la nieve, en dirección sudoeste, a lo largo de una de las muchas rutas de escape de Polonia (algunas tan viejas y transitadas que estaban jalonadas por chozas de fugitivos).

Se habían acercado a Jristo Stoianev en diciembre de 1944 para solicitarle que se hiciera cargo de la misión FELDESPATO. En ningún momento lo habían amenazado (eran los de la OSS, no el NKVD), pero tampoco lo habían relevado de ninguna de sus obligaciones. Toda esa gente iba muy bien vestida y gastaba dinero como si fuese agua, y durante unas tres semanas lo llevaron a comer y a cenar: de sus carteras de cuero sacaban los billetes de francos



suizos que dejaban sobre el platillo de plata encima de la cuenta, sin esperar el cambio.

—No queremos que sienta que lo estamos presionando —le dijo uno de ellos en el fastuoso comedor del Hotel Schwarzwald, en Berna, incrementando la presión al máximo en ese mismo momento—. Sería un trabajo —continuó el hombre con tono pesaroso mientras le daba un par de golpes a la pipa contra la palma de su mano para sacarle las cenizas— muy peligroso.

—¿Dónde habría que ir? —preguntó Jristo.

El hombre se llevó la pipa a la boca y sopló unas cuantas veces para asegurarse de que la cánula estaba despejada.

—Praga.

—Pero yo no sé hablar checo —replicó Jristo.

—No, eso es cierto —reconoció el hombre—, pero sí puede pasar por yugoslavo. Tal vez un mecánico o alguien condenado a trabajos forzados, ya sabe, algo por el estilo.

El hombre se puso a cargar la pipa con tabaco de una petaca y un camarero apareció por los suelos, como un cisne, para proceder al exquisito y laborioso proceso de servir el café: cafetera de plata, porcelana brillante, la jarrita de plata de la leche, el cuenco con los terrones de azúcar y las tenacillas.

¿Quién podía negarse?

¿Quién sería capaz de soportar el peso que conllevaba la decepción provocada por la negativa? Una reacción que, pese a no ser expresada con palabras, le harían saber; esa horrible y fría conmiseración que se dedicaba a aquellos que habían demostrado ser unos cobardes, unos fracasados. «Nosotros no lo culpamos, por supuesto que no. Simplemente no está en su naturaleza enfrentarse al peligro», era lo que le dirían. O aún peor, era lo que no le dirían.

Sin embargo, cabía la posibilidad de resistirse, y no eran pocos los que lo hacían; aquellos que habían hecho de la supervivencia algo irrenunciable. Jristo, sin embargo, no era uno de ellos. Los ojos de su compañero de mesa lanzaron un destello al dirigirle la mirada por encima de la taza de café de la que estaba bebiendo.

—Estoy orgulloso de usted. De verdad que lo estoy —dijo volviendo a dejar la taza sobre el platillo—. Una vez que hayamos terminado con todo este asunto de los nazis —encendió finalmente la pipa y la mesa quedó envuelta en volutas de aroma dulzón—, habrá que ocuparse del futuro.

Lo dijo casi como si fuera una ocurrencia: «Sabemos que tú no necesitas un estímulo, pero queremos que sepas que lo hay». La expresión del hombre en aquel momento era parecida a la de un filósofo que sabe que la gente aceptaba ese tipo de misiones siguiendo el dictado de su corazón, sin que las recompensas materiales tuviesen importancia ante el peligro real. Jristo se sintió chantajeado y halagado al mismo tiempo. «Muy astuto, el viejo zorro», pensó sin dejar de disfrutar del virtuosismo de la actuación a la que asistía.

—Alguien tiene que hacerlo —concluyó el hombre, meneando la cabeza, incrédulo, ante lo que el mundo parecía estar exigiéndoles.

Las cuentas de los restaurantes no eran nada en comparación con lo que tendrían que pagar una vez que la operación se pusiera en marcha. El NKVD, pensó, ya habría urdido una compleja conspiración para lograr los mismos resultados, empleando la coerción y la ideología: ejercerían toda la presión posible sobre cualquier aspecto. Los americanos, en cambio, luchaban con dinero y tecnología: no andaban cortos ni de lo uno ni de lo otro.

Trasladaron a Jristo en avión a la sede de la OSS en Barí, Italia, donde le enseñaron a manejar la nueva radio J-E. El sistema de comunicaciones Joan-Eleanor era un invento del teniente comandante Steve Simpson, ingeniero de la RCA que había bautizado su invento en honor de una tal Joan, una mayor del Cuerpo del Ejército de Mujeres que le gustaba bastante, y a Eleanor, la mujer de su socio, DeWitt Goddard. Hasta ese momento, las comunicaciones clandestinas dependían de las típicas radios de onda corta transportadas dentro de una maleta. La J-E sólo medía quince centímetros de largo, con una antena que se desplegaba hasta alcanzar treinta centímetros de longitud, y transmitía a un receptor instalado en un avión De Havilland Mosquito, británico, un cazabombardero para dos tripulantes con una autonomía de vuelo de 2900 kilómetros, que sobrevolaba la zona de transmisión. Además, los equipos alemanes de intercepción no podían detectar la J-E.

Una noche de cuarto menguante a comienzos de enero, Jristo Stoianev fue lanzado en paracaídas sobre la campiña checa, al sur de Praga, gracias a un B-24 Liberator especialmente modificado para dejar caer agentes tras las líneas enemigas. El bombardero había sido pintado de un color negro que lo hacía prácticamente invisible. El tubo de escape estaba recubierto para esconder las llamaradas de la combustión y la torreta, que normalmente se ubicaba en el vientre del avión, había sido eliminada y en su lugar se había instalado un panel contrachapado que servía como trampilla para los paracaidistas. El compartimento para los artilleros, en el morro del avión, fue sellado para conseguir una oscuridad absoluta para la navegación nocturna.

Durante una salida normal de uno de estos bombardeos, un gran número de aparatos sobrevolaban el objetivo a 6000 metros de altura, escoltados por cazas.

La técnica de introducción de agentes requería que el avión volase en solitario a unos 150 metros de altura, a la velocidad más baja posible, a veces por debajo de los 200 kilómetros por hora, lo cual exigía una noche sin nubes y algo de luna. El tripulante encargado de la ruta se guiaba por las carreteras o por los reflejos de la luna en los ríos o en algún lago. Algunos tripulantes empleaban los campos de concentración para orientarse porque permanecían toda la noche iluminados al máximo para evitar las fugas.

Jristo aterrizó sin dificultades en el punto elegido. Sus papeles eran falsificaciones de excelente confección, mecanografiados en máquinas de escribir alemanas, con los sellos estampados con tinta alemana y que certificaban su pantalla, todo un ciclo biográfico, desde la cuna hasta el presente, muy similar a lo que había sugerido el hombre de la pipa. Era un operario yugoslavo, de origen croata, experto en maquinaria metalúrgica y operador de taladradoras hidráulicas, alguien valioso para el Reich. Llevaba con él un grueso fajo de marcos alemanes y coronas checas, y una suma adicional en monedas de oro. Su mapa era perfecto, con una ruta que lo conducía a Praga a lo largo del río Vltava en menos de seis horas, una vez que hubiese robado una bicicleta. Consiguió llegar a un piso franco que pertenecía a un profesor de matemáticas, donde fue recibido con empanadillas de queso y huevos.

Los objetivos de la misión FELDESPATO no eran complicados: tenía que recoger y transmitir datos sobre la efectividad de los bombardeos y sobre la producción armamentística en Bohemia, además de preparar la recepción de agentes adicionales. La radio J-E funcionaría muy bien desde un tejado. El Mosquito estaría sobrevolando la zona a 10 500 metros de altura durante la noche a ciertas horas previamente concertadas, fuera de la vista de las defensas antiaéreas alemanas. No habían planificado su retirada. Sabían que el Tercer Ejército del general Patton avanzaba en esa dirección a buen ritmo y pronto lo alcanzarían. Si se veía en problemas, los agentes secretos checos podían ofrecerle protección con la unidades que luchaban al sur, en los montes Tatra.

En esta misión se habían invertido cientos de horas de trabajo y, hasta donde era posible, la naturaleza de la operación lo mantenía protegido de grandes peligros. Eso le daba cierta confianza, reforzada por su formación y experiencia con el NKVD: el entrenamiento que le habían proporcionado se

basaba en la astucia y en un comportamiento despiadado, porque no había ni radio J-E ni gasolina suficiente para mantener a un avión circundando una zona para comunicarse con un agente.

«Concéntrate —insistían los instructores—. Tienes que saber dónde estás y quién eres a cada instante del día. Y si te sientes fatigado, tienes que preocuparte como si fuera una enfermedad peligrosa. Mantén cualquier prueba que pueda incriminarte todo lo lejos que sea posible: escóndelo todo. Cuando te encuentres en las calles de Praga, tienes que ser un operario yugoslavo». Habían usado productos químicos para borrarle las marcas de nicotina de los dedos porque los cigarrillos eran tan escasos en la Europa ocupada que era difícil encontrar a alguien con esa coloración amarilla. «Los checos con los que vas a trabajar —le explicaron— son muy buenos: el espionaje ha sido un arte cultivado por siglos en Europa central». FELDESPATO, según creía, era una misión destinada a tener éxito. Tanto éxito como cualquier otra operación de esa clase.

Pero tal vez sus nervios lo traicionaban.

Se acusaba a sí mismo de haber perdido la sangre fría, y así pasó enero y llegó febrero mientras Praga lo esperaba bajo una manta de hielo mugriento en uno de los inviernos más helados de los últimos cuarenta años en Europa. Había dejado la casa del profesor a los tres días. No tenía razón objetiva para hacerlo, simplemente el barrio le daba mala espina. Se trasladó a un depósito calcinado en el borde este del distrito industrial, donde se habían almacenado toneles de aceite para cocinar. Era un edificio de tres plantas, con las marcas de llamas en las paredes y las ventanas de cristales rotos. Con las lluvias de comienzos de marzo, el aceite que había impregnado el patio de carga durante años volvió a salir a la superficie y su olor rancio y chamuscado quedó suspendido en el aire húmedo. Jristo vivía en lo que alguna vez había sido la oficina del depósito, donde había una pequeña estufa que aún funcionaba con el carbón comprado a un precio exorbitante en el mercado negro y que tuvo que cargar hasta su guarida en un cubo. Adondequiera que fuese, siempre llevaba una VZ/27 que había conseguido de su proveedor de carbón. Era un arma que ningún trabajador yugoslavo se atrevería a llevar, pero no tenía intención de dejarse atrapar con vida. No por esas tropas de ocupación, no por esta Gestapo. Era una pistola automática barata y de poco calibre 7.65, con un miserable cargador de ocho balas y cachas de plástico. Producida bajo la ocupación, la marca del fabricante checo habitual había sido reemplazada por la de Böhmisches Waffnenfabrik Prag. Esta arma está fabricada en la Bohemia

alemana, era lo que venía a decir la nueva inscripción, porque no existe nada con el nombre de Checoslovaquia.

Pero sí que existía: los checos no habían dejado de remarcarlo.

Esa gente tan bien vestida que le había pagado las comidas en Berna y en Bari no le había hablado de Praga. Sí, claro, le habían dicho muchas cosas con palabras frías, en un lenguaje sin emociones. Le habían descrito cuál era la situación, cómo era el clima político, habían analizado las condiciones culturales y económicas, el clima, la comida, la religión, las costumbres locales y todos los datos empíricos que uno quisiera.

Pero a finales del invierno y comienzos de la primavera de 1945, se hubiese necesitado todo un coro de condenados para hacer justicia a lo que era Praga en ese momento. Cada vez que se encontraba por las calles entre su gente, Jristo creía sentir, como si fuera una enfermedad, una especie de catarro colectivo, una rabia incubándose que no dejaba de crecer, a la espera del momento en que brotase. Cuanta más dureza aplicaban los alemanes, cuanto más torturaban y aumentaban sus castigos, más crecía la rabia.

—Ya verás —le había dicho uno de sus agentes—, llegará el día en que los vamos a colgar de los pies, los empaparemos en gasolina y les prenderemos fuego. Los colgaremos boca abajo ¿sabes?, para evitar que tengan una muerte rápida intoxicados por el humo. Tú vas a estar aquí y lo verás —remató el hombre.

Jristo le creyó. No era una simple fantasía de un oprimido. No, era un plan, un ritual de justicia fríamente concebido y cada día estaba más cerca el día en que se hiciese realidad. En la plaza de Staré Mesto, en la parte antigua de la ciudad, había un reloj medieval en lo alto de la fachada del ayuntamiento. Al dar la hora, un Cristo pintado y doce apóstoles aparecían uno a uno por un pequeño ventanuco bajo el reloj, seguidos por la figura encapuchada de la Muerte, cuya campanilla sonaba para recordar el paso del tiempo, y luego venían el Turco, el Avaro, el Vanidoso y, al final, el Gallo. Los alemanes lo encontraban fascinante, un ejemplo del folklore bohemio desplegado para su placer, por lo cual se congregaban bajo el reloj cuando daba la hora sin dejar de señalar, sonreír y sacar fotos. Parecían capaces de ignorar por completo las caras de los checos a su alrededor: rostros tensos y vigilantes, asomando pálidos entre los ropajes oscuros que todos parecían llevar, semblantes blanquecinos en esos interminables días nubosos marcados por el humo de carbón que cubría la ciudad.

Su principal contacto con los agentes secretos checos se hacía llamar Hlava, un impasible hombretón con gafas de pasta clara, alguien que, a ojos

de Jristo, parecía exudar una melancolía que se podía percibir hasta en el sordo ritmo de su respiración. En el cine dejaban un asiento libre entre ellos, por la calle sus hombros entrechocaban un momento al pasarse secretamente un papel; orinaban uno junto al otro en los servicios de las estaciones de tren; se saludaban con un cálido apretón de manos como dos viejos amigos al encontrarse en las calles, a la caída de la noche. En una semana de febrero vieron tres veces el mismo noticiero alemán: Hermann Goring, después de abatir un bisonte en su coto privado de caza, repartía carne entre los refugiados que avanzaban por la carretera, provenientes de los territorios conquistados por los soviéticos en el este de Prusia.

Hlava trabajaba como contable principal en una fábrica en la que reparaban los aviones Messerschmitt que habían sido tiroteados. En ocasiones, cuando lograban reunirse en un entorno que les permitía sostener una conversación real, Hlava aprovechaba para contarle cierto tipo de chistes. «Eran tres checos, un bohemio, un eslovaco y un moravo, que se encuentran en el cielo. El primero dice...». Nunca se reía con los chistes, sólo se dedicaba a mirar a Jristo, a la espera de su reacción, su respiración raspando al entrar y al salir, a ritmo lento, metódico.

En determinados momentos podía haber hasta una docena de agentes involucrados. Jristo pasaba sus días recorriendo la ciudad en bicicleta presionado por acudir a sus *treffs*, que era la forma que tenían los rusos de llamar a esos encuentros clandestinos. Había una profesora de violín cuyos alumnos eran, en su mayoría, hijos de los oficiales alemanes. La mujer solía dejar los papeles (cartas, informes) sobre los escritorios de la sala de estudio. Había un detective de la policía en el que los alemanes parecían confiar lo suficiente como para encargarle algunas tareas marginales en la distribución de asuntos de inteligencia. Había cuatro o cinco operarios, el médico de una fábrica, el empleado de una instalación eléctrica que le pasaba datos sobre las subidas y bajadas diarias de potencia en determinados complejos industriales decisivos para el esfuerzo bélico de los alemanes.

Pero de pronto, el 20 de marzo le suministraron cierta información muy distinta. Se encontraba en la cama, entre las revueltas sábanas transpiradas de un cuarto de un hotel por horas, fumando un cigarrillo y con la vista puesta en las manchas de humedad que decoraban el techo, insensible y distante, en medio de un aturdimiento que podía tomarse por tranquilidad.

Magda, así se llamaba ese portento de busto y caderas con una piel excepcionalmente rosácea y una gruesa trenza trigueña que le caía hasta el final de la espalda. Si sus controladores hubiesen estado al tanto de esta

mujer, le habrían advertido a Jristo que acababa de firmar su sentencia de muerte. Y no era la única; había otras. Una de ellas era morena y parecía una gitana, otra era muy joven y le traía pequeños regalos. También estaba la costurera que se perfumaba con agua de lilas y la viuda de un soldado que se vestía de negro.

Todas juntas constituían otro paso más hacia la zona prohibida. Como la fábrica quemada en la que dormía. Como la pistola bajo su almohada de crines de caballo en la habitación del hotel. Lo habían conducido a eso. Él no entendía bien por qué, pero sentía la presión de un puño en su espalda que lo llevaba a actuar de tal forma que, bajo las presentes circunstancias, equivalían a aceptar bailar con los ojos tapados al borde de un precipicio. Sabía que esas mujeres no eran prostitutas, simplemente necesitaban dinero y necesitaban hacer el amor, y no se oponían a ir a la cama con un hombre generoso. Y él lo era.

—Aquí tienes —les decía—, asegúrate de comer una buena cena esta noche, que estás un poco pachucha.

Sabía que con eso estaba atrayendo la atención hacia sí. Lo peor que podía hacer. Pero no podía evitarlo. Tal vez era verdad que había perdido la sangre fría. ¿O sería que en su interior rondaba alguna premonición sobre el futuro que lo empujaba a actuar con codicia, como si quisiera sacar provecho de todo lo que la vida le ponía por delante? «Santo cielo —se dijo—, comienzas a actuar como Sasha Vonets».

—¿Qué pasa, soñador? —le dijo Magda, girando sobre su amplio vientre y haciendo descansar su cara entre las manos—. El otro día me encontré con un viejo amigo tuyo. Me dijo: «Solíamos ser colegas con ese tipo de pelo negro al que estás viendo».

A Magda le gustaba imaginarse cosas y él no la tomaba muy en serio.

—Vaya —comentó Jristo—, ¿y qué aspecto tenía?

—Mmmh. Pues se parecía a la Muerte en una obra de teatro.

Era evidente que intentaba contarle alguna historia. Entretenido, se tumbó de costado para mirarla a la cara.

—Qué raro. ¿Iba con una guadaña?

—No seas tonto. Estaba tan flaco como un esqueleto, con la mirada profunda y los dedos largos y huesudos. ¡Si sólo le falta la guadaña! Estaba yo en el restaurante Novy Bor, junto al bar. El tipo vino directo a mi mesa y me dijo: «Dale saludos de mi parte».

Magda le acercó la cara.

—Y ahora —le ordenó— tienes que darme un beso muy grande.

Entonces la verdad de todo el asunto comenzó a surtir efecto y la tensión se apoderó de su cuerpo.

—Pero ¿qué me estás contando? —la interrogó con los ojos puestos en la plácida cara que se le ofrecía.

Ella frunció los labios y dejó escapar varios besos al aire.

—Un besito, primero —pidió indicando su mejilla con una larga uña.

—¿Es verdad lo que me cuentas? ¿Y qué más te dijo?

Ahora su voz sonaba muy diferente.

Magda estiró el cuello con un mohín y dejó los ojos en blanco. Había conseguido despertar su interés como quería, aunque no era exactamente el tipo de atención que buscaba.

—Alguna tontería sobre una dirección postal; algo B, F... eh, ocho y no sé qué más. No me acuerdo. Pero esa dirección no existe en Praga. Aquí no usamos el alfabeto, sólo números. Debe haber sido uno de tus amigos del mercado negro, sin duda. ¿Y ahora qué, ingrato?

—¿Eso fue todo? —indagó él con cada nervio de su cuerpo en tensión.

—Sí, mi rey —suspiró ella, arrepentida de haber sacado el tema a colación—, eso fue todo.

Entonces se arrimó junto a él y dejó descansar la cabeza contra su pecho, mientras su mano caminaba con dos dedos por el estómago y más abajo.

Jristo reaccionó a los gestos cariñosos y se burló:

—¡Eres una bruja! —le dijo con suavidad al oído—. ¿Ves cómo has convertido a un hombre en una fiera?

Le puso una mano sobre el hombro, apagó su cigarrillo en el cenicero de la mesilla de noche y le acarició la espalda.

«En el restaurante Novy Bor —repitió en su mente—, junto al bar».

—¡Miau! —exclamó ella.

El 21 de marzo comió y cenó en el Novy Bor.

Era una larga y estrecha sala cuyas ventanas empañadas por el vapor le daban un aspecto fantasmal a la gente que pasaba por la calle. En el suelo, las baldosas blancas y negras formaban un tablero lleno de marcas dejadas por el barro de las botas. Más de cien personas hablaban murmurando, por encima del sonido de las bandejas. Un retrato de Hitler colgado de la pared amarilla vigilaba por encima del recipiente del samovar.

Volvió nuevamente el 22 de marzo, cancelando esta vez un intercambio con Hlava programado para el mediodía.



La mañana del 23 de marzo consiguió realizar un intercambio con éxito en un sitio alternativo y llegó a sus manos una página arrancada de una libreta:

- 1. Las nuevas normativas determinan que aquellos trabajadores que se ausenten de la fábrica por cualquier razón serán acusados de sabotaje económico contra el Reich y serán colgados sin necesidad de juicio, ejecución que tendrá lugar directamente frente al lugar de trabajo como ejemplo para los restantes trabajadores.*
- 2. Dos fresadoras N40 fuera de servicio por sabotaje: se le introdujo ralladura de esmeril en los engranajes.*
- 3. Reparación de seis fuselajes de ME-109 retrasada por falta de oxiacetileno. Reabastecimiento prometido para la semana del 9 de abril. Empleo de antigua técnica de soldadura de metales. Las partes ya fueron enviadas.*
- 4. Ala de ME-110 traída en camión el 18 de marzo que parece haber recibido intenso fuego de tierra de armas de bajo calibre. Número 7705-12 en el ala.*

Comida el 23 de marzo en el Novy Bor. Jristo volvió a sentarse junto a la pared, frente a la barra del bar. Mientras se entretenía dándole sorbos a su cerveza, Josef Voluta apareció junto a su mesa con un cuenco de sopa sobre una bandeja. Nada más tomar asiento, otros dos ancianos se acomodaron un poco más allá, en la misma mesa.

—La sal, por favor —le pidió Voluta deslizándole un papelito por debajo de la mesa.

Jristo le pasó la sal.

—Gracias —asintió Voluta.

Jristo esperó unos minutos, entretenién dose en silencio con su cerveza. A continuación se levantó de la mesa y fue al baño, cerró la puerta y leyó el mensaje escrito sobre papel marrón. Cuando volvió a salir, Voluta ya no estaba. Regresó a su mesa y se acabó la cerveza antes de largarse.

¿Era ése el hombre, se preguntó, que había conocido en la calle Arbat? Su rostro se había vuelto gris y anguloso, los ojos demasiado brillantes. Sobre el dorso de sus manos se veían pedazos de piel tirante y enrojecida, marcas de quemaduras que habían cicatrizado no hace mucho. Se había tomado la sopa encorvado sobre el cuenco, la cara muy encima del contenido, empuñando la cuchara con movimientos rápidos y constantes, como un hombre que aprieta las tuercas de una máquina. Jristo debió luchar contra el deseo inmediato, la casi irresistible compulsión de encontrar un espejo para ver su propia cara.

En una esquina del mensaje remitido por «Un coronel del NKVD» alguien había hecho una anotación manuscrita: Sasha. También escrito, a lápiz, con una letra que Jristo atribuyó a Voluta, el siguiente mensaje: «Puente Jiráskuv, 24 marzo. 20:05 P. M., luego 21:15, luego 22:20. Si no, buena suerte». El mensaje estaba escrito en ruso.

«Dios mío —pensó Jristo—. Sasha».

\* \* \*

La noche del 24 de marzo de 1945, un Mosquito daba vueltas a 10 500 metros de altura sobre Praga. Se había eliminado todo el armamento del avión para aumentar algo más su autonomía. Aun así, el aparato acabaría por aterrizar en la pista de la OSS en Bari con el tanque prácticamente vacío, ya que el viaje de ida y vuelta bastaba para consumir la mayor parte de su combustible. El piloto y el navegante llevaban guantes de cuero y chaquetas de piel, y respiraban gracias a una bombona de oxígeno: su problema era la altura, no las baterías antiaéreas. Incluso aunque los alemanes llegasen a oírlos, era imposible distinguirlos a esa altitud.

Un mensaje de cuatro minutos del agente a cargo de FELDESPATO emitido desde un tejado, había sido registrado en una bobina telegráfica que ahora volaba hacia el cuartel de la OSS en Bari. El comité FELDESPATO, responsable de supervisar la operación, esperaba ansioso el mensaje. A su llegada, discutieron quince minutos sobre la información, antes de enviarla a los mecanógrafos. Los datos sobre las capacidades de producción bélica alemana en la Checoslovaquia ocupada prepararon de inmediato para su distribución a varios grupos de análisis. Una curiosa línea añadida al mensaje, que mencionaba a un coronel del NKVD que ofrecía material sobre las operaciones de la inteligencia soviética a cambio de ser recogido en algún lugar de Rumanía, sólo fue discutida brevemente. Se comentó que parecía una provocación. Otro miembro del comité se preguntó qué diablos estaba haciendo el agente de FELDESPATO con ese material: ¿con quién se había puesto en contacto?

El contacto soviético era un asunto delicado porque la OSS tenía sus problemas con el NKVD. En 1943 habían hechos algunos intentos de cooperación y, en un gesto de buena voluntad, les habían hecho llegar material criptográfico, cámaras en miniatura, aparatos para el procesamiento de micropuntos, cámaras y proyectores de microfilms. Pero la buena voluntad no recibió respuesta. En un viaje a Moscú en 1944, el general Donovan, director de la OSS, había sido retenido en la URSS durante diez días. Durante los primeros meses de 1945, los informes de los oficiales de inteligencia en Bucarest, Sofía, Varsovia y otros territorios recientemente ocupados por el ejército soviético, indicaban que el NKVD se había embarcado en operaciones sistemáticas contra los aliados occidentales. Por eso, en respuesta a las acciones soviéticas, Donovan le propuso a la administración Roosevelt

que Estados Unidos mantuviese una agencia de inteligencia después de la guerra. Sin embargo, Edgar J. Hoover, el acérrimo enemigo de Donovan entre los burócratas de Washington D. C., se enteró de dicha propuesta y comenzó a airear parte de su contenido en los periódicos afines a su punto de vista. El pueblo americano no tardó en leer los titulares en mayúsculas que hablaban de la «Gestapo americana» en ciernes. Muchos en la OSS creyeron que aquello representaba un golpe mortal para la agencia —el tiempo demostraría que no se equivocaban— y que sólo era cosa de meses que fuera desmontada.

Por lo tanto, la información concerniente a las operaciones de la inteligencia soviética fue traspasada a un comité especial, de tal modo que el envío de FELDESPATO fue indolentemente incorporado al tráfico diario de comunicados, informes, acciones personales, solicitudes de aclaración de estrategia y propuestas de nuevas operaciones llevadas a cabo desde la estación de Bari.

En cuanto al agente a cargo de FELDESPATO, la transmisión realizada el 24 de marzo fue la última. Las salidas del Mosquito para sobrevolar Praga volvieron a producirse los días 29 de marzo y 4, 5 y 6 de abril, pero no se supo nada del agente y, por ese motivo, la misión fue cerrada. Se consideró que el comando había sido neutralizado: se presumía asesinado o en manos del enemigo. El comité FELDESPATO dejó de reunirse y sus miembros fueron asignados a nuevas misiones. Al final, se consideró que sólo había sido algo sin mayor importancia. El agente FELDESPATO había sido errático por momentos, aunque durante su período de actividad había proporcionado importantes elementos a la labor de inteligencia y quienes llegaron a conocerlo personalmente lo consideraban un buen tipo.

En Praga, la noche del 24 de marzo las nubes cubrían el cielo y, sin viento, el aire permanecía estancado. Avanzando a través de la ciudad sin luz eléctrica, Jristo tenía dificultades para respirar. El humo del carbón salía de las chimeneas de las fábricas que trabajaban sin descanso y colgaba sobre las calles como un manto. Pero no era lo único que ardía: trescientos kilómetros más al norte, las tropas rusas se concentraban para asaltar las fronteras al este de Alemania, disparando veintidós mil cañones en un ataque que encendía el cielo al anochecer y abrasaba ciudades enteras. El zumbido atronador que esto provocaba podía oírse durante toda la noche, y una bruma acre se había desplazado hacia el sur, alcanzando el centro de Europa y cubriendo Praga con una capa de ceniza. La gente se frotaba la piel con pastillas de jabón para

la ropa, pero la suciedad se negaba a abandonarlos, de modo que intentaron acomodarla en sus vidas, escupiendo cada vez que el sabor de la guerra se hacía demasiado fuerte para aguantarlo.

La transmisión de las 19:50 P. M. efectuada desde el tejado de un depósito industrial había significado perder la primera oportunidad de encontrarse con Voluta, pero Jristo no podía hacer nada para evitarlo. Apenas alcanzó a presentarse para la cita de las 9:15, caminando por las calles con dificultad, como un hombre que vuelve a casa agotado del trabajo. Pero Voluta no se presentó. Jristo se apartó del puente, halló una puerta abierta y se puso a esperar en el estrecho pasillo de entrada de un viejo edificio, atento a una estruendosa discusión que se desarrollaba al otro lado de la pared. Era una disputa entre madre e hija relacionada con dinero, acentuada por golpes y sacudidas a medida que las dos mujeres limpiaban la casa sin dejar de pelear.

Al dirigirse a la cita de las 22:20 encontró las calles casi vacías: el toque de queda establecía que sólo quienes contaban con un salvoconducto sellado podían estar en la calle pasadas las nueve de la noche. Cuando ya había echado a andar, un Tatra disminuyó la velocidad a su lado. «La Gestapo», fue lo primero que pensó. Jristo casi se detuvo y echó una mirada aprensiva hacia el vehículo, como alguien que se prepara para la inspección de sus documentos. Ese gesto circunstancial de sumisión pareció dar por satisfechos a los alemanes, porque el Tatra volvió a acelerar y se alejó en dirección al puente.

Al llegar al borde de una pequeña plaza junto al puente de Jiráskuv, oyó pasos que corrían. Se arrimó contra la pared de un edificio, con los dedos sobre el bulto de su pistola al cinto. Un hombre corpulento dobló la esquina al trote mientras jadeaba pesadamente. Al ver a Jristo se detuvo en seco, con el terror pintado en la mirada.

—¡Corre! —le dijo con un murmullo, mientras gesticulaba con ambas manos—. Acaba de haber un tiroteo.

Jristo echó a correr hacia el centro de la plaza, escudriñando la oscuridad. Había algo en mitad del puente, una forma vaga, entre la calzada y la vereda. Era un hombre, alguien boca abajo junto al bordillo, con los pies juntos por las puntas y separados por los talones, un brazo extendido hacia adelante y una mano blanca contra el gris asfalto de la acera.

Al otro lado del río, un coche sin luces avanzaba a toda velocidad en dirección sur por la calle Dvorakovo. El ruido del motor se fue haciendo más sonoro a medida que cogía velocidad.

Jristo respiró hondo antes de lanzarse a toda carrera a través de la plaza. Los tacones de sus botas resonaban contra las paredes de los edificios vecinos. De pronto aparecieron un par de faros detrás de una esquina, al otro lado del puente, cuya intensidad tan pronto aumentaba como disminuía. Las luces se concentraron sobre el hombre que yacía junto al bordillo, y Jristo supo que se trataba de Voluta. El vehículo —ahora veía que se trataba de un blindado de la Wehrmacht— se detuvo con lentitud y un reflector colocado sobre su torreta enfocó al cadáver. Jristo maldijo en silencio, exhalando un ahogado sonido de decepción. Por un momento, se limitó a permanecer parado, congelado, incapaz de pensar. La escena del puente permanecía fija bajo las luces. Finalmente, se dio la vuelta y se puso a andar, sin correr. Hasta que sintió la voz cargada de estática proveniente de un altavoz del blindado y vio el haz de luz del reflector recorriendo la plaza vacía.

Como sargentos, tanto Geiske como Helst realizaban su trabajo sabiendo que los honores siempre eran para los oficiales. Las cosas eran así en todo el mundo, y la Gestapo no era la excepción, de manera que había que aguantar y mantener la boca cerrada. Claro que también tenía sus compensaciones. En 1934, cuando se unieron al partido nazi, ambos eran pobres. Ahora ya habían conseguido ahorrar algo: siempre había buenas oportunidades en el servicio de contrainteligencia, sólo bastaba con tener la valentía para sacarles provecho. La guerra, como los dos sabían, era lo mejor que les había podido pasar. Geiske había sido guardia de prisiones en Leibnitz hasta que fue enlistado, mientras que su compañero había trabajado en el puerto de Hamburgo. Pero desde entonces habían ascendido un buen trecho. Ahora eran corpulentos, bien alimentados, de traje oscuro y aspecto impasible, y ambos fumaban puros. Cuando se sentaron uno junto al otro en el Borgward negro, los muelles del coche se hundieron y la cabina se llenó de un denso humo azulado. Su guerra particular, sembrada de interrogatorios en la oscuridad de los sótanos y ejecuciones, solía desprender malos olores y los puros eran la forma más habitual de contrarrestarlos. Hasta el más inmundo cadáver terminaba cantando cuando Geiske y Helst encendían sus habanos.

La batalla entre la Gestapo y la resistencia checa había sido salvaje, y a ambos les correspondió un papel en las acciones más importantes. En 1942, Geiske había participado en la persecución de Gabcik y Kubis, los asesinos que el MI6 británico había lanzado en paracaídas y que acabaron con la vida del máximo dirigente de la Gestapo, Reinhard Heydrich, al lanzarle una granada de mano al paso de su coche. Heydrich había sobrevivido a las heridas iniciales, pero acabaría muriendo de gangrena. Geiske ayudó a

organizar la campaña que ofrecía seiscientos mil dólares de recompensa para el checo que delatase al comando de asesinos, y Helst había participado en los interrogatorios de un joven cuya confesión acabaría conduciendo a la captura de los responsables (el muchacho se derrumbó cuando le fue presentada la cabeza degollada de su madre). La Gestapo preparó una severa acción de represalia por el asesinato de Heydrich, incluido el arresto de diez mil personas, la ejecución de toda la población de la localidad de Lidice y la posterior destrucción del pueblo mediante bombas.

Sentados en su Borgward, discretamente aparcado a un lado de la plaza de Jiráskuv, Helst y Geiske habían observado con interés cómo se desarrollaban los acontecimientos durante la noche del 24 de marzo.

Un individuo había paseado por el puente un par de minutos antes de la entrada en vigor del toque de queda, desapareciendo poco después en una de las calles aledañas.

Un segundo individuo había aparecido en la plaza un cuarto de hora más tarde, mirando a un lado y a otro, para luego desaparecer igual que el anterior.

—Esto se está poniendo cada vez mejor —comentó Geiske.

Pacientemente se dedicaron a esperar a que se consumara el encuentro. Desde luego, muy poco profesional era eso de volver a citarse en el mismo lugar, pero ambos sargentos habían visto cosas más raras en su vida. Tal vez se trataba de un intercambio del mercado negro concertado de forma chapucera, o debía ser una de esas situaciones de extrema necesidad que llevan a dejar de lado las precauciones. Lo que fuera, eso a ellos les facilitaba las cosas.

Geiske soltó un gruñido de satisfacción cuando vio aparecer de nuevo al primero de ellos a las diez.

Esta vez cruzó el puente, caminando con gran determinación, sin saber que ahora estaba solo. Entonces apareció el Tatra, avanzando despacio junto a la plaza. Geiske y Helst se acomodaron en el asiento, expectantes. La situación había sido totalmente alterada debido a la aparición del coche.

—Ajá —comentó Helst—, ahora se subirá.

Pero no. Al acercarse al hombre del puente, el Tatra redujo la velocidad al mínimo y alguien sentado en el asiento trasero bajó un poco la ventanilla. El hombre miró hacia el vehículo y se oyó una detonación amortiguada proveniente del interior del coche. El hombre cayó derrumbado hacia adelante. En su caída no hizo ni un amago de protegerse. El tirador había sido certero.

El Tatra aceleró y al llegar al final del puente dobló a la derecha. Helst se comunicó por radio con otra unidad casi al instante.

—Amigo, hazte cargo tú —dijo en voz baja—. Es un Tatra que va en dirección sur por la Dvorakovo.

—Yo iré a ver dónde anda el otro —dijo Geiske, mientras hacía un esfuerzo para salir del coche.

Fue al trote hacia una de las calles que daban a la plaza y, claro, por allí venía el otro, justo a tiempo. Geiske buscó la forma de evitar que continuase hacia la plaza. Era muy probable que los tarugos de la Wehrmacht, con su carro blindado al otro lado del puente le disparasen, y no quería que lo abatiesen a tiros... todavía.

—¡Corre! —le dijo—. Acaba de haber un tiroteo.

Pero el segundo hombre era tan necio como el primero, porque no vaciló en continuar en dirección a la plaza. Geiske se encogió de hombros y lo dejó seguir, refugiándose en la sombra de un portal para ver qué sucedía. Sin embargo, los chicos de la Wehrmacht no abrieron fuego y se limitaron a chillarle a través del altavoz al tiempo que intentaban alcanzarlo con el haz de un reflector. Como había podido advertir, últimamente sólo reclutaban a quinceañeros, más verdes que el césped y casi sin ningún entrenamiento. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio volver apresurado al hombre de la plaza. Tal vez no era tan tonto como había supuesto.

Geiske contó lentamente hasta sesenta antes de lanzarse en pos de aquel hombre. Tenía pocas esperanzas de poder seguir por mucho tiempo su rastro, menos aún estando solo y en una ciudad en la que las calles daban vueltas y se torcían hasta formar un endemoniado laberinto. Sin embargo, su instinto profesional había sido desafiado, así que decidió esforzarse al máximo. Seguro que Helst lo entendería; cada cierto tiempo había que jugársela y él ahora sentía mucha curiosidad por ese tipo, por saber adonde se dirigía. Podría haberlo arrestado allí mismo, pero esos cabrones solían trabajar con un principio: «Si no vuelvo a tiempo, es que me han cogido». Y así costaba un mundo coger a sus amigos, sin importar lo duro que trabajases en los sótanos.

Pero Geiske estaba de suerte. El hombre que tenía por delante parecía presa de la confusión. Por un buen rato se dedicó a caminar con dificultad, de una calle a otra, sin intentar escabullirse en ningún instante. El único momento crítico se produjo cuando bajó por unas escalerillas metálicas, hacia un tramo de la vía férrea que estaba en desuso, y se dirigió hacia el distrito industrial. Geiske volvió a contar por un rato antes de bajar las escaleras y continuar la persecución a cierta distancia entre los rieles flanqueados de

hierbajos. El hombre al que seguía nunca se detenía, ni se giraba para mirar. Daba la impresión de creerse totalmente solo en el mundo. Geiske pensó que también eso se debía a su propio mérito: podía llegar a moverse como un gato cuando era necesario. Pero era el propio hombre, en su descuido, quien hacía posible la persecución. Cuando Geiske se detuvo un momento para escuchar, el sonido de sus pisadas continuaba adelante, sin desmayo. Como sargento, Geiske no podía estar más que encantado por tamaña estupidez, aunque, por otra parte, su alma de cazador estaba un poco decepcionada, tenía que admitirlo.

Al entrar en el distrito industrial de la ciudad, el humo y la niebla le parecieron especialmente densos, y, justo cuando el hombre se alejó de la vía férrea, el olor a quemado se tornó intenso. Esa noche sí que la estaban bordando, pensó Geiske con la mente puesta en la zona norte del Oder, donde los rusos concentraban su fuego de artillería. A juzgar por lo que traía el aire que soplaba hacia el sur, era probable que toda la frontera este estuviese ardiendo. Para empeorar las cosas, se encontraba junto a un muelle de carga en una especie de depósito industrial, y el rancio hedor del aceite estancado en combinación con el olor a chamusquina casi le provocan arcadas. Se dio un par de palmadas en el pecho, sobre el bolsillo, donde descansaba una hilera de puros, pero aquello estaba descartado, por supuesto. El sonido de las pisadas había cesado, el sujeto se metió en el depósito. Pero entrar al depósito requería valor, así que Geiske intentó respirar tomando aire en breves inhalaciones y se concentró en los alijos de jamón checo o de neumáticos de automóviles que esperaba hallar. Eso le daría sentido a toda la persecución.

Se detuvo junto a la base del muelle de carga y prestó atención al silencio. Comenzaba a echar de menos a su compañero. Iba a tener que entrar a tientas allí dentro, él solo, y no era algo que tuviese muchas ganas de hacer. Se tomó un instante para reunir fuerzas, en un gesto que había tenido que realizar en numerosas ocasiones. Si te mantenías alerta, era difícil que las cosas salieran mal. Desenfundó su automática Walther, deslizó la corredera, se aseguró de que tenía el bolígrafo con linterna en el bolsillo del abrigo y trepó a la plataforma del muelle.

El acceso al depósito le resultó bastante fácil: habían dejado la puerta corredera parcialmente abierta. Una vez dentro, se dio cuenta de que no iba a ser un gran problema dar con el hombre. La primera planta del depósito estaba vacía (aparentemente, las instalaciones ya no estaban en uso) y un leve resplandor al fondo del todo le indicaba la presencia de una vela ardiendo tras las ventanas de un compartimento que debían de haber sido las oficinas.



Ahora, con o sin vela, tenía ante él un vasto lago de oscuridad que lo separaba de su presa, y tendría que atravesarlo a ciegas. En la espesa negrura de este antro su pequeña linterna iluminaría como un faro.

Decidió dejar de lado la parte más desagradable de todo el asunto y echó a andar a paso normal. El hombre que estaba en las oficinas podía salir en cualquier momento y quizá tenía también una linterna y un arma, así que Geiske le imprimió velocidad a su silencioso avance.

No hubo advertencia. De pronto el suelo desapareció bajo sus pies y se encontró flotando en el aire: caía con la cabeza por delante, mientras aleteaba con los brazos. Al alcanzar la planta baja, su cabeza chocó contra la punta de una viga metálica carbonizada que, antes de que el edificio ardiera, había sido parte del suelo. Tras golpear con la cabeza, el resto de su cuerpo siguió la inercia del giro y fue a caer con la espalda contra el suelo de cemento. No le dio tiempo a gritar, aunque la caída de diez metros se le convirtió en un segundo eterno. Claro que, al aterrizar de lleno con el cuerpo contra el suelo, el impacto sacó de su interior un sonido parecido al rugido sordo de un animal en una caverna. Comprendió lo que le había sucedido: entendió que los incendios habían provocado el abandono del depósito porque las llamas habían dado cuenta de buena parte del suelo de la primera planta, y sólo tuvo tiempo para llamarse «estúpido» unas cuantas veces antes de morir.

—¿Y se te ha ocurrido pensar que, por el simple hecho de dejarte jugar entre mis piernas, yo no soy una patriota?

Magda no levantó la vista para mirarlo, porque cuando se preparaba para la guerra mantenía la vista concentrada en el espejo frente a ella. Sobre el tocador que tenía delante había dispuesto todo su arsenal: pinturas, polvos, cremas, cepillos, lápices, pinzas, botellitas con perfumes y un inquietante artefacto diseñado para rizar las pestañas. Sus manos se movían dando retoques a un lado y a otro, como un artista en plena creación.

—Si quisiera rechazarte —continuó—, lo podría hacer.

Presionando con un dedo el pulverizador de uno de los perfumes, roció su muñeca y agitó el brazo en el aire antes de llevárselo a la nariz para oler el aroma. Volvió a repetir la operación, acercó de nuevo la nariz, inhaló, puso una cara y luego pasó a la siguiente botellita, con la que repitió el proceso.

—Ahora, no importa lo que seas. Lo que está claro es que eres un completo idiota en lo que se refiere a las mujeres —recalcó, antes de

detenerse para repasar la línea de los párpados con azul—, al menos, con las checas.

Con las primeras luces del amanecer, había esperado abajo del piso de Magda. Ella le había contado que su marido era cartero. Cuando vio salir al hombre con el uniforme —un sujeto engreído de bigote caballeresco, con aires de viejo burócrata del Imperio austrohúngaro—, decidió correr el riesgo y llamó a su puerta. Enseguida le contó lo que había que hacer, sin entrar en explicaciones sobre quién era él realmente, aunque remarcando el peligro que corrían.

—Podrías lamentarlo —le advirtió.

Ella se sintió ofendida ante las dudas que él tenía sobre lo que estaría dispuesta a hacer. Y no sólo ella, también sus amistades. Un chico del vecindario fue despachado con lo que parecía un mensaje de la reina a su más leal dama de compañía. A su regreso, el chico aceptó media corona y un beso que lo hizo abrir los ojos. La respuesta que traía era positiva.

Ante la contestación recibida, Magda se lo quedó mirando y le dijo: «¿Vale?». Esa mirada penetrante, las mejillas con dos aureolas de colorete, los labios de carmín le daban un aire de bruja de desfile, pensó Jristo.

—Pues ahora ya sabes de qué pasta estamos hechos —sentenció ella.

Después de cepillarse el pelo hasta dejarlo convertido en una arremolinada catarata de color rubio, comenzó el largo proceso de ponerse las horquillas, introduciendo cada una de ellas con un gesto de su índice. A continuación dio unas cuantas carrerillas en ropa interior para revolver una y otra vez su armario: un último espectáculo para sus ojos, antes de que Jristo abandonase Praga. No importaba realmente qué más pudiese suceder, pero ella quería hacerlo sufrir un poco antes de que la abandonase.

Se volvieron a reunir el 25 de marzo a media tarde. Formaban un curioso equipo para ayudarlo en su fuga, pensó: Uta y Erma, Marie y Bibi (nunca supo bien cuál era cuál) ataviadas todas con un impresionante despliegue de plumas, pañuelos, sombreros y colas de zorro alrededor de sus cuellos empolvados, junto con el pequeño calvo que conducía el taxi, llamado Rudi, borracho desde buena mañana y que ahora oscilaba entre los arrebatos de lujuria ante tanta carne a la vista y los ataques de terror ante lo que se le avecinaba. Su vehículo era un Skoda modificado al que le había puesto un tanque para queroseno donde antes estaba el maletero. Una pestilente nube de humo negro salió expulsada por el tubo de escape al encender ese artefacto.

Como el taxi carecía de maletero, pusieron a Jristo en el suelo, bajo los asientos traseros, lo cubrieron con un enorme edredón y pusieron los pies

sobre su espalda. Y partieron hacia Bratislava.

En Bari ya le habían advertido que debía huir si sospechaba que los alemanes le seguían la pista. «Puede que dures una semana transmitiendo desde los tejados, así que ya lo sabes: es sólo cuestión de tiempo». También le habían dicho que, en caso de ser traicionado, reconocido o despertar sospechas, podía dirigirse al sur, a los montes Tatra, para unirse a un grupo de partisanos y esperar la llegada del Tercer Ejército de Patton.

Pues bien, Bratislava estaba al sur, a los pies de los Pequeños Cárpatos. Y Voluta había acabado muerto porque había otras cosas, además del mensaje que estaba escrito en la pequeña tira de papel. Qué eran todas esas cosas que no habían sido escritas, se preguntaba él. Le estaban pidiendo algo, reflexionó. «Por favor, haz esto». Y hacer eso no se limitaba a transmitir la información a su servicio de inteligencia. Voluta, creía él, había estado en Polonia. Cuando los rusos invadieron (algo que la gente en Praga había comentado con expresión de terror), había tenido que huir. No tenía un plan, nada que estuviese técnicamente coordinado para trasladarlo desde Varsovia hasta Praga: tenía que escabullirse siguiendo la vieja ruta que los protestantes usaron para escapar de las persecuciones religiosas, es decir, a través de las montañas Krkonose, al norte de Checoslovaquia. Simplemente se había puesto a caminar y los rusos le habían dado alcance. No había sido la gente de la Gestapo del coche que había visto salir huyendo del puente. De eso estaba seguro. Además, había que fijarse en la mecánica de todo el encuentro: apenas estaba planificado. Se notaba que era obra de alguien desesperado. Se daba cuenta de que Voluta, un riguroso conocedor de su oficio con largos años de experiencia, había actuado en sus últimas horas como un completo aficionado. Ya no importaba. A través de sus amigos, Voluta había conseguido sacarlo de la prisión y ahora, muchos años después, había muerto intentando decirle algo, decirle algo con palabras y no con mensajitos secretos: que había que rescatar a Sasha Vonets.

Era posible que pudiese justificar su decisión de dar por terminada la misión FELDESPATO. El hombre que se había despeñado desde la primera planta al suelo era un sargento de la Gestapo. Ésa era razón suficiente, si es que alguna vez las buenas razones volvían a ser tomadas en cuenta. Pero además, pensó, en algún punto remoto de toda esa cadena también estaba Iliá Goldman: ¿quién, si no, habría sido capaz de penetrar en el sistema del Gulag? Por fin el BF 825 se convertía en algo real, adquiriría vida. Ahora ya sólo era prisionero de sus propias obligaciones. Aunque tampoco era algo que lo preocupase. Lo que sí le preocupaba era el hecho de que Voluta hubiese

sabido dónde encontrarlo. Eso quería decir que el sistema de organización y apoyo de la misión FELDESPATO había sido infiltrado, lo más probable por un servicio amigo pero que parecía tener sus propios puntos de vista sobre el destino de las operaciones. Los americanos eran gente tan valiente como irremediablemente ingenua. Estaba claro que ni les gustaba ni entendían la noción de seguridad. Porque ésta requería un puño de hierro y eso era algo que siempre habían rehuido, desde que sus antepasados fundaran esa nación.

La verdad, no sabía qué pensaba la gente de la OSS sobre un coronel que hacía saber que el 12 de abril estaría en Sfintu Gheorghe, en posesión de lo que se suponía eran datos claves de inteligencia sobre el personal del NKVD y sus acciones. En una guerra habían millones de fragmentos de información a tener en cuenta, tantos como peces en el océano. Y ¿quién podía decir cuál era el pez correcto? Alguien, en algún lugar, tomaría una decisión, una decisión con resultados concretos, una decisión logística o política, basándose, finalmente, en quién detentaba el poder en ese momento, o pensando en alguna transitoria política de alianzas (no se podía olvidar que la URSS era una potencia aliada), o tomando en consideración la posición de los planetas y las estrellas. En fin. Pero si había algo que podía ayudar a decidir, tenía que estar en Sfintu Gheorghe.

Y si no era así, tanto peor.

En el disparatado taxi, el contenido de la primera botella de aguardiente desapareció mucho antes de alcanzar Vlasim, segundo pozo de abastecimiento camino de Brno. Cada cierto número de kilómetros, los controles de carretera alemanes volvían a detenerlos porque iban hacia el este, derechos al campo de batalla, hacia el Segundo Frente Ucraniano de Malinovski, que había barrido a sus enemigos desde el Danubio y ahora avanzaba desde el otro lado del Paso de Dukla en los Cárpatos, para atacar la localidad de Nitra, a sólo sesenta y cinco kilómetros al norte y al este de Bratislava.

Sentada junto a Rudi, en el asiento de delante, Magda era la que se encargaba de los controles de carretera.

—Vamos a una fiesta que organizan unos amigos nuestros de la Wehrmacht en Bratislava.

Un último desenfreno, según parecía. Los controles alemanes no veían ninguna razón para detenerlas. Escondido bajo del edredón, Jristo podía oír las conversaciones con la nariz llena de una mezcla de olores a polvos, perfumes, sudor y vahos alcohólicos. Cada vez que volvían a ponerse en marcha, el taxi de Rudi dejaba tras de sí una nube negra de queroseno y

recomenzaba el vaivén de un lado a otro de la carretera. Jristo, incapaz de sujetarse para aguantar los virajes luchaba contra las náuseas. Una y otra vez fueron adelantados por camiones militares y tanques alemanes que obligaban al taxi a echarse hacia el arcén. Y en cada ocasión, las mujeres volvían a prorrumpir en chillidos y risotadas, mientras Rudi soltaba maldiciones como un poseso.

Al encontrarse con esa singular partida, los centinelas alemanes se contagiaban de la risa y soltaban aullidos de aprobación, acompañados de gráficos gestos. Todos estaban al tanto de que Malinovski se aproximaba y sabían muy bien lo que les esperaba. Quizá por eso celebraban tanto la aparición de esas checas pechugonas que iban a *ficker* con sus colegas alemanes por última vez. El ocaso de los dioses: primavera de 1945. La muerte los esperaba.

Todos las despedían con la mano cuando el Skoda volvía a ponerse en movimiento. Y todo empezaba a repetirse una vez más, las chicas soltando chillidos y burlándose o alabando la hombría del conductor. Rudi conducía el taxi y ellas conducían a Rudi cantando canciones obscenas y empinando la tercera botella, que cada tiempo iba a parar al taxista para mantener vivo su coraje ahora que la carretera comenzaba a ascender entre curvas.

En uno de los últimos puestos de vigilancia, una mano se introdujo por una de las ventanillas de atrás y levantó el borde del edredón, junto a las rodillas de una de las chicas, sentada al lado de la puerta del coche. Jristo quedó congelado y dejó de respirar cuando vio que comenzaba a entrar luz por un ángulo de su escondite. Entonces se oyó una cachetada sobre el dorso de una mano, a unos centímetros de su oído, seguido de una risita de complicidad de alcoba.

—¡Fritz malo! —dijo una voz por encima de él—. ¿Tratando de mirar debajo de mi falda, eh? Vergüenza debía darte, pícaro. ¡Ay, por Dios! ¿Qué iba decir tu *Mutter* si llega a saberlo?

Y volvieron a estallar las carcajadas, tanto dentro como fuera del coche. La ventanilla subió nuevamente y el taxi salió dando trompicones, para continuar entre vaivenes hasta Bratislava.

En Bratislava los cadáveres de los chavales colgaban de las farolas. No eran de viejos soldados, los que habían estado en Rusia y habían aprendido a sobrevivir a cualquier cosa. No, eran reclutas de dieciséis o diecisiete años que tenían que enfrentarse a los cañones rusos, pese a que sabían muy bien

que Hitler estaba acabado. Y nadie quería ser el último en morir en aquella guerra. Así que se desperdigaban por los montes con la idea de sobrevivir entre los bosques hasta que todo aquel terrorífico asunto hubiese acabado y pudiesen regresar a casa. La Gestapo había atrapado a la gran mayoría de ellos. Primero los ataban con una cuerda que iba desde las muñecas a los tobillos y luego los colgaban de las farolas, a escasos centímetros del suelo. Cada uno lucía un cartel manuscrito colgado del cuello en el que se leía DER UBERLÄUFER. Soy un desertor. Igual que cuando en la escuela les colgaban un papel que decía BURRO. Sus ojos estaban abiertos de par en par.

Lo que a Jristo le preocupaba en Bratislava era que lo integraran por la fuerza en la Wehrmacht, que le pasasen un fusil y lo obligasen a defender una posición. Allí sus papeles le podían ser de utilidad si hablaba con rapidez y convencía a alguien de que no necesitaba un salvoconducto fuera de Praga. Pero no estaba dispuesto a arriesgarse. En Bratislava la gente ya se preparaba para morir y todos se mostraban demasiado serios. La ciudad permanecía casi en silencio. Halló un callejón detrás de una casa bombardeada y a través de un orificio se introdujo en un sótano húmedo para esperar hasta medianoche y continuar.

Sin electricidad, la ciudad estaba sumida en la oscuridad y no había nadie en sus calles. Cada cierto rato podía oír los chirridos y el estruendo de los tanques que cambiaban de posición. Los bombardeos del Segundo Frente Ucraniano sobre Nitra, a sesenta y cinco kilómetros de distancia, coloreaban las nubes con tonos rojizos durante la noche. Pero eso era todo; hasta los insectos guardaban silencio. Logró abrirse paso a través de la negrura y sortear una patrulla de alemanes antes de dar con un cobertizo abandonado al oeste de los embarcaderos, desde donde se dominaba un claro panorama del río.

Gracias a un mínimo resplandor de la luna, podía distinguir los lentos remolinos y ondulaciones que se formaban sobre las aguas según bajaban a pleno caudal. Éste era el Dunaj checo, unos kilómetros más allá pasaba a ser el Duna húngaro, después era el Dunav serbio, el Dunarea en Rumanía, luego el Dunaj otra vez en Bulgaria... pero siempre era el mismo río: el Danubio. Reconoció sus aguas, el ritmo cansino y pesado de su corriente, la forma en que concentraba la oscuridad de la noche y avanzaba. Permaneció largo rato apoyado contra un madero del cobertizo, dedicado a observar el río.

Estaba aislado. Se dio cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo. Siguiendo las instrucciones, había destruido la radio J-E hasta dejarla convertida en pedacitos que luego había ido arrojando al río, en Praga, a lo

largo de más de un kilómetro. Por ahora, sólo Magda y sus amigas sabían dónde se hallaba, pero no tardaría en largarse de ahí y ya nadie conocería su paradero. Necesitaba un bote —las sombras bajas de los cascos a lo largo del embarcadero apenas se recortaban a la luz del cuarto de luna—, cualquier tipo de embarcación serviría. Podía lograrlo, se dijo. Conocía el río, y si lograba sobrevivir durante la primera parte de la travesía, no le costaría encontrar gente a lo largo del trayecto. Se encontraba a mil seiscientos kilómetros de Sfintu Gheorghe y tenía diecisiete días por delante. Volvió a observar la corriente, fijándose en la espuma blanca que se formaba contra los pilotes del embarcadero. Era la corriente de primavera. Podía lograrlo.

Tendría que atravesar las líneas rusas, tendría que descender por las aguas blancas de las Puertas de Hierro, donde el Danubio se abalanzaba hacia la llanura de Valaquia para formar la frontera entre Rumanía y Bulgaria. Tendría que batirse con el delta en la Besarabia rumana, una zona con mil seiscientos kilómetros cuadrados de canales y meandros llenos de juncos. Tendría que pasar junto a Vidin, junto a su padre, a su madre y a su hermana, si aún seguían con vida, sin poder verlos. Tendría que hacerlo por la seguridad de ellos. Pero desde el río, les haría llegar su espíritu. Eso era mejor que nada. Probablemente, reflexionó, no le convenía alentar esos sentimientos, esas esperanzas. Había soldados alemanes colgados de las farolas en las calles de Bratislava y el perfil de las grúas del puerto dejaba ver sus estructuras destrozadas, hechas pedazos por los bombardeos. Sin embargo, conocía ese río, una parte de él había permanecido allí durante todos esos años y le sorprendió darse cuenta de que aún seguía esperándolo.

Debió dormirse porque, cuando recuperó la conciencia, el zumbido había empezado a elevarse más y más, y estaba cerca de transformarse en un sordo bramido. Comenzaba a amanecer. El río color plata avanzaba bajo la luz grisácea. Un remolcador remontaba las aguas tirando de una barcaza. Era una embarcación de gran peso y el pequeño remolcador a duras penas conseguía progresar contra la corriente. Los dos aviones volaban juntos, río arriba, y, cuando pasaron por encima de la barcaza, se pudo ver un destello luminoso proveniente del reflejo de los cañones en sus alas. El ataque vino a continuación. Con los motores bramando, los aviones tomaron altura y realizaron un amplio giro para volver a hacer un vuelo rasante. Reconoció las siluetas de esos aparatos: Airacobras P-39, de fabricación americana, con la estrella roja de la fuerza aérea soviética pintada sobre las alas.

Para ver qué estaban atacando, Jristo entrecerró los ojos y escudriñó en la tímida luz matinal: sobre la gran barcaza había hileras de sacos de color gris, alineados unos junto a otros en toda la superficie disponible en cubierta. Cuando los rusos abrieron fuego, uno de los sacos se inclinó hacia un lado y desapareció en el río. Entonces supo que eran soldados alemanes heridos en la batalla, en Nitra, seguramente, que estaban siendo transportados hasta los hospitales de campaña, en territorio austriaco, al oeste. Vio cómo las ametralladoras de los cazas sembraban una hilera de balas desde la popa de la barcaza hasta la proa del remolcador. Cuando realizaban un segundo ataque, un haz de fuego antiaéreo comenzó a desgranarse desde el embarcadero y por poco no alcanzó al par de cazas en pleno ascenso. Una pequeña figura de negro salió de la cabina del remolcador y comenzó a subir y bajar los brazos en la popa, junto a la cuerda de remolque. Sus movimientos eran frenéticos y Jristo cayó en la cuenta de que intentaba cortar la cuerda con un hacha. Cuando los Airacobras iniciaban ya un tercer ataque, la barcaza quedó liberada y comenzó a alejarse. El remolcador aprovechó para ir a refugiarse en la orilla, tratando de cubrirse con la protección que ofrecían las baterías antiaéreas.

Jristo dejó el cobertizo y se lanzó hacia el río en el momento en que los aviones hostigaban el remolcador. Al zambullirse, el contacto con el frío lo golpeó, y la conmoción lo llevó a tragar un asqueroso sorbo de agua mezclada con gasóleo. Sobre la superficie a su alrededor se podían ver ondas iridiscentes. Manteniendo la cabeza fuera del agua, intentó nadar hacia el remolcador, pero el peso de la ropa y los zapatos amenazaba con hundirlo. El rugido de los aviones acercándose retumbó en sus oídos, para desvanecerse instantes después.

Había intentado calcular un ángulo seguro de intersección antes de saltar al agua, de modo que la corriente lo ayudase a acercarse a la embarcación. Sin embargo, el río lo estaba alejando. Braceó tan rápido como podía, con determinación, pese a que la corriente seguía arrastrándolo a mayor distancia. Al dar una nueva mirada se dio cuenta de que no había calculado bien. Con cada brazada se iba alejando. Sumergiendo la cabeza, se puso a patalear como un maníaco, y avanzó bajo el agua impulsándose también con los brazos. Cuando no le quedaba aire volvió a emerger con una gran inhalación y sintió el sabor rancio del gasóleo en la boca. El remolcador estaba cerca, había logrado aproximarse unos metros aunque jugaba en su contra por la corriente. Con todo, tuvo la impresión de que el sonido martillante de la hélice se le echaba encima. Hizo un nuevo esfuerzo con los brazos por delante y con un



impulso de sus pies, logró coger el cabo que colgaba en medio de la estela que dejaba la embarcación. Arrastrado contra la corriente, su cuerpo formaba un reflujo de agua que casi lo ahoga. Pero no dejó de luchar y sostuvo la cuerda con una mano mientras buscaba estabilizarse con la otra. La inercia de las aguas lo llevó a describir un semicírculo que lo empujó contra el casco. Entonces trató de trepar por la cuerda, pero la madera estaba tan resbaladiza como una placa de hielo y no lo consiguió. Vaya, pensó, divertido ante sus dificultades, sintiéndose invadido por una sensación de euforia. Pero en ese instante cayó en la cuenta de que el frío parecía haberle congelado el cerebro, que podía acabar muerto junto al casco, presa de la somnolienta muerte que sobreviene por hipotermia. Presa del pánico, se agarró a la cuerda y se izó hasta sacar medio cuerpo fuera del agua. Sin cejar, fue ganando altura centímetro, a centímetro hasta que logró enganchar una mano en la borda como una garra. Al mirar hacia arriba notó que la sangre manaba por debajo de sus uñas y tomaba un color rosáceo al mezclarse con el agua. Sin pensárselo, cargó el peso de su cuerpo en esa mano para levantar una pierna y colgarse de la borda. Haciendo acopio de toda su energía, se dio un último impulso y, tras encaramarse a la borda, se dejó caer desde un metro de altura sobre la cubierta del remolcador. Por unos instantes permaneció sin sentido, hasta que el zumbido de los aviones que se alejaban y el golpeteo de los pistones del remolcador lo devolvieron a la realidad. La noche anterior había estudiado el río desde la distancia, mientras se consolaba pensando en su lento y oscuro avance. Y recordó que era un ciudadano del mundo, alguien que había deambulado por las calles de París. De su memoria surgió un recuerdo de infancia en el que, siguiendo la costumbre de los chicos mayores, pasaba las horas lanzando migas de pan al río mucho antes de atreverse a meter un pie en el agua.

Pistola en mano, se arrastró a lo largo de la cubierta, apoyándose en la barandilla hasta alcanzar la cabina, emplazada junto a un cubículo que servía de camarote. Una mujer se hallaba al timón, maniobrando la gran rueda con la vista fija hacia adelante. Un hombre de barba, con uniforme negro, estaba sentado al fondo de la cabina contra la pared, los ojos cerrados, las rodillas recogidas y los brazos cruzados sobre su estómago. Su pecho apenas se movía al respirar. Una vieja ametralladora —una *pepecha* con culata de madera y cargador de tambor— yacía a sus pies. Un hilo de sangre se extendía por la cubierta, venía de él.

La piloto echó una mirada a Jristo y volvió a concentrarse en el río. Era una mujer inmensa, una criatura enorme calzada con una especie de pantuflas, calcetines negros y ataviada con un vestido con flores que la cubría como un saco. Por encima de la línea de los calcetines, sus pantorrillas blancas asomaban atravesadas por una red de venas azules: el resultado, supuso, de toda una vida de pie junto al timón. Su rostro, visto de perfil, exhibía una nariz del tamaño de una patata, una quijada cuadrada y prominente, y un pelo donde se entremezclaban las canas, cortado a tijeretazos a la altura de la nuca. Calculó que hacía ya tiempo que había cumplido los cincuenta.

Se dirigió a él en una lengua que al comienzo no supo entender, aunque pasado un rato se dio cuenta de que le hablaba en húngaro. A continuación, la mujer pasó al alemán. Jristo sacudió la cabeza para darle a entender que tampoco lo comprendía y comenzó a tiritar por el aire frío que soplaba.

—¿Quién es él? —preguntó en checo, indicando al hombre de la barba.

—Un hlinka —contestó ella.

Los hlinka, por lo que sabía, eran una milicia de fascistas eslovacos que luchaban del lado de los alemanes.

—¿Es tu guardián? —indagó, consciente de la ambigüedad de la pregunta. Un guardián podía protegerte o bien mantenerte vigilado.

Pero ella no entró al trazo.

—¿Qué quieres? —le preguntó en checo—. Los refugiados tienen prohibido estar aquí —añadió con autoridad, no fuera a ser que ese tipo hubiese sido enviado por los alemanes para poner a prueba su lealtad.

Jristo dejó pasar un momento antes de volver a hablar. La mujer se encogió de hombros y se concentró en su trabajo, modificando el avance en uno o dos grados para evitar los escollos de río arriba.

—Quiero ir al este, madrecita —dijo, empleando la forma respetuosa.

—Yo no soy tu madre —replicó ella—. Además, en el este están combatiendo. Y si intentas disparar ese cacharro que traes, sólo saldrá un chorro de meados.

Jristo bajó la vista y vio cómo goteaba el agua del cañón de su pistola automática. Se la ajustó de nuevo en el cinturón y sacó las monedas de oro (tenía dieciséis, cada una de una onza). Las dejó caer encima de la repisa, frente al timón, donde tintinearón.

La mujer las contó en silencio, moviendo los labios, y luego lo miró un buen rato, reparando en su ropa de obrero: los pantalones y la chaqueta de lana, las toscas botas, la gorra embutida en el bolsillo. Entonces volvió a

levantar la mirada hacia su cara y lo observó fijamente, antes de volver a concentrarse en el río.

—¿Quién eres tú? —le preguntó—. Y no me vengas con patrañas, ¿de acuerdo?

El tono de la mujer era cortés, pero también dejaba ver que podía arrojarlo por la borda en cuanto ella lo decidiese. Jristo le echó una mirada a sus brazos y confirmó que podía hacerlo sin problemas.

—Yo también soy del río, como tú —le dijo en búlgaro.

Ella asintió y reflexionó un momento.

—Eso es una fortuna —continuó ella, pasando al ruso, segura de que él la entendería—. Es mucho oro para un chico del río. —Y volvió a guardar silencio, rumiando algo en su cabeza al tiempo que el remolcador iba dejando de lado los árboles muertos de la orilla. Maniobraba lo justo para evitar las colisiones, pero evitando gastar combustible en exceso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jristo.

—No necesitas saber mi nombre de verdad —contestó la mujer—, pero en el río me llaman Annika.

—Mira, Annika, si giras tu barco en la otra dirección, pensarán que vas corriente abajo, tras la barcaza, y no enviarán una patrullera desde Bratislava.

—Tú eres muy listo para ser un chico del río —confirmó ella.

Jristo no volvió a insistir. La mujer cogió una de las monedas y la estudió con detenimiento, antes de arrojarla nuevamente sobre la repisa. A continuación empezó a murmurar para sí en húngaro —una mezcla de maldiciones, creyó entender Jristo, que incluía a los alemanes, los rusos, el oro, los ríos, los barcos, a él, y hasta a ella misma y su destino— antes de girar el timón en dirección a la ribera más alejada. La pala hizo su trabajo y el remolcador tomó rumbo hacia la orilla, en una maniobra preparatoria para completar el giro en dirección al este.

—¿Sigue vivo mi hlinka? —preguntó ella.

Jristo dirigió la vista hacia el hombre.

—Sí —dijo él.

—Se arrastró hasta aquí en busca de compañía para morir. Y no se la vamos a negar —aclaró ella.

Jristo asintió con la cabeza.

—Cuando haya muerto —continuó la mujer—, lo arrojas por la borda. En mi barco tendrás que trabajar.

El remolcador era una embarcación tan ancha de manga y elevada en la popa que parecía avanzar medio hundida. Su nombre, K-24, apenas podía verse entre las manchas de óxido y el musgo verdoso que crecía sobre el casco. Había sido bautizado como K-24 en 1940, cuando Hungría se unió a las potencias del Eje. Aparte de unas cuantas cañoneras y una pequeña flota de remolcadores y barcazas, Hungría carecía de Armada. Tampoco tenía una línea costera o acceso al mar, pese a lo cual había sido gobernada por un almirante, Miklós Horthy, durante toda la guerra.

El remolcador había sido botado en 1908 en un dique cercano a Szeged, con el nombre de *Tisza*, en honor al río junto al cual se alzaba la ciudad. Tenía doce metros de eslora y era de poca elevación, pensado para pasar sin problemas bajo los puentes del Danubio. Equipado con un motor a vapor austríaco, era una simple caldera capaz de alcanzar los doscientos caballos de potencia en un día bueno, alimentado por carbón o madera, aunque según los tiempos, también había funcionado con paja, heno, restos de algodón o cualquier cosa que pudiera arder. Cuando los americanos comenzaron a bombardear el río arriba y abajo —impactando en las refinerías en Giurgiu y Constanza, antes de atacar los campos petrolíferos de Ploiesti—, había sido ametrallado en numerosas ocasiones. Su lento avance era una tentación irresistible para los artilleros de los aviones que sobrevolaban el río. Uno de los pilotos, «un soberbio idiota», en palabras de Annika, se había pasado una buena media hora ametrallando la carga de grava de una barcaza sin un propósito claro, después de haber acribillado la cabina del *Tisza*, cubierta por una plancha de acero de cinco centímetros de espesor pintada imitando la madera. En los cuatro años de guerra, el *Tisza* había sufrido una buena paliza en la línea de flotación, en la caldera del motor y en el tubo de la chimenea, pero todas estas eran partes fáciles de reparar.

Como embarcación, el *Tisza* era, en palabras de la propia Annika, una dama tan vieja como ruidosa. Sus pistones parecían una matraca constante al navegar y se podían oír a gran distancia, martilleando como un reloj que se hubiese vuelto loco. En los tiempos anteriores a la guerra, el marido de Annika solía calificar a la embarcación de «vieja guarra». Su chimenea —que sólo se elevaba unos palmos por encima de la cabina del piloto para evitar la colisión con algún puente— dejaba escapar densas nubes de vapor hacia el cielo, negras, grises o blancas, dependiendo de lo que hubiesen echado a arder.

Cuando dejaron atrás Bratislava, el humo era negro gracias a las últimas reservas de carbón checoslovaco.

—De aquí en adelante tendremos que seguir con ramas y maleza —le dijo Annika, echándole una mirada intencionada al hacha de doble filo que reposaba en una esquina de la cabina—. De ser necesario, puede navegar hasta con basura.

Pero el Danubio ofrecía su propio combustible: maderas ligeras como los alisos, sauces y arces de hoja grande que se alineaban en las orillas para beber de su agua. Era material liviano y fibroso que tardaba un año en crecer, y un minuto en arder. Pero era abundante y al *Tisza* no le iba mal.

—Gracias al Señor por la corriente —dijo Annika— y por tener que cargar con un chico del río en vez de con una barcaza llena de arena.

Inmediatamente al sur de los embarcaderos de Bratislava, el río se convertía en la frontera norte-sur entre Checoslovaquia y Hungría. Luego discurría en territorio húngaro, a partir del pueblo de Stúrovo. En plena tarde, Jristo se escondió detrás de un barril de carbón, junto a la caldera, donde por fin terminó de secarse, aprovechando mientras la guardia fronteriza húngara subía a bordo para tomarse un par de cervezas y zamparse una lata de mermelada. Una vez que se fueron, Annika se asomó por la escotilla y le enseñó a alimentar la caldera y a maniobrar el primitivo sistema de marchas que movía la hélice.

—Tiene tres velocidades —le explicó—, todas lentas. Y si hay que ir hacia atrás, ya te enseñaré cómo se hace. Tú tienes que preocuparte de ser el mecánico.

Pero la mayor parte del día no tuvo que hacer gran cosa. De pie, junto a Annika, miraba hacia la orilla a medida que cruzaban la vasta llanura húngara. Era una tarde de marzo, fría y gris, surcada por nubes entre las que, ocasionalmente, surgía un rayo de sol. Luego empezaron a caer chubascos que erizaban la superficie del río. Fueron dejando atrás pequeños pueblos, llenos de formas bulbosas y tejados puntiagudos con nidos de cigüeñas. Daban la impresión de estar desiertos: sólo unos cuantos perros famélicos se acercaban a la orilla a ladrarles a su paso. Tal vez la gente había huido a medida que la guerra se acercaba, hacia las líneas alemanas al oeste, o hacia las líneas rusas, al este. Volvió a ver la barcaza cargada de heridos alemanes, o lo que quedaba de ellos, que era arrastrada río arriba por otro remolcador, con el que Annika intercambió saludos con la sirena. A veces el cielo se despejaba del todo, dejando a la vista los bajos Cárpatos, hacia el norte. Los rayos de sol a través de las nubes iluminaban la cresta de los montes dándoles un tono verde pálido.

A finales de la tarde atracaron en el puerto de Szöny, junto a una hilera de remolcadores, algunos de ellos atados a barcas. Annika salió a hacer una ronda de visitas, saltando con destreza de una embarcación a otra. En cada cabina se detenía un momento a cotillear e intercambiar novedades. Cuando regresó ya había oscurecido. Se sentaron junto a la cocinilla, en la zona habilitada para guisar al lado del camarote, consistente en dos hamacas y un armario destartado. Annika mezcló harina con agua y amasó unos *csipetke*, pequeñas bolas de masa que puso a hervir en una olla, a la que añadió una densa salsa de tomate en lata y un diente de ajo, «para que tenga sabor a algo», que aplastó entre los dedos antes de arrojarlo ceremonialmente dentro de la cacerola.

—¡Qué daría yo por un huevo! —dijo con tristeza—. O por una guindilla. Entonces sí que me jurarías amor eterno.

En Praga, Jristo había vivido a base de pan hecho con una parte de serrín y de carne de caballo guisada con cebollas para ocultar el sabor a descomposición, así que saboreó esas bolitas de masa.

—Yo creo que ya me he enamorado, la verdad —le contestó.

—Pues hay suficiente —le dijo Annika, refiriéndose a un montón de latas de salsa de tomate apiladas en un aparador—. Antes uno podía encontrar pescado, pero las bombas han acabado con la pesca. Había peces grandes, esas carpas con bigotes. Un poco fuerte, aunque si las cocinabas en leche te quedaban exquisitas. ¡Ah! —Cerró los ojos y adoptó una expresión apenada—, esta estúpida guerra es una maldición. Se llevó a mi marido y a mis dos hijos, y a la mayoría de la gente del río. Vinieron a por ellos en el invierno del 43, cuando huían de Moscú en medio de la nieve. Hacía tanto frío que, cuando se bajaban los pantalones a la orilla del camino, se les congelaban las partes y se morían ahí mismo.

Frunció los labios ante el solo pensamiento y se persignó.

—Alguno que otro regresó. No eran más que pellejo. Ya no servían para nada. Habían visto demasiado.

Con el pulgar fue limpiando su cuenco y lamió los restos de salsa de tomate.

—Ahora combaten al este de aquí, tal como te advertí. Cerca de la prisión de Vác, río abajo desde el recodo que se forma en Esztergom. Son el Tercer Ejército Húngaro, dicen, o lo que queda de él, y la Sexta División Panzer contra el Tercer Ejército de Ucrania, o algo así. Son soldados mongoles, chico del río, que luchan borrachos de vodka y, si eres mujer, pues que Dios te dé una muerte rápida. Hace mil años que no se los veía por aquí, pero no nos

hemos olvidado de ellos. Ahora tienen rodeados a cuarenta y cinco mil soldados alemanes, cerca del lago Balatón y, pffft, no veas tú.

—¿Y qué dice la gente? —preguntó Jristo.

—¿Qué van a decir? Los rusos tomaron Budapest, así que eso significa el fin del gobierno. No es una gran pérdida. Algunos creen que lo que hay que hacer es cruzar al otro lado de las líneas y rendirse al Ejército Rojo. Otros prefieren esperar aquí. Los rusos nos necesitan. Algo pagarán por el transporte de su provisiones por el río.

—¿Entonces?

—Bueno, algunos vamos a intentar colarnos esta noche. Tal vez han detenido la batalla y se están echando una cabezadita.

—Lo dudo.

—Yo también. ¿Y cuán al este quieres ir?

—Te lo diré cuando hayamos llegado.

—Era lo que me imaginaba.

—¿Tienes algo negro, pintura o algo así?

¿Pintura? ¿Estás loco? Como mucho, puede que algo de alquitrán.

—Eso servirá.

Poco después de la medianoche, ocho remolcadores zarparon con un lento traqueteo del puerto de Snözy, formando una hilera en las aguas oscuras. Como sabían que podían ser avistados por las unidades de retaguardia húngaras o de la Wehrmacht, todos hacían ondear la bandera del abatido régimen húngaro en el asta de popa. El mejor navegante del grupo, un viejo encorvado de nombre Janos, iba con su barco a la cabeza, seguido por el *Tisza* y los demás. La luna brillaba en lo alto, pero el viento del oeste había aumentado su fuerza y un frente bajo de nubes oscurecía su reflejo, dejando al río sumido en rachas sombrías. La dificultad para navegar se hacía mayor por la caída de las temperaturas, que habían provocado la aparición de una espesa niebla, que parecía que extendiera el viento. Todo esto hacía más difícil el trabajo de Janos pero, al mismo tiempo, convertía a los barcos en fantasmales formas difíciles de percibir desde la orilla.

Refiriéndose a Janos, Annika le contó que era medio ciego.

—Así que no creo que la oscuridad le moleste mucho. El viejo dice que navega con los pies. Por la forma en que fluye el agua bajo la quilla sabe por dónde va.

—¿Es posible algo así? —preguntó Jristo.

—Bueno, ha vivido en el río desde niño. Por lo tanto, es un buen navegante y... también un buen mentiroso. Tú dirás.

De pie en la cabina del piloto, Jristo sólo podía notar el temblor incesante del motor del *Tisza*. Sin embargo, la embarcación que llevaban delante se movía de un lado a otro respecto al centro del cauce, como si fuese esquivando escollos, al tiempo se podía oír el ruido del agua cuando chocaba con los bancos de arena cuando pasaban a su lado.

—¡Un banco de arena! —exclamó Jristo—. Gracias a él lo hemos esquivado.

—Ja, ja —confirmó Annika, que no parecía impresionada—. Es un banco famoso, todo el mundo lo conoce. Lo que debiera preocuparnos a ti y a mí son los nuevos bancos. Danubio, el dios de este río, revuelve el fango cada invierno y lo amontona en un lugar diferente para que podamos encontrarlo con la hélice de nuestras embarcaciones.

Con un toque de timón, modificó ligeramente el rumbo, siguiendo, al parecer, un movimiento en la popa de la embarcación precedente que a Jristo le resultó imperceptible.

—Siguiendo río abajo, hay un lugar con bloques de granito bajo el agua colocados por los romanos como cimientos para montar un puente. Trajano, el emperador, quería construir una ruta militar entre España y el Éufrates, pero se murió antes. Y nos dejó los bloques de granito para que lo recordásemos. Así que cuando bajan las aguas y se acumula arena a ambos costados del río, los bloques rajan la quilla de muchos barcos. Yo lo he visto.

Por un rato continuaron en silencio, la vista al frente, entre la niebla que avanzaba.

—¿Quieres que baje a echar una mirada? —preguntó Jristo.

—No. Quédate por aquí y ten la *pepecha* a mano. Vamos lo más lento posible, pero si algo llegase a ocurrir no creo que quisieses estar allí abajo.

Jristo pensó en el vapor a presión de la caldera y en lo que podía provocar, y se sintió agradecido por el permiso que le acababan de conceder.

—Pero ¿de qué podría servir la *pepecha* contra los cañones de tierra?

Annika se encogió de hombros.

—Bueno, no de mucho.

El río describía una serie de meandros al norte y al sur en Esztergom, para luego dar un pronunciado giro a la altura de la prisión de Vác, antes de enfilarse al sur, hacia Budapest, y, finalmente, hacia Serbia. Podían oír el rumor de la batalla con toda claridad, como una tormenta que se estuviera acercando. El cielo parpadeaba con un color anaranjado debido a las detonaciones de la



artillería y los tanques, aunque la mayor parte de la acción parecía concentrarse en la ribera norte.

Al avanzar hacia el norte, a lo largo de un amplio giro, un reflector atravesó la neblina y avanzó desde la última embarcación hasta la primera, para fijar su luz en el remolcador de Janos. Un megáfono que sonaba aterradoramente cercano, emitió una orden en húngaro. A medida que Janos respondía a gritos con su voz cascada a un oficial invisible, Annika fue traduciendo al ruso:

—Líder del convoy, identifíquese.

—K-38 y siete remolcadores clase K: zarpamos desde Bratislava.

—¿Adónde se dirigen?

—A la prisión de Vác.

—Repítalo, K-38.

—La prisión de Vác.

—¿Se han vuelto locos?

—Hace ya mucho.

—Los rusos están allí. ¿Tienen órdenes?

—Sí, señor. Evacuar prisioneros a la retaguardia.

—¿Órdenes escritas?

—Órdenes verbales. De las SS. Un coronel alemán nos acompaña. ¿Quiere discutirlo con él? Puedo despertarlo, si quiere.

—Proceda, K-38.

—Gracias.

—Dios los ayude.

—Eso espero.

El reflector se apagó y las luces de la patrullera se desvanecieron a su regreso a la estación de vigilancia.

El convoy continuó a través de la oscuridad. Su lento avance les permitía observar los intercambios de la artillería en los montes por encima de Vác. Los destellos amarillos de la boca de los cañones hacían resplandecer el contorno de las colinas. Un despojo en llamas describió una perfecta parábola en el aire por encima de sus cabezas y fue a apagarse siseando en las aguas. Al comienzo, la artillería creaba un enorme estruendo, bajo y continuo, que reverberaba por todo el río. Pero a medida que se fueron acercando, el sonido comenzó a oírse por separado: el grave mazazo de los morteros, el silbido de los 88 de la Wehrmacht, los estruendos de los cañones de campaña rusos, el tableteo de las ametralladoras y el retumbar de los proyectiles al hacer impacto.

Las embarcaciones continuaron su curso por el río y, tras dejar atrás otra de las curvas, vieron el horizonte resplandecer cada vez más iluminado, al tiempo que el ruido no dejaba de aumentar. Se hallaban en el medio de la batalla.

Era como una pesadilla, pensó Jristo, porque quería echarse a correr pero no podía hacer nada. De sus ojos brotaban abundantes lágrimas debido al exceso de humo. Inesperadamente, todo a su alrededor se hizo borroso y deforme. La prisión, ubicada en la orilla más alejada, ardía con enormes llamas que se elevaban desde el techo y las paredes, como si un torbellino las atrajese hacia lo alto. El aire a su alrededor vibraba y retumbaba. Creyó oír voces provenientes de la ribera más próxima, clamando en una lengua extraña y una copiosa lluvia de chispas se derramó sobre el barco. Entonces estalló el agua, se elevó un muro blanco y el río se echó atrás. Las vibraciones hicieron temblar el cristal de la ventana, que, salpicado de gotas, actuaba ahora como un prisma por el que se refractaban las nubes de bengalas, la prisión ardiendo, esa porción de tierra que tan pronto se iluminaba con una luz blanca como volvía a la oscuridad, una y otra vez. Jristo quedó sordo. Sujetándose a la pared de la cabina, el *Tisza* resistía el bombardeo. Era como si algún animal diese golpes al casco.

La popa del K-38 comenzaba a tomar distancia. Apartándose de la pared, Jristo corrió agachado por la cubierta, abrió la trampilla y se arrojó al interior de la sala de máquinas, casi dos metros más abajo. Con la mano desnuda abrió la puerta de la caldera y, aunque no sintió nada, pudo ver el rojo incandescente reflejado en la piel de su mano. En la abertura fue echando ramas y maleza que tenía que terminar de introducir con el pie, para vencer la aparente resistencia de esos matorrales a caer en las llamas. El *Tisza* volvió a zarandearse. De una patada cerró la puerta de la caldera y trepó por la escalerilla a la cubierta. Una enorme llamarada se encendió justo encima de él y la onda expansiva que siguió lo tumbó de bruces. Ya se había puesto de rodillas y se preparaba para nadar, cuando vio que había sido la embarcación que llevaban detrás. La cabina del piloto había desaparecido y sólo quedaba un montón de chatarra sobre cubierta, de donde emergía un chorro de vapor. Continuó observando la embarcación según se alejaba hacia el centro del río con una hilera de llamas de menor tamaño flameando en la proa. Escurriéndose como una rata que huye de un incendio en el granero, alcanzó la cabina y desde allí pudo ver formas humanas que corrían por la orilla, alzando los brazos en señal de súplica. Uno de ellos se echó al agua para nadar, pero al rato desapareció.

Se puede decir que lo que hicieron en Budapest dos días más tarde fue totalmente ingenuo. Pero así tenía que ser. Si hubiese salido a la luz alguna señal de planificación o cálculo, inmediatamente habría levantado sospechas. Pero lo que idearon era algo muy simple, cándido, con esa inocencia propia de los campesinos. Jristo sabía bien qué pensaban los rusos de este tipo de cosas; sobre todo aquellos rusos cuyo trabajo consistía en investigar esas situaciones. Eso los volvía sentimentales porque les recordaba su propio pasado.

Veintiocho kilómetros más allá de la prisión de Vác estaba Budapest, tan cerca del frente como para ser una ciudad saturada de *apparatchik* de toda clase. Los capitanes de los remolcadores temían la presencia de éstos tanto como Jristo, y por los rumores que habían llegado a sus oídos, estaban por todas partes. No habría forma de colarse a través de una red de tal magnitud. No quedaba otra que hacerle frente.

Una vez que dejaron atrás los combates, Janos los guió hasta un estrecho canal que a primera vista no parecía navegable, pero que poco más adelante se abría para internarse seis o siete kilómetros en medio del campo. El escondite perfecto para los barcos, pensó, igual que un callejón oscuro para los ladrones.

—Cuando nos falta el sello de la aduana —le explicó Annika—, venimos aquí para descargar. Todos somos contrabandistas, por supuesto. —Y con toda naturalidad añadió—. Bueno, en algún momento.

Las embarcaciones fueron amarradas a los árboles de la orilla y todos cayeron rendidos y se dispusieron a dormir.

A la mañana siguiente Jristo se unió a los demás en la búsqueda de leña para utilizarla de combustible. Annika le había puesto grasa lubricante en la quemadura y luego le había envuelto la mano en un viejo paño del motor. De cualquier forma, la mano derecha tenía que subir y bajar por el mango del hacha, así que tenía que arreglárselas con ese vendaje. Era un gusto trabajar bajo ese sol pálido, sin necesidad de llevar chaqueta ni camisa, con el sudor corriendo por la espalda. Ambos filos del hacha estaban perfectamente afilados y dos o tres golpes bastaban para echar abajo el tronco de algún arbolillo. Con la madera ligera siempre ocurría así, aunque eso no evitaba que se sintiese como un gran leñador. La oscuridad de Praga y el terror de las noches previas se fue evaporando con su transpiración a medida que daba hachazos.

Hicieron una fogata y quemaron las banderas húngaras. A continuación, con telas y alquitrán repararon los cascos, que deberían aguantar hasta la próxima oportunidad de volver a un astillero. Según le habían contado, allí era posible encontrar legendarios artesanos capaces de serrar la sección de madera dañada, para luego, de forma asombrosa, reproducir la curvatura y el tamaño exacto de la plancha, que insertaban con un mazo. A continuación, empleando un formón conseguían la armonía entre la parte añadida y el casco. Y jamás había filtraciones.

Con la puesta de sol se reunieron todos formando un círculo, la gorra entre las manos, y Janos elevó una breve plegaria por los tripulantes del remolcador que habían perdido la vida. Entre los que habían realizado la travesía, no pocos habían resultado heridos: una quemadura por efecto del vapor, una muñeca rota, un par de pequeñas heridas de metralla, la llaga en la mano de Jristo. Pero todos se sintieron afortunados de estar allí para ver cómo se ponía el sol. Estaban cerca de Budapest y algunos querían continuar la ruta de inmediato para acabar de una vez con el viaje. Pero Jristo tomó un momento la palabra y, ayudado por la traducción de Annika, logró ganarse la confianza de los demás gracias a su conocimiento de la burocracia soviética. Al anoecer se podía esperar una vigilancia incierta y a veces hosca, producto de todo un día a merced del vodka, aparte de que, en general, a los rusos no les gustaba la oscuridad.

A la mañana siguiente, Annika escogió un joven y erguido abedul y Jristo lo derribó y le quitó las ramas. Ella no estaba muy convencida con su plan, pero tuvo que admitir que si lograba provocar una buena impresión entre las tropas podría ser de gran ayuda.

—Es difícil saberlo con los rusos —le explicó Jristo—. Lo mismo son capaces de abrazarte que de vaciarte medio cargador en la barriga. Ellos mismos no saben bien qué hacer hasta que de pronto lo deciden, por capricho.

—Ja, ja —asentía Annika, sin estar convencida del todo sobre la veracidad de sus palabras. Las preparaciones de Jristo habían hecho mella en sus provisiones y tenía la impresión de que lo lamentaría en el futuro.

Pero más tarde, ese mismo día, al avanzar por la mitad de Budapest, se iba a sentir orgullosa de él. De pie, delante de la cabina del piloto, con un niño de diez años a su lado —que la tripulación de otro barco había prestado para la ocasión—, con el *Tisza* encabezando el convoy y todos los demás, Annika incluida, muy conscientes de que debían dar una buena impresión. Hubo un instante en que Jristo giró la cabeza para echar una mirada a través de la

ventana de la cabina y pudo verla sonreír, maliciosa, pero con evidente aprecio.

El ruido era sobrecogedor. Debía haber unos treinta mil soldados, tropas mongolas y oficiales rusos europeos, alineados a ambos lados del río. Daban vítores y saludaban con la mano, levantando sus *pepechas* y los viejos fusiles de largas bayonetas. Algunos de los oficiales guardaban especial respeto. Jristo se dio cuenta de que el chico que lo acompañaba estaba destinado a la carrera teatral: lanzó su pequeño puño al aire con revolucionaria pasión y adoptó el gesto patriótico como si estuviese a punto de lanzar un grito de devoción. O puede ser, se le ocurrió pensar a Jristo, que el niño realmente acabase de convencerse en aquel mismo instante. No se podía descartar. Tal era la emoción y la exaltación; esas diez mil gargantas rugiendo al unísono al paso de las siete embarcaciones, con sus tripulantes de pie sobre las cabinas y saludando con fiero orgullo, las sirenas pitando a modo de celebración. La ovación se incrementó para convertirse en un sonido atronador al pasar junto al viejo y elegante edificio del parlamento, emplazado frente al río. La excitación alcanzó tal nivel entre los soldados que se encontraban dentro que las mesas, sillas y papeles comenzaron a llover por las ventanas.

Fue el minuto de gloria para Jristo. Annika le pasó la *pepecha* por la puerta de la cabina y, en una perfecta imitación de miles de carteles propagandísticos, Jristo la alzó con una mano (la que tenía vendada) y agitó el arma con fervor revolucionario: ¡Atreveos con nosotros y ya veréis cómo os damos por el culo con una de éstas! Los soldados en ambas orillas, al reconocer su propia arma, la PPSH M1941, gritaron con más fuerza aún. Y cuando se subió por la escalerilla metálica al techo de la cabina y repitió el gesto, usando la bandera como apoyo, la aclamación llegó a su clímax. En ambas riberas, las voces comenzaron a entonar espontáneamente un canto: el himno del Ejército Rojo.

Una auténtica bandera soviética no hubiera servido. Jristo lo sabía: habría despertado su curiosidad y podía levantar sospechas. «¿De dónde la habrá sacado?». En cambio, la gran tela de un metro veinte de ancho por uno ochenta de largo, atada a una vara de abedul en la parte de atrás de la cabina del piloto y estirada por una cuerda amarrada a la chimenea —como si el viento la mantuviese extendida—, superó toda su curiosidad. Ese tipo de gesto les llegó al corazón.

Era una magnífica bandera: roja por la salsa de tomate, con la hoz y el martillo pintados con oscuro alquitrán, a ambos lados, para que todos pudiesen verlos.

Los comunicados de prensa rusos del 29 de marzo de 1945 harían mención de los hechos: «En Budapest, elementos de la marina húngara se deshicieron de sus oficiales fascistas para unirse a las victoriosas divisiones del Tercer Ejército Ucraniano del mariscal Malinovski, en un claro despliegue de solidaridad patriótica».

Fueron arrestados, por supuesto. Pero fue la reclusión más relajada que se podía esperar. Al alcanzar la siguiente curva del río, una patrullera rusa los condujo a un embarcadero y mandaron a buscar al personal de inteligencia militar. Los papeles fueron puestos sobre la mesa, examinados, estudiados detenidamente, pero en realidad ya habían «confesado», de la forma más pública que se pudiera imaginar, su horrible crimen: formar parte de un sistema de abastecimiento de las fuerzas de combate enemigas. Por lo tanto, los agentes de inteligencia no encontraron mucho que avivase su interés. Ya tenían un «delito» y eso satisfacía su instinto de presa. Tenían también un «castigo», que satisfacía a los afectados. En realidad, el castigo era una suerte de reclutamiento: los remolcadores y sus tripulantes se pondrían al servicio de las tropas de ocupación, que necesitaban desesperadamente una forma de cruzar el río de un lado al otro. En su retirada, las tropas alemanas habían volado todos y cada uno de los puentes de Budapest, cuyas ciudades mellizas, Buda y Pest, estaban divididas por el Danubio. En recompensa por sus leales servicios, recibirían dos raciones diarias del Ejército Rojo, consistentes en un generoso cucharón del caldero al que se arrojaba cualquier elemento comestible. El guiso hervía las veinticuatro horas del día formando un espeso caldo a base de cebollas, gallos, conejos, caballos muertos, nabos y cualquier cosa que apareciese en el curso de sus incursiones. En lo esencial, el Ejército Rojo dependía del campo. Las raciones de vodka procedentes del este ya llegarían más tarde, les explicaron los oficiales rusos, siempre que trabajasen y no se metiesen en problemas.

Los marineros de los remolcadores pensaron que era un excelente acuerdo. Podían seguir con vida y con sus barcos, serían alimentados y eran muy conscientes de que los enemigos capturados por los ejércitos soviéticos por lo general no salían bien parados. Pasadas unas cuantas horas, fueron enviados de regreso a sus embarcaciones para permanecer a la espera de instrucciones.

Jristo fue llevado a una habitación aparte. Lo esperaban dos capitanes con los botones superiores de sus guerreras desabrochados: uno de ellos, un

hombre alto y con ojos de color indefinido; el otro, un tipo bajo y bastante molesto por serlo. De inmediato comenzaron el interrogatorio a ese operario yugoslavo que había huido de Praga. Era una historia curiosa. ¿Cómo lo había conseguido? «Describame una fresadora, por favor». «¿Cuál es el proceso de lubricación de un torno?». ¿Había empleado una pulidora en su trabajo? ¿Dónde estaba la fábrica? «¿Qué producía?». ¿Dónde vivía? ¿Cuál era el nombre de soltera de su madre? La calle en la que estaba ubicada la fábrica, ¿qué aspecto tenía? ¿Cuánto le pagaban? ¿Había recibido ayuda de alguien para escapar? ¿Cómo había llegado de Praga a Bratislava? ¿Había sido transferido? ¿Quién había firmado la orden? ¿El supervisor alemán? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué aspecto tenía? ¿Habían destruido sus papeles? Vaya, qué conveniente. «Sabemos que es un espía americano», le dijeron. Uno de los tripulantes de los remolcadores lo había sospechado y les había contado que lo había visto cargando oro. ¿Dónde lo tenía? ¿Dónde estaba la radio? ¿Dónde tenía los mapas? «Vamos, sáquelos —le recomendaron—. Todo lo que queremos es que trabaje para nosotros. Seguramente se dará cuenta de que es alguien muy valioso para ser ejecutado. Vamos —insistieron—, los tres estamos metidos en la misma profesión y, si no colaboramos entre nosotros, los de arriba acabarán por aplastarnos, lo sabemos, usted lo sabe. Lleguemos a un acuerdo, tratemos de alcanzar una posición que nos convenga a todos. Seguro que alguno de esos cabrones le arrancarían los ojos, si no le estuviésemos protegiendo. ¡Mongoles! Tiene suerte de que le hayamos tocado nosotros y no ellos. Entendemos su situación».

«No, no, no», les dijo. Se estaban confundiendo. Él era miembro del Partido Comunista yugoslavo. Había destruido su carnet minutos antes de que los alemanes lo atrapasen o hubiese sido su fin. Él era un operario. Lo único que quería era volver a casa, poder disfrutar de un plato de comida de verdad si era posible, ver qué había pasado con su novia. Se había dedicado a reparar aviones alemanes en una fábrica en Praga. Los planes de producción eran concertados semanalmente, en base a una carga de trabajo previsto que los tres capataces conocían. El día antes de partir, habían traído el ala de un ME 110 con daños provocados por armas de bajo calibre. El número escrito sobre el ala era algo así como 7705-12. El oficial alemán a cargo de la seguridad en la fábrica se llamaba Bischau. No, las cuotas de producción no se alcanzaban. Él mismo había cometido varios actos de sabotaje, empleando ralladuras de esmeril y otros materiales. El nombre del secretario del Partido Comunista en Kraljevo, su pueblo natal era Webak, pero él sospechaba que se trataba de un

alias. Las bajas alemanas estaban siendo trasladadas en barcazas por el río Nitra y luego continuaban por el Danubio hacia Austria.

«Simples moscas para Yáshcheritsa», pensó.

Cucharada a cucharada les fue haciendo tragar su versión, mientras lo abofeteaban y le pateaban las pantorrillas sin cesar. Para que tuviesen algo que escribir. Nombres, cifras, direcciones. Nunca los miró a los ojos y los hizo trabajar para obtener cada pizca de información. Se distrajo en unas cuantas ocasiones, pero volvieron a reconducirlo al tema. Al final, comenzó a aburrirlos. Había logrado calmar su apetito, y cada vez les parecía menos apetecible como plato. Y en el caso de que alguna vez pudiese regresar a Yugoslavia, le preguntaron, ¿estaría dispuesto a seguir en contacto con ellos? Nada formal. A lo más una que otra observación sobre la vida y sus circunstancias en su tierra natal.

Esa petición lo pilló totalmente desprevenido. Parpadeó con cara de tonto, hizo una pausa y le dio un par de vueltas como un mecánico ante una avería. Bueno, les dijo, no era algo en lo que hubiese pensado, pero no le causaba ningún problema. En Yugoslavia, los fascistas habían destruido el campo casi por completo, así que habría que hacerles frente en el futuro. Si él podía ser de ayuda en ese trabajo, pues bien, no veía ningún impedimento. Cualquier yugoslavo patriota haría lo mismo, estaba seguro.

«Muy bien —dijeron ellos—, volveremos a vernos». Y lo dejaron marchar.

Regresó al *Tisza* y le contó a Annika las dificultades de su vida.

—Qué mal —le dijo ella apenada, con la vista puesta en la oscuridad como si pudiese contemplar a sus dioses de la suerte bajando por el río.

—Sí, lo siento —dijo Jristo.

Permanecieron un rato junto a la barandilla. Podían oír gritos y cánticos de borrachos, y algún que otro tiro al aire.

—Annika, tienes que estar agradecida de seguir con vida —se dijo a sí misma con seriedad, ajustándose el jersey para combatir el frío de la noche.

—¿Y ahora qué? —le preguntó ella.

Jristo señaló con la cabeza hacia el este y concluyó:

—De una forma o de otra...

—Qué clase más curiosa de americano eres, chico del río: capaz de hablar búlgaro y ruso y quién sabe qué más.

—¿Americano?



—Huyes de los alemanes para engañar a los rusos. ¿Qué otra cosa podrías ser?

—Un hombre camino de casa, nada más.

—Muy bien. Pues así te recordaré.

Por un momento se quedaron en silencio. Jristo no quería separarse de ella. Entonces, Annika le dio un par de palmaditas en el hombro y bajó al camarote. Cuando regresó, le pasó la pistola automática que le había hecho el favor de esconder, junto con dos latas de mermelada, una navaja y unas cuantas monedas de diez florines húngaros.

—Es muy amable de tu parte, Annika.

—Para que tengas buena suerte —le explicó ella—. No se puede ofrecer un cuchillo sin regalar una moneda también.

A continuación se asomó por la borda. Y desató un pañuelo con la pequeña fortuna que Jristo le había dado. Ambos sabían que ella nunca había pensado quedársela.

—Adiós, amiguitas —se despidió con tristeza—. Alguna vez fuisteis el orgullo de un hombre rico. Habéis hecho una gran travesía, pero ahora oléis a queso rancio y los rusos no tardarán en notar vuestro olor.

Al principio, una a una, y luego de golpe, las fue dejando caer de su mano hasta deshacerse de todas: monedas de oro perdidas en un río.

Cruzó la rampa de regreso al muelle y se escabulló por las calles laterales. Tenía la intención de robar un bote de remos para dejarse llevar silenciosamente a la deriva, lejos de la ciudad. Pero, a pesar de que no había puentes, le fue imposible encontrar una embarcación, de la clase que fuera, que no estuviese vigilada. No le quedó más remedio que caminar en dirección sur sin apartarse mucho del río, para no perderse.

La ciudad mostraba señales de haber sido sometida a largas semanas de enfrentamientos callejeros. Había manzanas enteras que no eran sino un montón de escombros formados por piedras, tierra y maderos partidos. En esto también habían colaborado las bombas y la artillería. En muchas de las calles por las que pasó se podían ver las fachadas de los edificios horadadas por boquetes de morteros y salpicadas de balazos. No quedaba casi ninguna ventana que no estuviese rota —al caminar los cristales crujían bajo sus botas— y las nubes de moscas y el hedor de los cuerpos sin enterrar le provocaban náuseas. Se cubrió la nariz y la boca con la mano, eso pareció aliviarle.

No había ningún oficial ruso a la vista, sólo unos cuantos soldados borrachos intentando regresar adonde suponían que encontrarían a sus unidades. En determinado momento, un cabo mongol apareció imprevistamente de un portal, lo rodeó con los brazos como si fuesen dos tenazas de acero y lo alzó en el aire. A continuación volvió a depositarlo en el suelo y se puso a cantar y a bailar enardecido, sin dejar de abrazarlo como un oso. El hombre no debía medir mucho más de un metro cincuenta y su aliento hedía a trementina. Jristo bailó y cantó con él a todo lo que daban sus pulmones: sabía que, ante alguien que está borracho, es mejor no mostrarse demasiado sobrio. Así que se entregó al alborozo y a los aullidos como un lunático. Después de jurarse amistad por el resto de sus vidas y de que Jristo hubiese aceptado solemnemente la mano de su hermana en matrimonio, el soldado continuó su camino a tropezones y desapareció en un callejón.

Durante el resto de la noche, Jristo continuó su avance hacia las afueras de la ciudad. Cuando las primeras luces comenzaron a iluminar el camino, se desvió hacia un barrio de chabolas y, acurrucado bajo una plancha de latón en la parte trasera de una casa sin tejado, cayó dormido.

Tardó cuatro días en llegar hasta Yugoslavia. Por el río no bajaba ninguna embarcación, así que no tuvo oportunidad de colarse como polizón, ni tampoco de robar un bote. Lo único que podía hacer era caminar por la orilla este, siguiendo esa ruta llena de meandros a lo largo de casi ciento ochenta kilómetros. En realidad, tuvo que calcular la distancia a ojo porque ya no quedaban muchos mojones indicadores a lo largo del río, sin contar con que varios habían sido alterados para engañar a los ejércitos enemigos. Pero, más o menos, cubrió esa distancia.

No iba solo. Pequeños grupos de refugiados, viejos, mujeres y niños, caminaban a su lado o pasaban en la dirección opuesta, cargando sus posesiones envueltas en mantas sobre la espalda o empujando carros o coches de bebé. Parecía haber igual número de refugiados en ambos sentidos y eso lo desconcertó. Por experiencia sabía que sólo podía haber un movimiento: el que se aleja de la guerra. Sin embargo, en este caso era diferente. Y eso no lo había visto jamás.

En 1940, al huir de los ejércitos alemanes por las congestionadas carreteras de Francia, el ambiente estaba cargado de rumores y se sentía la tensión de los acontecimientos que estaban a punto de desencadenarse. Habían sido días terribles, pero a pesar de su tristeza y confusión, no dejaba

de haber cierto extraño placer en todo ello: la lucha por sobrevivir de la gente de la calle, al verse atrapada de imprevisto en mitad de un momento histórico. Pero ahora era mucho peor. Éstos eran los vencidos, los desterrados: la desesperanza y la angustia flotaba entre ellos como el humo. Caminaban con lentitud, hipnotizados por el cansancio, sin despegar nunca los ojos del suelo.

Pasado un rato comenzó a sospechar que los refugiados que se encontraba por el camino no tenían, en realidad, destino alguno. Tal vez carecían de papeles o salvoconductos, quizá habían intentado establecerse en alguna parte pero habían sido perseguidos. Desconocía la razón, pero veía que esa gente continuaba andando sin ningún propósito, como si ahora lo único que les quedase por hacer fuese caminar... e iban a seguir haciéndolo hasta caer o hasta que apareciese alguna autoridad capaz de decirles en qué emplear su tiempo.

El primer día de marcha descubrió que avanzaba a un paso demasiado rápido, con excesiva determinación. Arrancó una vara de un árbol bombardeado, y eso lo ayudó a caminar con un ritmo renqueante. El segundo día acabó cubierto por una fina capa de tierra arenosa que traía el viento y comenzó a sentir el cansancio, de forma que no tuvo problemas en adaptarse al ritmo de los refugiados. Así fue dejando atrás aldeas desiertas donde las contraventanas batían incesantemente a merced del viento, granjas reducidas a unos cuantos rescoldos que se podían ver a la distancia en medio de los campos, tanques chamuscados con sus cañones apuntando al cielo. Esa noche durmió al raso y despertó empapado y dolorido. A partir de entonces, los chubascos impidieron que su ropa volviese a secarse.

Cuando había salido de la ciudad estaba relativamente en forma. Había pasado tanto tiempo moviéndose de un lado a otro en Praga, entre reunión y reunión, siempre con prisas y siempre atrasado, que la caminata de los primeros dos días no le importó mucho. Sus pantorrillas estaban doloridas después de las patadas que le habían propinado los rusos, aunque sabía que eso era algo pasajero, y, para que el aire lo ayudase a curar esa larga y blanca llaga que se le había formado en la mano, se había quitado el vendaje.

Ahora, claro, comenzó a entender lo que le había ocurrido a Voluta, cómo había llegado a cometer un error crítico que casi les había costado la vida a los dos. Encontrarse después del toque de queda, en un sitio expuesto, frente a un puente vigilado, era poco menos que la definición de suicidio; un fallo excepcionalmente estúpido para un hombre que había pasado toda su vida adulta en la sombra, alguien capaz de cruzar las fronteras como el viento.

Y sin embargo así había sido. Sólo ahora Jristo empezaba a comprender cómo había sucedido. Al avanzar a través de la campiña uno era víctima de pequeños infortunios, ninguno de ellos grave, pero con el tiempo se iban acumulando. Las pocas horas de sueño que se podía permitir, la escasez de alimentos, el insidioso frío de comienzos de primavera y la constante obligación de mantener la mente en estado de alerta cuando todo lo que uno quería era abandonarse al aturdimiento, lo llevaban a contemplar la simple posibilidad de abstenerse de pensar como el mayor lujo del mundo.

Al despertar la mañana del tercer día descubrió que estaba calado hasta los huesos y que la garganta le ardía como una hoguera. Presa del pánico, hizo un esfuerzo para ponerse en pie y se puso a tragar saliva hasta que el ardor se hubo calmado un poco. Tenía mucha sed; estaba seco como el serrín. La única agua disponible era la que se acumulaba en los orificios dejados por las bombas o en los charcos de las granjas. O en caso extremo, estaba el río. Pero cada vez que se veía obligado a beber, le entraba miedo del cólera, por lo cual sólo se permitía tomar unos cuantos sorbos, con la idea de que su cuerpo lograría combatir mejor las bacterias si se las administraba en pequeñas dosis. No es más que un cuento de viejas, se decía. Sin embargo, cierto instinto primitivo lo obligaba a hacerlo, incluso sabiendo que no cambiaba nada. «El cuerpo funciona con líquidos —pensaba—, y tengo que obtenerlos para seguir». No, le decía otra voz en su interior, sólo un poco.

En el camino, un reducido grupo de ancianos vestidos de negro ya se había puesto en marcha, pese a que escasamente había luz. ¿Qué comerían?, se preguntó. El día anterior él se había comido una lata de mermelada. Se había deslizado hacia la orilla del río para esconderse a devorarla, como un animal con la presa recién cobrada. Mermelada de ciruela. La cosa más deliciosa que pudiese haber. Abrió la lata con su navaja y se comió la mermelada con los dedos. «En marcha —se dijo a sí mismo para acabar con sus ensoñaciones—. Ponte en marcha y te sentirás mejor». Mañana habría más mermelada. Tal vez saliese el sol y podría secarse. Tal vez los americanos se dejarían caer en uno de sus aviones especiales (parecían tener una cantidad interminable) y se lo llevarían a Suiza, a Basilea, al Gasthaus Kogelmann. Allí servían una gruesa torta de patatas fritas y cebolla a los huéspedes que se alojaban en pensión completa. Frau Kogelmann se encargaba de servir una segunda ración si aún tenías hambre. Y cuando bebías agua en el pequeño comedor junto al salón, aparecía un muchacho con una jarra amarilla y volvía a llenarte el vaso. Ni siquiera era necesario pedirselo.

Son pocos los recuerdos que guardó del cuarto día. Las aldeas de Ercsi, Adony y Dunaföldvár parecían abandonadas. Esperó a las afueras la llegada de un grupo de refugiados para atravesar los pueblos con ellos y no llamar la atención. Pero nadie lo interrogó. La policía militar rusa sentada en sus *jeeps* americanos se dedicaba a fumar y se limitó a verlo pasar cojeando. En Fajsz, una mujer salió de una de las casas y le ofreció una taza con agua. Su rostro bajo el velo negro parecía curtido y maltratado por el viento y, sin embargo, era una mujer joven y muy hermosa, porque en sus ojos brillaba la compasión por él. Jristo se bebió el agua y le devolvió la taza.

—*Köszönöm* —dijo con un murmullo seco.

La mujer asintió en reconocimiento, y entonces se oyó una voz que llamaba desde el interior de la casa y desapareció.

Algunos kilómetros antes de llegar al pueblo de Mohács, se alejó de la Gran Llanura para adentrarse en las ciénagas del sur de Hungría. Ya no estaba tan lejos de Yugoslavia. Las tropas soviéticas estaban allí desde hacía más tiempo y el tráfico fluvial sería más parecido al normal. Era lo que suponía, a partir de la información extraída por Hlava de un periódico checo que le hacía llegar dos veces por semana. Se trataba de una suposición razonable. La censura alemana no quería que la gente supiera dónde se ubicaban las líneas, pero no podían resistir la oportunidad de publicar las atrocidades de los rusos contra los civiles: era una forma de fortalecer la resistencia pública a medida que se acercaba el momento de la invasión.

Estuviese o no en lo correcto respecto al tráfico, primero tendría que encontrar la forma de regresar al río, porque ya no era capaz de seguir andando mucho más. El hambre había dejado de molestarlo, pero su mente se perdía en extraños meandros, divagando entre imágenes del pasado. No tenían ningún sentido, no eran más que momentos vividos en otros tiempos, cosas que había oído o visto, y que no había razón para evocarlas. A ratos, volvía a recuperar la lucidez y recordaba quién era y cuál era su propósito, aunque no tardaba en abstraerse nuevamente. Una mujer le había dado una taza de agua en Fajsz. ¿Era cierto? ¿Qué había sucedido? En cierto momento, en algún lugar al sur de Mohács, recobró el sentido al darse cuenta de que estaba de rodillas delante del río. Formando un cuenco con las manos retenía un poco de agua en la que flotaban unos grumos oscuros. Incluyó la cabeza y le dio un sorbo, pero el sabor a peces muertos mezclado con cierto gusto metálico se le hizo asqueroso y la escupió.

—Te está bien empleado.

Desconcertado, hizo un esfuerzo para ponerse de pie. La voz provenía de un bote que flotaba a menos de diez metros, con la proa parcialmente encallada en tierra. Un soldado ruso lo observaba atentamente. Entonces cayó en la cuenta de que le había hablado en serbio, una lengua yugoslava lo suficientemente cercana al búlgaro como para comprenderla con facilidad. ¿Había dejado atrás Hungría? ¿Había atravesado la frontera entre ensoñaciones?

—Aquí tienes. Prueba esto —le dijo el hombre, extendiéndole una cantimplora achatada, como las que usaban en el Ejército Rojo y que acababa de sacar del agua, donde la guardaba para conservarla fresca.

Se acercó a la embarcación tambaleándose, cogió la cantimplora y bebió un poco. Estaba fresca y sabía dulce. Al devolvérsela, vio que el hombre lucía varias hileras de medallas en la pechera de su chaqueta. Era un tipo joven, de unos diecinueve o veinte años, con la gorra militar echada hacia atrás, lo que permitía ver que tenía el pelo cortado a cepillo. Llevaba las perneras de los pantalones anudada por debajo de la rodilla, y un par de muletas de confección artesanal, con un acolchado de paño, descansaban contra el tablón de proa.

El hombre rechazó la cantimplora.

—Vamos, bebe —insistió.

Jristo volvió a echar un trago, se secó los labios con los dedos y le devolvió la cantimplora.

—Gracias —dijo empleando una expresión búlgara.

—¿Búlgaro?

—Sí.

—¿Y adonde vas?

—A casa —contestó Jristo—. Siguiendo el curso del río. Cerca de Silistra.

—¿Sabes remar?

Jristo asintió con la cabeza.

—Entonces sube —le dijo el hombre.

Jristo subió con cuidado por un costado, equilibrando su peso para evitar que el barco se moviera de un lado a otro. El soldado cambió de lugar para cederle el asiento, aferrándose a la borda con las manos. Jristo cogió los remos y, siguiendo una tradición ribereña, se colocó en la dirección supuestamente equivocada, hacia la corriente —eso le permitía al remero mantener la vista al frente ante posibles obstáculos— y avanzó hacia el centro del río moviendo los remos con destreza y penetrando en el agua con la punta de los remos.

—Qué bien —le alabó el soldado—, veo que ya lo has hecho antes.

—Ya lo creo —replicó Jristo.

—Así es mucho mejor. Es una auténtica putada dejarse el lomo intentando mantener esta mierda en la dirección que quieres.

—Para eso tenemos la corriente —replicó Jristo, agradecido de no tener que dejarse el lomo.

—Bueno, más bien es la corriente la que nos tiene a nosotros. Ya lo verás. —Y se giró sobre el asiento para mirar el río por un instante—. Mi nombre es Andrej —dijo a continuación.

Se dieron la mano.

—Yo soy Nikko.

Siguió remando durante unas cuantas horas en compañía de una lluvia intermitente. Andrej habló sobre sus días en el ejército. Su padre había sido un gran admirador de los bolcheviques y lo había enviado a alistarse con los rusos en 1940. Había combatido en Stalingrado como artillero, luego había sido trasladado al oeste, con el Segundo Frente Ucraniano, con el que había entrado en acción en el río Prut, avanzando hasta el paso de Oituz, en los Cárpatos. Al ser herido en la espalda por metralla de mortero, había pasado a servir en una unidad de segundo rango emplazada en el pueblo de Szarvas, en el este de Hungría, donde había pisado una mina alemana y perdió la mitad de ambas piernas. Pero se lo tomaba con filosofía.

—Al menos no me volaron nada importante —le dijo, al tiempo que le hacía un guiño.

Tras pasar un tiempo en un hospital de campaña, había cogido un permiso para ir a Budapest. Pero allí nadie quería oír hablar de sus problemas (un funcionario agobiado se tomó la molestia de sellarle la baja), de manera que «tomó prestado» un bote de un guardia borracho y se puso de camino a casa, un pequeño pueblo al este de Belgrado.

Cruzaron a Yugoslavia al final de la tarde y una patrullera se acercó a inspeccionar. Andrej los saludó con los brazos y luego les hizo señas con las muletas. Un marinero le devolvió el saludo desde la cubierta mientras Jristo saludaba con la mano y sonreía.

—Estamos en mi casa —dijo Andrej.

—¿Y tu uniforme ruso? —inquirió Jristo—, no parece importarles.

—¿Y por qué les habría de importar? Somos aliados. Tito se pondrá al mando aquí y nos irá todo mucho mejor. Ya verás cuando llegues a tu casa, en Bulgaria. Los rusos nos traen la paz.

Jristo asintió prudentemente.

—Basta de política y disputas —dijo.

—Exacto —confirmó Andrej de forma vigorosa—. Será todo calma y tranquilidad. Los hombres podrán continuar con sus vidas.

El curso del río era sostenido y constante. Pasado un buen rato, Andrej dejó descansar la cabeza sobre el pecho y su cuerpo se acomodó poco a poco con el movimiento del bote, antes de entregarse al sueño. Jristo continuó remando, siguiendo la corriente, maniobrando con los remos como si fuesen aletas que le permitían mantener la proa en dirección al este. Tenía que prestar la máxima atención, y el repetido ejercicio pronto comenzó a hacerse notar en los músculos entre sus hombros, hasta tornarse en un dolor agudo y persistente. Era una tarea difícil, Andrej tenía razón: los rápidos jugaban con el bote, lo llevaban hacia los remolinos o amenazaban con volcarlo debido a las olas en los costados. Pero Jristo empleó la fuerza del agua a su favor. Habiéndola aprendido de niño, dominaba la técnica hasta la médula. No tardó en recuperar fuerzas cuando, poco después, Andrej compartió su queso y su pan con él. Le resultaba asombroso ver lo que un poco de comida hacía en una persona.

En el bote se hallaba mucho más cerca del agua de lo que había estado en el *Tisza* y podía ver la guerra flotar río abajo. En la superficie discurría una sustancia fangosa que incluía árboles desgarrados, aves muertas, los restos retorcidos de un colchón de plumas, un trozo de tela de camuflaje alemán atado al extremo de un palo. «¿Qué habrá podido ser eso?», se preguntó.

La barcaza se hallaba cerca del punto en el cual el Drava confluye con el Danubio, en las proximidades de Osijek, en un amplio meandro hacia el norte. Con las últimas luces pudo ver que se trataba de una barcaza muy vieja a medio hundir, encallada en el fango de la orilla. En la madera de la popa se veían unas cuantas grietas. Era evidente que esos restos semihundidos representaban un peligro para la navegación después de pasar tanto tiempo abandonados sin que nadie los retirase. Un viejo estaba sentado en la popa, pescando con hilo y fumando en pipa. Aún se podían distinguir las antiguas señas de identificación del navío, unos cuantos números que se habían ido destiñendo sobre el casco con el paso de los años: BF 825.

Jristo cerró los ojos un momento. Pero cuando volvió a abrirlos, la señal seguía allí. Y era para él. Respiró hondo y dejó salir el aire muy lentamente. Tuvo que contenerse para no saltar al agua y nadar frenéticamente hacia la barcaza.



En el bote, Andrej continuaba durmiendo. Tendría que matarlo, pensó Jristo. Porque cualquier explicación que pudiera intentar a estas alturas le resultaría increíble. A esa distancia la pistola automática se encargaría de él y un disparo más sobre las aguas de ese río no iba a llamar la atención de nadie. Pero no tenía valor para hacer algo así. Ese soldado, que se había salvado de morir en el campo de batalla, no merecía acabar muerto de un disparo mientras dormía, a pocos kilómetros de su casa. Jristo esperó a que la barcaza quedase fuera del alcance de su vista para lavarse la cara con un poco de agua y guardó los remos.

Andrej despertó enseguida. Bajaban girando lentamente en medio de la corriente, arrastrados hacia los salientes rocosos de una orilla.

—No puedo —dijo Jristo afligido, jadeando y llevándose las manos a la cara—. No puedo.

El soldado se frotó los ojos, adormecido.

—¿Cómo?

—Lo he intentado. —Y a modo de explicación extendió la mano vendada.

—Pero claro que puedes —le recordó Andrej—, si lo he visto.

Jristo sacudió su cabeza queriendo disculparse.

—Bueno, vale —dijo el soldado con un gesto decidido—. Yo me encargo de reemplazarte durante la próxima hora y luego, si quieres, atracamos en alguna parte para pasar la noche. Eso te ayudará a recuperarte, ya verás cómo mañana has recobrado tus fuerzas.

—No —replicó Jristo—. Es mejor que continúe a pie, por el camino.

—Pero eso es absurdo. Vamos, levántate y cambiemos de sitio. Mantén la vista sobre la proa para ayudarme.

—No, no puedo —dijo Jristo y volvió a meter los remos en el agua para conducir el bote hacia la orilla más próxima, dando otra muestra de su maestría para maniobrar sobre el agua.

—Vamos, no te pongas caprichoso —insistió Andrej—. Recuerda que debemos trabajar juntos y ayudarnos cuando el otro esté cansado. Así que yo me encargaré ahora.

—¿Hacer medio viaje a casa obligando a un hombre sin piernas a remar? Yo no puedo.

La proa del bote tocó tierra y Jristo bajó de un salto y empujó la embarcación río adentro.

Agarrándose a la borda, el soldado consiguió situarse en posición para remar.

—Pues ya te puedes ir al infierno —sentenció con amargura, mientras maniobraba hacia el centro del río con furiosos golpes de remos.

Cuando Jristo logró desandar el camino a través de los espesos matorrales que crecían junto a la orilla, vio que el viejo había encendido un farol. De inmediato trepó a la barcaza y voceó un saludo. El viejo respondió con un gesto manso de la cabeza, aunque sin darse la vuelta.

—¿Qué? ¿No hay suerte? —preguntó Jristo.

—No, no mucha, la verdad —reconoció el viejo.

—Vaya, qué mal, ¿no?

—Así es. Aquí solía haber muchas percas.

—Las señas de identificación de esta barcaza, en fin, un amigo tenía un barco con los mismos números. ¿No es una gran coincidencia?

El viejo bajó la cabeza para admitirlo.

—Cómo me gustaría encontrarme con mi amigo otra vez —continuó Jristo.

—Bueno, en ese caso lo llevaré a verle —dijo el viejo. Poniéndose en pie con lentitud, recogió el hilo del agua, le pasó los dedos para sacarle el cieno y, de un puntapié, echó al lado una vieja tela y se agachó para recoger un fusil automático Browning, el viejo BAR americano, que parecía bastante usado.

—Tu amigo es mi hijo —le explicó el viejo, mientras se apoyaba la pesada arma sobre la cadera sin despegar el dedo del gatillo—. Lleva tú el farol y ve delante. Así mi hijo tendrá el placer de ver llegar a su viejo amigo.

Caminaron durante un largo rato ascendiendo a través de la verde foresta, que impregnaba el aire de la noche de un intenso aroma a pino. Era la región llamada Sirmia, que se extendía entre los ríos Danubio y Sava, al borde de las montañas de Eslovenia, que se unían a los Cárpatos por la parte norte. La senda por la que marchaban le recordó a Cambras: una pronunciada pendiente que describía numerosas curvas con un enorme potencial para las emboscadas. El farol hacía aparecer destellos entre la espesura a ambos lados del sendero. «Armas», pensó Jristo. Esos centinelas, sin embargo, no le salieron al paso ni se dejaron ver. Simplemente les dejaron pasar en silencio.

Tras una hora de duro ascenso, el viejo se había esfumado y Jristo estaba solo en medio de un claro. Allí se limitó a esperar pacientemente mientras en algún lugar próximo se tomaba una decisión. Por encima de él se alzaba una

antigua fortaleza de piedras azotada por los vientos, construida directamente en la ladera de la montaña. Jristo sabía que por toda la parte norte de Yugoslavia se repartían numerosas fortalezas, algunas de ellas en uso desde la época de los griegos y los romanos, y según contaba la historia, en todos aquellos siglos no habían permanecido deshabitados ni un solo día. Con la luz solar, desde lo alto de la colina se podría dominar el río a kilómetros de distancia en ambas direcciones.

Finalmente, una silueta avanzó hacia él desde la oscuridad, un hombre que hablaba con evidente dificultad y que balanceaba bruscamente todo su peso con cada paso que daba. Jristo levantó el farol para verle la cara y el hombre se acercó hasta quedar al alcance de la luz. Podía ser Drazen Kulic, pensó, o tal vez no. El hombre llevaba una chaqueta azul de oficial del ejército yugoslavo por encima de un ajado jersey negro. Caminaba con ayuda de un bastón en la mano derecha y su brazo izquierdo colgaba inerte al otro costado, rematado por una mano arqueada e inservible. Un parche negro le cubría el ojo izquierdo y la piel de ese lado de la cara se mostraba completamente arrugada y estriada, forzando una mueca que parecía una irónica media sonrisa. El hombre lo miró fijamente por un instante tratando de hacerse con su cara.

—Bienvenido a mi casa —dijo finalmente.

—Drazen Kulic —respondió Jristo con formalidad—, es un honor para mí ser tu invitado.

Juntos atravesaron unas enormes puertas de maderos unidos por forjaduras de hierro que daban acceso como a un salón en el que ardía un fuego cuyo humo escapaba por un agujero ennegrecido en el techo. Debía haber unas treinta personas allí, la mitad medio dormidas entre las sombras, la otra mitad ocupada en diversas tareas: colocando balas en cargadores y cartucheras, limpiando las armas, reparando equipos y uniformes. Hablaban en voz baja y, tras echarle una mirada, prefirieron continuar a lo suyo, ignorando a Jristo por completo. Las mujeres llevaban el pelo recogido bajo un pañuelo y vestían jerséis y pesadas faldas, a diferencia de los hombres, que llevaban prendas de distintos uniformes. La sala olía a suciedad corporal y a madera carbonizada, con un toque añadido por el aceite para engrasar las armas. El sonido de las distintas piezas de armamento al ser ensambladas, metal contra metal, proporcionaba un sostenido ritmo de fondo.

Kulic lo condujo a una mesa montada con un par de caballetes y rodeada de unas cuantas sillas, arimada contra una de las paredes del fondo. Una mujer mayor apareció con dos latas de metal reconvertidas en tazas en las que

flotaba una cerveza de fabricación artesanal, un cuenco de col sazónada y un mendrugo de pan de maíz. Con ayuda de su navaja, Jristo colocó unos trozos de col sobre el pan.

—Por una larga vida —brindó Kulic levantando su cerveza.

Jristo bebió. Era una bebida amarga. Sabía muy bien.

—Por una larga vida —confirmó—. Y gracias a Dios por permitirme ver la señal sobre la barcaza. Podría haber pasado de largo sin enterarme.

El lado derecho de la boca de Kulic se torció en una breve sonrisa.

—Veo que no has cambiado —comentó—, siempre fijándote en los detalles, ¿eh?

Hizo una pausa para dar otro trago.

—En esa curva del río hay corriente y, si no prestas atención a la barcaza, puedes acabar en ella. Dicho eso, no quiero restarle importancia a la intervención divina. Basta con mirarme, ¿no?

—¿Qué te pasó?

—Un proyectil de mortero en un cementerio en Guadarrama, en la sierra de Madrid. Me había comportado como un chico travieso y el NKVD «arregló» las cosas para provocar el accidente. Querían matarme, pero soy un tipo que... bueno, ya puedes ver.

—Oí que habías sido capturado. Y que los rusos te habían rescatado.

—¿Quién te contó eso? —preguntó Kulic.

—Ilia Goldman.

—¡Ilia!

—Sí, señor. Hace ya varios años, como comprenderás. Fue en París, antes de la guerra.

Kulic sacó un par de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta, le pasó uno a Jristo y, raspando una cerilla contra la mesa, le ofreció fuego.

—En París, antes de la guerra —repitió, dejando escapar un suspiro. Tras permanecer un rato en silencio volvió a abrir la boca—: Es verdad. Me ayudaron a escapar. Si hubiese muerto no les habría importado. Pero había sobrevivido y sabía demasiado, así que no podían dejarme allí. Después de rescatarme, quisieron enviarme a Moscú. Fue entonces cuando desaparecí.

—¿Ya has arreglado las cosas con ellos?

Kulic sacudió la cabeza en señal de negación y soltó el humo por la nariz.

—Hijos de puta —exclamó secamente—. ¿Tienes una idea de lo que ha ocurrido aquí, en Yugoslavia?

—Algo sé.

—Los comunistas luchan contra los *chetniks*, que son fascistas, contra los centristas y monárquicos, contra las unidades de Mihailovic, y todos nosotros, excepto los *chetniks*, luchan contra los alemanes. Algunos grupos contaban con el apoyo de la OSS, a otros los ayudaba el MI6 o los rusos. Créeme que va más allá de lo que te puedas imaginar. Teníamos que rematar a nuestros heridos para que no cayeran en manos de la Gestapo. Yo mismo tuve que hacerlo, con mis propias manos, incluso con amigos que había conocido desde niño.

—Así es la guerra... —sugirió Jristo.

—Lo único que podría hacer que esta guerra mereciese la pena sería que acabásemos convertidos en una nación. Dejémonos de discursos; ésa es la verdad. Cuando llegaron aquí los rusos con sus fuerzas, nosotros ya nos habíamos hecho con el control. No podíamos dejar que nos hiciesen lo mismo que a los polacos. Pero hemos tenido que pagar un precio por ello.

—Lo sé —confirmó Jristo.

—No, esto es mucho peor —lo corrigió Kulic.

Por un rato quedaron en silencio. Los ruidos de la habitación —el susurro de la madera húmeda en el fuego, la limpieza de las armas, las conversaciones en voz baja— resurgieron a su alrededor.

—Y ahora —Kulic retomó la palabra—, todo comienza de nuevo. Sólo que esta vez estamos solos. O no tardaremos en estarlo. El NKVD ya ha comenzado a arañar. Asesinatos, secuestros, falsos rumores, la prensa manipulada, oficiales sobornados, reputaciones destruidas... bueno, ya conoces sus métodos, te ahorro todo el cuento que ya conoces. En cualquier caso, se ve claramente cuáles son sus intenciones. Quieren convertir a Tito en su marioneta. Y si no lo consiguen, lo arrojarán por la ventana y pondrán a otro en su lugar. Aunque nuestros amigos americanos siguen por aquí y nos ayudarán cuanto puedan, ya están a punto de desmontar sus tiendas y desaparecer en medio de la noche.

—Eso lo dudo —replicó Jristo.

—Ya verás.

—Drazen —dijo Jristo, pasado un instante—, la inscripción de la barcaza...

—¿Qué? ¿Sigue siendo un misterio? —Kulic sonrió con la parte derecha de la boca.

Jristo permaneció a la espera.

—Creo que enviaste un mensaje por radio a la estación de Bari. Algunas palabras inconexas sobre un coronel del NKVD que supuestamente debe estar

en Sfintu Gheorghe el día 12 de abril. Pues bien, tú querías un contacto y ya lo tienes.

—¿Estás aquí para ayudarme? —Jristo se echó hacia adelante, algo incrédulo.

—Ayudar —Kulic repitió la palabra, antes de soltar una carcajada—. Dime, ¿qué tal está tu inglés?

—Bastante decente.

—Pues creo que decía algo así como: «Averigua qué está haciendo ese *crazy son of bitch*». ¿Entiendes que quiere decir eso?

—Sí.

—¿Y?

Jristo se tomó un momento para ordenar sus ideas:

—Pues lo que está haciendo es tratando de sacar a Sasha Vonets de Rumanía, cargado de información. Información de alto valor, lo más probable. Ilia logró sacar el mensaje de Sasha de uno de los campos. Voluta se encargó de hacérmelo llegar. Eso le costó la vida. Ya en España Sasha me había contado lo que iba a suceder con las purgas de los servicios de seguridad realizadas por Yezhov, e Ilia me advirtió en el momento oportuno para retirarme. Luego, en París, me vi envuelto con los británicos en una operación de emigrados contra los soviéticos y acabé en prisión. Cadena perpetua. La organización de Voluta logró liberarme poco antes de que los alemanes entrasen en la ciudad. Así pues, a causa de esa gente, y gracias a que arriesgaron su vida por mí, estoy aquí bebiendo cerveza contigo. Es verdad que podría encogerme de hombros y olvidar todas esas responsabilidades. ¿No es eso lo que estás sugiriendo?

—Esos amigos... son todos del NKVD.

—Como tú, Drazen.

—En realidad es como para preguntarse qué te está pasando, dónde tienes el corazón. Te fuiste de Rusia en 1936. O no te fuiste del todo.

—No te montes historias —replicó Jristo.

—Ah, ¿sí? Puede ser. Después de todas esas explicaciones, quién sabe. Pero dime una cosa: ¿cómo sé que no eres la carnada de una trampa del NKVD? Te internas en medio de un sitio abandonado de la mano de Dios, Besarabia, rumbo a un poblado de pescadores en el fin del mundo. Como Rumanía pertenece ahora a los rusos, podrías estar intentando infiltrar agentes de la OSS en suelo ocupado por los soviéticos. Y una vez aquí los atraparían y los utilizarían para su teatro. Sólo Dios sabe cómo, pero hasta los periódicos americanos se han enterado de esto. «¡Oh, no! —dicen—. Esos tarados de la

OSS ahora se dedican a espiar a nuestro gran aliado en la guerra. ¡Hay que cortarles la cabeza!».

Jristo se puso de pie y el silencio se extendió por la sala.

—Vamos, siéntate, siéntate —le dijo Kulic, haciendo gestos apaciguadores con la mano. La mujer mayor reapareció y volvió a llenar las latas con cerveza.

—De acuerdo —continuó Kulic—, digamos que estás limpio.

Jristo volvió a tomar asiento. Le temblaban las manos, así que las mantuvo contra sus rodillas.

Kulic se inclinó hacia adelante y le habló en voz baja:

—Así es la política. El gobierno americano va a cerrar la OSS. En el momento en que se rinda el Eje se acabó: fin del servicio. Algunas secciones serán traspasadas a otros departamentos, se mantendrán algunas de las redes, pero, al final...

—¿Y qué?

—Pues que, aunque logres pasar a través de la red de vigilancia de los soviéticos en el río, no habrá ninguna garantía de que alguien vaya a ayudarte en Rumanía.

—¿Incluso si los avisas de que no soy un traidor?

—Incluso así. Puede que no seas consciente de ello, que no seas realmente un traidor y, pese a ello, estés ahora actuando como carnada. Tú ya has visto otras operaciones así.

Jristo continuaba en silencio. Había ocurrido en París: se vio atrapado en las maquinaciones para poner en dificultades a la inteligencia soviética en Europa Occidental y sólo se enteró cuando ya era tarde, cuando Aleksandra desapareció.

La expresión de Kulic había cambiado. En su rostro se leía cierta molestia, remordimiento, como si se hubiera decidido a hacer algo que no quería llevar a cabo pero que sabía que tenía que hacer.

—Jristo Nikoláievich —dijo sin alzar la voz— eres un viejo amigo. Conozco tu corazón. Pero ambos formamos parte de algo que va mucho más allá de nosotros. Y a veces, en la guerra, los individuos no tienen importancia. Hay momentos en los que se tiene que hacer un sacrificio. Pero, sólo por esta vez, tal vez debiésemos dejar que se imponga la amistad. Permítenos que te acompañemos al sur, a través de las montañas. Te subiremos a un barco, te daremos algún tipo de pasaporte y te dejaremos en Trieste. No es un mal lugar. Puedes vivir allí, si te gusta. O puedes irte a París y conducir un taxi. Vamos, vive tu vida y deja de luchar. Y si quieres discutir de política, para

eso están los cafés. Pero, por el amor de Dios, no te dejes engañar por los americanos. Esa gente cambia. De pronto algo los entusiasma y un minuto más tarde ya no sienten nada. ¿De qué sirven dos cadáveres en lugar de uno en Sfintu Gheorghe? Puede que después decidan dejarte ahí tirado como un tonto, como cebo para los soviéticos. Y eso, créeme, sería muy triste que le ocurriera a un amigo. Si tienes la certeza de que debes hacerlo, puedo llevarte río abajo. Pero mi corazón me dice que allí te espera una tragedia.

En una esquina de la sala, Jristo yacía con una manta, pero tenía demasiado frío para dormir. Cada cierto rato, alguien se levantaba para avivar el fuego, mientras él, sin quitarle la vista a las llamas, se preguntaba qué hacer. A su lado dormía una chica de unos diecisiete años, con una manta sobre la cabeza como si fuera un chal. Jristo sabía que, una vez despierta, podía ser suave y hermosa. Pero dormida, su rostro parecía marchito, temeroso. De pronto sus párpados palparon y sus labios comenzaron a moverse, como si mantuviera una conversación en sus sueños.

Tenía mucho frío. En su cabeza le daba vueltas a la misma idea: había vivido una vida sin pasiones, una vida inútil. Había sido zarandeado de una tormenta a otra, de Vidin a Moscú, y luego a España y a París. La prisión de La Santé había puesto fin a todo eso y había abierto un vacío en su vida. Pero ¿qué sentido tenía todo eso? ¿Acabar muerto en una aldea perdida de Besarabia? ¿A eso había venido a este mundo?

El final de la guerra se acercaba. Sería como un nuevo amanecer: los seres humanos dejarían escapar un gran suspiro de alivio y se pondrían a cambiar el mundo. Él quería verlo. Quería vivir. Era el mejor momento para comenzar una nueva vida. Trieste formaba parte de las fantasías de Aleksandra. Había algo en aquel lugar que a ella siempre le había llamado la atención. Tal vez Aleksandra estaba en lo cierto. En Trieste él sabía que iba a encontrar eslavos e italianos, viviendo juntos. Allí no tendría por qué ser un emigrado, un extranjero. Simplemente sería un hombre más.

Con la mirada puesta en el fuego podía verlo: las callejuelas, la música de las radios saliendo por las ventanas, las panaderías, los perros tumbados al sol. Podría caminar a lo largo del Adriático con un periódico doblado bajo el brazo. Haría una pausa en algún café para sentarse a leer las noticias: asuntos relacionados con el alcalde y sus concejales, un escándalo sobre un contrato para la reparación de las calles. Y a lo lejos, en el mar, un carguero avanzaría cruzando el horizonte.



La chica que dormía a su lado farfulló unas palabras y, por un instante, su expresión se llenó de tristeza.

A la mañana siguiente llovía y la neblina formaba cúmulos en la copa de algunos pinos. Alguien le pasó una taza de té muy diluido y Jristo se sintió mucho mejor después de beberlo. Entonces Kulic lo llevó a lo alto de la colina —tenían que caminar lentamente y había que echarle una mano en las partes más difíciles—, hasta una planicie, un amplio prado ondulado, con la bruma extendida sobre el verde de las altas hierbas. En él se alineaba una hilera de tablones de madera. En uno de ellos se podía leer:

ALEKSANDRA — 1943

Jristo permaneció de pie con las manos en los bolsillos, la lluvia resbalando sobre su rostro.

—Llegó aquí en el año 37 —le contó Kulic—, cuando Ilia consiguió liberarla. Le compró un billete y la puso en un tren. Además, nos hizo llegar una carta: «Mantenedla apartada —decía—. Ayudadla para que lleve una vida tranquila». Y eso fue lo que ella hizo. Se quedó en la aldea y se puso a trabajar en una tienda, siempre muy discreta. Había perdido el entusiasmo por la vida, aunque en ocasiones se podía vislumbrar qué tipo de persona había sido. Parecía, sin embargo, que se había hecho la promesa de no volver a ser así nunca más, como una forma de hacerle pagar al resto del mundo por todo lo que le habían quitado. Luego vino la invasión y comenzó la guerra. Ya sabes lo extrañas que pueden ser a veces las cosas... en fin, de alguna forma, eso pareció devolverle la vida. Se unió a nosotros en la lucha. Primero como mensajera, luego con un fusil. En octubre de 1943, atacamos a una columna alemana de abastecimiento, mulas con cargas de mortero. Una vez que acabó la refriega, la encontramos detrás de un árbol hecha un ovillo, sin vida. El cargador de su fusil estaba vacío. La verdad, Jristo, ya había aguantado demasiado.

»Al principio, con nosotros empleaba el nombre que le había dado Goldman. Pero a medida que la guerra fue avanzando, comenzó a llamarse a sí misma Aleksandra. Así que cuando la trajimos hasta este lugar sólo grabamos ese nombre sobre su tumba, como a ella le habría gustado, supongo. Aunque Ilia me contó parte de su historia, ella nunca habló de ti, ni de París. Por otra parte, nunca volvió a enamorarse de nadie.

—Gracias por traerme hasta aquí —dijo Jristo.

—Anoche te hablé con el corazón sobre Trieste y todo eso. Pero no podía dejarte partir sin traerte hasta aquí. Es parte de otra etapa de la vida, algo entre tú y yo. Sólo eso.

—Era mejor que lo supiese —confirmó Jristo.

—Hay algunas flores silvestres en esta época del año —comentó Kulic—. Te esperaré aquí un rato, si te parece.

Tres días más tarde, retomó la ruta hacia el este por el río.

Kulic le consiguió un camarote en un remolcador llamado *Brovno* que iba a Belgrado a recoger una barcaza cargada de tuberías de acero para la reconstrucción de la estación de trasvase de Galati, en Rumanía, el punto de expedición del petróleo a los puertos soviéticos del mar Negro. Según el piloto de la embarcación, conseguir el permiso de exportación de los tubos había sido «como un incendio en una casa de putas: todo el mundo corriendo en círculos sin parar de gritarle cosas al resto». La ciudad de Belgrado había sido prácticamente arrasada por la Wehrmacht y cualquier tubería que lograban fabricar estaría mejor empleada, creían, para llevar agua a los retretes de los yugoslavos, antes que gasóleo para los tanques rusos. La compañía estatal rumana, a la que había que dar un par de empujones para que escupiese los papeles de importación, era aún mucho peor: un incendio en una casa de putas el viernes por la noche.

—Rumanos —le aseguró el piloto—: Todos son espías.

Jristo encontró poco que hacer a bordo del *Brovno*. Ivo, el piloto, permanecía al timón mientras su cuñado, Josip, se preocupaba del motor y su hijo, Marek, servía como segundo operario. El *Brovno* era un remolcador grande y poderoso, construido poco antes de la guerra. En 1940 fondearon en una ensenada, desmontaron su motor diésel y escondieron las piezas en tres graneros, antes de partir a luchar contra los alemanes, al otro lado de las montañas.

Jristo pasaba la mayor parte del tiempo apoyado contra la barandilla viendo la tierra pasar. Kulic lo había conducido al ayuntamiento de Osijek, donde le consiguió un permiso de trabajo yugoslavo como marino de cubierta, presentando papeles de identidad falsificados. Ahora era parte oficial de la tripulación del *Brovno*, aunque el capitán no quería que se involucrase en las tareas del barco.

—¿Qué quiere que haga? —le había preguntado Jristo después de ponerse en marcha con las primeras luces del amanecer.

Ivo lo pensó por un instante.

—Enrolla un cabo —dijo.

—Vale, ¿y qué más?

Ivo se encogió de hombros.

—Pues luego puedes guardarlo en el armario de los cabos, si quieres.

Jristo no hizo ninguna de las dos cosas. El río lo llevaba a casa y prefería permanecer apoyado en la barandilla y mirar el paisaje. Los ciento noventa kilómetros entre Osijek y Belgrado pasaron rápido y con la caída de la noche alcanzaron el río Sava, donde fondearon para que Ivo bajase a hacer una visita a la capitanía del puerto. Allí pasó un largo rato. Al regresar a bordo, dio orden de poner el motor a tres cuartos de marcha y salió con el *Brovno* a tal velocidad, entre las barcazas y remolcadores atracados, que levantó una oleada de maldiciones en todo el puerto.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Jristo.

—Nada, me dijo que me iba a arrojar al río. Y entonces le he dicho que yo lo arrojaría al río a él. Luego firmó la orden.

—¿Y eso te llevó tres horas?

—Bueno, es que lo dijimos de varias formas diferentes.

Hallaron la barcaza cargada de tuberías y, poniéndose a estribor, la engancharon justo delante de la popa. A continuación, siguiendo órdenes de Ivo, aseguraron la carga tensando los cables con una llave Stillson. Ya pasaba de medianoche cuando reiniciaron la marcha remolcando la barcaza por las aguas del Sava para regresar al Danubio y continuar rumbo al este, pasando junto a las faldas de los Cárpatos. Cómo era posible atravesar la planicie húngara y luego remontar por las montañas serbias siguiendo el curso descendente de un río, era algo que Jristo nunca había entendido del todo. Pero las formas montañosas fueron creciendo y haciéndose más oscuras a ambos costados a medida que continuaron navegando por la noche. Ivo se guiaba con la ayuda de un poderoso reflector que rastreaba las aguas, dejando al descubierto escollos y bancos de arena allí donde el agua formaba espuma blanca. En algún lugar pasado el fuerte de Smederevo, la luz enfocó un par de cuerpos que flotaban en la corriente, un hombre y una mujer unidos por las muñecas con una cuerda o un alambre.

—Colaboradores —aclaró Ivo, y la brasa de su cigarrillo se avivó en la oscuridad de la cabina de mando.

Después de que Marek reemplazase a Ivo al timón, Jristo durmió unas horas, meciéndose en una hamaca colgada en el camarote de la tripulación. El pánico lo asaltó al despertar porque no recordaba dónde se hallaba. Una vez en cubierta vio que el *Brovno* había atracado en un pequeño embarcadero para la revisión de la aduana y para sellar los pasaportes. Un piloto rumano, un hombre pequeño vestido con traje y corbata, subió para la inspección.

—Vamos a las Puertas de Hierro —dijo Marek a modo de explicación.

—¿Y quién es éste? —preguntó el rumano mirando a Jristo.

—Un marinero de cubierta —respondió Marek, al tiempo que le guiñaba un ojo a Jristo por encima de la cabeza del hombrecillo.

Jristo interpretó el gesto y se puso a enrollar un cabo de popa. Poco después, Ivo apareció restregándose los ojos de sueño y se hizo cargo del timón para continuar a marcha lenta hacia Rumanía, atravesando el paso de Kazan.

Era el tramo del río más extraño que Jristo hubiese visto nunca. Columnas de roca esculpida se elevaban en medio de las aguas y las montañas se iban cerrando como enormes murallas a su alrededor. Repentinos cambios de altura hacían que el *Brovno* y su barcaza se sumergiesen y volviesen a salir a flote, avanzando entre esas escarpadas paredes rocosas. A veces parecían tan cercanas como para tocarlas con la mano, y el sonido de los pistones del motor resonaba en un eco que se extendía por todo el cauce. Con la llegada de la mañana, la garganta se llenó de una extraña luz. Arrodillado en la popa, con un pedazo de cuerda raída entre las manos, Jristo observó que un rayo de sol, al emerger por la cresta de uno de los montes, convirtió esa masa de formas oscuras en una tupida foresta de árboles cuyas ramas brillaban debido a las gotas de rocío.

El puesto fronterizo búlgaro no era más que un muelle a medio hundir en la desembocadura del río Timok. Dos capitanes de la Armada subieron a bordo y tomaron asiento alrededor de la mesa en la cabina de la tripulación. Una botella de aguardiente y unos cuantos vasos aparecieron de inmediato. Uno de los capitanes era de piel oscura y lucía un espeso mostacho. El otro, de piel clara, tenía el pelo negro y los ojos azules. Cuando acabaron con el aguardiente, Jristo y Marek se presentaron juntos para que les sellaran sus papeles. El capitán pálido miró a Jristo con curiosidad.

—Uno nuevo —comentó.

—Así es —confirmó Ivo—. Trabaja duro. Es el hijo de mi hermana.

El hombre volvió a mirar los papeles yugoslavos, antes de dirigirle la vista a Jristo una segunda vez.

—Pues parece búlgaro. ¿Con quién está casada tu hermana?

Ivo sacudió la cabeza.

—Mejor no me preguntes —respondió con expresión de pena fingida, antes de que ambos soltaran una carcajada.

El capitán le selló los papeles y se los devolvió.

—Buena suerte —agregó, utilizando una antigua expresión búlgara.

Jristo sonrió tímidamente y abandonó la cabina de la tripulación tras asentir con la cabeza.

Al reiniciar la marcha comenzaron a aproximarse a Vidin. Después de virar al sur en una garganta de piedra caliza erosionada por la acción de las aguas, supo que estaba en casa. Pasaron con el lento traqueteo del motor junto a las cabañas de la orilla, con sus parras trenzadas con los tejados de paja, los embarcaderos contruidos con pilotes de madera, los minaretes y la fortaleza turca junto a la playa. Guardando la postura de un marinero —apoyado sobre los codos y con una pierna doblada descansando contra la barandilla— pudo ver a una mujer vestida de negro saludando con el brazo desde la orilla. Jristo respondió al saludo. Instantes después, el pueblo se había alejado hasta quedar convertido en un pequeño grupo de casas bañadas por la tímida luz de abril. Cuando el río retomó su curso hacia el este, Vidin terminó de desaparecer.

Los días y las noches perdían consistencia sobre el río, como si las reglas de la vida común hubiesen sido abolidas y las horas no importasen. En la orilla rumana se alzaban altas torres de vigilancia de las que a veces escapaba el destello de unos binoculares. En dos ocasiones fueron abordados por patrulleras para inspeccionar la carga. Pero no había nada que descubrir, sólo unos marineros yugoslavos y un montón de tuberías de acero sobre una barcaza. De pronto, Europa había desaparecido a sus espaldas: pasadas las Puertas de Hierro entraron en otra tierra y en otra época, que se extendía a lo largo de la gran planicie que iba a dar al mar Negro. En Silistra, el *Bromo* dejó atrás el territorio búlgaro y avanzó hacia el norte, en dirección al delta rumano. Un día después, cruzaban la frontera sur de aquella extraña región llamada Besarabia. Oficialmente era suelo rumano, la Rumanía moldava, al sur de la república socialista soviética de Ucrania, que, a su vez, era parte de Rusia. Pero el nombre de Besarabia era anterior a las fronteras oficiales. Siempre había sido un lugar perdido donde habían ido a refugiarse las

antiguas sectas religiosas rusas expulsadas de su país, así como los judíos, los turcos, los tártaros y toda una serie de pueblos tan desconocidos que ni tenían nombre. Era un lugar para la gente que había sido rechazada en otras partes.

El viento primaveral soplaba fuerte desde el oeste y en el cielo alternaban el gris, el blanco y el azul. En la costa, álamos y abedules ya mostraban sus brotes verdes, suavizando los campos vacíos que se extendían hacia el horizonte, hasta perderse en los montes lejanos. Al amanecer, las garzas se reunían para pescar algo en las aguas bajas. Jristo tuvo la sensación de navegar por el fin del mundo: al este de los Balcanes. Con el crepúsculo, los Alpes de Transilvania aparecieron como siluetas recortadas contra la puesta de sol. Según fue creciendo la penumbra, Jristo divisó a lo lejos una serie de lagos que habían tomado un tono violeta con la llegada de la noche. Grandes bandadas de pájaros se echaron a volar desde la orilla para revolotear por el cielo del ocaso. Las noches eran negras y no se veía ni la más mínima luz. Una noche, ya muy tarde, divisaron una fogata en una isla con formas humanas danzando lentamente frente a las llamas. Ivó apagó los motores pero no consiguieron oír música de ninguna especie, sólo el sonido de los insectos, el agua chapoteando contra el casco, y un profundo silencio.

En abril de 1945, los refugiados judíos que llegaban en un carguero procedente de Chipre, hicieron una primera parada en el puerto de Haifa, donde debían esperar sentados bajo largos cobertizos antes de pasar por el procedimiento de acogida. Sujetando un ajado papel entre las manos esperaban a que los llamasen siguiendo la numeración, unos pacientes, otros impacientes, antes de tomar asiento ante uno de los numerosos hombres y mujeres que los atendían sentados detrás de un viejo pupitre escolar. Venían de todas partes, desde Jelgava, en Letonia, o Wilno en Polonia, hasta de Estrasburgo, Francia. Todos habían sobrevivido a Hitler. Algunos habían pasado años en una buhardilla o en un sótano, sin haber visto el sol durante todo ese tiempo. Otros habían sobrevivido en los bosques, como animales. Incluso, había quienes se habían escondido, adoptando identidades no judías y recurriendo luego al chantaje o al soborno de oficiales para asegurarse de que esa identidad se correspondía con sus papeles falsos.

Bajo el techo metálico del cobertizo zumbaban las moscas y el calor apretaba. La gente sentada en las banquetas estaba exhausta. Heshel Zavi intentaba ser amable y no perder la paciencia. Pero ya no era joven y toda esa gente era complicada, recelosa, a menudo hostil. Habían salido con vida, y

eso era un milagro. Habían alcanzado Palestina, otro milagro. Habían soñado con naranjas y con rabinos alegres. Y ahora tenían que enfrentarse a Heshel Zavi, un viejo irritable que debía hacerles preguntas para luego escribir cosas en un papel. Para la gente que esperaba sentada, los que estaban detrás de los pupitres escribiendo papeles eran enemigos.

Heshel Zavi no tenía aspecto de ser un enemigo: era un viejo corpulento vestido con camisa que llevaba con el cuello abierto y una kipá asentada precariamente en lo alto de sus rizos. Aunque por otra parte, también era cierto que muchos de sus enemigos nunca lo habían parecido. «Bueno — pensó—, qué otra cosa se podía esperar». Echó una mirada a la pizarra de la esquina y vio que el siguiente número era el 183. Anunció el número a toda voz en hebreo, pero no hubo respuesta. Eso era pedir demasiado, se dijo. Refunfuñó un instante antes de repetir el número en yídish. Pero tampoco hubo respuesta. ¿Y ahora qué? ¿En polaco? ¿En ruso? Lo intentó en ruso. «Ajá», exclamó para sus adentros.

Era un tipo más bien joven con la sombra de una barba de una semana. Llevaba un abrigo largo y el típico sombrero de los judíos y se arrastró hasta el pupitre con los hombros caídos, los ojos bajos, como muchos otros, aunque... Heshel Zavi no estaba seguro. Éste parecía un *yeshiva bucher*, un concienzudo estudioso de la Torá. Sin embargo, dejaba entrever algo más. Tenía rasgos menudos y perspicaces, como los de una rata. No como una rata ordinaria, reflexionó Heshel Zavi afinando su impresión, sino una rata buena, una rata lista, como las que aparecen en los cuentos infantiles. Ahora, de ninguna forma se parecía a un simple ratón. No, no era un simple ratón, imposible.

—Tome asiento —le ordenó—. Bienvenido a Palestina. Primero tendré que hacerle algunas preguntas, luego podrá ver a un doctor, si lo necesita, y después a los representantes del *kibutzim* y todo el resto. Estamos aquí para ayudarlo, así que tenga un poco de paciencia. ¿Me entiende usted?

El hombre asintió con la cabeza.

—Muy bien. ¿Cuál es su nombre?

—Itzhak Gold.

—¿Ése es su nombre de verdad?

—Bueno, no del todo.

—En fin, da lo mismo. Pondremos Itzhak Gold. ¿Y de dónde es usted?

—De la península de Curlandia.

—Bueno, pondremos Lituania.

—Como usted quiera.

—¿De alguna aldea?

—De la ciudad de Kaunas.

—Muy bien. Pondremos Kaunas. Siguiendo punto, ocupación.

—Funcionario.

Heshel Zavi escribió la palabra en hebreo. Otro funcionario más; justo lo que necesitaban. Levantó la vista y le echó un vistazo a las manos de aquel hombre, suaves, sin callosidades. Bueno, eso ya se arreglaría.

—Me imagino que le gustaría trabajar como funcionario en Palestina.

El sujeto encogió los hombros como dando a entender que no sabía hacer otra cosa.

—En realidad, lo que necesitamos son granjeros —le aclaró Heshel Zavi—. Alguien capaz de reparar un tractor, ¿sabe? Funcionarios ya tenemos.

El hombre volvió a encogerse.

—Tal vez tengan alguna clase de servicio civil.

—Como yo, quiere decir usted.

Era increíble ver cuántos querían su trabajo: no hacía ni dos horas que habían llegado al país y ya estaban intentando quitarle la silla.

—No, no exactamente como usted. Ustedes tienen una pequeña fuerza de defensa, me parece.

—Bueno, hay varias, todas con grandes nombres. En realidad vienen a ser vigilantes nocturnos.

—Ah —exclamó el hombre, al tiempo que su pequeña cara de rata se iluminaba con una sonrisa—. Eso es perfecto para mí.

—¿Está seguro? Bueno, siempre puede cambiar de idea. Seguro que terminará cambiando de idea. Eso es lo que solemos hacer todos por aquí. Es algo que nos preocupa. La gente que no ha sido capaz de cambiar de idea en dos mil años tiene cierta tendencia a recuperar el tiempo perdido cuando se le concede la oportunidad. En cuanto a lo de trabajar de vigilante nocturno, ¿qué quiere que le diga?, no hay mucho futuro en eso.

—Tal vez sí. Un poco, al menos. Donde hay vigilantes nocturnos, pronto tendrá que haber alguien que les diga qué deben vigilar durante la noche.

«Astuto —pensó Heshel Zavi—, astuto y ambicioso». De pronto se dio cuenta de que el tipo le caía bien, aunque tuviera las manos suaves. Se inclinó hacia adelante por encima del pupitre.

—Mire —le dijo— si no le importa esperar un poco más, es posible que un amigo pueda ayudarlo. Pero llevará tiempo, ya le digo. Ahora tengo que acabar con usted y con los que siguen.

Claro, por supuesto —contestó el hombre—, esperaré.



La gente de Sfintu Gheorghe nunca olvidaría los acontecimientos de abril de 1945. La historia volvió a ser contada una y otra vez, nunca del mismo modo, por supuesto, cada uno tenía su propia versión, dependiendo de dónde se encontrase o de lo que hubiese visto, o de lo que hubiera querido ver. No es que allí fueran mentirosos. Simplemente les gustaba que una buena historia sonara aún mejor. ¿Quién podría culparlos? Después de todo, Sfintu Gheorghe no era un lugar fascinante. En los viejos tiempos, es decir, cinco siglos antes, había sido un puerto en la ruta de los genoveses. Pero ahora no era más que un poblado de pescadores, unos cuantos cientos de almas asentadas en uno de los brazos del Danubio antes de alcanzar el mar. Eran de origen griego, descendientes de fanariotas que en el pasado habían formado la clase burocrática del Imperio turco. Pero esos tiempos habían quedado atrás, claro, y ahora no eran más que pescadores que echaban sus redes al mar Negro.

El mar era negro, sí, una curiosidad de la naturaleza. Bajo su superficie la vida bullía. Pero pasadas las cincuenta brazas de profundidad, sólo era un gran espacio muerto debido a algún extraño fenómeno químico en el agua. Miles de años atrás, el oxígeno había sido reemplazado por el venenoso sulfuro de hidrógeno, en el que la vida no era posible. De manera que cualquier cosa que muriese en la superficie, se hundía hasta las profundidades, donde, al no haber oxígeno, nunca se descomponía. Piénselo un momento, le decían a los escasos visitantes. Navegantes, grandes peces, barcos, monstruos marinos: todo seguía allí abajo.

En Sfintu Gheorghe tenían una visión ligeramente peculiar de la vida, aunque eso ya les iba bien, porque la segunda semana de abril ocurrieron algunos sucesos realmente peculiares. Primero apareció el loco. Algunos dicen que fue en ese momento cuando la cosa comenzó, si bien no todos se mostraban de acuerdo. Había sido el Afortunado, decían otros; el loco no tenía nada que ver con todo eso, sólo era una coincidencia que hubiese aparecido por allí antes de que el Afortunado hiciese su grandiosa aparición. Nadie negaba, eso sí, que el loco había llegado primero, el día 10 de abril, para esconderse en la iglesia.

Bueno, esconderse era una forma de decirlo. Porque todos sabían dónde estaba. Un tipo de cabeza calva y barba desaliñada aferrado a un pedazo de arpillera que sujetaba un fajo de papeles arrugados. Y bueno, desde el comienzo de la guerra habían aparecido unos cuantos ejemplares curiosos en la aldea, y el loco era uno más. Por lo demás, no molestaba a nadie. Pasaba

sus días en un altillo que había en la cúpula de la iglesia y sólo salía de noche para aliviar sus necesidades. El cura solía dejarle alguna cosa para comer, mientras todos vigilaban expectantes para ver qué hacía. De hecho, más de algún aldeano se había escondido allí arriba cuando habían aparecido los representantes que el gobierno de turno enviaba siguiendo la pista de alguien: era el escondite oficial de la aldea y, por el momento, a nadie le pareció mal que el loco se refugiase allí.

Pero fue el 12 de abril, como por brujería, cuando apareció el magnífico regalo. Uno de los pescadores lo descubrió en la playa y, tras santiguarse y elevar una oración al Buen Dios, corrió como un demonio a dar la noticia en el pueblo. Llevando consigo la nota que había encontrado. La leyó en voz alta a la gente reunida para que se enterasen de lo que estaba pasando:

A los buenos habitantes de Sfintu Gheorghe, saludos y que Dios los bendiga. Porque aquellos que han dado cobijo al que tenía frío, aquellos que han dado de comer al que tenía hambre y han ofrecido consuelo al afligido en horas aciagas, recibirán una muestra de aprecio.

La nota estaba firmada por el Afortunado.

¿Quién podía ser?

Varios candidatos fueron sugeridos —los aldeanos rastrearon entre sus recuerdos de viajeros perdidos y marineros a los que habían ayudado tras naufragar— pero ninguno se impuso con certeza. Por otra parte, era un gesto que tenía una sencilla explicación. Los grandes cestos de mimbre venían de Estambul, posiblemente destinados al sur del mar Negro, y estaban marcados con una dirección en turco, procedentes de cierta tienda en cierta calle, sin duda, un lugar muy lujoso. Este hombre, quienquiera que fuese, había recibido ayuda de la aldea (cuidados para recuperar la salud, según algunos) y luego había continuado viaje a Estambul, donde había amasado su fortuna. Ahora, entrado ya en años, había decidido hacer las paces con su pasado y saldaba con generosidad un viejo gesto de humanidad. En opinión de todos, debía ser un tipo de gran fortuna porque había veinte cestos. Media aldea se congregó alrededor de los paquetes para ver cuál era su contenido. Jamones frescos. Uvas negras. Tomates. Zumo de naranja. Incluso había berenjenas, la verdura más codiciada de toda Rumanía. Peras. Melocotones. Y vino espumoso de España, al menos treinta cajas. ¿Cómo era posible, preguntó alguien, conseguir una berenjena en esa época del año? ¿De dónde salían todas estas cosas? No podían venir de ningún granjero que ellos conociesen. «Las han cultivado en casetas de cristales», sugirieron algunos, sacudiendo los dedos arriba y abajo como si se hubieran quemado, para decir que se

trataba de algo muy caro. Decidieron que como todos eran alimentos perecederos, tendrían que consumirlos esa misma noche, de manera que los preparativos para el gran festín comenzaron de inmediato.

Entre tantas alegrías, hubo un único motivo de intranquilidad. En algún momento de la tarde del día 12 de abril, unos cuantos sujetos procedentes de Bucarest, tipos duros vestidos como gente de la capital, aparecieron en Sfintu Gheorghe acompañados por un ruso enorme de aspecto aterrador, con un abrigo de cuero y la cabeza rapada, lo que permitía apreciar el prominente bulto que le sobresalía a la altura de la nuca. Habían venido en busca del loco, aunque no dieron muchas pistas sobre sus intenciones. Esto amenazaba con plantear serias dificultades: si se llevaban al loco eso acarrearía la detención de todos aquellos que lo habían ayudado. Pero la gente de Sfintu Gheorghe no había sobrevivido a los terribles regímenes de su país por nada. Los tipos de la capital no serían un problema: sus ojos se encendieron de inmediato al ver el botín y no tardaron en lanzarse sobre los melocotones. Ahora, el ruso era otra cosa. Era el tipo más atravesado que habían visto en su vida, así que decidieron amansarlo siguiendo un método tradicional. Un par de chicas morenas de poca estatura y ojos negros se lo llevaron por ahí y se lo follaron hasta dejarlo sin sentido. Antes de eso, lo habían inducido entre bromas a beberse una botella de espumoso que, en lugar de aturdir sus sentimientos o hacerlo explotar como una bomba, como solía hacer el vodka, lo convirtió en un cabeza de chorlito, como un corderillo. Bien entonado, cogió a las chicas de pelo negro, una de cada brazo, y desapareció soltando risitas. No volvería a ser visto hasta dos días más tarde, cuando lo encontraron sentado sobre el barro en calzoncillos, sujetándose la cabeza con una mano y los testículos con la otra.

A las ocho y media de la noche del día 12, el *Brovno* atracó en Galati y Jristo recorrió la larga rampa que conducía a tierra con Ivo a su lado. Todo el puerto estaba encendido con deslumbrantes focos y un pequeño ejército de soldados se ocupaba de los esqueletos de las grúas recién erigidas, de las que caía una lluvia de chispas.

—Buena suerte —le dijo Ivo. Se metió la mano al bolsillo y le pasó un grueso fajo de billetes rumanos.

Jristo quedó sorprendido: era una importante suma de dinero.

—Es de parte de tus amigos —le explicó Ivo—. Sin amigos el mundo es un lugar muy frío.

—¿Te lo ha dado Drazen Kulic?

—Él y algunos más.

—¿Le darás las gracias de mi parte?

—Por supuesto. Y también tengo que decirte que sugirió que tomaras un taxi. No te conviene ir por ahí con tanto dinero. Mejor sólo le enseñas al chófer que tienes lo suficiente para pagar la carrera. Y para regresar usas el mismo taxi. Después de haber hecho todo ese viaje, un lugar que tienes que visitar es el lago Murighiol. Es bastante bonito en primavera, según dicen. Y debieras tenerlo todo para ti solo. Nunca hay turistas.

—¿Está cerca de Sfintu Gheorghe?

—A unos kilómetros. El conductor del taxi no debiera tener problemas para encontrarlo.

Se estrecharon la mano.

—Gracias —dijo Jristo.

—Es un placer. Ahora comienza el trabajo para mí: cientos de papeles que esos idiotas me tienen que sellar. Y luego tendremos que coger todas esas malditas tuberías para llevarlas de regreso a Yugoslavia. Río arriba —explicó con una sonrisa.

—No, ¿en serio? Dios, pero ¿por qué?

Ivo se encogió de hombros.

—Nosotros las necesitamos mucho más que ellos. Que se den por satisfechos con el gesto fraternal.

—Es mucho trabajo para un gesto fraternal.

—Sí, pero ¿qué le vamos a hacer? —Y señaló con la cabeza hacia la barcaza cargada de tuberías imitando cierta expresión de impotencia—. Se equivocaron de medida.

En Sfintu Gheorghe ardía una hoguera. Cuatro hombres en manga de camisa y corbata bailaban al son de un violín con un pañuelo blanco cogido por cada esquina. Los cuatro estaban muy borrachos y el pañuelo no era grande. Pero el violín apuraba un ritmo frenético y la multitud alrededor daba golpes con cuchillos, tenedores y ollas, mientras los bailarines sudaban por mantener el equilibrio, que no la gracia. Dos de los hombres llevaban gafas oscuras y todos portaban un arma en la sobaquera.

Jristo Stoianev, temblando aún por las tres horas de taxi por un camino de carros, permaneció en silencio al borde de la multitud. Una voluminosa mujer ladeó la cabeza para dedicarle una mirada incrédula. Jristo sonrió con calidez y se puso a batir palmas al ritmo de la música con entusiasmo. En retribución, sólo recibió una tímida sonrisa. Pero insistió en su actitud para que los

aldeanos se enterasen de su presencia y lo aceptasen como alguien que no traía problemas. Jristo sabía que los vecinos de las pequeñas aldeas eran capaces de comunicarse sin necesidad de hablar —un sutil mecanismo de defensa— y podían dar a entender las intenciones que percibían en los extraños. Por eso había que hacerles ver de quién se trataba.

Cuando comenzaron a perder interés en él, dio una mirada entre los presentes en busca del cura del pueblo. En ese tipo de lugares solía haber un triunvirato que compartía el poder: un cacique o autoridad municipal, una esposa principal y el cura local. Cualquiera de los tres podía saber dónde se encontraba Sasha. Si ninguno lo sabía, quería decir que no estaba allí. Cuando alguien pasa toda su vida en una aldea, no tarda en conocer todos sus escondites.

No fue difícil dar con el cura. Era un hombre joven, con cabellos y barba abundantes, a la usanza ortodoxa, con la sotana negra que lo cubría hasta la punta de los zapatos. Jristo fue rodeando disimuladamente la multitud hasta situarse a un costado del hombre.

—Alabado sea Dios, padre —dijo hablando muy lentamente en francés.

—Alabado sea —respondió él.

Jristo sintió un gran alivio. Incapaz de hablar rumano sabía, sin embargo, que las personas con estudios dominaban una segunda lengua, alemán o francés.

—Vaya fiesta. ¿Es que ha habido una boda? —preguntó.

—No, hijo mío. Lo que pasa es que hoy la aldea ha recibido una bendición. Nos ha sido retribuida una buena obra.

—Y tienen invitados —comentó Jristo con la vista puesta en aquellos hombres con pistola, sudorosos, moviéndose con lenta dignidad al compás de un violín que en ese momento languidecía melancólicamente.

—Aquí todos somos gente de campo —respondió el cura—. Alabado sea el Señor.

Jristo notó cierto alivio en esa última afirmación.

—¿Y no falta un invitado? —preguntó con toda naturalidad—. ¿Un hombre de pelo negro, un hombre que ha visto el mundo?

Acababa de ponerse a merced del sacerdote y esperaba con temor su reacción. Con que diese un grito ya sería suficiente. Pero ¿quién iba a oír unos gritos en medio de una fiesta?

Los ojos del cura brillaron con el reflejo del fuego y Jristo supo que Sasha estaba en la aldea. Sus dedos jugaron un momento dentro del bolsillo donde guardaba el dinero, pero su instinto le indicó que una oferta de ese tipo

no sería bien recibida. La música volvió a animarse y Jristo dejó escapar un «¡hey!» de entusiasmo y comenzó a batir las palmas.

—¿Es usted creyente? —le preguntó el cura.

—Lo soy, padre —contestó como si fuese un hecho inevitable— aunque me he descarriado un poco durante estos últimos años.

El padre asintió con la cabeza. Había sido obligado a tomar una decisión y ya no tenía otra opción.

—Pues tendría que acudir a la iglesia, hijo mío —dijo y, dando un par de pasos para acercarse a los bailarines, dio por finalizada la conversación.

Jristo miró a la iglesia. Su cúpula plateada emitía destellos que reflejaban las llamas de la hoguera. Se apartó lentamente de la muchedumbre, rodeó una hilera de casitas y saltando las vallas de los huertos, se orientó hacia la iglesia. Los perros disfrutaban de la fiesta tanto como los aldeanos, cosa que Jristo agradeció: lo último que necesitaba en ese momento era un perro enganchado al tobillo defendiendo su territorio.

La iglesia estaba oscura y silenciosa. Durante un minuto se dedicó a observarla. No le decía nada: una antigua mezquita edificada bajo el Imperio turco a la que le habían plantado una cruz encima cuando el país regresó a la Cristiandad. Empujó la puerta ligeramente y entró, dejando que volviese a cerrarse detrás de él. Dentro olía a húmedo, como a paja guardada, y reinaba el más absoluto silencio.

—Sasha —susurró.

No hubo respuesta.

En ese instante se arrepintió de haber dejado su pistola automática en el *Brovno*, pero su misión no se lo permitía. Un marinero yugoslavo podía presentarse de imprevisto en Sfintu Gheorghe. Pero un marinero yugoslavo armado ya era otra cosa. A través de las altas ventanas de la iglesia se colaba un mínimo de luz. Despacio, avanzó entre los bancos de madera hasta llegar al altar.

—¿Sasha?

Nada.

A la izquierda del altar, en un rincón que no era posible ver desde los bancos, se elevaba una escalerilla de madera. Se acercó a sus pies lentamente y echó una mirada hacia arriba, al altílo.

—Sasha. Soy Jristo. Stoianev. He venido a rescatarte. Te llevaré a un lugar donde podrás vivir en libertad —dijo en ruso.

Ninguna respuesta.

¿Se había ido de la iglesia? Tal vez las palabras del cura habían sido más inocentes: le había sugerido que fuera más a menudo a la iglesia, por el bien de su alma. Se alejó un paso de la escalerilla con la mente puesta en el taxi que lo esperaba en las afueras del pueblo.

—Sasha Vonets —dijo con un tono de voz normal— ¿estás aquí, en la iglesia?

Soló se oyó el silencio y al fondo el sonido apagado del violín, un grito de júbilo, los ladridos de los perros. Tendría que subir por la escalerilla. Puso un pie en el primer peldaño y con ambas manos la sacudió para asegurarse de que aguantaría su peso, antes de comenzar a subir, paso a paso.

—Voy a subir para que hablemos —susurró en la oscuridad.

Estaba haciendo el tonto, pensó. Probablemente Sasha se hallaba a miles de kilómetros de distancia mientras él farfullaba todas esas sandeces en una iglesia vacía. Pese a todo, continuó subiendo, hasta que pudo asomar la cabeza y echar un vistazo al altillo. Pero estaba demasiado oscuro, parecía que un manto impidiera el paso de la luz. Ascendió otro peldaño y puso un pie sobre las tablas del suelo. Sin querer le dio un puntapié a algo que salió despedido rodando. A juzgar por el sonido debía ser un plato. Entonces brotó una llama naranja y se oyó un estallido. Jristo cayó hacia atrás, con un trozo de la escalerilla aún entre las manos.

—¡Dios! —se quejó.

Bajó a gatas del altar, donde había caído, y avanzó por el pasillo entre los bancos. Con el hombro abrió la puerta y se desplomó por los tres escalones que iban a dar a la calle de tierra. Logró arrastrarse hasta el ángulo formado entre los peldaños y la pared de la iglesia.

Se abrió la camisa y palpó. No podía ver bien, pero la bala estaba alojada en su costado izquierdo, por debajo de las costillas. Era un agujero como la perforación de un clavo. Salía sangre. Un goterón bajó lentamente por su piel. Se tapó la herida con la mano, como si le provocara vergüenza. Le dolía, y sentía un horrible dolor en el pecho. Se dio cuenta que le costaba respirar.

Dentro de la iglesia se oyó un ruido, seguido de unas pisadas que se aproximaban a toda velocidad. «Aquí vienen», pensó. Pero debía haber más de uno, escondidos entre las casas, entre la multitud, por todos lados. Los del NKVD siempre utilizaban a varios agentes en sus trampas. Un hombre abrió la puerta de la iglesia de golpe y bajó los escalones a la carrera con una pistola en la mano. Tenía el cabello y la barba revueltos, y sus movimientos eran frenéticos.

—¡Cabrones! ¿Dónde estáis? ¡Asesinos! —balbuceó, como si hablara consigo mismo.

De pronto descubrió a Jristo, se acercó corriendo y escudriñó su rostro.

—¿Jristo? —se preguntó, aparentemente desconcertado por hallarlo acurrucado entre los escalones y el muro.

—Me has disparado —dijo Jristo con voz dolorida y exhausta. El dolor en el pecho se le hacía insoportable y le costaba respirar. En la distancia, el violín comenzó a entonar una canción. Le recordó un tema de jazz. No conseguía recordar su nombre.

El hombre se arrodilló delante de él.

—¡Santo Dios! —exclamó—. Eres tú.

Jristo se encogió de hombros. Ya nada le importaba.

—Pero ¿por qué me has hablado en ruso? Me has asustado.

Jristo tosió y escupió algo al suelo.

—¿Sasha?

—¿Sí?

—Mira lo que has hecho.

Sasha se dejó caer hacia atrás, hasta quedar sentado en el suelo, y se echó a sollozar tapándose la cara con ambas manos.

Jristo comenzó a soñar. En su sueño, el lago Murighiol era de color violeta, como aquellos que había divisado desde la cubierta del *Brovno*. Le parecía un lugar remoto, de difícil acceso. El conductor del taxi discutía con él, le decía que no había forma de llegar allí y que le tendría que dar el resto del dinero, aunque de cualquier forma no iba a ir hasta el lago. Y entonces Sasha le ponía la pistola en la nuca —el punto clásico— y lo llamaba de todo en ruso, hasta que el hombre giraba la llave para encender el motor. Y luego Sasha recordaba que se había dejado el poema «Rojos estandartes» en la iglesia y tenían que regresar y todo volvía a empezar. Luego conducían a través de los campos con los neumáticos medio desinflados y el conductor gritando y maldiciendo, y Jristo sangrando y Sasha llorando y amenazando con la pistola hasta que, finalmente, llegaban al lago Murighiol. Allí había un hidroavión, con el típico piloto americano de cara pecosa en compañía de un tipo desgarrado de traje azul, chaleco y corbata, y un ojo de vidrio que le daba aspecto de búho, esperando como un diplomático, pero con una metralleta en la mano apartada del cuerpo, para que la grasa del arma no le ensuciase la ropa. El tipo parecía tenso hasta que el piloto encendía los motores y



comenzaban a moverse en medio de la oscuridad del lago violeta, y en ese momento preguntaba si los aldeanos de Sfintu Gheorghe habían disfrutado de la fiesta que él —en una feliz ocurrencia— les había ofrecido. Y se daba cuenta de que Jristo estaba herido y se preocupaba. Y entonces Jristo se desvanecía y volvía a despertar para volver a desvanecerse y despertar otra vez en el instante en que el avión temblaba y bramaba, y levantaba plumas blancas de la superficie violeta del agua hasta elevarse, justo por encima de la copa de los árboles. Y se daba cuenta de que iba camino a casa, remontando un nuevo río esta vez, y que sólo cuando llegase allí sabría de qué casa se trataba y cómo era y cómo corrían allí las aguas del río. Lo último que deseó era que le gustase esa nueva casa.

A finales de septiembre de 1945 en Manhattan, Muriel Friedman se dirigió desde su apartamento en la calle 59 Oeste hasta la pastelería Cake Masters en Broadway, compró dos docenas de donuts con mermelada, se montó en un taxi y regresó a la 59 Oeste, donde Estelle Kleinman la esperaba frente al portal de su edificio, en la esquina con la calle 83. A continuación, el taxi se dirigió al sur, en dirección a la calle 46 con la 12.<sup>a</sup> Avenida, en la zona de los muelles. Ambas mujeres trabajaban como voluntarias para la USO, una organización que, entre otras cosas, se dedicaba a darles la bienvenida a los soldados que regresaban del extranjero y les ofrecían café y bollos al desembarcar. Generalmente, los transportes de tropas cargaban con cientos de militares y los donuts se llevaban en camiones desde las pastelerías industriales de Long Island.

Pero Muriel Friedman había recibido una llamada telefónica la noche anterior y su superior en la USO le había avisado de la llegada del *Skögstaad*, del que desembarcarían sólo cuatro o cinco pasajeros; así que le había pedido que no comprase más que un par de cajas de donuts, que luego le serían reembolsadas. Muriel bien podía haber ido a comprar dos docenas ya envasadas en Gristede's, pero había decidido adquirir algo un poco más delicado y pagarlo ella. El dinero no importaba. Vanity Frocks, la compañía de su marido, Mort, había vuelto a la confección de vestidos tras pasar buena parte de la guerra dedicada a la producción de uniformes para el ejército. Para aquellos soldados que volvían un donut del día, con mermelada, era algo mucho más que un simple bollo envasado y, en la filosofía de vida de Muriel Friedman, ese tipo de detalles eran importantes.

El *Södgsaad* era un viejo carguero noruego al que el inicio de la guerra había sorprendido en el puerto español de Algeciras y desde entonces había sido empleado en la flota de los *Liberty ships*, cubriendo con éxito la ruta entre distintos puertos americanos y Murmansk, el principal puerto de abastecimiento de la Unión Soviética. Pero la embarcación ya se acercaba al final de sus días. Después de transportar un cargamento de *jeeps* y material médico desde Baltimore a Atenas, había viajado a Estambul para recoger un carga de yute destinada a una fábrica de cordajes al sur de Estados Unidos. No sin parar en varios puertos para recoger a unos cuantos pasajeros, además de sesenta ataúdes: soldados americanos caídos en combate cuyas familias habían solicitado la repatriación de sus restos para ser sepultados en cementerios militares en su tierra natal.

En el asiento trasero del taxi, Estelle Kleinman dio una mirada a los dos paquetes de Cakes Masters sujetos con un cordel y levantó una ceja:

—¡Vaya! ¿Cake Masters? —comentó.

—Unos cuantos donuts con mermelada —respondió Muriel— no serán el fin del mundo ¿verdad?

Estelle mostró su desaprobación en silencio, pero a Muriel poco le importó que le gustase o no su idea: Estelle Kleinman desaprobaba casi todo y además, hacía un día muy bonito para discutirse. Bajando por la calle 59 Oeste pensó que se trataba del primer día de otoño de verdad. El cielo estaba despejado, azul, y el viento que soplaba procedente del río Hudson le daba un aire limpio y fresco a las calles de la ciudad. Cuando el conductor enfiló por la vía elevada de la West Side Highway pudieron ver el río desde lo alto, los rayos del sol brillando sobre las aguas, la superficie erizada por el viento.

En el muelle 48 se bajaron y, tras pagar la carrera, se cargaron con una aparatosa cafetera en la oficina del USO. Una mesa de *bridge* fue trasladada a la calle, junto al muelle, por un fornido estibador con tatuajes de la Armada en los brazos. Cuando intentaba colocar la mesa fuera, el hombre se pilló un dedo y lanzó unos cuantos juramentos entre dientes, pero no aceptó la propina que Muriel quiso entregarle. Los donuts de mermelada fueron dispuestos sobre servilletas de papel delante de la cafetera y las dos mujeres esperaron con paciencia la llegada del barco, cotilleando sobre algunas de las últimas novedades de sus amigas.

A las doce y media, el *Skögstaad* recién iniciaba el amarre, después de que los remolcadores que lo habían conducido por el río, pasando junto a la Estatua de la Libertad, lo hubiesen posicionado cuidadosamente contra el viejo muelle. Después se produjo una espera, mientras los oficiales de

aduanas subían al barco. A la una y cuarto comenzaron a descender los primeros pasajeros. Un alférez dio muestras de aprobación ante los donuts de mermelada y tanto Muriel como Estelle, coquetearon un rato con él a su manera, dando sorbos a un tazón de café mientras echaban miradas a la calle como si esperasen la llegada de alguien. Dos comerciantes, probablemente de origen turco, rechazaron los donuts con dignos gestos de cortesía y corrieron a montarse en uno de los taxis que esperaban en fila. Un mayor del ejército pasó corriendo junto a ellos y se fundió en los brazos de una mujer rubia y un hombre mayor: la esposa y el padre, dedujo Muriel. Finalmente, de la enorme estructura oscura amarrada al muelle apareció un último pasajero caminando con lentitud, sin dejar de parpadear bajo la deslumbrante luz de ese día soleado.

Tenía algo que lo hacía diferente, fue la impresión que tuvo Muriel. Su cabello negro contrastaba con la claridad de su piel y sus ojos, de un azul intenso, brillaban enmarcados por dos pómulos sobresalientes. «Muy apuesto —pensó Muriel—, si te gustan los eslavos». Caminaba con una leve cojera. En un momento dado, se llevó la mano al costado izquierdo, como si algo le hiciese daño. «Un herido —concluyó—. Un herido de guerra que vuelve a casa».

Pero ¿volvía realmente a casa? Daba la impresión de que estaba muy nervioso. Se detuvo al borde del muelle para ajustarse la chaqueta de su traje gris claro. Camisa azul y corbata amarilla, lo que Muriel solía llamar un «debutante», un recién llegado, un inmigrante. Podía verlo en sus ojos. Miraba sin parar, intentando absorberlo todo de una vez, paralizado por el miedo, el júbilo y la emoción de poner sus pies en Estados Unidos por primera vez. «En fin —pensó—, ya aprenderá qué es América y sabrá encontrar su lugar aquí». Todos lo habían hecho. Cuando su padre había llegado a Ellis Island procedente de Letonia en 1902 debía tener un aspecto parecido: sobrecogido ante el momento en que su sueño se convertía en realidad.

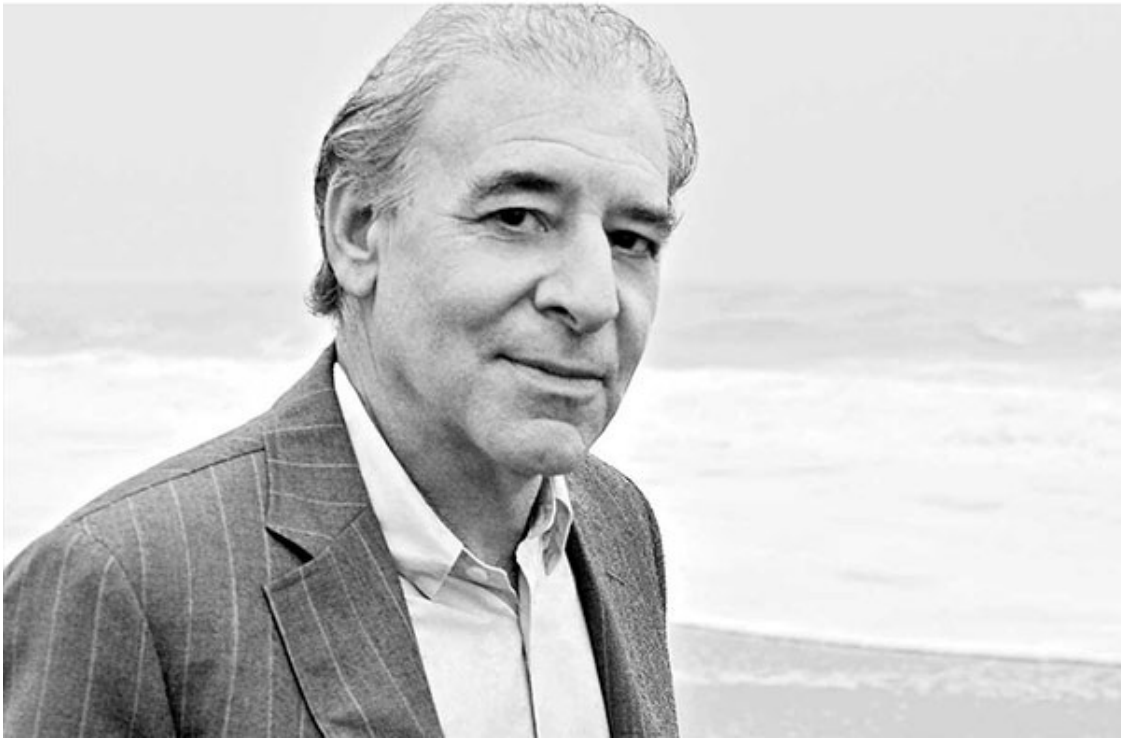
El pasajero de traje gris jamás llegó a percatarse de los donuts de mermelada y el café que lo esperaban sobre la mesa con el logo de la USO desplegado en una esquina. Estelle intentó llamar su atención alzando la voz, pero Muriel la cogió del brazo para acallarla y, por una vez en su vida, entendió la delicadeza de permanecer con la boca cerrada. Era un momento demasiado privado. Había que dejar a ese hombre con sus pensamientos. Durante algunos segundos Muriel compartió sus sensaciones, como si

estuviese viendo todo por primera vez, dando el primer paso con él según dejaba atrás el muelle.

Entonces, del otro lado de la calle, una mujer bajó de un taxi y caminó apresurada hacia la entrada del muelle. Tenía el pelo corto castaño y ojos verdes. «Judía», pensó Muriel. Iba vestida con un costoso vestido de lana comprado en... ¿Saks? ¿O era de Lord & Taylor? ¿Venía al encuentro de ese inmigrante? Tal vez no estaba tan solo y sin amigos como parecía.

La mujer escudriñó entre la multitud hasta que el joven de traje gris levantó un brazo y exclamó: «¡Faye!». Ella lo vio y su cara se iluminó. Muriel observó atentamente cómo avanzaron hasta quedar frente a frente y se estrecharon la mano. «¿Por qué tan formales?», se preguntó. Atravesar medio mundo desde Dios sabía dónde, empleando formas de transporte que ella ni podía imaginarse y ¿todo para terminar saludándose con un apretón de manos? Le pareció todo un poco decepcionante, más valía olvidarse.

Pero entonces, en el momento de cruzar la calle para subir al taxi que los esperaba, esquivando los ruidosos camiones y los coches que circulaban por la calzada de acceso al puerto, ella lo cogió del brazo. «Bueno —pensó Muriel—, eso ya está mejor».



ALAN FURST (Nueva York, EE. UU., 1941). Licenciado en el Oberlin College en 1962, obtuvo un master en la Universidad de Pennsylvania en 1967. Trabajó en publicidad y como articulista en varias revistas. Como periodista ha viajado por Europa del Este y Rusia y ha sido colaborador habitual de *Esquire* y *The International Herald Tribune*. Ha vivido largas temporadas en Francia, inicialmente ejerciendo como profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de Montpellier, y años después en París. Es bastante más conocido en Estados Unidos que en Europa, a pesar de que él mismo dice tener espíritu europeo. Cultiva el género del espionaje histórico, si bien sus personajes son de ficción. Sus novelas, muy bien documentadas, se desarrollan en el periodo entre las dos Guerras Mundiales y la segunda Guerra Mundial, en especial en Centro Europa.

Su obra *El oficial polaco* tiene un gran rigor histórico y realismo, con grandes dosis de intriga y ha sido publicada con extraordinario éxito en Estados Unidos y varios países de Europa.

## **Notas**

[1] En inglés, Brotherhood. <<

[2] *For want of a nail...* se refiere a una tonada popular que explica que, por falta de un clavo para herrar un caballo, se acaba perdiendo todo el reino. En otras palabras, una pequeña acción puede tener enormes consecuencias. (*N. del t.*) <<